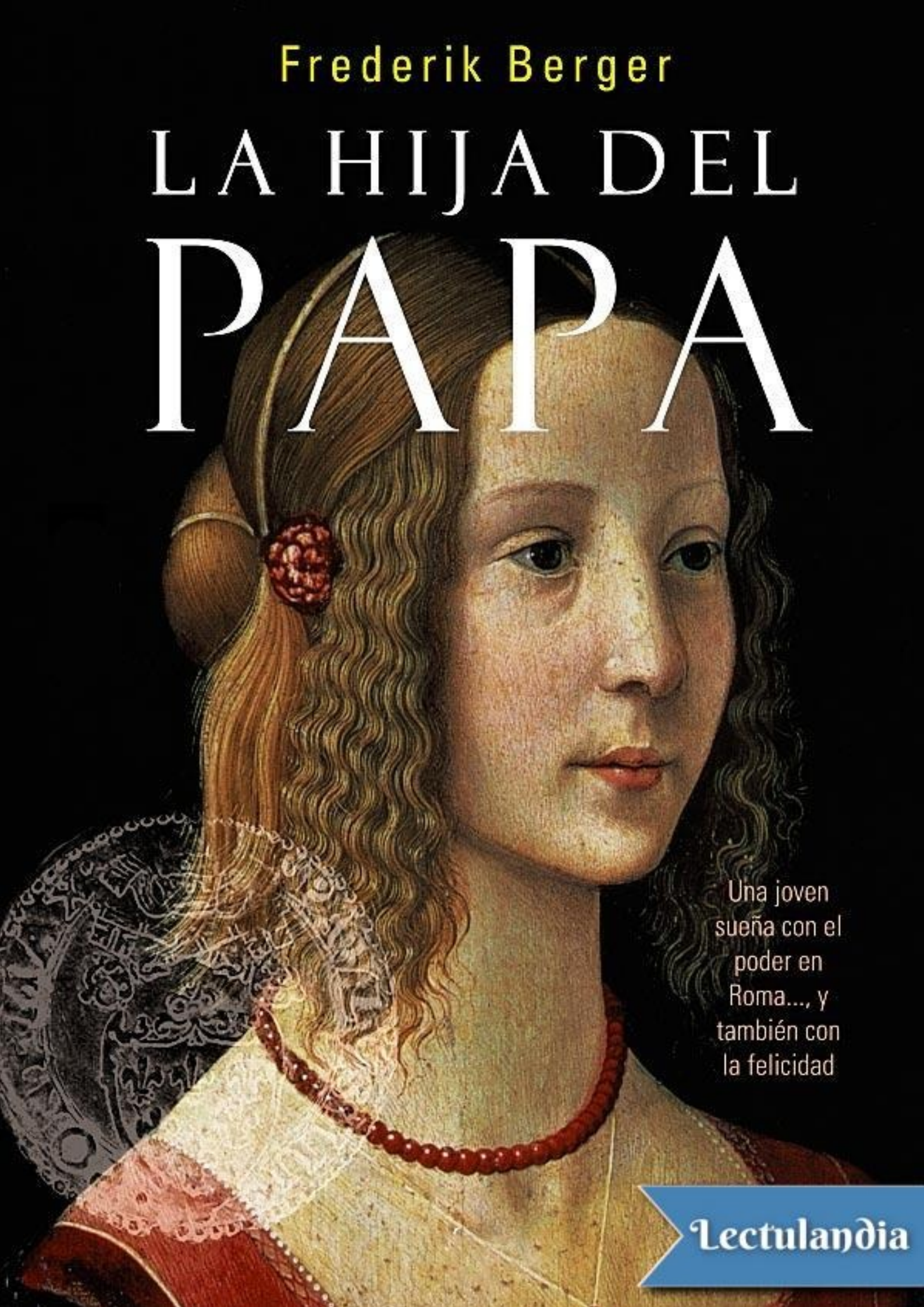


Frederik Berger

LA HIJA DEL PAPA



Una joven
sueña con el
poder en
Roma..., y
también con
la felicidad

Lectulandia

La resplandeciente Roma del Renacimiento baila al borde del abismo entre festejos y conspiraciones. Solo el cardenal Alessandro Farnese reconoce el peligro y desea, con el apoyo de su hija Constanza, convertirse en Papa, para así salvar la Ciudad y la Iglesia. Sin embargo, su lucha por la cátedra de San Pedro exige sacrificios personales. ¿Cuántos de sus seres queridos tendrán que morir en el camino?

Una investigación sagaz y una narración cautivadora. Una mirada a los mecanismos internos del Vaticano y, al mismo tiempo, la historia de una poderosa familia en cuyas manos estuvo el destino de la Iglesia.

Lectulandia

Frederik Berger

La hija del Papa

ePub r1.0

liete 09.03.14

Título original: *Die Tochter des Papstes*

Frederik Berger, 2008

Traducción: Patricia Losa Pedrero

Editor digital: liete

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Patricia

PRIMER LIBRO

La muerte del hermano

Capítulo 1

Roma, palazzo Farnese - 10 de abril de 1513

Constanza Farnese disfrutaba de la vida. Fuera, en la calle, bramaba la tempestad, y un viento violento sacudía los postigos, pero a ella no le preocupaban aquellas sacudidas y ruidos, ni siquiera el repentino trueno que estalló como una explosión, seguido a continuación de estridentes gritos infantiles.

Desde la elección de León X como nuevo Papa, reinaba en Roma sobre la casa Medici una atmósfera risueña que se extendía a la familia Farnese. Si bien era verdad que el padre de Constanza, Alessandro, cardenal desde hacía veinte años, no había sido elegido él mismo Sumo Pontífice, sí había sido responsable de que la tiara reposara sobre la cabeza de un amigo de la familia y esperaba, como la mayoría de los romanos, el inicio de una edad dorada: los ducados corriendo a espaldas, encargos a los artistas más importantes, el jolgorio de las procesiones, del teatro y de la música. La *Roma aeterna*, que durante el reinado de los últimos Papas había despertado del sueño de la Edad Media, se estaba convirtiendo en el centro del mundo, meta de todos los peregrinos; y ella, la única hija fémina y favorita de su padre, crecía entre el esplendor y la abundancia, en el poder y el señorío de las familias dirigentes de Roma.

Embriagada de alegría, bailó por su dormitorio y se admiró a sí misma frente a su espejo de marco dorado colgado de la pared. El orgullo relucía en su mirada mientras contemplaba su nuevo vestido de seda azul oscuro, con lirios bordados, cuyo cuello púrpura acariciaba su fina garganta y cuyo escote dirigía la mirada a su floreciente feminidad. Parecía una condesa, y como tal quería presentarse en los grandes festejos del día siguiente.

En realidad, debía estar pendiente de sus hermanos Paolo y Ranuccio, que chapoteaban en la tina en la que tomaban un baño pero, ¿para qué estaban las camareras y criadas? Como futura *contessa* tenía mejores cosas que hacer que ejercer de niñera y vigilar a sus traviosos hermanitos. Ranuccio, el menor, de cinco años de edad, era el más difícil de controlar. A menudo retozaba por las habitaciones como un cachorrillo emitiendo una y otra vez grititos de gozo, o recorría la casa montado en un caballo de juguete, agitando belicoso una espada de madera. En aquel momento, no obstante, no se le veía por ninguna parte, por lo que probablemente hubiera ido a buscar a Paolo para iniciar alguna guerra de chapoteos. Paolo, de nueve años, solía ser más tranquilo y contenido, y apenas necesitaba supervisión. Solo cuando se metía en la tina del baño le entraban ganas de salpicar y alborotar.

No era nada fácil para ella ser hermana mayor de tres chicos, y no era solo porque Ranuccio casi nunca le obedeciera. Estaba, además, Pierluigi, que había llegado al mundo tres años después que ella, en un sucio establo igual que el niño Jesús, pero las semejanzas con éste terminaban ahí. Si Jesús había sido una criatura adorable de rizos rubios, Pierluigi, bajo sus hirsutos mechones oscuros era, por el contrario, malintencionado, mentiroso y descarado. Disfrutaba torturando animales, y a sus hermanos pequeños, particularmente a Paolo, que no sabía cómo defenderse. Se atrevía incluso con ella, la mayor. Cuando no había nadie mirando, le propinaba empujones y codazos. En una ocasión, la muchacha le contestó con un bofetón, y entonces él la golpeó tan fuerte que hizo que le sangrara la nariz. Después de aquello su padre le había propinado una buena tunda de palos, sin lograr mejorar su comportamiento.

Pierluigi había estado a punto de costarle la vida a su madre durante su nacimiento, y casi parecía que quisiera atentar contra las de sus hermanos. Solía inmovilizar con alguna llave a Paolo y estrangularlo hasta que se ponía azul. Por suerte eran escasos los momentos en los que ambos se encontraban solos en una habitación y las malas artes de Pierluigi se mantenían sin vigilancia. En la mayoría de las ocasiones, había algún sirviente rondando por los pasillos, o alguna criada aparecía por la estancia. La *famiglia* Farnese se componía, ciertamente, de cientos de miembros pero, puesto que el *palazzo* era grande, reconstruido y ampliado continuamente desde que ella tenía uso de razón, y dado que, por causa de una construcción compleja, eran frecuentes las reestructuraciones que mantenían muy ocupado al servicio, se daban ciertos momentos en los que faltaba la necesaria supervisión.

En aquel preciso instante, no se veía a ninguna doncella por ninguna parte, ni a Ranuccio, y por suerte tampoco a Pierluigi, ni siquiera a la *mamma*. Constanza se volvió sonriente hacia el espejo y se colocó las perlas que, sobre la frente, justo al inicio de la línea del pelo, subrayaban la raya que dividía su melena. No había sido tarea sencilla sujetarlas ahí; Bianca, su doncella, la había ayudado, pero ya comenzaban a soltarse.

Las perlas brillaban con tonos nacarados sobre la pura y alta frente.

Constanza se inclinó sobre una rodilla, bajó la cabeza como si quisiera besar el anillo de un Papa invisible, se enderezó de nuevo y miró a la lejanía con el orgullo de una condesa...

De pronto, se oyeron más gritos. Sin embargo, en esta ocasión no había estallado ningún trueno o relámpago. La tormenta parecía haberse alejado.

Constanza agudizó el oído: no solo había sido un grito, sino muchos que se repetían, desesperadas llamadas de socorro, llantos histéricos, carreras... Se dirigió apresuradamente al origen de aquel escándalo, que debía encontrarse en el baño,

puesto que todo el mundo, incluidos los mozos de cuadra, subían a toda prisa las escaleras. Constanza reparó entonces que sí debía haber prestado atención a sus hermanos, puesto que Baldassare Molosso, su maestro y tutor, no se encontraba aquel día en el *palazzo*; puesto que las perezosas criadas siempre buscaban excusas para irse a tontear con los obreros...

En torno a la tina se arremolinaba la *famiglia*, incluido Ranuccio, que aullaba, más que lloraba, y antes de que Constanza llegara a ver a su madre, descubrió a Paolo tendido en el suelo, desnudo y mojado, inmóvil, pálido, espantosamente pálido, con una blancura de un tono mortecino.

Entonces, apareció su padre. Prácticamente voló en su sotana, se arrodilló junto a Paolo, le cogió de la cara, le abrazó contra su pecho. De la boca de Paolo salió agua. Agua, no sangre. Sin embargo, no tosió, los brazos le colgaban inertes, los ojos miraban ciegos al techo.

Su madre se arrojó sobre ambos, arrancó a Paolo de los brazos de su padre, lo sacudió, lo golpeó en las mejillas, lo apretó contra ella, lo besó, lo llamó por su nombre, desesperada, una y otra vez...

Paolo no se movió.

Paolo no despertó.

Paolo estaba muerto.

Lentamente y con cuidado, la madre lo depositó sobre el suelo, comenzó a sollozar con vehemencia y escondió la cara en un pañuelo.

Los gritos y el gentío crecieron por igual, llamaban suplicantes a un médico.

El padre cerró los ojos vacíos e inertes de Paolo, hizo la señal de la cruz, tomó una de sus manos y se la colocó en la mejilla.

No sirvió de nada.

La soltó lentamente, cerró los ojos, juntó sus manos frente al rostro, como en una oración, pero no dijo nada, ni siquiera movió los labios. Tras unos instantes mandó envolver a Paolo en un lienzo claro. Una vez cumplido su deseo, lo alzó y lo transportó despacio, precedido por la madre, que iba deshecha en lágrimas, hasta la capilla de la casa. Los lamentos crecieron a su alrededor. Con sumo cuidado, colocó el pequeño cuerpo ante el altar y tiró del paño. Posó delicadamente la mano sobre el pecho de Paolo, rezó una oración en voz baja, le apartó el pelo de la frente y le besó los ojos.

La madre se arrodilló junto a ellos, abrazó una vez más a Paolo y lo posó de nuevo, vacilante. Cuando se levantó, su mirada empañada en lágrimas se cruzó con la de Constanza y se clavó en la muchacha.

Ésta se escabulló en silencio por la galería de mármol blanco hacia la habitación. Sentía la mirada de su madre en la nuca, le dolía como una quemadura. Obediente, había cuidado de los dos niños durante un rato, por lo que Bianca, que debía bañar a

Paolo, creyó que podía alejarse. Quizá solo pretendía ir a recoger una toalla caliente. De improviso había aparecido Pierluigi, con aquella expresión infernal que no prometía nada bueno, y se había dedicado a salpicarla hasta que logró empaparla, mientras empujaba a Paolo bajo el agua. Siempre era igual, Pierluigi tenía que molestar a todo el mundo.

Llevaba puesto el vestido de seda del *possesso*, el desfile festivo del nuevo Papa con la consiguiente celebración, y no quería que tuviera manchas: odiaba la humedad. Por eso había dejado a Paolo solo con sus hermanos pues, al fin y al cabo, Bianca iba a volver en seguida y, además, ¿quién se ahogaría en la tina del baño?

¿Quizá Pierluigi...? ¿Quizá sin querer...?

¿Y a dónde había ido Ranuccio?

¿Cómo podía ahogarse alguien en los pocos minutos que estuviera sin supervisión? Paolo, a sus nueve años, ya no era un niño pequeño.

Constanza se arrojó sobre la cama. Las lágrimas manaban de sus ojos: ¿sería realmente responsable de la muerte de su hermano? Paolo siempre había sido tan bueno, tan callado y tan tierno, que nunca había sido capaz de defenderse de Pierluigi, mucho más teniendo en cuenta que Pierluigi era un año mayor, y más fuerte que él. Quizás, en aquel momento en que nadie miraba, le había empujado bajo el agua durante demasiado tiempo y finalmente...

No podía haber sido a propósito.

—Aquel pensamiento rondó su mente, y su frente se cubrió de sudor. Solo podía haber ocurrido así. El incordio y el fastidio se habían vuelto de pronto algo mucho más serio.

Cuando el cojín sobre el que apoyaba el rostro estaba ya empapado, oyó que llamaban. Rosella se encontraba en la puerta.

—Tu padre te espera en el estudio.

El rostro deforme y tuerto de la doncella de su madre estaba fijo en ella, como grabado en piedra.

Constanza pasó agachada ante la erguida figura de Rosella y se dirigió con discreción al estudio de su padre, donde aguardaban sus dos progenitores. Constanza iba a arrojarse llorosa a los brazos de su madre, pero un agrio toque de atención de su padre hizo que se detuviera en seco.

—¿Por qué no te quedaste cuidando a tu hermano como se te ordenó?

—Pierluigi me salpicó —lloriqueó ella, encogiéndose.

Su padre alzó la mano, como si fuera a abofetearla, pero más bien se trató de un gesto de nerviosa impaciencia, que viniera a mostrar lo ridículo de aquella excusa. El hombre se volvió, miró un momento por la ventana y se pasó la mano, inquieto, por el rostro.

—Bianca debía lavar y secar a Paolo —gritó Constanza—, y había criadas por

todas partes...

La expresión de su padre cortó el reguero de palabras. Ella le quería, y sabía que, aun siendo solo una muchacha, era todo su orgullo. Él amaba a todos sus hijos, jugaba con ellos a las cartas, incluso disfrutaba, tan travieso como ellos, cuando realizaba imitaciones cómicas de sus compañeros cardenales y de la forma de caminar de Baldassare Molosso, que agitaba con afectación los brazos y tropezaba una y otra vez con su propia ropa... Y también salía a cabalgar con ellos por los viñedos, e incluso luchaba con Pierluigi, naturalmente jugando y con una espada de madera, y componía versos con ella, su única hija, y recitaba a Horacio y Lucrecio...

—¡Lo siento mucho! —exclamó Constanza, rompiendo de nuevo a llorar.

—Eso no arregla nada —repuso su madre con voz apagada.

—¿Sabes lo que ha descubierto el médico? Paolo debió golpearse con fuerza la nuca contra el borde de la tina, o haber recibido un impacto seco con algún otro objeto —su padre la miró, fulminante—. ¿Viste cómo Pierluigi...?

Rosella, que se encontraba de pie en la puerta, miró hacia alguien en el pasillo.

—¡Eso es mentira! —gritó Pierluigi, irrumpiendo colérico en la habitación. Al parecer había escuchado las últimas palabras de su padre.

¡Ella no había dicho nada! Tampoco había tenido intención de decir que a su hermano lo hubieran ahogado.

—¡Yo no estaba con Paolo! —gritó Pierluigi con voz enloquecida. Sus oscuros cabellos aparecían aún más revueltos, tenía los ojos rojos y los labios inusualmente pálidos—. Tú fuiste la última que estuviste con él —le chilló en la cara—, hiciste marcharse a Bianca y Ranuccio salió corriendo tras los perros. Así fue como ocurrió. Yo me fui a practicar esgrima.

Constanza miró hacia su madre, que se había vuelto hacia la ventana, y no se atrevió a soportar la visión de su padre. Lo que Pierluigi les había contado era mentira... o al menos, solo una media verdad. Quiso responderle, pero lo único que logró emitir fue un balbuceo impotente e incomprensible.

—De hecho, ¿por qué vas tan arreglada? —dijo su padre, volviéndose de nuevo hacia ella—. La *possesso* no es hasta mañana.

—Quería... quería probarme el vestido.

—¡La princesita vanidosa! Con semejante atuendo es evidente que no se puede dedicar a cuidar de sus hermanos, mucho menos cuando se están bañando —repuso el padre, agitando la cabeza con indignación.

Cuando su mirada recayó de nuevo sobre Paolo, las comisuras de los labios se le tensaron, los ojos se le llenaron de lágrimas y tomó a la madre entre sus brazos.

El secretario personal del prelado apareció por la puerta. Se convocaba una nueva reunión en el Vaticano, en la que el recién elegido Santo Padre llamaba a los cardenales para, como Constanza ya sabía, hablar sobre el desarrollo de la *possesso*

del día siguiente.

—Es absolutamente imposible que falte —le dijo él a la madre con voz suave y cada vez más quebradiza—, por duro que eso me resulte. También mañana tendré que tragarme mi dolor, todos tendremos que hacerlo. No soy un cardenal cualquiera —continuó, tras una pausa—. Soy amigo de la familia Medici, y también podría haber sido elegido Papa... No se me permite guardar luto por mis hijos, mucho menos demostrarlo.

—¿De verdad crees que estarás en condiciones? —repuso la madre mientras se secaba los ojos con un pañuelo.

Durante un instante, él pareció hundirse en sus pensamientos.

—Los Medici han triunfado y, con ellos, todos los florentinos... Tengo que tener visión de futuro —el padre se estiró, irguiéndose todo lo alto que era—. Al fin al cabo Giovanni, o quizá sería mejor decir León, legitimará a mis hijos y confirmará nuestra heredad. Sin embargo, mis enemigos se frotarán las manos con malicia. Esos santurriones tendrán ya preparados sus discursos condenatorios.

A Constanza le dio la impresión de que prácticamente se había olvidado de Pierluigi y de ella, y que no prestaba atención ni a Rosella ni al expectante secretario. Posó la mirada en el grupo del Laocoonte, esa pequeña escultura de mármol que su amigo Miguel Ángel Buonarroti había realizado a imagen del famoso hallazgo artístico de la antigüedad para regalárselo específicamente a los padres de la muchacha. Se sustentaba sobre un pedestal de madera, junto a un relieve de la Sagrada Familia también de Miguel Ángel, y de un óleo de Rafael Sanzio que mostraba al cabeza de familia vestido con su púrpura cardenalicia y con el acta de legitimación en la mano.

—Tener hijos es una bendición... Y también una maldición —susurró de forma apenas inteligible, sin mirar a nadie.

—Pero Alessandro, ¿cómo puedes decir eso! —replicó la madre, con voz no mucho más sonora—. Nuestro Paolo era una auténtica bendición.

El padre la apretó contra sí.

El secretario, que aún aguardaba en la puerta, carraspeó vivamente, por lo que el padre soltó a la madre y dio muestras de reparar de nuevo en sus hijos.

—Rezad por el alma de vuestro hermano, que ha tenido que adentrarse en la eternidad sin las bendiciones de la santa madre Iglesia —dijo con voz débil—. Reflexionad y meditaad sobre el significado de su muerte.

—Pero, ¿qué he hecho yo?

La voz de Pierluigi resonó furiosa y obstinada. Constanza tenía los ojos anegados en lágrimas. La madre se había dado la vuelta.

—¡No es culpa mía que Paolo muriera! —gritó Pierluigi—. ¡No es culpa mía!

Constanza no permaneció más tiempo en el estudio de su padre, sino que corrió a

su habitación, se encerró de un portazo y se arrodilló ante el crucifijo colocado sobre el gran arca frente al que rezaba tres veces al día. Con voz ahogada, susurró:

—Perdona mis deudas, Padre mío, Redentor. Tú que moriste por nosotros, que fuiste torturado y martirizado, perdóname y líbrame de todo mal.

Capítulo 2

Roma, palazzo Farnese - 11 de abril de 1513

Cuando Alessandro Farnese se despertó a temprana hora de la mañana, los primeros rayos del amanecer penetraban en su alcoba. En la calle, los pájaros derramaban sus melodías sobre los tejados de la ciudad, y desde el Tíber ascendían los primeros gritos. Una hilera de gallos cantaba con profusión, y un rebaño de ovejas balaba en algún punto indeterminado de la orilla desde donde las estaban cargando para transportarlas de inmediato al matadero.

A Alessandro le hubiera gustado analizar brevemente sus sueños, que en un día tan significativo como aquél sin duda debían haber contenido importantes mensajes, pero lamentablemente en aquella ocasión solo lograba recordar irreales sombras nebulosas que apenas se asemejaban a formas humanas, sino más bien a testigos mudos procedentes del reino de los muertos, envueltos en la impenetrable niebla del inframundo. Niebla, sí. Eso era lo que había traído la tarde del día anterior, tras la tormenta, un augurio poco prometedor para la *sacro possesso*. Ese día volvía a llover, dando que murmurar a los augures sobre el inminente pontificado del galante y vivaracho Giovanni de Medici que, imperturbable y arrogante como era, se haría llamar papa León X.

Alessandro arrastró los pies fuera de la cama sin llamar a su ayuda de cámara. El clima húmedo del día anterior había dejado las sábanas húmedas y frías, lo que traía como consecuencia un cierto dolor de articulaciones. Por desgracia, con sus cuarenta y cinco años de edad ya no era un jovencito indestructible.

Alessandro intentó darle un sentido a los recuerdos de aquellos débiles retazos de sueño. El reino de niebla con las estelas funerarias sería probablemente el eco de la muerte de Paolo, que volvía de nuevo a abrasarle de dolor. Aquel fallecimiento había llegado de forma repentina e inesperada, y precisamente en un momento en el que, como cardenal, se le exigía una gran concentración, de la que apenas había empezado a tomar conciencia. El que un niño muriera era algo que ocurría por todas partes, en cualquier momento, de forma esperada o inesperada, rara vez deseada, generalmente llorada. Él mismo, el último retoño masculino de la familia Farnese, había visto morir a un gran número de personas; todos los hombres de su parentesco le habían precedido en el descenso a la tumba, y solo su madre, Giovannella, y su hermana, Giulia, aún vivían: la madre en el castillo de Capodimonte, rodeada de cuervos, cornejas y gatos negros, llena incluso de negros pensamientos, supuestamente en comunicación con los muertos y con su vida pendiente de la esperanza de que su hijo

terminara alcanzando la cátedra de San Pedro.

—Oh, madre —susurró Alessandro—, todavía tendrás que esperar un poco. León, nuestro amante del arte, todavía tiene treinta y siete años.

¿Había sido alguna vez un Papa tan joven?

Alessandro se levantó y estiró sus doloridas articulaciones.

La consciencia de la muerte de su segundo hijo le asaltó de nuevo con repentina furia. En su cabeza, le martilleaba una idea: «Paolo está muerto, muerto, muerto». Alessandro se arrodilló, superado por el dolor, se arrastró como un penitente hasta el altar de su cuarto, donde una vela aún encendida emitía una suave luz. Quiso sumirse en las plegarias, pero todas las palabras se le desvanecían. Cuando ya no pudo contener más un violento hipido, apretó ambas manos fuertemente la una contra la otra y observó la llama de la vela, que temblaba ocasionalmente, como si hubiera instantes en los que le faltara combustible.

La luz que se filtraba a través de los postigos fue haciéndose más clara, los tempranos rayos solares dibujaban finas franjas sobre la pared. Las criadas salían deslizándose del ático, y él pudo oír crujidos y chasquidos, a algunas de ellas ya cotorreando en la escalera, los caballos relinchando en el establo. Alessandro abrió él mismo las contraventanas para poder saludar al nuevo día.

Respiró profundamente. Todas las nubes de lluvia habían desaparecido, un cielo azul y transparente cubría Roma, y el sol hacía que los árboles y parras del Gianicolo, que el barrio entero que descendía por la colina y sobre el que se alzaba su *palazzo*, reluciera con brillos dorados. Incluso los pájaros se regocijaban.

Aquel día, el 11 de abril de 1513, el recién electo pontífice León X pudo así atravesar la *via Triumphalis* desde el Vaticano hasta el palacio de Letrán para tomar posesión simbólica de la ciudad y la Iglesia. Viendo más allá de la alfombra de luz matutina, era de sobra conocido que León era un hombre favorecido por la suerte. Contaba con el beneplácito del Señor Todopoderoso, que en su infinita gracia le enviaba semejante día soleado, al contrario que a su indigno cardenal y siervo Alessandro Farnese, al que le robaba un hijo.

De una manera, además, que abría demasiados interrogantes...

Con aire resolute se apartó de la ventana y llamó a su ayuda de cámara. El recuerdo de la muerte de su hijo tendría que esperar, pues debía representar con dignidad su papel de mentor del nuevo Papa, para transmitir de forma clara y sin ambigüedad a cardenales y obispos, a los embajadores del emperador y del rey francés, que reclamaba la sucesión de León: él, el cardenal Alessandro Farnese, que acababa de coronar al recién elegido pontífice.

El ayuda de cámara apareció con una palangana llena de agua. Tras acicalarse brevemente, Alessandro hizo que lo vistieran con su púrpura cardenalicia y bebió después un trago de vino rebajado y comió un par de aceitunas.

En la galería se encontró con Silvia, la amada madre de sus hijos. Si hubiera sido elegido Papa en lugar de León, habría iniciado de inmediato una reforma de la vida eclesiástica por medio de un concilio capital. Su objetivo con ello sería abolir el celibato sacerdotal, que solo llevaba a la trampa y la mentira y ensombrecía la imagen de la Iglesia. ¿Qué decía el primer libro de Moisés? «Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él». No hacía falta decir más. Quien hubiera elegido vivir como monje ermitaño, sin esposa o hijos, era muy libre de hacerlo, y alcanzar el reino de los cielos en una castidad conservada a lo largo de los años. El resto podía tomar una «ayudante».

Los sombríos ojos de Silvia estaban enrojecidos por el dolor y el llanto. Él la cogió en silencio del brazo.

—¿Por qué? Simplemente, ¿por qué? —susurró ella, y de nuevo surgieron las lágrimas.

Él le besó la frente y la apretó contra él hasta que se calmó.

—Cuando me acompañes al palazzo de los Medici, no le hables a nadie de la muerte de Paolo, o de lo contrario no podrás librarte de las preguntas curiosas y de la falsa compasión. Advierte también a los niños de que deben mantener la boca cerrada.

Silvia se soltó y se frotó los ojos con un pañuelo.

—En realidad preferiría quedarme en casa. Para mí no es un día festivo.

Alessandro tomó su rostro entre las manos y la besó de nuevo, esta vez en los ojos. A pesar de su edad, Silvia era hermosa, deslumbrante. Todavía podía traer otro niño al mundo, y la muerte de Paolo no tendría por qué crear un vacío en la familia.

—Sé que eres una mujer fuerte —respondió él—. Por eso debes ir con los niños a casa de los Medici, porque si no se dispararían los rumores. Cuando haya acabado el día, tendremos que hablar de nuevo con Pierluigi y Constanza.

Silvia suspiró.

—Me resultará difícil mezclarme con la gente y hacer como que nada ha pasado. No poder hablarle a nadie de lo que... En cualquier caso, haré que Ranuccio permanezca en casa, con Bianca, porque lloraría durante todo... ¿De verdad tengo que...? —Silvia miró a Alessandro a los ojos, y de pronto ocultó su mirada—. Si así lo quieres iré, por supuesto.

Alessandro asintió y se apartó de ella. Luca Gaurico, su astrólogo, al que había citado a primera hora de la mañana, aparecía ya por el portal.

—Oh, querido mío, ¡fui tan feliz contigo! —dijo ella, con voz débil, mientras acariciaba cariñosamente el pecho de su amante.

—¿Qué quieres decir con «fui»?

—Nuestra felicidad no podía ser eterna.

—Eterna no, pero sí durar más de diez años.

—Cuando seas Papa...

—Ah, en eso estabas pensando... Eso aún queda muy lejos, acaban de elegir a León, y quién sabe, quizá lo deje todo para irme a vivir contigo y con los niños a Capodimonte, a la *isola* Bisentina, y yacer contigo en los brazos sobre la roca de las Sirenas...

—¿Enterraremos a Paolo en el panteón familiar de la isla?

Luca Gaurico le gritó un saludo a un sirviente y jadeaba ya mientras ascendía por las escaleras hacia el *piano nobile*.

—Deja que pase este día. Después podré volver a pensar... Sí, en Bisentina, en la isla de los ángeles y los bienaventurados.

Silvia sonrió con pesar. ¡Pero sonrió!

Capítulo 3

Roma, palazzo Farnese - 11 de abril de 1513

La sonrisa que se había dibujado sobre el rostro de Silvia Ruffini ocultaba un dolor mudo y difuso que la inquietaba como el indicio de una enfermedad desconocida. El torbellino de acontecimientos no le permitían sumirse en el duelo por Paolo. Aquel día, la elección del joven, rico y ostentoso Giovanni de Medici como papa León X alcanzaba su punto culminante en una procesión triunfal a través de Roma, un desfile en el que Alessandro debería tomar parte para poner en relieve su importancia dentro de la curia. Ella, por su parte, aunque no como esposa sino solo como concubina, tendría que representar junto con sus hijos a la familia Farnese en casa de los victoriosos Medici. Afortunadamente, Giulia, la hermana de Alessandro, les acompañaría.

Durante aquella noche sin sueño, Silvia se había preguntado una y otra vez si quizá no habría desatendido a sus hijos, si habría sobreprotegido al tímido y dulce Paolo, obviándole a Pierluigi la atención que éste había reclamado volviéndose díscolo y salvaje.

La idea de que éste, llevado por los atormentados pensamientos de un niño dolido, hubiera podido golpear fatídicamente a su hermano, resultaba tan intolerable para Silvia que la reprimió de inmediato. Le era mucho más soportable imaginar que Paolo hubiera resbalado en la tina con tan mala suerte que se hubiera dado con el borde metálico en la nuca, hubiera perdido el sentido y se hubiera ahogado. Quizá hubiera estado chapoteando con Ranuccio, pues los dos pequeños adoraban aquel juego, y el azar hubiera querido que no hubiera nadie cerca... Una coincidencia cruel, el acto despiadado de un dios cuyos tejemanejes con frecuencia resultaban imposibles de comprender.

Sumida en sus pensamientos, estuvo a punto de chocar con Rosella.

—Constanza y Pierluigi se están peleando otra vez —le informó, agria, Rosella.

—Ay, esos niños —suspiró Silvia, sacudiendo la cabeza—. Ocúpate de Ranuccio, que está destrozado. Tendremos que salir pronto de casa, toda Roma estará ya en pie... Y, ¿has traído flores a la capilla y has dispuesto un velatorio digno para Paolo? Una de las plañideras tendrá que velarlo y rezar por él.

Mientras las dos mujeres se dirigían a donde los niños se encontraban, Baldassare Molosso les salió al encuentro y se quejó de Pierluigi y su destructivo e indomable temperamento.

—«El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde

temprano lo corrige» —citó de la Biblia con los brazos alzados—. Tengo las manos atadas, puesto que se me ha prohibido castigarlo, y aunque todos mis sentidos y anhelos están puestos en ello, y aunque apelo a la fuerza de la razón, ni siquiera la muerte de su hermano ha logrado traer el buen sentido a Pierluigi.

El maestro se encontraba aún hablando cuando apareció Constanza, casi corriendo y emitiendo frases confusas e incomprensibles, seguida por un Pierluigi de rostro sombrío y de Bianca, que llevaba a Ranuccio en brazos, todos hablando entre sí. Silvia pensó un momento en salir huyendo y escaparse de sus propios hijos, pero entonces envió a Pierluigi a su cuarto con Baldassare y ordenó a Rosella que se ocupara de que sus hijos desayunaran y se vistieran debidamente.

—También envíame a alguien que me ayude a ponerme el vestido de gala de terciopelo rojo y negro. Además todavía tengo que peinarme. ¿O crees que el negro da un aspecto demasiado de luto? En cualquier caso, algún indicio de duelo debo mostrar, o de lo contrario no me lo podré perdonar nunca. Y ocúpate de algo importante: ¡que ninguno de los criados diga una sola palabra! Los niños también tendrán que guardar silencio.

Rosella le respondió con un breve asentimiento.

En cuanto Silvia llegó a su habitación, se dejó caer suspirando sobre el banco junto a la ventana, cerró los ojos y escuchó los pájaros que, imperturbables, daban su recital de canto en el jardín. El agudo chillido de un pavo real rompió la mañana, que ya se había llenado de vida y griterío. En la distancia sonó una fanfarria, después el traqueteo de unos cascos animales, y una tropa de tamborileros hizo su aparición por la via Giulia.

Ya era hora de que se vistiera, así que salió de sus ensueños y se levantó. Su doncella trajo el pesado manto de brocados, junto con una redecilla para el pelo con hilos de oro y unos pendientes, pero antes de poder ponérselo todo, tendría que peinarse y trenzarse el pelo. Silvia aguardó con paciencia y los ojos cerrados a que sus sirvientas realizaran todo aquel proceso, y no los abrió hasta que reparó en que alguien había entrado en la habitación. Su perfume delató a la hermana de Alessandro, Giulia que, llegada de Nápoles, llevaba semanas en Roma. Aquel aroma dulce y pesado resultó embriagador cuando Giulia se aproximó con sonoros pasos y la abrazó con alegría. Un rápido vistazo le bastó a Silvia para cerciorarse de que las arrugas en torno a los labios de Giulia se habían ahondado. Su cuñada y vieja amiga de los tiempos de su educación en el convento era de su misma edad, pero había logrado solo relativamente, a pesar de cuidarse la piel con grasa de verraco y polvo de Venus, preservar su belleza contra el cruel ataque de la edad.

Apenas había concluido su exaltado saludo cuando Giulia miró inquisitiva a Silvia. Con el ceño fruncido, preguntó:

—¿Has dormido mal? ¿Estás enferma, mi querida amiga? Esas bolsas en torno a

los ojos...

Silvia le resumió en breves palabras la desgracia que había sacudido a la familia y le pidió de inmediato que guardara silencio y no contara nada a nadie.

Con marcada precaución, Giulia se secó los ojos con un pañuelo de seda.

—Oh, Silvia, no te preocupes. ¡He aprendido a ser una actriz muy convincente! Yo estaré a tu lado. ¡Los Medici no nos verán hundirnos! Nosotros, los Farnese, seremos el más distinguido de los clanes, ¡te lo juro!

Capítulo 4

Roma, palazzo Farnese - via Giulia - 11 de abril de 1513

Alessandro había terminado de debatir con el mayordomo qué caballo debía ensillarse y qué hombres le acompañarían al Vaticano y, seguidamente, llevó al astrólogo, que esperaba con impaciencia, hasta su estudio. Luca Gaurico se inclinó rápidamente ante la mano y el anillo y bostezó con energía.

—¿Cansado, maestro? —una sonrisa indulgente se dibujó en los labios de Alessandro.

Gaurico se pasó la mano por sus cabellos ligeramente grisáceos, agitó los brazos para que las ondulantes mangas de su túnica se le deslizaran sobre las muñecas y suspiró con ademán teatral.

—He pasado la noche entera sentado frente al horóscopo y después he echado las cartas. Desconcertante, de lo más desconcertante. Sois un caso de lo más particular, Eminencia. Contradicciones, nada más que contradicciones.

Los dos tomaron asiento sobre el banco junto a la ventana.

—Por desgracia no me puedo entretener mucho tiempo —explicó Alessandro—, el Santo Padre se encuentra preparando el desfile de la *possesso*, en el Vaticano...

—Contradicciones —le interrumpió Gaurico—, es lo único que veo en mi cabeza, una y otra vez y, para colmo de desgracias, ayer se apareció la carta de la muerte. También en vuestra propia casa siento el aroma del luto, el aliento de lo efímero... Decidme, ¿qué ha ocurrido?

Alessandro se estremeció cuando el astrólogo le abordó tan directamente a propósito de la desgracia del día anterior.

—Mi segundo hijo varón, Paolo...

—¡Lo sabía! Había demasiadas constelaciones inusuales, y sobre todo el dominio de la duodécima casa, la extraña conjunción de Marte y Venus, las fuerzas saturninas ascendentes, el fuego ardiente, todo indica retroceso, pérdida, soledad. Soy el mejor astrólogo de Roma, y no solo vos, sino también los Medici y Agostino Chigi, el gran banquero, solicitan mis servicios como consejero, Eminencia. Predije que el hijo del poderoso Lorenzo, a pesar de su joven edad, a pesar de su enfermedad y de la molesta falta de visión de algunos, sería elegido Papa. Y sin embargo vos siempre me presentáis continuos misterios. Las constelaciones de estrellas estaban dispuestas de forma demasiado compleja como para decir nada, resultaban del todo impenetrables, por lo que eché las cartas, para estar seguro de entender su...

—Concrete, maestro, ¡no me sobra el tiempo! —exclamó Alessandro, frotándose

las manos con impaciencia.

—Mi más sentidas condolencias por el fallecimiento de vuestro segundo hijo varón. Sé que debía haber entrado al servicio de la Iglesia, pero la gracia que el Señor otorga, también puede quitarla... Pero resumiendo, vi la muerte en sus terribles rasgos. ¿Qué ha soñado esta noche, Eminencia?

Alessandro arqueó sorprendido las cejas, suspiró brevemente y le habló de la estela mortuoria y la niebla.

—¿Eso es todo? —Gaurico le perforó con la mirada de sus ojos grises como las piedras.

Alessandro agitó la cabeza.

—¿Recordáis vuestros sueños de las últimas semanas?

Otra sacudida de cabeza, esta vez más enérgica.

—Os veis cabalgar no pocas veces por las calles de Roma sobre un palafreñ blanco.

Alessandro no pudo evitar reír.

—A cualquier cardenal le gustaría convertirse en Papa, y probablemente sueñe con ello de una forma u otra.

—Bien. En las cartas descubrí no solo la muerte, sino también dignidad real, o tal vez papal, además de una muchacha joven, hermosa, deseable. Como me llamó la atención, observé el horóscopo buscando pronósticos, y vi a Venus en trayectoria ascendente, seguida de Júpiter. Entonces, se producía una conjunción entre ambos y la octava casa. ¿Quizá hayáis soñado con una muchacha joven? —Gaurico lo miró entonces con la cabeza ligeramente inclinada, y el labio superior temblándole ostensiblemente.

Alessandro cayó en la cuenta de que, de hecho, había estado soñando durante las semanas anteriores con su hija Constanza, que de alguna forma también se parecía a Silvia y le daba el pecho a un niño. Cuando había querido expresar su alegría por el nacimiento de su descendiente, Constanza había cambiado repentinamente su aspecto y el estrépito de Campo de Fiori lo había rodeado. El sueño finalizaba en una escena erótica que, aunque bastante difusa, trataba sobre todo de una profunda lujuria que le nacía de las entrañas y le arrastraba por la laberíntica oscuridad de aquellos bajos fondos romanos limítrofes directamente con el *palazzo*, que destacaban por su pobreza, inseguridad y violencia. De allí procedían la mayor parte de sus sirvientes, incluyendo a Rosella, así como Maddalena Romana, llamada *la Magra*, la cortesana de más éxito en Campo de Fiori, para quien ejercía de confesor.

—¡Habéis soñado! —Luca Gaurico dio un respingo de puro entusiasmo, y se mantuvo de pie mientras Alessandro le narraba su sueño, sin incluir, no obstante, la escena final.

Cuando Gaurico se sentó de nuevo, se presionó las sienes con los dedos índice y

dibujó en ellas pequeños círculos mientras miraba atentamente al suelo, para mostrar de manera patente que se encontraba sumido en profundos pensamientos.

—Venus ascendente, cerca de la duodécima casa, próxima a la compleción del ciclo, en lo que la antigua sabiduría nos presenta algunas catástrofes. Unido a la muerte, que nos indica soledad. Eminencia, conoceréis a una joven...

Se interrumpió y miró al cardenal con gesto triunfante.

—¿Fue eso todo lo que soñasteis?

Cuando un repique de campanas anunció los preparativos para el *sacro possesso*, Alessandro se puso en pie. El triunfo pintado en el rostro de Luca Gaurico le parecía inapropiado, y los extraños comentarios que había hecho no le hacían sentirse más cómodo en su presencia.

—Por supuesto que conoceré a una joven, probablemente a muchas: mis nueras. Y espero que también nietas.

Gaurico hizo ademán de volver a acomodarse en su sillón, pero Alessandro apartó al astrólogo a un lado.

—Me esperan, por lo que no puedo ofrecerlos más tiempo. Aunque éste no será nuestro último encuentro.

—Pero Eminencia, hoy es mi día de iluminación, tras toda una noche de investigación, es ahora cuando comprendo que debemos, sin falta... mirar hacia el futuro...

—En otra ocasión, querido maestro.

Alessandro llevó al astrólogo fuera de su estudio y lo dejó al cuidado de su secretario para que lo acompañara hasta la salida. Inmediatamente después indicó a su ayuda de cámara que le alisara su púrpura cardenalicia y le alcanzara su capelo, bajó apresuradamente las escaleras hacia el patio y montó en el ya acicalado semental. Un mozo de cuadra vestido con un jubón adornado de azucenas debía guiar al caballo a través de la multitud, el mayordomo y el ayuda de cámara portaban blasones, y tres hombres de su guardia personal los seguían con el estandarte de los Farnese.

Al llegar a la plazoleta frente a su *palazzo*, los inundó una luz resplandeciente. La gente marchaba ya a empujones, y desde Campo de Fiori se oía el estruendo de una gran multitud. Cuando dio la orden de tomar la via Giulia hacia el Vaticano, oyó a Pierluigi llamarlo desde la casa con el grito: «¡enséñales, papá!». No tenía ningún deseo de ver a su hijo, por lo que clavó los espolones al caballo.

Las innumerables personas que se agolpaban en las calles y avenidas agitaron al mozo de cuadra que tuvo que aferrarse al roncal del semental, mientras que los tres guardias se vieron forzados a abrir camino por la fuerza. Todo el pueblo de Roma, los artesanos, aguadores y rateros, mendigos, clérigos humildes, prostitutas y todo tipo de peregrinos se apresuraban hacia la via Triumphalis para asegurarse un buen sitio.

Cientos de rostros se volvieron hacia Alessandro, por todas partes la gente gritaba, los niños se subían a los hombros de sus padres, las madres intentaban mantener cerca de sí a sus hijas u ofrecérselas al primero que tuviera aspecto de contar con un par de ducados. Aquí y allí algún barón romano se iba abriendo paso entre la muchedumbre, que no era capaz de apartarse sin algún que otro bastonazo de los criados.

El sol, mientras tanto, había ascendido y relucía, cálido, desde un cielo azul cristalino. Sería un auténtico día triunfal, la toma de posesión de la ciudad de Roma por parte del recién elegido papa, que León X, de los Medici, no iba a realizar en la Pascua de la Resurrección de Cristo, sino en el aniversario de la batalla de Rávena, una contienda trágica y sangrienta entre el ejército del rey francés Luis XII y las tropas venecianas y papales, que tuvieron que soportar una dura derrota. Aquella fecha estaba pensada como una señal pública de la futura política pacifista de León. Alessandro le deseó suerte y éxito de todo corazón. Si León conseguía que la contienda de ya veinte años de duración entre el rey francés y el emperador alemán por el dominio de Milán y Nápoles, por la hegemonía en toda Italia, llegara a un acuerdo pacífico y equilibrado, se le seguiría alabando por ello durante los siglos venideros.

Los gritos y empujones se volvieron más nerviosos. Aunque el mozo de cuabras se esforzaba por mantener tranquilo al corcel, éste relinchaba y amenazaba con desbocarse. Los mendigos no se dejaron impresionar y continuaron tendiendo sus manos implorantes hacia Alessandro. Generalmente no cabalgaba por la ciudad sin dar alguna limosna, pero aquél era un día especial en el que, en cualquier caso, se repartirían todo tipo de manjares, así como vino y, por supuesto, una gran cantidad de monedas contantes y sonantes. León no permitiría que se echara a perder su reputación de hombre generoso. Todos los romanos esperaban de él pan y circo, regalos y festividades. Roma entera debía beneficiarse ahora de la legendaria riqueza de los Medici, que hasta entonces estaban considerados como toscanos avariciosos, refinados pero mal vistos.

Numerosas muchachas acariciaban la sotana cardenalicia de Alessandro, incluso sus pies, el lomo de su caballo. Su comportamiento delataba que se trataban de prostitutas callejeras. Algunas llevaban tales escotes que los pechos les rebosaban, causando naturalmente griterío y risas por doquier. Llevaban el pelo suelto, que les caía hasta la cadera. ¡Y qué jóvenes eran! Morenas, con los ojos negros, probablemente sicilianas o españolas, que abundaban entre las mujeres de la calle.

Sus hombres las apartaban con malos modos, pero él las miraba repartiendo bendiciones. Algunas se persignaban. Una chiquilla que permanecía humilde en un segundo plano, limitándose a observar, lo miró, gentil como la inocente hija de un campesino.

Alessandro llegó a percibirla solo un instante antes de que le obligaran a dar un

movimiento brusco hacia adelante, pero de inmediato se volvió.
La niña había desaparecido.

Capítulo 5

Roma, via Triumphalis - Palazzo Medici - 11 de abril de 1513

Las calles y plazas de Roma estaban repletas de gente.

Cinco hombres fuertes con estandartes de azucenas sobre el pecho y la espalda protegían a Silvia y su séquito, y puesto que portar armas aquel día estaba terminantemente prohibido, lucían miradas particularmente siniestras. Silvia abría la marcha, seguida muy de cerca por su cuñada, que llevaba un velo transparente sobre el rostro, y tras ellas, rodeados de los soldados, Constanza y, ligeramente desplazado, Pierluigi.

Apenas llegaron a Campo de Fiori, las masas humanas comenzaron a agitarlos, y el estruendoso griterío apenas permitía que se entendieran los unos a los otros. Los mendigos extendían hacia ellos sus manos, incluso llegaban a palpar las pesadas vestimentas adornadas de brocados de Silvia y Giulia; los aguadores y vendedores de pan y dulces bramaban entre la multitud; los niños, acompañados de sus madres y abuelas, chillaban por doquier; una y otra vez se veían hombres con los puños dirigidos hacia otro. Por supuesto, por todas partes resonaba: «¡palle, palle!», el grito de guerra de los Medici.

Grupos de *sbirren* habían ya despejado el centro de la via Triumphalis, pero por los miembros de las familias más importantes de Roma que solo quisieran pasar a mirar antes de desaparecer en sus palacios, hacían una excepción. En cualquier caso, ya nadie cruzaba los laterales de las vías.

Silvia respiró hondo. Al fin, algo de aire y la posibilidad de admirarse por el despliegue realizado a fin de ofrecer al papa León X una acogida digna. Por supuesto, por todas partes se apreciaban los escudos de armas de los Medici, con las seis esferas o *palle*, así como estandartes, blasones, tapices y cuadros con figuras de la mitología antigua y, ocasionalmente, también de motivos cristianos, de tal modo que la Virgen María se mezclaba con Venus o Minerva, el crucificado recordaba a Apolo, y Dios Padre, a un Júpiter tronante. Guirnaldas de laurel y flores primaverales adornaban las ventanas y enmarcaban las pinturas. Quien tenía alguna estatua en posesión, la había colocado ante el portal o en los balcones: desde allí, Baco y Venus, Mercurio y Ganímedes saludarían al Papa leonado, las santas señalaban la semidesnudez de las ninfas y la desnudez completa de las sibilas, y entre ellas, los mejores escribas de la ciudad habían pintado sentencias breves: «*Mars fuit*» y «*Cypria semper ero*» se repetían una y otra vez. Quien supiera algo de latín sabría que debía despedirse del dios de la guerra y saludar el perpetuo señorío de la diosa

del amor.

Silvia se maravillaba de toda aquella pompa antigua, incluso pagana, y entretanto echaba un vistazo a Giulia y a sus hijos. Pierluigi caminaba pesadamente con rostro funesto entre sus guardias, sin mirar ni a izquierda ni a derecha, mientras que Constanza observaba con los ojos iluminados las excepcionales obras de arte. Su cuñada Giulia se apartaba continuamente el velo del rostro para poder observar mejor: sus ojos se nublaban por el dolor y el recuerdo de días mejores. De cuando en vez extraía un pañuelo de seda de su escote y se secaba con cuidado las mejillas.

—¿En qué estás pensando? —Silvia se había inclinado hacia adelante para que Giulia la oyera mejor.

Una breve mirada le había bastado para adivinar sus pensamientos.

—Todavía era joven y hermosa cuando mi Rodrigo recorrió a caballo este mismo camino hace veinte años. Por aquel entonces yo era su Venus, y casi cada noche me demostraba lo mucho que me deseaba.

Ella se irguió, y durante un instante se pudo volver a reconocer bajo su maquillaje a aquella *bella* Giulia, sin arrugas ni papada.

En lugar de responder, Silvia le dedicó una comprensiva caricia en el brazo.

—Sin mí, Alessandro nunca habría sido cardenal, y soy la única a la que debe nuestro ascenso. Si Alessandro se convierte en Papa, será solo porque dejé que un viejo verde me...

—Lo sabemos bien —la interrumpió Silvia, dedicándole una mirada ligeramente preocupada a sus hijos.

Giulia se sorbió.

—... montara miles de veces —concluyó, con un tono amargo.

«¿Es que no te gustó?», quiso replicar Silvia, pero se abstuvo de hacerlo por no ofender a Giulia.

Cuanto más se acercaban a Rione di Ponte y al barrio financiero, más adornadas estaban las calles, y los arcos de triunfo ornamentados con dioses antiguos iban sucediéndose los unos detrás de los otros.

—Esa diosa debe haberla pintado Rafael —gritó Giulia, no sin envidia en la voz, mientras señalaba un cuadro—. ¿Y sabes quién posó como modelo? —una sonrisa burlona acompañó sus palabras.

Silvia dedicó una mirada de advertencia a sus hijos, de quienes solo Constanza escuchaba con curiosidad. Pierluigi imitaba como un arlequín inquieto a Apolo tocando la lira.

—Francesca, la nueva amante favorita de Chigi, casi una niña. —Giulia se inclinó sobre Silvia—. ¡Al parecer se enamoró de ella de inmediato! ¡Le ha prometido matrimonio! Ese papagallo rácano... Está haciendo el ridículo.

—No seas tan cínica —repuso Silvia en voz tan baja como el ruido de la multitud

le permitió—. Realmente es una joven hermosa, y debe ser inteligente.

—La belleza se marchita, el trasero más respingón se vuelve flácido, la inteligencia te deja caer en la melancolía, hasta que finalmente una jovencita te reemplaza. Francesca ha echado a Imperia, igual que yo eché a la vieja bruja de Vanozza del lado de mi Rodrigo —aquel amargo triunfalismo envejecía espantosamente los labios profusamente maquillados de la mujer.

—Ay, Giulia. —Silvia tomó brevemente del brazo a su amiga de la infancia—. Cada cosa tiene su momento, y con la edad una puede regocijarse con los hijos y los nietos... y escribir cuentos.

Paolo, muerto, con su rostro iluminado como el de un mártir, se le aparecía a Silvia ante los ojos, y no pudo reprimir las lágrimas.

—Sí, ¡para ti los niños y las historietas! —exclamó Giulia, pero de inmediato debió recordar el destino aciago de Paolo pues, horrorizada, se llevó al pecho la mano de Silvia—. Vayamos de una vez a casa de los Medici, pronto sonarán las fanfarrias.

Agarró fuertemente la mano de Silvia y se puso en marcha precipitadamente.

Era difícil abrirse paso hasta el palazzo Medici a través de la multitud, que gritaba ininterrumpidamente «¡León, León! ¡Palle, palle!», mientras bebían vino con profusión. Cuando finalmente lograron atravesar el portal, Silvia dio con un muro refulgente de humeantes velas y antorchas. Criados vestidos con lujo atravesaban aceleradamente pasillos y escaleras. Los guardias tuvieron que permanecer en el patio interior, pero se les procuraron excelentes brochetas de buey y vino toscano en abundancia. Giulia se hizo alisar con premura el vestido y la capa, insertó un par de rizos furtivos en la redecilla y se colocó la diadema.

Apenas habían dejado la escalera que conducía al *piano nobile*, cuando Alfonsina, la cuñada del nuevo Papa, salió a saludarles con los brazos extendidos y un estridente grito de alegría. Se le había permitido a la viuda de Piero de Medici ejercer de señora de la casa, puesto que todos los miembros masculinos importantes de la familia tomaban parte del desfile festivo del Papa, y solo las mujeres y los niños permanecían en casa.

Giulia se había adelantado y fue la primera a quien Alfonsina abrazó. Su nauseabunda colonia azotó a Silvia: olía al dulzor de la podredumbre, y no se correspondía con el rostro de cuervo de la viuda, quien gustaba de vestir de negro, así como de rojo chillón y verde fuerte.

—Sin duda tu esposo cabalga con los barones napolitanos en honor de nuestro recién elegido León, querida Giulia —graznó Alfonsina. Antes de que Giulia pudiera replicar que en realidad él permanecía en su Nápoles natal, continuó—. Estás más seductora que nunca, *bellisima*, incluso nuestro León reparará en tu hermosura —dijo, lanzando una risa estridente a Silvia, a quien ya se había vuelto y debía recibir su abrazo—. Tú, bendecida con tantos niños —graznó en su oído, apartándose

después un poco de ella para observarla mejor—. ¿Estás embarazada otra vez? Nuestro amigo Alessandro no escatima en esfuerzos para asegurarles un futuro floreciente a su nombre y su progenie.

Silvia no vio la necesidad de responder. Alfonsina, entretanto, se dispuso a hacerle cosquillas a Constanza en la barbilla y a enviarla con los otros niños. Pierluigi ya se había escabullido, puesto que había descubierto a Giovanni de Medici *Popolano*, cinco años mayor que él, e hijo de la fallecida hacía ya cuatro años Caterina Sforza.

En el recibidor y el salón de baile del *palazzo* sobrecargados de joyas y flores, Silvia topó con el trío de hermanas del nuevo Papa, todas con hijos pequeños. Los chiquillos aparentemente iban a hacer carrera eclesiástica, puesto que a pesar de encontrarse entre los diez y los doce años vestían ya túnicas de prelado.

Bajo una estatua de Apolo reñían dos niños, de unos tres años. Como Silvia los miró con curiosidad, Alfonsina, que había seguido su mirada, explicó en voz alta:

—Dos de nuestros pequeños bastardos, Ippolito y el inconfundible Alessandro, al que llamamos simplemente *il Moro* —miró con desprecio al niño que, con su cabello rizado y sus labios hinchados recordaba a un monito y estaba a punto de ponerle la zancadilla a Ippolito—. Un carácter bastante arisco, como puedes ver —continuó Alfonsina—. Un desliz del primo Giulio, es decir, el bastardo de un bastardo. El primo Giulio siempre hace como si Alessandro fuera su sobrino, e incluso ha legitimado esa falsedad. En fin, en cada familia hay una manzana podrida —el desprecio en sus gestos y su voz se ahondó—. Los bastardos rara vez llegan a alguna parte, incluso cuando se les legitima —y diciendo esto dejó vagar la mirada hasta Pierluigi y el retoño de Caterina Sforza y una sonrisa socarrona se dibujó en su boca.

A Silvia le hubiera gustado escupirle, pero al mismo tiempo, se esforzó por ignorar los engreídos comentarios de aquella Medici por matrimonio, originaria de la tan altanera como fructífera familia Orsini, pues estaban evidentemente dirigidos contra ella y sus hijos: Silvia no era más que la concubina de un cardenal, y sus hijos no eran otra cosa más que bastardos.

Giulia, mientras tanto, se había escabullido y había tomado asiento junto a la ventana, desde donde le hizo una señal a Constanza y fue empujando con la cadera a una de las chicas Medici de forma tan habilidosa que su sobrina logró encontrar donde sentarse y las dos obtuvieron un excelente punto de observación. Pierluigi observaba asombrado al joven Giovanni, de quince años, que mostraba ya el porte de un joven *condottiere* y gesticulaba vivamente mientras bromeaba con sus primos.

Finalmente, Silvia logró sentarse en la ventana con Giulia. Constanza quiso darle su sitio, pero Silvia prefirió quedarse tras ella. El caos disonante de ruidos, particularmente el estridente tono de voz de Alfonsina, le hacía daño en los oídos.

—Una bruja ambiciosa, esa Alfonsina —dijo Giulia, sin molestarse demasiado en

hablar bajo—, odiosa como la mayoría de los Orsini. No tengo más que pensar en mi tuerto Orso. ¿Te acuerdas de él, Silvia?

Ésta asintió, no sin llevarse el dedo a los labios.

—Por mí ese espantajo puede quedarse lejos.

Constanza sonrió con picardía, mientras Silvia susurraba:

—¡No tan alto!

—No dejes que mi dulce sobrina se case con ningún Orsini —continuó Giulia con descaro—, ni que Pierluigi tome a ninguna de las insoportables culonas de esa familia.

Silvia miró a la ventana de forma visible, pretendiendo que no escuchaba nada de lo que se le decía.

—Pero yo sé bien que Alessandro ya ha elegido a Stefano Colonna para vuestro tesorito.

Silvia miró por la ventana todavía con más concentración, aunque no había nada nuevo que observar.

—*Mamma*, ¿es eso cierto? —en el rostro de Constanza se dibujaron la sorpresa y el terror.

—Todavía eres muy joven.

Giulia soltó una carcajada.

—¿Es eso una respuesta para una pregunta tan directa?

Constanza no dejó que Silvia llegara a tomar la palabra.

—Pero yo no quiero casarme con alguien a quien no conozco, mucho menos con un tuerto como tía Giulia.

La risa de Giulia se volvió aún más sonora.

—Harás lo que diga tu padre. Además, Stefano no es tuerto, sino bastante atractivo. —Silvia quiso darle a su voz un tono firme, pero ella misma se dio cuenta de la inseguridad que delataba.

El olor a podredumbre de Alfonsina volvió a golpear la pituitaria de Silvia, pues de hecho la autonombraada señora de la casa se encontraba junto a ella. En esa ocasión, Giulia miró hacia la calle con la misma intensidad que si el propio papa León hubiera aparecido él solo montando sobre un elefante por la via *Triumphalis*.

—¿Has visto a mi inocente sobrina Maria con el bastardo de Caterina Sforza? —Silvia volvió la cabeza. Alfonsina continuó hablando sin esperar respuesta. Su afilada nariz parecía lanzar continuos picotazos—. También mi difunto Piero, Dios tenga misericordia de su pobre alma, era de la opinión de que los bastardos debían quedarse fuera, puesto que corrompen la sangre. Ese Giovanni *Popolano* Sforza ronda ya los lupanares de la zona como un adulto, e incluso ha contraído la *morbo gallico*. Constanza, querida mía, ¡mantente alejada! Se pelea con cualquier borrachuzo que pase por delante suyo, e incluso con once años apuñaló a un compañero. Hasta le

golpeó a mi Lorenzo sin motivo, haciendo que le sangrara la nariz, aunque Lorenzo es seis años mayor que él. Solo por eso tenían que haberle echado del país.

Sin esperar una respuesta, salió volando pues su hija se dirigía hacia Giovanni y Pierluigi.

—¡Clarice! —la oyó gritar Silvia—. ¡Ven aquí! ¡Tenemos que salir al balcón!

Capítulo 6

Roma, palazzo Medici - 11 de abril de 1513

Las fanfarrias resonaban desde el puente Sant'Angelo, y el retumbar de los cascos de caballo se volvió audible. Todos se apresuraron contra las ventanas y los balcones, y saludaron con aplausos a la comitiva que se aproximaba, con doscientos lanceros a caballo y la servidumbre del Papa. Les seguían músicos vestidos de blanco resplandeciente, rojo y verde. Los trombones atronaban con tal fuerza que hasta los gritos de asombro de los espectadores quedaron sofocados, los pífanos retiñeron hasta que comenzaron a doler los oídos, y los tambores emitieron un repique marcial.

Constanza estaba embelesada. Todos aquellos lujosos vestidos, las banderas adornadas, los hermosos muchachos. Los dirigentes de los distintos distritos de la ciudad saludaron a la concurrencia, *el cuervo*-Alfonsina alzó condescendiente la mano. Les siguió el estandarte de la ciudad de Roma y de la Universidad, y después, *el capitano generale* papal y el *gonfaloniere*.

Los Medici se apretujaron aún más contra la ventana, observaron y gritaron cuando Giulio de Medici, el primo del Papa y prior de la Orden de San Juan apareció cabalgando, sosteniendo en la mano izquierda un pendón de seda roja con una cruz blanca.

—Tiene mucho mejor aspecto que el regordete de León —le dijo la tía Giulia a su madre—, pero he oído que bizquea.

Su madre pasó por alto el comentario sobre estrabismo.

—Sandro opina que León nombrará a Giulio arzobispo de Florencia en los próximos días, por lo que tendrá que gestionar su ciudad natal con los hermanos pequeños de León.

—¿Quieres decir que Giulio será el siguiente? ¿Que quizá sea el próximo Papa, incluso antes que nuestro Alessandro?

Constanza observó con atención a Giulio de Medici, que cabalgaba sobre un esbelto caballo negro, pero ya no escuchaba lo que su madre y su tía Giulia comentaban pues en la casa se renovaron los gritos y las señas. Bajo ellos cabalgaban ya los representantes de la nobleza romana y florentina, entre ellos numerosos Medici y Orsini, los representantes de los estados y ducados italianos, los embajadores del emperador y del rey francés.

Alfonsina casi se cae del balcón cuando su ya crecido Lorenzo apareció trotando. Junto a ella, las hermanas del Papa intentaban saludar a sus hijos sin lograr obtener espacio ni oportunidad para ello.

Constanza se reía del bochornoso número que la urraca Medici estaba preparando cuando su mirada recayó en un hombre vestido con un manto negro, que cabalgaba junto a Lorenzo.

—¡Mira, Francesco Maria, el duque de Urbino, vestido de luto! —exclamó la tía Giulia al oído de su madre—. Él sabe que tiene mucho que agradecerle a su tío, el difunto papa Julio. He ahí un hombre con el que incluso yo flaquearía una última vez.

Constanza se sintió como congelada, pero al tiempo le recorría una ola de calor. Aquel jinete negro sin armadura, que no debía tener mucho más de veinte años, marchaba montado recto como una vela sobre su corcel azabache adornado de oro, con una pose orgullosa pero en absoluto rígida. Volvió entonces el rostro en su dirección, y ella creyó reconocer en aquellos rasgos la pena que le atormentaba. Ella lo entendía, pues si él sentía el dolor por la pérdida de un tío querido, ella penaba por su hermano pequeño. El recuerdo de Paolo le hizo helar la sangre. Ante el barullo y el griterío de la gente, apenas había pensado en la muerte del niño, pero entonces aquella imagen regresaba y, con ella, la culpabilidad.

Aunque en realidad no había sido culpa suya.

El auténtico responsable era Pierluigi. Debía haber sido él.

Miró a su alrededor, por si lo reconocía entre la multitud de Medicis, pero no lo encontró. La madre y la tía Giulia miraban con simpatía hacia abajo, haciendo señas cada vez más vivas, pues aparecía ya el cortejo vaticano con la cruz dorada y el tabernáculo sacramental. Aunque su padre no tardaría en aparecer, los ojos de Constanza siguieron al duque de Urbino, quien con un orgullo tan particular como desenvuelto cabalgaba junto al torpe Lorenzo, que se tambaleaba sobre su blanco corcel como una armadura desmadejada.

—¿A dónde estás mirando, niña?

Constanza dio un respingo. Había estado tan sumida en sus pensamientos, tan invadida por los sentimientos que la sofocaban todavía, que se quedó mirando a su madre como una boba.

—¿No vas a saludar a tu padre?

De hecho, bajo ellos aparecieron los abades, obispos, arzobispos y, finalmente, los cardenales. Un arco iris de rojos, violetas y púrpuras, con las mitras obispales reluciendo de oro y piedras preciosas, los caballos cubiertos de damascos blancos.

—¡Qué visión más señorial! —exclamó la tía Giulia—. Oh, Dios, quién fuera joven todavía.

Diciendo esto, cogió a Constanza del brazo y la besó, después le dio otro beso a su madre y comenzó a hacerle señas al padre, que miró hacia arriba brevemente y devolvió el saludo.

—Sé cómo se siente —dijo la madre—. ¿Por qué tendrá el Señor que castigarnos así...?

La turba de espectadores de la calle gritaba: «Farnese, Farnese». Constanza se inclinó sobre la barandilla, hasta que su madre la agarró del cinturón hacia atrás mientras la reprendía. Entonces, se escuchó como alguien gritaba: «Farnese, Papa». Antes de que Constanza pudiera mirar de refilón la nariz de buitre de Alfonsina, vio que un joven salía a trompicones del portal y se abría paso a través de la exaltada multitud: era Pierluigi que, al llegar junto al caballo de su padre, apartó al mozo de cuadras de un empujón y tomó él mismo las riendas del animal.

El padre reaccionó con enojo, le gritó algo que por supuesto no pudieron entender y finalmente dejó que su hijo continuara allí.

Bajo el bramido de los tambores marchaba ya la guardia suiza, un mar de gallardetes y bonetes, de multicolores jubones hendidos, de alabardas que brillaban al sol y allí, finalmente, apareció el Santo Padre sobre su corcel turco. Bajo la sombra del baldaquino, cabalgaba agachado, sudando mientras la pesada tiara de oro y piedras preciosas le resbalaba sobre la frente. Intentaba una y otra vez mantener una pose majestuosa, hinchaba los carrillos, dibujaba la señal de la cruz sobre la multitud, se limpiaba el sudor del rostro.

—¡Leo, Leo! ¡Palle, palle! —gritaba la muchedumbre de la calle, gritaban los hombres, mujeres y niños del palazzo Medici, y quien más gritaba de todos, era Alfonsina.

Tras el Papa, marchaban muchos de sus tesoreros, que arrojaban monedas a la gente. Constanza observó con atención y no pudo creer lo que vieron sus ojos. No eran simples monedas de cobre, no, ¡eran de plata y de oro!

—Empezamos bien —murmuró para sí la tía Giulia vuelta hacia su madre, para contrarrestar el clamor de la multitud—. Rodrigo siempre esperaba obtener algo de cada moneda y cada joya que daba, pero nuestro León comparte y reparte como si cagara ducados.

—¡Giulia! ¡Qué palabras son esas!

—¿Es que no tengo razón? Será por eso que jiñar le duele tanto —su propio comentario le pareció gracioso, y se rió.

—¡Giulia!

—El tesoro de la Iglesia no tardará en agotarse.

Constanza intentó echar un último vistazo al Papa, al que seguían varios cientos de jinetes y, finalmente, el pueblo llano. Formaban un tumulto increíble. Una y otra vez podían verse a hombres y mujeres pegándose los unos con los otros por arrebatarse las monedas, mientras a los niños se les pisoteaba y caían sin remedio al suelo, entre los llantos desesperados de sus madres, incapaces de encontrarlos. Pero nadie se preocupaba por ellos.

Capítulo 7

Roma, via Triumphalis - Palazzo Farnese - 12 de abril de 1513

Cuando Alessandro vio al joven que surgió de la multitud de espectadores y se precipitó hacia él, pensó durante un momento que se trataría de un intento de asesinato: pero antes de que llegara a reaccionar, reconoció a Pierluigi, su hijo mayor, que avanzaba hacia su caballo sin admitir trabas. En un primer momento, Alessandro se sintió tentado a mandarle marchar, pero finalmente le dejó quedarse. Aquel día era preferible evitar toda acción que llamara la atención.

Así pues, siguió montando, recibiendo los aplausos y los vítores de todos los espectadores, rodeado de sus compañeros cardenales, avanzando lentamente y cada vez más cansado por toda la via Triumphalis.

Pierluigi se pavoneaba junto a la cabeza del caballo y enviaba sonrisas de orgullo a la multitud.

Las horas se alargaban, y los pensamientos de Alessandro vagaban de nuevo hacia la coronación de León, que él mismo había hecho posible: un indicio que le señalaba como posible siguiente Papa. Él nunca había aspirado a ascender al trono en aquella elección, ¡ni por un momento! Era necesario valorar de forma realista las propias posibilidades. Como adepto del desaparecido Julio II, pero sobre todo como cardenal nombrado por Borgia, algunos miembros de la curia le llamaban a sus espaldas cardenal *Gonella*, *Gonella*, «enagua»; su sobrenombre hacía referencia al hecho de que le debía su puesto a su hermana Giulia, *la bella* Giulia, a la que el insaciable papa Alejandro VI, el papa Borgia, había tomado como amante, no sin esperar ciertas contraprestaciones a cambio. Hacía ya veinte años de aquello, pero nunca había dejado de perjudicar su reputación. Por lo demás, *Gonella* era como se le conocía entre los más decentes de los prelados, pero el pueblo llano, los romanos del Pasquino, le llamaban, sin atisbo de respeto, cardenal *Fregnese*, el cardenal «Coñero».

También su concubinato con Silvia estaba particularmente mal visto entre los más rectos y piadosos de los prelados, aun cuando ella perteneciera a una familia respetada del barrio de Pigna, y estuviera casada con un Crispo. No, no aunque, sino porque. Durante cuánto tiempo había intrigado contra él el viejo Crispo, porque le creía responsable de la muerte de su hijo, ¡y a cuántos prelados habría comprado! Pero la hipocresía, los sobornos y la traición siempre formarían parte del llamativo comportamiento de la aristocracia romana y de las altas esferas sacerdotales.

Qué importaba que en aquella ocasión hubiera sido su protegido, León X, el

cardenal Medici, el que hubiera salido elegido: aunque aún era joven, la salud no le acompañaba. ¡Su momento estaba por llegar!

Llegaron a la basílica y al palacio de Letrán cuando el sol ya descendía. Pierluigi ayudó a Alessandro a descender del caballo, y estaba dispuesto a esperar pacientemente hasta el final del gran banquete.

El festín finalizó a última hora de la tarde. La reunión se disolvió. Para entonces la mitad de la comitiva que había acompañado al ahora achispado Papa se había marchado ya, los romanos habían recibido miles y miles de ducados, se les había abastecido y entretenido, por todas partes reinaba el estrépito y los bramidos, y las calles estaban repletas de bostas de caballo, orina y vómitos. Qué bien había olido la via Triumphalis por la mañana, limpia de excrementos y porquería, cubierta en numerosos puntos de ramas de boj y de mirto, de tal forma que los cascos de los animales sonaran amortiguados y que las penetrantes emanaciones de la ciudad quedaran suavizadas por una agradable fragancia.

Sin embargo, al atardecer, Roma ofrecía su aspecto habitual tras los grandes festejos: el de un vertedero. En las esquinas y los portales oscuros, sobre las escaleras podridas y tras los matorrales asilvestrados, pululaban las prostitutas, hombres y mujeres se tambaleaban apoyándose los unos en los otros, los niños vagaban perdidos, y ocasionalmente brillaba algún cuchillo, incluso aunque aquel día estuviera estrictamente prohibido portar armas. Los *sbirren*, no obstante, también estaban borrachos.

Pierluigi guió imperturbable a su padre a través de la mugre, y, mientras el papa León proseguía su camino, acompañado de sus tesoreros y de la guardia suiza, hacia el castillo de Sant'Angelo, donde quería pasar la noche como huésped del alcaide, amigo de la familia, torcieron hacia Campo de Fiori, y llegaron finalmente a casa.

Alessandro estaba cansado como un perro y quería ver a Silvia, pero tras un largo silencio, Pierluigi le habló en medio del oscuro recibidor:

—Papá —se interrumpió, tartamudeando—, lo de Paolo...

Alessandro se asustó, esperando una confesión, pero Pierluigi se limitó a decir:

—Lo siento mucho.

Durante un instante, Alessandro permaneció en silencio frente a su hijo, apenas capaz de reconocer su rostro, esperando. Sin embargo, no se produjo ninguna confesión. Únicamente salió de sus labios una frase que fluctuaba entre la rabia abierta y la súplica desesperada:

—¡Pero yo soy el mayor de tus hijos!

Apenas dicho esto, desapareció.

Al día siguiente, Pierluigi siguió sin ánimo de hablar, casi no respondió en el interrogatorio al que se le sometió la tarde siguiente, y rechazó cualquier tipo de culpa sobre la muerte de su hermano.

Constanza reaccionó de manera muy distinta. Admitió no haberse ocupado de Paolo y Ranuccio como debería, incluso haber enviado a Bianca fuera de la habitación para que cosiera las costuras sueltas de su túnica, haber permitido a sus hermanitos chapotear y salpicarse en el baño. Su confesor lo sabía ya todo, y le había concedido la absolución tras una penitencia de cien rosarios. Finalmente, formuló una frase que arrojó nueva luz sobre la muerte de Paolo:

—Vi cómo Pierluigi empujaba la cabeza de Paolo bajo el agua. Y no era la primera vez.

Era una sentencia terrible. Constanza miró a Alessandro sin rabia. Baldassare contuvo la respiración de forma muy audible. Silvia cerró brevemente los ojos, se dio la vuelta y desapareció sin decir palabra.

—Puedes irte —dijo Alessandro, finalmente, a su hija, y se encerró en su pequeña capilla tras hacer marchar a la plañidera.

Se arrodilló ante el cuerpo de Paolo y rezó un breve padrenuestro, que dejó inacabado en la frase en la que se pide el perdón por las ofensas. Se sintió repentinamente miserable y asqueado, incapaz de mirar al muchacho muerto. No había logrado protegerlo de su hermano mayor, evitar que el mal de Caín se repitiera en su familia. El iracundo Pierluigi, loco de celos, había atacado al pequeño, tan callado y tranquilo, tan querido por todos. Pero, ¿acaso era de extrañar? ¿No había estado a punto de llevarse ya la vida de su madre en el mismo momento en que Pierluigi nació? El mayor de sus hijos, su heredero, llevaba en su interior el embrión de un demonio infernal.

Alessandro volvió sus ojos ciegos hacia el crucifijo del altar. Finalmente, oyó de nuevo la voz de la razón. Ya no se podía evitar la muerte del muchacho, tendría que hacerse a ello. De una vez por todas. Incluso aunque él mismo hubiera sido responsable, por negligencia o, incluso, intencionadamente, pues de otro modo el esclarecimiento de los hechos amenazaba con destruir el futuro de la familia.

Paolo yacía rígido ante él, cubierto por su mortaja de lino. Mientras toda Roma se maravillaba del fastuoso desfile del nuevo Papa, y finalmente celebraba su desatado festival, el alma inocente de aquel niño debía realizar en solitario su último viaje hacia la otra vida. Alessandro se acercó a Paolo, e iba a arrojarse sobre él, como si pudiera protegerlo, cuando algo le retuvo. De pronto había recordado la escena del sacrificio, presente en un sueño olvidado que trataba sobre un pacto con el diablo, y se quedó petrificado.

Algún demonio se ocultaba tras un zarzal en llamas y se reían de él con malicia.

—«¡Algún día serás Papa —graznaba, con la voz anciana de su madre, Giovanella—, pero tendrás que pagar por ello, *Gonella!*».

Entonces, resonó el timbre oscuro del papa Alejandro Borgia:

—«Tú eres mi hijo amado, en ti tomo contentamiento. ¡Levántate y sígueme!».

En aquel momento apareció tras la zarza la escalera al cielo y Alessandro se enfrascó en una disputa con Dios.

—«No te dejaré si no me bendices» —se oyó gritar a sí mismo.

Entonces Dios se burló:

—«Incrédulo Alessandro, ya te acordarás de mí».

Entonces, comenzó a subir las escaleras, peldaño por peldaño, hasta que Dios de nuevo se rió:

—«¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es cuando los hermanos habitan juntos en armonía!».

Allí yacía un muchacho desnudo, sobre el altar del sacrificio, con el filo de un puñal reluciendo bajo el sol, y una voz atronadora retumbó:

—«Por cada escalón que asciendas, tendrás que pagarlo con una ofrenda. Al final, estarás arriba, solo, pero a ti te daré toda la potestad, y la gloria de ellos».

—«¿Realmente todo el poder y la gloria?» —preguntó, indeciso, y las escaleras temblaron.

—«Tan cierto como que soy el Señor, tu Dios, por los siglos de los siglos: ¡Sea el pacto!».

—«No eres mi Dios, eres el diablo» —gritó.

La escalera, ahora, se encontraba firmemente asentada, sujeta por el arcángel San Miguel, con el rostro de Pierluigi, y él siguió trepando, cerró el puño, quiso exclamar: «*Apage, satana*». Sin embargo, una risa estremecedora hizo que toda la escena se quebrara.

Se había despertado con el corazón desbocado y el cuerpo sudoroso, y aun entonces, en su capilla, junto al difunto Paolo, sentía como el pecho le retumbaba enloquecido.

Alessandro lo recordaba ahora con claridad: había tenido aquel sueño durante las asfixiantes y tortuosas noches entre los muros de la capilla Sixtina, durante el cónclave, mientras en torno a él, sus compañeros cardenales roncaban, gemían y ventoseaban, y poco después, el generoso en promesas electorales Giovanni de Medici salía elegido como nuevo sucesor de san Pedro. Por todas partes reinaba la alegría y la satisfacción, y él, el cardenal Alessandro Farnese, recibió el honor de declamar desde la logia de las bendiciones el «*Habemus Papam*», en la certeza de que era solo cuestión de tiempo que él mismo fuera nombrado Papa, y se abriera ante él el camino a «toda la potestad y la gloria».

Lleno de culpabilidad, Alessandro observó al fallecido Paolo. Poco a poco, se fue liberando de la tensión, hasta que finalmente arrojó la pálida sábana sobre el cuerpo y realizó una última señal de la cruz.

Al día siguiente, hizo que llevaran a Paolo en su ataúd a la cripta familiar de *isola Bisentina*, junto al lago Bolsena. Solo Silvia y él acompañaron al cuerpo. Los

hermanos de Paolo tuvieron que permanecer en casa, y ni siquiera Rosella y Baldassare pudieron presentar sus últimos respetos al niño. La madre de Alessandro tenía miedo de los fantasmas y se quedó en Capodimonte.

Cuando el sarcófago de mármol se cerró sobre la tumba del pequeño, el sol brillaba con todo su esplendor en el cielo, y los ruiseñores cantaban en las arboledas de la isla.

Después de que Alessandro le dirigiera sus últimas palabras, remó de vuelta a Capodimonte, acompañado de Silvia. No se dijeron ni una sola palabra en todo el camino. Él aún se encontraba turbado por el sueño del sacrificio.

De nuevo en Roma, hizo llamar a Luca Gaurico, para relatarle su sueño. Éste no se mostró sorprendido, señaló aquel mensaje nocturno como una advertencia de un Dios no siempre misericordioso, y explicó:

—Debemos mostrarnos cuidadosos y precavidos. Permitidme que os lea el horóscopo en cada decisión importante de vuestra vida, y pedidme consejo.

Finalmente, hablaron de la muerte de Paolo, que Gaurico consideró el primer sacrificio.

—Pero, ¿por qué? —protestó, sombrío, Alessandro—. No fui elegido Papa. No hay motivo para un sacrificio.

—Permitisteis la elección del Santo Padre y lo coronasteis, es un paso importante en el camino de lo que ambicionáis, y lo sabéis muy bien. ¿O acaso no jurasteis en secreto hace ya mucho tiempo dejar este mundo solo como sucesor de San Pedro?

Alessandro no respondió, no obstante le preguntó qué le recomendaba para eliminar el poder del pacto con el diablo, o para librarse de él. Su espíritu educado bajo los filósofos de la Antigüedad protestó de inmediato, e incluso pudo oír con claridad lo que su maestro, Pomponio Leto, habría dicho: «¡Que recaída más vergonzosa en la superstición! ¡Los sueños no son más consistentes que la espuma! No existe el diablo, el mal reside en cada uno de nosotros, al igual que el bien, pero nada es simplemente blanco o negro. *Gnothi seautón*, querido Alessandro: ¡conócete a ti mismo!».

Alessandro asintió, mientras su mirada tropezaba con los penetrantes ojos de Gaurico.

—Así pues, ¿queréis engañar al diablo? —Gaurico le miraba, como si el cardenal estuviera planeando un crimen.

De nuevo le asaltó el pensamiento de que aquello de lo que estaban debatiendo, en realidad, no era más que una estupidez supersticiosa y rayana en lo herético, que Luca Gaurico no buscaba sino el dinero y, quizá, influencia en las almas humanas, y que la pesadilla aquélla no había sido más que el producto demente de un sueño envenenado por los emponzoñados efluvios del cónclave en la capilla Sixtina.

—Así pues, ¿queréis engañar al diablo? —insistió Gaurico.

—Con la ayuda de Dios misericordioso y su compasivo hijo... quizás —se expresó Alessandro con vaguedad, para no manifestar con demasiada claridad hasta qué punto le turbaba la idea de un pacto con el diablo, a pesar de todo su escepticismo.

—¿No han muerto ya más de vuestros seres queridos? Además de vuestro segundo hijo varón, está vuestro hermano Angelo, vuestro primo... Vos y vuestros, si me permitís decirlo, ilegítimos hijos sois los últimos de vuestro linaje. Sin un nuevo documento de legitimación papal, corréis el peligro de que...

—Ya sé lo que queréis decir, maestro —le arrebató la palabra Alessandro—. En vuestra opinión, ¿qué debería hacer?

Entonces, Luca Gaurico le reveló un plan para asegurarse la cátedra de San Pedro y, quizá, jugarle una mala pasada al diablo. Alessandro se mostró convencido solo a medias, pero decidió seguir el plan de cabo a rabo.

—Ya veréis, Eminencia —anunció Gaurico finalmente con el frío triunfo pintado en la mirada—. Ahora, nada se interpondrá en el camino de vuestro ascenso y vuestra felicidad.

Capítulo 8

Roma, Vaticano - 23 de junio de 1513

Alessandro informó al papa León de la muerte de Paolo poco después de la *possesso*, y le pidió que expidiera, tan pronto como le fuera posible, un nuevo breve pontificio de legitimación que sustituyera y ampliara el firmado por el papa Julio. León expresó su pesar por la pérdida y le dedicó a Alessandro un golpecito afectuoso en el hombro:

—Por mi viejo amigo y mentor, haría cualquier cosa: hoy por ti, mañana por mí. Mejor todavía: redacta tú mismo el breve, Alessandro, y haz que alguno de mis escribas lo ponga por escrito.

Así fue. El nombre de Paolo ya no aparecía en el documento de legitimación, y en su lugar se encontraba Ranuccio, que en la época de redacción del primer breve aún no había llegado al mundo. Constanza, igual que en la anterior ocasión, no aparecía nombrada. Desde aquel momento quedaba establecido que los hijos de Alessandro habían llegado al mundo para perpetuar su estirpe; que esos hijos, en cualquier caso, eran nombrados diáconos del cardenal, y por tanto pertenecían a las esferas más altas de la jerarquía eclesiástica. Se establecía que la madre de los susodichos era una *donna* de la aristocracia romana, cuyo nombre no aparecía citado y que, entre tanto, vivía en situación de matrimonio legal. Además de esto, se ligaba a perpetuidad con la familia Farnese el feudo eclesiástico junto al lago Bolsena.

El 23 de junio se le hizo entrega del breve. Por ese motivo, se personó ya a primera hora de la mañana en el Vaticano, y pasó una agradable hora de conversación distendida con el papa León y algunos compañeros cardenales. Tras un breve desayuno, acompañó al Santo Padre en su misa matutina diaria en la capilla Sixtina, y con posterioridad, cuando los primeros peticionarios se encontraban ya presentando sus solicitudes, se dirigieron al aula regia, donde los *buffoni*, los bromistas y divertidos cómicos tan queridos por León, ya les esperaban. Alessandro odiaba sus malditos chistes y sus tonterías, pero León era incapaz de pasar un día sin ellos, incluso cuando se reían de él, como en aquella ocasión. De él y de su *dolores ani*, como él mismo insistía en denominar, como una forma inocua de reírse de sí mismo.

Aun siendo tan joven como era el papa León, a sus treinta y siete años de edad, hacía mucho tiempo que le atormentaban dolorosas inflamaciones del recto, hasta el punto de que durante el último cónclave habían tenido que operarle. Por supuesto, sus *buffoni* no solo utilizaron su miopía, sino también los *doloris ani* como motivo de sus chanzas más groseras, y de sus representaciones improvisadas más bochornosas. Uno de los guasones se agachaba con una inmensa lupa sobre una biblia, y mientras tanto

otro le destapaba las posaderas, las observaba con otra lupa igual de grande, se tapaba la nariz como si el anterior hubiera liberado gases fétidos, y extraía instrumentos médicos de una bolsa. Un tercer cómico, no obstante, le echaba a un lado, en completo silencio, por supuesto, y con una mueca y unos gestos sumamente exagerados, extraía un inmenso pene de su chaqueta y pretendía tomar al Papa al modo de los sodomitas.

Aquello no le pareció tan gracioso a León, se limitó a echar una breve carcajada y después hizo salir a los *buffoni* de la estancia exclamando:

—Y ahora, vayamos a cosas más importantes.

Tras esto, dispuso todo para jugar al *tarocco*. Mientras se barajaban las cartas, afirmó que los suizos arrasarían en Novara a los franceses, quienes tendrían que regresar a su patria con el rabo entre las piernas, tras lo cual su sangrienta victoria en Rávena no les habría servido para nada, más bien al contrario.

—Por supuesto también siento cierta satisfacción al comprobar que Dios nuestro Señor ha respondido a mi antiguo encarcelamiento de forma tan clara. Nunca olvidaré que los franceses se me llevaron de mala manera del campo de batalla cuando yo, como nuncio papal, me encontraba allí meramente en calidad de observador. Me mantuvieron retenido en Milán, ¡a mí, que me intereso por todo lo bello y que, al contrario que mi predecesor, Julio, *il terribile*, odio la guerra! —se estremeció recordando, pero de inmediato sonrió con gesto conciliador—. En cualquier caso, ¿qué fue lo que Dios dijo en el quinto libro de Moisés? «Mía es la venganza, yo daré el pago». Así, me gustaría sellar finalmente la paz con los franceses, y también con Venecia. Lo principal es que Florencia sigue siendo nuestra, y que las arcas de la Iglesia están llenas a rebosar.

El cardenal Bibbiena, que seguía barajando las cartas, daba muestras evidentes de dudar si aquello se refería a la interminable discusión sobre el equilibrio de poder en Italia, o si el papa León simplemente pensaba en voz alta para matar el rato. Miró al pontífice lleno de expectación, mientras los demás cardenales carraspeaban de forma crítica, pero guardaban silencio.

—El Señor nos ha concedido la dignidad papal, así que disfrutémoslo —exclamó León—. ¡Qué vengan los músicos! —ordenó a su maestro de ceremonias, y mientras de Grassis se levantaba entre gemidos, le hizo señales a Bibbiena para que finalmente repartiera las cartas.

Pronto comenzó a sonar un fondo de flautas, y los laúdes emitieron una melodía llorosa.

Alessandro tuvo una racha de suerte en el juego, y parecía irremisiblemente decidido a ganar; el Santo Padre, por su parte, contaba con una mano nefasta. Puesto que su humor se iba nublando por momentos, y dado que estaba padeciendo a ojos vista espantosos dolores, León perdió el interés en el juego. Cogió un pedazo de

mazapán, tomó un trago de vino y, además, comentó:

—Dentro de poco nombraré cardenal al primo Giulio, para traerlo a mi lado.

Nadie puso objeción alguna, pues nadie había esperado otra cosa, sabiendo la gran influencia con la que Giulio contaba sobre el Papa.

—Y también estaba pensando en darle a mi sobrino Lorenzo el ducado de Urbino. Se lo he prometido a su madre, Alfonsina.

El papa León se encontraba ya de camino hacia el aula regia, seguido de sus cardenales y secretarios. Bibbiena se atrevió a exclamar:

—Me cuesta creer que se pueda relegar tan fácilmente a Francesco Maria della Rovere, el actual duque de Urbino y *capitano generale* de la Iglesia.

El Papa hizo un gesto despreciativo y entró en el aula con gesto teatral, con los brazos abiertos de par en par, presentándose ante las ordenadas hileras de solicitantes. Apenas había tomado asiento sobre su trono, comenzó a otorgar generosas dispensas y a repartir prebendas, dejando que se le pagaran con una fina sonrisa. El *datarius* y el camarlengo no parecían tener más función que la de tomar apuntes.

Alessandro permanecía de pie, esperando.

El cardenal Bibbiena le apartó a un lado y le susurró al oído:

—¿Te lo puedes creer? La familia de los duques de Urbino acogieron en su exilio a los Medici cuando fueron expulsados de Florencia, y los apoyaron en numerosas ocasiones. ¿Y así es como se lo agradecen? Sé a ciencia cierta que Lorenzo no arde precisamente en deseos de conseguir el ducado, porque para hacerlo tendrá que entrar en guerra, y él no es lo que se dice un paladín. Sin embargo, Alfonsina, su madre... —una mirada de soslayo por parte del Papa lo hizo callar.

Alessandro siguió esperando.

Finalmente, un secretario apareció con el documento de legitimación, pulcramente redactado, y tras leer previamente su contenido, el papa León firmó y colocó su sello sobre el lacre caliente. El maestro de ceremonias de Grassis hizo entrega a Alessandro de la valiosa certificación con una sonrisa de suficiencia que hizo que los cardenales aún presentes iniciaran un breve chismorreo, y Alessandro mostró su agradecimiento con palabras muy escogidas.

—Te lo has ganado, *Cicero* —le interrumpió León—, pero ahora, dejadme solo, tengo que echarme.

La gran estancia se vació. El papa León se levantó de la silla, ligeramente inclinado. Cuando Alessandro lo abrazó, el pontífice le susurró al oído:

—Tengo unos dolores infernales. En algún momento mi culo terminará por matarme, y entonces podrás subir al trono.

—Aún eres muy joven, viejo amigo. Me sobrevivirás.

El Papa le dedicó una sonrisa amarga y se dirigió después a sus aposentos.

Alessandro lo observó, y finalmente se dio la vuelta, con el documento en la mano

y sumido en sus pensamientos mientras atravesaba el pequeño patio interior que llevaba hasta la logia. Se fue encontrando por todas partes con prelados y cortesanos, los *buffoni* se reunían agachados en una esquina y deliberaban, pero nadie llegó a distraerle: portaba delicadamente en la mano un documento cuya importancia difícilmente podría superarse, y que constituía la base para la ascensión de toda su familia.

Alessandro llegó a la logia, experimentó con agrado la sensación del viento fresco atravesando la sotana y se apartó la *mozzetta*, la esclavina con capucha. Desenrolló el breve con precaución y lo leyó con atención. Consideró que el texto estaba redactado con gran inteligencia. Si para convertirse en Papa, el poder del diablo debía llevarse a un nuevo miembro de su familia, Silvia y Constanza quedarían fuera del objetivo. Silvia estaba, oficialmente, fuera de la familia, y Constanza ni siquiera aparecía nombrada. Pierluigi se convertía en su heredero, como primer hijo varón, y Ranuccio lo seguiría en caso de eventualidad, pero por el momento quedaba protegido...

Todos los incidentes estaban previstos...

Alessandro, aun en la logia del palacio papal, enrolló de nuevo el documento. Se apoyó en la barandilla y miró por encima de los tejados del borgo Sant'Angelo, al arcángel San Miguel, que se elevaba sobre la torre más alta del castillo del Ángel.

Desde lo alto, en la segunda logia, Alessandro oyó risas masculinas. Probablemente Rafael y sus ayudantes estuvieran en un descanso de su labor de pintura de los aposentos palaciegos. En aquel momento trabajaban en un fresco llamado *La misa de Bolsena*. Alessandro meditó sobre si debía subir hasta allí para recordarle a Rafael el retrato de Silvia que el gran artista había prometido realizar.

Cuando ya se encontraba con un pie en la escalera, se apareció en el descansillo superior una visión angelical. Se detuvo, sorprendido: era una niña, una pequeña de la edad de Ranuccio, quizá un poco mayor, que lo observaba con atención.

¿Una niña en el Vaticano?

El diablo le enviaba quimeras para confundirle. Sin embargo, aquel angelito le resultaba familiar.

La niña lo observaba directamente a los ojos, sin apartar su mirada de animalillo, fija en él. Su cabello negrísimo le caía sobre los hombros, y su chaqueta estaba salpicada de gotitas multicolor. Para cuando el cardenal fue a preguntarle su nombre y qué estaba haciendo en el Vaticano, ya había desaparecido.

Capítulo 9

Roma, palazzo Farnese - 24 de junio de 1513

Constanza acababa de terminar su clase de laúd, e iba a iniciar las lecciones posteriores con Baldassare Molosso, cuando vio a su madre sentada en el jardín con la tía Giulia, bajo la sombra de una higuera. Se dirigió apresuradamente hacia ellas para tratar de escapar de la clase de su siempre sudoroso y rimbombante profesor, y aliviar la sed con un poco de limonada. Las dos mujeres adoptaron un gesto serio cuando ella se les acercó. Constanza temió que debían estar hablando de nuevo de la muerte de Paolo. Era evidente que su madre solía pensar en él, dándole vueltas a las circunstancias nunca resueltas de su fallecimiento, aun cuando rara vez hablara de ello, especialmente estando delante su padre.

La tía Giulia sonrió a Constanza, y su madre le acarició la mejilla. El semblante serio, por tanto, no guardaba relación con ella. Quizá Pierluigi y su padre habían discutido de nuevo.

Mientras la fresca limonada se deslizaba por su garganta, su madre habló, no sin cierta tristeza en la voz:

—El Santo Padre ha renovado el acta de legitimación de la familia, para reconocer oficialmente a Pierluigi y Ranuccio, y concedernos nuestro feudo para siempre.

—Ja, ja —recordó la tía Giulia—, eso hay que agradecermelo a mí. Si no me hubiera consagrado a mi Rodrigo, todo habría sido de forma muy distinta, no hay que olvidarlo. Y ahora mi querido hermano quiere mandarme a Nápoles, con mi marido, ese cabezahueca. Mi presencia en Roma recuerda demasiado al cardenal *Gonella*...

Constanza conocía la letanía de su tía y apenas la escuchaba, pero no acababa de entender lo que le había explicado su madre. Debía haberse olvidado de nombrarla a ella...

—¿Y qué es de mí? —interrumpió a su tía.

Su madre miró a la lejanía.

—No se te nombra —respondió la tía Giulia—. Las mujeres solo servimos como paridoras... o como juguetes. Hasta que morimos dando a luz o nos volvemos viejas y feas.

Constanza notó con claridad como se le encendía el rostro.

—¿Me... me han castigado?

Su madre negó con la cabeza. Constanza se dio cuenta de que se le estaban empañando los ojos.

—En el breve se indica que tu madre se casó, sin que llegue a citarse su nombre en ningún momento. Así es como se nos trata a las mujeres: en cuanto cumplimos nuestra función, se nos desecha y se nos destierra —la indignación hacía temblar la voz de la tía Giulia.

—Solo es un pedazo de pergamino —repuso su madre con suavidad.

—Sí, pero, ¡qué pergamino! ¡Vuestro futuro! ¡El futuro del padre y de los hijos! Quien no trae ningún niño al mundo, como yo, no cumple ningún papel.

—Tu delicada Laura se casó, al fin y al cabo, con un Della Rovere, un sobrino del papa Julio, Alessandro se ocupó de eso —su madre se volvió hacia su cuñada, sin alzar la voz—. Alégrate de que no tienes que preocuparte por que tus hijos caigan en el campo de batalla, o que tengan que luchar por un ascenso en la jerarquía eclesiástica a cualquier precio y por cualquier medio.

—Sí, por cualquier medio, ¡incluso por el cuerpo de su hermana!

La tía Giulia berreó su furia en dirección al *palazzo*. Se había soltado el cabello recogido, que le caía ahora sobre los hombros en una cascada de rizos. A pesar de la papada y de las arrugas en torno a la boca, aún se adivinaba la belleza que, siendo joven, la había hecho famosa por toda Roma. Su voz podía resultar estridente en ocasiones, pero en los buenos momentos era oscura y grave.

Durante un breve instante, la atención de Constanza se desvió al aspecto de su tía, pero finalmente el significado de sus palabras cayeron sobre la joven como una losa.

—*Mamma*, ¿tú ya no perteneces a la familia, y a mí ni siquiera se me nombra? —Constanza agarró la mano de su madre y se arrodilló ante ella.

—Por supuesto que aún pertenezco a la familia —repuso su madre, sonriendo entre lágrimas—. Y tú, tú te casarás algún día con alguien rico y distinguido. Tú padre se ocupará de eso, quizá sea un Colonna, una de las mejores familias de Roma.

—Constanza tiene razón —se entrometió Giulia—. Ya no existes oficialmente como miembro de la familia, Silvia, ni siquiera como concubina. El siguiente paso será que tengas que mudarte...

—Alessandro nunca me exigiría algo así...

La tía Giulia le dirigió una risilla.

—Conozco a mi hermano mejor que tú. Con tal de convertirse en Papa, no vendería solo a su hermana, sino incluso a su madre.

—No, Alessandro nos ama a todos, y necesita a las mujeres a su alrededor. Es un hombre de familia al que le gustaría abolir el celibato, pero para eso debe llegar a Papa.

La voz de su madre apenas era ya un hilo, y durante un momento las tres guardaron silencio.

Constanza no quería creer que su padre la hubiera dejado de lado: él la quería, exactamente igual que ella lo quería a él; la quería más que a Pierluigi, mucho más, y

Ranuccio aún era muy joven, quizá nunca llegara a crecer, no había más que pensar en Paolo o en los incontables niños que morían de fiebre o diarrea. ¿Y por qué su madre aparecía como casada en el documento? Eso solo podía deberse a la presión del papa León. Sin embargo, el Papa, a quien hasta ahora había llamado «tío Giovanni», siempre había sido tan cariñoso y amable... No, ciertamente era incapaz de entender nada.

—Me quedaré para siempre contigo, *mamma* —rompió el silencio—. Además, no me quiero casar con ningún Colonna. Son todos unos arrogantes.

La tía Giulia posó una prolongada mirada sobre ella.

—En eso tienes razón, mi pequeña sobrina, son unos arrogantes.

La madre suspiró.

—Tu padre ha pensado ya en todo. En dos o tres años te casarás con Stefano Colonna, y Pierluigi con una Orsini de Pitigliano.

—Pero yo no quiero casarme ni con un Colonna ni con un Orsini —porfió, testaruda, Constanza.

—He dicho que Pierluigi será quien se case con una Orsini —la voz de su madre delataba irritación.

La tía Giulia lanzó a su madre una mirada burlona y añadió, como por casualidad:

—El duque de Urbino ya está casado.

Constanza enrojeció hasta la raíz del pelo.

—¡Eres mala, tía Giulia! —exclamó en voz muy alta.

Las dos adultas no pudieron sino echarse a reír. La tía Giulia la cogió del brazo, la apretó contra su blando pecho y le susurró al oído:

—Te has enamorado de Francesco Maria, ¿a que sí? No me extraña, es un hombre guapo y señorial, con su barba negra y su mirada orgullosa. Ni un gramo de grasa, unos brazos fuertes como el acero, que cuando rodean a una mujer...

A Constanza le hubiera gustado salir corriendo, pero solo logró soltarse de tía Giulia por la fuerza. Nada más lograrlo, su madre la atrajo hacia sí. De alguna manera, se sintió consolada, y tras un momento acabaron de nuevo riendo las tres. Se rieron de la maldita acta de legitimación, después de que su madre dijera:

—Entonces, me buscaré un marido nuevo, quizá un Medici. El hermano pequeño de León, Giuliano, está libre, y es todo un aristócrata, por lo que me han dicho: actualmente gobierna Florencia aunque, al menos por lo que Alessandro me ha contado, Alfonsina está presionando para que su hijo Lorenzo tome el poder en la ciudad del Arno.

—Ay, pero escúchate. ¡Toda esa política, y esa confusión! Apenas llega alguien nuevo al trono papal, todos sus familiares quieren que les nombren cardenales, duques, *condottieri*... Y a la siguiente elección, el juego comienza de nuevo... Una y otra vez.

—Sí, el mensaje de Cristo y la vida piadosa de los apóstoles ya no tienen tanta relevancia en los asuntos de gobierno de los Estados Pontificios —comentó su madre.

Durante un instante volvió a reinar el silencio, mientras todas quedaban absortas en sus pensamientos. Constanza rumiaba la verdad que había contenida en las palabras de su madre. Con qué ligereza aceptaban todos los miembros de la familia las pompas y honores poco cristianos, los tejemanajes movidos por la ambición y la lujuria, incluso las intrigas y la belicosidad.

¿Y ella? No le interesaban ni la guerra ni las intrigas, pero un poco de riqueza y lujo le encantarían. También le gustaban los vestidos bonitos, sobre todo los pañuelos de seda púrpura, sobre un vestido azul; le quedaba muy bien y le daba un aire señorial, y apartaba la atención de la pequeña verruga parda que le acababa de salir junto a la aleta de la nariz y que cada día le molestaba más. Hace algún tiempo se examinó frente al espejo y descubrió que tenía orejas de soplillo. Lo detestó, y ordenó a Bianca que le colocara los tirabuzones de tal forma que no pareciera un murciélago con las alas desplegadas. Bianca se había limitado a reír, y el cabello recogido con gracia dejó de parecerle digno de una condesa...

Al menos era piadosa. Asistía regularmente a misa con su madre, rezaba con empeño y se confesaba de sus pecados, creía en Dios Padre, omnipotente pero no siempre misericordioso, en el pobre Jesucristo que había tenido que padecer de forma horrible en la cruz por todos los pecadores, así que también por ella, y naturalmente le rezaba a la Virgen María, que era en realidad madre, la mejor que se pudiera imaginar... Y veneraba a los santos, que ayudaban en la necesidad, después de que la mayoría de ellos hubieran tenido que sufrir espantosos martirios.

Sin embargo, su padre no le parecía tan piadoso. Prácticamente se sabía la Biblia de memoria, incluso la había leído en griego, iba a misa, entendía las leyes canónicas y podía explicar el sentido de los sacramentos... pero estaba lejos de ser un monje alejado del mundo. Probablemente a su padre le hubiera gustado más ser un poderoso duque, y en lugar de ir a misa, hubiera preferido asistir a torneos o, incluso, participar en ellos como contendiente. En su juventud debió realizar muchos actos heroicos. Su madre lo había dado a entender en alguna que otra ocasión, y él mismo le había contado su intrépida huida del castillo de Sant'Angelo, riendo a mandíbula batiente...

La vida de las mujeres, por el contrario, era aburrida. Debían aprender a cantar y bordar, a arreglarse, a leer y escribir un poco, a tocar el laúd, a ir a misa con constancia y confesarse de mil nimiedades, por ejemplo de tener pensamientos impuros con caballeros hermosos y orgullosos... Y después, debían casarse y traer niños al mundo que, la mayoría de las veces, amamantarían amas y criarían ayas. Siendo doncellas no podrían dejar solas su casa, y ni siquiera como mujeres casadas, como mucho acudir acompañadas a misa o a alguna fiesta... A una muchacha ni siquiera se la legitimaba...

—*Mamma* —dijo Constanza, con voz apocada—, si nos dejas, me iré contigo.

—No os voy a dejar, ya te lo he dicho.

Pero había menos convicción en su voz. Todo lo contrario: la madre parecía asustada, como si la hubieran sorprendido en un pensamiento prohibido.

—Quiero deciros algo —añadió entonces tía Giulia—. Las que mejores opciones tienen son las cortesanas de éxito o las concubinas respetadas. Pueden decidir sobre su propia vida, consiguen dinero y todo tipo de presentes gracias a su cuerpo y a un poco de amor, y se adornan con canciones agradables y una conversación inteligente... sé de lo que hablo. Durante diez años reciben los mimos de un hombre poderoso, son admiradas, se bañan en leche de yegua y disfrutan de todas las esencias aromáticas del lejano oriente. Ninguna de ellas tiene que casarse con un insoportable viejo apestoso, o con un apocado impotente, ninguna tiene que estar permanentemente soportando las náuseas para finalmente acabar postrada en el sufrimiento posterior al parto, o morir en el proceso. Al final, es lo mejor a lo que puede aspirar una mujer.

La madre la miró, escéptica.

—No sé si...

Tía Giulia se irguió, alzó su voluminoso pecho, se estiró el dobladillo cuidadosamente bordado del escote, se peinó el pelo con las manos y se colocó los rizos.

—Todas las mujeres quieren ser bellas, y cuando lo son, quieren vender su hermosura tan cara como sea posible. La casta ética de las monjas es lo único que lo contradice, aunque nosotras tenemos nuestro propio parecer acerca de lo que ocurre en los conventos, ¿verdad, Silvia? Oro y joyas, eso es lo que anhelamos las mujeres. Y preferimos yacer en los brazos de un poderoso y rico aristócrata que en los de un pobre hombre con una casita pequeña. Pensad en Agostino Chigi y en su Imperia. Él le compró todo lo que podía desear, incluso le construyó un mausoleo y le ha garantizado la inmortalidad.

—¿Y eso cómo lo ha hecho?

—Hizo que Rafael la pintara. Mira tu madre: todos los peregrinos pueden admirarla en San Pedro, en forma de *Pietá*, con tu padre sobre su regazo. Miguel Ángel la conservará para la posteridad en eterna juventud —rió la mujer, no sin cierta admiración.

—*Mamma*, ¿es cierto eso?

—Oh, ¿pero es que tu hija no lo sabe?

La madre parecía avergonzada, y no continuó con el tema.

—Querida Giulia, no olvides que Imperia se dio muerte voluntariamente porque Agostino Chigi la sustituyó por una chiquilla más joven. Tú misma te lamentaste por ello. De qué te sirve el mármol y las ricas telas cuando eres infeliz.

La tía Giulia no quería oír hablar del destino de la cortesana más famosa de Roma, y contestó ella misma a la pregunta de Constanza:

—Sí, querida niña, tus padres fueron los modelos para la *Pietà* de Miguel Ángel, de San Pedro. El cincel del escultor me rechazó a mí al igual que al hermoso Giovanni Battista Crispo, el padre de tu hermanastro Tiberio...

—¡Déjalo estar, Giulia! —le interrumpió la madre con tono arisco—. No deberías meterle todos esos pájaros en la cabeza a nuestra hija. Mi objetivo en esta vida no se encuentra en la gloriosa inmortalidad, ni en la riqueza de joyas y bienes, sino en la riqueza en hijos, en el amor de un hombre, en la felicidad familiar. Y cuando me haga vieja, podré recrearme con historias, y también me sentaré sola y escribiré novelas, siempre que mis nietos no estén dando brincos a mi alrededor y pidiéndoles que les muestre cuánto los quiero.

Cada una de las mujeres miraba en una dirección distinta, pero todas con el gesto serio, pensativo. La tía Giulia suspiraba profundamente, mientras la madre cerraba los ojos. Constanza casi había olvidado ya lo que la había perturbado tanto del documento papal. Nadie las separaría a ella y a su madre, no, y tampoco su padre querría abandonarlas. Lo que la tía Giulia había contado... Muchos años atrás, había sido la amante de un Papa, que la había cubierto de regalos pero, ¿y ahora?

Las cortesanas podían ser libres y sin ataduras, incluso ricas e idolatradas, ilustradas y hermosas pero, ¿no se las despreciaba también? ¿No vivían su vida entera en pecado, y debían luchar por la salvación de su alma? ¿No se podía conseguir todo siendo mujer: casarse con un hombre hermoso y poderoso, sí, incluso amarlo, y traer al mundo muchos niños, pero al mismo tiempo ser culta como las señoras de Urbino, de Ferrara o de Mantua, reverenciadas y admiradas por los hombres más inteligentes de Italia, perpetuadas en historias, e incluso retratadas por artistas de talento como Rafael? Su maestro, Baldassare, le hablaba a menudo de duquesas de gran ingenio, se entusiasmaba con ellas, y con nadie se entusiasmaba más que con su madre, a quien por el día de su santo le había dedicado un sinnúmero de poemas, en los que le llamaba Lola, en lugar de Silvia. Su padre se había sonreído...

Constanza volvió a pensar en Francesco Maria, que había montado tan orgulloso, viril y bello sobre su caballo: quizá su mujer muriera, y entonces estaría libre... ¡para ella! No, de ninguna manera querría casarse con ningún romano presuntuoso. Ni siquiera con el sobrino del Papa, Lorenzo de Medici. Entonces tendría que soportar a Alfonsina, de la casa Orsini, como suegra. Oh, Dios, ¿podría sufrir mayor tormento una mujer?

Para ella, solo podía haber un hombre como el duque de Urbino.

Capítulo 10

Roma, Vaticano - 10 de julio de 1513

Aquel caluroso día de julio, el papa León convocó a Alessandro a una audiencia. Mientras el pontífice recibía en el aula regia, se dedicó a pasear hasta la logia del segundo piso del palacio para entretenerse durante la espera y tomar un poco de aire fresco, además de probar suerte con la esperanza de encontrarse con Rafael. El pintor debía haber concluido ya el retrato de Silvia encarnando a una *madonna*.

Apenas había surgido Alessandro de entre cubos de agua y argamasa calina, de cacerolas y ollas con colorantes y pinturas mezcladas, de paletas y pinceles, cuando descubrió al artista de pie sobre el andamio, observando su trabajo con mirada crítica. Junto a él, la pequeña niña de cabello oscuro. Los dos se volvieron al mismo tiempo, Rafael le saludó con un «Eminencia» y una reverencia irónicamente exagerada, y le indicó que subiera a la plataforma. Alessandro trepó sin dificultad hasta la inestable superficie y tendió el anillo tanto a Rafael como a la niña para que se lo besaran. Le acarició la mejilla a la pequeña como si hubiera sido su hija o su nieta, y ella no se apartó, sino al contrario: le miró a los ojos e incluso sonrió.

—Ésta es mi pequeña ayudante, Virginia —la presentó Rafael, quien probablemente se había percatado de su mirada fascinada—. Cuando era pequeña fue modelo para mis *putti*, y para niños Jesús. Aprende con tanta facilidad, que desde entonces me ha ayudado a mezclar las pinturas, me ha traído vino y tentempiés, y pronto podrá servirme también como modelo para ángeles o jóvenes santos. Incluso puede que algún día sea ella misma pintora, ¿por qué no?

Alessandro se limitó a asentir sin encontrar palabras adecuadas: habría podido guardar en ese momento a la pequeña Virginia en su corazón, y ese sentimiento le sobrecogía, no solo porque fuera una niña tan abierta, tan bella y natural, probablemente también dotada y aplicada, sino... Sí, ¿por qué era exactamente? Alessandro no podía apartar los ojos de ella. Le recordaba a alguien, eso era. Se parecía a alguien... La sonrisa, quizá... ¡Y los ojos! Eran aquellos ojos oscuros, ligeramente rasgados. La estancia no estaba iluminada en exceso, pero toda la oscuridad relucía en la muchacha, incluso el sedoso y brillante cabello y la piel, lisa y morena.

Sí, los ojos: aquellos ojos rasgados le recordaban a Silvia. Y la sonrisa a la joven Giulia, a su querida hermana, que había hecho enloquecer a todos los hombres con su sonrisa inocente y a la vez seductora: ¡pero esa Virginia era aún una niña!

La muchacha no dejaba de mirarlo, escrutadora y a la vez sonriente. Rafael seguía

hablando sin que nadie lo escuchara, informando de una imagen de una *madonna* que había realizado por encargo del papa Julio, con San Sixto a un lado, por lo que la llamaba simplemente, la *Madonna sixtina*, en la que el santo debía parecerse a Sixto, el tío de Julio, sin negar tampoco las similitudes con el propio pontífice.

—El papa Julio era vanidoso y ambicionaba la gloria, no hay más que pensar en el sepulcro que encargó a Miguel Ángel y que éste nunca llegará a terminar: lo profetizo, como que soy el gran Rafael. ¿Me estáis escuchando?

Alessandro se volvió hacia el pintor. De hecho, los ojos familiares y llenos de secretos de Virginia le habían enviado en una extraña y melancólica búsqueda...

—¡Claro! El papa Julio era vanidoso, sin duda, y también ambicionaba la gloria... Como lo hacemos todos.

Rafael ignoró la pequeña broma y le cogió del brazo.

—Entonces, observad el retrato del papa Julio en mi *Expulsión de Heliodoro*, ¿no está logrado? Incluso mejor que la *Misa de Bolsena*.

Se detuvieron juntos frente al fresco, y de hecho, Alessandro vio ante sí al mismísimo y sonriente Julio, como tantas veces le había contemplado en el consistorio.

—¿Y qué os parece la *Stanza della Segnatura*? ¿Queréis echarle un vistazo? —le hizo una señal, cogió a Virginia de la mano y se apresuró fuera.

Alessandro los siguió.

Se detuvieron ante el fresco del papa Gregorio, al que Rafael le había otorgado los rasgos de Julio, y el pintor señaló las figuras justo a la derecha del pontífice.

—Esa mirada penetrante, ese mentón marcado, que denota una voluntad férrea... ¡Llegaréis lejos, Eminencia!

Rafael combinó el halago con un toque de ironía en la voz, y Alessandro se percató del tono.

—Maravilloso, sin embargo mi visión es demasiado servil. Si el papa Julio estuviera mejor representado, creería que está vivo ante nosotros. Sois un verdadero Zeuxis, Rafael, un maestro incomparable.

—¿Mejor que Miguel Ángel? —el pintor sonrió, lleno de expectativa.

Tenía el rostro enmarcado desde hacía poco por una barba oscura y un cabello tupido y desbordante que, cortado por una recta raya al medio, le caía por ambos lados. ¿No parecía una reencarnación del mismísimo Jesús? Como mínimo, recordaba al arcángel a quien le debía el nombre.

—Los dos sois incomparables.

—¿Y Leonardo?

—Sois la tríada celestial, la divina trinidad.

Rafael sonrió con suma ironía, mientras le observaba penetrante como un inquisidor dominico, de aquéllos que aparecían con frecuencia en el Vaticano pero

rara vez permanecían mucho tiempo. Le miró con tal intensidad que Alessandro, durante un instante, se sintió inseguro, y tosió llevándose la mano a la boca.

—¿A quién le encargasteis que os pintara primero a vos y luego a la *madonna* Silvia? —preguntó Rafael.

—A vos.

—Pues ahí lo tenéis. Exigís lo mejor y al mejor, y no queréis seguir siendo cardenal eternamente.

—¿Por qué me miráis así? ¿No ansía todo el mundo ser el mejor?

—Yo soy el mejor. No solo el papa Julio, también el papa León enloquece por mis pinturas.

Alessandro rió.

—Es algo que se puede comprobar en vuestros precios.

Virginia había permanecido todo el tiempo junto a ellos, en un discreto segundo plano, pero sin perder atención, alternando la mirada entre el uno y el otro.

—Y ella, ¿de dónde ha salido? —preguntó Alessandro, volviéndose a la pequeña—. ¿Cómo se llama su padre?

Un velo cubrió sus ojos.

—Padres, padres tenemos muchos —respondió Rafael sin moverse del sitio—. Una *donna* de nombre Maddalena Romana, a la que llaman *la Magra*, me ha encomendado cariñosamente su cuidado. Sin duda conocéis a la dama en cuestión. Incluso creo que fuisteis vos quien me dio sus señas... cuando buscaba una modelo.

Alessandro asintió brevemente.

—Pero no eres muda, ¿verdad? —dijo, dirigiéndose a la niña una vez más.

—No, Eminencia —respondió ella con una voz clara y limpia.

Aquella mirada animal, de ojos negros como la pez, volvió a atraparle.

Rafael había mencionado a Maddalena, *la Magra*. La niña descendía, por tanto, de una de sus confesantes de Campo de Fiori. ¿Y el padre? ¿Podría serlo Rafael, aunque no quisiera admitirlo? Alguna similitud había entre ellos. O quizá fuera algún prelado de alto rango que no debiera nombrarse. En cualquier caso, y por motivos evidentes, las cortesanas solían afirmar con rotundidad que sus hijos provenían de la semilla de importantes dignatarios o de destacados aristócratas. Sin embargo, ¿podía Maddalena saber con certeza quién era el padre de su criatura?

De pronto, Alessandro se encontró mal.

¿Cuándo había nacido exactamente aquella niña? Y lo que era más: ¿no debía haberla visto en alguna ocasión en que su madre hubiera acudido a misa a San Girolamo? ¿O Maddalena la habría entregado antes que eso a la *famiglia* de Rafael?

Alessandro dio un respingo y quiso marcharse. El pintor lo observó, quizá creyendo saber algo que no le incumbía en absoluto, o que se hubiera imaginado. Ya había suficientes rumores en Roma, no solo los auténticos en torno a la historia de *la*

bella Giulia, y su recordatorio como cardenal *Gonella*, sino que probablemente en las tascas de Campo de Fiori se le atribuyeran muchos más hijos, fruto de su antiguamente voraz virilidad...

Un profundo suspiro apesó el pecho de Alessandro.

Maddalena, *la Magra*, con sus ojos de un tono pardo oscuro, probablemente dilatados por acción de la belladona, con su escote generoso y su forma de hablar cantarina y atimbrada... A diario escuchaba en el confesionario la letanía susurrada de su erótica cotidianidad. Incluso para un hombre experimentado como él, aquello no siempre era fácil de soportar...

Vivía en una hermosa casa con columnas en la entrada y un balcón cubierto de glicinia, sobre cuya barandilla a ella le gustaba apoyarse para saludar a sus admiradores y dejarse desear. No solo se confesaba con regularidad, sino que le gustaba acudir a misa a San Girolamo, sentarse no a demasiada distancia de la familia Farnese, aseada y pulcra hasta la raíz del pelo, atravesado de sombras doradas, con una aureola fragante que la seguía como una red de pesca en la que los ricos admiradores de su belleza quedaban atrapados, y rodeada por todo un cortejo de criados y seguidores. Miraba altanera a la gente, dedicaba limosnas aún más altaneras a los pobres y arqueaba el pecho en cuanto un alto prelado o un acaudalado aristócrata se le acercaba.

La Magra, que ya no era tan delgada.

Paolo había sido su favorito. Cuando, acudiendo a misa, se había cruzado con Alessandro, nunca había perdido la oportunidad de acercarse a Paolo para dedicarle un abrazo. Silvia, que tenía un gran corazón, soportaba el impropio comportamiento de la cortesana. La Magra, por supuesto, también le acariciaba la cabeza a Ranuccio y le regalaba golosinas. Ante él, el cardenal, y los hombres más influyentes del barrio, apartaba la mirada con irónico recato, besaba su anillo como si se lo quisiera tragar y se dirigía al confesionario, rodeada de su nube de fragancia embriagadora...

Alessandro suspiró de nuevo y miró a la niña y la sonrisa burlona en los ojos de Rafael.

—Tengo que irme, maestro —e involuntariamente acarició la cabeza y la mejilla de Virginia—. Que Dios te bendiga, hija mía.

La sonrisa sardónica de Rafael creció aún más. Virginia se apoyó sobre una rodilla.

—Padre...

Capítulo 11

Roma, Vaticano - 10 de julio de 1513

Sumido en sus pensamientos, Alessandro se dirigió hacia el Papa, que tras las audiencias a los solicitantes, se encontraba rodeado aún de unos pocos prelados. León había posado el brazo sobre el hombro de un hombre y hablaba con él, concentrado en la conversación. Alessandro lo reconoció de inmediato: era el primo del Papa, Giulio de Medici, hasta hacía poco prior de la orden de San Juan, y desde dos meses atrás arzobispo de Florencia y, a efectos prácticos, señor de la ciudad toscana. Alessandro se sorprendió, pues cuando León le convocó no mencionó la visita de su primo.

Giulio, tres años menor que León, inicialmente hijo ilegítimo de Giuliano de Medici, asesinado durante los sucesos de la conspiración de los Pazzi en Florencia, en 1478; había nacido tras la muerte de su padre, y se crio entonces en casa de Lorenzo, *el Magnífico*. Alessandro se acordaba aún de aquel joven con el que se cruzaba a diario cuando, tras la huida del castillo de Sant'Angelo, vivió tres años exiliado en Florencia: Giulio ya era en aquel tiempo, a pesar de su ligero estrabismo, más guapo y atlético que su regordete y miope primo, más inteligente y aplicado que el perezoso Giovanni, que debía agradecer a la influencia de la poderosa familia Medici haber llegado tan joven a cardenal y aún más joven, en proporción, a Papa.

Giulio había sufrido mucho por su condición de ilegítimo, por lo que poco después de la elección de León, hizo que se redactara un breve papal por el que se declarara que sus padres estaban debidamente casados. Aquello constituía, por supuesto, una mentira piadosa, una de aquellas mentiras tan frecuentes entre religiosos y hombres ambiciosos. Había declarado a su joven hijo, engendrado de una esclava negra, como su «sobrino natural». Puesto que Giulio defendía un celibato estricto y una pureza moral intachable, no le gustaba hablar de su supuesto sobrino, y sin embargo quería al pequeño mulato y buscó que se criara en el palazzo de los Medici, en Rione di Ponte, bajo la supervisión de Alfonsina. Era inevitable sentir lástima por el muchacho.

Alessandro, en cualquier caso, era de la opinión de que los hijos «naturales» debían recibir el mismo amor y los favores que los hijos legítimos, y que en ningún caso debían producir vergüenza, incluso aunque se trataran de criaturas de cabellos rizados y ojos saltones.

El papa León saludó a Alessandro con un cariñoso abrazo, y también su primo Giulio le sonrió amistoso. Oscuras sombras en torno a la barbilla y las mejillas

señalaban el nacimiento de una fuerte barba, unas cejas poderosas coronaban los ojos, que a pesar de su estrabismo delataban inconscientemente astucia. Alessandro lamentó que esa ligera bizquera empañara la belleza de aquel rostro tan notable. Giulio lucía una tonsura redonda, pero se había dejado el resto de la cabellera relativamente larga: los mechones le caían sobre la frente, y se le sujetaban detrás de las orejas.

Durante los últimos años, Alessandro había visto muy poco al primo del Papa. Probablemente Giulio, como todos los Medici, fuera intrigante y amigo de la estrategia. Alessandro recordó aquella ocasión en la que Lorenzo, *el Magnífico*, quien le había acogido como un padre, lo había descrito como un farol que ocultaba modestamente su resplandor, hasta que finalmente ardía en llamas. Aquel comentario de entonces le había parecido tan peculiar a Alessandro que aún no lo había olvidado.

Imaginó que Giulio no tardaría en jugar un importante papel en el Vaticano. También supuso que la cuñada del Papa, Alfonsina, atosigaría con su pico de urraca a León hasta que estableciera a su adorado hijo único, Lorenzo, como señor de Florencia.

No se equivocaba.

—En septiembre nombraré cardenal a Giulio —explicó León. Quiso sentarse sobre su sumamente acolchado trono, pero de inmediato se levantó con el dolor pintado en el rostro—. Con posterioridad le irán siguiendo más miembros de mi familia, particularmente nuestros sobrinos. La casa a la que tú también perteneces, viejo amigo, se fortalecerá. Debe estar protegida al menos hasta la siguiente elección.

León posó el brazo derecho sobre Alessandro, el izquierdo sobre el hombro de Giulio, y llevó a ambos desde la *sala secunda* a la *sala terza*, y vuelta, hablando en voz muy baja como si conspirara.

—El primo Giulio y yo estamos, en este momento, planeando la política a largo plazo. Tú, Alessandro, siendo como eres el hombre más respetado por todos los prelados y en la ciudad, serás nuestra voz en el círculo de cardenales, y la reforzarás, mientras que Giulio se convertirá en mi vicescanciller poco después de su nombramiento como cardenal. Mi hermano pequeño se ve desbordado como señor de Florencia, por lo que quiero traerlo a Roma como *gonfaloniere*. Como aspiro a establecer un equilibrio de poder en Italia, apenas tendrá trabajo y su cabeza no correrá peligro. El Lorenzo de Alfonsina, nuestro muy prometedor sobrino, ocupará su lugar en Florencia. —León rió—. Podría decirse que tengo una especie de responsabilidad paterna para con la familia.

Alessandro tuvo la sensación de que ese triángulo conspiratorio era excesivamente estrecho y familiar, pero el Papa no le dejó soltarse, sino que por el contrario su brazo se iba volviendo cada vez más pesado.

—Por lo tanto, paz. Igualdad. Equilibrio. A los franceses les ha sangrado la nariz

en Novara: los suizos les han mostrado que un espinoso ejército de infantería es capaz de todo contra esos orgullosos jinetes sobre sus inmóviles caballos de combate. Les está bien empleado, pues aún veo ante mí a los muertos de Rávena, me veo prisionero y encadenado, con el miedo a la muerte que me asaltó entonces: uno de los momentos más terribles de mi vida, pero «mía es la venganza, yo daré el pago; dijo el Señor». Que sea la paz, pues, que favorece el intercambio y el comercio, y con ellos, el arte; hace a la gente feliz y nos permite ofrecerle al pueblo pan y circo, festivales y teatro, música y carnaval. A nosotros nos queda la caza: Alessandro, prepárate para alguna cacería juntos en octubre, ya que quiero visitar Capodimonte, saludar a tu madre, alabar a su hijo y profetizarle un gran futuro, y después iremos en pos de los ciervos y los jabalíes... ¡si mi culo me lo permite!

León había tornado su rostro en una máscara de dolor, pero de nuevo reía, con cierta malicia según le pareció a Alessandro, quizá solo con autocomplacencia y lleno de expectativas ante la cacería conjunta, de cuyos costes y visita tendría que encargarse sin duda alguna el anfitrión.

—Por lo demás, me gustaría ampliar mi colección de animales en el Vaticano. Una gran delegación de la lejana Portugal ha anunciado ya su próxima llegada. Por supuesto quieren honrarme como nuevo *pontifex maximus* tal y como corresponde, y además está la cuestión, por lo que el primo Giulio me ha revelado, del reciente descubrimiento de nuevos territorios al otro lado del mundo, en los que ante todo les interesa, además del oro y la plata, convertir a los salvajes en buenos cristianos. Incluso, figúrate: los portugueses quieren regalarme un elefante. ¿Cuándo fue la última vez que se vio un elefante en Roma? ¿Cuando Aníbal llegó hasta sus puertas? No lo sé con certeza, pero algo sí que tengo muy presente: los romanos me lo agradecerán, los artistas se quedarán sin palabras de encomio, durante mucho tiempo se me alabará como el generoso Papa de la paz, como el mecenas de las artes... ¿No dices nada, Alessandro?

—Escucho con atención vuestro inspirado e ilustre discurso, Santo Padre.

—¡Oh, viejo adulador! —León rió y le propinó un amistoso golpe en los hombros—. Siempre consigues clavar alguna espina en cualquier alabanza. Me compadezco de quien vea en ti competencia, o directamente a un enemigo.

Alessandro sobrepasó su vista hasta dar con Giulio, quien permanecía serio.

—La guerra solo cuesta dinero y no da ninguna alegría. Asola las tierras y convierte a los hombres en aves de rapiña —prosiguió el Papa—. Mi predecesor, Julio, *el Terrible*, a quien el Señor mantenga provisionalmente en el purgatorio, ya nos trajo suficiente guerra. En el bárbaro norte, más allá de los Alpes, han criticado al Papa de la guerra sin concesión, y pagan el diezmo contra su voluntad. Ya están comenzando a oírse protestas por las tasas necesarias para la reconstrucción de San Pedro. Pero, ¿se puede esperar comprensión por parte de esos bárbaros de la grandeza

de Roma y del coste del arte? ¡Si estuviera oyendo ahora hablar en italiano o en latín a esos alemanes! Son todo chirridos y crujidos, ¡espantoso! El primo Giulio y yo estuvimos en esos territorios más allá de las montañas en la época del exilio, y conocemos a esa calaña, con su tendencia a beber cerveza sin freno y sus arrebatos de locura. Sin embargo, los peores de todos son los flamencos. Cuando hablan, dan ganas de taparse los oídos. En conclusión, lo principal es que los *oltramontani* paguen, se estén tranquilos y no nos importunen con sus sutilezas teológicas.

—Lorenzo —insertó el primo Giulio con cierta impaciencia.

—Lorenzo, cierto. —León guardó silencio un momento, con el semblante serio—. Entiéndelo, Alessandro —prosiguió el pontífice—, debemos superar las obras de nuestro predecesor. *Roma aeterna, caput mundi*... Ésa es la misión. Todo cardenal, mercader, prestamista y artesano debe cumplir con su cometido. Los peregrinos deben abonar sus óbolos, es decir, sus ducados. San Pedro debe ampliarse definitivamente, con todo el poderío. No es admisible que sigamos celebrando misas allí, y cogiendo todo tipo de resfriados y fiebres porque el viento sopla sin piedad en su interior. Bramante derribó sin contemplaciones e hizo erigir la base para la gran cúpula, pero no se han hecho progresos desde entonces debido a la falta de fondos. La Iglesia más venerable de la cristiandad permanece así con una herida abierta, y la estructura inconclusa de la cúpula recuerda a las ruinas de los césares. Roma, y con ella el Vaticano, deberían resplandecer, estar embellecidas por los artistas más célebres, así nadie nos olvidaría. Se celebrarían festejos, torneos, procesiones, nuestros poetas escribirían al respecto: imagínatelo, Alessandro, ¡un elefante en Roma! ¿No podría el siguiente Papa desfilarse en su *possesso* sobre un elefante, en lugar de un corcel blanco? Se elevaría por encima de todas las sabandijas, ¡qué simbólico! Déjanos terminarlo, y mil años en el futuro aún se hablará con ferviente admiración de León, *el Grande*, y me...

—¡Lo-ren-zo! —la impaciencia crecía en la voz de Giulio.

—¿Estamos unidos en esto, Alessandro? ¿Me apoyarás?

—¿Por qué no iba a tomar parte en una política pacifista? —respondió Alessandro—. Yo también soy de la opinión de que Roma debería volver a relucir como lo hizo en la época de los grandes emperadores.

—¡Hablemos de Urbino de una vez! —le interrumpió Giulio con insistencia.

—Sí, bien, Urbino —dijo el Papa, torciendo la boca—. Bueno, Alessandro, ¿qué opinarías si mi sobrino Lorenzo no solo fuera el señor fáctico de Florencia, sino también duque de Urbino? Al fin y al cabo, como Papa soy señor feudal de Urbino y por tanto tengo derecho a...

—Pero Francesco Maria es el principal general de la Iglesia, su familia defendió a la vuestra durante vuestro exilio. No lo entiendo... Además, no renunciará voluntariamente al ducado...

—Ya ves, Giulio, eso fue lo que yo dije —el papa León había apartado el brazo de su hombro y se apoyaba en la ventana—, pero Alfonsina no se da por vencida. Cuando se trata de su Lorenzo, su ambición no tiene límites.

Giulio frunció el ceño, impaciente, e indicó que, si bien era cierto que la familia ducal de Urbino merecía todo su agradecimiento, no era tanto aquél el caso de Francesco Maria como de su padre adoptivo, y además en el futuro probablemente no sería necesario que siguiera habiendo un capitán general de la Iglesia...

—Eso también es verdad —explicó León, mirando pensativo el anillo del Pescador. De pronto, sus rasgos se endurecieron—. Quiero decirte algo: Si quiero que mi sobrino sea duque de Urbino, entonces Francesco Maria tendrá que ceder su sitio agradecido. ¡Basta! Puede entrar al servicio de los venecianos. ¿Acaso soy el Papa o no soy el Papa? ¡Mi palabra es ley!

Alessandro guardó silencio. Por el rabillo del ojo comprobó como Giulio le observaba.

—Bueno, ya veremos... —León volvía a adoptar un aire conciliador—. En otoño iremos juntos de caza, ¿verdad?

Alessandro asintió.

—Quién sabe cuánto tiempo podré... Quizá haga que venga el médico para... No podemos andarnos con remilgos, ¿lo entiendes, Alessandro? Todavía no he olvidado que los florentinos nos expulsaron, aunque la ciudad sin nosotros, los Medici, no sería más que un nido de obreros apestosos. No solo Alfonsina, también yo quiero que nuestra familia ascienda hasta lo más alto de las casas reinantes. Que gobierne Italia central por tiempo indefinido.

León lo observó con expectación, pero Alessandro calló. Si bien siempre había sido partidario y adepto de los Medici, no quería convertirse bajo ningún concepto en una dócil marioneta. Tampoco se veía como un maldito conformista.

Animado por la sensación de triunfo en la elección, y por las embriagadoras festividades, empachado de la satisfacción de una victoria militar sobre los franceses, rodeado de gordos zalameros, habilidosos lisonjeadores y lameculos eclesiásticos que zumbaban a su alrededor como un enjambre de moscardones, León amenazaba con abandonarse a la megalomanía que podía llevarle fácilmente a su caída. Era bien sabido que Fortuna era una diosa veleidosa, que prefería otorgar su gracia a aquéllos que tenían la bolsa y las arcas llenas de ducados. Aquél que, como León, confundía despilfarro con caritativo mecenazgo, quien gastaba oro a espuestas sin pararse a pensar cómo podría recuperarlo, se aproximaba al abismo. La ambición desmedida, sin el apoyo de un talento para las cuentas, corría grave riesgo de fracasar.

A pesar de todos los pensamientos críticos que atravesaban la mente de Alessandro, no obstante, admiraba a León por su deseo de alcanzar las estrellas, de la misma manera que, en su momento, había admirado en secreto a César Borgia. «Aut

Caesar aut nihil»: o serlo todo, un señor, casi un dios, o no ser nada. Si lo que se buscaba no era una dura caída, un descalabro mortal, debía empezarse actuando con más habilidad, más de la que mostraba el cándido y derrochador León, más de la que había tenido el asesino sin escrúpulos que había sido César. Era necesario invertir mucho tiempo, y contar con gente que no lo temiera, sino que lo amara. Ese amor debía ser real, no comprado.

Al comprobar que Alessandro no se decidía a dar ninguna respuesta, León volvió la vista, expectante, hacia su primo Giulio. Éste carraspeó y comentó con pretendida falta de intención que un cardenal que aspirara a ser pontífice debería, naturalmente, dejar su vida privada en orden.

Alessandro se sintió arrancado de sus pensamientos, directamente atacado.

—¿Qué quieres decir con eso? —le espetó a Giulio con más vehemencia de la que hubiera querido.

Giulio se mantuvo sereno.

—¿Qué iba a querer decir? Un Papa con una concubina oficial... Es algo que no tuvo demasiada buena acogida ya con los Borgia.

León sonrió y señaló que Borgia incluso llegó a cederle un tiempo los asuntos oficiales a su joven hija Lucrezia, con lo que había logrado horrorizar a toda la curia.

—Por suerte, yo no tengo hijas.

—Sí, Borgia realmente llegó demasiado lejos —se burló Giulio—. En todos los sentidos. Pero nosotros no cometeremos el mismo error. Además, mujeres y niños en el Vaticano... ¡imposible!

Entonces, miró con ánimo provocador a un Alessandro que hubiera preferido marcharse sin mediar una palabra más. Sin embargo, se recompuso, intentó enarbolar una sonrisa impenetrable y repuso, no sin ironía:

—Cuánta razón tienes, querido Giulio. Sobre todo si son niños de pelo rizado, y cuñadas sedientas de poder.

La expresión de Giulio se congeló.

León había ido alternando la mirada entre el uno y el otro, y ahora la devolvía a la ventana para observar el patio, donde trabajaban algunos de los oficiales de Rafael.

—¿Y quién es esa niña? —preguntó.

Alessandro intervino.

—Es una ayudante del pintor.

—¿Rafael ahora se pierde incluso por niñas? Y eso que tiene una amante: la hija de un panadero del Trastevere, por lo que he oído. Agostino Chigi me lo ha contado. Lo distrae incluso de la pintura, es terriblemente celoso y lo obliga a andar en permanentemente acaramelamiento con ella. Por si fuera poco, Rafael está prometido con la sobrina de Bibbiena, una ricura, todavía joven pero que no tardará en florecer. Un gran partido con una dote excelente. Si es que Rafael lo consigue.

El Papa siguió mirando hacia el patio, directamente a la niña.

—La ha utilizado como modelo, y simplemente le ayuda a mezclar las tinturas —explicó Alessandro.

—Es una niña preciosa. —León se volvió hacia su primo—. ¿Sabes algo de ella?

—Resido en Florencia, como sabes, y además no me preocupo por los chismorreos del mundillo artístico romano.

—Los chismorreos son el origen de las mejores historias.

—Yo no me dedico a escribir cuentos —replicó Giulio—. Me interesan más otras cosas.

—Sé lo que te interesa, pero también debemos disfrutar el arte. Y la vida. ¿No tengo razón, Alessandro? —León se había vuelto de nuevo hacia él y se le aproximaba con afán conspirativo—. Pareces saberlo todo: ¿Quién es esa niña? ¿De dónde ha salido?

—Su madre debe ser una cierta *donna* Maddalena, de Campo de Fiori, lo que probablemente signifique que su padre sea un cardenal —respondió Alessandro, con una sonrisa mordaz—. A las cortesanas les gusta apuntar alto.

De inmediato se arrepintió de sus palabras, pues se había dado cuenta demasiado tarde de que había caído en una trampa.

—¿Ah, sí? —la ironía en la voz de León resultaba evidente—. Quien mejor para saberlo que tú, con tu experiencia y proximidad hacia el pueblo llano. ¿Tú qué crees? Se dice que Aragona, por ejemplo, es hijo de una cortesana, eso lo sé incluso yo... y esa *donna* Maddalena, ¿es una *cortigiane* de éxito, de las que tanto se admiran en Roma, que incluso se la llama *curiam sequens*? Menuda burla, encontrar prostitutas como adorno del patio del Papa. ¿La conoces? ¡Debes hacerlo! Habla, Alessandro. Veo en tus ojos que sabes algo. ¿No será una de tus hijas naturales?

Capítulo 12

Roma, Riona della Regola - Campo de Fiori - 10 de julio de 1513

En el camino a casa, Alessandro seguía reflexionando sobre los comentarios de León. Se le habían enganchado como si llevaran anzuelos.

Cabalgó junto con su secretario y su guardia personal por la via della Lungara hasta el ponte Sisto, donde un grupo de peregrinos le pidió su bendición. De inmediato lo cercaron mujeres romanas con sus niños. Se bajó del caballo y repartió bendiciones con paciencia, pero también con cierta premura. Los peregrinos se marcharon, las mujeres no. Se lamentaban de su pobreza y de su triste destino, por lo que le hizo una seña a su secretario para que repartiera un par de *oboli*. Una joven le cogió de la mano para besarle, agradecida, el anillo, pero entonces le pusieron en los brazos a una niña de unos seis meses. No tuvo más remedio que sujetarla, o de lo contrario se habría caído al suelo. Su guarda quiso intervenir, pero él le acarició los rizos que le caían por la cara y la sonrió. La pequeña le devolvió, dubitativa, la sonrisa.

Muchos más niños surgieron en su dirección, hasta que el secretario tomó cartas en el asunto y comenzó a apartar a las madres con sus hijos.

Alessandro ya no se montó en el caballo. Sentía aún el tacto de la niña. Cuántas veces había cogido a sus propios hijos en brazos y se había dejado acariciar por ellos. A nadie más que a Constanza le había gustado tanto que la cubriera de tiernos besos. «Dejad que los niños se acerquen a mí y no se lo impidáis, pues de ellos es el reino de los cielos», susurró para sí mientras penetraba en las sombras del estrecho callejón. Aquella exhortación había sido palabra de Jesús: ¿por qué no iba a poder aplicarse a los hijos propios? ¿Por qué no se podía entender como un mandato hacia los hombres ordenados para que engendraran hijos propios en lugar de oponerse a ello? En algún momento tendría que acabar la influencia de aquellos padres de la Iglesia, enemigos del género femenino: Ambrosio, Agustín, Tertuliano, y como quiera que se llamaran. En cualquier caso, ¡los sacerdotes y prelados solo cumplían con el celibato *pro forma*!

—Eminencia, debéis subir de nuevo a vuestro caballo: ¡las calles están demasiado sucias! —exclamó su secretario, arrancándolo de sus meditaciones.

Lo cierto era que Rione della Regola, donde se alzaba su palazzo, era un oscuro y retorcido laberinto de callejuelas y patios en el que picoteaban las gallinas, los cerdos buscaban comida, los niños se sentaban sobre los desperdicios, los carniceros realizaban su sangriento trabajo y las prostitutas baratas de las tabernas más

mugrientas se paseaban medio desnudas esperando clientela. Grupos de jovencitos pululaban por sus cercanías.

Alessandro se vio sorprendido por los ladridos de un grupo de perros y de pronto observó en la penumbra de un patio cómo un monje mendicante montaba a una mujer. El cardenal refrenó a su caballo, involuntariamente atraído por la escena, si bien no podía reconocer gran cosa: una maraña de ropa, una capucha que se resbalaba por la nuca, una pierna desnuda que se destacaba entre lo demás. Quiso proseguir la marcha pero algo lo obligaba a seguir el desarrollo de aquel trajín. Imágenes vagas y confusas le llevaron de vuelta a sus años de juventud, cuando descubrió su masculinidad. Mientras aún estudiaba en la *Accademia Romana* bajo la tutela de Pomponio Leto, en las últimas horas del día solía regresar una y otra vez a aquel barrio de mala fama. Por aquel entonces perdió su inocencia, y más tarde descubriría, por extrañas circunstancias, que había llegado a ser padre de un niño llamado Sandro, que halló la muerte en sus primeros años de vida.

La madre del niño vivía aún bajo su techo. Era la vieja criada de Silvia, Rosella.

Cuando llegó a casa, se dirigió a su estudio sin saludar a Silvia o a los niños. Tampoco quería encontrarse con Rosella. El comentario de León seguía sin abandonarlo, y tampoco lo hacían las sentencias de Rafael y de la pequeña Virginia. Se sentó, cerró los ojos y se sumió en sus recuerdos. Hacía seis años, tras su nunciatura en Ancona y durante el embarazo de Ranuccio, Silvia solo aceptaba el contacto de mala gana. Incluso tras el nacimiento del niño permaneció mucho tiempo indispuesta. Ya no recordaba exactamente por qué, pero sí que había visitado esporádicamente a Maddalena, *la Magra*. Le había abierto las puertas de su casa de Campo de Fiori, aún joven y fresca, delgada y dispuesta a dejarse amar incluso en posturas prohibidas por la Iglesia. Por aquel entonces tenía cuarenta años, y de pronto sentía que iba a hacerse un hombre mayor. Un hombre más mayor aún. Una vez más le asaltó el poderoso ímpetu de sus años de juventud, el interés por el descubrimiento del cuerpo, el juego erótico.

Por aquel entonces, Rafael Sanzio acababa de llegar a Roma para completar su trayectoria profesional. Se habían conocido en el Vaticano, y el pintor le había pedido ayuda para encontrar una modelo. En realidad, Rafael no solo buscaba una modelo para sus representaciones de la *Madonna*, sino también aventura, joven como él era, tan hermoso y con su mirada soñadora y ligeramente velada... Maddalena se quedó embelesada... Los precios de la cortesana subieron, se tiñó el pelo de rubio y se lo dejó más largo, se depiló las cejas, y un día le pidió al cardenal que se convirtiera en su confesor. Su advertencia de que aún no había recibido las más altas consagraciones sacerdotales no sirvió de nada. Con su voz susurrante le explicó que si ella le confesaba sus pecados, el Todopoderoso no se fijaría tanto, al menos no como para enrojecer.

Él la remitió a Silvia y a su reputación como cardenal.

Recordó con claridad la respuesta que ella le dio: «Precisamente para que vuestra reputación no se resienta, Eminencia, y la madre de vuestros queridos hijos no piense mal... ¡Debéis aceptar mi petición!». La sonrisa que acompañaba a aquellas palabras era seductora, abierta, afectuosa... ¡Qué astuta podía llegar a ser esa mujer!

Durante un tiempo, ella desapareció. ¿Se habría abandonado a su trabajo, olvidando el deseo que había manifestado? Era imposible de decir. Probablemente estuviera embarazada... Sí, todo tenía sentido.

En cualquier caso, no olvidó en absoluto sus pretensiones, pues cuando se la encontró casualmente por Campo de Fiori un año o año y medio después, ella le recordó su promesa y él se convirtió en su confesor.

Durante cuánto tiempo Rafael habría seguido viéndola era algo que el cardenal ignoraba. Se convirtió en el pintor favorito de Julio, y desarrolló una increíble ambición en la que la hija de una cortesana solo habría logrado estorbar...

Así pues, ¿cuál era la verdad? ¿Quién era el padre de Virginia?

Alessandro se levantó de un salto y llamó a su secretario, le ordenó que se dirigiera lo más discretamente posible a casa de Maddalena Romana y anunciara su visita para el anochecer:

—¡Y no hables de esto con nadie!

A última hora de la tarde se vistió con ropas convencionales, un jubón ligero con unas calzas discretas, una capa de seda y un sombrero ancho, calado hasta las cejas.

Salió a hurtadillas de la casa, sin ninguna compañía, y se dirigió con la cabeza gacha hacia el campo. Una anciana, probablemente la madre o la «aya» de Maddalena, le permitió entrar entre amplias reverencias, echó a las criadas a un lado y lo guió hasta el primer piso. Maddalena estaba sentada en la ventana, se levantó en cuanto él entró, posó el laúd que sostenía y se arrodilló ante él para tomarle la mano y besar su anillo.

—¡Qué visita más sorprendente, reverendo padre! ¿Queréis compensar mis pecados con los vuestros propios? —dijo, mirándolo de arriba abajo y dejando la vista posada más tiempo del necesario sobre la cruz dorada que él portaba.

¿Por qué la habría dejado al descubierto? ¿Como símbolo de que sus vestiduras mundanas no eran más que un disfraz? ¿Para no encolerizar al vigilante celestial? Le guardaba particular afecto a aquella cruz, no solo porque fuera del oro más puro, sino porque se lo había regalado su hermana Giulia cuando le habían nombrado cardenal. ¡El cardenal *Gonella*! En realidad era él quien debería haberle hecho un regalo pues gracias a ella había adquirido su posición, pero por aquel entonces era tan pobre como una rata, mientras que Giulia se bronceaba a la luz de sus piedras preciosas y de la adoración que le profesaba el Papa.

Le trajeron una copa de denso vino dulce y un plato con mazapán y rodajas de

naranja. Cuando tomó un pedazo de fruta, comprobó que los bordes del plato estaban decorados con escenas eróticas.

Maddalena había tomado asiento frente a él y encendió algunos palillos fragantes.

Alessandro miró brevemente a su alrededor: desde aquella época la riqueza del mobiliario había aumentado considerablemente. Una pesada cortina de brocados cerraba la entrada a una estancia más amplia, en la que se encontraba la cama de la cortesana. Sobre un aparador había dispuestas esculturas de bronce con penes erectos, vasos griegos con escenas amorosas obscenas y, a su lado, numerosos libros, entre los que se encontraban *El banquete* de Platón, y el *Ars amatoria* de Ovidio. De las paredes colgaban grandes óleos en los que se representaba a Zeus con diversas vestiduras, pero siempre acercándose con intenciones inequívocas a una deseosa ninfa o mujer mortal.

Él pidió otra copa de vino.

—Sentíos como en casa, Eminencia. Sabéis que sois siempre bienvenido, ya sea para conversar, o para distraerse y relajarse un poco...

—Sí, sí, os lo agradezco.

Ella rió brevemente, y descubrió una marca rojiza en su cuello.

—Habéis llegado en el momento preciso. Hoy he tenido que descansar después de recibir ayer a uno de mis amantes, un jovencito temperamental de familia destacada pero de dudosa reputación... Y yo que pensaba que los tiempos de César Borgia habían pasado...

Alessandro se llevó la copa a la boca, tomó un sorbo de vino y observó inquisitivo a la cortesana, que se echaba un pañuelo de seda sobre la garganta. Llevaba una bata de seda abotonada, pero suelta, de color verde lima, sobre un camisón bordado con primura. Sus largos mechones no estaban recogidos y le caían parcialmente sobre el escote, tan generoso que, al inclinarse, su pecho derecho se descubrió en toda su gloria. Y no tenía nada de magro.

Quizá percibió su mirada, pues de nuevo se inclinó hacia adelante sin motivo alguno para presentarle la desnudez de la parte más hermosa de su cuerpo. Alessandro pensó que era como si le estuviera ofreciendo de mamar a un recién nacido, y se sorprendió a sí mismo por la falta de reacción por su parte.

Maddalena sonrió llena de expectativa, y con la mano derecha se cubrió las redondeces con el dobladillo, puesto que no habían cumplido su función.

En sus ojos se leía una extraña expresión de cálculo, como si estuviera midiendo sus fuerzas.

—Recientemente he conocido a una niña en el Vaticano, una chiquilla encantadora, ayudante de Rafael —dijo, dejando la copa—. Por lo que he oído, tú se la encomendaste, se la confiaste como modelo y auxiliar. ¿Es cierto eso?

Virginia debía ser su hija, aunque los ojos dilatados por la belladona de

Maddalena no relucían con aquel oscuro fulgor. Sin embargo, la nariz y la zona de la boca...

—¿Por qué no? Yo también aparezco en los cuadros de Rafael, como bien sabéis. Virginia era un *putto* encantador, Rafael solo tuvo que pintarle una pilila.

—¿Y quién es su padre?

—¡Qué pregunta tan indiscreta, Eminencia!

—¿Acaso no soy tu confesor, ante el cual no se deben tener secretos?

—¿Acaso habéis venido a confesarme... sin vuestro uniforme clerical? ¿O se trata de otra cosa? —y de nuevo se descubrió el pecho.

—¿Quién es el padre de esa Virginia? —preguntó con voz suave, pero firme.

Maddalena irrumpió en una risa breve, pero no contestó.

Alessandro frunció el ceño y se esforzó por parecer grave e insistente.

—¿Por qué guardas en secreto la identidad de su padre? ¿O eres una cortesana tan atareada que no sabes decir de quién es tu propia hija?

Maddalena se había dejado caer con un gesto casual el chal sobre los senos, lo observaba y guardaba silencio. Años atrás, sin duda habría podido amenazarle con un chantaje, pero en aquel momento él necesitaba oír de sus labios y con toda claridad si él podía ser el padre.

—Quizá algún día se convierta en mi sucesora. En nuestra profesión es necesario conseguir descendencia en el momento adecuado para, llegada la vejez, no verse obligada a buscar refugio en un convento. El turgente seno de la madre Iglesia hace tiempo que en los conventos se ha marchitado hasta convertirse en una teta reseca — y volvió a sonreír con simpatía—. ¿O no lo sabíais?

—¡No has respondido a mi pregunta!

Alessandro conocía lo suficiente a la especie humana como para entender que Maddalena no estaba dispuesta a decir la verdad. Sabía quién era el padre de Virginia, y su obstinación en mantenerlo en secreto delataba que no era un hombre cualquiera...

—¿Qué edad tiene exactamente Virginia?

—La bautizamos a principios de 1508, Eminencia.

—Bien —dijo él, alargando las palabras—. ¿No acababa de llegar Rafael a Roma por aquel entonces? En aquellos días buscaba modelos, y yo le envié a ti. Estabas comenzando a lograr éxito como cortesana...

—Puede ser, no tengo tan buena memoria como vos, y me gusta vivir en el presente. El pasado me interesa menos.

—¿Podría ser que Rafael fuera el padre de Virginia? Se preocupa por ella de forma conmovedora, pero quizá no quiera que se sepa... Entenderás que tiene una carrera en el Vaticano, debe casarse con una sobrina del cardenal Bibbiena...

Maddalena no contestó. En lugar de eso dejó que su pierna vagara

cuidadosamente por la pierna de su visitante hasta llegar a su rodilla, y después a su muslo.

—Podría ser —respondió ella, dándole a sus palabras un tono seductor y arrodillándose repentinamente ante él— que el padre de Virginia fuera cierto cardenal, un cardenal que me visitaba por aquel entonces...

Antes de que le pudiera contestar, la mujer deslizó los dedos hasta una parte de su anatomía sobre la que ni siquiera su fuerte voluntad podía evitar que reaccionara. Se levantó, pues, dando un respingo, y se dirigió al aparador con la estatua del sátiro erecto.

—Entiendo. Comprendo tu táctica. Quieres encender una vela a Dios y otra al diablo —aunque no lo dijo, lo que en realidad quería expresar, y se deducía a partir de sus palabras, era: «eres una arpía».

Maddalena se había levantado y se había colocado tras él, demasiado cerca; los dedos de ella tocaban ya sus manos. Era difícil mantener la dignidad serena que se le presuponía a un cardenal, aunque no llevara sotana.

Maddalena tomó con cuidado la cruz de oro, miró el reverso y preguntó:

—¿Qué significa «*donata G. F.*»?

—Fue un regalo de mi hermana.

—¿La famosa *bella Giulia*, cuya belleza no podía compararse con nadie del gremio, ni siquiera con Imperia?

—Sea como fuere, es evidente que tu hija tiene talento, curiosidad y belleza. No me gustaría que tomara el mal camino. Y ciertos rumores me gustarían aún menos.

Maddalena no se rindió. De nuevo sus dedos se pasearon por el jubón, y su aroma lo asedió.

—Lo entiendo.

Él no se conmovió.

—Hay una cosa que vos podríais hacer por mí, y también por Virginia, y que estáis en posición de realizar. Me gustaría que Virginia pudiera desarrollar su talento, no solo con la pintura, sino también con el canto, con el laúd, la rima... El instructor de vuestros hijos, el gran erudito y poeta Baldassare Molosso, podría encargarse de Virginia. En los hijos del pueblo llano dormitan grandes talentos. Si además recibiera una pequeña contribución mensual, digamos de un par de ducados, podría contratar a un buen músico... No quisiera ser una desvergonzada. Por supuesto para vos, Eminencia, mi casa también estaría abierta, sin coste alguno, si me entendéis, como agradecimiento de parte de una pobre alma pecadora que no tiene nada para dar salvo su cuerpo...

—Ya hablaremos de eso —dijo Alessandro, tras meditarlo un rato.

Cuando los labios de la mujer se aproximaron a su oreja, y sus dedos se aproximaron a una nueva y delicada parte de su anatomía, su resistencia se vino

abajo. Ella lo llevó a la misma habitación que no había visitado desde hacía años. Allí lo saludaron imágenes de Venus de blancos muslos y ánimo generoso recostadas sobre montañas de cojines, y él sucumbió finalmente a sus artes.

Cuando los dos, medio cubiertos por los almohadones de terciopelo, y satisfechos, permanecieron unos instantes tendidos juntos, dejando que el dulce escalofrío remitiera, Maddalena renovó su oferta y señaló al mismo tiempo lo sellados que podían llegar a estar sus labios, y la posición tan importante que ocupaba en su vida el ser agradecida.

—Quien como yo proviene de la ciénaga de un barrio corrompido, nunca olvida la mano que se muestra amistosa... y nunca espera recompensa por ello —se sostuvo sobre los codos y miró a Alessandro directamente a la cara—. Eso es lo que nos encanta de nuestro nuevo papa León: sabe cómo mostrar su generosidad, cómo alegrarnos, cómo hacernos felices. Adora lo hermoso y lo elevado, y también a las mujeres, aunque no encuentre gozo en nosotras. Sabe que Roma no necesita un monje estricto, sino un hombre de corazón abierto, que vive y deja vivir... Igual que vos, Eminencia... Si la suerte decidiera que fuerais nombrado Papa...

Alessandro no pudo sino sonreír ante tanta adulación, y se vistió de nuevo.

Finalmente, Maddalena lo acompañó escaleras abajo y le indicó a un criado que abriera la puerta. Una vez más, besó su anillo y añadió, en voz baja:

—Quien quiera que sea el padre de Virginia, Eminencia, la niña siempre estará agradecida por vuestra ayuda y vuestro cariño.

SEGUNDO LIBRO

El voto

Capítulo 13

Roma, caput mundi - de 1513 a 1517

No solo las cortesanas; casi toda Roma estaba hechizada por su Papa y por la rica casa de los Medici: nunca tanta gente se había ganado la vida gracias a la curia o al círculo de dignatarios afines. El propio Vaticano parecía una laboriosa colmena: de año en año iban aumentando los puestos de secretario, escriba, notario, incluso cuando ya estaban concedidos, porque el sobrino de un primo lejano de un cardenal necesitaba los ingresos.

Quien supiera hacer panegíricos rimados y pasara por allí, o bien los redactara en honor al papa León y su familia, era bien recibido. Los autores y dramaturgos competían entre sí por ver quién podía ofrecer la ocurrencia más graciosa o la obra más divertida: el propio Papa nunca se cansaba de contemplar los coloridos disfraces y las poses chillonas de los buhoneros del patio interior del Belvedere. Por todas partes aparecían *buffoni*, que se superaban a sí mismos en cuanto a tonterías, y cuando el Papa quería distraer la mente, o le molestaban sus *dolores ani*, los músicos estaban ya dispuestos para consolarlo del pesar y el sufrimiento con la dulce melodía de sus flautas y sus ingeniosos versos, o el susurrante tañido de sus laúdes.

Había ducados para todos: para el tesorero y el cirujano, el guarda suizo y el tamborilero, el guía de peregrinos y el monje mendicante. Y el gremio de las cortesanas más refinadas produjo bellezas eruditas, versadas en poesía, canto, o incluso filosofía, como nunca en la historia se volverían a ver. Se las idolatraba, incluso se las cantaba, amaba y celebraba, además de tratarlas como a condesas.

Tampoco se descuidó la belleza de la madre Iglesia, por no hablar del resplandor de la Ciudad Eterna. San Pedro volvió finalmente a reconstruirse, el viejo y enfermo Bramante cedió a Rafael Sanzio el puesto de arquitecto general. Tras los aposentos vaticanos, Rafael pintó la logia, y se le encargó un nuevo y menos intrincado sistema de urbanismo para Roma. El artista favorito de León, que se había enriquecido, se compró en las cercanías de San Pedro un *palazzo* adornado de columnas, y allí residía, rodeado de sus ayudantes y de toda una tropa de sirvientes, como un príncipe.

Las numerosas excavaciones que se abrían por doquier revelaban los escombros de siglos atrás: esculturas sin cabeza, cabezas sin cuerpo, frisos y relieves funerarios, columnas y capiteles. Se empleó mucho dinero en la búsqueda de tesoros de la antigua Roma, y numerosos cardenales, comerciantes y exportadores, así como banqueros, estaban dispuestos a desembolsar auténticas fortunas por las obras de arte de la Antigüedad.

El papa Julio había sido el precursor y León quería superarlo: todo aquél que produjera algo, debía exhibirlo. Cuanto más grande y más hermoso, más sólido y bien dispuesto estuviera un *palazzo*, con sus columnatas y sus galerías, sus frisos de mármol, sus tapices y cuadros, sus esculturas y frescos, mayor sería la reputación del dueño. Quien diera la fiesta más exorbitante sería alguien en la ciudad. Quien se hiciera retratar por el príncipe de los pintores, Rafael Sanzio, o encargara un sepulcro a Miguel Ángel Buonarroti, podía estar seguro de ascender en la escala social.

El rey portugués realmente envió un elefante, de nombre Hanno, que no solo hechizó a León, sino a todos los romanos, ya fueran ricos o pobres. Cuando murió de un grave cólico, a pesar del polvo de oro que habían mezclado con agua para su reconstitución, toda la ciudad lo sintió, y se compusieron incontables versos honrando su memoria.

Roma relucía en el azul intenso de sus cielos y en el blanco marmóreo de sus columnas, en el esmalte arenoso de sus fachadas, incluso en gris sucio del Tíber, que parecía valioso plomo. Los peregrinos vagaban con la boca abierta de una iglesia a otra, recogiendo en ellas indulgencias, dejándose robar en los albergues y desangrar por las chinches, pagando por sus pecados y gastándose finalmente sus últimas monedas, ya fueran ducados o florines, táleros o *fiorentini* lo que llevaran en la bolsa, en las cortesanas de clase alta o en sarnosas prostitutas callejeras, que se quedaban con su restante patrimonio.

Los negocios florecieron en la ciudad. De los bancos manaba el dinero, que se podía prestar en gran cantidad a las cajas papales. Por todas partes se construían nuevas iglesias o surgían palacios, nacían mercados de mano de obra y de ganado, los rebaños de vacas y ovejas se apelotonaban por Ripa Grande antes de llegar al matadero, e incluso a los mendigos les iba bien.

El trabajo de los pintores, artesanos y poetas, las misas cantadas y las ropas clericales decoradas con lujo, las rentas y limosnas a todos y cada uno costaban dinero y vaciaban las arcas papales. Generosos banqueros prestaban dinero a cambio de abultados intereses.

El papa León no tardaría en perder la perspectiva sobre el estado de sus cuentas. Estaba demasiado ocupado repartiendo dinero. Ya tenía a otros que se ocuparan de los ingresos, con su primo Giulio en primera línea que, como se anunció, fue nombrado cardenal en septiembre de 1513, y vicescanciller en marzo de 1516. En esta última posición dirigía las finanzas y, después del Papa, era el hombre más importante del Vaticano. Todo el mundo sabía que era el *spiritus rector*, la eminencia gris, o más bien la púrpura, sin la cual el Santo Padre, y con él todo el núcleo de la santa madre Iglesia, habría tenido que responder de su incapacidad económica. El primo Giulio se había dado cuenta hacía tiempo de que el Vaticano, y por extensión la ciudad de Roma, vivían del dinero que fluía con las indulgencias, especialmente de

los países del norte, el descarado sangrado que se le hacía a los peregrinos y sobre todo la desvergonzada venta de prebendas.

Desgraciadamente, no todo había ido según lo planeado.

El papa León había querido ser un príncipe de la paz, y se esforzó por encontrar un equilibrio entre Francia y España. Los franceses no debían atacar con avidez Milán, ni mucho menos pretender arrebatarse Nápoles a los españoles, de la misma manera que un señorío prolongado del emperador Habsburgo, español y borgoñón resultaba del todo inviable. La meta de León era el equilibrio de poder.

Luis XII de Francia no había olvidado la aplastante derrota sufrida en Novara. Antes de que pudiera volver a reunir un nuevo ejército, murió. Su joven yerno Francisco, ambicioso, fuerte como un oso, amado por las mujeres, retomó los objetivos del difunto. En el año 1515 reunió a sus ejércitos y quiso cruzar los Alpes. Mientras tanto, los suizos guardaban el valle de Susa. Así pues, algunos de sus capitanes encontraron un pequeño paso por el que las tropas francesas pudieron pasar desapercibidas y atacaron a los suizos en Marignano: la batalla ya se daba por perdida cuando la suerte cambió de forma milagrosa. El rey Francisco I triunfó finalmente el 14 de septiembre, y Milán volvió a encontrarse en manos francesas.

El Papa aceptó lo irrevocable y siguió puliendo asperezas entre las dos superpotencias. Sus sentidos, no obstante, estaban volcados en otra cuestión: su sobrino Lorenzo debía convertirse finalmente en duque de Urbino. Francesco Maria della Rovere no estaba dispuesto a abandonar voluntariamente su palacio y sus tierras, por lo que León se vio obligado a emprender acciones militares contra él además de excomulgarlo, como era de esperar.

En marzo de 1516 se inició la guerra en Urbino, bajo la atenta mirada de rapaz de Alfonsina de Medici, de la familia Orsini, y en verano Francesco Maria tuvo que retirarse de la ciudad y huir con sus cañones y con su valiosa biblioteca hacia Mantua, a casa de su suegro, Gianfrancesco Gonzaga. Lorenzo de Medici fue nombrado nuevo duque de Urbino el 18 de agosto de 1516, sin que su nuevo cargo le produjera particular satisfacción. Había tenido que tomar parte en la lucha, lo habían herido levemente, y había jurado no volver a pisar un campo de batalla, al menos hasta que se hubiera recuperado adecuadamente de su *morbo gallico*. El Papa recordó Rávena, lo comprendió y, en cualquier caso, se sintió vencedor, puesto que toda Italia central se encontraba finalmente bajo su control.

No obstante, había ganado una batalla, pero no la guerra. Y su triunfo no había resultado ser más que una victoria pírrica.

La casa Farnese se dejó contagiar por el espíritu de resurgimiento. La conversación con el papa León y su primo Giulio le habían mostrado a Alessandro cuál era el camino político a tomar. Prestó a los dos Medici su opinión ponderada cuando se le requirió, participó en todas las grandes festividades y por supuesto en los

consistorios cardenalicios, en los que su voz tenía un gran peso debido a que muchos compañeros veían en él al siguiente pontífice. Recibió al papa León junto con todo su inmenso cortejo en el castillo de Capodimonte, y el mes de octubre entero transcurrió de cacería, hasta que finalmente concluyó en el castillo papal de Magliana, donde se realizó una última batida de jabalíes.

De ahí en adelante, el cardenal Farnese se centró en la prosperidad de su casa y su familia. Poco después de la entrada en funciones de León, Alessandro compró edificios reforzados y terrenos colindantes a su *palazzo* entre Campo de Fiori y la via Giulia, y amplió el edificio existente hasta el momento según el escasamente modesto y resplandeciente plan del famoso arquitecto Antonio da Sangallo. Planeaba hacer del *palazzo* un lugar representativo, desde el cual una calle recta, en la que numerosos artesanos podrían establecerse, llevara hasta Campo de Fiori. Por todo el barrio residían y trabajaban ya cesteros, cordeleros, sombrereros y fabricantes de máscaras; incansables y esforzados artesanos fabricaban ballestas, y precisaban más luz y aire para vivir y trabajar. Sus necesidades requerían igualmente que desapareciera aquel laberinto de callejuelas, estrechos pasadizos y pequeños patios interiores sin iluminación, aquel revoltijo de casitas de piedra, cabañas y chozas de madera con sus escaleras exteriores, sus torreones ruinosos y sus terrazas tambaleantes.

Alessandro planeó para ello ampliar su palacio, hasta que sobrepasó el volumen del cercano *palazzo* del cardenal Riario, pues deseaba darle la proporcionada belleza de una catedral y un tamaño colosal. El laberinto contiguo de la antigua y miserable Roma tuvo que retroceder ante el afilado pico de los nuevos tiempos.

Además de eso, negoció y cerró con Ludovico Orsini, de Pitigliano, un acuerdo de compromiso matrimonial: su hijo mayor se casaría con Girolama Orsini en cuanto ella alcanzara la edad adecuada, cerrando así un lazo familiar sagrado entre ambos clanes que los uniera aún más.

Alessandro no quería, no obstante, mostrarse parcial, por lo que inició negociaciones igualmente con los Colonna, los enemigos naturales de los Orsini. Tanto los Orsini, oriundos del norte del Lacio, como los Colonna, del sudeste, pertenecían a la antigua nobleza romana, y a pesar del tributo de sangre que había exigido el gobierno de los Borgia, siguieron siendo los clanes de patrimonio más poderoso, aunque no permaneciera en su totalidad en Italia, el cual se debía en buena parte a sus legendariamente extensas progenies. Los Orsini eran tradicionalmente partidarios de los franceses, mientras que los Colonna sentían mayor afinidad por los españoles y el emperador. Por supuesto, como Alessandro bien sabía, los intereses específicos podían invalidar aquellas afinidades en cualquier momento. Para él, era muy importante no atarse a una sola de las partes. Con esa política estaría siempre en ese campo de tensión neutral que tan bien le había funcionado entre el papa Borgia y su sucesor Julio II, y allí quería permanecer.

Así pues, negoció con los Colonna de Palestrina: su Constanza debía casarse con Stefano Colonna. Los Colonna contemplaron a aquella muchacha bastarda por encima del hombro, y no vieron a los Farnese como sus iguales, aun sabiendo que Alessandro se perfilaba como candidato a Papa. Por lo tanto, exigieron la desorbitada suma de quince mil ducados como dote, con una señal inicial de cinco mil. Alessandro rechinó los dientes y pagó el adelanto. Sin embargo, después de aquello los Colonna no quisieron proseguir las negociaciones, pues la hija ilegítima de un cardenal, a pesar de su elevada dote, no les parecía lo suficientemente respetable, por lo que el embaucado Alessandro tuvo que buscar a un nuevo yerno.

El cardenal fue incapaz de perdonarle aquella humillación ni a Stefano Colonna ni al cabeza de familia, el *condottiere* Pompeo Colonna, aunque no lo dejó entrever. Se dedicó a reforzar su voluntad, su influencia, su reputación y el poder de la familia Farnese, para algún día demostrarle a los Colonna y a los Orsini lo que un decidido Alessandro Farnese era capaz de hacer.

Capítulo 14

Roma, palazzo Farnese - mayo de 1517

Silvia y Alessandro se habían reunido a última hora de la tarde en sus aposentos privados, y habían hablado de la humillación sufrida hacía ya algún tiempo de manos de los Colonna. Alessandro, inicialmente tenso, no había tardado en relajarse y ya se encontraban los dos tendidos entre las sábanas de blanda seda y damasco bordado. Una fragante brisa de mayo se colaba por la ventana abierta, y los ruisiños chillaban, trinaban y gorjeaban de manera deliciosa.

Silvia observó a Alessandro, quien miraba pensativo hacia el baldaquino rojo oscuro de brocado que cubría la cama. Aún era un hombre delgado, considerablemente vigoroso, con una nariz prominente, un mentón fuerte y unos ojos en ocasiones ensombrecidos que le recordaban a aquella mirada comprensiva e indulgente que tanto había amado en su juventud.

Mientras él guardaba silencio, ella apoyó la cabeza en su ligeramente velludo pecho. Una brisa ligera rompió la atmósfera sofocante de la habitación, y la mujer tampoco sintió deseo alguno de hablar. Tras unos instantes, levantó la cabeza y paseó la mirada por el peludo abdomen de Alessandro, hasta su miembro viril, que caía hacia un lado y se apoyaba en uno de sus muslos. Cuando sus dedos comenzaron a jugar en aquella zona, comenzó a erguirse, pareció saludar y finalmente se alzó en todo su esplendor. Ella no tuvo necesidad de seguir observando: besó a Alessandro en la boca y apretó su pierna contra los muslos de él. Como en la mayoría de ocasiones, ella lo acogió despacio, dejó que se abandonara a sus deseos, y él la abrazó, la apretó contra sí, mientras ella apenas se movía. Silvia recordó sus primeros encuentros, particularmente el primero, en la roca de las Sirenas de la *isola* Bisentina: escalofríos de ternura y oleadas de felicidad la habían invadido, recorriendo todo su cuerpo, llevándola al éxtasis, hasta casi hacerle perder el sentido entre convulsiones, emitiendo pequeños gritos y, de nuevo recuperada la razón, afrontando las consecuencias. La felicidad la embargó, y esperó que todas las desavenencias y descontentos de los últimos tiempos hubieran llegado a su fin.

Durante largo rato permaneció tendida, inmóvil, hasta notó cómo Alessandro la apartaba a un lado sin delicadeza. Ella lo miró a la cara, escrutadora, y vio que los pensamientos de él se encontraban muy lejos de allí.

Decepcionada, se echó a un lado y miró hacia arriba. Allí permanecieron los dos, inertes como dos figuras de mármol sobre un sarcófago de piedra. Nada se movía. No hubo ninguna palabra amorosa, ningún gesto de dulzura. Entonces, ella sintió

secretamente el deseo, inconsciente hasta ese momento, de que de sus cada vez más raros encuentros surgiera un sustituto para Paolo. Tenía treinta y cuatro años, todavía podía engendrar un último hijo. Y puesto que ella se encontraba en buenas condiciones...

—He iniciado nuevas negociaciones para casar a Constanza —dijo súbitamente Alessandro.

Sus palabras cayeron como un jarro de agua fría. Al principio, Silvia no contestó.

—Con los Sforza de Santa Fiora. No están a la misma altura que los Colonna, pero el nombre Sforza sigue sonando bien, y solo costará mil ducados de ajuar y siete mil de dote... No dices nada.

Ella intentó contener la decepción, pero no lo consiguió.

—¿Y cómo se llama el elegido? —preguntó, arisca.

Alessandro la miró sorprendido.

—Bosio.

—Bosio. Ajá. ¿Y lo conozco? ¿Es otro de esos niños bonitos que no tiene nada mejor que hacer más que gastarse en cortesanas el dinero de su padre, dejarse toquetear y engendrar bastardos?

Alessandro se irguió con el ceño fruncido y la miró con desaprobación. Ella había vuelto la mirada brevemente hacia él, pero de nuevo la dirigió hacia el techo.

—Creo que me estoy quedando fría —dijo.

De hecho, comenzó a tiritar, a pesar de la tibia brisa de mayo.

Él le cubrió el cuerpo con la manta, protegiendo también sus propias piernas.

—¿Sabe ya Constanza lo de su nuevo prometido?

—Debe ser un joven agradable y sencillo, rubio, nada feo —suspiró Alessandro—. Nunca olvidaré lo de los Colonna, la forma en que me tomaron el pelo. Ahora se dice que Pompeo, el *condottiere*, ambiciona un cargo de cardenal. ¿Te lo puedes creer?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo tú querías ser *condottiere* y te convertiste en cardenal —respondió ella, impertinente.

Alessandro la miró, nuevamente sorprendido.

—¿Le has hablado a Constanza de ese Bosio? ¿Le has preguntado siquiera si desea casarse? —la voz de ella se iba volviendo cada vez más agria—. Sabes perfectamente que el rechazo de Colonna la afectó profundamente. Ya no deseaba casarse en absoluto, y de hacerlo, quería que fuera alguien como Francesco Maria.

Tras suspirar profundamente, Alessandro salió de la cama y se echó una bata encima.

—Había esperado más comprensión y perspectiva por tu parte.

—¿Y si engendro otro niño? —con aquella frase quiso darle un nuevo giro a aquella tarde, que tan bien había empezado, pero amenazaba con echarse a perder.

Él se detuvo, como si escuchara un sonido lejano, y ella le rogó, fervorosa:

—Querido, ¡tengamos otro hijo!

Él intento encender, molesto, otra vela.

Entonces le espetó una frase pronunciada con el más celoso de los acentos, de la que se arrepintió de inmediato, pero que ya no pudo arreglar.

—¿O es que soy ya demasiado vieja y fea para ti? ¿Estás ya buscándote otra concubina para cuando me cases oficialmente? Por ejemplo, tu parroquiana Maddalena, a cuya hija le proporcionas una educación comparable a la de tus propios vástagos. Baldassare me lo ha contado todo...

Alessandro se volvió lentamente hacia ella, dejó la vela y se sentó en el borde de la cama, a todas luces consternado, evitando el contacto. Ella continuó con su ataque, sin poder evitarlo, ni reprimirlo.

—¿Cómo debo entender que hagas que nuestro Baldassare Molosso instruya a la hija de una cortesana? Eso levanta sospechas... Pero, ¡dejémoslo! Los hombres sois así. Solo buscáis la diversión, allí donde podáis encontrarla. No, ¡volvamos a nuestros hijos! Gasto saliva en balde tratando de convencer a Constanza de que abandone su fijación por Francesco Maria, pero además tampoco ha sido capaz de aceptar que fuera la única descendiente que no has legitimado. Y Pierluigi tendrá que casarse con Girolama Orsini, a quien no ha visto nunca y por la que ni siquiera siente interés... Alessandro, utilizas a tus hijos, incluso a mí misma, como fichas de un tablero de ajedrez, pero somos seres humanos, con deseos, sentimientos y con vida propia... Lo sé, es tu ascenso en el Vaticano, quieres ser Papa, debes ser Papa y todos rezamos por ti... Pero somos una familia... Y ni Maddalena ni esa Virginia pertenecen a ella...

Su voz se quebró, y empezó a balbucear.

—Perdóname, te lo ruego. ¡Ya no me entiendo a mí misma! —le agarró la mano, y se la encontró fría.

El cuerpo entero de Alessandro estaba tenso, rígido. Entonces, se volvió hacia ella, y con forzada calma exclamó:

—No sé qué es lo que te pasa, pero creo que es del todo comprensible que quiera casar bien a nuestros hijos. Quizá encuentren así algo de amor, quizá no, así es la vida. Los Orsini son la primera elección, la mayoría de sus mujeres son buenas paridoras, el contrato matrimonial existe desde hace años y no he podido encontrar en este momento mejor hombre que Bosio Sforza. Debe tener buen corazón y ser modesto, ¿por qué Constanza no iba a aprender a amarlo? Si fuera un yerno que se dedicara únicamente a buscar pelea, contraer deudas y a seducir doncellas honradas, por supuesto que lo rechazaría. En ese punto estamos de acuerdo, y a un hombre así, Constanza estaría en su derecho de repudiarlo.

Ella tuvo que reconocer que tenía razón.

—Y ahora, un par de cosas acerca de Francesco Maria. Sin duda Constanza es

consciente de que está casado con una hija de la familia de los Gonzaga y Este. Ya no puede ser tan inmadura como para seguir encaprichada de ese hombre. Además, ahora mismo está inmerso en la tarea de reconquistar Urbino en contra del mandato de León. Es posible que lo consiga. No es que quiera darle la razón a León en cuanto a su idea de cederle Urbino a su sobrino a toda costa. Por el contrario, creo que ha puesto en peligro toda su política de equilibrio, así como su acercamiento a las reformas de la Iglesia, a cuenta de su aventura de Urbino. Sin embargo, en cualquier caso está ya claro que esa absurda campaña militar le costará mucho dinero al Vaticano, mucho más de lo que nos podemos imaginar. Y no se trata solo del dinero: León está arruinando su reputación por culpa de la ambición desmedida de esa arpía desgreñada que tiene por cuñada. Sus enemigos se ríen con malicia y se preparan ya para la contienda. Una cosa hay clara: más tarde o más temprano, alguien tendrá que pagar el despilfarro de León.

Cuando su discurso concluyó, Silvia intentó poner en orden sus pensamientos y asimilar lo que él había intentado compartir con ella.

—¿Quieres decir que tú también te has excedido con las reformas de nuestro *palazzo*, las lujosas semanas de caza y con tus crecientes limosnas?

—No, yo tengo más talento para las cuentas que León. No me refiero a eso.

—¿Y a qué te refieres entonces?

—A la decisión de si me convertiré o no en Papa.

—Pero León aún no tiene ni cuarenta años. Todavía permanecerá mucho tiempo en el trono papal.

Alessandro se levantó sin mirarla.

—León está más enfermo de lo que crees. Y ha cometido un error imperdonable que puede costarle muy caro.

—¿Crees que atentarán contra él?

Él se inclinó hacia sus zapatillas y se dirigió lentamente hacia la puerta.

—Quiero estar preparado ante cualquier eventualidad. Todavía no se han olvidado los años de los Borgia. Entre Roma y Urbino merodean grupos de soldados que, en lugar de luchar, asolan Roma y las tierras colindantes, reconvertidos en bandidos: reina la avaricia, la moral se embrutece y los cuchillos se desenvainan con facilidad. Al mismo tiempo, por un lado crece la hipocresía mientras que, por el otro, cunde un fervor exaltado. La población siente que el dominio de los pecados capitales acabará en algún momento. Los creyentes, por su parte, temen que se avecine un castigo divino. En cualquier caso algo debe cambiar en los próximos meses, y no queda otro remedio más que sigamos siendo algo muy lejano a una familia normal, al menos mientras siga existiendo el voto de castidad.

Ella tendió la mano hacia él con amargura. Él se giró de nuevo, regresó a la cama y la rodeó con sus brazos. Su voz sonaba triste cuando dijo:

—Me temo que tendré que volver a hacerte daño, que volveré a hacémoslo a todos.

Capítulo 15

Roma, palazzo Farnese - mayo de 1517

Para Constanza, el mes de mayo trajo un suceso feliz. La enfermedad del invierno había sanado, los pájaros gorjeaban, piaban y se apareaban en el jardín, el sol brillaba cálido sobre las esplendorosas flores, que las hambrientas abejas visitaban con alegría. La familia Farnese, por su parte, también esperaba visita, como había anunciado el padre de forma casual, pero no sin cierta tensión en la mirada.

—Nuestro invitado vendrá de incógnito. No se debe hablar de él.

Todos lo miraron, y él continuó.

—Es una cuestión de negocios: he comprado el pueblo y coto de caza de Caprarola. Se encuentra en las cercanías de Viterbo y del lago de Cimino, y rodea nuestras propiedades.

Pierluigi perdió el interés y retomó su cena, Ranuccio se volvió hacia Baldassare para seguir aprendiendo vocablos del latín. La madre dirigió al padre una mirada tan extraña, que Constanza mantuvo intacta su curiosidad y preguntó por qué no les estaba permitido hablar sobre él.

—Hay demasiados envidiosos en Roma —explicó el padre, tras tomar dos bocados—, y por culpa de la guerra de Urbino, han aparecido nuevas facciones en el Vaticano, lo que provoca que surjan las difamaciones y las calumnias sin ningún motivo.

Pierluigi había vuelto brevemente a la conversación, pero de nuevo se centraba en deglutir, mientras que Constanza no se quedaba satisfecha con la explicación de su padre.

Además, en los últimos tiempos todo a su alrededor había sido muy extraño. En invierno, el acuerdo matrimonial entre el padre y la familia Colonna, que los habría unido a Stefano y a ella, se había roto, lo que había desencadenado un ataque de furia en su casa como no se había visto jamás. Su padre maldecía y bramaba a todo el que pudiera oírle, hasta el punto de volverse intratable durante semanas.

Ella misma había interpretado esa noticia como que la hija ilegítima de un cardenal no valía gran cosa, lo que la había ofendido enormemente, pero al mismo tiempo se alegraba de que su compromiso con aquel clan con reputación de groseros y belicosos se fuera a pique de aquella manera, para así poder permanecer con su familia y proseguir con sus sueños de libertad y realización.

Tras la cena, su madre le hizo señas para que se acercara y le susurró quién sería aquella visita de negocios: un hombre que satisfaría todas aquellas ilusiones.

La comida familiar en honor de aquel hombre debía realizarse a oscuras, relativamente tarde, por lo que Constanza tuvo tiempo de arreglarse frente al espejo. Bianca le echó una mano aplicándole el polvo de Venus y ayudándola con los corrajes. Por motivos evidentes, Constanza lucía un vestido con la parte superior azul, abierta en un escote que le llegaba hasta los hombros y con mangas ahuecadas. Sus pechos, que para entonces ya se habían redondeado, sobresalían sobre un alto corsé, que terminaría de decorar con el collar de perlas de su madre. Mientras Bianca le arreglaba el peinado y ella se encargaba de que algunos rizos largos ocultaran sus orejas, Constanza contemplaba con furia su llamativa verruga, que hasta entonces no había logrado hacer desaparecer, ni con excrementos de ratón, ni con unguento de huevos de rana. Cubrió con cuidado aquella odiosa mancha con un polvo de oro escandalosamente caro que apenas podían permitirse. Finalmente, Constanza se consideró suficientemente hermosa como para recibir al invitado.

Según oyó desde su cuarto, su padre lo había recibido, y la voz del extraño le sonó dulce al oído mientras se empolvaba el escote. Los dos hombres desaparecieron en el estudio, y el hambre hizo que su estómago rugiera escandalosamente.

Finalmente, los llamaron a la mesa. Ante ella se encontraba, sonriendo y realizando una cortés reverencia, ¡Francesco Maria della Rovere, el, a su entender, legítimo conde de Urbino! ¡Y se le permitió sentarse frente a él!

Al principio, apenas lo había reconocido, ¡pues se había afeitado a fondo! Llevaba el pelo largo y suelto hasta casi los hombros, su rostro se había afinado visiblemente, y el mentón poderoso y largo remarcaba esa impresión. Sus ojos aún ofrecían un aspecto triste y extrañamente velado, estaba recto como una vela y sus poderosos hombros parecían particularmente anchos a causa de las mangas ahuecadas y cortadas. El que aquel joven hubiera sido bajo el reinado de su tío, el papa Julio II, *capitano generale* de la Iglesia, y hubiera luchado en numerosas batallas era algo que, a tenor de su colorido ropaje forrado con ricas pieles, resultaba difícil de imaginar. Únicamente en sus ojos se adivinaba al guerrero que en realidad era.

Durante la comida, Constanza se sintió extraña y sofocada, hasta tal punto que, a pesar del hambre, casi no pudo comer nada, y tampoco entendía exactamente por qué su padre solo hablaba con Francesco Maria acerca de los Medici: su tono sonaba calculador y protocolario, y el de su invitado, no demasiado amistoso. Éste, entretanto, se dirigía con cortesía a la madre, que estaba sentada junto a él, e incluso llegó a hablarle a ella, la hija de la casa, con palabras escogidas.

Ella enrojeció entonces hasta la raíz del pelo y respondió con palabras igualmente formularias. Al menos no balbuceó ni tartamudeó, sin embargo al segundo siguiente ya había olvidado la nimiedad que había dicho.

Quizá Francesco Maria solo había hablado con ella porque así había podido pasar sutilmente la vista por sus hombros y su escote, hasta los rizos y los ojos. Había sido

el escote el que había atraído su mirada más duradera, probando que ella era, de hecho, hermosa, y que resultaba atractiva incluso a un duque de Urbino casado con una Gonzaga. Todo el clan de los Colonna, con Stefano y su «no» a la cabeza, por ella, podían perderse.

Constanza estaba tan ocupada con su propia lucha interior que ni siquiera los curiosos y faltos de tacto comentarios de Pierluigi acerca de la guerra de Urbino lograron irritarla. Francesco Maria respondió formal, pero sin revelar nada realmente, y el padre primero lanzó una mirada funesta a Pierluigi, para seguidamente sonreír con complicidad y comenzar a apasionarse por el abundante coto de caza de Caprarola, así como planear la construcción de un palacete de caza en la zona.

Cuando Francesco Maria se despidió de ellos para internarse en la noche, extendió la mano y susurró, quizá con algo de ironía, en dirección a sus padres:

—¡Qué amigos los míos al ofrecerme la visión de semejante azucena en flor!

El padre, que había tomado más vino de lo habitual, rió con orgullo, le dedicó un amistoso toque en el hombro a Francesco Maria y dijo, brevemente:

—¡Una auténtica Farnese, nuestra hija mayor: una educación excelente, un corazón tierno y una inteligencia viva!

El duque la miró por última vez al escote y respondió:

—¡Sin duda!

Apenas se había marchado, la madre le susurró al padre:

—¡Cómo has podido decir algo tan carente de gusto!

Pero él se limitó a reír y señaló, burlón:

—Nuestra hija se ha puesto muy guapa para un duque exiliado y depuesto. Lástima que ya esté casado.

La excitación de la tarde se prolongó durante la noche: Constanza soñó con una apasionada cabalgada por el coto de Caprarola, junto a un orgulloso cazador; soñó con praderas de flores y calveros cubiertos de musgo, en los que ella descansaba acompañada de Francesco Maria. Mientras observaba las pendulantes copas de los árboles, él se inclinaba hacia ella, quien se echaba en sus brazos.

Por desgracia, solo era un sueño.

Las siguientes noches apenas soñó, pasó los días de un humor de perros y punteó de mala gana las cuerdas del laúd. La atmósfera en el *palazzo* se tambaleaba: los padres, en contra de lo habitual, parecían haber discutido, y el padre se mostraba angustiado y apenas se dejaba ver. También la madre se había retirado a sus aposentos y ya no tomaba parte en las comidas.

Entonces, un día, durante el desayuno común, el padre les habló de sus nuevos planes de construcción que ya estaban tomando forma. De hecho, en los últimos días se habían derribado numerosos cobertizos y establos, y establecido cimientos, de tal forma que podía reconocerse el futuro tamaño del edificio naciente. Constanza

contemplaba una y otra vez por su ventana, que daba al jardín orientado hacia la via Giulia y el Gianicolo, las labores de construcción y a los obreros.

Aún mostró más interés cuando, una mañana tardía, el arquitecto Sangallo apareció con los nuevos planos para explicarle al padre los esbozos de la fachada. No era la primera vez que había observado sus diseños, pero siempre le fascinaba la manera en que un bosquejo, en que algunos dibujos, de pronto se convertían en paredes, divididas por columnas, con ventanas y frisos, vigas y redondeados sillares.

Mientras se encontraba en pie junto a aquellos dos hombres, ante los bosquejos y proyectos, y Sangallo enunciaba con voz clara sus ideas, sintió el profundo deseo de convertirse en arquitecta. En secreto dibujaba ya un poco con la regla y el compás, pero ocultaba sus dibujos a Baldassare. Si no podía casarse con Francesco Maria y el orgulloso clan Colonna la rechazaba, prefería no casarse y aprender un oficio masculino.

Mientras Sangallo enrollaba los planos para dirigirse a la obra y el jardín, se arrimó afectuosa a su padre, que la miró sorprendido, y ella le explicó que quería ser arquitecta como el maestro Sangallo.

Al principio, éste parecía no haber escuchado bien, pero después la miró como si acabara de escuchar un chiste particularmente gracioso, y se rió a mandíbula batiente. El padre apretó dulcemente la cabeza de la muchacha contra su pecho, le acarició el pelo y se limitó a decir:

—Mejor deja ese fatigoso trabajo para los hombres y trae niños al mundo que puedan corretear por aquí. Celebraré grandes fiestas con ellos. El maestro Sangallo nos está construyendo el *palazzo* más hermoso de toda Roma, para que la ciudad entera pueda envidiarnos. En los siglos venideros seguirán alabándolo.

Sangallo sonrió, adulado, y el orgullo iluminó brevemente el rostro del padre.

Entonces, añadió algo que la hirió profundamente:

—Ahora, deja de molestarnos, niña. El tiempo es oro.

Corrió a casa, conteniendo las lágrimas.

La mañana se había estropeado, los pájaros trinaban y gorjeaban en vano, Francesco Maria no había vuelto a aparecer y seguía casado, los Colonna la habían considerado como una bastarda sin valor, ¡y ni siquiera se le permitía ser constructora! Hubiera preferido salir huyendo, romper con su vida sobreprotegida y planificada. Una vaga sensación de libertad e independencia flotó ante ella, como algo dulce y al mismo tiempo excitante, una emoción vana asociada a brazos de hombres fuertes y a hermosos vestidos.

Con los hombros encogidos, atravesó el *cortile* y no prestó atención a su hermano Ranuccio, a quien Baldassare llamaba a gritos sin que le hiciera ningún caso, pues seguía corriendo entre risas maliciosas. Tampoco dio muestras de reconocer a las criadas, y mucho menos a los mozos que cepillaban a los caballos. Además, olían a

inmundicia.

El sol brillaba con una fuerza excesiva para la época del año en la que se encontraban y ya era necesario buscar la sombra.

En la escalera que daba al *piano nobile* se cruzó con su madre, que ni siquiera pareció reparar en su presencia. De hecho, la mujer parecía tan afectada y tensa que, en un primer momento, Constanza creyó que habría muerto algún familiar. Quizá la tía Giulia, que había engordado mucho y últimamente estornudaba con violencia, y que tras la venta de su casa, cercana a la del padre, había partido con lágrimas en los ojos hacia Nápoles, con su «napolitano bueno para nada», como solía llamar a su marido, y todo a pesar de que el padre le había ofrecido que permaneciera el resto de su vida en el *palazzo*, o en Capodimonte, con su madre. La tía Giulia lo había rechazado, tras darle las gracias.

—¡Mamma! —gritó Constanza, y quiso atraerla hacia sí.

Finalmente, logró sacarla de su trance depresivo, y pronto las lágrimas comenzaron a correr.

Su madre pareció regresar a la vida desde el más allá, sonrió débilmente y susurró:

—¡Oh, hija mía! ¿Qué te pasa? —y la cogió del brazo—. Vayamos a mi habitación —añadió, en un volumen apenas audible—. Hay algo que tengo que decirte.

Las lágrimas cesaron súbitamente. Constanza sintió curiosidad por saber qué era lo que su madre le tenía que decir, aun cuando su expresión no presagiara nada alegre.

La muchacha se sonó la nariz con cuidado y se sentó junto a la ventana, mientras que su madre tomaba asiento frente a ella, carraspeaba, se alisaba el vestido y se apartaba el pelo de la cara con un movimiento instintivo.

Finalmente, sentenció con voz suave:

—Tu padre ha encontrado a otro hombre para ti. Te casarás con él en verano. Se llama Bosio Sforza.

Aquel anuncio fue para ella como un cubo de agua fría, máxime teniendo en cuenta lo mucho que ella odiaba el agua fría.

Sin embargo, antes siquiera de poder expresar su disgusto, la madre alzó la mano, puesto que aún no había concluido lo que tenía que contarle, y Constanza escuchó el resto, lo más atroz de todo: Silvia tendría que mudarse próximamente. A una casa propia en las cercanías, en la via Giulia, donde había vivido la tía.

Constanza se quedó petrificada, mientras su madre le acariciaba distraída la cara.

—No significa nada —explicó, con voz entrecortada—. Es solo hasta la siguiente elección papal. Tu padre ha dicho: «No ofreceré a mis contrincantes ningún flanco desprotegido. No puedo vivir en concubinato abierto. Debo casar a mis hijos a

tiempo, o prepararlos para el servicio a la Iglesia. Ya está todo pensando». Eso fue lo que dijo. Probablemente tenga razón.

La madre sorbió y miró hacia la ventana.

—Mira ahí, al exterior, allí está tu padre con el famoso Antonio da Sangallo. ¿Has visto lo grande que planea hacer el *palazzo*? Sin duda, algún día será un Papa importante. Todos debemos ayudarlo y, si es necesario, sacrificarnos.

Su voz se le quebraba cada vez más.

—Y como debo sacrificarme, he de casarme con ese Bosio Sforza a quien ni siquiera conozco —exclamó Constanza, furiosa.

—Tu padre lo conoce.

—¿Tendré que mudarme a Milán?

—Es el conde de Santa Fiora.

—No sé dónde está Santa Fiora.

—Al norte del lago Bolsena.

Constanza volvió a romper en lágrimas.

—Quiero quedarme en Roma, quiero quedarme contigo, no quiero casarme. Si te vas, iré contigo...

Sus palabras brotaban a borbotones de su boca, sin pausas, entre sollozos, y entre tanto su madre intentaba consolarla.

—Sabes que las mujeres, tristemente, solo tienen dos caminos: o se casan, o entran en un convento, y para ti sería mejor casarte con un hombre poderoso, quedarte cerca nuestro y darnos nietos.

—Las mujeres también pueden convertirse en cortesanas. ¡Y en arquitectas!

La madre ignoró aquel comentario y se limitó a añadir:

—En el convento nunca serías feliz.

Capítulo 16

Roma, palazzo Farnese - Vaticano - 19 de mayo de 1517

Alessandro recibió la noticia mientras debatía con el cantero acerca del frontón alternativamente triangular y segmentado que Sangallo había planeado para el *piano nobile*. El secretario apareció, visiblemente agitado, y se apresuró, casi sin aliento, a susurrarle un mensaje al oído. De inmediato, Alessandro dejó al cantero y entró en el *palazzo*, donde se cruzó con Silvia y Constanza.

—¡Han atentado contra el Papa! —les gritó—. Nadie sabe si vivirá o morirá. La ciudad está conmocionada, la gente se arremolina en el *borgo*. ¡Debo ir al Vaticano de inmediato! —llamó a su ayuda de cámara para que le preparara la sotana, abrazó rápidamente a Silvia y apretó igualmente a Constanza contra él.

—El criminal debe proceder del círculo de cardenales...

—Nadie supondrá que has sido tú... Eres amigo de León...

Alessandro se pasó, nervioso, la mano por el pelo, agarró a Silvia y la arrastró escaleras arriba, dirigiéndose apresuradamente hacia el vestidor donde el ayuda de cámara le había colocado la sotana cardenalicia. Constanza los siguió.

—Esa maldita guerra de Urbino lo ha cambiado todo. Además, no sé qué habrá planeado nuestro vicecanciller.

—¿Qué quieres decir?

Alessandro dejó que le vistieran con la *mozzetta*, se puso la cruz de oro sobre el pecho, se colocó el gorro y el sombrero redondo y agitó nervioso la cabeza.

—Ahora no tengo tiempo de explicar nada, debo irme —le hizo una señal al ayuda de cámara y gritó—. ¡Al menos tres hombres, con las armas ocultas!

Le dio a Constanza un beso fugaz, abrazó de nuevo a Silvia y susurró, antes de salir apresuradamente por la puerta:

—Quizá las cosas se pongan serias.

—Ojalá nadie quiera tenderte una trampa —oyó que le decía Silvia.

Cuando Alessandro estaba ya en el patio montándose en el caballo, Pierluigi salió precipitadamente de la sala de guardia en dirección a la entrada, vestido con peto y armado con una espada corta, como si se preparara para una batalla.

—¡Te acompaño, padre! —gritó—. ¡Te guiaré y te protegeré!

El caballo se torció, nervioso. Alessandro no había contado en ningún momento con Pierluigi, que en los últimos meses se había entrenado sin descanso en todas las artes de la guerra, y se sentía muy orgulloso de las alabanzas de su instructor. A pesar de ello, Alessandro no quería tenerlo con él en circunstancias tan imprevisibles y

peligrosas, esencialmente porque no confiaba en el temperamento de su hijo y no le creía capaz de mostrar la sensatez tan necesaria en aquellos momentos. Así pues, le ordenó:

—¡Tú te quedas aquí!

Cuando vio el rostro consternado, y al mismo tiempo refulgente de rabia, de su hijo, exclamó:

—Puede ser peligroso, y además, no se te permitirá entrar en el Vaticano, mucho menos armado.

—¡Pero yo quiero ayudarte! —gritó Pierluigi con una mueca desfigurada.

—¡Ahora no! Es demasiado peligroso. Mejor en otra ocasión. —Alessandro le hizo una seña a sus acompañantes y atravesaron el portón de salida.

La gente se arremolinaba ante el ponte Sisto, por lo que se avanzaba con gran esfuerzo. Todos parecían dirigirse hacia el *borgo* y el Vaticano, pero casi nadie parecía herido, y Alessandro no vio armas por ningún lado.

De pronto, sonó un grito, sin duda dirigido a él. «¡Farnese, Farnese!», bramaban algunos, otros incluso «¡Farnese, Papa!». Él les dirigió un gesto cesáreo, buscó la mirada de su secretario, quien sonrió con ironía.

—Demasiado pronto —le dijo, y el secretario asintió.

La marcha se aceleró precipitadamente en la via della Lungara, y algunos pensamientos inquietantes le pasaron por la mente. ¿Realmente habrían cometido un atentado contra León? ¿Quién estaría detrás? ¿Lo habrían envenenado o apuñalado?

Antes de la guerra de Urbino, León se había paseado ocasionalmente entre las masas sin preocupación, para dar apretones de manos, bendecir niños, repartir limosnas entre las madres, pero desde la expulsión de Francesco Maria, el año anterior, y el hasta ahora exitoso contraataque, la colorida vestimenta de la guardia suiza podía verse por doquier. Por supuesto, cualquier persona cercana a León estaba sujeta a soborno, y con suficiente oro era fácil convencer a alguien de que cometiera un asesinato.

Si bien era cierto que Alessandro había hablado a solas con Francesco Maria acerca de León, el antiguo duque no había mencionado ningún atentado, ni le había pedido su ayuda, sino que había guardado un silencio sepulcral. El que utilizara el dinero de Caprarola para pagar más soldados era algo que había dado por supuesto. ¿Habría empleado aquellos ingresos para financiar algún otro proyecto?

En cualquier caso, el papa León había despertado la antipatía de numerosos cardenales, no solo entre sus enemigos jurados, como el florentino Francesco Soderini, que lo era ya por tradición familiar. También el joven cardenal Alfonso Petrucci, de Siena, había pasado de ser su acólito a un opositor manifiesto, después de que León, tras su elección, no solo no le proporcionara todo el «botín» que le prometió antes de convertirse en Papa sino que, de hecho, incluso le cortara mediante

reestructuraciones y nombramientos tácticos en Siena la fuente de su poder y de sus finanzas.

Mientras tanto, Alessandro había alcanzado con sus hombres la porta Santo Spirito, donde apenas se podía pasar. Los guardias se esforzaban por apartar a la gente o al menos por buscar armas. Uno de los guardias suizos reconoció a Alessandro y le hizo señas, pero la gente se colgó en racimos de su caballo, que pifó nervioso, relinchó y amenazó con ponerse a cocear. Finalmente, uno de sus guardaespaldas desmontó y guió al corcel de Alessandro y al suyo propio a través de la multitud, abriéndose paso lentamente hasta la puerta.

El cardenal apenas se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Sus pensamientos se dirigían exclusivamente a la cuestión de quién, aparte de él mismo, tendría opciones a suceder a León en caso de fallecer. ¿Su primo Giulio, quizás? Como vicescanciller prácticamente era quien tomaba las decisiones en la curia, y era él quien encontraba todo tipo de nuevas fuentes de ingresos, algo absolutamente necesario.

Entonces, una idea terrorífica asaltó a Alessandro. ¿Podría ser que Giulio de Medici hubiera sabido, por medio de espías, que Francesco Maria había visitado el palazzo Farnese? En ese caso, ¿no podría deducir que el cardenal Farnese había acogido al depuesto y excomulgado duque bajo su techo para maquinarse algún plan...?

Giulio era, sin duda, un estratega astuto que ofrecía escasos talones de Aquiles. Vivía una vida sin tacha: sin relaciones conocidas con cortesanas, sin concubina, sin escandalosos despilfarros, sin tendencia a la gula, asistía regularmente a misa, medía sus palabras en los consistorios, se mostraba objetivo y neutral, y jamás realizaba ataques personales. Al mismo tiempo, resultaba impenetrable, pues mantenía bien oculto lo más importante para él: sus propios intereses.

Mientras tanto, Alessandro había logrado abrirse paso hasta la plaza de San Pedro, y se dirigía al palacio vaticano acompañado de su secretario. Numerosos prelados se apresuraban igualmente hacia allí, además de sus compañeros cardenales, todos con semblante serio y sin decir una palabra. La guardia suiza permanecía impotente repartida con sus largas alabardas y su capitán bramando órdenes sin sentido que nadie obedecía.

Finalmente, una vez alcanzada el aula regia, Alessandro no logró ver nada salvo algunos ropajes negros y otros iluminados por todos los colores de la Iglesia. El murmullo continuo, interrumpido ocasionalmente por gritos y chillidos, así como el aire pegajoso, hicieron que se detuviera, desorientado.

¡Pero había alguien vestido de blanco!

Con gran esfuerzo se abrió paso entre la muchedumbre, y de pronto se creó ante él un pasillo y se encontró de frente con León. El Papa parecía ileso, con el gorro

ligeramente desplazado y algunos de los botones de su alba abrochados en los ojales equivocados. Estaba más pálido de lo que Alessandro le había visto nunca. Justo a su lado se encontraba su primo, y ante él, el cardenal Alfonso Petrucci. Éste gesticulaba con brazos y piernas, enrojecido de ira, y le gritaba a León de tal manera que se le escapaba la saliva:

—Tú, estafador, traidor, sinvergüenza, me has engañado durante años. Ésta es tu forma de darme las gracias por haberte votado. No has cumplido ni una sola de tus promesas, y ahora además quieres destituirme en Siena. Debí haberte cortado el cuello hace tiempo.

Cuando se detuvo para tomar aliento, el Papa gritó con voz imponente:

—¡Guardias! ¡Detenedlo! ¡Llevaldo a la prisión del castillo de Sant'Angelo!

Aquello era algo que, evidentemente, nadie esperaba, y por eso en un principio no ocurrió nada. León repitió la orden, el primo Giulio hizo una señal a un par de guardias estupefactos, que no sabían qué hacer con sus alabardas. Petrucci parecía estar a punto de lanzarse sobre el Papa, pero entonces, los hombres, finalmente, lo apresaron. León repitió una vez más su orden y se llevaron a rastras a Petrucci, entre un aluvión de maldiciones.

Todos los presentes permanecieron en un silencio horrorizado. Una alabarda apoyada en la pared cayó de pronto al suelo, y León se estremeció de miedo.

—Hermanos en el Señor —tomó la palabra el vicescanciller Giulio de Medici—, se ha podido evitar un atentado malicioso contra el Santo Padre por muy poco. El cardenal Alfonso Petrucci, el instigador, así como sus cómplices, consabidores y seguidores, ya han sido descubiertos y recibirán su castigo.

El silencio dio paso a un infierno de gritos, chillidos, preguntas, ojos torcidos, gestos nerviosos y manos unidas en posición orante, hasta que Giulio logró, tras largos intentos, establecer la paz y pedir un poco de atención. Con palabras sin adornos explicó cómo, mediante labores de vigilancia secreta a los sospechosos, la interceptación de cartas codificadas y algunos interrogatorios minuciosos, la verdad había salido a la luz.

El cardenal Petrucci había querido apuñalar personalmente a León durante la cacería, pero finalmente había renunciado a ese plan para elaborar un nuevo complot: un médico de buena reputación por toda Roma, pero sobornado por él, Battista da Vercelli, sería enviado al Vaticano, donde se ofrecería a tratar con un remedio muy especial las heridas abiertas del Santo Padre, y liberarlo así de todos los dolores. El Papa se mostró reacio a dejarse tratar por un médico extraño en tan delicado lugar, e hizo bien, pues Battista tenía el encargo de intoxicarlo con veneno y así enviarlo al más allá.

Una oleada de indignación recorrió a los prelados, y durante un instante Giulio tuvo que guardar silencio. Entonces, Alessandro preguntó en voz alta por los

cómplices y seguidores, para asegurarse de no ser sospechoso. Giulio sonrió de forma indescifrable cuando oyó la pregunta:

—Por desgracia, hay cómplices y partidarios entre los aquí presentes. Todos recibirán su correspondiente castigo. Una investigación ya en marcha aclarará las circunstancias.

Un movimiento de la mano del Papa interrumpió a Giulio. León carraspeó, molesto, y comenzó, casi susurrando, a hablar, de forma que de inmediato se creó un profundo silencio entre sus oyentes:

—Amados hijos míos, quiero preguntaros quién puede ampararse tras el cardenal Petrucci, perdido de Dios. No quiero anticiparme a la investigación, pero numerosas pistas señalan al depuesto y excomulgado, pero aún poderoso militarmente Francesco Maria della Rovere. Encomiendo la dirección de la investigación... —hizo una significativa pausa, se esforzó por mirar a los ojos de todos los prelados a su alrededor, algo sumamente difícil dada su miopía. Giulio le susurró algo al oído, pero León lo ignoró— se la encomiendo a nuestro hermano en Cristo, de razón clara, al objetivo e incorruptible cardenal Alessandro Farnese.

Alessandro sintió que una losa le caía sobre el pecho, pero al mismo tiempo entendió que, de esta manera, los Medici le unían aún más a su política. Realizó una reverencia y le agradeció a León la confianza depositada en él. Iba a prometer actuar con estricta objetividad y examinar todos los indicios y declaraciones con neutralidad, cuando el ruido de la sala volvió a crecer, hasta el punto de que no logró oírse a sí mismo. Cuando quiso aproximarse para hablar brevemente con León en persona, el Papa ya había desaparecido, acompañado de su primo.

Capítulo 17

Roma, Vaticano - 19 de mayo de 1517

El vicecanciller y cardenal Giulio de Medici posó la mirada sobre el grueso cuerpo de su primo, medio envuelto en vapores. El agua de la bañera en la que el papa León se encontraba sentado, tratando de aliviar sus dolores, emitía un fuerte aroma a hierbas. El ayudante del médico aguardaba de pie con una toalla y el agua caliente preparadas, junto con una cacerola de polvos medicinales y redomas con fluidos multicolores.

León gimió de dolor pero también de alivio, pues el agua caliente probablemente suavizaba sus padecimientos.

—Hemos reaccionado a tiempo, y ahora debemos ser consecuentes —dijo Giulio.

—Si me hubiera dejado tratar por ese médico desconocido, tendrías que estar preparando ya el siguiente cónclave. Petrucci pagará con la muerte su perfidia. Debería meterle una barra de hierro candente por el culo, para que sepa cómo me siento.

León hablaba con voz baja, pero emitiendo al mismo tiempo un fuerte silbido. Mantuvo los ojos cerrados. Desde la habitación contigua llegaba el rumor de movimientos pausados y voces susurradas, y en la pared había apostada toda una hilera de guardias suizos.

León se remojó el grasiento pecho, aún con los ojos cerrados, e hizo que le echaran más de aquel agua que olía a alcanfor. Gimió de nuevo, esta vez con ánimo enteramente lloroso.

—Dime qué es lo que debo hacer ahora, Giulio —susurró—. Yo siempre pensé que todo el mundo me amaría... Y ahora, ¡un auténtico atentado encubierto! La guerra de Urbino también me causa pesar. Francesco Maria está a punto de reconquistar la ciudad, nuestros soldados claman por su dinero. Si no fuera por nuestro sobrino, Giovanni *Popolano*, el salvaje retoño de Caterina Sforza, hacía tiempo que todo habría acabado. Pero Giovanni les está dando a esos renegados lo que se merecen.

Como Giulio no respondía, prosiguió:

—Ya sé que nos atormentamos de culpa en vano. Necesitamos un golpe de efecto pero, ¿cómo? No se consigue nada sin dinero. No podemos presionar más a los *oltramontani*. Los vendedores de bulas ya están de camino... Por nuestros viajes a través de las tierras bárbaras sabemos que esos bebe-cervezas campesinos son muy pacientes, pero cuando la furia les sobreviene, las lanzas y alabardas de sus lansquenets son cosa de temer. ¡Qué situación más delicada!

El papa León hablaba sin fuerza, sin voluntad, y eso alteraba a Giulio. Era cierto que necesitaban un golpe de efecto, un castigo severo, y de hecho él mismo ya había estado pensando en ello, pero la situación en aquel momento, tras el atentado de Petrucci, era problemática. ¿Debían jugárselo todo a una carta? ¿Hacer algo nunca visto hasta entonces?

—Ya veo que no sabes qué decir —exclamó León, lloroso—. Quizá solo estés esperando hasta que me llegue mi fin, y entonces puedas ser Papa.

—¿Cómo puedes decir semejante insensatez? ¿Acaso no te he sido leal hasta ahora?

Como León no respondía, prosiguió, no sin darle a su voz cierto tono furioso.

—Sin mí, hace tiempo que estarías acabado. Tú lo sabes, todos lo saben, y es algo que debe quedar claro de una vez. En lo concerniente a tu sucesión, diré lo siguiente: hasta la fecha, nunca se ha elegido consecutivamente a dos Papas de la misma familia. Además, está Farnese, que tiene mucho poder entre los cardenales, cuenta con gran reputación en la curia a pesar de su concubina, y el pueblo de Roma lo ama —concluyó, retomando un tono marcadamente pausado y tranquilo.

León chapoteó.

—La popularidad y la influencia se pueden comprar, y Alessandro aspira a demasiado con su *palazzo*. Despierta la envidia de las familias nobles de la vecindad, y en todo el barrio encuentra oposición a sus planes de construcción. Además, una buena parte del colegio cardenalicio está celosa de su Silvia y sus hijos, y protestan por la forma tan abierta en que Farnese rompe el voto de castidad. No son más que una banda de hipócritas, pero nunca elegirían a un Farnese que viviera en concubinato declarado.

—No estoy tan seguro de eso. En cualquier caso, hemos perdido a muchos seguidores. Tu generosidad ha despertado codicias que nadie podría contener.

—Lo que yo decía. Estamos acabados.

—¡No estamos acabados! ¡Deja de lamentarte y de lloriquear chapoteando en el agua, y escúchame!

—Entonces, háblame, sabio primo. ¡Explícame cuál será nuestro golpe de efecto!
—León había abierto ligeramente sus hinchados ojos, su mandíbula colgaba, laxa, igual que su pecho.

Giulio miró a la lejanía. Apenas podía tolerar a los hombres con sobrepeso, y a las mujeres de ninguna de las maneras... Que ese amante de los *buffoni*, comodón y autocomplaciente, estuviera plácidamente sentado en la bañera mientras le dejaba la tarea de pensar al bastardo de la familia...

—Debes mostrarte severo con Petrucci y sus colaboradores, o de lo contrario otros tratarán de derrocarte o de matarte.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Eso debes decidirlo tú mismo. Eres el Papa.

—Así pues, hay que colgar a Petrucci, torturar hasta la muerte al médico y al criado, los cómplices Sauli, Riario y Soderini, quedarán confinados en la prisión del castillo de Sant'Angelo y perderán sus prebendas. Podríamos tomar el palazzo de Riario, el más grande de Roma, que nos dará seguridad frente a los usureros y, por supuesto, los traidores tendrán que pagar, diez, veinte, treinta mil ducados. Bien. Seré duro y hablaré con misericordia. ¿Con eso saldaremos nuestras deudas?

—No, aún quedarán muchas.

—Así pues, debemos darnos por vencidos con Urbino.

—Hay otra posibilidad...

En ese momento, se produjo una gran agitación en el recibidor. Lorenzo de Medici, el recién nombrado duque de Urbino, y su madre, Alfonsina, aparecieron precipitadamente en la habitación.

—Querido —chilló ella—, qué suerte que te hayas salvado; la ciudad está agitada, y los florentinos están particularmente preocupados, Urbino está acosada. Mi Lorenzo, que sufre por la gravedad de sus heridas, está muy afligido por no poder haber hecho lo suficiente para reclamar su derecho al ducado...

La inoportuna y precipitada entrada de su cuñada hizo que Giulio tuviera que respirar muy hondo para controlar su ira. Una vez lograda dominar su furia, carraspeó con fuerza, y el papa León levantó, adormilado, la mano, para pedirle a Alfonsina que interrumpiera su inagotable discurso. La nariz de la mujer se perfilaba hacia adelante, y su alta y huidiza frente terminaba bruscamente en el pelo recogido, cubierto con una fina redecilla.

«Ese maldito buitre», pensó Giulio, «y junto a ella ese hombre afeminado, apenas un despojo del cuñado de León, un apósito del hijo de Lorenzo, débil, marcado por el *morbo gallico*, con profundas cicatrices y repugnantes erupciones, y un ridículo brazo en cabestrillo...».

Alfonsina se acercó un poco más a León.

—Tenemos que librarnos de Francesco Maria, o intentará otra vez acabar contigo: Petrucci es solo una marioneta que Riario y Soderini han utilizado para sus fines, y por tanto ellos también deben desaparecer para siempre de una forma u otra, aunque seguirás estando en peligro por culpa de Farnese. Os creéis que ese pequeño terrateniente con su madre cría-ovejas es vuestro amigo, porque estuvo viviendo tres años a nuestra costa en Florencia, pero como Orsini que soy lo conozco, es ambicioso, y arde en deseos de enterrarte y convertirse en Papa. ¡Si no lo ves, es que estás ciego!

León borboteó ligeramente entre vapores.

—Nos lleva ventaja a todos, Giulio, deberíamos proponerla como próxima papisa. Hablaría ante el cónclave hasta que el colegio cardenalicio se diera por vencido y la

eligieran ya crispados de los nervios.

—A mí no me parece gracioso —dijo Giulio, arisco.

Hubiera preferido echar a aquella codiciosa mujer de la habitación, pero ante Alfonsina, por lo que él recordaba, solo había logrado imponerse su cuñado Lorenzo, que llevaba muerto veinticinco años.

—¿Por qué no está Petrucci colgando de la ventana de la porta di Nona? —le espetó ella a León, quien se estremeció horrorizado y la salpicó inintencionadamente.

A Lorenzo, a pesar de sus forúnculos y su pelo ralo, le pareció muy divertido y se rió, ante lo cual ella le siseó como una víbora.

Antes de que Giulio pudiera retomar la conversación y guiarla a su terreno, ella le recriminó también a él:

—¿Por qué no habéis hecho huir a Francesco Maria de una vez por todas? Su suegro de Mantua lo ayuda, ¿y vosotros no capturáis a los traidores? ¿Por qué no compráis a los venecianos para que aplasten a Francesco Maria y a toda su parentela del norte?

Aquello fue la gota que colmó el vaso para Giulio.

—¡Porque la curia no tiene dinero, solo deudas sin fin! —le bramó a Alfonsina—. ¡Porque ya no tenemos fondos con los que pagar! ¿Es que tu cerebro de mujer no lo va a entender nunca? ¿Te das cuenta de que tu avariciosa obsesión por Urbino nos está arruinando?

—¿Por qué me gritas, «primo» Giulio?

Una vez más, se repetía la misma injuria: el malicioso tono con que ella pronunciaba la palabra «primo» indicaba que en realidad le llamaba «bastardo». Significaba: no eres un auténtico Medici. En nuestra familia simplemente se te tolera. Debes servirnos.

Giulio se levantó para seguir explayándose con Alfonsina.

—No os peleéis —terció León—. Todos queremos lo mismo. No nos volvamos los unos contra los otros precisamente en momentos tan delicados. Con eso solo favorecemos a nuestros enemigos.

—¡Me voy! —gritó Giulio—. No tengo ninguna gana de discutir nuestra política con mujeres.

León borboteó de nuevo.

—Yo solo veo una mujer en esta habitación, y tiene más agallas que muchos hombres.

Giulio se detuvo, pues sintió la mirada de todos los que se habían colado en la estancia, ayudas de cámara y secretarios, jardineros y médicos, vuelta hacia él. Todos lo habían oído... ¿Se podía ser más tonto?

—¿No me quieres explicar el plan para el golpe de efecto? —preguntó León con tono conciliador.

Giulio se volvió lentamente.

—Sí, quiero hacerlo —respondió—, ¡pero solo cuando estemos a solas!

Capítulo 18

Roma, Vaticano, aula regia - 26 de junio de 1517

Para Alessandro Farnese, había sido una semana tensa. Para empezar, tuvo que interrogar a los culpables y escuchar a los testigos, pues era necesario levantar actas y reunirlos. Ese proceso se había alargado tanto que solo las lecturas en el consistorio habían durado ocho horas.

¡Un martirio para cada implicado! El papa León estuvo dormido la mayor parte del tiempo, y entre los compañeros presentes se originó un malestar creciente, se exigieron descanso y vino, y finalmente las conclusiones fueron claras: Petrucci había intentado asesinar al Papa con ayuda de su secretario y del médico Vercelli, otros cardenales estaban al tanto de los preparativos y se habían implicado en ellos: una alta traición difícilmente revocable, que ya ni siquiera Riario negaba. En lugar de ello, se había arrojado a los pies del Papa implorando clemencia.

¿Qué penas habría que imponérselos? Con los ayudantes, la respuesta era fácil: se les ponía en manos de la justicia terrenal, lo que significaba la pena de muerte. Pronto se llevó al médico y al secretario hasta el puente Sant'Angelo: allí se les golpeó hasta la muerte ante la muchedumbre asombrada y parcialmente jubilosa, se les torturó con hierros candentes, se les rompieron los huesos antes de llevarlos al lugar de ejecución en la porta di Nona y confiarlos al verdugo quien, sin perder más tiempo, los colgó y descuartizó.

Los cardenales, por el contrario, le suponían a León una dificultad añadida: entre los prelados eran numerosas las voces que se alzaron pidiendo clemencia y él, que no era vengativo por naturaleza, hubiera querido mostrarse benevolente, e incluso prometió mesura en su misa de pascua. La gente se alegró particularmente cuando sonó el nombre de Riario.

Sin embargo, en los siguientes consistorios, León comenzó a dudar, por primera vez despojó a los conjuradores de sus dignidades cardenalicias y de sus prebendas clericales, e incluso quiso ponerlos a disposición de la justicia civil, lo que hubiera significado la tortura y la ejecución. De nuevo se apeló a su clemencia y a la prometida mesura, así pues, se conmutaron las penas por multas económicas. El vicescanciller Giulio le susurró una cifra, y el papa León se mostró de acuerdo en que Riario debía pagar ciento cincuenta mil ducados y ceder su pomposo palacio al Vaticano.

En opinión de Alessandro, aquélla era la solución más inteligente. Amedrentó a los conspiradores, proporcionó dinero a las absolutamente vacías arcas de la curia, y

al mismo tiempo mostró a todo el mundo que el Santo Padre estaba lleno de compasión divina y no albergaba sentimiento alguno de rencor.

En lo concerniente a Sauli y Soderini, Giulio tuvo que anunciar a sus compañeros que apenas se les había podido imponer una pena de treinta mil ducados, puesto que Sauli se encontraba bajo la protección del rey francés, y Soderini había puesto pies en polvorosa en secreto.

Tan solo quedaba Petrucci, el principal acusado, aguardando su condena. El Papa parecía incapaz de decidirse pero entonces, repentinamente, ordenó que se le ahorcara. O que se le decapitara. El colegio cardenalicio discutió el tema con profusión, y alguien incluso señaló que Petrucci debía exhibirse encadenado, gris y con los ojos inyectados en sangre en plena porta di Nona, y nada más.

El vicescanciller Medici, en relación a Petrucci, opinó que la ejecución no debía realizarse en público, que lo mejor sería olvidarse de traiciones e intentos de asesinato, y que el Santo Padre debía mirar al futuro y solucionar el problema surgido de la guerra de Urbino. Cuando Alessandro habló del tema a solas con Giulio, la conversación se centró de nuevo en el golpe de efecto.

La mayor sorpresa que se llevó Alessandro fue al traspasar por escrito las conclusiones finales de la comisión de investigación. Él pensó que tendría que hacer entrega de los documentos en una pequeña ceremonia dentro del consistorio, pero se vio defraudado. El papa León y el vicescanciller estaban solos cuando, pensativos, los recogieron, y eso fue todo. Al día siguiente, se convocó a Alessandro, junto con sus dos ayudantes, de nuevo en el Vaticano, y en esa ocasión, el Papa en persona le informó de que el contenido de aquellos informes debía permanecer en secreto.

Alessandro no pudo evitar agitar la cabeza en ademán negativo, aunque entendía a la perfección por qué León y aquella eminencia gris que tenía por vicescanciller no querían exponer a la luz pública el trasfondo de la conjura de Petrucci: albergaba una ingente cantidad de transacciones de prebendas, tráfico de influencias, sobornos, en definitiva, corrupción. La simonía que practicaba el Papa podía compararse con la del clan Borgia. León repartía el dinero que aún poseía la Iglesia a manos llenas, y su primo siempre hallaba nuevos trucos para ir rellenando al menos los agujeros más negros. Además de la típica compraventa de puestos, se creaban títulos vaticanos sin función real y se vendían al mejor postor, y por todas las tierras cristianas del norte de los Alpes campaban vendedores de indulgencias sin escrúpulos, cuyas prácticas, entre tanto, había provocado protestas, e incluso comunicados de advertencia.

Sin embargo, para el papa León las quejas no tenían razón de ser: la grandiosamente proyectada basílica de San Pedro debía completarse por el bien y la salud del alma de todos los creyentes, la tropa de favoritos y cómicos del Papa recibirían su salario, el pueblo quedaría aplacado mediante festejos, y la guerra de Urbino concluiría con éxito.

Cuando Alessandro Farnese se aproximaba al portal del Vaticano para participar en el cuarto consistorio de la semana, al que León había exigido asistencia obligatoria de todos los cardenales, cayó en la cuenta de que aquel día de nuevo formaba en fila ante la basílica la guardia suiza. Tras la muerte de Petrucci, León solo les confiaba a ellos su seguridad. Incluso durante las misas aguardaban en pie junto al altar, con sus ropas multicolores, sus largas melenas y sus relucientes alabardas. Durante las últimas semanas habían aprendido a ejercer un efecto intimidatorio.

Alessandro hizo que su guardia personal aguardara en la plaza de San Pedro y se dirigió junto con su secretario personal hacia el interior del palacio vaticano, hacia el aula regia, donde tenían lugar los consistorios, aunque solo doce cardenales podían encontrarse presentes. El papa León saludó uno por uno a sus once subordinados evitó toda forma de reverencia, se mostró de un humor excelente, e incluso hizo de fondo se entonaran cánticos sacros. Cuando el primo Giulio apareció como duodécimo apóstol, se inició el consistorio. El único orden del día: el nombramiento de nuevos cardenales.

Alessandro no se sorprendió de que, tras verse privados cuatro cardenales de sus dignidades, fuera necesario sustituirlos, lógicamente, por partidarios de los Medici. Sin duda, León haría que aquellos cargos valieran su peso en oro.

El Santo Padre tomó la palabra. Habló de la dolorosa lucha en Urbino, mencionó el anatema de Francesco Maria della Rovere y de la obstinada oposición del antiguo duque.

Mientras León condenaba el respaldo que el excomulgado recibía a través de su suegro Gonzaga, el vicescanciller Giulio desenrolló un pergamino y, carraspeando sonoramente, se lo tendió al Papa. Como si no hubiera nada más interesante de lo que hablar, León señaló el día más resplandeciente de verano que les había enviado el Señor y se enjugó el sudor de la frente. Su voz se apagó de tal forma, que los doce cardenales se volvieron hacia él y a su alrededor se dibujó un semicírculo cada vez más estrecho.

Finalmente, el Santo Padre se centró en el tema:

—La reforma del colegio cardenalicio se ha convertido, tras el feliz desenlace del traidor atentado, en una obligación inaplazable, a la que hoy debemos consagrarnos. Para hacer frente con justicia a todas las demandas, propongo al colegio cardenalicio derogar la limitación canónica de veinticuatro cardenales.

Entre los doce presentes se inició un gran revuelo. Alessandro no se movió: tenía la mirada fija en León, pero éste no se la devolvió.

El Papa volvió a hablar poco después, y basó en una serie de explicaciones tan prolijas como innecesarias, por falsas, la necesidad de esas modificaciones.

La inquietud se intensificó, puesto que León no parecía capaz de centrarse en un punto concreto.

Finalmente, dijo una cifra.

O más bien, dijo dos: primero, 27; después, 31.

De hecho, su santidad, el papa León X, de la casa Medici, proyectaba nombrar treinta y un nuevos cardenales.

El colegio contuvo el aliento, atónito. Aquél era el golpe de efecto del que había hablado Giulio. Alessandro no pudo evitar torcer la boca en un gesto burlón. Entre los treinta y uno se encontrarían, en su mayoría, partidarios de los Medici, solventes y dispuestos a desembolsar buenas sumas de dinero. De aquella manera, se lograba mejorar la situación financiera y, sobre todo, dejar resuelta la cuestión de la sucesión. Con treinta y un nuevos miembros, en comparación con los doce anteriores, sería fácil alcanzar la mayoría de dos tercios necesaria para la elección del Papa en el cónclave.

Así, Alessandro entendió quién sería el siguiente Papa.

León comenzó a leer los nombres de los nombrados, empezando por aquéllos que, ante la opinión pública, resultaban intachables: generales de las órdenes monacales, eruditos, hombres mayores y de mérito. Le siguieron los recomendados por las grandes potencias extranjeras: españoles, franceses, venecianos.

—Y finalmente, una última recomendación del joven pero sumamente virtuoso Carlos, rey de España, y de su abuelo, el emperador Maximiliano: se trata del obispo de Tortosa, Adriano de Utrecht, que en otro tiempo fue educador del rey, un erudito de reputación intachable, con una vida apostólica pura, por lo que se me ha dicho.

Muchos de sus compañeros preguntaron a Alessandro si conocía al obispo de Tortosa, o si al menos sabía dónde estaba Tortosa.

—Solo he oído hablar vagamente de él, pero debe ser un hombre de fuertes creencias, un flamenco bastante estirado —susurró.

Los demás sacudieron la cabeza, sin entender.

Sin embargo, pronto agudizaron el oído, pues le siguieron los amigos de la familia Medici, y finalmente los parientes, de los que únicamente se sabía que tenían talento para la música, o directamente que eran codiciosos.

Alessandro pensó que las cosas se estaban poniendo feas. Entre los citados se encontraban su odiado Armellini, un tipo conocido en toda Roma por su insaciable codicia; el datarius papal Passerini quien, además de un alto prelado, era un infatigable cazador de prebendas, como todo el mundo sabía, y también dos Tribulzii. Dos hombres de la misma familia, ¡algo así no se había visto nunca! Alessandro se toqueteó nervioso el bonete, y mientras escuchaba los dos últimos nombres, se preguntó instintivamente si no habría oído mal.

No, León acababa de nombrar a Franciotto Orsini y a Pompeo Colonna, y repitió los nombres con el ceño ligeramente fruncido.

¡Dos antiguos *condottieri*! Y además de dos familias enemigas, los Orsini y los

Colonna, cuya toma de Roma había estado mal considerada durante siglos y a los que se había mantenido precavidamente alejados del colegio cardenalicio durante un tiempo. ¡Increíble! Pompeo, en particular, era un veterano curtido en mil batallas, impenetrable y ávido de poder, y al mismo tiempo un engreído intrigante, como Alessandro había podido comprobar por dolorosa experiencia propia. No pudo evitar pensar en el contrato matrimonial roto. Colonna debía haberle proporcionado a León una indecente suma de dinero para alcanzar un puesto en el colegio cardenalicio.

Después de que el Papa leyera la lista y pidiera la aprobación del colegio, Alessandro solicitó una pausa. Era necesario hablar, obtener fuerzas mediante la oración y pedirle ayuda al Señor para tomar una decisión sabia.

—¿De verdad es necesario? —preguntó Giulio, enojado.

—¡Sí, es necesario! —replicaron numerosas voces.

Cuando Alessandro se dirigía junto a algunos de sus compañeros a la cercana capilla Sixtina, oyó cómo Giulio le decía a su primo en voz alta:

—... que no parece darse cuenta de que otros cardenales también pueden caer sospechosos de traición. Hay celdas libres en el castillo de Sant'Angelo.

A pesar de esa amenaza, se inició un fuerte debate sobre si se debía aprobar aquella lista o no. Los ojos se volvieron hacia Alessandro, puesto que era uno de los cardenales de carrera más prolongada, alguien a quien se tenía por inteligente, de juicio valioso. Además de todo eso, era un hombre de los Medici, y por eso se esperaba que abogara en favor de la solicitud.

Alessandro estaba desgarrado por dentro. El golpe de efecto de Giulio se había maquinado con inteligencia, y no solo mejoraría la situación financiera, sino que le proporcionaría a los Medici la mayoría en todas las futuras votaciones, además de asegurarles el siguiente cónclave. Aquello significaba, no obstante, que sus propios planes para convertirse en Papa corrían grave peligro. Con esa mayoría, incluso sería posible que un segundo papa Medici sucediera al anterior.

¿Debería dirigir la sublevación contra los Medici? ¿Debería romper su amistad? ¿Corría peligro de que se le acusara de traición, porque le había comprado Caprarola a Francesco Maria? ¿O se guardaban algún otro as en la manga contra él?

Sin haberlo previsto ni calculado, sin poder contar con el consejo de su astrólogo, debía enfrentarse a una de las decisiones más duras de su vida curial.

Como si el papa León le hubiera leído el pensamiento, se aproximó a Alessandro.

—¿Qué? ¿Planificando una pequeña conjura? —exclamó León de buen humor, mientras le colocaba el brazo sobre el hombro de Alessandro, lo apartaba a un lado y susurraba—. ¿Verdad que es listo nuestro Giulio? ¡No sé qué haría sin él!

Alessandro torció escéptico la boca.

—¿Puedo serte sincero, León?

—Pero, ¡Alessandro! ¡Somos viejos amigos! Puedes decirme cualquier cosa,

confío tanto en ti como en mi primo.

«¿Cómo pueden mentir así estos Medici sin ruborizarse siquiera?», pensó Alessandro. Primero explicó:

—No estoy del todo seguro de que todos estos nombramientos sin precedentes no vayan a dañar tu reputación. Debes acabar con la guerra de Urbino lo antes posible, de una forma que os permita tanto a Francesco Maria como a ti salvar la cara.

—¿Y eso cómo puede ser?

—Haz que tu pariente, el tenaz Giovanni, *il Diavolo*, regrese, ofrécele a Francesco Maria pagar a sus soldados y levantar la excomuni3n, si se retira de Urbino.

—¿Pagar a sus soldados? Pero si ni siquiera puedo pagar a los míos.

—Por eso desertan en masa de tus huestes.

—Es una idea arriesgada. Giulio me consideraría un loco.

—Además, es necesario mantener a Francia y Espa3a fuera del conflicto. Explícale a sus embajadores que finalmente deseas equilibrio y paz.

Le3n dio muestras de reflexionar.

—¿Y qué le digo a Alfonsina y Lorenzo?

—¿Qué tienes que decirles? Lorenzo seguiría siendo duque de Urbino. Además, podrías casarlo con una condesa francesa de la casa de la Tour.

—El *morbo gallico* lo hace complicado.

—Por eso el matrimonio es aún más importante.

—Quizá muera pronto...

Alessandro ya no respondió, pues le vino a la memoria la boda de su hija Constanza, que debía celebrarse en tres semanas. En los últimos días había tenido poco tiempo que poder dedicar a sus reto3os, incluida su pequeña Constanza, que pronto pertenecería a la familia de los Sforza.

Le3n lo miraba pensativo, pero dirigi3 una breve mirada al aula regia, donde Giulio aguardaba solo tras los cardenales.

—Hay algo que quiero decirte, Alessandro —susurr3 Le3n—. Algunas veces, Giulio me parece demasiado ambicioso. Sin él, estaría perdido, pero con él, soy solo el segundo de a bordo en el Vaticano. Tú, por el contrario, eres un amigo sincero. Deberías ser el próximo Papa. —Le3n baj3 aún más la voz—. Te aconsejo que te separes, al menos en cuanto alojamiento, de tu Silvia, si tienes intenci3n de aspirar a la forma más alta de consagraci3n. Entonces, nadie tendrá nada que objetarte.

Alessandro no respondió, solo meditó, febril.

—Y para que entiendas lo serias que son mis palabras, te diré lo siguiente: puedes hacerme una petici3n —le dijo Le3n, con mirada conspiratoria—, una que pueda cumplir, por lo que no puede costar mucho dinero.

Alessandro ri3, y Le3n se uni3 a su carcajada. Los cardenales volvieron la vista

con desconfianza. Giulio, evidentemente, también había oído las risas. En sus labios se dibujaba una sonrisa burlona.

—Pues bien —dijo Alessandro—. Tengo una petición que no te costará nada: algún día, mi hijo Ranuccio, de nueve años de edad, entrará al servicio de la Iglesia. Para allanar un poco su camino, me gustaría otorgarle el obispado de Montefiascone. Para ello, necesito una autorización, un breve que lo refrende.

León rió aún más alto, llamando de nuevo la atención de su primo, que con un enérgico gesto ordenó la continuación del consistorio.

—Si no deseas nada más... ¡Está hecho!

León le dedicó unas palmaditas joviales en la espalda.

—Sí, querido Alessandro —exclamó tan alto, que todos los presentes pudieron oírlo—, ¡tu deseo te será concedido! Algún día tu hijo Ranuccio será Papa, ¡pero solo después de su padre, por supuesto! —volvió a reír, y su risa sonó sincera, amistosa, y sobre todo no particularmente triunfal o intrigante.

Capítulo 19

Roma, palazzo Farnese - julio de 1517

Para Constanza, las últimas semanas antes de la boda habían sido un infierno. Su padre apenas se había encontrado presente, y cuando lo había estado, aparecía ensimismado, o se encerraba en su estudio. Su madre lloraba con frecuencia. En una ocasión, sus progenitores habían discutido acaloradamente, a gritos, algo que ella no había presenciado nunca con anterioridad: a pesar de las puertas cerradas, se podían entender frases sueltas de uno o del otro. La madre había gritado: «¡Ya no me quieres!». El padre había respondido algo ininteligible, pero después Constanza le había oído chillar, herido: «Me engañaron, y por esa banda de embaucadores me estoy haciendo fuerte». Tras una larga pausa, se había entendido de nuevo al padre: «¡No queda otro remedio!». Y repitiendo sin cesar: «No cambia nada».

Entonces, los sollozos de su madre se habían reiniciado.

Al día siguiente, o al posterior, Constanza le había oído decir a Baldassare Molosso que el papa León había nombrado treinta y un nuevos cardenales. En Roma, todo el mundo se asombraba ante este proceder nunca visto y en el Pasquino, cercano a la piazza Navona, se podía leer:

*Cae primero una cabeza,
y después caen los ducados,
el león entra en la olla
y el primo huele el guisado.*

Aunque Constanza no logró entender el sentido de ese cuarteto, Baldassare no quiso explicárselo. Entonces, preguntó si la guerra contra Francesco Maria della Rovere no terminaría nunca. Baldassare señaló que no podía leer la mente del Santo Padre, ni de su no tan santo primo.

Por la tarde, su madre la llamó a ella, así como a Pierluigi y Ranuccio, y les explicó que justo antes de la boda de Constanza, en dos semanas, se mudaría con Rosella a la casa contigua, que antaño había pertenecido a la tía Giulia. Era algo indispensable, pues un concubinato abierto podía frenar la posible elección de su padre como Papa, y aquélla era la meta principal de la familia, que se antepone a cualquier otra cosa.

—Naturalmente, esto no cambia nada. Podéis venir a verme siempre que queráis. Lamentablemente no podré estar presente en tu boda, Constanza, pues el Santo Padre

ha dado a entender que es probable que aparezca.

Pierluigi miraba con obstinación al suelo, Ranuccio comenzó a llorar en silencio, y Constanza no sabía si gritar de rabia o sucumbir a un ataque de histeria. La tensión hizo que sus fuerzas la abandonaran: pensar en la boda, precisamente en aquel momento en que se encontraba repentinamente sola rodeada de mucha gente, le hacía considerar el comportamiento de su padre como una forma de traición despreciable. Se desmayó.

Cuando se despertó, su padre y su madre estaban agachados junto a su cama, cogiéndole la mano, llorando ambos.

Pero de nada sirvió: la madre ordenó a una miríada de criadas que llenaran sus arcones; después, los mozos los sacaron de la casa, los cargaron en carretillas de grandes ruedas, desmontaron la cama, y pronto ella ya no estaba allí. El padre cedió a Constanza la habitación de su madre para que la joven pudiera tener más espacio.

Al principio, la había rechazado. Sin embargo, cambió de opinión cuando el padre le asignó a Bianca como doncella personal y dejó que Ranuccio recibiera cuidado exclusivamente masculino. La primera noche en su nuevo cuarto, no obstante, durmió muy mal, y comenzó a visitar regularmente a su madre. Se sentía como una extraña en el palazzo Farnese: en el exterior, los albañiles y obreros trabajaban armando un fuerte estrépito; el calor del sol resultaba sofocante; su padre casi nunca estaba.

Lo peor de todo era el comportamiento de Pierluigi. Nadie parecía ser capaz de controlarlo.

En una ocasión, por ejemplo, pudo observar cómo se apoyaba sobre la barandilla de su ventana, cargaba una flecha en un arco con el que solía disparar a los pájaros y, con toda tranquilidad, apuntaba a un carpintero. Éste no oyó el grito de advertencia de la muchacha, la flecha silbó, y no acertó en la pantorrilla del carpintero por muy poco. Cuando Constanza le gritó a Pierluigi que debía hacer el favor de abandonar aquellas peligrosas insensateces, él le respondió mostrándole el dedo índice y chillando: «¡La próxima vez, te dispararé a ti!». Entonces, había desaparecido por la ventana.

Ese tipo de actuaciones llenaban las horas muertas de Pierluigi, y tampoco Baldassare lograba domesticarlo, como el profesor se encargaba de informar, siempre entre suspiros. Ya tenía catorce años de edad, una voz profunda, algún pelo aislado le brotaba en la barbilla y las mejillas, y una oscura pelusa decoraba su labio superior. En los últimos años se había entrenado sin descanso en todas las modalidades de armamento posible: luchaba, cabalgaba con lanza, e incluso manejaba el hacha de batalla. Además corría, levantaba pesadas piedras y luchaba contra otros jóvenes de la nobleza romana de Campo Marzo. Rara vez se cruzaba con Constanza sin propinarle algún empujón o tirarle del pelo, y a Ranuccio le ponía la zancadilla o lo arrojaba al suelo de cualquier forma malintencionada que se le ocurriera. Su hermano

pequeño no lloraba nunca, ni siquiera cuando le hacía daño de verdad, y ni una sola vez acudía a su padre.

Incluso hacía un par de días, Constanza se había escondido detrás de una puerta para observar cómo Pierluigi intentaba empujar a Ranuccio bajo el agua mientras tomaba un baño, a lo cual el pequeño se había escurrido y había siseado: «No me cogerás de pequeño como a Paolo».

Pierluigi lo soltó, dio muestras de reflexionar un momento y después gritó:

—¡Tú lo provocaste!

—Yo no hice nada, fuiste tú quien le pegaste con un atizador en la cabeza. Bianca me lo ha contado.

—¡Eso es una maldita mentira! —gritó Pierluigi—. Si vuelves a decirlo una sola vez, te pegaré a ti con el atizador.

Ranuccio, entonces, se limitó a reír y a hacerle burla. Pierluigi gritó, fuera de sí y se precipitó sobre Ranuccio, pero éste había saltado fuera de la tina, lo había esquivado y aprovechaba que su cuerpo mojado estaba resbaladizo para escapar. Pierluigi lo siguió, lo atrapó finalmente en una esquina, y lo arrastró al suelo, haciendo que Ranuccio cayera boca abajo. Pierluigi se arrodilló sobre los muslos del pequeño y le tapó la boca con la mano.

Constanza iba a intervenir y a apartar a Pierluigi del pequeño cuando contempló cómo el mayor se abría el jubón, extraía su miembro viril y se arrojaba sobre Ranuccio, que se retorció como un animal acosado. Horrorizada, la muchacha dio un respingo y estuvo a punto de caer. Apenas entendía lo que estaba a punto de ocurrir, pero sabía que era algo malo, prohibido. Retrocedió algunos pasos hacia la puerta, se irguió y gritó:

—Ranuccio, ¿sigues en el baño?

Oyó unos ruidos ahogados, y después numerosos chasquidos, el sonido de golpes sobre piel húmeda.

—Voy a entrar —avisó ella, pero esperó aún unos instantes. Un fuerte chapoteo delató que Pierluigi debía haber echado a su hermano de nuevo en la tina.

Cuando finalmente entró en el baño, Ranuccio se encontraba tendido en el agua, enrojecido y sin aliento, y Pierluigi se echó hacia ella sonriendo con malicia, pero no sin dejar de tirarle del pelo.

—¡Cerdo! —le gritó Ranuccio, con lágrimas en los ojos.

Pierluigi se volvió y le amenazó con el puño.

—Sucio mentiroso. Algún día te cerraré esa boca a golpes.

Y con esto, desapareció.

Constanza secó al balbuceante y lloroso Ranuccio. Bianca, quien en realidad era responsable de bañar a Ranuccio, había desaparecido, probablemente para que algún muchacho le levantara la falda en alguna esquina oscura del *palazzo*, tal y como

Constanza había visto en una ocasión, provocándole desde entonces extraños sueños.

A partir de aquel día, Pierluigi no había desaprovechado ninguna oportunidad para enfadar y torturar a Ranuccio. Insultaba diariamente a su hermano llamándolo «enano ridículo» y «estúpido prelado castrado». Constanza había aparecido en una ocasión en que estaba dirigiéndose a Ranuccio como «rata de iglesia» y «cerdo comeprebendas», golpeándole hasta que le sangraba la nariz, mientras Ranuccio se lanzaba contra él, enfurecido. En contra de su costumbre, el benjamín no dejó que Pierluigi se saliera con la suya, y le gritó que nunca entraría al servicio de la Iglesia, sino que sería *condottiere* como el abuelo Farnese.

—Entonces, sabrás lo que es bueno.

Pierluigi lo separó de él y le espetó:

—El abuelo se llamaba Pierluigi, ¿como yo!

—¡Y el bisabuelo se llamaba Ranuccio!

—Aquí tienes tu Ranuccio —exclamó Pierluigi, propinándole un bofetón en su ya sanguinolenta cara.

Entonces, Constanza opinó que ya era el momento de intervenir, se colocó junto a Ranuccio en ademán protector y recibió un tortazo por ello. Sin embargo, ni siquiera entre los dos tenían ninguna oportunidad contra Pierluigi. Éste cayó de nuevo sobre Ranuccio, que aún sangraba por la nariz, lo agarró en una llave y lo tiró al suelo, para posteriormente posarse de rodillas sobre el antebrazo del pequeño, hasta que éste gritó de dolor.

Constanza gritó pidiendo ayuda mientras le propinaba tal empujón a Pierluigi que cayó a un lado, liberando así a Ranuccio, quien aprovechó la oportunidad para saltar y salir corriendo.

Ella no huyó. En aquel momento, a dos semanas de la boda, todo le daba igual. Quizá si Pierluigi le dejaba un ojo morado no tuviera que casarse. Quizá su padre le permitiera quedarse con su madre. Hasta aquel momento, había renunciado de inmediato a cualquier deseo de ese tipo.

Pierluigi levantó la mano como si fuera a propinarle otro bofetón, pero se contuvo, y en su lugar la abrazó con bastedad y la besó, húmedo y obsceno, en la boca. Aquello era mucho peor que un golpe. La joven estuvo a punto de vomitar, y gritó de nuevo pidiendo ayuda.

Entonces, aparecieron numerosos criados que intentaron sujetar a Pierluigi. Al principio, quiso defenderse, o incluso atacar a aquellos hombres, pero cuando se dio cuenta de que no tenía nada que hacer ante su superioridad numérica, se zafó en tono conciliador y señaló que no le iba a hacer nada a su hermana.

Entonces, los envió fuera de la habitación, orden que los criados cumplieron, pero sin convicción.

—Solo quería mostrarte cómo se besa. Tu Bosio Sforza, por lo que he oído, es un

alfeñique inútil, un Sforza de poca monta, de una aldea de gallinas llamada Santa Fiora, que sin duda no sabrá ni qué hacer cuando te monte la noche de bodas. ¿Acaso sabes tú cómo funciona? ¿Tengo que mostrártelo?

—¡No me toques! —le gritó, pero Pierluigi se abalanzó sobre ella como un relámpago, le tapó la boca, la inmovilizó con la mano derecha y la apretó contra sí.

Ella trató de darle una patada, pero la esquivó riendo, y le apretó dolorosamente el pecho. Lucharon, jadeando, pero él no aflojó la presa hasta que la joven, llorando de rabia, se quedó sin fuerzas.

Finalmente, la empujó para que cayera de rodillas, y él se colocó, sobre ella, tras ella. Constanza sentía su aliento caliente en la nuca.

—Así es como se os tiene que agarrar a las mujeres —le espetó—. Así es como más os gusta.

Constanza intentó morderle la mano, pero tampoco lo consiguió.

—Me ocuparé de esa vaca estúpida de Girolama de la misma manera la noche de bodas, y te prometo que la ensartaré, ella gritará «¡Aleluya!», y nueve meses después me dará un niño, porque para eso estáis las mujeres... —le graznó sus sucias palabras en la oreja, y después intentó tocarla entre las piernas.

En ese momento, él se soltó con un grito de dolor, y su peso desapareció. Una sombra había caído sobre ella. Se arrastró a un lado para ponerse a salvo, y vio cómo su padre había apartado a Pierluigi tirándolo del pelo y con una rabia insólita le golpeaba alternativamente ambos lados de la cara, que Pierluigi se tambaleaba hacia atrás y se veía obligado a apoyarse en la pared para no caerse al suelo. Durante un segundo, ella temió que se abalanzara sobre su padre, pero parecía haber perdido el ansia asesina, y tras otro golpe, escapó encogido.

Mientras tanto, el secretario del padre y numerosos mozos habían entrado apresuradamente en la estancia. Incluso Baldassare se encontraba en la puerta, con Ranuccio. Todos quisieron agarrar a Pierluigi, quien no obstante propinó un puñetazo a uno de ellos en pleno estómago, dejándole en el suelo, mientras que a otro le dedicaba una patada en la espinilla, para finalmente apartar a Ranuccio a un lado y desaparecer por la puerta.

El padre gritó a los hombres:

—¡No dejéis que salga de casa! ¡Dadle diez latigazos y encerradlo a pan y agua hasta la boda!

Después, la llevó con palabras dulces hasta el estudio y cerró la puerta tras ellos. Constanza se sentía sin fuerzas, le temblaba todo el cuerpo y rompía en continuos sollozos. No lograba calmarse, solo repetía una y otra vez:

—¡No me quiero casar! ¡Quiero a mi *mamma*!

Sin embargo, su padre no le permitió salir de la habitación. La sostuvo en sus brazos durante un rato, después la sentó en su propia silla, se apoyó en la pared y la

miró con tristeza. Se limitó a callar, sin siquiera consolarla, solo mirarla.

Cuando finalmente logró dominarse, él le tendió un pañuelo para que pudiera secarse las lágrimas. Aún se le escaparon algunos sollozos, pero al fin su padre se inclinó sobre ella y apoyó la cabeza de la muchacha sobre su sotana en gesto protector.

—¿Por qué? —se limitó a susurrar ella.

—No sé lo que le ha ocurrido a Pierluigi en los últimos tiempos...

—*Mamma...*

—Sí, lo sé, desde que vuestra madre se mudó... A mí también me duele. Algún día entenderás por qué he tenido que heriros y desilusionaros tanto a vuestra madre y a todos vosotros...

—Pierluigi me da miedo —sollozó ella.

—Ten cuidado de no quedarte nunca a solas con él, y presta atención a Ranuccio: no debe acabar como Paolo —la voz de su padre se había vuelto quebradiza, y parecía a punto de fallarle en cualquier momento—. Pierluigi estuvo a punto de costarle la vida a tu madre al nacer, y tuvimos que enviar a Tiberio, tu hermanastro, al convento, porque Pierluigi no lo dejaba tranquilo.

Siguieron abrazados durante largo rato. Después, él le permitió permanecer en casa de su madre hasta la boda.

Capítulo 20

Roma, via Giulia - basílica de San Pedro - 1 de agosto de 1517

Antes de la celebración de la boda de su hija Constanza, Silvia estuvo planteándose un tiempo la posibilidad de escaparse a la vieja villa de los Ruffini, en Frascati, para respirar algo de aire fresco y huir de la asfixiante atmósfera de su nueva y vacía vivienda, para amortiguar la soledad aunque fuera mediante el recuerdo de sus tiempos de niñez y juventud. Sin embargo, Constanza había aparecido en su casa unas semanas antes del enlace y se había trasladado allí temporalmente. Ésta y otra visita sorpresa más terminaron por distraerla: la de Rafael Sanzio, quien había oído de su mudanza a la via Giulia y se había presentado allí dispuesto a terminar su retrato, representando a una *madonna* protectora.

Mientras Constanza permanecía sentada en silencio, e incluso entraba a formar parte de la imagen como un niño bajo el amparo virginal, Rafael realizaba ligeras modificaciones en los rasgos de la *madonna* y, al final de la sesión, Silvia comprobó atónita lo profundamente marcado por un melancólico amor materno que aparecía su rostro.

Cuando contra su voluntad las lágrimas le llenaron los ojos, Rafael alegó, acompañando sus palabras de una risa comprensiva y al mismo tiempo llena de compasión:

—He quitado las lágrimas. Esta *madonna* es una mujer fuerte y una protectora invencible.

Silvia no pudo hacer otra cosa más que abrazar fuerte a Rafael sin decir palabra. Cuando observó de nuevo el cuadro, descubrió que no solo había añadido a Constanza como el niño protegido por su manto, sino también a dos muchachitos similares a ángeles que recordaban a Paolo y a Ranuccio, así como una muchacha desconocida de ojos ardientes. Ella se dejó conmover por la figura, mientras Rafael la miraba sin hacer ningún comentario.

Sin embargo, en su siguiente visita ella se percató de a quién representaba aquella muchacha desconocida cuando Rafael se presentó con su pequeña ayudante Virginia. Silvia sabía la existencia de aquella hija de Maddalena Romana porque Alessandro había enviado al maestro de sus hijos, Baldassare, a que la instruyera. En una ocasión en que el profesor le había preguntado a Alessandro por los motivos de ese «patrocinio», recibió como respuesta únicamente un malhumorado: «Al igual que Rafael, quiero librar a la niña de la ciénaga de un futuro como cortesana».

No intentó insistir.

Y ahora esa tal Virginia aparecía junto a Rafael y la saludaba con cortesía. Irradiaba una profunda y soñadora seriedad, a pesar de lo joven que era, quizá unos diez años. Que quería a Rafael era algo que, como madre, Silvia reconoció de inmediato. Su mirada se posó largo rato en la pequeña.

Pensó que, ciertamente, Virginia ofrecía un cierto parecido con su madre, Maddalena, pero que no había nada de Alessandro en aquella niña. La sospecha de que él pudiera ser el padre había surgido de inmediato, como era de esperar, en cuanto supo de aquellas desinteresadas tareas de «salvación» y «patrocinio». Y sin embargo Virginia se parecía más a Rafael. Incluso aquellos ojos tan oscuros recordaban a los del pintor.

Durante aquella sesión se sintió relajada. Además, cuando llevó a Rafael a tomar un pequeño tentempié, se sintió aún más cómoda al comprobar que Constanza parecía entenderse bien con Virginia. Cuando las dos muchachas salieron a la terraza del ático a tomar un rato el aire, le preguntó con impaciencia al artista quiénes eran los padres de aquella preciosa y dotada ayudante.

Al principio, Rafael había dudado en su respuesta, torcido la boca y, simplemente, sonreído.

—Es la hija de otra de mis modelos de *madonna*, de vuestro barrio, querida Silvia, la *donna* Maddalena Romana.

—¿Y quién es el padre?

—Bien. —Rafael dejó que sus palabras se prolongaran en el tiempo—, algunas damas no siempre saben quién es el padre de sus criaturas, si entendedís lo que quiero decir... Sin duda, alguna personalidad importante, con gusto e influencia.

Silvia intentó matizar el tono de su voz.

—¿Quizá un alto prelado? ¿Algún alto cargo del Vaticano?

—Quizá...

La boda se acercaba, el cuadro pronto estaría terminado y serviría para decorar el *salone* de Silvia. Ni Rafael habló de pagos, ni Alessandro mencionó el precio cuando, la víspera de la ceremonia, éste visitó brevemente la vivienda y se detuvo largo rato, pensativo, ante la pintura.

—Ha recogido de forma magistral tu esencia —le dijo, pero se volvió con brusquedad.

Aquella tarde, Silvia, agitada, tomó la decisión de participar en la boda de incógnito, aunque no estuviera invitada.

Al día siguiente, Rosella la vistió con un manto oscuro de viuda, se cubrió el rostro con un velo negro y de esa manera marchó, a pesar de la concurrencia, por toda la via Giulia hasta el ponte Sant'Angelo, y desde allí, continuó hasta la basílica de San Pedro, donde su hija se casaría con Bosio Sforza di Santa Fiora en presencia del Santo Padre, una distinción especial para la familia Farnese. Llegó justo a tiempo,

cuando ya iban a cerrar el acceso. Al principio, no quisieron dejarla entrar, pero Rosella habló con los guardias, les susurró algo y les tendió algunas monedas.

Las pesadas puertas se cerraron tras ellas. Apenas Silvia se acostumbró a la penumbra, vio ante ella al medio ruinoso, y por ello cubierto, coro del Santo Padre, y junto a él, al vicescanciller. Un cardenal que Silvia no conocía celebraba la misa. Dirigió entonces la vista hacia Constanza y el novio, hacia Alessandro, que lucía sin vergüenza alguna su púrpura cardenalicia, y junto a él, a Pierluigi, así como a Ranuccio, que miraba a su alrededor en repetidas ocasiones, como buscando algo. A su lado, la imponente figura de Baldassare Molosso. También descubrió a la hermana de Alessandro, Giulia, pero no a la madre Farnese.

No conocía a la familia del novio, pero adivinó que el grupo lejano, vestidos todos como en tiempos de los Borgia o del ostentoso Lorenzo, debía proceder de Santa Fiora. Tras ellos, se alineaban numerosos miembros del clan Medici, presididos por Alfonsina y su hijo, el duque de Urbino, delegados de los Orsini de Pitigliano, junto con la pudorosamente vestida Girolama, que pronto sería su nuera. Les seguían familias aristocráticas de Campo Marzo, florentinos, la familia de Agostino Chigi, que se encontraba sentado en medio de todos ellos como un príncipe, y que debía estar presente en todas las festividades que se dieran en la ciudad, probablemente porque no hubiera persona en toda Roma que no le debiera dinero.

Entonces, descubrió muy cerca de ella a Maddalena Romana, *la Magra*, con su cabello rubio claro, que llevaba recogido en una trenza larga y ondulada, cubierta únicamente por una redecilla transparente. A la vista de aquella trenza, Silvia no pudo evitar pensar en una serpiente. No, pensaba en que Alessandro, en las hermosas horas en las que estaban juntos, solía soltarle el pelo a ella, a su amada Silvia, hasta que le caía por los hombros y el pecho.

Incluso la cortesana de la nobleza del barrio, de la congregación de su Eminencia, tenía un sitio reservado, y se sentaba más cerca de la novia que su propia madre. Un ataque de profundo pesar se apoderó de Silvia, pero ella lo rechazó, se contuvo con todas sus fuerzas y solo tuvo que secarse ligeramente los ojos. Rosella, a su lado, le apretó brevemente la mano, pues al parecer también había descubierto a la Magra, y le susurró algo al oído, de lo cual solo pudo entender «la niña». Sí, la cortesana se encontraba sentada, flanqueada por una anciana de negro y por la pequeña Virginia, que miraba con curiosidad a su alrededor. Saludó someramente a Rafael Sanzio y después posó la mirada en Alessandro y sus hijos, al menos hasta que Alessandro y Ranuccio se giraron como si hubieran sentido su mirada quemándoles la nuca como un cálido aliento y pasearon la mirada escrutadores por entre los asistentes.

Una pena insoportable se apoderó de Silvia. Miró al suelo como si estuviera sumida en profundas oraciones, se encogió progresivamente como una anciana y así permaneció, ni erguida ni arrodillada. La misa se celebró con fastuosidad, con

sonoros cantos corales e incluso con las bendiciones del Santo Padre, pero Silvia apenas le prestó atención. Tenía los ojos cerrados y enfocaba toda su atención en visualizar imágenes en su mente, ni siquiera entendía las promesas matrimoniales de su hija. En lugar de ello, revivía el sencillo nacimiento de Constanza, el espantoso alumbramiento de Pierluigi, incluso el asalto, de camino a casa de los Orsini, en que su madre había sido brutalmente asesinada, y ella, la Silvia de doce años de edad, había encontrado la salvación en un Alessandro similar a un ángel vengador. Se vio a sí misma destrozada en plena noche al descubrir que su marido, Giovanni Battista Crispo, había muerto accidentalmente durante una cacería con Alessandro, su amante. Cada vez más escenas e imágenes se iban desarrollando una tras otra, como una pesadilla, hasta que de pronto vio el rostro burión y sonriente del pequeño Sandro, mirándola.

Durante un segundo.

Alzó los ojos, apretó la mano de Rosella.

El hijo de Rosella, Sandro.

El hijo de Alessandro.

La muerte del pequeño Sandro, a pesar de lo lejana en el tiempo, perseguía aún a Silvia. Igual que Paolo, que había muerto cuatro años atrás, el pequeño Sandro aparecía cada noche en sus sueños. Por las mañanas se despertaba sintiendo que el corazón le latía como un vendaval, y creía oír una lejana risa sardónica.

Para cuando Silvia logró librarse de los inoportunos recuerdos, la ceremonia estaba a punto de terminar. Aún aferraba la mano de Rosella. Los novios atravesaban el pasillo hasta el portal de la basílica. Tras ellos, avanzaba Alessandro con sus hijos. Silvia hundió el rostro y se colocó las manos frente a la cara, como si rezara. No podía soportar la visión de su familia, de la que había sido expulsada en un día tan señalado como aquél. Buscó recuerdos de sus hijos, felices, resplandecientes y sanos, para encandilar su mente, pero no lo consiguió: Sandro, delirando en medio de la fiebre, la miraba. Y Paolo, con palidez mortuoria, yacía ante ella.

Cuando finalmente alzó la cabeza y se atrevió a seguir con la mirada a la gente que se apelotonaba por el pasillo, sus ojos recayeron en Maddalena y en su hija Virginia. Lo que no había sentido durante su primer encuentro con la pequeña, la asaltó entonces: un rayo penetrante y ardiente de celos desatados.

Fue un ataque cruel. Silvia permaneció sentada mientras todos los participantes en la ceremonia abandonaban la basílica. Ayudada por Rosella, logró arrastrarse finalmente hasta la resplandeciente luz del sol.

—¡Vámonos de aquí! —le susurró a su doncella, y se dio la vuelta, con la cabeza hundida y cegada por el sol.

Cuando finalmente llegaron a la casa de la via Giulia, no supo cómo había sido capaz de realizar todo el camino sin venirse abajo.

Dejó que Rosella la llevara hasta la cama, y una vez allí, ya no pudo dominarse más. Se sentó ante la *madonna* protectora de Rafael y observó con atención el cuadro, sobre todo el retrato de la pequeña Virginia. Para qué mentirse: debía ser la hija de Alessandro. Días atrás aún había creído que sería la hija de Rafael, pero solo era una quimera, ya fuera porque Rafael debía casarse con la sobrina de un cardenal, porque no podía poner en riesgo su ascensión a príncipe de los pintores, a papa de los artistas del Vaticano, o quizá porque a su amante del Trastevere le perderían los celos: en cualquier caso, había innumerables motivos. Por todo eso creía, no, estaba segura de que Alessandro debía haber engendrado a Virginia.

Todo encajaba. Por aquel entonces, hacía unos diez años, cuando se encontraba reponiéndose del nacimiento de Ranuccio, Alessandro se había convertido en confesor de la Magra. Por deferencia a ella, la madre de sus hijos, debería haber practicado la abstinencia hasta que ella hubiera repuesto todas sus fuerzas. Sin embargo la abstinencia no era el fuerte de los hombres, mucho menos de Alessandro. No podía esperar, así que buscó una sustituta en la joven cortesana Maddalena. Ella lo atrajo con sus cantos de sirena. A ella le parecería bien engendrar un hijo de un hombre con la importancia de un cardenal: tales niños siempre son útiles para realizar chantajes. La imagen entera creció ante sus ojos.

Sí, Maddalena estaba chantajeando a Alessandro: por ese motivo enviaba a Baldassare a la casa de una prostituta.

¡Y probablemente también chantajeaba a Rafael!

¡Era increíble lo retorcidas que podían ser esas mujerzuelas!

Silvia hubiera querido gritar. Seguía mirando la imagen. Durante un instante, sintió el deseo de arrancar a Virginia del cuadro de Rafael con un cuchillo, pero entonces miró aquellos ojos oscuros y tristes, y entendió que aquella niña no podía cargar con las culpas de las seducciones de su madre, o de la infidelidad de su padre, el mismo padre que no la reconocía, a ella, una víctima al fin y al cabo, que debía ganarse la vida trabajando sin descanso como ayudante de un pintor, y que probablemente acabara algún día como cortesana...

Entonces, vio a Alessandro ante ella, vio cómo abrazaba a Ranuccio, cómo lo tendía dulcemente en la cuna, le daba un beso y después se marchaba apresuradamente a Campo de Fiori para entregarse a los brazos de Maddalena, para deslizarse entre sus muslos y engendrar otro hijo...

¿Realmente Alessandro era capaz de semejante traición?

Silvia se sintió tan profundamente golpeada por el rechazo originado por la decepción, la rabia y el rencor, que ni siquiera se percató de que Rosella se sentaba junto a ella. Cuando la vieja criada, con su ojo opaco, con su nariz partida, con aquel rostro tan similar a una máscara grotesca y desfigurada, apoyó la mano sobre su hombro, Silvia sintió su cercanía, como algo en lo que poder confiar, algo que le daba

fuerzas.

También Rosella había sido la madre de un niño concebido por Alessandro. Había logrado salir del lodazal de su barrio trabajando como doncella para la madre de Silvia, dejando atrás la prostitución y las violaciones, los asesinatos por encargo y la pobreza más embrutecedora. Había visto morir a su único hijo y se había convertido en una cortesana respetada, pero finalmente la furia de un amante furioso la había convertido en víctima: Cesare Borgia, acompañado de sus amigos, había sido el causante de su *sfregio*, pues la había violado y deformado después con brutalidad. Solo con la ayuda de Silvia y Alessandro había logrado sobrevivir a aquel acto de violencia. Rosella había tenido que expiar todos los pecados de su vida, y seguía haciéndolo, pues quien soportaba una apariencia como la suya, se veía expuesta a que se la considerara una bruja, una mujer capaz de echar mal de ojo, una enviada del diablo.

Silvia sintió reponerse la fuerza de su alma. Con voz débil preguntó a Rosella:

—¿Sabes si esa Virginia del cuadro, la ayudante de Rafael, es realmente la hija de Alessandro y Maddalena? —como Rosella no constaba, prosiguió—. Siempre lo sabes todo. ¿No procedéis las dos del mismo... barrio?

—Lodazal, querrás decir.

Tras un instante, Silvia porfió.

—¿Sabes de quién me acordé cuando estábamos en la iglesia? De tu pequeño Sandro. El primer hijo de Alessandro.

El ojo sano de Rosella tembló.

—Perdóname, no quise hacerte daño.

No repitió la pregunta sobre los padres de Virginia.

Capítulo 21

Roma, via Giulia - agosto de 1517

Al caer la noche, Silvia se encontraba sentada en su pequeña terraza, dejando la vista posada sobre la luna menguante que aún era tan luminosa que arrojaba sombras e iluminaba la colina del Gianicolo. Aquel último día había sido de un calor pegajoso y la cercanía al Tíber, cuyas pútridas emanaciones se expandían como vapores, lo hacía casi insoportable. Sin embargo, por la noche, una brisa expulsaba de la ciudad los gases infernales, y con ellos el calor; los murciélagos zigzagueaban volando en silencio, y los pájaros nocturnos se enviaban mensajes, se lamentaban y lloraban.

Durante los últimos días, la soledad había sido como una pesada losa en su alma.

Alessandro había decidido que Bosio y Constanza vivieran en el palazzo Farnese, puesto que los Sforza de Santa Fiora no poseían ningún domicilio adecuado en Roma, y su castillo en aquel poblacho al norte del lago Bolsena no era lo suficientemente representativo. Aunque Bosio había aceptado a regañadientes, a Constanza le parecía bien, por motivos evidentes, siendo ella misma, la madre exiliada, uno de los principales.

Sin embargo, desde la boda, la pareja de recién casados aún no había encontrado tiempo suficiente para visitarla.

Tampoco Alessandro.

Aunque Silvia comprendía que debía ejercer de víctima, el dolor no remitía. ¿Un cardenal, incluso un Papa con familia? Tras los Borgia, se había producido entre muchos dignatarios un cambio de mentalidad, visible en el descontento por el concilio de Letrán, celebrado cinco años atrás, sin que se le prestara demasiada atención ni se tomara en él ninguna determinación significativa. Alessandro hablaba esporádicamente de ello. ¿Estaría en posición de derogar el voto de castidad en caso de que llegara a Papa?

Entonces, sí, entonces podrían unirse en el altar, y jurarse amor y fidelidad entre el júbilo de la cristiandad y de sus más o menos competentes sacerdotes. El padre de los creyentes se presentaría legítimamente como leal progenitor y amante esposo. Sentaría un modelo y ejemplo contra la hipocresía y la traición, el desenfreno oculto y la inmoralidad. Ya no importarían las apariencias, sino la reflexión sobre las pasiones internas de los creyentes, y la confianza en la gracia del Señor.

Silvia se levantó sobresaltada cuando creyó haber notado que una sombra se movía.

—¿Rosella? —llamó.

Una mano tierna le acarició el pelo, le tapó los ojos y la besó en la frente.

¡Alessandro!

Ella se precipitó sobre él y lo besó en la boca, abrazó su cabeza contra su pecho, le susurró palabras que hacía mucho que no pronunciaba.

Él posó los dedos en sus labios.

—Oh, Alessandro —suspiró ella.

El padre de sus hijos aún no había dicho una palabra. Suspiró igualmente y se irguió para apoyarse en la barandilla y dejar que la luna iluminara sus rasgos. Cuando cerró los ojos, su rostro relució calcáreo, como el de un muerto. Ella se deslizó rápidamente hacia él, tomó su cara entre las manos y lo besó de nuevo.

—Te he echado de menos.

—Yo a ti también.

Mientras se apoyaban juntos en la barandilla, Silvia le preguntó por la boda de Constanza, y Alessandro le informó en pocas palabras de la marcha de la ceremonia, y del gran banquete en el *palazzo*. Incluso León se presentó, miró con curiosidad la construcción y habló con Sangallo, pero no permaneció mucho tiempo.

—Tampoco comió nada.

—¿Estaba enfermo?

—No, pero una antigua disposición establece que el Santo Padre no puede compartir mesa con una mujer.

Silvia no pudo evitar soltar una carcajada.

—León debe querer subir al cielo a toda costa.

—Sobre todo porque su primo Giulio, particularmente, habla largo y tendido acerca de la conveniencia de volver a la sencillez de la vida apostólica primitiva, mientras que los *buffoni* bailan en torno al Papa con sus estúpidas bromas, los poetas componen versos espantosos, los instrumentos de cuerda se tañen, y las mesas casi se rompen por la abundancia de platos que sustentan. En cualquier caso, León come realmente de forma muy contenida, es su séquito el que traga sin medida.

Silvia le preguntó por el nombramiento de los treinta y un cardenales, así como por el transcurso de la lucha en Urbino. Alessandro se mostró lacónico, y se limitó a señalar que León, mediante fuertes intervenciones diplomáticas, había obtenido algún éxito, pero la reputación del Papa se había echado a perder. Su voz denotaba amargura.

—León sigue sin entender de qué le hablamos cuando tratamos de convencerlo de su despilfarro. Se echa a reír y dice: «Dejadnos disfrutar la vida mientras dispongamos de ella. ¿Para qué si no nos ha sentado Dios en la cátedra de San Pedro?». Ha vuelto a anunciar su visita a Capodimonte para octubre: quiere cazar aves en la isla Martana, pescar en el lago Bolsena, festejar y filosofar. Una diversión cara, esta visita anual de nuestro amado pontífice.

Alessandro guardó silencio hasta que Silvia le preguntó:

—¿Crees que lo dispondrá todo para que puedas sucederlo?

Él estalló repentinamente:

—Tras su muerte perderá su influencia. En cualquier caso, el hombre decisivo en el Vaticano no es él, sino Giulio. Si todo sigue como hasta ahora, será Giulio quien suceda a León en la cátedra de San Pedro. La facción de los Medici ha crecido tanto que no se puede hacer nada en su contra, y si hace resonar el saco de las monedas, obtendrá los dos tercios, sin importar que no haya ningún precedente por el cual se hayan dado dos papas consecutivos de una misma familia. Los Medici son intrigantes de talento: no dejarán que se les vuelva a escapar el poder de las manos. Y a mí ya me han engañado.

Silvia esperaba que él siguiera explayándose sobre sus sentimientos al respecto, pero simplemente añadió:

—Hablemos de cosas más agradables.

—¿De los niños? —preguntó ella con cuidado, tras unos instantes.

Él se dio la vuelta y miró hacia la luna. Desde el Tíber resonaban algunos gritos, y en la lejanía chillaba un grupo de borrachos. En el borgo Vaticano parecía arder una casa: un resplandor rojizo y nubes de humor se elevaban por el cielo. Las iglesias anunciaban la llegada de la media noche, pero nadie parecía tener intención de avisar del incendio.

—Ya no sé si merece la pena luchar.

—No puedes rendirte, Alessandro. Si no, nuestros sacrificios habrán sido en vano.

Tras unos instantes, él añadió con voz ronca:

—Todavía no he olvidado la muerte de Paolo. Me temo que tendré que ofrecer demasiadas víctimas, que tendré que sacrificar a demasiadas personas. A ti, y a los niños. Tendré que pagar por todo. En la mayoría de los casos, no se trata de ducados, sino de almas, y de la vida de mis seres queridos.

—Me das miedo, Alessandro. —Silvia le había cogido la mano y la apretaba contra sí.

—Pierluigi ya me preocupa. Es brutal y muestra ciertas inclinaciones cada vez más desarrolladas... Ya al nacer estuvo a punto de matarte...

—¡Pero no lo puede evitar!

—El propio Ranuccio es demasiado débil para entrar en la Iglesia. No es lo suficientemente ambicioso.

—¡Nuestro pequeño Ranuccio! Necesita tiempo, debes dejarlo crecer. Al menos Constanza ha cumplido con tus expectativas, por el momento.

—¡Oh, mi pequeña! Creo que ya no me quiere, desde que tuviste que dejar el *palazzo*.

—Y a mi Tiberio apenas lo mencionas. Tú siempre le has gustado, y parece que

evoluciona positivamente en el convento. Ha ascendido ya varios puestos en la jerarquía. Quizá llegue a cardenal incluso antes que Ranuccio.

—Quizá.

Alessandro parecía cada vez más lacónico y tan sumido en sus propios pensamientos, que apenas seguía lo que ella le decía. Quizá pensaba en Sandro, en Virginia... ¿Debería hablarle directamente de aquella niña?

—¿Estás ahora escribiendo alguna de tus historias? —preguntó él, sin intermedio.

Dudó un instante en su respuesta, y después comentó:

—Escribo sobre una noche de bodas secreta entre un monje y una pequeña pescadora... en la *isola* Bisentina.

Él rió con suavidad.

—Escribes como una sirena —dijo, y ella entendió la alusión a su primera noche de amor en la roca de las Sirenas de aquella isla, hacía veinte años.

—Pero ya no consigo seducir a los hombres —repuso ella, y se enfadó de inmediato consigo misma por aquel comentario tan torpe.

Alessandro lo pasó por alto.

Ella cambió de tema.

—Por cierto, durante la boda, a la que asistí en secreto, vi a Maddalena Romana, tu confesada, y a su hija Virginia. Rafael ha aparecido aquí alguna vez con la chiquilla.

—Me gustaría echarle un vistazo rápido al cuadro. El precio fue desorbitado, pero ha quedado precioso.

—Le pregunté por el padre de Virginia —hizo una breve pausa.

Alessandro no reaccionó.

—Creo que se parece mucho a Maddalena. A ti, no tanto.

Finalmente, había revelado sus sospechas.

Alessandro guardó silencio.

Ella no se atrevía a mirarlo.

—¿No me quieres leer algo del canto de las sirenas? —preguntó él, finalmente.

Ella suspiró, decepcionada. Él no se atrevía a admitir que Virginia pudiera ser su hija, igual que entonces, cuando al principio había sido incapaz de confesar que Sandro fuera de su sangre.

—El cuento no está terminado.

—Siempre habrá un final para él. A mí lo que me interesa es la boda secreta.

Que ella recordara, nunca le había leído a Alessandro ninguna de sus historias con anterioridad. Sin embargo, cuando recordaba aquella noche en la que sus destinos se habían sellado... ¿No brillaba así la luna entonces, como un vibrante resplandor sobre el agua?

—Bien —susurró ella—. Iré a por velas.

Alessandro permaneció apoyado en la barandilla mientras ella se recostaba finalmente sobre la tumbona y comenzaba a leer. Arrastrada por el remolino de palabras, olvidó aquello que la había torturado y apenas se dio cuenta de que Alessandro se tumbaba junto a ella.

Siguió leyendo, hasta que él recostó la cabeza sobre su cuerpo.

Finalmente, cesaron las palabras.

Capítulo 22

Roma, palazzo Farnese - agosto de 1517

Cuando Constanza se despertó, su primer pensamiento fue: «otra vez, no».

Se frotó los ojos, miró a su alrededor, observó el baldaquino rojo oscuro de la cama, finalmente se irguió y contempló el cuerpo desnudo y medio enroscado sobre sí mismo de su desde hacía pocos días legítimo marido Bosio. De seguir así, nunca engendraría un hijo, pues era, como Rosella había descrito en una ocasión, «cojo de la tercera pierna». En ese caso, ¿se le concedería la dispensa para el divorcio? Su padre podría interceder ante el papa León.

El cabello ligeramente rizado de Bosio yacía desordenado sobre los cojines, sus ojos ligeramente saltones permanecían cerrados, pero las pupilas se agitaban violentamente bajo los párpados como si pudiera ver a la perfección con la luz matinal que se colaba por los postigos. Su barbilla marcada, ligeramente surcada de pequeñas cicatrices se movía, como si quisiera morder, e incluso suspiraba. Probablemente soñaba.

Constanza pasó cuidadosamente los dedos por el oscuro vello de su pecho. Él tembló, pero siguió cautivo de su sueños. Su miembro permanecía oculto bajo las mantas. A la joven le tentó la idea de apartar la sábana a un lado.

¿Y entonces? Ciertamente era que su madre, e incluso Rosella, le habían hablado en alguna ocasión de la noche de bodas, de los embarazos y el parto, y le habían aconsejado que no opusiera resistencia a Bosio, que sin duda él sabría lo que hacer, y en caso de necesidad podía ayudarse de sebo de verraco perfumado. Tendría que soportar el dolor inicial, y la sangre posterior que conllevaban la pérdida de la virginidad y que alegraban a los hombres, incluso animándolos a continuar. Pronto el dolor daba paso al deseo, y la sangre a otros fluidos... Ya lo vería.

Sin embargo, lo que ella había experimentado había sido muy diferente.

Había conocido a Bosio diez días antes de la boda, en el *palazzo* de su padre, en presencia de toda la familia Farnese y Sforza, pero naturalmente sin su madre, vetada en la casa. La tía Giulia, que entretanto había llegado de Nápoles sin su extraño marido, la había observado de la cabeza a los pies y había hecho traer un vestido de terciopelo rojo que ella misma había lucido el día que su destino y el de su hermano, y el de toda su familia por extensión, se había sellado para siempre. Aunque Constanza ya había elegido un vestido azul de seda, con un chal rojo y mangas blancas cortadas que, no obstante, no precisaban de costura, le dio la alegría a su tía Giulia de ponerse su traje. La sentaba muy bien. Mientras se ondulaba los rizos sobre

las orejas y se cubría con polvos la verruga, se sintió mucho mejor. Tan solo el escote bordeado de puntillas blancas era demasiado generoso para anunciar el casamiento con un Bosio Sforza di Santa Fiora, aunque ella lo llenaba. O quizá precisamente fuera porque lo llenaba con autoridad por lo que resultaba tan atrevido.

Apenas Bosio la miró a ella y a aquel escote a lo *bella Giulia*, abrió los ojos como si nunca hubiera visto a una joven. Realmente la devoraba con los ojos, y según le confesó en la noche de boda, se enamoró de ella en aquel momento. Sus blanquecinos ojos grises no querían separarse de aquel vestido de terciopelo y de su desbordante escote, le cogió la mano entre sus húmedos dedos, y le besó la punta, lo que probablemente se consideraría muy aristocrático entre los campesinos, gallinas y cerdos de Santa Fiora.

El padre Sforza intentó no demostrar lo impresionado que estaba con el palazzo Farnese, y particularmente con su inacabable ampliación, mientras que la madre Sforza, a su lado, parecía una gallina atolondrada. Tras ellos, los hermanos de Bosio, quienes no tardarían en desaparecer guiados por Pierluigi.

Cuando más tarde, durante el banquete de compromiso, había aparecido el papa León, los progenitores Sforza habían perdido el habla.

Sin embargo, Bosio, junto a ella, permanecía con su mano sujeta, algo que la ponía muy nerviosa. El padre sonreía indulgente, mientras que Pierluigi los observaba despectivo, hasta que finalmente desapareció con su cortejo de recién adquiridos parientes. Por orden de su padre, Ranuccio vestía una especie de sotana sacerdotal para niños, en la que se sentía tan visiblemente incómodo que permaneció callado casi todo el tiempo, y ni siquiera respondió al comentario, entre afectuoso y burlón, que le hizo el Papa. Solo cuando Pierluigi, en plena tertulia, lo llamó «nuestro pequeño papa», mudó brevemente su rostro en una máscara de ira contenida.

Sin embargo, el día de la boda en su totalidad fue aún más detestable para Constanza. La ceremonia en San Pedro, con el Santo Padre y sus cardenales al frente, y todo un templo repleto detrás, la alteró tanto que tuvo que sentarse casi desmayada, arrodillarse y decir sus palabras de forma ininteligible. Cuando finalmente abandonaron la basílica, seguidos de todos los altos prelados, buscó entre la multitud de invitados a su madre, pero no la encontró, estando como estaba la gran escalera a la plaza de San Pedro, como comprobó al salir al exterior, llena hasta reventar.

Por la noche, su padre los guió hasta el lecho nupcial, que estaba adornado con profusión, sembrado de hierbas aromáticas y con las sábanas densamente perfumadas, y después de dedicarles un rezo y las sonrientes bendiciones paternas, se volvió para irse, a pesar de que la tradición marcaba que debía haber testigos hasta que el matrimonio se hubiera consumado finalmente, y la virginidad de la doncella hubiera llegado a su fin.

Eso era precisamente lo que Bosio había temido, como más tarde le confesaría, y

sudó aún más.

Finalmente, no obstante, estaban solos. Después de su padre, Bianca dejó la habitación, no sin antes saludarla una última vez.

Nada ocurrió. Bosio se sentó en el borde de la cama, aparentemente para rezar.

Ella fue apagando todas las velas.

Las volutas olorosas le robaron prácticamente la conciencia, y el calor veraniego era sofocante. Así pues, se tendió sobre las sábanas y esperó. Bosio esperó también, rezó, suspiró, se volvió finalmente hacia ella y le besó el abdomen e incluso en los pechos. Era agradable. Sin embargo, no fue a más.

Se tendió un instante junto a ella, también boca arriba, y sudó. Inició frases con «Lo cierto es que...» y «En Santa Fiora...», después comentó que se encontraba mal y que necesitaba orinar en la bacinilla.

Ella esperó. En un momento dado, se quedó dormida, pero se despertó de nuevo cuando Bosio directamente se arrojó sobre ella, le separó las piernas, le hizo daño con sus puntiagudas rodillas y maldijo. Ella sintió como él se manoseaba el lugar necesario para la unión del novio y la novia, pero finalmente se retiraba y le volvía de nuevo la espalda.

Aunque había comido y bebido demasiado aquella noche, Constanza se durmió finalmente.

A la mañana siguiente, Bosio no se atrevía a mirarla, mientras que Pierluigi sonreía irónico, y el padre los observaba con curiosidad. Ella se retiró a su baño con Bianca, hizo que la refrotara a conciencia y le informó de todo con pelos y señales. Bianca sonrió compasiva y mencionó su última conquista, con el que, en cualquier caso, no pensaba casarse, porque era un mozo de cuadra, un pícaro, y nada más que un peón que olía a establo. Para el matrimonio, ella solo tenía en mente a un artesano con tienda propia, preferiblemente un panadero, un fabricante de cajas o un hojalatero. Esos siempre eran necesarios.

—A los que se ganan la vida como soldados no les dejes que me pongan ni un dedo encima. No traen nada más que enfermedades, se ausentan con frecuencia, pegan a sus mujeres y a sus hijos, mueren en cualquier sitio, en algún cuartel de invierno perdido, ya sea de la peste o, lo que es peor, vuelven lisiados y esperando que se los cuide. Los soldados son la última opción, te lo aseguro. Alégrate de que tu Bosio no sea un *capitano*.

El agua de la tina estaba agradablemente cálida, Bianca había estrenado un jabón de olor fuerte, un producto verdaderamente caro traído de Constantinopla, que un importante invitado a la boda le había obsequiado como regalo.

Bosio había salido por la mañana a cabalgar rumbo a los viñedos de Roma y después acompañaría a sus padres a la porta del Popolo.

Durante la segunda noche, no se produjo ningún intento. Bosio recostó la cabeza

sobre su pecho, incluso llegó a lamerle un pezón, algo que a ella le pareció realmente grato, pero que no llevó a nada nuevo. Finalmente, él se tendió a su lado, le susurró de nuevo al oído lo mucho que la amaba, lo orgulloso que estaba, que siempre la adoraría y que le gustaría bendecir a su suegro con innumerables nietos, como agradecimiento.

Constanza habló a la mañana siguiente con Bianca sobre el sebo perfumado. Bianca se partió de risa.

—Nunca había oído hablar de ello. ¿Para qué sirve?

Constanza intentó explicarle lo que Rosella le había contado.

—Sí, esa vieja bruja probablemente lo necesitaría, o quizá haya damas importantes que con el tiempo se hayan secado.

Constanza le propinó un bofetón a Bianca, porque pensó que había ofendido a su madre. Bianca la miró brevemente con los ojos prietos, se disculpó y la aconsejó que, la próxima vez, intentara untar bien la «colita» de Bosio. Quizá la fuerza del verraco se traspasara a tan importante parte de la anatomía masculina.

La noche siguiente, siguió el consejo. Y funcionó: la «colita» creció hasta un tamaño impresionante, pero Bosio parecía considerar su conducta como algo desagradable, y volvió a susurrarle sus palabras de amor. En aquel momento, a ella no se le ocurrió utilizar la grasa ella misma.

Por algún motivo, seguía sin conseguir lo que todo el mundo esperaba de ella.

La familia Sforza se marchó, y como Bosio no tenía que soportar la orgullosa mirada de sus padres, no se separó de su lado. Visitaron a su madre, acompañaron a la tía Giulia en una excursión al monte Pincio, donde merendaron. Bosio perdió un poco de su timidez inicial, sobre todo porque le había cogido un cariño manifiesto y expresivo. Naturalmente, Bianca se dio cuenta de ello, que en un momento de intimidad le aconsejó a Constanza, no sin sorna, que le dejara una noche a Bosio a su tía.

—¡Verás que pronto te lo endereza!

Una sonora bofetada fue la respuesta a ese consejo.

La noche siguiente, Constanza se abstuvo de utilizar el sebo, escuchó las promesas de amor de Bosio y se quedó dormida. Era entonces, a la mañana siguiente, cuando se encontraba recién despierta sobre la manta, y tomaba completa consciencia de la imagen que se le había aparecido en un sueño tremendamente vívido: veía a un hombre de cabello largo, apacible, con cierto aire soñador, y una mirada un tanto triste. Un hombre fornido, de anchos hombros, caderas fuertes, que cabalgaba desnudo sobre su corcel negro, oscilando arriba y abajo sobre su silla de montar. Sus dedos jugueteaban con las riendas, y posteriormente lo harían con ella de una forma distinta.

El hombre del sueño no podía ser otro más que Francesco Maria, con quien se

había encontrado un par de semanas atrás, de forma tan inesperada como breve.

Su padre se había encontrado con un hombre vestido con hábito de monje. Habitualmente no frecuentaban el *palazzo* demasiados monjes, o al menos ninguno que tuviera el aspecto de ganarse la vida mendigando. Su padre no se llevaba bien con los franciscanos y con otras órdenes mendicantes.

Aún más inusual era que el padre desapareciera en su estudio con el monje y se encerraran allí. Solo hacía algo así cuando quería analizar el futuro con el astrólogo Luca Gaurico.

En realidad, no debía haberse encontrado en palacio, pues aquellos días dormía en casa de su madre. Sin embargo, aquella mañana había soñado con el imponente *palazzo* y quiso hablarle a su padre al respecto. El motivo real, no obstante, era que le echaba de menos. El opresivo dolor de su madre la sofocaba y hundía su ánimo. El padre, por el contrario, parecía pensativo, pero la miraba con el mismo afecto de antaño y la abrazaba con frecuencia. Le decía que nunca la dejaría ir, que era la niña de sus ojos, que incluso crecida... Se interrumpió, la besó en la mejilla y suspiró.

—Tu Bosio tendrá que cumplir con su obligación. Pero no se llevará a mi niña de mi lado.

Ella le devolvió el beso y respondió:

—No, papá, tu siempre serás mi favorito.

Sonó un poco anticuado, y ella no pudo evitar reírse un poco de sí misma. Él le apartó el pelo revuelto de la cara, se lo colocó con suavidad tras una de sus prominentes orejas y la miró largo rato, inquisitivo. Ella creyó reconocer un resplandor húmedo en sus ojos.

La mandó de nuevo junto a su madre y mientras ella se ponía en camino, vio cómo su padre desaparecía en el estudio con el monje.

Movida por la curiosidad, esperó. Ambos tendrían que abandonar el despacho más tarde o más temprano. Finalmente, salieron, y se asustaron por su presencia. Ella dio un respingo al ver al monje, al que apenas reconoció: Francesco Maria della Rovere, el duque de Urbino depuesto por el papa León, que había reconquistado su ciudad a principios de aquel año, pero que posteriormente, tal y como la tía Giulia le había comunicado indignada, la había tenido que abandonar de nuevo.

Francesco Maria la observó con curiosidad y sonrió. Le sonrió como ningún otro hombre le había sonreído jamás. Casi cae de rodillas ante él, pero el invitado la tomó de la mano y se la besó como un auténtico *gentiluomo*. El padre se limitó a decir con sequedad:

—Este encuentro no se ha producido nunca, ¿lo entiendes? ¡Nunca!

Ella le sonrió a Francesco Maria, que añadió, explicativo.

—Es un asunto de vida y muerte. Y también de vuestro futuro.

—¡Ni una palabra! ¡A nadie! —siseó el padre, cogió a Francesco Maria del brazo,

le colocó la capucha sobre la cabeza y desapareció.

Mientras Constanza contemplaba el baldaquino, vio a su adorado *gentiuomo* ante ella. El destino no se había portado bien con ella, pues aquel hombre estaba casado con Eleonora Gonzaga, de Mantua, y no con Constanza Farnese, de Roma. Francesco Maria no habría fallado en la noche de bodas...

Bosio se movió junto a ella. Parecía despertar de su sueño. De hecho, su mano vagó hacia ella, buscando sujeción. Ella ya se había acostumbrado a que estuviera cubierto de sudor, pero aquel día parecía particularmente húmedo.

—He tenido un sueño —oyó ella que le susurraba.

Constanza emitió un gruñido afirmativo y dejó que la mano de él se posara en sus senos.

—Tu hermano Pierluigi me acechaba y me atacaba con una lanza.

Lo último en lo que ella quería pensar aquella mañana en que aún se estaba desperzando en la cama era en Pierluigi.

—¿Y te alcanzaba? —preguntó ella, no obstante.

—Hui.

—Me lo puedo imaginar —ella vio en él una clara agitación.

—A un convento de monjas.

La joven no pudo evitar reírse.

—Sí que te pareces a una monja, sí... —aunque no lo dijo con maldad, tampoco pudo reprimirse.

—Allí estaba seguro, y todas las monjas se desnudaban.

Apartó la mano y empezó a sonar diferente. Su voz parecía más grave, se apoyó en la cama y miró a Constanza a la cara, justo antes de besarla en la boca. Con bastante torpeza. Cuando su lengua se abrió paso entre sus labios, ella se estremeció. Entonces, las manos de su marido recorrieron todo su cuerpo, hasta una zona que en aquel momento se encontraba inundada de una extraña sensación. Cuando ella trató de incorporarse, él la apretó contra los cojines y se arrodilló entre sus piernas.

Aquella mañana, Constanza perdió la inocencia.

Capítulo 23

Roma, palazzo Farnese - 2 de mayo de 1518

Su querida hija Constanza sonreía a Alessandro con felicidad. Un par de días antes, había traído al mundo a su primer hijo, Guido Ascanio, y ahora se lo llevaba a él, aún débil por los rigores del parto, y se lo tendía con alegría para que lo bendijera de inmediato. Como aún no había recibido las órdenes superiores, llamó de inmediato a su delegado en el obispado de Santi Cosma e Damiano para que, según el reglamento canónico, el niño fuera bautizado por un sacerdote consagrado.

Bosio resplandecía de orgullo paterno, y recibió con gusto el abrazo que le dedicó, en un arrebato de afecto sincero, el agradecido y profundamente satisfecho Alessandro. Silvia parecía cubierta por un velo oscuro, besó a su hija y meció al recién nacido, hasta que Guido Ascanio, probablemente por hambre, se echó a llorar, y Bianca lo recogió para llevarlo de inmediato a donde se encontraba su ama, limpia, sana y amorosa. Incluso Pierluigi se vio obligado a dedicarle un par de palabras de reconocimiento a su primer sobrino, mientras que Ranuccio se sentaba pacientemente junto a la cuna y lo mecía hasta que se quedaba dormido. Le cantó fragmentos de cánticos de misa, el *Gloria in excelsis deo*, y el *Agnus dei*, y por supuesto *Kyrie eleison*. El pequeño se dormía feliz, e incluso torcía la boca en un intento de sonrisa.

Alessandro había hecho venir a Luca Gaurico, que le realizó una detallada carta astral, y le pronosticó al primer nieto del cardenal, mediante la luna nueva en tauro, una vida ciertamente tranquila, atada a la tierra, descansada y apegada a los placeres materiales. Sin embargo, la luna oculta hablaba de un secreto que llegaría a desvelarse algún día.

El pequeño Guido Ascanio tenía tres días cuando Alessandro recibió el largamente prometido breve que permitía a su hijo Ranuccio, de diez años de edad, tomar de su padre los beneficios del obispado de Montefiascone y Corneto. En aquella ocasión, Alessandro no había redactado él mismo el texto, sino que se lo había tenido que dejar encomendado al vicescanciller y primo del Papa, algo que no le había agradado en lo más mínimo.

¡Y con qué razón se había mostrado escéptico!

Pues no solo había tenido que esperar largo tiempo a que se le expidiera el documento, sino que cuando finalmente le llegó, leyó con asombro y espanto su contenido. En el certificado se mencionaba, de hecho, que la madre del muchacho, una donna de una prominente familia romana, se encontraba ya muerta. *Mortua*, leyó por segunda vez.

Se le entregaría a Ranuccio el breve en medio de una pequeña celebración familiar. Todo estaba preparado, Bosio se había separado de la cuna de su Guido Ascanio y Ranuccio apareció acompañado de Baldassare, vestido de obispo, pero ofrecía un aspecto que presagiaba cualquier cosa menos orgullo. Su rostro delataba una tristeza que llamaba a la compasión. Pierluigi sonrió con malicia y se burló del «pequeño papa», mencionando con sorna «el carnaval», «la mojiganga», lo que hizo que Ranuccio se viniera abajo. Tras las palabras de ánimo de Baldassare, se repuso, amenazó a Pierluigi con el puño y, cuando éste se rió sardónico, le lanzó su báculo obispal, con lo que se ganó una dura reprimenda de Alessandro.

Por suerte, ni Silvia ni Constanza estaban presentes. Aunque la joven había querido formar parte del acontecimiento, se había sentido finalmente indispuesta y permanecía en la cama. Su madre había decidido hacerle compañía.

Entonces, llegó el momento de la verdad. Alessandro le había dado mil vueltas a la manera en que podría evitar que Ranuccio leyera el breve. La presentó acordonada, y quiso quedársela en la mano. Sin embargo, tras su reprimenda, Ranuccio lo miraba con rabia y le arrancó el documento de la mano.

—Quisiera leerte el breve —explicó Alessandro, queriendo tomar el pergamino.

Sin embargo, Ranuccio lo apartó y exclamó a viva voz:

—Sé leer.

—¡*Deo gratias!* —se burló Pierluigi.

Ranuccio se saltó las primeras líneas y palideció. Los ojos le temblaban y apretó los labios.

Alessandro quiso explicarle que el apunte acerca de su madre había sido una pérfida invención del vicescanciller, pero Ranuccio se le enfrentó con una mirada que no olvidaría nunca. Una mirada de desprecio lleno de reproches, de dolor sin fin.

Entonces, arrojó el breve al suelo, se quitó la mitra de la cabeza y salió corriendo de la habitación.

Naturalmente Pierluigi, Baldassare y Bosio quisieron saber el motivo de su comportamiento. Pierluigi se había agachado a la velocidad del rayo y había tomado el pergamino, lo había leído entrecortado, mientras los otros dos miraban por encima de su hombro.

Alessandro se había retirado a su estudio y se había encerrado allí.

Mientras se arrodillaba para rezar, la mirada de su niño, de su benjamín, lo perseguía. Lo peor era el hecho de que podía entender a Ranuccio a la perfección. Podía entender su rabia, su desprecio... incluso su miedo. El miedo incrédulo a que aquella mentira algún día se hiciera realidad, el miedo al ver frente a sí la muerte de su madre.

Había actuado con buena intención, allanándole el camino a su hijo pequeño hacia un alto cargo eclesiástico en el momento adecuado, al tiempo que le otorgaba

su independencia económica, pero Giulio, el primo del Papa, y con él, por supuesto, el propio León, puesto que había firmado el breve, le habían propinado una puñalada traperera.

Alessandro buscó las palabras con las que implorarle ayuda a Cristo Salvador, pero todas las plegarias se le atascaban en la garganta, y no dejaba de ver ante sí al yacente y pálido Paolo, amortajado, y el terror a que Silvia pudiera morir se apoderó de él con una fuerza incontrolable.

Y de nuevo, el pánico angustioso al pacto con el diablo.

Después de que Silvia se trasladara a una casa para ella sola, durante un tiempo él había logrado con cierto éxito rechazar los recuerdos del sueño y el miedo a sus presagios y, así, prácticamente olvidarlos. Sin embargo, el terrible demonio de los malos augurios había reclamado su siguiente víctima. A Alessandro le hubiera gustado hacer añicos el breve para quemarlo de inmediato.

Cuando, más tarde, abandonó el estudio, oyó que Ranuccio había recuperado el breve y se lo había enseñado a su madre.

Silvia había regresado a su casa sin dirigirle una sola palabra.

Cuando acudió a Constanza y Guido Ascanio en busca de consuelo, se encontró a la muchacha enrojecida de fiebre, tiritando de frío. Hizo llamar de inmediato al médico Ben Chorin, un judío educado en Bagdad y Salerno. Ben Chorin examinó a la enferma, observó su orina, tanteó su frente, su garganta y su muñeca, y le recomendó cuidados exhaustivos, la menor agitación posible, comidas ligeras. Por el momento, rechazaba una sangría que, aunque utilizada como remedio casi universal ante cualquier enfermedad, para él no tenía demasiado sentido en aquel momento. La fiebre de Constanza no era inusual entre las recién paridas, pero seguía suponiendo un riesgo para su vida. Si llegaba a subir demasiado, deberían aplicarle compresas frías en las pantorrillas. Además, debían ocuparse de cambiar diariamente la ropa de cama, y asear a la enferma con minuciosidad. No se admitía ningún animal en la habitación, ninguna mascota, ni siquiera un perro.

Alessandro pasó la noche entera en vela, sentado en muda desesperación junto al lecho de Constanza, cogiéndola de la mano. Bosio aparecía una y otra vez, llorando sin descanso.

Las recomendaciones del médico conllevaron una cierta mejora, pero de nuevo la fiebre subió, hasta el punto de que Constanza llegó a delirar y finalmente perdió el sentido. Las sangrías tampoco ayudaron. Ben Chorin observó a la enferma con preocupación, y recomendó que se le preparara la extremaunción, un consuelo necesario para todo buen cristiano y su parentela.

Alessandro apenas abandonó la cama de la enferma en todo ese tiempo. Silvia también apareció y permaneció la noche entera. Aunque pálida, parecía serena.

El ama se encargó de alimentar satisfactoriamente a Guido Ascanio, mientras

Constanza se debilitaba, incluso cuando la fiebre dio muestras de reducirse y recuperó la conciencia. Alessandro le habló entonces con palabras de ánimo, aportándole esperanzas en la medida de lo posible. Ella sonrió, se dejó dar una sopa de leche, pidió sostener a su hijo y lamentó los pecados por los cuales el Todopoderoso la castigaba ahora. Cuando Alessandro intentó autoinculparse, ella simplemente sonrió con complicidad y, por suerte, se quedó dormida.

Le siguió una larga noche. Constanza yacía con un semblante lleno de paz, pálida como la muerte. Cuando Bosio fue incapaz de seguir manteniendo los ojos abiertos, Alessandro hizo que él y Silvia se marcharan, para que pudieran dormir y relevarlo cuando el sueño finalmente lo venciera.

Marcharon, y pronto Bianca comenzó también a enroscarse sobre la litera que habían dispuesto junto a la cama y a respirar profunda y acompasadamente. En la habitación de al lado se oía al lactante llorar de impaciencia, hasta que el ama apareció para amamantarlo. En la calle trinaban los pájaros, los artesanos martilleaban, y Bianca empezó a roncar con suavidad.

Alessandro rezó las preces y plegarias silenciosas para pedir por los enfermos, pero se interrumpió cuando se dio cuenta de que sonaban como palabras huecas, sin sentido para él. Miró a Constanza lleno de terror, y tanteó la temperatura de su frente. Inquieta, ella se removió, como si quisiera apartar al mismo diablo.

Alessandro le agarró las manos ardientes y las apretó contra sus labios.

¡No, no podía morir! Se retractó del pacto demoníaco, maldijo al tentador que había querido postrarlo de rodillas: ¡ni siquiera por el trono papal aceptaría la muerte de Constanza!

De pronto, vio ante él a Virginia, como a un ángel. Cerró los ojos, porque ya no confiaba en sus sentidos, pero ella siguió allí. Intentó alcanzarla, pero no podía mover los brazos, ni las manos, y solo oía una voz: «el Señor quita, el Señor da».

¿Quizá ella compensara la muerte de Constanza? ¿Estaba permitiendo el Señor que su hija muriera, y a cambio le otorgaba una sustituta?

De pronto, Constanza se irguió de golpe, y contempló a Alessandro con ojos fijos, asustando terriblemente a su padre. ¿Se habría quedado dormida y habría soñado en realidad con Virginia?

También Bianca se había despertado, y lavaba la frente de Constanza con un paño húmedo.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Constanza con voz clara y alta, y después, sin voz—: Me muero. Ya estaba de camino, pero quise darme la vuelta para despedirme. Os vi yaciendo al pie de la cruz. ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi madre?

Su mirada quedó prendida en la lejanía, pero finalmente cayó sobre los cojines. Bianca se precipitó aullando sobre ella y la levantó, pero después la dejó caer de nuevo, dubitativa. Alessandro se inclinó sobre su hija, le cogió de la mano y la besó

en la frente, en las mejillas y, finalmente, en los labios.

Sintió una débil respiración.

—Está viva —susurró.

Capítulo 24

Roma, palazzo Farnese - 3 de mayo de 1518

El gallo cantó por tercera vez. Cuando ella abrió los ojos, vio que una tenue primavera se colaba por la habitación. Los postigos estaban abiertos para que la brisa fresca aireara la habitación y la liberara de su pegajoso olor a agonía. Se sintió extraña, de una forma agradable: ligera, fresca, sin aquella torturadora asfixia. ¿Estaría muerta? ¿Habría iniciado ya su último camino, el trayecto a la vida eterna, que la cubriría como una ensoñación maravillosa, que no le produciría ningún dolor, aun cuando tuviera un puñal clavado en el corazón, aun cuando un fuego le cubriera el cuerpo como un ligero vestido de seda?

Sí, ahora lo recordaba: se encontraba ya flotando sobre la habitación, como un ángel, y había visto a su padre sentado junto a su pálido cadáver, con la barbilla apoyada en el puño, afligido, y a Bianca dormida, incluso a su madre, a pesar de que se encontraba en su casita, despierta, sobre su escritorio, con dos velas frente a ella y una pluma seca entre los dedos...

Cuando Constanza regresó sin ser vista a la cama para despedirse de su padre, había sentido el terror de retornar... Pero entonces se había dormido, se había marchado, había abandonado aquel valle de lágrimas...

Atrás quedaban los sonidos de aquel mundo diminuto, limitado, gobernado por el mal, la luz intensificó su rojiza ondulación y llenó la habitación en la que yacía el cuerpo agonizante. Su padre se había hundido sobre aquel cadáver, como un guerrero muerto, Bianca yacía sobre su catre con la boca abierta, profundamente dormida. En la lejanía, su madre seguía mirando fijamente aquel pergamino vacío ante las dos velas, e incluso veía a un caballero con armadura, cabalgando sobre su corcel negro, con una barba polvorienta y unos ojos tristes, enfrentándose al sol de la tarde.

A los pies de la cama en la que reposaba su frío cuerpo, había un ángel que le tendía el brazo con gesto beatífico. Él la acompañaría hasta el trono del Todopoderoso, que le daría la bienvenida al reino de la gracia. El ángel la habló, movió los labios, sin emitir ningún sonido, pero ella lo entendió: «Bendita seas entre las mujeres, y recibe el saludo, oh reina, madre de los misericordiosos, regresa al reino de la esperanza temerosa, y al extenso valle de lágrimas; observa las penas del mundo, siéntate a la derecha de tu padre, tiéndele tu pecho cuando esté sediento, toma su mano cuando esté atemorizado, conságrale tu inteligencia y nunca le niegues tu consejo... Entonces, sin duda, habrás ganado la entrada al reino de los cielos. Entonces serás bendecida entre las mujeres, espejo de justicia, modelo de sabiduría,

serás el socorro de los cristianos, la rosa secreta de los creyentes, el lucero del alba del Santo Padre, por el cual nunca abandonará el camino correcto, en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Amén».

Constanza sintió el frescor de la mañana en la piel, y en la ventana debía haberse posado un ruiseñor, pues trinaba y obsequiaba los oídos con su canto, gorjeaba, rompía en gemidos y estallaba de júbilo...

¿Se recibiría a las almas eternas de los muertos, libres de todo pecado, con cantos de ruiseñor?

Ante ella, medio recostado sobre ella, yacía su padre. En la boca abierta de Bianca reconoció la lengua carnosa y rosada.

¿No debería estar muerta?

Levantó la mano, y la dejó caer. Con las puntas de los dedos, acarició su manta sedosa y, después, la corona de pelo que demarcaba la tonsura de su padre. El cabello le hizo cosquillas.

¿Se sentían cosquillas en la otra vida?

No, las cosquillas pertenecían al mundo mortal, como la risa incontrolable y el placer gemebundo...

No estaba muerta.

No, ella vivía. Había regresado y se había levantado de entre los muertos. Al tercer día. Enviada por un ángel. Se sacrificó al hijo, pero se amnistió a la hija: para que honrara, amara y sustentara a su padre terrenal. Para que lo ayudara con sus consejos y con sus actos. Para contribuir con hijos e hijas a la pervivencia de la familia.

Irguió el tórax y se sentó. A pesar de la negligencia que había posibilitado la muerte de su hermano Paolo, a pesar de sus profundos pecados, había sido escogida para obrar maravillas en su padre. Y ella juró estar a su lado hasta el día de su muerte.

TERCER LIBRO

Conócete a ti mismo

Capítulo 25

Roma, caput mundi - de 1518 hasta 1521

Roma resplandecía en una era dorada y cargada de deudas. La guerra de Urbino concluyó con un acuerdo entre el vicescanciller del papa León, Giulio de Medici, y Francesco Maria della Rovere: se pagaría a los soldados de ambas facciones mediante el dinero obtenido con el nombramiento de los nuevos cardenales, y con los préstamos realizados por las ricas casas bancarias, que volvían a fluir con ligereza; así no se volverían a ver empujados a saquear sin piedad ni medida todos los territorios por los que pasaran. Francesco Maria della Rovere, liberado de su excomuni3n, regresó con sus cañones y su biblioteca a casa de su suegro en Mantua, no sin exclamar ante el pueblo de Urbino antes de su partida, que era solo cuesti3n de tiempo antes de que regresara triunfalmente. La gente le agradeci3 su promesa con júbilo y salvas.

Apenas se habían disipado los gritos de alegrí3 entre el polvo de los carros y los cañones, cuando el nuevo señor de Urbino, Lorenzo de Medici, acompañado de su madre, Alfonsina, y de su joven esposa, abandonó su casa francesa de la Tour d'Auvergne y se trasladó al frío y húmedo palacio ducal de Urbino.

Ninguno fue feliz allí.

Sin embargo, Lorenzo logró engendrar un hijo antes de abandonar este mundo, absolutamente deformado por el *morbo gallico*. Su pobre mujer, abandonada a su suerte con su suegra, dio a luz a una niña, Caterina, antes de seguir a su esposo. En un principio se hizo cargo de ella su abuela Alfonsina, pero ésta murió al cabo de un año. Así, el primo del Papa y vicescanciller Giulio se apiadó de su sobrina, y aceptó la tutela de la ya robusta criatura, a pesar de su tierna edad, como si fuera su propia hija. Nadie pudo adivinar, al contemplarla en su cuna, o al admirar sus primeros intentos de andar, el futuro de aquella criatura, ni siquiera el grandemente reputado astr3logo Luca Gaurico quien, tratándose Caterina de un miembro menor de la familia Medici, le realizó una lectura fugaz del hor3scopo: aquella huérfana adoptada se casaría a los catorce años con el lac3nico hijo del rey de Francia, quien la suerte querría que pasara a los libros de historia como reina, pero sobre todo como reina madre, Catalina de Medici, líder de una Francia grande, pero teñida de sangre por las guerras de religi3n, y artífice de la matanza de la noche de San Bartolomé.

La encantadora y montañosa Urbino no sería más que un escenario menor de su historia.

Mucho más relevante sería para las crónicas mundiales una localidad situada en

lo más profundo de una provincia alemana, Wittenberg, donde un monje agustino rabioso de fervor religioso, encolerizado por el tráfico de indulgencias perpetrado por un dominico llamado Tetzl, clavó 95 tesis en la puerta de una iglesia. Tetzl era uno de aquellos hombres que recorrían las tierras alemanas vendiendo indulgencias que perdonaban todos los pecados, a cambio de monedas contantes y sonantes. El dinero recogido de aquella manera serviría, tras deducir los gastos previos, para financiar la ampliación de San Pedro, así como ayudar un poco en la recuperación de las vacías arcas de la Iglesia. El molesto tintineo de las tasas por indulgencia levantaba ampollas entre la población.

El monje agustino, el hermano Martín, quien además era profesor de teología, exigía a los cristianos creyentes una reforma de la Iglesia de la cabeza los pies. Algunos de los cardenales romanos aceptaron de buen grado sus exigencias. También ellos veían con preocupación la podredumbre y decadencia que se estaba produciendo en el antaño inmaculado cuerpo de la santa madre Iglesia; también ellos eran de la opinión, aunque fuera de forma subrepticia, que era necesario cortar por lo sano, que para que un cuerpo sanara era necesario amputar los miembros podridos, de la misma manera que el Santo Padre se veía liberado por medio del cuchillo de sus purulentos forúnculos.

El papa León, no obstante, tomó a Martín Lutero por un insensato, y no le otorgó credibilidad, al menos no en un principio, por lo que no se sintió obligado a convocar ningún concilio ni a emprender ninguna reforma en la Iglesia. A consecuencia de ello, el denominado concilio de Letrán concluyó en 1517 sin haberse obtenido ni el más mínimo éxito, pues para él era mucho más importante arrastrar al cardenal Farnese hasta la cacería en grupo en Capodimonte y observar las batidas de ciervos y jabalíes, aves e incluso algún lobo. Por las tardes disfrutaban de un festín, Baldassare Molosso recitaba sus sonetos, el cardenal Farnese calculaba los costes de la visita del Papa y su madre vagaba por las habitaciones vestida de negro visitando a cuervos y urracas, de cuyo comportamiento extraía profecías.

Predecía muertes sin fin.

El papa León reía de buen humor, y de nuevo se adentraba en las montañas de Tolfa, y finalmente en su querido castillo de caza, La Magliana.

Las advertencias de la madre Farnese se cumplieron de una manera que nadie hubiera podido imaginar. En abril de 1520 murió, de forma repentina y profundamente lamentada, el venerado pintor Rafael Sanzio, el artista favorito del papa León. El genio de Urbino encontró en la basílica de Santa Maria ad Martyres, el antiguo Panteón, su sepultura. Virginia, su ayudante de doce años, visitaba diariamente su tumba. Le llevaba flores silvestres y le cantaba en voz baja y triste, acompañada del laúd: ella sabía que sus días como pintora habían acabado. Le aguardaban otras obligaciones.

Cinco días después de Rafael, murió su segundo mecenas, el banquero más rico de Roma, Agostino Chigi, una gran pérdida para León, quien tenía en él a un amigo fiel y a un prestamista dispuesto.

Sin embargo, la parca se había llevado a su víctima más significativa hacía ya un año: el emperador Maximiliano partió a reunirse con sus antepasados de forma repentina en 12 de enero de 1519. Nadie en Roma lo había previsto, y nadie estaba preparado para los enroques y jugadas maestras en materia política que se sucedieron después.

El emperador Maximiliano tenía en mente a un sucesor mucho antes de su fallecimiento: su nieto Carlos, el joven rey de España, quien había accedido al trono a la muerte de su abuelo cuando solo tenía nueve años de edad. Sin embargo, existía otro pretendiente extremadamente ambicioso a la corona del emperador: el rey de Francia, Francisco I.

Al papa León y a su primo no les gustaban ninguno de los dos candidatos. Carlos, como soberano de España, de los territorios borgoñones y de las tierras puramente flamencas, convertiría el reino de los Habsburgo en una potencia superpoderosa si se hacía con la corona imperial romana. León tampoco quería cerca al rey francés, pues en ese caso el balance de poder terminaría por decantarse por el bando galo. Francisco ya había logrado, tras la batalla de Marignano, atacar con éxito Milán y apoderarse de los territorios del norte de Italia, y volvía ahora la mirada de forma clara hacia Nápoles, donde reclamaría sus derechos dinásticos. La salida al conflicto para León y su primo radicó en reivindicar como futuro emperador a un príncipe elector alemán, Federico de Sajonia, y promocionarlo tanto como fuera posible.

Sin embargo, las circunstancias sobrepasaron la política papal, que desde el principio contaba con pocas posibilidades de éxito. El dinero proporcionado por la familia Fugger, con el que el joven Carlos había logrado sobornar a siete príncipes alemanes, fue decisivo. Francisco tuvo que aceptar el golpe propinado por aquel Habsburgo nacido en el Gante flamenco, que se coronó emperador en Aquisgrán con el nombre de Carlos V. Francisco nunca olvidó aquella derrota: durante casi medio siglo, aquellos dos soberanos lucharon entre ellos, como dos hermanos enemistados, por el dominio en Europa, y el principal campo de batalla de aquel conflicto constante fue Italia.

León y su primo, aunque decepcionados por el resultado de la elección, se reorganizaron rápidamente y de acuerdo con las circunstancias. Los franceses permanecían aun en Milán e incluso se habían hecho con Parma y Piacencia, que el papa Julio había conquistado para la Iglesia. Eran ya directamente vecinos de Florencia, que se había quedado huérfana tras la muerte de Lorenzo. El primo del Papa, Giulio, pensó en su hijo mulato, Alessandro, como futuro señor de la ciudad, pero en 1519 el muchacho tenía solo nueve años de edad. Así pues, dejó que la región

toscana se gobernara a sí misma, como ya había ocurrido anteriormente, y reflexionó sobre cómo podía evitar la amenaza francesa. La conclusión no exigió excesiva presencia de espíritu: necesitaban ayuda, y solo podían conseguirla del emperador, preferiblemente auxiliado por Venecia.

Mientras que León empleaba sus audiencias vespertinas tratando los temas de la recaudación monetaria y las alianzas militares, por las noches, no obstante, se dedicaba a presenciar con deleite las tonterías de los bufones cargados de cascabeles, la declamación de los actores y las tristes melodías de los músicos, o bien a jugar a las cartas, por lo que ni él ni sus cortesanos curiales prestaban mayor atención a los acontecimientos eclesiásticos que se estaban desarrollando al otro lado de los Alpes. A finales de octubre de 1517, tras la presentación de las tesis del airado y obstinado agustino Lutero, se extendió como un incendio un movimiento de protesta contra la política del Vaticano, contra el dominio de Roma, contra los dogmas de la Iglesia universal, contra la ausencia de ánimo reformador y dialogante por parte de la administración del Papa. El profesor de teología Lutero publicó, en el año de nuestro Señor 1520, los puntos más importantes de su programa, que gracias al recién desarrollado invento de la imprenta se difundieron con rapidez. Entonces, Roma finalmente tuvo que reaccionar, por lo que en junio de 1520 presentaron la bula papal *Exsurge domine*, dirigida a aquel monje hereje alemán, quien la quemó en público: aquél fue, dependiendo del punto de vista, un acto de inaudita desfachatez, o un ejemplo de protesta muda contra la corrupta Iglesia de Roma y su inmovilismo dogmático, que se iba desintegrando dentro de su propia y abandonada hipocresía.

Aquello fue una declaración de guerra.

Lo que en Roma no acabaron de comprender fue que aquel acto de increíble herejía no solo recibía el apoyo de unos cuantos príncipes alemanes, sino que tras ellos había cada vez más personas que se rebelaban contra una autoridad que apenas guardaba relación con sus propios principios y que hacía tiempo había olvidado sus raíces apostólicas. ¿Por qué en los territorios alemanes debían humillarse ante sacerdotes y obispos, ante legados de la lejana Roma, donde los florines y táleros tan poco merecidos se empleaban en levantar lujosas construcciones, en financiar insensatas disputas familiares y en insertarlo en el escote de prostitutas inmorales? ¿Solo aquellos sacerdotes puteros y avariciosos, tanto los grandes como los pequeños, estaban en posición de sanar las pecaminosas almas de los fieles? ¿Y qué había de su fe? ¿De su piedad? ¿De la vida casta que predicaban? Ni siquiera eran lo suficientemente consecuentes como para abolir el celibato, que solo cumplían *pro forma*.

Así se sentían y pensaban innumerables habitantes del norte.

Los prelados romanos, no obstante, contemplaron de forma muy diferente los mismos acontecimientos: a sus ojos, aquel pequeño hereje alemán berreaba su letanía

de *sola-scriptura*, *sola-fide*, *solagratia* en el oscuro y nuboso aire de sus montañas; predicaba en la graznante, susurrante y chirriante lengua bárbara de los teutones que nada tenía que hacer ante la escritura, la fe, la gracia de Dios, ni mucho menos ante la Iglesia universal con el Santo Padre a la cabeza, seguido del colegio cardenalicio, de los ejércitos de su santidad, de la autoridad de su concilio y de la sabiduría transmitida de los padres de la Iglesia. Martín Lutero abogaba por reducir los siete sacramentos a dos, el bautismo y la comunión; por abolir el voto de castidad; por no reconocer la autoridad del Papa, e incluso por traducir las Sagradas Escrituras a la lengua de los pueblos llanos, de tal forma que todo aquel que no supiera latín pudiera leer... e incluso hacer preguntas incómodas.

Los dogmáticos de Roma se indignaron sin siquiera llegar a estudiar con atención los escritos heréticos de Lutero. Lo que estaba ocurriendo al otro lado de los Alpes era inconcebible. El orden mundial se estaba tambaleando.

Sin embargo, el papa León permanecía imperturbable: veía en aquella revolución una mera fogata que debía apagarse; el primo Giulio agitó reflexivo la cabeza y puso en marcha la consecuente política de contención. Quizá el joven emperador pudiera realizar en el vecino parlamento de Worms una poderosa arenga contra aquel testarudo monje.

En el año 1521, no obstante, el Papa y su primo tuvieron que hacer frente a un nuevo y acuciante problema. Era necesario expulsar finalmente a los franceses del norte de Italia. Nada más concluir su elección, el emperador Carlos cerró un acuerdo con los venecianos para echar por la fuerza a los franceses. Las tropas se reunieron en verano. El contingente veneciano se encontraba bajo el mando de un nuevo comandante en jefe: Francesco Maria della Rovere. Ante las tropas papales se presentó el vicescanciller Giulio de Medici en persona. En su escolta se encontraba el *capitano* Giovanni de Medici, llamado *il Diavolo*, acompañado de su antiguo amigo de infancia y *luogotenente* Pierluigi Farnese.

Entonces, los ejércitos marcharon sobre Milán contra Parma y Piacenza.

El papa León, no obstante, no quiso renunciar a sus tradicionales cacerías de octubre, a pesar de los rigores de la guerra. Por desgracia, sus *dolores ani* volvieron a atormentarlo, y a principios de noviembre fue necesario operarlo. Su primo se había marchado al campo de batalla con la promesa de regresar victorioso, por lo que el Santo Padre se apresuró a llamar a su lado a su compañero de cacerías Alessandro Farnese, no solo para escuchar juntos los conmovedores cantos e interpretaciones de los músicos, sino también para compartir sus penas: fístulas y abscesos sin fin, los atardeceres tempranos con noches frías y llenas de niebla, los dolores en las articulaciones y un resfriado febril con dolores en el pecho y apnea.

—Echo de menos a Rafael, y cuando Giulio se marcha, me siento absolutamente desprotegido —dijo entre toses—. Si no te tuviera a ti, viejo amigo, sufriría una

melancolía inconsolable... Sería de agradecer que al menos ganáramos esa maldita guerra... El dinero del norte sigue decreciendo, será necesario volver a establecer un nuevo título honorífico vaticano y vendérselo a buen precio a los romanos acaudalados, ansiosos de ejecutorias...

Alessandro escuchaba las jeremiadas papales sin replicar gran cosa. Sus pensamientos estaban vueltos en otra dirección.

—Quizá muera pronto —se lamentó León.

—Estás a mitad de los cuarenta, y probablemente reines por más tiempo que nuestro padre San Pedro.

—Si no fuera por esta mierda de dolores... Se pierde todo tipo de deseo... ¿Qué tal está tu Silvia? Giulio hizo que se la declarara muerta, ¿no es verdad?

—Ella...

Un renovado ataque de tos lo interrumpió. Cuando León recuperó el aire, dijo, mirando al vacío.

—Entre vosotros, los Farnese, siempre me he encontrado a gusto. Ya fuera de caza, o en la boda: a propósito de Constanza... ¿Cuántos hijos ha parido ya?

—Tres.

—Qué suerte la tuya. ¿No estuvo una vez malísima? Entonces pensé que ni siquiera tú, con tu salud de hierro, serías capaz de sobrevivir a su muerte.

—Sí, fue tras su primer parto. Tu compasivo corazón me hizo mucho bien entonces.

—Oh, Alessandro, ¿te acuerdas de nuestros días en Florencia, cuando nuestro padre aún vivía y los sabios filósofos nos crispaban los nervios con sus discusiones? Pasaron ya los hermosos días de la juventud, pasaron ya para siempre, como dicen los poetas... Y tu primogénito ahora está casado con esa Orsini un poco basta, y han engrandecido la familia con un hijo y una hija, con un heredero. ¿Cómo se llama el chico?

—Alessandro.

—Sí, Alessandro como su abuelo... Puedes presumir de tu buena fortuna. Pierluigi ahora guía también una compañía en nuestra guerra contra los franceses, bajo la supervisión de ese hijo del diablo, Giovanni, un indisciplinado hijo de puta, pero lo queremos igual... ¡Como si fuera nuestro hijo! ¿Cuántos años tiene ya tu Ranuccio, por cierto?

—Trece.

—Exacto, trece años y ya disfruta de los beneficios de un obispado. Algún día será un grande de la Iglesia.

León enmudeció, agachó la cabeza, volvió a alzarla y miró inquisitivo a los ojos de Alessandro. Parecía realmente enfermo, con sus ojos turbios y sanguinolentos, los carrillos más colgantes y fofos de lo que solían, la piel enrojecida en exceso que, no

obstante, también brillaba con un tono azulado y, finalmente, la respiración entrecortada.

—Debes esforzarte —añadió.

—¿A qué te refieres? —por supuesto, Alessandro sabía bien qué quería decir León.

—En cualquier caso, fue bueno para ti que recibieras las órdenes superiores el año pasado.

—Fue hace dos años, en 1519.

—Me acuerdo bien de tu primera misa como obispo consagrado.

—En la navidad de 1519. A día de hoy te sigo estando agradecido por haber venido. Me sentí muy honrado.

—Casi todo el colegio cardenalicio te honró con su presencia, incluso Colonna, que evidentemente estaba muy ocupado con la guerra de Milán. Todos querían escuchar la prédica del futuro Papa. Hablaste sobre la cita de la Biblia «Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté sólo; le haré ayuda idónea para él». La mayoría de la gente se sonrió.

—Yo hablaba en serio —replicó Alessandro.

—Lo sé —dijo León. Entonces, tras una breve pausa, en la que alzó sus turbios ojos miopes, añadió—: El único que puede hacerte fallar es el primo Giulio.

Capítulo 26

Roma, palazzo Farnese - 1 de diciembre de 1521

Resbaló por un tapiz de extraños olores hasta una oscuridad informe. Asustado, se echó a un lado buscando el tacto del cuerpo de Silvia, para poder cogerla de la mano y hallar consuelo en su calor.

Silvia no estaba allí. Pero, ¿no la acababa de abrazar?

Alessandro se dio cuenta de que se iba despertando lentamente de un sueño que despuntaba contra el amanecer.

En el exterior, caía una fuerte lluvia.

Silvia, en cualquier caso, no podía encontrarse a su lado, pues hacía años que vivía en su propia casa en la via Giulia, expulsada de su hogar por él mismo. Aún la veía esporádicamente. Hablaban de sus hijos y sus nietos, del futuro.

También visitó alguna vez a Maddalena, para poder ver a Virginia y comprobar sus progresos académicos. La muerte de Rafael la había afectado profundamente, y sus ambiciones artísticas habían encontrado un drástico final. Ya no había lugar para ella entre aprendices y adeptos del artista.

Cuando Alessandro la pidió que tocara un poco el laúd para él, ella respondió con una gran sonrisa. Tenía una voz clara, un poco quebradiza. Sus ojos se aclararon, su bronceada y brillante piel y su mentón decidido relucieron mates bajo la luz. Alessandro no podía alejarse de la visión de aquella criatura inocente. Interrumpió el recital, tomó su cara entre las manos y la sujetó para que pudiera mirarla directamente a los ojos. Aquella mirada inescrutable y oscura. Audaz, inquisitiva e insondable.

La besó en la frente y le preguntó en latín por sus estudios, a lo que ella respondió sin error alguno.

—Yo te bendigo, hija mía —susurró él, realizando la señal de la cruz.

Maddalena, tal y como él había podido comprobar por el rabillo del ojo, había estado observando crítica toda la escena, hasta que al final carraspeó y pidió a Virginia que siguiera tocando el laúd. Al mismo tiempo, se fue deshaciendo las trenzas y dejó que el dobladillo de su camisa se deslizara sobre su pecho derecho, hasta que el rosado pezón apareció, libre, descarado y autocomplaciente.

Virginia siguió tocando dada la vuelta, tarareando versos incomprensibles, y Alessandro tenía más ojos para la hija que para la madre.

Maddalena, finalmente, tiró de él hasta la habitación de las venus imperiosas y las montañas de cojines. La niña seguía tocando.

Ahora, él se encontraba de nuevo en su húmeda cama, mientras fuera, bramaba la

lluvia de invierno.

No era tanto la parte erótica la que le faltaba, la satisfacción del bajo vientre, que siempre podía solucionar con Maddalena, aunque con la edad cada vez sentía una menor urgencia en ese sentido. Al fin y al cabo, había celebrado ya su cincuenta y tres cumpleaños, los achaques aparecían aquí y allá, y Maddalena iba necesitando cada vez más paciencia antes de lograr ponerle en la disposición adecuada, cuando no se daba el caso de que él concluía con asombrosa rapidez. En una ocasión, incluso, se había quedado dormido sobre sus pechos. Cuando se había despertado, de pronto, ambos no habían podido evitar romper en carcajadas.

Lo que en realidad le faltaba era la cercanía de su compañera favorita: su aliento, su aroma, el susurro de su ropa, el sonido de su voz, el consuelo de sus palabras. Incluso su consejo. Su cercanía era como un retorno al hogar: cada día se cruzaba con incontables personas, en *palazzo*, por la calle, en el Vaticano, durante las misas, en el consistorio, al darle órdenes al servicio... Y algunas veces se sentía de vuelta en el pasado, solo, con Silvia como única compañía, en la *isola* Bisentina, y recordaba el pasado, como en un sueño.

Sí, le faltaba Silvia. Sin ella, se sentía solo, a pesar de toda la gente que lo rodeaba.

¿De verdad había sido necesario expulsarla de la casa? ¿Realmente merecía la pena todo el sufrimiento y las complicaciones? ¿Estaba justificado aquel miedo a nuevas víctimas?

Los pensamientos de Alessandro mudaron a sus hijos. Pierluigi había logrado engendrar, a pesar de sus particulares inclinaciones, a un hijo, Alessandro, y a una hija, Vittoria, lo que daba pie a la esperanza.

¿Y Constanza? Seguía viviendo con Bosio y sus nietos en el *palazzo*. Incluso había sido madre de nuevo, de una niña, por suerte, y al igual que en el segundo parto, sin fiebres ni molestias. Por supuesto estaba atareadísima con sus retoños, pero a pesar de todo disfrutaba visitando a su padre en su estudio. Entonces, ella le hablaba de los progresos de los niños, señalando que su primogénito, en un futuro lejano, debería entrar en la Iglesia. En una ocasión, ella le miró inquisitiva y llena de expectativas, antes de añadir:

—Pero antes, debes suceder a León como Papa.

Él la sonrió amoroso.

—No depende de mí —se limitó a responder.

—Depende de ti, entre otras cosas —sentenció ella—. Rezaré con empeño al Altísimo por ello.

Como él sabía que sus creencias se habían reforzado desde aquel día en que había estado al borde de la muerte, simplemente asintió con gravedad.

Los ojos de la joven se perdieron en la lejanía, y dio muestras de sumirse en

silenciosa reflexión. Finalmente, arrastró su silla junto a la de él, apoyó la cabeza como una niña sobre el hombro de su padre, le cogió de la mano y se la colocó en la mejilla.

En los momentos en los que se sentía desfallecer, ella le daba fuerzas.

¿Y qué tal estaba su favorito, el pequeño Ranuccio, de trece años? Se encontraba ya en esa época en que la voz le cambiaba con tanta frecuencia como el humor. Algunas veces resultaba insolente, otras guardaba silencio durante todo el día, otras se refugiaba en casa de su madre, e incluso en una ocasión llegó a realizarse él mismo una especie de tonsura con la que se destrozó la cabellera, para finalmente discutir con Baldassare Molosso sobre el mensaje de la Biblia, hasta casi hacerle salir de sus casillas. En otra, murmuró «Iglesia de mierda», lo que tuvo como consecuencia inmediata un bofetón de su padre.

¿Se habría llegado a atrever el tierno Paolo a pronunciar semejantes palabras?

Ranuccio no se había llegado a reponer nunca del impacto que le había supuesto que el breve papal declarara muerta a su madre, aunque jamás hablaba de ello.

Ocasionalmente, Alessandro lo veía marchar, acompañado de Baldassare, en dirección a Campo de Fiori. ¿Irían a ver a Virginia? No lo sabía. No se podía negar que su hijo pequeño se había alejado de él.

Alessandro suspiraba. Hijos que se morían, hijos que crecían, hijos que se casaban y tenían hijos propios, o morían en el parto, se convertían en *condottiere* y caían ante el enemigo, engordaban en sus ropas de prelado... Algunos hijos morían en extrañas circunstancias...

Amenazaba con hundirse en oscuros pensamientos.

Durante un momento, se extendió por la mente de Alessandro un profundo vacío, mientras que en el exterior caía la lluvia imparable, con un estruendo que ahogaba cualquier otro sonido matutino.

Era necesario hacer sacrificios. Era necesario sacrificarlo todo.

Cuanto más alto se ascendía en la jerarquía religiosa, más solo se estaba. Una vez se llegaba a Papa, casi todos los demás debían arrodillarse y besarle los pies, se estaba por encima de cualquiera, se le permitía coronar emperadores, encontrarse entre los mayores soberanos del cielo y la tierra, pero... ¿dónde quedaban la familia, los amigos, los parientes, los amantes?

Según cierto punto de vista, se podía considerar que no había nadie más terriblemente solo que Dios. Todos lo rezaban, se humillaban ante Él, se confesaban ante Él, pero no permitía que nadie se acercara demasiado. Sí, en el fondo nunca hacía señales directas a los humanos, y si se deseaba hablar con Él, permanecía en silencio, necesitaba a sus servidores para que se manifestaran en su nombre. Yendo aún más lejos, Él ofreció en sacrificio a su único hijo, su bastardo, o más bien, su hijo adoptivo, para que lo clavaran a una cruz, para que lo torturaran hasta la muerte.

«Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado?». ¿Acaso no había sido aquella una llamada, un grito desesperado, angustiado, sin consuelo? Pero el Padre callaba.

¿Y su hijo, Jesús de Nazareth? Nunca se acercó a una mujer, murió sin hijos. Incluso llegó a decirle a su madre: «¿Qué tienes conmigo, mujer?». Él consagraba todos sus esfuerzos a los jóvenes, incluso aunque éstos lo traicionaran o le mintieran, como de hecho ocurrió. Quizá precisamente por eso, porque fue tan arrogante como para exigir a todo el que quisiera seguirlo que abandonara a su familia y su trabajo. ¿Cómo lo expresaba Lucas? «Y dijo a otro: “Sígueme”. Él le dijo: “Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre”. Jesús le dijo: “Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios”. Entonces también dijo otro: “Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa”. Y Jesús le dijo: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios”».

¿Acaso no eran aquellas palabras duras, malintencionadas? ¿No exigía, en nombre de la bondad, realizar una ruptura en absoluto bondadosa con todas las ataduras y raíces? ¿Qué podía quedar cuando se abandonaba la tierra, el arado y la familia? Pobreza, y al final, martirio... ¿Qué clase de exigencia inmisericorde era aquella, especialmente para los jóvenes que querían ordenarse sacerdotes? ¡Qué pretensión tan soberbia, y al tiempo tan ambiciosa!

No obstante, los griegos habían creado toda una mitología de dioses humanizados que residían en su Olimpo: una gran familia llena de amor y de celos, de disputas y de odios, de inteligencia y engaño. Dioses que se mezclaban entre los hombres para conocerlos, guiarlos e inspirarlos, protegerlos o incluso concebir hijos con ellos. Eran actos demasiado humanos.

¡Y él mismo ambicionaba desde hacía tiempo alcanzar el puesto más elevado de la cristiandad!

¿Qué tendría que ofrecer para el sacrificio, después de Paolo?

Aún amaba a Silvia, y sin embargo la había expulsado de su vida...

Aquellos pensamientos le hicieron estremecerse. Entonces, el diablo y su pacto se aparecieron ante él, sonriéndole desde la oscuridad.

Pero, ¿acaso era posible dar marcha atrás?

¿No había abrigado desde los sangrientos días de César Borgia un deseo secreto, tan ambicioso que hasta la fecha nunca lo había revelado a nadie: el deseo de sobrepasar en poder y éxito prolongado a los mismísimos Borgia? No solo quería ser Papa, sino fundar un ducado terrenal que sus hijos y nietos, y todos los que vinieran después pudiera regir durante siglos.

Los dioses griegos eran indulgentes, solo un pecado castigaban con crudeza y sin piedad: ¡el orgullo! La arrogancia de elevarse por encima de los dictados de los dioses. ¿Acaso no eran sus propios planes y deseos pura arrogancia?

Capítulo 27

Roma, palazzo Farnese - 1 de diciembre de 1521

Constanza se había levantado para ver a la ama y a su hija pequeña, a quien había llamado Giulia en honor a su tía. Guido Ascanio, que por aquel entonces contaba con tres años y medio de edad, aún dormía, mientras que Francesca, de dos años, correteaba a pasitos alrededor del ama, porque quería verla dar de mamar. Constanza observó a la pequeña antes de acercársele y cogerla en brazos. Francesca quiso contarle algo, pero puesto que se encontraba aún aprendiendo a dominar el habla, apenas logró expresar un par de palabras entre dientes y gesticuló violentamente con los brazos. Giulia, la pequeña, yacía entretanto recostada sobre el pecho del ama.

Constanza se dirigió bostezando, y acompañada de Francesca, hacia la ventana y abrió los postigos. En la calle amanecía pero al tiempo bramaba la lluvia, que cubría las obras y el jardín que daba acceso a la via Giulia, como si se encontraran tras una cortina translúcida. Constanza, no obstante, percibió un recodo de claridad que iluminaba la aguja de la torre defensiva y campanario del Trastevere, así como el borgo Vaticano, con pálido resplandor. Durante un instante pensó incluso que se trataba del reflejo de las llamas y llegó a dar forma en su mente la poco tranquilizadora imagen de una Roma ardiendo, a pesar de que semejante pensamiento se contradijera abiertamente con la densa lluvia que caía en aquel momento.

Miró a Guido Ascanio, que seguía profundamente dormido, y escuchó en la habitación de atrás el llanto de niños: probablemente el berrinche matutino del pequeño Alessandro de Pierluigi y Girolama, que tenía más o menos la misma edad que Francesca, pero no caminaba igual de bien. Tampoco lograba pronunciar más que tres o cinco palabras. Sin embargo, a los dos les gustaba jugar juntos, incluso cuando se les unía el mayor de los primos.

Constanza dejó a Francesca y se dirigió a los aposentos en los que residía Pierluigi con su familia. Las probabilidades de encontrarse con su detestado hermano eran remotas, puesto que Pierluigi se encontraba luchando en algún lugar en las cercanías de Parma contra los franceses. Antes de partir, su padre lo había exhortado seriamente a que pensara en su tío Angelo, y que no pusiera su vida en peligro por una gloria mezquina. La que había alcanzado su tío, fallecido durante la batalla de Fornovo, había caído ya en el olvido, al igual que su cuerpo descompuesto.

Constanza saludó a Girolama, su cuñada, de la fecunda familia Orsini. Girolama, antes que nada, bostezó con un sonido similar al de un asno, se estiró y extendió los brazos que surgían del camisón de tonos claros, capaces no obstante de ocultar con

distinción sus poco proporcionadas formas. Probablemente hubiera pasado demasiado tiempo encerrada en un convento, pues había desarrollado unas considerables posaderas, que ofrecían un llamativo contraste con su antaño magro pecho. Miraba al mundo con la cándida belleza de una auténtica borrega, pero sus labios carnosos oscilaban con dulzura, y su pelo rizado y denso relucía como seda rubia oscura, algo insólito en su familia. Girolama era objeto de envidia por su pelo, y por la curvatura de sus labios, pero en el momento en el que abría la boca, no salía por ella más que un montón de tonterías, o chismorreos cotidianos.

Girolama había sido incapaz de aprender latín en el convento, no lograba sostener ni un solo tono cantando, y sus dedos prácticamente aporreaban el laúd al tocarlo: lo que sí había aprendido durante su clausura, no obstante, era a disfrutar de una paciencia y de un estoicismo sumiso extremos, algo que se tomaba como una obligación personal. Constanza no estaba segura de si debía admirar o despreciar semejante cualidad de Girolama. Quizá se había sentido tan feliz de abandonar su humillante educación en el convento al casarse con Pierluigi, que aceptaba las humillaciones de su marido sin rechistar. En cualquier caso, Girolama era capaz, igualmente, de ser ácida y malintencionada, y su humor cambiaban radicalmente dependiendo de si Pierluigi se encontraba o no en casa. En aquellos momentos, Girolama resplandecía, si no de felicidad absoluta, al menos de una alegría risueña.

Cuando comía, todavía más.

De hecho, sus primeras palabras de saludo a Constanza fueron:

—María y José, ¡qué hambre tengo!

No tardaron en disponer el desayuno. Por las mañanas, Constanza apenas comía nada, si acaso un pedazo de queso o alguna aceituna, pero Girolama, por el contrario, se hacía traer miel y leche, huevos y pan, zumo de naranja, manzanas frescas y, finalmente, mazapán.

Constanza tomó un sorbito de zumo y se comió una manzana, pero apenas podía ignorar cómo Girolama, presa de una incontenible satisfacción, deglutía su desayuno y se olvidaba de la conversación. Constanza abrió los postigos para permitir que entrara algo de aire fresco en la habitación, y contempló asombrada el jardín recién regado. Había dejado de llover, el manto de nubes se alejaba en dirección oeste, y el sol matinal propagaba su resplandor rojizo por los tejados. Las torres relucían ya sobre la ciudad, que despertaba. Por todas partes se oía el griterío de la gente, el cacareo de las gallinas, el sonido de las riberas del Tíber al cargar las barcas que lo recorrían, y de todo tipo de carros avanzando por la calle. Los carpinteros volvían a trepar hacia la parte superior de las alas del palacio, cuyas obras no tardarían en concluir, y los primeros rayos de sol comenzaban a posarse sobre ellos. Uno de los obreros, Antonio, innegablemente el más hermoso de todos, comenzó a cantar, a lo que Girolama torció la boca como si se acabara de tragar un huevo podrido.

—Si se cayera del tejado, aplaudiría tres veces —dijo, con la boca llena, y dirigiendo un par de cabezazos indicativos en dirección al cantarín Antonio, para finalmente enjuagarse con zumo de naranja.

Un destello de satisfacción volvió a pintársele en el rostro.

—¿Has oído las noticias de Milán? —preguntó.

—Por supuesto —repuso Constanza, intentando disimular el tonillo irritado que siempre se le escapaba cada vez que Girolama anunciaba alguna perogrullada o le informaba de alguna noticia ya pasada.

Por supuesto, Constanza, como todos los romanos, sabía ya que el ejército de la liga antifrancesa había conquistado Milán, además de Parma y Piacenza, y que Giovanni, *il Diavolo*, de la familia Medici, había jugado un importante papel.

—Pero el pobre tío León está tan enfermo que ha tenido que rechazar incluso la celebración de la victoria.

Girolama llamaba al Papa, al igual que a su primo Giulio y a otros cardenales, «tío», aunque los lazos familiares entre ellos se remontaran a Adán y Eva, e incluso se refería al padre de Constanza con el apelativo *babbo*, «papi», algo que ni siquiera a Ranuccio le estaba permitido.

—Sí, el Santo Padre ha sufrido unas pesadas toses febriles —afirmó Constanza. Utilizó formalmente aquella denominación formal a pesar de que ella, a diferencia de su cuñada, había llamado a León «tío» desde que era una niña—. Nuestro padre no pudo ver al Santo Padre hasta ayer.

—¿Y sabes cuáles son las noticias más recientes? —Girolama cogió de nuevo el bote de miel y dejó caer la espesa sustancia dorada desde una cucharilla hasta su trozo de pan.

—Sin duda me informarás de ellas de inmediato.

Sin embargo, Girolama esperó hasta que pudo meterse el pedazo untado de miel en la boca y, para concluir, chupó la cucharilla con deleite.

—Hoy mismo Pierluigi vendrá a Roma, tal y como me informó en un mensaje ayer por la tarde, para informar al tío León de la victoria en Milán y Parma. El tío Giulio lo ha enviado para dar parte del triunfo, a mi Pierluigi, y no al *Diavolo*. ¿Qué tienes que decir a eso?

Aquella pregunta delataba tal soberbia que logró enfadar a Constanza.

—Pues que ya podéis estar contentos tú... y Antonio —repuso, con un acento sumamente apacible y sereno, para que la alusión al artesano que con tanta frecuencia visitaba Pierluigi no pasara desapercibida.

Sin embargo, Girolama no dio muestras de haber reparado en las insinuaciones acerca de los hábitos de Pierluigi, y se dedicó a hundir de nuevo la cucharilla en la miel para chuparla después torciendo la lengua y los labios en todo tipo de gestos.

—¿Y tu Bosio todavía no se ha despertado? Debes haberlo mantenido despierto

mucho tiempo esta noche. ¡Y eso tan pronto después del parto! —añadió, chasqueando la lengua y cerrando sus ojillos de borrega en una mirada maliciosa.

Constanza se colocó de nuevo junto a la ventana para observar la colina del Gianicolo, iluminada por el sol, y apaciguar su furia. No debería discutir con la pesada de Girolama. Ciertamente había cosas mejores que hacer que enredarse en una pelea de gatas.

—Lo principal es que tú hayas descansado —señaló, con aspereza—. Así podrás consagrarte toda esta noche a tu querido marido. Ya va siendo hora de que vuelvas a quedarte embarazada. Alessandro tiene ya más de dos años, y tu tripa no se redondea más que con grasa.

Esa vez, Girolama respondió, en lugar de con su habitual tolerancia risueña, con abierta hostilidad. Aunque Constanza no se había vuelto hacia ella, oyó perfectamente como la bilis le inundaba la boca, amargando el sabor de la miel.

—Al menos he traído al mundo a un varón Farnese, algo que tú nunca harás —señaló—, y cuando tu Bosio os lleve a tus hijos y a ti a esa aldea de cabras llamada Santa Fiora, entonces podrás parir a un niño detrás de otro si quieres, aunque se volverán unos salvajes allí.

Constanza se giró colérica y le espetó a su cuñada en su cara hinchada de orgullo descarado:

—Ya te gustaría a ti que dejáramos Roma y pudieras ser el centro de atención. Además, ¿de dónde has sacado eso de que nos vamos a Santa Fiora?

Constanza hubiera preferido morderse la lengua, pues había cometido la estupidez de aceptar la provocación de Girolama. Sin embargo, ya era muy tarde.

—El propio Bosio me lo ha dicho. A él le molesta todavía más que a mí que nosotros no seamos más que un apéndice desagradable para la familia, aunque seamos lo suficientemente buenos como para asegurarle a *babbo* descendencia. Lo cierto es que cualquiera de nosotros estaría mucho más satisfecho si pudiera dirigir su propia casa, en su propio *palazzo*. Bosio debe sentirse como un niño, pero es demasiado bonachón, y os deja hacer y deshacer a los Farnese. Incluso una vez me dijo: «Preferiría ir contigo a Santa Fiora, al menos tú no eres tan..., tan...». Eso fue lo que dijo.

De hecho, aquello era lo más sucio que Constanza había tenido que soportarle a su cuñada. Reaccionó de inmediato: se levantó de un salto y le abofeteó su mejilla flácida con una palmada sonora. Girolama apenas se había movido, sus ojos bobalicones se le llenaron de lágrimas, pero no gritó ni prorrumpió en ninguna oleada de insultos.

Eso enfureció aún más a Constanza.

Ya iba a propinarle un segundo bofetón, cuando Bosio apareció por la puerta y la detuvo:

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Girolama, salvada, voló a sus brazos, arrojándose directamente contra su pecho, expulsando palabras incomprensibles contra su chaqueta de terciopelo abombada y abierta. Él le dedicó unas torpes palmaditas de consuelo en la espalda e intentó zafarse de ella. Girolama lo soltó, miró a Constanza con los ojos llenos de lágrimas y desapareció en el cuarto de su único hijo varón.

—¡Vaca estúpida! —le gritó Constanza a la espalda, para agitar seguidamente la cabeza y llevar a Bosio hasta sus propios aposentos, donde Guido Ascanio finalmente se había despertado.

Miró a los niños, pero de nuevo los dejó con la niñera y regresó hasta Bosio, que se había sentado sobre un arcón y parecía sumido en una ensoñación.

—No le permito a Girolama que me hable en ese tono —gruñó ella.

—Pero no puedes dedicarte a golpear a tu cuñada.

—No hace falta que me digas lo que tengo o no tengo que hacer. Girolama se mostró odiosa, realmente malevolente sin motivo alguno, y se ganó esa bofetada. Ya era hora de que Pierluigi volviera y la pusiera en su lugar.

Bosio no respondió, y como era habitual en él dejó que su esposa calmara sus nervios mientras se encogía sobre el arcón como un perro apaleado, lo que la provocaba y la lastimaba al mismo tiempo. Ella sabía que Bosio la amaba de verdad, que la adoraba, que le perdonaba todo, incluso sus arrebatos dominantes, y que se esforzaba enormemente en la cama, donde se le ocurrían todo tipo de ideas. Por eso habían tenido ya tres hijos. Las dificultades iniciales debidas a su inseguridad, afortunadamente, quedaban ya en el olvido.

Al mismo tiempo, no obstante, deseaba un marido capaz de golpear la mesa con el puño. Cuando lograba enojar a Bosio, enfurecerlo de verdad, las reconciliaciones posteriores en el lecho marital resultaban particularmente creativas. A pesar de su habitual dulzura, se le echaba encima como un animal de presa, y olvidaba todos los preceptos eclesiásticos acerca del «creced y multiplicaos». Los arañazos y moratones que ella lucía después hacían que él se disculpara con profusión, incluso cuando ella se encontraba aún en el dulce vacío de los sentidos en el que con gusto permanecería eternamente suspendida.

—¿Podemos marcharnos por fin a Santa Fiora? —dijo él, y miró hacia otro lado—. ¿Qué hacemos aquí en Roma? Ni siquiera se puede cazar. Mi condado es pequeño, pero necesita que lo administren. Me he criado allí y es el lugar al que pertenezco. Tras la muerte de mi padre, mi madre vive allí sola.

—Mi madre también vive sola, igual que mi abuela...

—No es comparación. Una mujer pertenece a su marido, y no al revés. Un hombre no pertenece a la casa de su suegro, incluso aunque éste sea cardenal. ¡Si al menos tuviera algo que hacer aquí! Un puesto de *governatore* local, por ejemplo.

La voz de Bosio denotaba una decisión inusual, en opinión de Constanza, y en su interior ella sabía que tenía razón. Sin embargo, no quería ni podía dejar solo a su padre con Pierluigi y Ranuccio. Había hecho un voto. También necesitaba a su madre. Y en cualquier caso no quería mudarse a aquel pueblo perdido de la mano de Dios.

—¡Pero si tienes una ocupación! —repuso ella, mientras se sentaba a su lado y posaba el brazo en torno a sus hombros—. Si fueras *governatore*, no te vería casi nunca.

—Sí, la ocupación de traer niños al mundo, niños que ni siquiera son Farnese, ni Sforza de Milán, sino Sforza de Santa Fiora. Tu padre nos utiliza a todos para sus fines. Incluso les ha organizado la vida a tus hermanos. Ni siquiera se da cuenta de lo mucho que sufre Ranuccio bajo el hábito que ya se ve obligado a llevar. «El niño obispo de Montefiascone», así lo llaman. Toda la curia se ríe de él.

Constanza frunció el ceño. ¿Había algo que ella pudiera decir en contra de aquellos argumentos? Había podido comprobar que a Bosio le gustaba jugar con sus hijos, que era un padre cuidadoso, igual que sabía que no se entendía bien con Pierluigi, porque le gustaba reírse de él y llamarle «marica fracasado» pero, ¿también hablaba con Ranuccio? ¿O incluso con su padre? Entonces, cayó en la cuenta de que en los últimos tiempos su marido había visitado a Silvia con regularidad, y que incluso había salido a cabalgar con la tía Giulia con más frecuencia todavía, hasta que ella se había marchado a Capodimonte con la abuela.

Constanza se encontraba aún sumida en sus pensamientos cuando oyó fuertes golpes en la puerta, y poco después numerosos jinetes hacían su acelerada entrada al patio interior. Los hombres saltaron de los caballos y por el estruendo pomposo ella dedujo que debía tratarse de su hermano. Salió a la ventana, y de hecho, allí se encontraba él, y volviendo la cabeza, la saludó. Girolama gritó su nombre con un chillido de estridente alegría, y le hizo señas que él respondió con desenfado. Entonces, entró de un salto por las arcadas en dirección a la escalera principal. Girolama salió a su encuentro apresuradamente por el pasillo, con Alessandro de una mano y Vittoria del otro. Él besó a sus hijos, le dedicó un cachete en su orondo trasero a su mujer y llamó a su padre.

Constanza le salió al encuentro con parsimonia y sonrisa contenida.

El padre se estaba colocando su uniforme de cardenal cuando todos acudieron a sus aposentos. El manto de viaje de Pierluigi estaba sucio y sus ojos circundados por oscuras bolsas. Sin embargo, emanaba un entusiasmo contagioso.

—¡Papá, hemos ganado, en todas las líneas de batalla, y tu hijo estuvo al frente, con Giovanni, *il Diavolo*! —exclamó, aproximándose a su padre, y Constanza pensó que iba a abrazarlo lleno de orgullo paternal.

Sin embargo, se limitó a asentir con reconocimiento, y siguió vistiéndose.

Entonces, Pierluigi cayó a sus pies y gritó:

—¡Padre, bendíceme, a tu hijo primogénito, que ha luchado por la victoria de la Iglesia!

Éste arrugó el ceño con escepticismo, le hizo la señal de la cruz y se dispuso ante el ayuda de cámara para que le colocara la *mozzetta*. Constanza dejó vagar la mirada hacia Ranuccio, que observaba a su hermano con una combinación de admiración y desprecio y, junto a él, como un amigo paternal, Bosio. Girolama se comía a Pierluigi con los ojos, lo que resultaba terriblemente vergonzoso. Entonces, apareció también en la habitación el sudoroso Baldassare Molosso.

Pierluigi se había levantado de nuevo.

—He estado en el Vaticano dando parte...

—¿Tan temprano? —le interrumpió su padre—. A León le gusta levantarse tarde.

—En cualquier caso no me han dejado pasar, pues por lo que me dijeron, el Santo Padre está enfermo, los médicos están con él.

El padre le indicó al ayuda de cámara que se apresurara con la *mozzetta*.

—Entonces, he venido a casa para informarte.

—Pues entonces, infórmame —repuso su padre, visiblemente apresurado.

Pierluigi entonces inició su apasionado relato. Describió los actos de heroísmo del «*diavolesco Giovanni*»; solo con un par de hombres aquel muchacho endemoniado, a pesar de las temperaturas otoñales, había travesado un río para sorprender a los franceses y obligarlos a huir: sin él, la victoria nunca habría sido tan rápida.

—Quizá Francesco Maria, el general de los venecianos, haya tomado nota. Siempre llegaba tarde —se carcajeó Pierluigi—. Giovanni le ha robado todo el protagonismo, y ha sido él quien se ha lanzado contra Parma y Piacenza. Si el general y el vicescanciller no le hubieran retenido, estaría ya marchando sobre Ferrara para conquistar también ese poblacho. Por lo demás, el tío Giulio siempre está en la retaguardia. Es un astuto estratega, debo admitir, e incluso Giovanni lo dice. Un hombre del que hay que tener cuidado. Eso también lo digo yo. Sobre todo en Roma, en el Vaticano.

Miró a su padre lleno de expectación.

Éste asintió, sumido en sus meditaciones.

—¿Parma y Piacenza están en nuestras manos?

—Claro, como ya he dicho.

—¿Y el vicescanciller se encuentra aún entre las tropas?

—Probablemente esté en Milán, puesto que debe ocuparse de imponer un orden, de establecer una nueva administración... —Pierluigi se había aproximado de nuevo a su padre, casi asediándole, obligándole a dar un paso atrás—. ¡Es nuestra oportunidad!

Durante un momento, Constanza solo había escuchado parcialmente, pues había

surgido el nombre de Francesco Maria, despertando de nuevo los recuerdos de una particular sensualidad. Ahora debía, no obstante, reírse de sí misma, de aquellos sueños de niña. El héroe, el caballero, el *condottiere*, capaz de conquistar tanto las tierras como a las mujeres... Todo eso era Francesco Maria, todo eso no era su Bosio... Al menos su Bosio no se encontraba en ningún campo de batalla, sabía Dios dónde, no se enfrentaba a la peste ni al *morbo gallico*, no moría de forma heroica o en el peor de los casos, volvía tullido. No, sus batallas las libraba solo por las noches, mientras que por los días, jugaba con los niños...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el padre, frunciendo el ceño con escepticismo.

—El papa León está a punto de irse a criar malvas, es algo que puede olerse en el Vaticano, todos han vuelto hacia allí sus codiciosos ojos y solo esperan para poder clavar las garras en las piedras preciosas y en las cadenas de oro, en las ropas con brocados y en los cálices, y en toda la parafernalia papal.

—León solo tiene un resfriado febril, ayer mismo estuve con él. Además, los rumores de muerte tiene una vida larga. Lo mismo ocurrió con Julio. La gente empezó a saquear, pero Julio se repuso e hizo desterrar a un buen número de prelados y azotar a criados.

—Esta misma mañana he oído que León ha escupido sangre.

Solo entonces su padre comenzó a escuchar de verdad.

—¿Estás seguro de eso?

—Como de que me llamo Pierluigi Farnese y pronto seré el hijo de un Papa —apuntó con voz alta, golpeándose el pecho con el puño.

Ranuccio lo observó con un movimiento de risueño escepticismo. Constanza tomó la mano de su padre y le dijo, con agitación apenas contenida:

—Las cosas se están poniendo serias. No podemos dar un paso en falso.

—¿«Podemos»? —dijo el padre, con cierto tono burlón.

—¡Hay que atacar y marchar! —gritó Pierluigi—. Sin dudas ni titubeos, sin vacilación ni negociación: ¡contra el enemigo!

—No estamos en el campo de batalla —respondió el padre con sequedad, pero parecía haber tomado ya una determinación.

—No lo entiendes —exclamó Pierluigi, con el tono de voz más elevado con el que nunca se había dirigido a su padre—. Giulio de Medici, tu principal competidor, tendrá que gobernar Milán durante un tiempo y probablemente no tenga idea de lo grave que está el Papa. Para cuando llegue, León llevará tiempo muerto, el cónclave habrá hablado, ¡y tú serás Papa! No debes dudar.

—¡Pero León aún no está muerto! —gritó el padre, al mismo volumen.

Capítulo 28

Roma, Vaticano - 1 de diciembre de 1521

Alessandro cabalgó apresuradamente con su hijo Pierluigi hacia el palacio vaticano. De inmediato le dieron la entrada y se encontró al Papa jadeando y tosiendo, febril y débil. A su alrededor, trabajaban sin descanso los impotentes médicos, mientras que de fondo se elevaba una oscura pared de prelados. Sorprendentemente, él era el único cardenal, con la excepción de Lorenzo Pucci, el amigo de confianza de la familia Medici.

Entre los prelados se extendía un suave murmullo. Nadie rezaba. Los ayudas de cámara y secretarios, al fondo y en los alrededores, parecían fuera de sí, y se molestaban los unos a los otros con su atareada actividad.

León alzó ligeramente la cabeza e intentó sonreír.

—Mi más fiel amigo —susurró—. Se acerca el final.

Alessandro carraspeó y respondió en voz alta.

—Un enfriamiento no mata a nadie, piensa en tu predecesor. Se alzó como un fénix de sus cenizas, en el lecho de muerte...

—¿No es ese tu hijo Pierluigi? —lo interrumpió el Papa—. Ya sabes la mala vista que tengo.

Pierluigi se arrodilló a su lado y besó su anillo, después se alzó de nuevo tras un gesto del Papa y anunció a viva voz:

—La liga ha vencido en todas las líneas de batalla, se ha expulsado a los franceses de Milán, Parma y Piacenza de nuevo nos pertenecen, y Ferrara ya tiembla. Vuestro sobrino Giovanni, amado Santo Padre, ha luchado en primera línea y nos ha llevado de forma decisiva a la victoria.

—Ese putero buscapleitos —dijo el papa León, mientras Pierluigi tomaba aliento—. Ese vástago del diablo, ese hijo de una amazona desenfundada... ¡y de un mercader Medici, tan blando como un corderito! —sonrió—. Continúa, hijo.

Pierluigi, entonces, narró con adornos teatrales los actos heroicos de los que había hablado, la huida de los franceses y de la distinguida moderación del *capitano general* de la república veneciana, Francesco Maria della Rovere.

—Cuando se trataba de Urbino, luchaba como un león —exclamó el Papa—, sin embargo, cuando trabaja como capitán a sueldo, se preocupa de no dejarse llevar por el entusiasmo. Dios, cómo lo odio...

Pierluigi se mostró de acuerdo y señaló la diferencia con *il Diavolo* y con él mismo. Para ellos, lo primero era la Iglesia, y el honor del Santo Padre, y el

patrimonio de San Pedro...

El Papa había cerrado los ojos, y un médico no tardó en colocarse sobre él y posar la oreja sobre su boca.

—Apesta —dijo León, de repente, haciendo que el médico se apartara de un respingo—. ¿O soy yo al que todo le huele mal? —antes de que él mismo llegara a responderse, se estremeció en un ataque de tos en el que escupió mucha sangre. Finalmente, se hundió agotado en las almohadas y susurró de nuevo—. Éste es mi fin.

La negra pared de prelados se aproximó un poco más, pero en general nadie se atrevió a moverse, hasta que Lorenzo Pucci se acercó a Alessandro y le susurró:

—He hecho llamar al vicescanciller, por si se produjera el fallecimiento.

Alessandro asintió.

—Ya se han producido los primeros saqueos en el palacio. Incluso la guardia suiza...

—Ya he vivido esto con anterioridad, es una vergüenza para la curia.

—Habría que cortarles el cuello —espetó Pierluigi, en voz demasiado alta, de forma que muchos de los prelados más cercanos al Papa lo observaron con desconfianza.

—Su santidad está dormido —explicó el médico, con voz sorda.

Cundió la inquietud entre prelados y ayudantes, pues muchos probablemente habían entendido «su santidad se ha ido».

—¿Quién tiene la llave de la cámara del tesoro? —preguntó Alessandro a sus compañeros cardenales.

—Yo —respondió Lorenzo Pucci, sonriendo—. El tesorero me la ha confiado.

—Recemos —dijo Alessandro, con voz sorda pero aún audible—, y hagamos que le administren la extremaunción.

—Él mismo la pidió esta mañana —dijo una voz.

—Dios todopoderoso y misericordioso, Tú que enviaste a los hombres el remedio de la sanación y el don de la vida eterna —comenzó a hablar Alessandro en voz alta—. Vuelve pues tu mirada a tu siervo, que yace aquí con un cuerpo enfermo, y fortalece su alma, que Tú mismo creaste, para que en la hora de su fallecimiento llegue hasta a Ti, su creador, de la mano de los santos ángeles y sin mácula.

—Por Cristo, nuestro Señor —concluyeron el cardenal Pucci y los prelados a coro.

Sin abrir los ojos, León habló de pronto con voz quebrada:

—Dios todopoderoso, te rogamos tu compasión, tú que a nadie abandonas, sino que te compadesces de los mayores pecadores, perdóname mis pecados, mi vida licenciosa entregada a los placeres, la guerra que inicié, las muertes que he provocado, escucha con compasión mi humilde súplica y otórgale consuelo a mi corazón...

El papa León guardó silencio, y de nuevo los negros prelados se aproximaron. También Alessandro creyó que finalmente había fallecido, pero ocurrió justo lo contrario. León se irguió, miró a su alrededor con los ojos hinchados, inyectados en sangre, y exigió agua, después incluso vino, y finalmente una sopa ligera.

Un asombro intranquilo se extendió entre la concurrencia.

—¡Demos gracias al Señor por su misericordia! —gritó Alessandro alrededor—. El Santo Padre vuelve a comer.

De hecho, León fue mejorando de hora en hora, e incluso pensó en jugar alguna partida de cartas. Se rió entre esputos sanguinolentos y expulsó a la caterva de prelados de la habitación.

—Ay, si solo pudiera apretarle la mano a Rafael —dijo, mirando a Alessandro—. ¡Tú serás mi sucesor! ¡Tú y no Giulio!

Alessandro se dirigió hacia él sobre la cama, mientras Lorenzo Pucci, en segundo plano, hacía sonar sus llaves.

—Te lo has ganado, y es ya tu turno. Giulio puede esperar. Es suficientemente joven como para ser tu sucesor. —León le susurró al oído a Alessandro—. Lo único que puedo hacer es repetírtelo: ten cuidado con sus jugadas maestras, Giulio es el hombre más lleno de recursos del colegio. Y además, es ambicioso.

Puesto que el Santo Padre quería dormir, envió fuera a todos sus visitantes, incluidos Alessandro y Pucci, no sin antes pedirles que volvieran a verle más tarde.

—Lorenzo —dijo, dirigiéndose al cardenal Pucci—, envía un mensajero a Giulio e infórmale de que no es necesario que regrese a Roma. Estoy prácticamente curado. Las noticias sobre la victoria me han curado, pues no podían concederme alegría mayor —se volvió a Pierluigi y le tendió el anillo para que se lo besara—. Me has devuelto la vida, hijo mío; permanece fiel a la santa madre Iglesia, y entonces serás rico y feliz.

Pierluigi resplandeció y se irguió lleno de orgullo. León añadió, susurrando:

—Renuncia a tus deseos antinaturales, hijo mío, sé de lo que estoy hablando; renuncia a ellos y dale a tu padre los nietos que tanto necesita.

Alessandro se había inclinado hacia adelante para entender las palabras de León y observó como Pierluigi se ponía rígido y le cubría un intenso rubor. El Papa, de nuevo echado, había cerrado los ojos.

De camino a casa, Pierluigi inició una retahíla de maldiciones.

Alessandro permaneció largo rato sumido en sus pensamientos, hasta que finalmente se decidió a preguntarle a qué venían semejantes blasfemias.

—El tío León no habrá estirado la pata; podrá tener siete vidas, pero sabe que tú serás su sucesor.

Alessandro guardó silencio. Entonces, dijo:

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que podría ser una táctica: hacerme pensar que lo tengo todo asegurado para que me vuelva descuidado.

—¿Pero el tío León no es tu amigo?

Alessandro soltó una breve carcajada.

—Cuando se trata de poder, no existen las amistades.

—Eso dará igual cuando esté criando malvas.

—No estoy tan seguro de eso.

Durante unos momentos, respetaron el silencio, hasta que finalmente Pierluigi espetó:

—Debes presentarte en el cónclave seguro de tu victoria. Entonces: ¡Atacar! Pisotear a tus enemigos. Y finalmente: ¡Marchar! Los mayores te apoyan, y buena parte de los jóvenes también. No hay que dudar o vacilar: ¡Atacar!

Una vez llegados a palacio, Constanza los saludó llena de curiosidad.

—Nada —exclamó Pierluigi—, ese grasiento nido de larvas se recupera. Incluso está ya bebiendo vino y pensando en jugar a las cartas.

Entonces, Girolama también se aproximó y se le echó al cuello. Él la apartó de malas maneras, mientras le gritaba:

—¡Vaca molesta!

Cuando Constanza cogió a su padre del brazo y lo miró llena de expectación, él se encogió pensativo y se dirigió al estudio. Su hija lo siguió.

Pierluigi sintió repentinamente la necesidad de marcharse, pues estaba prácticamente cayéndose de sueño.

—Llevo cabalgando todo el día, tengo que echarme en la cama —oyó Alessandro, justo antes de pedirle a Constanza con un gesto que cerrara la puerta tras ella.

Ella se le echó al cuello y le besó en la mejilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, asombrado—. ¿No estarás de nuevo embarazada?

Ella negó con la cabeza, riendo y exclamó jubilosa:

—¡Pronto serás Papa! Y yo me trasladaré contigo al Vaticano.

Sonriendo con indulgencia, él la cogió en sus brazos.

—Incluso aunque me nombraran Papa, nunca te permitirían entrar en el Vaticano. Ni siquiera Lucrezia Borgia...

—Ella llegó incluso a sustituir oficialmente a su padre, el Papa, cuando tuvo que dejar Roma, y vivía en Santa Maria, directamente junto a San Pedro.

—Los tiempos de los Borgia ya han pasado —dijo Alessandro.

Se sentó y observó el blasón de los Farnese, que colgaba de la pared, el pequeño grupo del Laocoonte de Miguel Ángel y el retrato de Rafael. «Superaré a los Borgia», pensó, «conseguiré lo que ellos no consiguieron... Y quién sabe. Quizá realmente

Constanza llegue a vivir algún día en el Vaticano. Y también mi Silvia. Aboliré el celibato, y cundirá la alegría entre los hombres de Dios».

Capítulo 29

Roma, palazzo Farnese - Vaticano - 2 de diciembre de 1521

Alessandro se acostó poco después de la conversación con su hija porque le sobrevino un súbito agotamiento. En seguida cayó rendido y se deslizó por entre las nebulosas fases del sueño. El cónclave había empezado y de inmediato se encontró en medio de la capilla Sixtina, pasando desapercibido ante el confuso caos de una violenta trifulca. Incluso los viejos cardenales, como Carvajal, Grimani y Soderini, se golpeaban sin freno y, desde el techo de Miguel Ángel, les sonreía una máscara diabólica que, vista con atención, recordaba al ahorcado Petrucci. Cuando sonó un «gong», todos se detuvieron en seco y Dios Padre ya no tendía la mano hacia Adán, sino que se había transformado en el arcángel San Miguel y les advertía, con voz atronadora: «¡Nido de culebras, yo destruiré vuestras Sodoma y Gomorra con fuego, acero y pestilencia!».

Alessandro abrió los ojos, cubierto de sudor, y quiso llamar a su ayuda de cámara, pero vio a Pierluigi luchar contra el arcángel, y a Constanza darse la mano con Lucrezia Borgia, y a su propia hermana, Giulia, realizar medio desnuda la danza de los siete velos de Salomé, hasta que se le presentó ante ella la cabeza sanguinolenta del bautista. Sin embargo, sobre la bandeja de plata reposaba la testa de su hijo Ranuccio. Paralizado por el espanto, vio al primo Giulio sentado sobre el trono como un Herodes y él a su lado, como su primer consejero, y Salomé se había convertido de repente en Virginia, totalmente desnuda y formada ya como mujer, y el demonio se reía, burlón, y gritaba con voz enloquecida y estridente: «¡El pacto! ¡El pacto!».

Alessandro se echó a un lado con movimientos forzados, perdió los estribos, cayó de nuevo sobre los cojines y llamó a su ayuda de cámara. Finalmente, ¡estaba despierto! Había vivido una pesadilla profética. La puerta se abrió despacio y él estuvo a punto de romper a gritar ante la perspectiva de ver aparecer frente a él la bandeja con la cabeza sanguinolenta. Una corriente fría le hizo tiritar y desde el exterior resonaron las salvas de artillería y el tañido de las campanas. Llamó a grandes voces:

—Ranuccio, Ranuccio.

Lo primero que vio fue a Constanza, que asomaba la cabeza por la ranura de la puerta, como si la tuviera separada del resto del cuerpo.

Debían estar haciendo estallar Roma en pedazos, los franceses no se habrían dejado acobardar por su derrota en Milán y habrían avanzado hacia el sur, hasta las mismas puertas de Roma, que estaban regando con proyectiles tal y como alertaban

las campanas de emergencia.

—Soy yo, tu Constanza. ¿Qué te ocurre? —el rostro de su hija se apareció ante él, cercano, asustado, agobiado.

Él agitó la cabeza como un perro que tratara de secarse, y graznó:

—He debido haber soñado. Oh, Dios, qué pesadilla tan horrenda. ¿Por qué suenan las campanas, y quién está disparando?

De pronto, se dio cuenta de lo que debía haber ocurrido.

Entre tanto, Constanza le había tomado de la mano y le contaba con voz suave:

—El Papa ha muerto. De forma repentina. Debes presentarte de inmediato en el Vaticano.

—¿Pero si parecía que se estaba reponiendo! —exclamó, asombrado, Alessandro—. ¿Qué hora es?

—Ya es más de medianoche.

—¿Por qué no me había despertado nadie todavía? Tenía que haber ido a verlo una vez más...

Finalmente, se encontraba despejado y entendía la situación: las cincuenta salvas de artillería alertaban de la muerte del Santo Padre; todas las campanas de Roma tañían de luto, algo que él solo había percibido a medias, atrapado como estaba en sus pesadillas.

Alessandro se levantó, pero le sobrevino un súbito mareo que hizo que el ayuda de cámara tuviera que sujetarlo de inmediato.

—¡Ensilla mi caballo y saca a los guardias de sus catres! ¡Tengo que partir de inmediato!

Alessandro, acompañado de sus guardaespaldas, tomó el camino más rápido hacia el Vaticano. A pesar de la hora tardía, mucha gente se agolpaba por la calle, por todas partes temblaban y se tambaleaban antorchas y lámparas de aceite, destellando contra las paredes de las casitas. La apretada muchedumbre le impedía el paso, y por todas partes se oía que habían envenenado al Santo Padre.

Ante el portal del palacio Vaticano se arremolinaba todo el clero de Roma. Evidentemente a los primeros a los que se les abría el paso era a los grandes dignatarios y, de entre ellos, a los cardenales más que a ninguno. A pesar de todo, Alessandro tuvo que entrar a través de la scala del Maresciallo. A su alrededor revoloteaban renovados rumores de un envenenamiento. Pero sobre todo, vio cómo, por todas partes, los criados de palacio, los trabajadores de la curia de mayor confianza, incluso los miembros de la familia, registraban y saqueaban todas las habitaciones.

Finalmente, llegó hasta los aposentos papales. Allí yacía León, en su velatorio, apenas reconocible, casi negro y con la cara y las manos hinchadas. Alessandro se persignó instintivamente, pero seguidamente realizó una bendición sobre el cuerpo,

que olía mal. Una breve mirada alrededor hacia los presentes revelaba que la mayoría creía en una muerte por envenenamiento, e incluso cuchicheaban con expresión horrorizada.

—¡No, no! —exclamó Ponzetti, el médico de cámara de León—. Fiebre perniciosa y hemorragia, ¡nada de veneno!

Sin esperar ninguna reacción, discutió con su colega Severino, que había operado a León en multitud de ocasiones. Severino asentía y después sacudió la cabeza.

Alessandro intentó abrirse paso hasta Lorenzo Pucci. Junto a él se encontraba alguien en quien antes no había reparado: Lucrezia, la hermana del Papa, que lloraba amargamente hasta el punto de que fue necesario sacarla de la habitación. Como no lograba llegar hasta él, le hizo señas a Pucci para que lo siguiera. No lograron encontrar calma y espacio para poder hablar hasta que no llegaron a la sala de Constantino.

—¿Estabas con él cuando murió? —preguntó Alessandro.

Pucci negó con la cabeza.

—A primera hora de la tarde estaba bien, pero al anochecer comenzó a sufrir violentos escalofríos —le explicó—. Se fue apagando, se durmió, y yo casi caigo también de puro agotamiento. Así pues, me fui a casa. Apenas había entrado por la puerta de mi *palazzo* cuando me llegó el mensaje que me enviaba de vuelta aquí. Acababa de fallecer.

—¿Y por qué está tan negro... casi como lo estaba Borgia?

Pucci se encogió de hombros.

—Entre los médicos, la mayoría cree que se trata de un envenenamiento, probablemente a través del vino que bebió por la tarde —comentó en voz baja—. Se ha arrestado ya al copero Malaspina, acusado de ser partidario de los franceses...

Pucci hablaba aún más bajo y había llevado a Alessandro hasta una esquina de la habitación, volviendo la espalda a la gente que pasaba apresurada por allí.

—Entiende bien esto: Si el rey francés y sus partidarios se ocultan detrás de los cardenales, es que no solo hay guerra en Milán, sino también en Roma. La población de la ciudad ya se está haciendo con armas...

—Sí, entonces crees que...

—Debemos permanecer unidos —le susurró Pucci—. Desde mi punto de vista, Soderini está detrás de todo esto... Y Francesco Maria, ayudado por su suegro de Mantua.

Entretanto, Pucci había acercado tanto la cara a la de Alessandro, que este podía oler su aliento mohoso.

—Una cosa te diré, Alessandro: si ha sido un envenenamiento, habrá sido Francesco Maria quien lo haya urdido. Ese hombre es peligroso, siempre le dije a León que se abstuviera de tomar Urbino. Debía haberlo hecho matar de inmediato, y

de no haberlo conseguido, haber dejado tranquilo su ducado. La guerra de Urbino ha sido nuestra desgracia.

—Pero León no era de la clase de hombres que se deja matar por sus enemigos —le espetó Alessandro.

Pero Pucci no le escuchó, y siguió hablando:

—La guerra ha terminado por llevar al Vaticano a la ruina. Ni siquiera el nombramiento de cardenales y la venta de títulos y cargos pudieron compensar la necesidad de derrochar de León. Las arcas están completamente vacías, hace meses que no se pagan los salarios. La casa del Papa tiene a sueldo a seiscientas personas, entre notarios y secretarios subempleados, parásitos y aprendices de poeta, malditos bufones sinvergüenza y actores sodomitas... ¡Es el fin!

—No será tan malo, si el siguiente Papa arregla un poco la situación —dijo Alessandro, con voz neutra.

Pucci lo miró entonces con sonrisa irónica.

—El siguiente Papa... ¿un tal Alessandro Farnese? ¿Y cómo se llamará? ¿Gregorio, quizás, Gregorio, el frugal? No, mejor Pablo... De Saulo a Pablo —la sonrisa irónica se agudizó.

Alessandro ignoró el comentario.

—Será mejor que se realicen exequias modestas.

—Muy modestas, querido. El gran León reposará en una tumba muy pequeña, y pronto todos sus «amigos» se apartarán de él, sobre todo a aquellos a los que debe dinero. Ni uno solo de ellos dará un mal sólido. Precisamente por eso no podemos permitir que los Medici nos distanciemos los unos de los otros —hizo una pausa, esperando una respuesta afirmativa.

Alessandro se limitó a apuntar:

—Giulio está todavía en algún lugar de la zona de Milán, y no sabe lo que ha ocurrido.

Pucci lo miró, inquisitivo, y replicó con inusual sinceridad:

—Eso solo puede beneficiarte.

Alessandro respondió a aquella mirada interrogativa:

—Giulio era la mano derecha de León, y toda la política del Vaticano procedía de él —como consideraba a Pucci como afín a los Medici, al mismo tiempo que un hombre franco, se mostró igualmente sincero con él—. Giulio querrá ofrecerme competencia, y no sé si tengo posibilidades en contra suya.

—Es más joven que tú. Y sería un Medici sucediendo a otro Medici. Dos papas consecutivos de una misma familia es algo inédito.

—Giulio es un personaje conocido y amado, y ofrece pocos puntos vulnerables.

Entonces, Pucci sonrió sardónico, probablemente porque creía entender la alusión:

—Sin embargo, tu Silvia ahora está «muerta», y tus hijos... bueno... Giulio es, él mismo, un hijo ilegítimo, como todo el mundo sabe, a pesar de que hiciera que sus padres se casaran con posterioridad, y además está ese bastardo, el mulato, un joven bastante desagradable, por lo que se dice.

Alessandro estaba harto de andarse con rodeos. En algún momento su contertulio debía abandonar sus reservas y hablar con libertad.

—¿Y a quién elegirías tú, querido Lorenzo? ¿A mí...? ¿A Giulio...? ¿O a alguno de los otros muchos que se consideran dignos de ello?

Pucci rió, y de pronto, ofreció un aspecto particularmente insidioso.

—A alguien de la facción de los Medici, por supuesto... ¡Al mejor!

—¿Y quién es el mejor?

—Eso ya se verá.

Capítulo 30

Roma, palazzo Farnese - 2 de diciembre de 1521

Pierluigi estaba tan agotado de la prolongada cabalgada de días de duración desde Milán hasta Roma que apenas se sostenía en pie. Sintió como Girolama se apretaba contra él, pero se sumió en un sueño profundo en el que, tras un momento, creyó ver oscuras imágenes de una batalla, de hombres desnudos cuyos rostros se mantenían ocultos por cascos, y que luchaban únicamente con escudos y espadas, pero que finalmente arrojaban sus armas a un lado y se lanzaban los unos contra los otros en un desenfreno lujurioso. Entremedias, vio a su padre vestido con un sobrepelliz papal, caminando con solemnidad y bendiciendo por toda Roma, protegido por él, su hijo mayor, provisto de una armadura negra. El tío Giulio los miraba como un idiota desde la ventana del palazzo Medici.

Cuando Pierluigi finalmente despertó, Girolama roncaba a su lado. Se espabiló de inmediato. Era algo que había aprendido en el ejército: a dormirse rápido, pero despertarse igualmente rápido y estar dispuesto en seguida para la batalla. Se levantó despacio de la cama, se vistió con una túnica, se echó un sobretodo por encima para protegerse del frío y se dirigió finalmente hacia la cámara que se abría bajo el armazón del tejado, donde solía encontrarse con su hermoso Antonio, con su cuerpo flexible, sus brazos fuertes y sus manos habilidosas.

Debía ser ya la última hora de la tarde, pues buena parte de los criados y obreros se encontraban ya durmiendo. Otros jugaban a los dados. Muchos bebían vino y se miraban en silencio y, por supuesto, también había encuentros nocturnos con las predispuestas doncellas, risas y algún gemido contenido, cuerpos agitados los unos contra los otros, medio desnudos, sudando como cerdos, como en un campo de batalla.

En otra habitación se daban los rezos comunitarios.

¿Dónde estaría su amante? ¿Es que ya no le esperaba?

El bello Antonio trabajaba desde hacía años como carpintero en la construcción y Pierluigi lo había descubierto ya antes de su casamiento. Al principio no entendía muy bien qué ocurría entre ellos, pero le gustaba llevárselo del trabajo, cabalgar con él a los viñedos o sentarse con él en las tibias tardes primaverales en la ribera del Tíber. Allí contemplaban a los pescadores y lavanderas, observaban las chalanas, e incluso algún desagradable cadáver. Entonces, el sol se hundía sobre el Gianicolo y arrojaba pesados tonos rojos, naranjas y violetas sobre el cielo, colores que Pierluigi solo conocía de las pinturas de su padre. El río reflejaba el cielo con secreto

laconismo, y las plantas acuáticas de la orilla flotaban como serpientes, realizando temibles movimientos, como si quisieran hacerles señas.

En una ocasión, Pierluigi escuchó paciente cómo el hermoso Antonio le contaba sus sueños: quería abrir un taller cerca del palazzo Farnese, donde podría construir muebles, particularmente camas, algo que le gustaba mucho más que levantar tejados y colocar pesados balcones. Para poder establecer un taller, necesitaría la recomendación de un cardenal, el padre de Pierluigi, además de algo de dinero para poder comprar la casa.

Pierluigi le prometió ayudarle en todos sus deseos, y al mismo tiempo intentó convencerle de que abandonara la carpintería y aprendiera el arte de la guerra, que sirviera como soldado a sus órdenes y pudiera así llevar una vida libre.

Antonio observó el cielo ennegrecido y suspiró. Cuando ya no se podía reconocer el Tíber, Pierluigi le cogió de la mano y le susurró todo tipo de comentarios impropios de un varón, además de jurarle que siempre estaría a su lado, sin perjuicio de lo que decidiera hacer.

Cuando Pierluigi, días después, no le cogió solo la mano, Antonio se apartó de él, provocándole tal ataque de ira que se precipitó furibundo sobre el carpintero. Al principio Antonio se limitó a rechazarlo, intentando hablar con él, pero finalmente le propinó un puñetazo que lo dejó sin sentido. Cuando Pierluigi volvió en sí, Antonio había desaparecido, y él mismo ardía en ansias asesinas. Sin embargo, también se odiaba a sí mismo, pues sabía que su furia incontenible había provocado que Antonio simplemente se defendiera de él. Por eso odiaba su genio, porque tanto su padre como su madre habían dejado de amarlo por esa particularidad de su carácter... Si es que habían llegado a amarlo alguna vez. Con demasiada frecuencia había tenido que oír cómo su nacimiento había estado a punto de costarle la vida a su madre.

Sin embargo, al mismo tiempo, era el hijo primogénito, el heredero que debía perdurar la tradición guerrera de la familia, engendrar hijos, niños varones, con una muchacha Orsini, para que finalmente se llegara a hablar de los Farnese con el mismo respeto, ya fuera manifiesto u oculto, con el que se hablaba de los Orsini o de los Colonna. Su maestro, Baldassare Molosso, con quien con frecuencia había discutido a resultas de su poco interés por aprender, solía terminar hablando durante sus lecciones de historia de César Borgia. Aquel hombre, a pesar de toda su brutalidad y falta de escrúpulos, había logrado dominar el arte de un correcto gobierno, de tal forma que incluso un amigo florentino de Baldassare, Nicolás Machiavello, había escrito sobre él, aunque su obra no había llegado a publicarse nunca.

A Pierluigi no le interesaban gran cosa los libros, y mucho menos la métrica que Baldassare había querido inculcarle a toda costa, pues a decir suyo ennoblecía al duro guerrero y «caballero». Como modelo, en una ocasión, le había mostrado un poema dedicado a una enamorada en la distancia, su adorada «Lola», en quien Pierluigi no

tuvo gran dificultad en reconocer a su madre. Aquel soneto, según le había explicado Baldassare, era «petrarquiano», algo que no significó nada para el joven. Desde su punto de vista, se trataba de la desvergonzada y ansiosa declaración de amor de un siervo con ínfulas poéticas hacia su señora.

Baldassare le dedicó una mirada muy significativa y suspiró, pero le encargó que escribiera un poema similar con rima paroxítona para que pudiera entregársela a su futura esposa. Girolama, en ese caso, debía recibir el nombre de Laura o Beatriz.

—Las jóvenes son muy sensibles a los poemas petrarquianos, y reaccionan conmoviéndose, languideciendo y mostrándose complacientes. Al menos, ésa es mi experiencia —y dicho esto, carraspeó y se alisó la ropa sobre la abultada panza.

A Pierluigi le pareció que ese cometido suponía un trabajo excesivo para un futuro *capitano diavolesco*, sobre todo teniendo en cuenta que Girolama, daba igual si se llamaba Laura o Beatriz, se iba a tumbar sobre la cama para que le diera unos cuantos empellones: nada tenía que ver con pasiones reprimidas, suspiros anhelantes o rizos custodiados como reliquias secretas.

Sin embargo, logró rimar con mayor o menor tosquedad el primer y único poema de su vida, que no obstante estuvo dedicado a Antonio. Baldassare leyó sus versos con gesto serio, el ceño ligeramente fruncido y la mirada sombría, sin embargo terminó por alabarlo, si bien le recomendó que mejorara un pequeño error: que cambiara el Antonio por Antonia.

Pierluigi reescribió el poema en secreto, dejando no obstante el «Antonio», y se lo leyó al hermoso carpintero, naturalmente sin que nadie más lo oyera, y tras esto se disculpó por su ataque de furia durante su última excursión al Tíber. Antonio, por su parte, se disculpó por el puñetazo, y esa misma noche se encontraron los dos en un cobertizo donde, de hecho, Antonio se mostró, efectivamente, conmovido y complaciente.

Así había empezado algo que a Pierluigi le producía mayor felicidad que los trabajos nocturnos con Girolama, de los cuales debían surgir hijos varones.

Por supuesto, no le contó nada acerca del poema a su diabólico amigo Giovanni. Aunque estuvieran en pleno campo de batalla, Giovanni le subía las faldas a todo lo que se moviera, y si no había ninguna *puttana* a mano, tomaba a la hija de algún campesino, a alguna porquera o incluso alguna novicia, en la mayoría de los casos, por la fuerza. O bien se entusiasmaba en torno a la hoguera del campamento, hablando de su hijo Cosimo, de dos años de edad, que su amada esposa Maria, con la que se había criado, le había dado. Aquel entusiasmo concluía, por lo general, en una soberbia borrachera de vino, y finalmente incluso en balbuceantes himnos y afectuosos cantos dedicados a aquella amazona que tuvo por madre, Caterina.

En aquellos momentos en torno a la hoguera, a Pierluigi le hubiera gustado hablar de su madre, dada por muerta y a quien visitaba rara vez, y de su pequeño hijo

Alessandro, pero no lo conseguía del todo. Quizá fuera por el vino. O quizá porque aquel niño, apenas un bebé, le había parecido excesivamente frágil, lloraba por cualquier cosa, no tenía ninguna consideración con el humor de su padre... Y lo peor era que nunca había sido capaz de cogerlo en brazos. En ese punto al menos había logrado ponerse de acuerdo con *il Diavolo*: los niños eran tan dulces... En las palabras, coincidían. Quizá no tanto en la entonación.

Pierluigi finalmente encontró dormido a su Antonio. Dudó un momento sobre si debía marcharse discretamente, pero al final optó por despertarlo. Al principio, Antonio se mostró un tanto reacio, pero finalmente encontraron a tiempo un catre sin utilizar en la parte posterior del ático, donde Pierluigi pudo poner fin a sus últimas semanas de necesidad insatisfecha. Antonio participó sin demasiado entusiasmo, insistió en el taller y en los ducados que necesitaba y que Pierluigi le había prometido.

Cuando las campanas del Capitolio comenzaron a sonar, los dos se asustaron. De inmediato le siguieron más campanadas, y los primeros cañonazos retumbaron desde el castillo del Ángel. Al final, toda Roma retumbó y resonó, como llevada por el pánico de la guerra. Pierluigi no sabía qué hora de la noche sería, pero en cualquier caso dejó solo a Antonio y se apresuró a bajar a sus aposentos en el *piano nobile*, donde Girolama lo esperaba adormilada y sin saber qué pasaba.

Su hermana Constanza le informó de que el papa León había muerto y que su padre había salido ya para el Vaticano.

Pierluigi estaba completamente despejado. Sabía que la hora de las resoluciones llegaría antes de lo que esperaban. ¡Atacar y marchar! El vicescanciller Giulio de Medici se encontraba aún en el lejano norte, y nada podría, nada conseguiría detener a su padre. Después de eso, él mismo no tardaría mucho en ser nombrado *capitano* de una compañía, y en un par de años quizá *gonfaloniere*, confaloniero o portaestandarte de la Iglesia. Su amigo Giovanni sería *capitano generale*, y ambos dirigirían a la Iglesia hacia la grandeza y la victoria, expulsarían a los franceses de Italia, pondrían en jaque al emperador y recibirían un ducado como agradecimiento.

Durante un instante, ambos hermanos se sentaron en silencio el uno frente al otro y esperaron a la llegada de su padre. Girolama apareció brevemente, se lamentó y volvió a marcharse.

—Lo sabía —dijo finalmente Pierluigi—. Ahora... —cerró el puño.

—Sí —le ayudó Constanza—, lo sé.

De nuevo, el silencio.

Finalmente, Constanza agitó la cabeza.

—La facción Medici se mantiene unida como una piña, y si se deciden por el tío Giulio, nuestro padre no saldrá elegido. Se le considera un hombre de los Medici. Si se enfrenta a Giulio aparecerá como un traidor ante los demás, y no tendrá opción

ninguna a obtener los dos tercios. Un par de los más ancianos le apoyarán, pero su base de poder es demasiado frágil.

Pierluigi dio un pisotón furioso.

—Padre no permitirá que ese intrigante de Giulio le robe el papado delante de sus narices. He podido observar a Giulio durante la guerra contra los franceses: es frío y mentiroso. Nunca bebe, lo cual ya resulta sospechoso. Nunca dice lo que piensa. Giovanni tampoco le preocupa, aunque los dos procedan de la misma familia, si bien de dos ramas distintas.

Constanza se había levantado, y paseó un par de veces arriba y abajo por la habitación. Observó pensativa el tapiz con el blasón de los Farnese.

—Primero, papá tendrá que esperar hasta ver qué mayoría se va formando. Creo que hay muchos que piensan que pueden ser sucesores de León. Eso significa que no se pondrán de acuerdo por culpa de su extremada ambición. Quienes sí estarán de acuerdo serán los Medici: no tienen los dos tercios necesarios, pero sí pueden bloquear cualquier otra mayoría. Cuando sus opositores se den cuenta, se unirán entre ellos y ocurrirá lo siguiente: la facción Medici y sus contrincantes se quedarán paralizados los unos junto a los otros, y no podrán seguir. El cónclave podrá durar eternamente. Empezarán a aparecer los primeros impacientes, y encerrados como estarán, algunos incluso enfermarán. Al fin y al cabo, subsisten a base de pan y agua. Entonces, llegará el momento en que nuestro padre tenga que intervenir: será un candidato de compromiso, parcialmente Medici, parcialmente neutral, antifrancés, pero tampoco enteramente imperialista, experimentado, conocido, no excesivamente joven y en cualquier caso mayor que Giulio, que siempre podrá sucederlo.

—¿Desde cuándo las mujeres piensan como tú? —exclamó Pierluigi, tras escucharla, al principio reticente, finalmente asombrado.

De pronto, se dio cuenta de que ella le superaba en raciocinio, que sus reflexiones eran acertadas.

—Nuestro padre no puede permitirse cometer ningún error —dijo Constanza.

Pierluigi dio un respingo, corrió hacia la puerta y de vuelta, exclamó:

—¿Cuándo vendrá a casa de una vez? —se detuvo ante su hermana—. Cuando sea Papa, ¿ya no vivirá con nosotros? —él mismo se dio cuenta de lo vacilante que resultaba su voz y, para contrarrestarlo, espetó—: ¡Al diablo!

Quizá a eso se debiera el que en las últimas semanas hubiera estado tan agitado, aunque no tenía que entrar directamente en batalla, y tampoco había corrido peligro de muerte en ningún momento; quizá simplemente se debiera a la agitación previa al pronto ascenso de su padre, que significaba el ascenso de toda la familia, o quizá fuera por otro motivo que no sabía calcular: de pronto, Pierluigi echaba de menos a su madre. Le faltaba. Hacía demasiado tiempo que no la veía. Y cuando se dio la vuelta para mirar a Constanza, sintió de pronto un cierto candor fraternal. Había

estado celoso incontables veces de ella, y de Ranuccio, que aún estaba creciendo, pues a pesar de su tendencia a responder con descaro, seguía siendo el preferido de papá. Sin embargo, ellos eran sus hermanos, y en el fondo le gustaban, aun cuando no lo mostrara demasiado a menudo.

—Debemos permanecer juntos, como hermanos —dijo, con voz ronca.

Constanza lo miró atónita, y él apartó la vista, pero aún pudo sentir la mirada de ella, inquisitiva, clavada en su nuca.

—Es una pena que *mamma* no pueda estar con nosotros y alegrarse también —añadió él, casi susurrando.

—En el futuro ya no tendrá que ocultarse.

—Pero nosotros sí.

—Sí, nosotros sí —repitió Constanza sus palabras, en un tono que delataba ironía.

Quizá también algo de tristeza... O de lástima. Él no se atrevía a volverse, porque se sentía desnudo. ¡Ese maldito sentimiento! ¡Esos malditos momentos en los que se sentía repentinamente vulnerable! Y poco amado. Porque siempre se enfurecía con demasiada facilidad. Y entonces discutía con esa vaca estúpida de Girolama. Y Antonio también lo quería únicamente por el dinero, el carpintero no lo amaba de verdad. La forma en la que bromeaba con Bianca lo decía todo. Nunca bromeaba así con él.

—¡Qué bonito era todo cuando aún vivía Paolo! —suspiró Constanza.

Pierluigi se estremeció. ¿Acaso querría atacarlo? ¿Quería echarle la culpa de...? Sintió como se iba irritando de forma creciente. Siempre ocurría lo mismo cuando mostraba sus puntos débiles: que le asestaban una puñalada. Por supuesto le atormentaba el sentimiento de culpa, porque había molestado a Paolo tantas veces... El cómo se había producido su muerte era ya algo que había olvidado. Realmente lo había olvidado, y tampoco quería pensar en ello. De alguna forma, habían peleado... ¡Ese maldito sentimiento!

Sintió como la furia crecía por momentos. ¿Por qué Constanza tenía que atacarlo por la espalda? ¿Por qué suponía que él tenía la culpa de la muerte de Paolo? Porque, indirectamente, eso estaba sugiriendo. Solo quería distraerlo. Pero, ¿por qué precisamente ahora?

Cuando Pierluigi iba ya a volverse presa de la ira para espetarle alguna grosería a la cara a su hermana, apareció Ranuccio arrastrando los pies, medio dormido y arisco.

—¿Qué clase de escándalo es éste? ¿Es que los godos o los vándalos están cayendo sobre Roma?

Pierluigi le propinó un puñetazo en el antebrazo.

—El tío León ha muerto —exclamó—. Papá será Papa —añadió, y la furia se le fue tan rápido como le había venido.

Ranuccio mudó de rostro para formar una máscara de dolor, y formó con los

labios una palabra que solo podía ser «gilipollas». Pierluigi no se lo tomó a mal, sino que en lugar de eso añadió, de broma:

—Será mejor que vayas preparando tu ropa de cardenal. Y tírate a un par de putas antes de que sea tarde. ¿O es que todavía eres virgen? Porque si es eso, te vas a quedar así.

Ranuccio lo miró con rostro sombrío, dibujó con la mano izquierda un círculo e introdujo el dedo índice de la derecha por él, en un gesto obsceno que los soldados adoraban. Pierluigi no pudo evitar reírse.

—Hasta la fecha nadie me ha introducido en los secretos del amor —respondió Ranuccio.

Aunque pretendía sonar irónico, Pierluigi se dio cuenta de que hablaba totalmente en serio.

—Si no es nada más que eso, ya te llevaré yo alguna vez. Quizá a ver a la puta preferida de papá en las épocas de postparto, Maddalena.

Constanza carraspeó de forma perceptible, y ambos rieron en tono conspirador.

—Si os vais a dedicar a tener conversaciones típicamente masculinas, entonces me marchó. En un día como hoy ciertamente hay cosas mucho más importantes que las cortesanas.

Y dicho esto, realmente se fue.

—Las mujeres son siempre lo más importante —bramó Pierluigi tras ella.

Capítulo 31

Roma, chiesa Santi Cosma e Damiano - palazzo Farnese - diciembre de 1521

Tras la muerte de León, reinó entre la curia una gran agitación al comprobar lo vacías que estaban realmente las arcas del Vaticano. No se podían comprar ni siquiera velas nuevas para permitirle al fallecido Papa un enterramiento digno. Habían acumulado deudas por valor de un millón de ducados. El palacio fue objeto del saqueo. Los cardinales, o al menos una parte de ellos, se esforzaron por salvar lo que buenamente pudieron, realizando un listado minucioso de las valiosas tiaras, adornos de altar, relicarios y ropas aún disponibles, que ofrecían la seguridad de, en caso de necesidad, poder llevarlos al prestamista a cambio de un par de ducados con un elevado interés. Casi nadie quería realizar el panegírico. Finalmente, encontraron un orador adulador, tremendamente caro pero decididamente idiota, que se dedicó a soltar una sarta de tonterías. Todos los favoritos de León, desde los *buffoni* hasta los *poetae laureati*, desde los músicos a los actores, todos se desentendieron. Los aduladores dieron paso a los injuriadores que colgaban sus insultos de la estatua del Pasquino.

No solo se cubría de ignominia al fallecido pontífice, sino que todos los *papabiles* sufrían el chaparrón, incluido Alessandro Farnese: aparecieron líneas acera del cardenal *Gonella*, del *caelebs Fregnese* con su «Lola». Lo llamaban el «cardenal de familia», que quería abolir el celibato y le ponía ojos tiernos al luteranismo. Al vicescanciller Giulio de Medici se le tachaba de «viejo verde de las nubias» y se le acusaba de tener debilidad por los culos de las esclavas negras. Se veían imágenes de la lucha desnuda entre los cardenales Francesco Soderini y Giulio de Medici, ambos con los órganos sexuales en pleno esplendor, y como árbitro de la contienda, el propio Alessandro vestido de uniforme.

Por supuesto, en Roma comenzó a cundir la conocida anarquía de la sede vacante: se producían asesinatos en plena calle, se violaba a las muchachas, se saqueaban comercios. El *bargello* y sus *sbirren* parecían impotentes. Y sin embargo un grupo de cardenales, entre los que se encontraba Alessandro, estaban a tiempo de poner fin a aquella violencia desatada.

El 11 de diciembre apareció, agotado pero dispuesto para la batalla, el vicescanciller Giulio de Medici, recién llegado de Milán.

En cada grupo de cardenales había alguno de los *papabiles*, incluso Francesco Soderini, enredado años atrás en un intento de asesinato pero posteriormente indultado, que ardía en ambición y era contrario a los Medici, además de Grimani,

Carvajal y muchos otros, con ayuda de sus aliados, incluso el inglés Wolsey, aunque se encontraba en su lejana isla, y como extranjero no tenía ninguna posibilidad.

Los franceses insistieron en posponer el inicio del cónclave porque sus cardenales no podrían estar a tiempo en el lugar que les correspondía, puesto que la armada imperial los mantenía retenidos. Los imperiales constituyeron un grupo en torno al vicescanciller, quien se consideraba además representante de los jóvenes; los ancianos no querían implicarse ni con los franceses ni con los imperiales. Se iniciaron los rumores por toda la ciudad y por el palacio cardenalicio de que se establecerían alianzas. Alianzas que se rompían nada más forjarse.

Por supuesto, Alessandro se había reunido con Giulio en cuanto éste regresó de Milán. Giulio le había explicado sin rodeos:

—No contamos con los dos tercios en el colegio, pero podemos vetar los de los demás. Casi todos los cardenales quieren ser papas, ésta es nuestra oportunidad. Entre nosotros, solo dos aspiran al papado, y el mejor debe prevalecer —lleno de ardor guerrero, miró hacia Alessandro.

Tras un largo silencio, contestó:

—Entonces, preséntate. Fuiste vicescanciller y la mano derecha de León, así que puedes continuar con su política.

—¿Continuarla? ¡Ja! —Giulio dio un salto y lo rodeó—. No podemos continuar con su política, estamos en la bancarrota. ¡Y mira qué escenario de guerra! Solo hace un par de semanas que vencimos en todos los campos de batalla y los franceses vuelven a asomar la cabeza, amenazándonos con sus nuevos soldados suizos, los venecianos se apoderan de un territorio tras otro y por supuesto Francesco Maria está decidido a regresar a Urbino. Nadie quiere, ni puede retenerlo.

Tras esto, añadió.

—¿Y quién hará el milagro de sacar dinero de la nada para mantener Milán, tranquilizar a la población de Roma, librarse de todos los parásitos, lisonjear al emperador y, algo que has olvidado mencionar, quién acabará con lo que está ocurriendo en Alemania? ¿Con Lutero y sus seguidores?

Alessandro permaneció tranquilo. No confiaba en absoluto en Giulio y bajo ningún concepto quería que lo apearan del carro. Llegaría su momento, solo debía esperar. Llegaría, como su astrólogo Luca Gaurico había profetizado en sus fabulosas interpretaciones de ascendentes y descendentes, conjunciones y alineaciones, casas y planetas.

O quizá no llegara. Entonces, sería porque un poder mayor había querido intervenir. O porque los cardenales habían perdido la razón. O porque había adoptado una táctica errónea. Una cosa parecía cierta: como nunca lo conseguiría sería actuando como ayudante de Giulio. ¡Él no era el eunuco de un Medici intrigante!

—La herejía de Alemania se arreglará por sí misma. O la solucionará el

emperador, como católico fervoroso que es —respondió Giulio—. Sin embargo, debemos eliminar a Soderini.

—Eres tú quien debes eliminarlo.

Giulio se quedó inmóvil y lo miró con ojos muy juntos.

—También es tu enemigo.

—Hace tiempo que se declaró enemigo de los Medici.

—¡Debemos permanecer unidos, Alessandro! —las palabras de Giulio sonaron como una orden—. Juntos somos fuertes. El que logra separarnos ya ha vencido.

—El mejor debe ser el Papa... Con la ayuda de Dios.

Giulio rompió en carcajadas.

—Sí, con la ayuda de Dios... ¡El mejor!

En la Nochebuena del año 1521, el cardenal Alessandro Farnese adquirió justo antes del inicio del cónclave un último alto cargo, es decir, el obispado de Santi Cosma e Damiano, que se encontraba en medio del campo de ruinas semiderruido y sepultado por la vegetación del antiguo foro romano. Se colocó un extenso belén con figuritas primorosamente talladas, acompañó a la misa un coro procedente del convento cercano, con cánticos angelicales, el incienso flotaba en densas nubes por todo el templo, hasta casi hacer estornudar a los asistentes. Innumerables devotos se desvanecían sin fuerzas, unos por la atmósfera pegajosa, otros por el hambre. La mayoría de los asistentes que se agolpaban en la iglesia eran pobres diablos, prostitutas callejeras, mendigos y pequeños timadores, así como aguadores, jornaleros, pastoras de cabras, lavanderas y familias de inmigrantes, de los que nadie sabía exactamente cómo se ganaban el pan. Y por supuesto una gran cantidad de niños, pues se celebraba la festividad de la Encarnación del Señor.

También Maddalena, *la Magra*, había acudido con su *famiglia*: Virginia, que pronto llegaría a la edad adulta y se había convertido ya en una adolescente que sonreía constantemente a Alessandro con el encanto de la juventud.

Muy cerca de ellas se sentaban las mujeres de su propia *famiglia*, Silvia, Constanza y Girolama, que se protegían del frío con pieles de marta. Constanza se mostraba digna y orgullosa en su lugar, Silvia había ocultado su rostro tras un velo y parecía un tanto hundida. Girolama, a su lado, tenía un aspecto sumamente pálido y desolado, como si acabara de vomitar.

En el otro extremo de la iglesia se sentaba Pierluigi, acompañado de Ranuccio, Bosio y Baldassare Molosso, en primera fila, de tal forma que nunca perdieran el campo de visión. Pierluigi sonreía extasiado, Ranuccio estaba aburrido, Bosio atendía con interés y Baldassare luchaba una y otra vez con el sueño.

Cuando en la lectura del gradual dijo: «Yo soy su Padre, y él es mi Hijo», Pierluigi se creció como si estuviera hablando de él. Ranuccio, que se percató del comportamiento de su hermano, dejó los ojos en blanco, mientras Baldassare repetía

las palabras de la letanía con los ojos cerrados, y Bosio sonreía sutilmente.

Quizá eligió una iglesia tan humilde porque hacía mucho tiempo que se había olvidado el significado del cargo de cardenal obispo, pero precisamente estaba tan llena porque por toda Roma circulaban los rumores de que el cardenal Farnese era el que contaba con más posibilidades entre los *papables*.

Alessandro habló de la gracia divina de la Nochebuena, y de Jesús, quien había dicho: «Dejad que los niños se acerquen a mí». Señaló que tampoco la Iglesia ni sus representantes debían olvidar ese mensaje. Citó el salmo 127 diciendo: «He aquí, herencia de Jehová son los hijos» y exclamó: «¿Por qué no ha de aplicarse a aquellos que se encuentran más cercanos al Señor?». Creyó oír un creciente murmullo, que se reforzó cuando se sirvió de nuevo de la fuente inagotable que eran las Sagradas Escrituras para iniciar su sermón:

—No queremos «cortar un pedazo de un vestido nuevo y ponerlo en un vestido viejo», sino rogarle al Señor «un corazón limpio, y que renueve un espíritu recto dentro de mí» —miró a los creyentes a los ojos y vio una confianza que también arrastraba a sus hijos, y continuó—. Sí, oh, Señor, danos la fuerza y el valor para iniciar algo nuevo, pues «al final todos somos pecadores» y hemos olvidado nuestra humildad ante Ti. Permítenos seguir al apóstol San Pedro, el padre de nuestra Iglesia, la roca sobre la que construimos, y exclamar: «Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva». Amén.

Le siguió un amén de los creyentes, fervoroso y múltiple.

Cuando, tras la misa, surgió a la luz del día con la mitra y el báculo obispal en la mano, recibió los aplausos de la multitud. Debía haber tocado el alma de la gente. Mientras se dirigía al oeste, a la colina del capitolio, cientos de manos implorantes se extendían hacia él, y ordenó a su secretario que repartiera incontables *oboli*. Se le tendían niños que él bendecía y repartía besos en frentes no siempre limpias, los creyentes caían de rodillas a sus pies y besaban el dobladillo de su sobrepelliz. Sus guardas intentaban mantener a la gente a distancia, una labor ciertamente dura.

A su espalda, se inició un fuerte alboroto. Pierluigi intentaba abrirse paso hasta él al grito de «¡Papa, Papa!», y no su habitual «papá». Otros le siguieron, lo colmaron de gritos de entusiasmo y de aplausos, y de nuevo se le tendieron más niños.

Alessandro bendecía, murmuraba «*In nomine Patris...*», y le extendía la mano a las mujeres, mendigos, madres enflaquecidas y prostitutas para que besaran su anillo, apartaba cabezas de niños y mejillas de muchachas, avanzaba a través de la multitud, siempre con el secretario a su lado, repartiendo monedas. Sobre él se extendía el baldaquino de un suave cielo invernal, de un azul aterciopelado. Y de repente se sintió ascendido en el orden de un mundo al que se había acostumbrado; y los últimos días, con sus horas de tristeza y alegría, y los individuos, con sus deseos y miedos, le parecieron diminutos e irrelevantes. Se dio cuenta de que había obtenido una posición

estable dentro de ese orden, que incluso se le había concedido un cometido que superaba sus propias expectativas.

Cuando Alessandro regresó finalmente a casa, incluso antes de ver a su familia, se hizo desvestir. En primer lugar, quería echar una siesta, pero entonces cambió de opinión y ordenó a su ayuda de cámara que le trajera su ropa de calle: un jubón forrado de armiño, medias, mangas ahuecadas y rajadas y un bonete de terciopelo que ocultaba la tonsura. Cuando finalmente todos aquellos hermosos tejidos le hubieron cubierto adecuadamente, el espejo que tenía frente a él reflejó a un noble ligeramente envejecido y con la mirada pensativa.

—En un par de días comienza el cónclave —se dijo en voz baja—, y tú te vistes como si fueras un conde de Roma bueno para nada, que se pasea por la ciudad, se encuentra con otros inútiles aristocráticos y se gasta su capital en cortesanas.

Cuando se dio cuenta de que tanto su ayuda de cámara como su secretario lo estaban observando, los mandó marchar.

En aquel momento, se sentía como el futuro Papa, experimentaba, como si fuera ya el Papa, la confianza y la veneración de la gente, de los romanos sencillos, que parecían querer preguntarle: «¿En verdad nos entregarás a nosotros, que confiamos en ti, esos “cielos nuevos y tierra nueva”? ¡Cuídanos, guárdanos! Inspíranos ese “espíritu recto”. Y no le robes el dinero a los creyentes; compártelo con los más necesitados... ¡Sé el decimotercer discípulo de Jesús!».

Alessandro se estremeció. Se vio a sí mismo como un estafador. No era un creyente, ni siquiera sería creyente siendo Papa.

Formulaba los rezos y plegarias de la única y universal santa madre Iglesia, repartía los sacramentos, desde el bautismo hasta la confesión, celebraba la ofrenda, la transmutación y la comunión, cantaba el *Gloria* y el *Kyrie* con voz clara y alta, incluso con fervor; predicaba con pasión, y sin embargo: ¿No se sentía realmente como un actor que guía a los creyentes hacia la fe, sin compartirla él mismo? La sagrada eucaristía, con sus cantos, las lecturas de la Biblia, las prédicas, el incienso y las campanas, las hostias y el vino... ¿Realmente experimentaba el significado de aquellos servicios, de aquellos antiguos rituales y ofrendas? Todos los pormenores de la vida eclesiástica, los atavíos de los sacerdotes, el orden del calendario, el derecho canónico... En el fondo, todo le resultaba indiferente. Vivía conforme a las formas y fórmulas del sacerdocio cristiano, era parte del gobierno, de su liderazgo, con sede en Roma, recitaba siempre las mismas oraciones, ruegos y súplicas, sin pensar en su sentido.

Antaño solía lamentar aquella contradicción, pero ya hacía tiempo que no, o solo en raras ocasiones. Había terminado por convertirse en un engranaje más de un gran mecanismo que servía para adorar y reverenciar a un ser superior, pero al mismo tiempo gobernaba una ciudad, incluso un estado, recaudaba dinero y llevaba a la

guerra, daba origen a los pensamientos y la fe de la gente. Aquel engranaje giraba porque el mecanismo giraba, como lo había hecho durante mil años. Y si el engranaje se rompía, se lo sustituía por otro. Aunque fuera la rueda más grande en el mecanismo, no cambiaría mucho, porque no había nada que cambiar. Seguiría rodando, como lo habían hecho todos sus predecesores, y lo harían los que llegaran a continuación.

Y sin embargo, ante él se erguía un hombre que al mismo tiempo adoraba la caza, a su familia, el arte... así como el lujo y el bienestar, el dinero y el poder, en resumen, amaba la vida. En ningún momento se mostraba humilde ni confiaba en la providencia, sino que mostraba una fuerte personalidad, era calculador, confiaba en sí mismo. Aquel hombre elegantemente vestido, aquel conde de Lazio que hacía tiempo se había convertido en romano, que se había reído en su juventud acerca de las enseñanzas y los dogmas de la Iglesia, que había creído en Epicuro, en Lucrecio y en su verdad, que había estudiado en la *Accademia Platonica* de Florencia, que le había robado la mujer a Giovanni Battista Crispo y había luchado junto a César Borgia... ¿Era ese incrédulo canoso el verdadero Alessandro? ¿O era el prelado vestido de púrpura, futuro Papa, que había aprendido a interpretar como un actor?

¿O quizá realmente Saulo se había convertido en Pablo?

Gnothi seauton. Su maestro le había enseñado aquellas palabras en griego clásico: «conócete a ti mismo». Pero también: «Conviértete en quien eres».

El cónclave empezaba el 27 de diciembre. Entonces se decidiría quién era realmente.

Capítulo 32

Roma, via Giulia - 26 de diciembre de 1521

Silvia sabía que el cónclave empezaría, finalmente, el 27 de diciembre y se alegraba por ello. Las últimas semanas habían sido demasiado agitadas, y no solo porque los días de sede vacante fueran particularmente peligrosos y la gente solo pudiera aventurarse por la calle con fuerte protección. Sus hijos la visitaban con frecuencia, al menos Constanza y Pierluigi, que acudían juntos y de buen humor, porque contaban con la pronta elección de su padre como Papa. Discutían con ella sobre las posibilidades y los riesgos, debatían las mejores tácticas durante el cónclave, pero nunca se llegaba a las malas palabras o tonos que tan habituales solían ser entre ellos.

Ranuccio, por el contrario, parecía abatido o de mal humor. Era el que la iba a ver con más frecuencia, sin embargo solía torcer la boca y responder con monosílabos a sus preguntas. Otros días parecía haber llorado, y la abrazaba fuertemente, como un niño pequeño que necesitara consuelo. Sin embargo, tenía ya trece años, una voz grave y había crecido mucho. Como no le respondía a las preguntas acerca de sus penas, dejó de insistir, pues ella entendió que su alma juvenil era tan frágil, tan llena de pudor, que jamás lograría traspasarla. Tampoco le permitió que la besara con frecuencia. Entonces, él empezó a apartarse de ella, huyó como un mozo de cuadras y desapareció sin despedirse.

Ranuccio, en aquella época, debía estudiar intensivamente la Biblia y el derecho canónico, además de aprender latín, como era de esperar. Además, debía cantar, sobre todo después del cambio de voz. También insistía en montar a caballo tanto como le fuera posible, y tomar lecciones de esgrima, así como de tiro con arco. Sí, incluso se interesó por los arcabuces y por todo lo relacionado con cañones, y podía hablar de batallas y bombardeos, de proyectiles y basiliscos con mayor propiedad que de la Biblia y lo sagrado. Cuando hablaba de las bombardas trabuqueras, se le iluminaba la mirada: «Cada uno de ellas pesa como cinco bestias de carga, se necesita una guarnición de cuarenta y ocho hombres para manejarlas, y es capaz de echar abajo cualquier muro».

Silvia escuchaba y sonreía indulgente.

Alessandro esperaba, tal y como en una ocasión le había confesado, que Ranuccio llegara a cardenal bajo su pontificado y pudiera señalarlo como su heredero. Silvia, por el contrario, no veía con tanta claridad lo que Ranuccio esperaba de la vida: no quería entrar al servicio de la Iglesia; en ese punto coincidía con su padre, que hubiera preferido ser *condottiere*. Por otro lado, parecía demasiado delicado,

demasiado sensible para la vida del soldado, demasiado sentido, aunque apenas dejara entrever esa característica de su personalidad. Al mismo tiempo, era un hijo obediente que quería ser merecedor del amor de su padre. Además, se aproximaba a la edad en la que debía sentirse atraído por el género femenino... pero nunca hablaba de ello.

Aquel día de San Esteban, todos sus hijos estaban con ella, incluidos Girolama y Bosio con sus retoños, así como Baldassare Molosso, lo que lo convirtió en una velada animada, todos rieron y bebieron mucho vino. Esperaban todos la llegada del padre, que ya había escogido a su ayuda de cámara y secretario para la estancia en el cónclave, había hablado con el astrólogo y quería visitarla antes de los días decisivos. Cuando finalmente apareció, sus hijos le saludaron al grito de «*habemus Papam*» y «*vivat Alexander Farnesius pontifex maximus*». Él se resistió a aquellos vítores, abrazó a sus hijos y nietos y finalmente también a ella, mostrándose sereno y feliz, casi relajado. Sin embargo, sus ojos estaban cubiertos de sombras oscuras, y revelaban que en los últimos días había dormido mal.

—¿Cuál quieres que sea tu nombre de Papa? —preguntó Constanza.

—¡Todavía no me han elegido! —replicó sonriendo.

—El tío Giulio no tiene ninguna posibilidad, ya lo verá, sus enemigos son demasiado poderosos —exclamó Pierluigi—. Tendrá que proponerte como candidato, y entonces todos los votos volarán hacia ti. Ya te lo digo: Para san Silvestre te habrán elegido y nosotros lo estaremos celebrando aquí como dementes.

—¿Cómo dementes? —Alessandro agitó confuso la cabeza.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Pierluigi apoyó el brazo sobre el hombro de su padre, como no había hecho nunca, y pregonó con orgullo por la habitación—. ¡Mi padre será el mayor de los Papas! ¡Y yo seré su portaestandarte!

Incluso Bosio se animó y comentó la frecuencia con la que había oído por la calle y en Campo de Fiori cómo se hablaba del venerado cardenal Farnese, que como Papa se preocuparía aún más por los laboriosos artesanos del barrio y limpiaría la zona de bandidos.

—El siguiente Papa tendrá que ahorrar en todo. Precisamente por eso preferiría tener que dejarle el trabajo a Giulio.

—Solo los cobardes escurren el bulto —exclamó jocosamente Pierluigi, propinándole un cariñoso puñetazo en el brazo a su padre.

Constanza respaldó a su hermano:

—¿Acaso no hemos estado hablando de estrategias y de tácticas? Ya no hay marcha atrás.

Baldassare anunció que ya había compuesto un himno en honor del nuevo Papa, que seguía severamente la métrica romana clásica y adoptaba un tono digno.

Ranuccio guardaba silencio.

Silvia también calló, observó a su familia, tomó a su nieto Alessandro, lo posó en su regazo y le acarició el pelo moreno. Girolama se sentó junto a ella y le susurró al oído:

—Hace una semana que espero que lleguen mis días impuros. Desde que Pierluigi volvió de Milán ha estado... muy aplicado —dijo, enrojeciendo hasta la raíz del pelo.

Silvia, entonces, le acarició el pelo también a ella.

Tras un par de horas de conversación, Constanza lanzó una mirada escrutadora a Alessandro y Silvia, le hizo una seña a Bosio y a los niños, indicó con la cabeza a Pierluigi que debían marcharse, y cogió a Ranuccio de la mano. Pierluigi no pudo evitar mostrarse chistoso con sus padres, pero una clara seña con el dedo índice le conminó a marchar... Y pronto la algarabía de familia feliz se convirtió en un eco lejano.

Rosella hizo acto de aparición, preguntó a Silvia si necesitaba algo más y después desapareció de nuevo.

Alessandro, que súbitamente se había puesto serio, suspiró y no dijo una palabra.

Tampoco Silvia sabía qué decir, cogió el bordado que estaba realizando pero lo volvió a dejar porque no tenía luz suficiente.

—¿Terminaste tu relato de la roca de las Sirenas? —preguntó Alessandro.

Ella le dedicó una breve risa.

—¡Hace mucho!

—¿Cómo continúa?

—Con hijos, nietos y un gran ducado.

—¿El ducado de Bisentina?

—Y de los alrededores.

Los dos sonrieron, con complicidad antigua, y durante un instante Silvia creyó que Alessandro quería acercarse a ella físicamente. Una oleada de melancolía la envolvió y ella posó la mano sobre el brazo de él.

—Pronto tendré que pasar completamente a un segundo plano, ¿no es verdad? —dijo ella.

Él asintió.

Los dos callaron de nuevo.

—Por lo demás, hablaba con absoluta sinceridad cuando decía que preferiría que Giulio tomara la delantera. No va a ser un cargo fácil ése al que me enfrento. León nos ha dejado una herencia dura, y no solo por las arcas vacías.

—Serás mejor Papa que Giulio.

—Él es un buen administrador. Tiene contactos con las principales casas bancarias.

—Entonces puede seguir siendo vicescanciller —como Alessandro no respondía, Silvia continuó—. Piensa en la Iglesia, en los creyentes, en los romanos que te

aman...

—¿Un hereje debe guiar a la Iglesia, un incrédulo debe insuflar fe en los creyentes...? —suspiró, sonriendo al mismo tiempo por aquella ironía, que daba qué pensar.

—¿Acaso importa? ¿No está escrito en alguna parte que no se debe medir a las personas por sus actos, sino por sus palabras y pensamientos?

Alessandro miró pensativo a la lejanía.

—Me siento como un estafador.

—¿Y entonces Giulio?

—Por primera vez en mucho tiempo, anoche recé en absoluta consciencia de lo que hacía —dijo Alessandro en voz baja, casi apocada—. Aunque de una cosa estoy seguro: no existe ningún Dios tal y como Miguel Ángel lo retrató en la capilla Sixtina. No tiene sentido dirigirse a Él con el respetuoso tratamiento que se les da a los sabios venerables y rogarle su ayuda. Es un Dios lejano, muy lejano, desconocido. Quizá Dios solo sea un principio, una voz interior, aquello que mantiene unido al mundo...

—¿El amor? —le interrumpió ella.

—¿El amor? —él negó con la cabeza—. Lo veo más como traición que como amor. Egoísmo, codicia, interés. El Dios al que rezamos con las palabras de la Biblia odia a los hombres, nos odia; nos desprecia, quiere castigarnos una y otra vez.

—¿Pero no envió a su Hijo a la tierra y lo sacrificó para salvarnos? ¿No nos exculpó Cristo de nuestros pecados en la cruz?

En un arrebato repentino, Alessandro exclamó, furioso:

—¿Por qué siempre sacrificios? ¿Por qué los hombres debemos sacrificar a aquellos a los que amamos? ¿Qué es lo que nos exige ese Dios de la Biblia, celoso y a la vez cuidadoso en su despotismo? El ser humano es débil y está lleno de errores, sí, eso lo sabemos, eso lo saben todas las culturas, y nadie lo sabía mejor que los griegos, o incluso sus dioses. Entonces, ¿por qué apareció ese Dios único, reclamando la sumisión absoluta? ¿Reclamando a los jóvenes que se alejen de sus familias y sus trabajos? ¿Por qué un padre debería sacrificar a su único hijo, incluso hacerlo crucificar? ¿Acaso puede entenderlo alguien que tenga uso de razón? —entonces, Alessandro incluso gritó—. ¡No sacrificaré a nadie!

Durante un momento, reinó el silencio.

—Yo también tuve que sacrificarme... —suspiró Silvia.

—Sí, exacto —respondió él en voz baja, mirándola con rostro culpable. Se masajeó la frente cubierta de arrugas como si así pudiera presionar hacia arriba o hacia abajo sus pensamientos. Finalmente, y de nuevo sereno, añadió—. Dios es aquello que está escrito en las estrellas, un orden que nunca lograremos entender, porque aunque actúa en nuestro mundo, no se proyecta en él. Nuestra razón no es

capaz de alcanzarlo. Al morir, nos descomponemos; nos deshacemos en átomos, como Demócrito dijo una vez; nos volvemos uno con el Ser, con la existencia eterna, con el perpetuo devenir, y solo dejamos atrás a nuestros hijos, nuestros nietos, nuestra obra... Y todo ello también pasará en algún momento. Me resulta indeciblemente difícil, no, directamente imposible creer en un Dios que, como una especie de «ultrapapa» o de «supraemperador» dirija nuestro destino con amor, gracia y justicia.

Silvia entendió que, justo aquella noche, antes de la elección de Alessandro, le asaltaban sus viejas dudas de fe, que le empujaban a formularse preguntas que ya no necesitaba hacerse durante sus quehaceres diarios en su labor eclesiástica, en la misa o en el consistorio.

—No, yo tampoco creo en un mundo justo —dijo ella—. Creo más en un Dios que no depende de nuestros deseos, que piensa en otras épocas, pero a pesar de ello, creo en el amor, que nos libera, que nos libra de la soledad.

Alessandro la miró estupefacto y cayó en un silencio reflexivo, hasta que finalmente replicó:

—¿Nos libraré a nosotros de la soledad? ¿No me empuja más hacia ella cuanto más me acerco a Él?

—Eso depende de ti —respondió ella con suavidad—. Depende de ti lo que hagas de su mensaje, de su misión.

La mirada del cardenal se perdió en sus propios pensamientos.

—Tengo miedo de perderos —hablaba en voz tan baja como ella—, de iros perdiendo uno tras otro cuando me convierta en Papa.

—Nunca te abandonaremos.

Capítulo 33

Roma, Campo de Fiori - 26 de diciembre de 1521

Ranuccio ignoraba cuándo había empezado exactamente su enamoramiento. Un día, había seguido a Baldassare cuando éste había abandonado el palazzo Farnese y se había dirigido a Campo de Fiori, para parlotear un rato con la gente, como había afirmado, y después entrar en la casa de *donna* Maddalena Romana, donde impartía a su pupila Virginia lecciones de poesía, así como de filosofía, «el arte del amor y el amor por el conocimiento», como a él le gustaba señalar.

Baldassare había dudado sobre si permitir la entrada a Ranuccio a la casa de la cortesana. El muchacho le rogó insistentemente y con toda la zalamería de la que fue capaz hasta que finalmente le dio su permiso para acompañarlo.

—Bien —exclamó finalmente Baldassare, no sin antes alisarse la ropa sobre la barriga—, como maestro comprensivo y abierto a todos los seres humanos, por esta vez no pediré su consentimiento al *pater familias*, y cumpliré tu deseo, querido Ranuccio, siempre y cuando tus labios se mantengan sellados. Tu visita a una casa de cortesana deberá ser nuestro secreto.

Ranuccio se lo prometió, y esa misma tarde cumplieron el pacto. El muchacho saludó a Maddalena con gran cortesía, y vio a Virginia de cerca por primera vez. En la basílica de San Pedro, durante la boda de Constanza, había podido echarle un breve vistazo y aquella imagen había permanecido imborrable en su memoria. Lo cierto era que, así pensado, sus miradas se habían cruzado ya en la basílica, y habían permanecido unidas largo rato. En aquel momento se dio cuenta por primera vez. Aquel instante de la boda no había abandonado su recuerdo.

En los últimos años, en Ranuccio se habían manifestado necesidades que, sobre todo por las noches y las mañanas, resultaban evidentes. Su virilidad le empujaba hacia el sexo femenino. Se quedaba mirando todos los escotes y se colaba a hurtadillas por los oscuros callejones del barrio para espiar en los patios traseros cualquier irregularidad. Las muchachas apostadas se le acercaban, pero cuando el tema se volvía serio, él se echaba para atrás.

Un día, estuvo a punto de conseguir llevarse a la cama a Bianca. Había dormido demasiado y ella quiso despertarlo porque el profesor de equitación le esperaba. Su virilidad se mostraba en un ánimo extremadamente firme y prieto. Como siempre, Bianca tarareaba mientras le arrancaba la manta del cuerpo, y entonces se dio cuenta, se aseguró mediante una mirada curiosa y después se rió a carcajadas, como si quisiera burlarse de él. Entonces, la había agarrado, había intentado besarla y subirle

la falda por encima de los muslos para penetrarla con explosivo poderío.

Pero no lo había conseguido.

Desde entonces, Bianca había dejado de despertarlo por las mañanas.

Sus pensamientos, no obstante, giraban en torno a Bianca, a sus muslos prietos y sus pechos redondeados, pero su fantasía abarcaba también a otras doncellas y terminaba finalmente en Maddalena y en sus artes. Cuanto más lo espoleaba Pierluigi con su «inocencia», más intensa se volvía su necesidad.

Cuando saludó a Maddalena en su primera visita, en compañía de Baldassare, jugó a ser el contenido joven *gentiluomo*, pero sus vergüenzas le latían como un tambor.

Por suerte, se dirigieron rápidamente al pequeño estudio de Virginia, donde Baldassare se dedicó a explicar con profusión los fundamentos de los dáctilos, yambos y troqueos, acompañándolos de ejemplos en latín, pues iba a hablar de los sonetos de Petrarca y alabó a Virginia por ser capaz de escribir ya versos auténticamente petrarquianos.

Ranuccio se sentó a un lado, en silencio, soportó las explicaciones de Baldassare y contempló a Virginia. Finalmente, capturó una mirada de sus oscuros ojos. Observó sus dedos, al sostener la pluma. Siguió la delicada línea de su nuca y la perdió en su pelo casi negro. Buscó las ondulaciones de su pecho, ocultas bajo capas innecesarias de ropa.

Cuando Baldassare le regañó por no estarle prestando atención, tartamudeó y obligó al sudoroso maestro a repetir su lección sobre los dáctilos y la cadencia de hexámetro *adoníus*.

—*Tá-tata-tá-ta, o ton Adónin* —berreó una vez más—. Ahora, mis niños, recordad cómo empieza la gran epopeya romana de Virgilio, «*árma virúmque canó, Troiáe qui primus ab óris*». Ese canto tan sensorial, esa corriente rítmica... Cada verso termina en un *adonius*, al contrario que el pentámetro del dístico que, como sabéis, es la métrica utilizada en las elegías, incluidas las elegías amorosas de las que hablaremos más tarde. Si no queremos perdernos en el *Ars amatoria* de Ovidio, ¡primero hay que dominar los hexámetros!

Ranuccio había dejado que el torrente de palabras de Baldassare cayera sobre él, había garabateado algo en el papel entre suspiros, y se había dado cuenta de que se estaba enamorando de Virginia.

El enamoramiento fue creciendo en las siguientes visitas. Baldassare declamaba, Virginia leía entrecortadamente hexámetros de Virgilio, y él la observaba, enamorado.

En el día de San Esteban, la víspera del cónclave, Ranuccio había visitado a su madre en la via Giulia junto al resto de la familia. Por la tarde habían regresado al *palazzo* sin el padre, y Constanza debía ocuparse de los niños. Pierluigi había quedado con su amigo Giovanni de Medici, *il Diavolo*, para ir a festejar por ahí.

Cuando Giovanni apareció para buscar a Pierluigi, Ranuccio le había propinado un golpecito amistoso en el hombro y le había pedido poder acompañarlos. Pierluigi no había tenido nada que objetar.

En la primera taberna del Campo de Fiori, Pierluigi, entre risas, le susurró algo al oído a Giovanni que bien parecía un chiste, mientras que éste escuchaba encantado. Poco después, Giovanni desapareció unos momentos, mientras Pierluigi comenzaba a hablar con un peregrino francés, joven, de hermosas formas y ricamente vestido, quien se dedicaba a propagar densas caídas de párpados y laboriosas sonrisas. Una joven prostituta se sentó junto a Ranuccio, hizo que le sirvieran un vaso de vino, se colgó de su brazo, dejó que la mano se le colara inadvertidamente bajo el jubón y soltó una estrepitosa carcajada. Aquella risa le resultó desagradable; la mano, extraordinariamente molesta; los dientes, torcidos, y no olía precisamente a rosas. Sin embargo, su virilidad reaccionó de forma muy diferente, lo que dio pie a la incómoda muchacha a aproximarse aún más a él.

Por suerte, Giovanni lo rescató: apareció atropelladamente por la puerta, les hizo señas agitadas y pagó la cuenta. El peregrino le susurró algo al oído a Pierluigi y giró la cabeza hacia arriba, donde se encontraban las habitaciones. Pierluigi asintió. Giovanni, entretanto, había llegado hasta la mesa y había apartado a la enojada prostituta del lado de Ranuccio, pero tras agarrarla de los senos y colarle un par de monedas por el escote, ella le había respondido con un amistoso beso. Poco después, se encontraban en Campo de Fiori, frente a la casa de Maddalena.

Ranuccio se había dejado llevar hasta allí muy inseguro.

La madre y la hija les dieron la bienvenida en el recibidor. Ranuccio empezó a arder, lo que por suerte, gracias a la tenue luz de las velas, no resultaba visible para nadie. Maddalena, que habitualmente lo saludaba con un tono maternal y cordial, en aquella ocasión lo recibió con aire escéptico, casi hostil, haciéndole sentirse aún más turbado, y entonces envió a Virginia a por vino a la bodega.

Apenas había abandonado la joven la habitación, Maddalena se volvió hacia Giovanni:

—Hoy no va a suceder nada con Virginia, por si habíais planeado algo al respecto. Aún no se ha desarrollado del todo y quizá me proponga hacer algo distinto de ella. Podéis dejarme a Ranuccio a mí.

Pierluigi dio muestras de comprensión, pero Giovanni preguntó con una sonrisa encantadora:

—¿Y yo, hermosa entre las mujeres, podré quizá observar vuestras actividades y animaros mientras tanto?

—Uno de los dos tendrá que renunciar —exclamó Maddalena con aspereza, mirando a Ranuccio.

—Pero estamos aquí por su culpa... Y por supuesto también por la mía. —

Giovanni se había aproximado a Maddalena y la atraía hacia él con sus fuertes brazos.

Ella quiso zafarse, pero él no se lo permitió.

Ranuccio tenía frío y calor al mismo tiempo: en el fondo, estaba de acuerdo con el cariz que estaban tomando las cosas. Experimentaba algo muy cercano al miedo, y quería dejar transcurrir algo más de tiempo antes de que ocurriera, antes de perder finalmente la inocencia.

Giovanni apretó aún más fuerte a Maddalena.

—Entonces, que sea uno detrás del otro —exclamó él, besando con fiereza los senos de Maddalena hasta el punto de dejarlos enrojecidos, y como ella seguía haciéndose de rogar, pasó la mano izquierda por debajo de su ondeante falda, alzó a pulso a la mujer y se la llevó en brazos atravesando los pesados cortinajes de brocados hasta el dormitorio.

Pierluigi miró a Ranuccio con una sonrisa irónica, torció la boca hacia abajo con aprobación y realizó un gesto obsceno.

Virginia tardó un tiempo asombrosamente largo en reaparecer con la jarra de vino, y cuando lo hizo, se había maquillado y cambiado de ropa. De las cercanías llegaban sonidos que no se correspondían ni con el tañer de un laúd ni con la declamación de un soneto. Pierluigi se levantó de un salto, afirmó que tenía un compromiso que no podía rechazar, pero que regresaría después de un tiempo prudencial, y pidió que por favor le esperaran, antes de desaparecer.

Ranuccio se sentó junto a la silla, Virginia le sirvió un vaso de vino, le tendió una bandeja con dulces en la que estaba representado un fauno introduciendo su tensa y enorme estaca entre los muslos de una ninfa, enrojeció, y bajó y alzó alternativamente los ojos. Él la miró directamente a las pupilas y ella le permitió hundirse en aquella oscuridad misteriosa y surcada de puntos de luz reflejados de las velas.

Lentamente, ella se sentó junto a él en un taburete y permanecieron así durante largo rato, sin decirse una palabra.

Tras ellos, la batalla amorosa estaba en pleno auge.

También a Virginia parecía molestarla aquella impúdica actividad, así pues se levantó, le tomó de la mano y le llevó hasta una habitación más grande, en la que el fuego tintineaba en una gran chimenea. Se sentaron al calor, sin soltarse la mano. Él quiso besarla, pero no se atrevió, así que se conformó con besarle los dedos.

—Tu madre vendrá pronto a buscarnos —susurró él—. Ella no quiere que nosotros... No quiere que tú te...

—Todavía tardará un rato en venir. Ya me lo conozco bien. Al principio ella siempre quiere acabar rápido, pero con algunos hombres no busca solo una lucha en la cama.

Ranuccio se dio cuenta de que ella pretendía sonar fría y experimentada, pero al

mismo tiempo delataba inseguridad y miedo.

Los dos callaron unos instantes y miraron hacia el fuego.

Finalmente, Ranuccio empezó a lamentar tener que tomar la carrera eclesiástica, como lo había hecho su padre hacía muchos años, cuando en realidad él preferiría ser *condottiere*.

—Él ni siquiera es particularmente creyente. No, en realidad no cree en absoluto —y tras unos instantes, añadió—: ¡Yo odio a la Iglesia!

Entonces, comenzó a hablarle de la juventud de su padre. Baldassare le había contado algunas de las aventuras paternas, al principio brevemente, después, se había ido emocionando al narrarle sus salvajes años en Florencia, como si hubiera sido él mismo quien los hubiera vivido.

Como Virginia bajó la mirada, le preguntó por su padre.

Ella enrojeció y ya no se atrevió a mirarlo, lo que hizo que él se aterrorizara. Debía haber cometido algún error, pues Virginia le había apartado la mano. Sus ojos incluso se estremecían, muy despacio, como él pudo comprobar invadido por la culpa.

Como no tenía nada más que decir, tomó la barbilla de la muchacha entre las manos, le alzó el rostro y le besó los ojos húmedos. Con un suspiro cargado de sollozos ella lo abrazó, apretándole la cabeza contra su pecho. A través de toda aquella tela, y de la blandura que había tras ella, sintió el latido de un corazón.

Entonces, ya no pudo soportarlo más. Hubiera querido tomarle de la mano, haber bailado con ella por la calle, haber atravesado juntos porta Faliminia o porta Paolo o cualquier otro lugar, con tal de estar solos y que nadie los detuviera. Se levantó de un salto, se despidió de golpe y salió corriendo. En Campo se cruzó con su hermano quien, visiblemente satisfecho, le preguntó:

—¿Qué? ¿Ya ha pasado todo?

—¡Ya ha pasado todo! —respondió, y siguió corriendo.

—¿Pero a dónde vas tan rápido? ¡Espéranos! —se le oyó decir a Pierluigi.

Sin embargo, él continuó. Quería irse, estar solo, quería bailar completamente solo aquella noche larga, vacía y fría.

Definitivamente, estaba enamorado.

Capítulo 34

Roma, capilla Sixtina - 27 de diciembre de 1521 hasta enero de 1522

Alessandro Farnese se reunió en cónclave con treinta y ocho compañeros cardenales el 27 de diciembre de 1521 en la capilla Sixtina. Se dispusieron cuarenta celdas, cada una de dieciséis pies de largo por veinte de ancho. Junto con los secretarios y ayudas de cámara, había unas doscientas personas arremolinadas en la sagrada sala, iluminados por humeantes velas. No todos los cardenales habían podido llegar hasta Roma, las ausencias procedían sobre todo del bando francés, cuyos miembros se habían quedado en sus respectivos hogares o se encontraban aún de camino.

El todavía vicescanciller Medici recibió el cometido de evitar que tanto entraran como salieran al exterior el mayor número posible de mensajes, además de eliminar cualquier otro tipo de eventualidad; se reforzó a la guardia suiza hasta el número de mil quinientos hombres, de tal manera que el Vaticano parecía una fortaleza bien protegida.

El ambiente general, tal y como Alessandro había podido comprobar tras la incómoda misa inicial y el breve discurso del deán, era de general agitación, desconfianza y agresividad. Los secretarios iban y venían, se formaban y deshacían grupos de cardenales, algunos compañeros arrastraban a otros hasta sus celdas y allí hablaban acaloradamente. Grimani al que, al igual que a Cibo, se habían visto obligados a transportar en camilla hasta la capilla por motivos de salud, juró, según llegó a oídos de todos, que la decisión debía tomarse con rapidez, o no sobreviviría al cónclave. Él, como subdecano del colegio cardenalicio y como uno de los mayores, y con ello quería decir más dignos, se encontraba preparado para aceptar, con la ayuda de Dios, el duro deber del pontífice.

Alessandro no pudo evitar sonreír, pues Grimani tenía escasas posibilidades de salir elegido, a menos que se buscara un candidato con un periodo corto de supervivencia. De ser así, eran numerosos los cardenales aptos para la cátedra de San Pedro. El truco, no obstante, no era malo: presentarse como alguien viejo y enfermo, que los demás compañeros creyeran en una próxima muerte y, con ello, en una nueva oportunidad; salir entonces elegido, recuperar la salud con fuerzas renovadas y todo gracias a la imprevisible gracia del Todopoderoso.

Sin embargo, en aquel momento nadie buscaba un candidato de transición. Por el contrario, todos estaban dispuestos y calculaban con profusión sus propias estrategias.

El vicescanciller Giulio de Medici contaba con seguidores entre más de un tercio

de los enclaustrados, y con ello podía bloquear la elección de otros candidatos. Sin embargo, pronto quedó patente que a pesar de que sus oponentes no ofrecían facciones firmes, por motivos diversos su elección se vería inevitablemente frustrada. Además, los bandos francés e imperial se mostraban ferozmente opuestos el uno con el otro.

Alessandro había esperado hasta entonces que, con los once cardenales más antiguos, que habían vivido los pontificados de Alejandro Borgia y Julio della Rovere, podría al menos establecer una alianza táctica. De esa forma, conservaba las expectativas de completar la mayoría junto con el grupo Medici. Sin embargo, se vio decepcionado. Tal y como pudo comprobar desde el primer día, y Giulio le confirmó de inmediato, ambos debían enfrentarse a dos oponentes terribles: Francesco Soderini, el enemigo acérrimo de los Medici, y Pompeo Colonna, nombrado por el propio León *condottiere*-cardenal, y que se contaba a sí mismo entre los imperiales, pero hasta la fecha parecía guiarse por alguna enemistad personal de origen un tanto incomprensible o por una táctica política impenetrable.

Alessandro vagó lentamente por la Sixtina, con la mirada vuelta hacia el fresco de Miguel Ángel que decoraba la pared, intentando pensar, algo difícil debido al intenso ruido de la sala. Además, cada vez que daba dos pasos, alguien le hablaba. Sin olvidar el hecho de que de todas partes llegaba el desagradable olor a bacinillas, cazuelas y cubos. Para completar el hedor casi insoportable, estaba además el hollín de las velas. Y todo eso tras el primer día.

Tampoco hacía demasiado calor.

La mañana de San Silvestre, se hicieron visibles los primeros síntomas de cansancio y tedio. Alessandro se reunió de nuevo con Giulio y Lorenzo Pucci, para establecer un nuevo plan estratégico.

—Me doy por vencido, Alessandro —susurró Giulio—. No puedo atravesar la vanguardia de mis enemigos. Solo de oír la palabra Medici, se despiertan las iras. Por eso he delegado en ti, y ya en el primer escrutinio recibiste doce votos, lo que es casi un tercio y bien distanciado de la mayoría. Si nos ganamos a los indecisos, saldrás elegido.

Alessandro miró al suelo y agitó la cabeza.

—¿Y qué fue del segundo escrutinio? Yo pensé que los jóvenes que habían apostado por mí seguirían apoyándome, pero fue justo al contrario: En la segunda vuelta casi me fui de vacío, y Soderini triunfó. ¡Soderini, precisamente! Ya no confío en nadie.

—Puedes confiar en mí. Te digo que saldrás elegido, lo único que necesitas es paciencia.

Pucci asintió y concluyó:

—Debemos seguir intentándolo. Un goteo constante puede romper una roca.

Pronto tendremos que conformarnos con comidas frugales, y eso les marcará a esos sebosos la dirección adecuada.

La conversación se vio interrumpida por un alboroto inquieto acompañado de fuertes exclamaciones. El cardenal Grimani yacía sobre una litera, tosiendo con violencia.

—Es el humo, y los vapores emponzoñados —resolló—. Moriré si no se me permite abandonar el cónclave.

—Solo está representando todo esto porque no tiene voz ni voto —dijo Giulio, irritado—. Dejad que se muera. Los demás también tenemos que aguantarnos.

Sin embargo, se llamó a un médico quien declaró bajo juramento que Grimani se encontraba grave, por lo que se tomó en serio su recomendación.

—Uno menos de nuestros oponentes —señaló Pucci—. No está mal. Los demás se van dando cuenta poco a poco de lo serio que se pondrá todo esto. A mí también me falta el aire —y, dicho esto, rompió a toser.

Tras el tercer escrutinio, en Año Nuevo, ninguno de los candidatos se aproximó a la mayoría necesaria.

El aire se enrareció aún más. Durante la noche del 2 de enero se oyeron tantas toses que Alessandro apenas pudo dormir. En lugar de eso, se dedicó a devanarse los sesos pensando cómo podría llegarse a un acuerdo. En cualquier caso, lo principal era conservarse sano: por cada cardenal que cayera, se debilitaba una facción. Lo más problemático era que los cardenales franceses se aproximaban a Roma, amenazando con atraer la proporción de la mayoría a su favor.

La mañana siguiente, Giulio se personó bien temprano en la celda de Alessandro.

—Te propondré hoy por segunda vez —le susurró.

—¿No deberíamos probar con Pucci?

Giulio negó vehementemente con la cabeza.

—Entonces, los demás lo verían solo como mi marioneta. Tú, por el contrario, puedes presentarte tanto como uno de los nuestros como alguien independiente. Eres mayor que yo y se te respeta. Los romanos te aman. Si no fuera por esos delincuentes de Soderini y Colonna... A ellos les debemos nuestra miseria.

—Fue León quien nombró personalmente a Colonna —apuntó Alessandro.

—¿Y cuánto crees que abonó Colonna por ese nombramiento? Era una cantidad a la que nadie podía decir que no.

—El despilfarro de León se cobra ahora su precio.

—Se lo iba a cobrar de cualquier manera.

—Además, ayer oí que alguien iba a proponer a Schinner.

Alguien llamó con suavidad. Giulio se dirigió a la puerta de la celda y permitió el acceso a Pucci.

—¿Schinner? —exclamó finalmente, en voz baja—. ¿Un suizo? ¿Un extranjero?

No tiene ninguna oportunidad.

Tal y como había anunciado, Giulio propuso de nuevo al cardenal Farnese, y en aquella ocasión, los prelados jóvenes volvieron a apoyarlo con asombrosa unanimidad. Alessandro agitó la cabeza, porque ya no podía entender qué pasaba por la mente de todo el mundo, ya que aquellos sucesos escapaban a su lógica. Quizá los jóvenes solo buscaran a un hombre mayor del que poder heredar. Sin embargo, a sus 54 años, aún no era tan viejo.

En el siguiente escrutinio, Alessandro logró la mayoría de los votos, pero aún se mantenía lejos de la proporción necesaria.

Las raciones alimentarias diarias se vieron reducidas. Además, se había filtrado, aunque Alessandro desconocía cómo había sido posible, que Francesco Maria no solo se había hecho con el ducado de Urbino de un solo golpe, sino que también se dirigía a Siena. Alessandro observó directamente a Giulio al recibir la noticia: los Medici se estremecieron unidos.

El cuarto escrutinio se saldó sin una línea diferenciada. Igual que el quinto. El sexto no fue muy diferente.

Era ya 5 de enero. El aire era insoportable, respirar se volvía cada vez más difícil. La comida escaseaba, y pronto tendrían que subsistir a base de pan y agua.

Alessandro, a pesar de todo, se estaba aseando un poco cuando Giulio entró precipitadamente en su celda.

—¡Escúchame! —exclamó.

—Shhh —siseó Alessandro, señalando con gesto irritado las celdas contiguas.

Giulio susurró entonces:

—Vayamos a mi celda. Lorenzo nos espera.

Atravesaron el pasillo central, amenizados por el concierto matinal de ronquidos, gemidos, ventosidades y aguas liberadas. Apenas habían llegado frente a la celda de Giulio en la zona del altar, cuando Alessandro comprobó como la puerta contigua, la correspondiente al codicioso Armellini, se abría ligeramente para cerrarse de inmediato.

—Escucha, Alessandro —empezó Giulio—, hoy propondré a Cibo. Es viejo, está enfermo y ya ha empezado a resollar. Los demás pensarán que nos estamos tomando una pausa para reflexionar, que no durará. Y por fin saldremos de aquí. Lorenzo ya ha hablado con Cibo. Está todo hinchado por la repentina importancia que ha logrado. Por supuesto, yo permaneceré como vicescanciller, como Lorenzo ha señalado con rotundidad. Tú serás mi suplente. ¡Es la mejor vía! ¡Cibo no durará mucho!

Giulio había ido levantando la voz con cada palabra, y ni Lorenzo ni el propio Alessandro lograron hacer que la controlara. Para cuando abandonaron la celda de Giulio, vieron como Armellini, su vecino, se dirigía a la de Colonna.

—Lo ha oído todo —dijo Alessandro.

Así era. Armellini le contó todo el plan a Colonna quien, a su vez, acudió a toda prisa a ver a Soderini. Ambos se reunieron con sus allegados, buscaron a Cibo, le explicaron que solo sería una marioneta, que los Medici no tardarían en gobernar tras su próxima defunción... Así fue como dieron al traste con el plan.

En el escrutinio del 5 de enero, no apareció ningún favorito claro.

El 6 de enero, el día de Reyes, Alessandro se levantó con la sensación de que aquella jornada se saldaría con una decisión. No sabía exactamente por qué, pero probablemente se debiera a sus sueños. Luca Gaurico, su astrólogo, lo señalaba y gritaba el «*habemus Papam*», la familia saltaba de alegría, particularmente Pierluigi, y entonces creía tener a Silvia a su lado. Junto a ella se encontraba Virginia. Ellas se encontraban junto a su catre en la capilla Sixtina, lo besaban al mismo tiempo, cada una en una mejilla, y decían a coro: «Dios es amor».

Entonces, Alessandro se había despertado.

Mientras aún se encontraba en el difuso trance entre la ensoñación y la vigilia, pensaba en que, si Dios se decidía por el amor, entonces Él le devolvería a sus seres amados y no sería elegido. O quizá sería clemente y daría el pacto con el diablo por nulo e inválido. Entonces, sí sería el Dios del amor.

Cuando Alessandro finalmente se despejó del todo, le pareció de nuevo que aquel día se llegaría a una resolución. Se aseó cuidadosamente y se hizo vestir con esmero. El ayuda de cámara le alisó el rebelde cabello que rodeaba su tonsura con ayuda de un peine y de saliva.

Alessandro salió al pasillo central y vio a Giulio haciéndole señas a través del aire turbio y oloroso. Un compañero se aliviaba sonoramente de sus necesidades biológicas en la celda contigua. Alessandro apenas percibía el aire, a pesar de que debía apestar espantosamente. ¿Qué debían estar pensando, allí pegados en las paredes y techos, el Dios y el Adán de Miguel Ángel, la sibila de Delfos y las demás figuras, ante semejante hedor? Dios mismo debía haber enviado sus rayos visto que el Espíritu Santo se negaba a propiciar la toma de decisiones. Quizá no habría sido del todo malo que murieran los más ancianos y enfermos. Entonces, se llegaría de una vez por todas a una solución.

En última instancia, dependía de Soderini y Colonna que ni él ni Giulio fueran elegidos. Ni siquiera entendía a quién favorecían. Nadie hasta el momento había logrado vislumbrarlo.

—Te propondré de nuevo —le gritó Giulio desde lejos, y agitó la mano ante su boca, como si de esa manera pudiera obtener algo de aire fresco—. Los votos decidirán y reinará la razón.

Los cardenales de la facción Medici le dedicaron golpecitos de ánimo en el hombro o asintieron en su dirección.

En el octavo escrutinio, de hecho, obtuvo nuevamente doce votos. Doce de treinta

y ocho, lo que seguía estando lejos de los dos tercios. Sin embargo, en cuanto se anunció la cifra, uno de los presentes anunció que se adhería a la mayoría resultante. Otro se mostró de acuerdo. Giulio alzó los pulgares, semiescondido. Pucci sonrió.

De forma imprevisible, ocho cardenales habían manifestado su intención de votar por Farnese. Ya contaba con veinte votantes. Necesitaba veintiséis. Todo indicaba que, a pesar de la agria oposición de Soderini y Colonna, lo conseguiría. Muchos estaban hartos de morirse de hambre y de pestilencia por culpa de aquel estancamiento sin sentido. La ronquera y la tos los atormentaban a casi todos. Los primeros compañeros comenzaron a preguntarle a Alessandro por lo que recibirían por su apoyo. Otros expresaron abiertamente sus deseos. Como ellos mismos señalaron, aún no había salido elegido. Lo mejor sería que firmara de inmediato una capitulación en la que estableciera de forma clara qué prebendas repartiría y con quién.

Giulio habló con Della Valle, y tras unos instantes, exclamó: Una vez más. Farnese tiene veintiún votos.

Aplausos, gritos, maldiciones.

Entonces, Lorenzo Pucci ahogó todas las voces con la suya propia al vociferar, desde el altar:

—*Habemus Papam.*

Capítulo 35

Roma, palazzo Farnese - 6 de enero de 1522

Al inicio del cónclave había reinado en el palazzo Farnese un ambiente de optimismo agitado. Constanza dormía mal a causa de los nervios. No obstante, apenas sentía el cansancio, y como se encontraba fuerte y activa al mismo tiempo, se preocupaba por sus hijos con más asiduidad de lo acostumbrado. También Bosio acudía por las noches a por su ración de atenciones.

Por las tardes, ella solía sentarse con Pierluigi y Baldassare Molosso, quienes habitualmente llevaban el peso de la conversación. Baldassare estaba consagrado en cuerpo y alma a repasar concienzudamente cada posible combinación electoral, olvidándose así de la supervisión de su pupilo Ranuccio, quien utilizaba la ausencia paterna y la indulgencia de su tutor para escaparse del *palazzo* vestido de forma discreta, siempre con un puñal bajo el largo jubón, como Constanza pudo constatar en numerosas ocasiones. Ella se planteó si debía hablar seriamente con él sobre el tema, pero en seguida rechazó esa posibilidad, deduciendo que lo único que obtendría sería una respuesta insolente. Ranuccio, además, se iba haciendo lo suficientemente mayor como para ser capaz de cuidar de sí mismo.

Baldassare, no obstante, no se explayaba únicamente haciendo conjeturas sobre los sucesos del cónclave, sino que una tarde también dio en especular acerca de Francesco Maria, señor de la reconquistada Urbino, señalando que aquel *condottiere* sin escrúpulos estaba tan imbuido de odio hacia los Medici, que incluso había invadido la Toscana y marchaba sobre Siena.

—Roma debe andarse con ojo con ese hombre —exclamó, sudando a pesar del frío invernal.

Constanza quiso averiguar algo más acerca de Francesco Maria, pero reprimió su interés, y en lugar de por él, preguntó por su hermano Ranuccio.

—Ese muchacho pasa últimamente mucho tiempo con su madre. Imagino que también el género femenino irá atrayendo más y más su atención. Hay señales inequívocas que un hombre de mundo como yo reconoce enseguida.

Cuando le preguntó sobre a qué señales se refería, él se alisó la ropa sobre su oronda barriga y respondió:

—Eso es cosa de hombres.

—Bien. Tengo mucha curiosidad por saber qué dirá nuestro padre acerca de esas «cosas de hombres».

—Vuestro padre nunca fue hombre que rechazara los placeres.

Cuando Constanza fue a increparle sobre a qué se refería exactamente, él se despidió con la excusa de tener que continuar trabajando en un himno al nuevo Papa.

—Un Papa digno requiere un poema digno.

El primer día de enero despertó en la ciudad, el cielo sobre Roma se vistió durante todo el día de un azul aterciopelado, pero al atardecer se tiñó de un rojo sanguino, hasta caer en una negrura avioletada. Pierluigi peregrinaba cada día, acompañado por Baldassare, hasta la plaza de San Pedro, para poder escuchar personalmente las noticias sobre la elección del Papa; por las noches regresaba helado y de un humor de perros porque aún no había podido conseguir ninguna buena nueva.

Constanza incluso hizo llamar en una ocasión al astrólogo paterno, Luca Gaurico, para solicitar una consulta. Sin embargo, éste solo le advirtió, malhumorado, que su padre le debía dinero, que estaba a la espera de recibir grandes sumas, particularmente de las arcas papales y que, además de todo eso, en los últimos días la distribución de los planetas había cambiado sustancialmente.

—¡Eso no os lo creéis ni vos, *Messer* Gaurico! —exclamó Baldassare—. Los planetas no cambian su ubicación en el cielo con tanta rapidez, eso lo sé hasta yo, aun cuando soy, más que nada, un hijo de Petrarca.

Gaurico refunfuñó, y Pierluigi le indicó que más le valdría soltar lo que sabía o, de lo contrario, podría mostrarse «muy desagradable».

—Realizar una nueva *praedictum* cuesta trabajo y dinero. ¿Qué creéis? Son muchos los hombres importantes que me requieren a cualquier coste. Cada día se cierran nuevas apuestas, hay mucho dinero en juego, y quien se lo puede permitir, prefiere no correr riesgos y me pregunta. Estoy inundado de trabajo. Sin embargo, como vuestro padre se cuenta entre mis clientes favoritos, diré lo que mis investigaciones de los últimos días me han permitido descubrir.

—¿Y bien, gran maestro? —preguntó Baldassare.

También Constanza aguardaba una información clara.

Gaurico se limitó a murmurar:

—Quien permanece fiel a sí mismo... Digámoslo con las palabras del evangelista Mateo: «Porque el que se humilla será enaltecido».

Dicho esto, abandonó el recibidor y descendió apresuradamente las escaleras.

—Podría darle una paliza a ese bocazas —espetó Pierluigi.

—¿Qué querría decir con ese misterioso mensaje? —preguntó Constanza.

Baldassare torció la boca y se encogió de hombros con vehemencia, pero finalmente comentó:

—Yo siempre lo he dicho: los astrólogos no son más que estafadores codiciosos. Por desgracia, vuestro padre cree en su sabiduría y su poder. Sin embargo, ¿quién puede ser tan ingenuo como para pensar que nuestro Señor todopoderoso, que está en

los Cielos, confiaría su saber y su voluntad a esos arrogantes astrólogos? ¡*Ciarlatani!* ¡Eso es lo que son, y nada más!

La tarde del 5 de enero, después de aquella conversación, Baldassare bebió demasiado del *frascati* que tenían guardado en las bodegas de la casa, y se quedó dormido ante la chimenea, entre ronquidos y resoplidos.

Constanza se quedó sentada aún unos minutos con Pierluigi. Ambos estaban sumidos en sus pensamientos, pero entonces apareció Ranuccio, le hizo una señal a Pierluigi y ambos desaparecieron antes de que Constanza pudiera preguntar qué ocurría.

Como Bosio ya se había retirado decidió, sin pensárselo dos veces, realizar una visita nocturna a su madre. Si bien constató que en el patio había reunidos numerosos miembros de la *famiglia*, entre ellos el bello Antonio y el mayordomo, que gesticulaba visiblemente, no le dio mayor importancia.

La madre se alegró de la visita, aun cuando también diera muestras de una cierta tristeza. El gran artista Miguel Ángel había ido a verla y juntos habían estado charlando sobre los viejos tiempos. Quizá precisamente por eso había decidido hablarle también a Constanza del pasado de sus padres.

La joven escuchó horrorizada por primera vez el deshonesto y sangriento asesinato de su abuela Ruffini, de la estancia de su padre en la prisión del castillo de Sant'Angelo y su heroica huida, así como de los incontables malentendidos que se habían producido y que habían hecho que sus padres tardaran tanto en encontrarse. Escuchó también la historia del primer matrimonio de su madre y finalmente la muerte del abuelo Ruffini, quien no había podido sobrevivir a los estragos causados por la soldadesca francesa en Roma hacía casi treinta años.

—Esperemos que tu padre sea realmente un Papa de la paz —suspiró la madre—. Que no permita que los soldados extranjeros vuelvan a entrar en Roma. El infierno no podría ser peor que aquello.

Cuando Constanza regresó a sus aposentos por la noche, Bosio ya dormía. La mañana siguiente, se despertó temprano y quiso ir a ver a sus hijos. En la casa reinaba una agitación inusual, nadie cuidaba de los niños y Girolama salió quejumbrosa a su encuentro mientras Pierluigi y Bosio aún seguían dormidos. En el jardín se arremolinaban grupos de miembros de la *famiglia* y trabajadores.

La inquietud fue creciendo, hasta que se oyó una voz gritar:

—¡*Habemus Papam!*

Alegría en el jardín, alegría en la casa y Bianca, a la que había llamado para que le arreglara el pelo, no tardó en aparecer. En primer lugar, Constanza reunió y tranquilizó a sus tres pequeños, pues incluso la ama, con su propio bebé en los brazos, se encontraba con el grupo que ya subía aceleradamente la escalera. La joven Farnese llevó rápidamente a los niños junto a un Bosio que acababa de despertarse de

forma brusca, pero que de inmediato consolaba a su benjamín apoyándolo sobre su pecho entre palabras tiernas mientras le prometía a los mayores que los llevaría por las malas a la cama.

Constanza se dirigió de nuevo a la galería. Cuando miró hacia el patio, vio como algunas de las doncellas se echaban sobre los hombros pesadas telas decoradas con brocados amenazando con desguazarlas. La plata brillaba en manos de las cocineras, y también reconoció al bello Antonio, quien se había colocado el bonete de terciopelo de su padre sobre la cabeza. Un capelo cardenalicio.

Era increíble.

Oyó gritar a Girolama a su espalda. Cuando corrió hacia ella, se encontró a su cuñada luchando ya con una lavandera y un jardinero, a los que quería arrebatárles pañuelos de seda, que se rompieron de pronto con el intenso y agudo sonido de los desgarrones.

Entonces, Pierluigi apareció de pronto en la puerta, aún adormilado y con una mirada absolutamente enfurecida. No parecía entender lo que estaba ocurriendo. Como la lavandera soltó el pañuelo, Girolama perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo. Constanza se echó rápidamente sobre ella para ayudarla, pero su cuñada sangraba ya de una herida en la cabeza mientras se apretaba llorosa el abdomen. Entonces, Pierluigi reaccionó: saltó sobre el jardinero y le propinó tal puñetazo que hizo que el muchacho se tambaleara. Rápidamente, Pierluigi se hizo con un atizador y le golpeó con él. El instrumento dio contra el suelo, pues el jardinero se había echado a un lado con la rapidez de una centella, y trató de huir. Se abalanzaba más que corría, pero a pesar de todo logró desaparecer. Pierluigi le arrojó el atizador, corrió hacia su habitación y buscó una daga larga. Con ella en la mano, pasó frente a Constanza como una furia en dirección a la galería y después descendió por las escaleras.

Fue un día inconcebible.

Poco a poco Constanza fue entendiendo que era necesario que su padre fuera elegido Papa y pudiera volver a casa a poner orden. Ya les había advertido a Pierluigi y a ella lo que podría ocurrir y les había aconsejado que tomaran precauciones. Él mismo había guardado todas sus cosas de valor, así como sus documentos, en el estudio, y se había llevado la llave con él. Sin embargo, los días habían pasado y, de alguna forma, ninguno de ellos había vuelto a pensar en la posibilidad de un saqueo. Ahora era ya muy tarde y solo les quedaba la opción de poner coto a los daños.

Pero, ¿cómo?

Vendió la cabeza sanguinolenta de Girolama y la tendió en la cama. En la zona del bajo vientre descubrió una mancha rojiza.

—Mi niño, mi niño —lloraba Girolama con ojos dementes.

—¿Estás embarazada?

—Sí, sí, de apenas días.

Justo en aquel momento, Pierluigi había aparecido en la habitación con una fuente llena de cubiertos de plata en los brazos. Había entendido lo que Girolama había dicho. Dejó caer la fuente con un gran estrépito, y bramó de furia mientras se precipitaba fuera de la estancia.

Poco después, Constanza le oyó rugir:

—¡Te mataré, Antonio! ¡Os mataré a todos!

Capítulo 36

Roma, Vaticano, capilla Sixtina - 9 de enero de 1522

Cuando Alessandro oyó a Pucci pregonar el *habemus Papam*, le recorrió una oleada cálida de triunfalismo ardiente que, no obstante, no tardó en sofocarse ante el hecho innegable de que veintiún votos no constituían una mayoría de dos tercios, y que el anuncio prematuro de su victoria podía espolear a sus enemigos a tratar de realizar un último esfuerzo.

Tenía razón. Colonna y Soderini se levantaron de un salto, realizaron gestos negativos con gran violencia y graznaron por toda la estancia:

—¡Farnese aún no tiene los dos tercios! Exigimos un proceso de elección regular. Alboroto, amenazas, agresividad, incluso algunos puños se alzaron, agresivos.

Cuando los ánimos volvieron a calmarse, todos se introdujeron de nuevo en la *cappella Parva*, la capilla de la elección, pero allí no ascendió el número de votos hasta los veintiséis: por el contrario, parecía que la mayoría se disolviera.

Soderini exclamó con voz agitada:

—¡Carvajal! Propongo como candidato al cardenal Bernardo López de Carvajal.

Giulio, quien durante un instante se había estremecido de terror, y había hablado con insistencia, agitación y poca amabilidad con Pucci, tomó la palabra y le pidió a sus compañeros que descansaran y reflexionaran sobre los sucesos de aquel día, que rezaran y se confesaran y esperaran a que el Espíritu Santo los iluminara.

Así fue.

El 7 de enero aún reinaba una atmósfera de agresividad y agitación, y se produjo un nuevo escrutinio que no dio lugar a ninguna mayoría.

El aire lleno de humo y el hedor de los excrementos apenas podían soportarse, y sin embargo Alessandro no logró encontrar en ninguna parte una predisposición a un acuerdo, solo agotamiento rencoroso y una terquedad carente de perspectiva. Apenas había dormido en toda la noche porque la cercanía de su victoria y la consiguiente desilusión le azotaban el estómago y el corazón, provocándole ataques de vértigo. No se podían negar sus cincuenta y cuatro años. La mañana del 8 de enero informó a Giulio de que abandonaba, que todo le daba igual.

—Este atajo de tercios e intransigentes intrigantes me repugna. ¿Cómo podemos considerarnos apóstoles de Cristo? ¿Cómo podemos exigir la gestión de Roma, de su patrimonio? ¿Cómo podemos dirigir a los creyentes, cómo podemos considerarnos sus intachables modelos a seguir? Mientras pasamos aquí los días, en las calles de Roma mueren inocentes, y se saquean los tesoros que León había acumulado antes de

su muerte.

Un grupo de compañeros, que no estaba compuesto únicamente por partidarios, le había ido rodeando, pero de pronto oyó aplausos y gritos burlones.

—León no adquirió nada —exclamó Soderini—, aparte de esculturas obscenas, versos malos y deudas. ¡Nos ha dejado un millón de ducados en deudas! ¡Era un delincuente y un sodomita!

Entre los consiguientes gritos de protesta, se alzó la gravemente ronca voz del español Carvajal:

—Ahora *gonella* Farnese se eleva sobre su pedestal de moralidad, pero en su casa le esperan ya sus bastardos con sus lucrativos puestos de privilegio, su concubina le calienta la cama y su *palazzo* puede competir con el de Riario. *Fregnese* es tan megalómano como hipócrita, un hereje epicúreo, un pagano entre cardenales. Deberían expulsarlo del Vaticano a latigazos.

Colonna dio muestras evidentes de temer que Alessandro pudiera partirle la cara a Carvajal de un puñetazo, y en consecuencia se colocó frente al español, con el pecho abierto en ademán protector. Sin embargo, Alessandro se limitó a darse la vuelta y a encerrarse en su celda.

El 8 de enero se produjo el décimo escrutinio. Alessandro obtuvo cuatro votos. Se rió a carcajadas y se retiró de inmediato a su celda, mientras aún oía como proponían a Giulio della Valle. Sus oponentes sugerían a Soderini.

De nuevo, Alessandro se durmió tarde. Soñó con Silvia y con sus hijos, se despertó, decidido a abandonar su dignidad cardenalicia al día siguiente, salir del cónclave y retirarse con su familia a Capodimonte, para vivir allí la apacible vida de un barón. Feliz ya solo con la perspectiva, suspiró hondo y se durmió de nuevo. Entonces, todo se torció. Oyó como alguien gritaba «El pacto, el pacto», y una voz que retumbaba como un trueno le enviaba el mensaje: «Tú eres mi Hijo amado, en ti tomo contentamiento», y entonces apareció un ángel con el rostro de Virginia, otro ángel que se asemejaba al dulce Paolo; sus nietos saltaban sobre su cama como querubines de Rafael, y observaban desde el aire con expresión aburrida cómo él moría. Entonces, Giulio gritaba lleno de sarcasmo: «*Habemus Papam*». Incluso su madre hacía acto de presencia, lo señalaba con el dedo y graznaba: «Tú, maldito camello. ¿Cuándo piensas pasar por el ojo de la aguja? Voy a informar a tu padre de que el inútil de su hijo se ha roto la espalda escalando la cátedra de San Pedro».

Al despertar le temblaba la mano derecha y el vértigo apenas le permitió levantarse.

Cuando, tras ingerir un chusco y un par de tragos de agua, salió al pasillo central asistido por su ayuda de cámara, vio como todos los presentes se asemejaban a ánimas en pena. Pucci, cuya barba aparecía despeinada y revuelta, le informó de que acababa de infiltrarse la noticia de que Francesco Maria había llegado a Siena.

—A Giulio le preocupa enormemente que la siguiente ciudad que tome Francesco Maria sea Florencia. En tal caso, ¡adiós, muy buenas!

En cuanto oyó las palabras clave, Giulio se apresuró hacia donde ellos se encontraban y los arrastró hasta una esquina, donde se sintieron seguros de escuchas indiscretas.

—Florencia corre un grave peligro —les espetó—. Además, no pueden faltar más de dos días para que lleguen los cardenales franceses. Entonces, nuestro número de veto se verá en peligro. Durante esta noche he estado pensando en un plan que debe funcionar.

Alessandro le observó, escéptico.

—Propondré a alguien en el que hasta entonces nadie haya pensado y que se mantenga lejos de aquí —continuó Giulio—, que ni siquiera tenga intención de trasladarse hasta Roma.

Alessandro lo miró con escepticismo acrecentado.

Giulio se le acercó tanto que no pudo evitar dar un respingo involuntario.

—¿Es que no lo entiendes? O todos los presentes se dan cuenta de la insensatez que está teniendo lugar aquí y se muestran abiertos a argumentos razonables, eligiéndote a ti, o a del Valle, o incluso a mí o a Pucci...

—O a Carvajal, o Soderini, o Colonna o quien sea —concluyó Alessandro.

—Déjame que siga. Si el impacto no les despierta, entonces es posible que incluso escojan al cardenal lejano. Es intachable. Sin embargo, nunca vendrá a Roma: O no querría, o no podría... ¡O moriría en el trayecto!

Alessandro agitó la cabeza como un niño cabezota.

—¿Estás pensando en el inglés Wolsey? Ése sin duda vendría a Roma y aceptaría el cargo de Papa con satisfacción. ¿Y qué quieres decir con que «moriría en el viaje»? ¿Piensas mandarle un grupo de *bravi* para que lo envíen al más allá?

—¡Idiota! —explotó Giulio en un repentino arrebató de cólera—. ¿Quién ha sido el que lo ha hecho todo hasta ahora para que tú pudieras ser Papa? ¿Quién se ha sacrificado? ¡Yo! ¡Y todavía sospechas de mí!

Alessandro hizo un gesto conciliador, y también Pucci se implicó y señaló que no debían discutir, que aquél sería el día señalado, que estaba seguro de que se alcanzaría un acuerdo.

Al otro extremo del pasillo, ante la celda de Soderini, sus oponentes hacían corro.

Giulio observó a Alessandro con una mirada impenetrable, lo abrazó de pronto y convocó a todos los cardenales para un undécimo escrutinio en la *capella* Parva.

Apenas se habían reunido todos cuando tomó la palabra:

—Como en los últimos días se ha demostrado, ninguno de los presentes puede convertirse en Papa. Yo mismo renuncié a la candidatura porque no le era grato a muchos de vosotros y propuse, a mi vez, a cuatro hombres dignos del puesto.

Ninguno de ellos ha obtenido la aprobación de mis enemigos.

—Exacto —graznó Soderini.

—Así es —se burló Colonna.

Giulio les respondió simplemente arqueando la ceja y prosiguió:

—Los candidatos propuestos por las demás facciones han sido rechazados por motivos diferentes pero firmes. Lo que nos queda es lo siguiente: debemos buscar a alguien que no se encuentre entre nosotros, un cardenal de personalidad intachable.

—Correcto —murmuraron algunos.

Algunos incluso aplaudieron.

—Entonces, ¡haz una propuesta, charlatán! —exclamó Colonna.

Giulio carraspeó, se estiró y se alisó la ropa cardenalicia.

—Aceptad, reverendos compañeros y hermanos en Cristo, al obispo de Tortosa, el cardenal Adrian Florenszoon Dedel van Utrecht, un hombre honorable de sesenta y tres años de edad, considerado por todos cuantos le conocen como un hombre santo.

La sorpresa no pudo ser mayor.

—¿Quién? Pero, ¿quién es ése? —exclamaron algunos, mientras otros trataban de pronunciar su nombre, tropezaban con las sílabas y casi parecía que se les fuera a romper la lengua ante sonidos tan fuertes, y los últimos, simplemente, se reían.

Alessandro sabía que Adrian, un flamenco de origen humilde, había sido tutor del emperador Carlos V. Éste había presionado a León para incluirlo dentro del nombramiento multitudinario de cardenales. Más tarde, el emperador había vuelto a llamarlo a su lado como regente de España, una misión sin duda difícil de cumplir. Lo que Alessandro había podido saber de él por rumores no resultaba demasiado prometedor. Pero además de todo ello, y ése era el dato más decisivo, Adrian era un extranjero, un hombre que ni siquiera había estado nunca en Roma. En otras palabras: ¡Un bárbaro!

Daba la impresión de que Giulio estuviera buscando reírse de ellos, burlarse, con la intención de que así, quizás, despertaran y fueran capaces de encontrar un candidato de compromiso. Quizá también creía que un extranjero desvinculado del Vaticano de sesenta y tres años de edad sería una marioneta en sus manos, y que no tardaría en morir. O quizá esperaba realmente que Adrian rechazara la elección y nunca llegara a pisar Roma.

En cualquier caso, era una jugada arriesgada.

El colegio discutió la proposición con vehemencia: todo aquel que sabía algo de Adrian, informaba a los ignorantes.

Impaciente, Giulio convocó a los cardenales al undécimo escrutinio. Se votaría. No habría reflexión.

Se contaron los votos: el cardenal Bernardino López de Carvajal obtuvo quince votos, lo mismo que el obispo de Tortosa. Alessandro reflexionó brevemente sobre

quién debía haber votado por Adrian: la facción de los Medici al completo. Excepto él. Había depositado una papeleta en blanco, porque aquella jugada le parecía demasiado arriesgada.

Todavía se encontraban todos hablando cuando el cardenal Caetanus se levantó y pidió poder dirigirles a sus compañeros un par de palabras. Los últimos murmullos y discusiones se fueron apaciguando tras algo de esfuerzo. Alessandro miró a Giulio, que se inclinaba hacia Pucci con el ceño fruncido y lleno de escepticismo, para susurrarle algo al oído. Finalmente, cundió la suficiente calma como para que la voz de Caetano, que se contaba entre los oponentes de Giulio, se escuchara sin tener que gritar.

Con una larga y quejumbrosa declaración, se lamentó del transcurso del cónclave hasta el momento y de la desdichada situación en la que se encontraba el colegio cardenalicio. Tras esto comenzó a divagar sobre lo que los creyentes esperaban de ellos, y sobre lo que estaba ocurriendo en Alemania: una herejía que afectaba a todo y a todos. Él, Thomas de Vio, cardenal de Gaeta, había conocido a Adrian, obispo de Tortosa, en la misma Alemania, y le había considerado un hombre ilustrado, inteligente, modesto, un hombre sabio de dignidad apostólica.

—En él no reina ni la vanidad ni el belicismo; es un asceta severo, un auténtico hijo de Dios y de su Iglesia, y lo único que le preocupa es la salvación de los creyentes. Quien vote por él, demuestra que toma en serio las amenazas que atenazan a la Iglesia, que se preocupa por el peligro que nos supone ese hereje de Lutero, así como los igualmente infieles turcos; demuestra que quiere retomar las raíces apostólicas de la Iglesia y seguir la llamada de nuestro Señor: «*poenitentiam agite*, haz penitencia», será algo que recordará en su interior. En cualquier caso, en este momento declaro que a partir de ahora olvido las partes y facciones y acepto la proposición: yo también daré mi voto al obispo de Tortosa, para que se convierta en el próximo Papa por la gracia de Dios y para el bien de los creyentes.

Durante un instante reinó un silencio perplejo, como si todos hubieran contenido el aliento y aguzado el oído esperando hincarse de rodillas en cuanto sonara la fanfarria que anunciara la llegada de los ángeles del Cielo.

—Estoy de acuerdo —exclamó Pompeo Colonna, el *condottiere*— cardenal. Ya hemos luchado durante demasiado tiempo, y nos hemos asfixiado bastante en esta prisión de mierda de la Sixtina. Yo también voto por el obispo de Tortosa.

De nuevo cundió el silencio. Entonces, Giacobacci, Trivulzio y Ferrerio, de la facción francesa, mostraron su aprobación.

—Es la ruina de Francia —exclamó Orsini.

Pero no sirvió de nada. Desde el fondo, sonó una nueva voz. Luego una segunda, y una tercera. Alessandro contó veinticinco votos.

Solo faltaba uno.

No, no sería el suyo. Lo que estaba ocurriendo allí le parecía un ataque de locura colectiva. Estaban a punto de elegir a un extranjero, a un alemán, y lo que era peor: a un flamenco, a un vasallo directo del emperador. Podía ser tan piadoso como quisiera: ¿cómo acabaría Roma en manos de semejante extraño? ¿Cómo iba tal bárbaro a poner los pies en Roma?

Entonces, el romano Giovanni Domenico de Cupis se levantó, y anunció, con voz sorprendentemente vigorosa:

—Yo también doy mi voto al obispo de Tortosa, y con esto lo proclamo Papa.

Un silencio asfixiante siguió a aquellas palabras. Casi mudos, los restantes cardenales fueron anunciando su voto en favor del cardenal Adrian. Antes de que todos llegaran a asimilar lo ocurrido, el cardenal Cornaro se dirigió a la ventana y exclamó:

—*Annuntio vobis gaudium magnum: Habemus Papam.*

No obstante, su voz debilitada se perdió entre el estrépito, por lo que el cardenal Campegio tomó su lugar en la ventana, repitió esas mismas palabras, y continuó, no sin realizar alguna pausa y vacilación:

—*Eminentissimum ac reverendissimum dominum Adrianum cardinalem sactae romanae Ecclesiae Florenszoon Dedel van Utrecht.*

Lo que ocurrió en el exterior fue algo que Alessandro solo pudo adivinar: mientras Campegio dirigía sus palabras a la expectante muchedumbre, reinó el silencio, y durante unos instantes permaneció en absoluta calma, como si el Todopoderoso le hubiera robado la voz a la humanidad, para posteriormente desatar con ella una tormenta. Las masas en el exterior bramaron fuera de sí, aullaron, chillaron: en la capilla, solo se oyó el estallido de un grito de protesta como Alessandro no había visto nunca. Los cimientos del Vaticano parecían tambalearse, las ventanas de la Sixtina amenazaban con romperse, todos los cardenales y sus acompañantes observaron los cristales abiertos y respiraron juntos, con igual ansia, el aire fresco de enero.

Mientras la tormenta arreciaba fuera, los cardenales comenzaron a tomar consciencia de lo que habían hecho. La mayoría tuvo que sentarse, o al menos apoyarse en sus secretarios para no caerse al suelo. Los rostros aparecían pálidos y agitados. Incrédulos.

—Son como ánimas escapadas del purgatorio —dijo un ayuda de cámara, y Alessandro no pudo sino asentir.

Allí se quedaron, el colegio cardenalicio reunido, como un grupo de dementes que hubiera jugado a ser un cónclave.

Alessandro miró a Giulio, que lucía una sonrisa torcida e irónica, abiertamente arrollado por lo ocurrido.

—La curia está al borde del colapso, arruinada, y nosotros elegimos a un hombre

que tardará meses en llegar a Roma —dijo una voz de fondo.

Otra respondió.

—Hemos elegido a un bárbaro, a un tutor del emperador.

El cardenal Gonzaga, que se encontraba junto a Alessandro y conocido, más que nada, por su glotonería, añadió, casi sin voz:

—Entonces, el emperador es Papa, y el Papa, emperador.

Alessandro se atrevió finalmente a expresar en voz alta sus pensamientos:

—El obispo de Tortosa no estuvo presente en nuestras negociaciones, no se ha visto implicado por palabra o juramento en lo que hemos elegido: podría retirarnos a todos sin pestañear nuestras prebendas, dejarnos desnudos, echarnos a la calle. Nos hemos castrado a nosotros mismos, nos hemos inhabilitado y nos hemos arrojado de cabeza contra nuestra propia desgracia.

Capítulo 37

Roma, plaza de San Pedro - 9 de enero de 1522

Cuando Pierluigi llegó a la plaza de San Pedro acompañado de su hermana, descubrió por los presentes que sabían que su padre, el cardenal Farnese, iba a ser elegido Papa. Sin embargo, aún no se había realizado la proclamación oficial. Por todas partes debatían a viva voz sobre si Farnese sería nombrado ya o no, si se confirmaría como alguien tan generoso como lo había sido León.

—No podrá, las arcas están vacías —dijo un banquero vestido con una toga roja oscura—. La curia nos debe, solo a nosotros, cincuenta mil ducados.

Pierluigi no estaba de humor como para discutir las deudas de la curia, incluso él esperaba aún que pagaran a sus soldados. Cuando un hijo de la nobleza de Campo Marzo, al que conocía apenas de vista, hizo amago de preguntarle cuánto apostaba por la elección de su padre, e hizo tintinear los ducados de un saquito mugriento que llevaba colgado, Pierluigi le indicó con un gesto que desapareciera de inmediato, ante lo cual el aludido se marchó ofendido, llevándose consigo el recipiente de su vergüenza.

Pierluigi avanzaba impaciente, maldiciendo a todos los ángeles caídos, de tal forma que Constanza se veía obligada a llamarle la atención una y otra vez. Pero él era incapaz de seguir soportando la espera. La paciencia no se contaba entre sus virtudes, y por eso aspiraba a *condottiere* y no a cardenal. Daba igual la ocasión, él despreciaba los camelos y los giros de palabras. Solo una cosa funcionaba con él: enfrentarse al enemigo, tomar las armas, cargar contra el adversario, ¡atacar! Cuanto más rápida la victoria, mejor. Una victoria fulgurante desmoralizaba al enemigo y reforzaba las propias energías.

Puesto que era impetuoso e impaciente, Girolama lograba destrozarle los nervios: ella deseaba carantoñas y palabras de amor, se agarraba a él, lo besaba en todos los lugares posibles e imposibles, suspiraba, sollozaba y gimoteaba cuando él quería apartarse de las posturas permitidas por la Iglesia.

En ese sentido, había preferido a Antonio. Nunca le había hablado a nadie de la familia sobre su amistad con Antonio, porque la Iglesia consideraba maldita ese tipo de relación entre hombres, aun cuando no era tan infrecuente entre soldados, como él mismo había podido observar. Y el bello Antonio le había atraído considerablemente más que esa vaca Orsini de Girolama. Si hubiera tenido que elegir, se habría quedado con Antonio sin vacilar.

¡Y ahora resultaba que él era el cabecilla de los saqueadores!

Cuando, tres días atrás, los rumores de la elección de su padre habían empezado a circular por Roma hasta propagarse por doquier y se había desatado el saqueo del *palazzo*, los acontecimientos habían pillado a Pierluigi desprevenido. El servicio podía haberse llevado algún que otro trasto viejo sin que él se lo hubiera tomado a mal; al contrario, los habría alabado como criados serviciales. Su padre, sin duda, se habría mostrado generoso, le habría comprado a Antonio el equipamiento del taller y le habría prometido una dote a las doncellas solteras. Pero entonces, había ocurrido lo impensable, aunque era frecuente en cada elección papal, incluso en el propio Vaticano: los mozos y doncellas, las lavanderas y albañiles, los carpinteros, criadas y recaderos, simple y llanamente, se creyeron en derecho a tomar el oro y la plata, el terciopelo y la seda, el cristal de Murano, los platos de estaño y las armas laboriosamente labradas. Probablemente, de no haber sido por su intervención, habrían logrado abrir las arcas de su padre.

Sin embargo no había llegado a tiempo a socorrer a Girolama y el hijo que albergaba. Aquello había sido lo que había despertado su ira.

Y Antonio debía pagar por ello. Aunque se hubiera defendido. Precisamente porque se defendió. Si se hubiera arrojado a sus pies y le hubiera suplicado misericordia, probablemente no le hubiera ocurrido nada. Él, el *capitano* Pierluigi Farnese, se habría mostrado magnánimo. Quizá se hubiera conformado con azotarlo como a Bianca, la doncella de Constanza, visiblemente embarazada.

Pensándolo a posteriori, lamentaba no haber manejado él mismo el látigo sobre las grasientas posaderas de la llorosa Bianca. El mayordomo no la había golpeado con verdadera fuerza. Al contrario que Girolama, ella no había perdido al niño. Con cada insulso azote gritaba: «¡Antonio!», como si ese traidor pudiera ayudarla. Sin embargo, el hermoso Antonio se retorció sangrante sobre el polvo, y ya no era hermoso. Se lo había merecido.

Pierluigi aún tenía la batalla en la mirada e incluso entonces, tres días después, le dolía lo que había tenido que hacerle a Antonio. Pero, ¿por qué éste se había tenido que defender? ¿Por qué con hachas y cuchillos? ¿Por qué le había insultado e, incluso, se había atrevido a llamarle «cerdo sodomita»? Él, Pierluigi Farnese, hijo de un próximo Papa, que lo había amado, que le había hecho regalos... A decir verdad, Antonio le debía, al menos, haber correspondido un poco. ¡Y esa palabra! El hacha y el cuchillo no podrían haberle herido tanto.

En aquel momento, a Pierluigi todo le había dado igual. En un ataque de furia demente, se precipitó sobre Antonio, que dudó durante un instante sobre si clavarle el hacha. De inmediato recibió una patada en el estómago y luego el filo de un puñal en el hombro, y ya no tardó en precipitarse hacia el suelo mientras su arma volaba de su mano. Pierluigi bloqueó con la mano el cuchillo, que dejó de constituir un peligro. Se arrodilló sobre él, y podía haberle rebanado el cuello de un corte certero, como había

aprendido a hacer siendo soldado. Antonio seguía sin pedirle misericordia. Le hubiera bastado leer una súplica en sus ojos. Sin embargo, todo lo que éstos revelaban era odio, un odio que ya no pudo olvidar. Como un pedazo de carne poco hecho, la piel sanguinolenta se abrió mostrando los blancos dientes que relucieron durante un segundo. No, no le había cortado el cuello: se había limitado a abrirle la mejilla entera con el cuchillo.

Finalmente, le dio a Antonio una patada y lo arrojó él mismo a la calle.

Tras los azotes, Bianca salió del *palazzo* por su propio pie.

Entonces, la casa quedó en paz.

Otro par de doncellas se había merecido una paliza, pero de pronto se había sentido tan cansado, tan miserable, tan solo que, desastrado como estaba, había saltado sobre un caballo y, a galope tendido, había atravesado la via Appia, abandonando la ciudad y trotado largo rato por los brillantes adoquines, entre estelas funerarias y cipreses.

—No tiene sentido quedarse aquí, pasando frío, mirando hacia arriba —dijo Constanza—. Ni siquiera brilla el sol. No vamos a averiguar nada distinto a lo que se comenta por aquí.

Pierluigi apenas la escuchaba, pues se sentía fuera de lugar, aún perseguido por los sucesos del 6 de enero. Veía al deforme Antonio ante él, aquellos dientes salientes antes de quedar anegados por la sangre.

Probablemente Antonio se encontrara ahora tendido en alguna choza mugrienta, febril, cercano a la muerte.

¿Y esa puta de Bianca? El niño que ya redondeaba su vientre, ¿sería de Antonio?

En ese caso su traición sería doble.

Y sin embargo, aún lamentaba su arrebató de ira. Nada tenía lógica alguna. Un saqueo precipitado, un sacrificio sin sentido.

—¿Qué? —le dijo a Constanza.

—Me voy a casa.

Pierluigi logró salir con esfuerzo del sangriento reguero de imágenes y pensamientos.

—Le diste un mal consejo a nuestro padre —exclamó él, con voz ahogada, para cambiar de tema—. Esperar no fue una buena idea, debía haber expuesto a las claras sus intenciones: quiero ser Papa, soy el mejor, el más amado, el que va a acabar con el nepotismo...

—¿El nepotismo? —le interrumpió Constanza—. Él mismo le debe tanto al nepotismo como el tío Giulio.

En ese momento, se elevó un grito entre la multitud. La ventana de la capilla Sixtina se abrió. Pierluigi miró hacia arriba. En las alturas apareció un bonete púrpura

que, aparentemente, gritaba algo a la calle. Nadie entendió una palabra. Entonces, apareció un segundo bonete.

Un silencio súbito se extendió por toda la plaza.

—*Habemus Papam* —entendió él.

Le siguió un nombre que no reconoció, que ni siquiera entendió. El segundo prelado dijo algo así como «cardenal Adrianum», despertando a continuación un murmullo de rabia y balbuceos.

—¿Qué es lo que ha dicho? —exclamó Constanza.

Nadie conocía aquel nombre, ni había entendido bien a quién se referían. En cualquier caso, no se había dicho «*Alexandrum Farnesium*».

Entonces, del tenso silencio se alzó un grito de protesta, bramidos y rugidos, puños agitados y alaridos, que llegaban a amortiguar el sonido de las campanas.

Tras unos instantes, Pierluigi y Constanza oyeron como algún empleado de la curia de túnica negra comentaba que se había elegido a un cardenal desconocido, que por lo que había entendido, habían hablado de Adrian quien, si mal no recordaba, era un alemán que vivía en España bajo las órdenes del emperador. Otros confirmaron ese punto. Más tarde también descubrieron que el tal Adrian había sido maestro del emperador, y un hombre muy piadoso.

—Además, es de origen muy humilde: ¡hijo de un carpintero! —comentó un monje peregrino—. Quizá no sea algo malo. Puede que ponga algo de orden por aquí.

Constanza, pálida y con los ojos llenos de horror y perplejidad, guardó silencio unos instantes mientras a Pierluigi no se le ocurría otra cosa más que maldecir el mundo. Entonces, las lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de la joven. Sollozó de forma tan desconsolada, que él incluso tuvo que tomarla en sus brazos para que no cayera al suelo. Mientras seguía maldiciendo, Antonio se le apareció de nuevo ante los ojos. El castigo que le había infligido se volvía aún más carente de sentido. ¡No habían elegido a su padre, sino al hijo de un carpintero! A un bárbaro.

Pierluigi hubiera preferido tener en sus brazos a Antonio en lugar de a Constanza, hubiera querido perdonarlo.

¡Su padre no era Papa! Aquella idea le martilleaba la mente una y otra vez. Todo había sido en vano.

Capítulo 38

Roma, palazzo Farnese - 9 de enero de 1522

Constanza olvidó las lágrimas durante el camino de vuelta a casa y se mantuvo muy pegada a Pierluigi, pues la gente que se tambaleaba por las calles tras la noticia gritaba como posesos, maldecía, sollozaba y se golpeaba. Nadie conocía a aquel hombre de lejanas y bárbaras tierras con aquel nombre impronunciable, pero todos temían que se les saqueara a su llegada. León les había proporcionado trabajo a todos de una forma u otra, había repartido limosnas entre los necesitados, había procurado pan y vino a los romanos sin coste alguno y había celebrado fiestas excelentes: aquel año, por el contrario, se suspendía ya el carnaval, con sus diversiones, sus borracheras, las actuaciones teatrales y los desfiles... ¡A dónde iban a ir a parar!

Un frailuco barrigón, como Constanza no podía evitar considerarlo, aseguró incluso que el nuevo Papa permanecería en España y trasladaría allí el Vaticano. Él mismo pensaba partir de inmediato y buscar un hogar al otro lado del mar. Al igual que en los tiempos de Aviñón, Roma se empobrecería y pudriría.

Constanza llegó a oír voces que aseguraban que Francesco Maria, ese *condottiere* sin corazón, no tardaría en presentarse en Roma con sus tropas para saquearla, en represalia a la ingratitud de los Medici y las injusticias cometidas contra él.

Llegados a casa, tuvieron que informar a Bosio y Girolama, Ranuccio y Baldassare, así como a los curiosos miembros de la *famiglia*, de las malas noticias. Les siguieron el asombro y la furia. Los niños, que percibían los cambios de humor en sus padres y en los demás adultos, se comportaban de forma tozuda y desobediente, pataleaban, lloriqueaban y se quejaban.

Bosio agitó la cabeza y le dijo a Constanza:

—Vayamos a Santa Fiora: allí podremos vivir en paz con nuestros hijos.

A través de las lágrimas, ella lo miró con furia.

Girolama sollozaba sin freno, hasta tal punto que Pierluigi tuvo que propinarle un bofetón. Sin embargo, cuando reparó en que había sufrido recientemente graves hemorragias, la tomó en sus brazos e intentó consolarla con torpeza.

Incluso su madre estaba afectada, pálida, desvelada, pero no dijo nada. Literalmente, nada. Se limitó a coger a su nieto menor en brazos y a apoyar la cabeza del pequeño sobre su mejilla.

Su padre no apareció hasta ya bien caída la noche, acompañado de su ayuda de cámara y secretario: andrajosos, malolientes, absolutamente agotados, hambrientos y sedientos. Dijo únicamente:

—Casi nos hacen pedazos en plena calle. Roma está en pie de guerra.

Entonces, pidió un baño, pero antes de que terminaran de llenar la bañera con agua caliente, se quedó dormido en una silla. Sus nietos le despertaron, Constanza y Pierluigi le rogaron que les contara todo, pero él les pidió:

—Dejadme, primero tengo que reponerme.

Parecía destrozado, hundido, apaleado, al borde de sus fuerzas.

Únicamente a la madre le permitió que lo acompañara hasta el baño y se sentara a su lado. Constanza se paseó arriba y abajo frente a la chimenea. Los demás meditaban en silencio. Tras unos instantes, la joven ya no pudo soportarlo y se dirigió nuevamente al cuarto de aseo, donde su padre yacía en la tina con los ojos cerrados y la mano aferrada a la de la madre. El recuerdo de Paolo la azotó con fuerza: en aquella misma tina había encontrado la muerte.

¿Por qué no lo había cuidado lo suficiente? ¿Por qué no había sido capaz de impedir la malicia de Pierluigi? Sí, al final, la responsabilidad había sido suya.

Constanza regresó al recibidor y rompió a llorar desconsoladamente.

—¡Para ya, niñata llorona! —tomó Pierluigi la palabra—. Os han vencido. Os han jodido la estrategia.

Ella se limpió cuidadosamente la nariz, se secó las lágrimas de las mejillas e intentó eliminar el recuerdo de Paolo.

Miró a su alrededor: todos, exceptuando Pierluigi, habían abandonado la habitación.

—¿Dónde están los demás? —preguntó.

—Se han largado, se han ido a la cama, ¡qué se yo! —murmuró Pierluigi.

Ella no insistió, pues no lograba apartar la imagen de Paolo de su mente. Su rostro amoroso y dulce se le volvía a aparecer frente a ella, una y otra vez... ¡Si aún estuviera con ellos! Si estuviera sentado allí, junto a la chimenea. Le habría colocado el brazo en torno a los hombros y habría tratado de consolarla...

—O bien marchamos todos a Tortosa o a donde el emperador nos envíe. Ya has oído lo que ha dicho el fraile —exclamó Pierluigi, aún lleno de ira.

Finalmente, el padre apareció, peinado y limpio, pero encorvado y cansado. La madre se había marchado sin despedirse.

—Todo el mundo se volvió loco de repente —dijo únicamente—. Fue Giulio quien propuso al flamenco. Originariamente solo debía haber sido otro de sus retorcidos trucos. El propio Giulio nunca se imaginó que el cardenal Caetanus les arengaría con tal convicción y que todos se subirían al carro a trompicones.

Se sentó ante ellos y preguntó por Ranuccio.

—Dormido —respondió Pierluigi—. O escribiendo poemas con Baldassare. Ahora, cuéntanos. Trece días de cónclave, ¡y ahora esto! Podría estrangular al tío Giulio con mis propias manos.

El padre comenzó a narrarles los pormenores con voz entrecortada. Pierluigi arrojaba un leño tras otro al fuego, que chisporroteaba.

Entonces, el ayuda de cámara anunció la llegada del vicescanciller, el cardenal Giulio de Medici.

Constanza no podía creer que el tío Giulio se presentara allí, precisamente aquel día y a tan tardía hora. También su padre se mostró sorprendido, sin embargo lo saludó amistosamente. El tío Giulio le tendió su anillo e incluso le dio unas palmaditas en la mejilla. Se volvió después hacia Pierluigi, quien únicamente gruñó, pero no se movió.

—Alessandro, hijos, estáis viendo a un hombre derrotado —el gesto patético de Giulio resultaba lamentable.

—Giulio, déjate de palabrería —repuso el padre.

Constanza miró al Medici con atención, pero la inestable luz del fuego y las escasas velas de la estancia impedían que pudiera leer nada en sus rasgos.

—No se posó sobre nosotros la iluminación del Espíritu Santo —replicó.

El padre se inclinó, ponderador.

—Quién sabe si esa elección habrá sido la correcta o no. Quizá el látigo de un pontificado estricto nos devuelva el sentido común. Hemos vivido en la pompa, hemos festejado sin medida, hemos construido sin mesura, y hemos dirigido guerras sin sentido. Reflexionar un poco es algo necesario. Como dice San Mateo en el texto griego: «*Metanoete, cambiad*». Y si esa sentencia no nos conmueve, entonces el obispo de Tortosa nos inculcará la dudosa traducción de San Jerónimo al latín: «*poenitentiam agite, ¡haced penitencia!*».

—Como de costumbre, al contrario que tú, no he aprendido griego, ni he tenido tiempo para reflexionar sobre la exactitud de una traducción, y no haré penitencia ante nadie. Ni siquiera un estricto profesor del emperador tendrá nada que reprocharme —el tío Giulio parecía irritado y nervioso—. En cualquier caso, eso ya es agua pasada. Lo que Caetano me ha contado de Adrian es escalofriante. Roma vivirá su decadencia. Por eso me marcharé de inmediato a Florencia, donde al fin y al cabo soy arzobispo. Debo mantener a raya a Francesco Maria y preservar la influencia de los Medici en la *Signoria*, así como asegurar nuestras casas bancarias frente a los ataques de Soderini. Soderini, si lo hubiera sabido... —se volvió a Constanza y Pierluigi—. Él es el auténtico bribón que se oculta entre los cardenales, el que nos ha empujado a esta situación. León debería haberle hecho pasar por la cuchilla después del descubrimiento del atentado de Petrucci. Siempre es un error que un criminal no afronte las consecuencias de sus actos. Lo mismo es aplicable al autoproclamado duque de Urbino. Más tarde o más temprano, acaban por vengarse.

—Lamentar los errores del pasado no nos lleva a ninguna parte —replicó el padre con tono entristecido—. Yo también me he planteado si no debería retirarme a

Capodimonte...

De pronto, el tío Giulio dio un respingo, se inclinó hacia el padre, le cogió de la mano.

—¡Alessandro, no podemos darnos por vencidos! Ninguno de los dos, ¡aún somos amigos! ¿No nos unió el tío Lorenzo, el padre de todos? Si Soderini o Colonna logran separarnos, podemos darnos por acabados. De momento, hemos perdido una batalla, pero no la guerra. Quién sabe si Adrian llegará si quiera a aceptar el resultado de la votación... Si no es un completo idiota, renunciará al cargo, que no es para él más que un lastre. Tendría que viajar en pleno invierno, podría enfermar o incluso morir... ¿Entiendes? ¿De dónde sacamos el dinero para traerlo en barco con seguridad? Los piratas turcos solo necesitan saber de esto a través de los franceses y...

El padre miraba en silencio al tío Giulio, que se había ido levantando, sin soltar la mano de su compañero cardenal.

—Alessandro, ¿quién te propuso la mayor parte de las veces? —la voz del tío Giulio sonaba con insistencia, casi chillando.

—Sé que fui tu candidato solo porque la oposición contra ti era como un muro. Pero quizá haya sido precisamente eso lo que me haya dañado —el padre había hablado con voz calmada.

El tío Giulio apartó la mano.

—¿Cómo puedes decir algo así? ¡Eso es una traición a nuestra amistad!

—Giulio, ¡cálmate! —el padre permaneció reposado—. Pensemos en la situación con toda claridad, sin ilusiones. Soderini odia más que nada a tu familia. Muchos temían que tras el pontificado de León, la influencia constante de una familia, de tu familia, repitiera el caso de los Borgia, o incluso de los Della Rovere.

—¿Quieres renegar de mí? —repuso con voz estridente.

—Por supuesto que no, querido Giulio, nuestra amistad vale mucho más que eso; nunca olvidaré que tu familia me acogió durante los numerosos años de exilio. Yo amaba a tu padre Giuliano, y lo sabes, os amaba a todos, especialmente a las mujeres, que eran hermosas, encantadoras y llenas de vida. A tu tío Lorenzo lo sigo venerando aún hoy, treinta años después de su muerte —realizó una pequeña pausa, y después continuó—. Quizá simplemente deberíamos marchar separados, para poder atacar mejor conjuntamente.

—¡Eres un traidor desagradecido! —repuso el tío Giulio, con voz llorosa.

Gesticulaba vivamente con los brazos, como si quisiera maldecir a Alessandro con aquella pantomima, pero se quemara a mitad de camino. Logró emitir un último exabrupto antes de abandonar precipitadamente la sala.

El padre agitó la cabeza negativamente.

—¡Ese imbécil susceptible!

—¿Quieres decir que a partir de ahora será nuestro enemigo? —preguntó Constanza con voz suave.

—Le retorceré el pescuezo —amenazó Pierluigi.

—¿Acaso fue en algún momento nuestro amigo? —el padre observaba fijamente el fuego—. No sé lo que nos espera a partir de ahora...

CUARTO LIBRO

En enaltecimiento del Señor

Capítulo 39

Roma - España - Livorno - 1522

Roma estaba fuera de sí. Solo los ascetas más piadosos se alegraban discretamente de que un extranjero más ilustrado y devoto que nadie, además de espartano, o al menos así lo consideraba todo el mundo, hubiera sido elegido por un colegio cardenalicio compuesto casi exclusivamente por italianos como cabeza de la cristiandad. Sin embargo, esas personas faltas de alegría y de amor por la vida suponían una minoría absoluta en la ciudad. En consecuencia, por todas partes se respiraba la ira contra aquellos hombres que habían precipitado a Roma a su desgracia.

Donde más se expresaba aquella furia era en los versos e imágenes de la estatua del Pasquino, donde se increpaba a los cardenales con frases como: «Traidores a la sangre de Cristo» o «Habéis rendido el hermoso Vaticano a la furia alemana, a la esclavitud de los bárbaros».

El rumor de que la curia se trasladaría a España recorrió rápidamente la ciudad, cundieron por doquier las lágrimas y llantos por las futuras miserias de los antaño orgullosos y artísticos romanos, y la esperada ruina de la llamada *Roma aeterna*. Incluso se encontró un gran cartel en el portal del Vaticano en el que se leía: «Se alquila este palacio».

Las llamas de la ira se incrementaron al regusto de los lastimeros restos de vino, de tal forma que los destructores del honor romano y de los ingresos de la ciudad, apenas se atrevían a salir de casa durante el día.

En el Vaticano, todos los que obtenían su sueldo de la composición de poemas, representaciones teatrales y las bromas pesadas, perdieron sus ingresos. Los creyentes acosaron en vano al tesorero, que no pudo mostrarles más que las arcas vacías. Ni siquiera se podía equipar adecuadamente el barco que transportara a los delegados oficiales enviados a España para darle al obispo de Tortosa la feliz noticia de su elección como pontífice. Finalmente, como un Papa no podía ser realmente Papa hasta recibir su nombramiento oficial, se optó por empeñar las restantes tiaras y mitras, incluso los candelabros del altar, no sin antes comprobar que las incontables piedras preciosas que los adornaban se habían sustituido por falsificaciones de vidrio sin valor.

Así, por fin se pudo fletar y adecentar un barco.

Para aumentar aún más la miseria, estalló la peste en la ciudad. Al principio de una manera no demasiado preocupante, pero poco a poco fue devorando el barrio que flanqueaba el Tíber.

Al contrario que los romanos, el emperador Carlos V se sintió entusiasmado por la elección. Cuando supo la noticia, unos diez días después del suceso, se mostró inicialmente escéptico. Entonces, un segundo informe le convenció de que no se estaban burlando de él. Encantado, le expresó al archicanciller Gattinara la sabiduría del colegio cardenalicio y su convencimiento de que la paloma del Espíritu Santo debía haber sobrevolado la capilla Sixtina hasta finalmente hacerles presente el nombre del elegido.

El consejero del emperador se rió de buena gana.

De hecho, el denominado cristianísimo rey francés, Francisco I, rompió en genuinas y estruendosas carcajadas cuando oyó el resultado:

—El recto maestro imperial les enseñará lo que es bueno a los mimados y afeminados romanos. Su vara va a silbar de todos los palos que les van a caer en el trasero. —Risas—. Y me refiero a su vara de azotar, claro. —Más risas, pero finalmente, volvió la seriedad—. Esta elección significa que una marioneta de Carlos es la que maneja ahora los hilos en Roma. Tendremos que andarnos con mucho cuidado.

Se le pidió a Alessandro Farnese que dirigiera la delegación encargada de entregar al obispo de Tortosa el feliz mensaje de su honrosa elección. Éste rechazó la misión. Era un honor demasiado grande para él, sería mejor que se lo ofrecieran al cardenal Soderini o, aún mejor, que fuera el cardenal Carvajal quien fuera a España pues, como sabio anciano español que era, resultaba la elección más adecuada para tan elevada misión.

Ninguno de los nombrados estaba dispuesto a navegar por las tormentosas aguas invernales.

Finalmente, se formó un grupo de tres delegados, ninguno de ellos cardenal, para que viajara en el barco ya preparado y diera su nombramiento oficial al obispo de Tortosa.

Adrian de Utrecht, obispo de Tortosa, supo de su elección a finales de enero de 1522. Tampoco él pudo creer las noticias; solo cuando otro testigo le confirmó el hecho, aceptó su veracidad con un asentimiento y se dirigió, protegido por una serenidad inquebrantable, a rezar en su capilla privada. Allí se dedicó a explicarle al crucificado su aflicción. No se sentía preparado para la carga de aquella dignidad, por lo que no podía hablarle de su alegría por la elección.

Esperó pacientemente una respuesta del Señor, pero la sagrada Trinidad guardó silencio. Quizá porque les hubiera ofendido con su comportamiento incrédulo. Sí, sentía miedo de aquel cometido tan grande y difícil. Él solo era el hijo de un sencillo carpintero de Utrecht, una rata de biblioteca. El entorno español y sus obligaciones como regente ya le superaban de por sí. Entendía a duras penas la lengua española, apenas la hablaba, y el italiano decididamente no se encontraba entre sus materias

dominadas. Tenía un latín aceptable, pero no se expresaba como Cicerón. Había oído hablar largo y tendido de los mundanos romanos, especialmente del cardenal Farnese, que no solo dominaba el griego clásico, sino que también hablaba y escribía en latín con una retórica brillante. ¿Por qué no habían elegido a ese hombre? Durante meses se le consideró el candidato indiscutible, pues los italianos solo elegirían italianos, preferiblemente romanos, y nadie salvo el vicescanciller Medici tenía más posibilidades que el cardenal Farnese.

Y sin embargo, lo habían elegido a él, que no era italiano, el cardenal estudioso, ¡un jerónimo flamenco, sin el león! ¿Cómo había podido ocurrir?

Solo podía deberse a una intervención divina. El Espíritu Santo había descendido sobre el cónclave y había anunciado la voluntad del Todopoderoso.

Adrián suspiró de forma continuada y ocultó el rostro en las manos, muy encorvado sobre sí mismo.

Si rechazaba la elección, algo que quizá no hubiera pasado nunca en toda la historia del papado, rechazaba al Altísimo e insultaba al mismo tiempo a su Iglesia. Aquello era inconcebible. ¿Acaso no debía tomar en consideración a los cardenales que tanto habían confiado en él? ¿No apoyaría la voluntad del Señor, que había obrado un milagro tan evidente? Pues su elección era un milagro que obraba en contra de la moral laxa de Roma, de eso no cabía ninguna duda.

Pensándolo con detenimiento, todo tenía sentido.

La Iglesia no se encontraba en su mejor momento, en Roma reinaban la idolatría pagana y la pompa más despilfarradora, así como la simonía y un increíble tráfico de bulas; en Alemania se extendía una herejía que, si bien el emperador rechazaba, no así una parte de los príncipes y mientras tanto en Roma se la subestimaba con indulgencia lamentable. Lo peor, no obstante, era la cantidad de postulados en los que los herejes llevaban razón.

El honor de Dios estaba en peligro, y le correspondía a él, su humilde servidor, reponer ese honor.

—Loado sea Dios en las alturas —susurró—. Hágase tu voluntad.

Sin embargo, el miedo que le provocaba aquella demanda, y el peso del cargo, le cortaban la respiración.

—De lo profundo, oh Jehová —murmuró sin aliento—, a ti clamo, Señor, oye mi voz. Vuelve tu rostro a mí, un pecador, y otórgame fuerzas en este difícil cometido: hacer que tu palabra llegue realmente a cada rincón de la capital de la cristiandad, convertida ahora en una babilonia del pecado.

Dios guardó silencio, pero en una curiosa visión, Adrian se vio a sí mismo como un severo maestro con una silbante vara. Antaño nunca había tenido necesidad de utilizarla con su pupilo Carlos, el nieto del emperador Maximiliano. Carlos aprendía con facilidad y escuchaba cada palabra con atención. Incluso entonces él, Adrian,

seguía siendo uno de los, con toda probabilidad, más destacados consejeros de la corte imperial, o de lo contrario no se le habría enviado a España a consecuencia de una conspiración.

Nunca había llegado a adaptarse a España. Afortunadamente, había encontrado en el cardenal Cisneros un valedor y un compañero, pues de lo contrario habría tenido que presentarle su dimisión al emperador poco después. En lugar de eso, fue nombrado inquisidor de Aragón y Navarra, y en el mismo año de 1517, obispo de Tortosa y cardenal. Un año después era inquisidor general de Castilla y León.

Tampoco se encontraba a gusto como inquisidor. Pero debía honrar y obedecer al emperador y a Dios.

En un momento de inquietud, le había confiado a su amigo íntimo, el nuncio Gian Pietro Carafa, que España no era su hogar, que Italia lo sería aún menos, y que aun siendo Papa, preferiría Utrecht como residencia.

Por supuesto, al decir eso no esperaba realmente llegar a ser Papa algún día.

Gian Pietro Carafa le había sonreído con indulgencia y le había recomendado, no sin cierta sorna, que rezara.

Adrian no había sonreído, porque él nunca sonreía, y Gian Pietro Carafa se había disculpado por sus irrespetuosas palabras.

Tras la elección del joven Carlos como rey español y como emperador, se inició en España la revuelta de los Comuneros, y como regente en su nombre, él tuvo que sofocarla, o al menos, salir bien parado de ella.

Nunca lo hubiera conseguido sin Cisneros y sin la ayuda del Señor.

Y ahora, dos años después, recibía la orden de ocupar la silla de Pedro en Roma.

En Roma, no en Utrecht. Ni aun por el recuerdo de su antiguo lamento se permitió esbozar una sonrisa.

El 8 de marzo de 1522, tras un largo periodo de reflexión y otro aún más largo de oración, Adrian aceptó oficialmente la elección y anunció que quería mantener su nombre y ser conocido como el pontífice Adriano VI.

Entretanto, había estado pensando en sus responsabilidades. Aspiraba a ser un Papa de la paz, y no un siervo del emperador, como sin duda todos le considerarían. Tampoco quería dejarse provocar por el rey francés. A la primera carta de Francisco, bastante insolente, él le había contestado de forma amistosa, recibiendo una rápida respuesta asombrosamente sumisa.

Algo que probablemente guardara relación con el hecho de que el ejército francés en Italia había perdido una batalla en La Bicocca, seguido del señorío sobre Génova.

Ante el deseo del emperador de que Adrian permaneciera en España hasta que Carlos regresara a su reino, él tuvo que negarse con amabilidad pero con firmeza, de la misma manera que rechazó las propuestas de los respectivos reyes a viajar hasta Roma vía Francia o Inglaterra.

Aplazó, no obstante, su viaje. En primer lugar debía hacerse con una flota que fuera lo suficientemente fuerte como para hacerle frente a los piratas turcos. Además, se desencadenaron tormentas que le impidieron echarse a la mar, hasta que finalmente, el 5 de agosto, y bajo la más estricta confidencialidad, se puso en marcha desde Tarragona, escoltado por cinco barcos. Él mismo se trasladaba, tambaleante por las olas, sobre una de las galeras, si bien permanecía la mayor parte del tiempo en su tienda carmesí con el escudo papal, luchando contra el mareo.

A pesar de todas las medidas de seguridad, temía que los abordaran los piratas turcos. Por esa razón, estableció la necesidad de viajar siempre cerca de las costas. Realizaron una breve parada en Barcelona, evitaron Marsella, y en Génova se le recibió por primera vez en suelo italiano con cierto lujo.

Abandonó al comité de bienvenida tras las pertinentes reverencias, pues quería ir a rezar con los pobres de la ciudad. Puesto que la población había sufrido mucho durante la conquista a manos de los imperiales, miles de personas acudieron en masa hacia él, pero no repartió limosna. Se dirigió a las manos extendidas y los ojos implorantes con estas palabras:

—Amo la pobreza. El Salvador también la amaba. Rezadle a Él y os ayudará.

En Livorno salieron a recibirlo el cardenal Medici y una delegación del colegio cardenalicio. Todos los preladados aparecieron vestidos con trajes regionales españoles, bajo grandes sombreros de plumas. Adriano no supo, en un principio, quién le estaba saludando, después no se lo creyó, y cuando le aseguraron que ante él no se encontraba un grupo de grandes de España, sino los delegados oficiales del colegio cardenalicio, se apartó abruptamente de ellos y les hizo saber que se sentía insultado.

Más tarde, no obstante, recibió al cardenal Medici, ya vestido de púrpura, quien demostró su humildad besándole los pies y se disculpó con profusión por lo poco adecuado de su vestimenta de aquel día.

El Santo Padre guardó silencio.

El cardenal Medici señaló, tras un suave suspiro, que fue él mismo quien propuso ante el cónclave al pontífice quien, por lo que había podido oír, había decidido conservar su nombre y ser llamado Adriano VI. El Santo Padre, entonces, le agradeció su elección.

—Sé cómo me llamo —rezongó el papa Adriano—. Y en el futuro habla dando menos rodeos, hijo mío, no tienes que impresionar a nadie.

Medici, al que le guiñaban los ojos de puro nerviosismo, le informó del deseo de las ciudades toscanas de que el Santo Padre hiciera altos en Pisa, Florencia y Siena, para que se le recibiera con júbilo y agasajos.

El papa Adriano declinó el ofrecimiento.

—Tengo un apetito limitado. Además, la ciudad santa es mi meta, y quiero llegar lo antes posible.

—En Roma reina la peste, Santo Padre —explicó Giulio de Medici—. Todo el que se lo puede permitir, se ha retirado al campo.

—No tengo miedo a la peste —replicó Adriano y creyó ver un destello de alegría en los sumisos rasgos del cardenal—. El Señor me ha llamado a Roma y obedeceré. Si me envía la peste, sé que será su decisión. Mi cometido es honrarlo, no llevar la vida holgada de los romanos.

—Pero, Santo Padre, la peste...

Giulio de Medici no llegó a terminar la frase, pues encontró una mirada furiosa ante él.

—¿No me has entendido, hijo mío?

La voz del Papa permanecía serena, pero su aspereza hizo callar definitivamente al cardenal. Hizo una reverencia y besó la pálida mano del pontífice. Cuando se irguió de nuevo, creyó haber sentido un ligero temblor en sus dedos.

Capítulo 40

Ostia - Roma, Vaticano - 31 de agosto de 1522

Alessandro no pudo imaginarse, cuando el papa Adriano llegó a Ostia, lo inusual que sería el inicio del pontificado flamenco-alemán.

Pertenecía al comité de recepción de cardenales, dirigido por Carvajal, que recogió al Santo Padre con una litera en la que, según su deseo expreso, debía llevarsele a la basílica de San Pablo Extramuros. Se decía que el viaje en barco había atormentado al Santo Padre con fuertes mareos, además de sumirle en un estado de debilidad.

Sin embargo, a Alessandro no le pareció que el papa Adriano se encontrara débil en absoluto. Magro, quizá, monacal, pálido, pero se mantuvo en pie con asombrosa firmeza al abandonar el barco, caminó por sus propios medios, se agachó, besó el suelo italiano, se levantó sin ayuda y finalmente aceptó sin palabras los respetos de los cardenales.

Tras Carvajal, se le permitió a Alessandro besar el anillo del Pescador y los pies del Papa. Éste dio un paso atrás y lo observó de cerca. El cabello gris se escapaba bajo el bonete, y una nariz aguileña y aristocrática gobernaba su severo rostro surcado de arrugas. Sus pequeños ojos se movían intranquilos y llenos de desconfianza de aquí para allá.

En un breve discurso en latín, no demasiado elegante, pero sin un solo error, aunque lamentablemente salpicado de su gutural y desagradable acento, el papa Adriano señaló la dura responsabilidad de su cargo y lo necesario de una reforma en la Iglesia, enfocada a reflexionar sobre las estrictas normas de la fe y la conducta católicas.

—El poder que posee el habitante de la Santa Sede —explicó con voz más áspera y menos amable— procede de la voluntad divina. Por ese motivo, el Papa es capaz de todo, pero de ningún modo puede permitirlo todo.

Giulio, que se encontraba sentado junto a Alessandro, llamó la atención de éste con un empujoncito y le susurró:

—No procede tanto de la voluntad de Dios como de mi propuesta ante una banda de cardenales necios.

Cuando la mirada de Adriano se posó en él, retomó el silencio.

—Tanto en Roma como en la curia se han asentado costumbres nefastas —prosiguió el Papa—. Puesto que el origen de todos los males de la curia ha desaparecido, debe producirse una transformación esencial en la misma. Empezando

por los usos, o más bien los abusos, de las prebendas, la compra de cargos y de todo tipo de trapicheos con las dispensas, así como el tráfico de indulgencias. Ese mal es una de las causas de la herejía en Alemania, que debe combatirse, al igual que lo que provocó su aparición.

El papa Adriano anunció el futuro coto a la acumulación de cargos.

—¡Una diócesis, un obispo, y no más prebendas!

Entre los obispos presentes comenzó a extenderse una incómoda inquietud. Un murmullo que el Papa intentó eliminar con miradas severas.

—Otro mal grave radica en la aplicación laxa del celibato. El sacerdocio no se casa, pero mantiene concubinas. Vive incluso con hijos. Visita a las llamadas cortesanas. Esto tiene que acabar. Lo dispondré todo para que aquellos que no lleven un modo de vida adecuado sean expulsados de Roma.

Giulio propinó a Alessandro un nuevo golpe en el costado.

—¡Escucha eso! —dijo Pucci a su espalda en voz baja, aunque perfectamente comprensible—. Entonces apenas quedará gente en Roma.

A estas palabras les siguió una risita disimulada como toses tras una mano oportunamente colocada y de nuevo la mirada iracunda del Papa.

—Mi lema reza —la voz de Adriano se elevó, y su voz amenazó con quebrarse—: «Que haya justicia y que el mundo se constituya sobre ella».

Mientras Alessandro meditaba sobre la seriedad con la que el papa Adriano había hecho semejantes declaraciones, y si sería posible que un extranjero pudiera reinar sobre todo un ejército de autóctonos a los que les hubiera reducido el suministro de agua, pero de los que dependía en última instancia, Giulio volvió a inclinarse sobre él y le susurró al oído:

—Es un defensor tan acérrimo del celibato, que incluso en una ocasión la amante de un canónigo quiso envenenarlo. El Todopoderoso debe tenerlo por uno de los justos, no obstante, y lo salvó.

El Papa se dirigió hacia su litera, y puso rumbo a San Pablo Extramuros. Apenas llevaban una hora de trayecto cuando Adriano abandonó inesperadamente la litera y se subió a un mulo. El animal recibió un latigazo y echó a trotar, mientras los orgullosos caballos de raza alemanes y andaluces de los cardenales relincharon malhumorados y lo siguieron.

El Santo Padre celebró una misa en San Pablo.

El 29 de agosto, entró finalmente en la ciudad santa por la porta San Paolo. Apenas llamó la atención cuando se bajó de su mulo campesino, se subió en un corcel blanco y se hizo colocar la tiara. En las calles se había arremolinado poca gente, pues debido a la peste se rehuían las multitudes. Por otra parte, ya había demasiada negatividad en torno al nuevo Papa.

No se oyeron gritos de alegría ni «¡Vivat!». Tan solo el estallido de los cañones

del castillo de Sant'Angelo retumbaron como saludo.

El papa Adriano no se hospedó inmediatamente en el palacio Papal, sino en un edificio en el borgo Vecchio, y después en un pabellón tras los jardines de la basílica. Desde el primer día declaró lo incomprensible que le resultaba la cantidad de gente inútil vestida con ropas eclesiásticas que vagaba por la zona. Él precisaba únicamente de algunas personas de su confianza y despidió a casi todos los secretarios, encargados de los archivos, notarios, escribas y, particularmente, a todo el *gepeupel* [1]. El papa Adriano había incluido esta extraña palabra en su discurso en latín, con ademán despreciativo y tono enojado.

Alessandro no entendió qué significaba. Lo consideró una expresión flamenca, un ejemplo de disonancia dentro de la frase.

El primer solicitante que se aproximó al Papa de forma servil fue despedido con cajas destempladas.

Durante el recorrido por las estancias decoradas de forma tan celestial por Rafael y sus oficiales, el pontífice mostró una expresión crítica. Una vez llegados a la sala de Constantino, tuvo que inclinarse bajo los andamios, pero se le recibió con la mayor de las cortesías. Hizo detenerse a los pintores sin decir una sola palabra y ordenó al holandés Enckevoirt quien, por lo que Alessandro pudo suponer, era su hombre de confianza, que despidiera a todos los artistas de inmediato y colocara los atavíos tradicionales de la estancia.

—No necesitamos todas esas imágenes paganas.

Alessandro, en este punto, se atrevió a discrepar. Aquéllas no eran imágenes paganas sino al contrario: representaban la historia de la Iglesia y los milagros de los Papas.

Adriano se limitó a continuar caminando.

Mientras se dirigían al Belvedere, señaló con tono autoritario:

—Nos levantaremos pronto por la mañana y nos iremos pronto a dormir. Todos los días se celebrarán misas. Las audiencias se establecerán a una hora, a exactamente una hora concreta. Apreciamos, ante todo, la puntualidad. Tomaremos solos los almuerzos y las cenas. Mi vieja criada, que entró a mi servicio cuando aún residía en mi patria, cocinará para mí. No necesitamos gastar más de un ducado por comida, como mucho dos. Carne ligera de cordero, sopa de verduras, pan, vino aguado. Al contrario que nuestro predecesor, no tenemos dinero para grandes banquetes. Y la gula, como todo el mundo sabe, es un pecado capital.

Alessandro oyó suspirar a Giulio. Miró hacia los cardenales reunidos, que casi en su totalidad contemplaban el suelo molestos.

—La limitación de las audiencias se aplica igualmente a los cardenales —prosiguió—. Quien quiera hablar conmigo, deberá dirigirse a mi secretario y primer consejero, Wilhem van Enckevoirt —de nuevo un nombre casi impronunciable—.

Por lo demás, mañana mismo lo nombraré datarius. Por las tardes me dedicaré a mis estudios teológicos. En esos momentos no quiero que se me moleste.

Cuando penetraron en la amplia galería del Belvedere y después en el patio interior, el papa Adriano se detuvo y miró a su alrededor.

—¿Para qué se utilizaba todo esto? —preguntó.

—Para torneos, fiestas de carnaval, antes incluso corridas de toros, representaciones teatrales —señaló Giulio, con tono desafiante—. Vuestro predecesor, el papa León, que Dios tenga en su gracia, amaba este lugar, igual que amaba las palabras hermosas de los poetas y la conversación... en enaltecimiento del Señor.

—¡Ajá! ¡En enaltecimiento del Señor! —el Papa acababa de descubrir el resplandeciente grupo escultórico en mármol blanco del Laocoonte, y se dirigía hacia él—. Tú eres su primo, ¿no es verdad, hijo mío? —comentó, hablándole a Giulio aunque sin volverse hacia él—. ¿Y también disfrutas los momentos de dispersión a través de torneos y poesías?

—Yo... —comenzó Giulio, dubitativo.

El Papa no le dejó continuar.

—No son de mi gusto. Soy de la misma opinión que el pagano Platón: con gusto expulsaría a todos los poetas de mi país. Los poetas son embusteros y obscenos, y no tolero a ninguno en mis cercanías.

Se detuvieron frente al grupo del Laocoonte. Sin embargo, Adriano no se paró a contemplarlo, sino que se volvió nuevamente hacia Giulio.

—Hijo mío, tú eres, por lo que tengo entendido, un retoño ilegítimo de la rica familia Medici.

Alessandro contuvo la respiración. Vio como Giulio palidecía. A su espalda sonrieron Soderini y Colonna.

—Así me han informado. Una fuente fiable, por lo demás, un miembro del colegio cardenalicio.

—¡Santo Padre! —bramó Giulio—. Un breve papal estableció que mis padres habían recibido la bendición de la Iglesia... en secreto...

—Sí, sí, ya entiendo, durante el gobierno de mi predecesor debía ser frecuente que hubiera breves que legitimaran a bastardos de altos cargos eclesiásticos e incluso permitiera a niños convertirse en obispos. Bien, se sobreentiende que en el futuro se evitarán esas malas costumbres. Nuestro Salvador no murió en la cruz para que sus servidores se dieran a la lujuria y encima se les recompense por ello.

En ese momento, fue Alessandro quien tuvo que contenerse para no protestar. No merecía la pena enfurecerse con ese bárbaro estirado. Adriano no duraría mucho, de eso no había ninguna duda. Quien tomaba como enemigo al mundo entero y entraba en Roma en tiempo de peste, necesitaría un ejército entero como escolta para durar

más de un par de meses.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Adriano, señalando al mármol reluciente que mostraba a Laocoonte y a sus hijos luchando por su vida.

Alessandro se adelantó.

—Un descubrimiento de la Antigua Roma, Santo Padre, una obra de arte, que en su perfección loa la grandeza de Dios, sí, es la expresión misma de la creación divina.

Tampoco él pudo terminar la frase.

—Aquí, frente a mí, lo que veo son figuras medio destrozadas y espantosamente retorcidas, que son todo menos perfección, y desde luego no suponen ninguna alabanza de la grandeza de Dios. Es una imagen de dioses paganos, y nada más. Lo regalaré por ahí.

Entonces, se despertó entre los cardenales y altos prelados que habían rodeado al Papa un murmullo perceptible.

—Me desharé de este armatoste de mármol que anda por aquí y que nos distrae de nuestro auténtico cometido: lo regalaré... o lo haré destruir en cal viva.

El murmullo se volvió más audible, y en el fondo llegaron a sonar las palabras «inaudito» y «un sacrilegio».

—¿Un sacrilegio? —exclamó entonces Adriano—. ¡No sabéis bien lo que es un sacrilegio! ¡Esa escultura desnuda es un sacrilegio! ¿Enckevoirt?

Su consejero hizo una reverencia. El Papa le dijo algo en su áspera lengua bárbara, y después habló en latín:

—Se tapiará la entrada al Belvedere. Mañana a las doce celebraré el primer consistorio. Espero puntualidad y la asistencia de todos.

Como Giulio señaló que, debido a la peste, numerosos cardenales habían partido y otros se encontraban en preparativos para hacerlo, el Papa replicó:

—Prohíbo a todos los cardenales que abandonen Roma. Yo mismo permanezco como me corresponde en el lugar que Dios me ha asignado.

El consistorio comenzó puntualmente al día siguiente. El ambiente estaba caldeado. Mientras el Papa rezaba una oración, surgieron conversaciones en voz alta. Finalmente, Adriano dirigió una prédica a los presentes, en la que repitió de nuevo todo lo que ya les había expuesto en su primer discurso.

Cuando Giulio, como vicescanciller aún en funciones, quiso abrir un debate, se le interrumpió a media frase.

—Tomaré la palabra aquí, hijo mío. Y si alguien modera un debate, ése será mi consejero Enckevoirt. Antes de que volvamos a separarnos, me gustaría anunciar mis primeras disposiciones. Primera: A partir de hoy portar armas en Roma estará prohibido y se castigará con severidad. Esto se aplica muy especialmente al Vaticano, con la excepción de la guardia, naturalmente. Segunda: a la guardia suiza se le añadirá mi guardia personal española. Tercera: los obispos tendrán obligación de

residencia. Quien no tenga diócesis en Roma no tendrá nada que hacer aquí, a no ser que sea cardenal, o se encuentre en la ciudad por mi orden directa o con mi permiso. Cuarta: prohíbo a todos los miembros de la curia llevar barba. Parecen soldados...

Dicho esto, el Santo Padre se retiró, seguido de Wilhem van Enckevoirt.

El tumulto fue increíble. Los gritos de unos ahogaban los de los otros. Incluso Carvajal y Soderini tenían caras largas. Colonna y Pucci se mesaban una y otra vez, con arrugas de ira entrelazándoles las cejas, sus largas y pobladas barbas. Giulio de Medici arrastró a Alessandro fuera del aula regia, pero hasta que no llegaron a la plaza de San Pedro, bañada por la tenue luz del sol, no comenzó a hablar:

—Ese hombre se ha vuelto completamente loco. No conoce ninguna gratitud, ni un pedacito de ella. Voy a decirte algo, Alessandro: Adriano quiere destruirnos a todos. Pero somos más fuertes que ese bárbaro.

Capítulo 41

Roma, Vaticano, Belvedere - 20 de octubre de 1522

—Dame fuerzas, oh, Señor, para poder seguirte.

El papa Adriano, sumido en una súplica amarga y al mismo tiempo fervorosa frente al crucifijo de su capilla privada, prácticamente escupió las palabras. Él mismo se dio cuenta del tono inadecuado de su voz y susurró implorante:

—¡Te seguiré! Y si me han de clavar en una cruz, Padre mío y Dios mío... ¡Hágase tu voluntad!

Miró brevemente hacia arriba, observó al doliente, al Hijo, que había reclamado para sí los pecados del mundo para poder librarlos de ellos. La cabeza de Cristo estaba ligeramente ladeada, el dolor había hallado su final, el sufrimiento, la tortura, la humillación y la burla, el último trayecto solitario, la herida de lanza, la traición de sus discípulos.

¿Por qué él, Adrian, el hijo de Florens de Utrecht, el carpintero, no había podido permanecer en su estudio en la Universidad de Lovaina, con alguna solicitud de ayuda esporádica por parte de su pupilo Carlos para que le sirviera de apoyo mediante piadosos consejos? Consejos, ¡no actos! ¿Por qué los inescrutables designios divinos le habían enviado primero a España, y después a Roma, una ciudad extraña y soberbia llena de insolentes? ¿Por qué Él le había elegido precisamente a él, el más humilde de sus servidores, para presentarse como un profeta humillado y ridiculizado ante las masas, intentando predicarles, amonestarlos, reprenderlos?

Ya como inquisidor en España había vivido momentos muy duros. Entonces había tenido que permitir que se interrogara a sus semejantes de forma dolorosa, con tal de sacar a la luz la verdad sobre las herejías. Tuvo que someter a aquellos pobres pecadores, seguidamente y tras su confesión, al fuego purificador, para evitar que sus almas enfermas padecieran eternamente en el infierno, para que tuvieran la oportunidad de alcanzar el reino de los cielos y no permanecer condenados por toda la eternidad.

No le había resultado fácil. Luchaba denodadamente por la pureza de los creyentes, y exigía con vehemencia la obediencia a la Iglesia universal y a sus leyes, se preocupaba en extremo por cada alma que perdía la fe y debía avanzar por el camino del dolor, que encontraba su final en el fuego. Incluso entonces, en aquella babel pecaminosa que era Roma, donde no había inquisición y tampoco se combatía realmente la herejía, incluso entonces seguía oyendo el grito de los torturados y aquellos últimos aullidos bajo el manto de las llamas, que emitían aquellas manchas

oscuras en medio del fuego: un aullido que habría hecho derrumbarse a las murallas de Jericó.

Mientras tanto, el cielo se cubría de humo, pero permanecía en silencio.

Y sin embargo: ¿acaso Dios le había concedido a su hijo una muerte fácil? No, Él le había marcado la más dura de todas las vías, a través de un tormento sobrellevado en silencio. Y en la novena hora, poco antes de su despedida del mundo, gritó en su desesperación a aquel cielo sin respuesta: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

El papa Adriano se sumió un instante en sus pensamientos. Interrumpió su plegaria, como solía interrumpirla si tenía dudas, si luchaba como Job por no perder su fe. El Señor lo había enviado a aquella babilonia romana para que sacara a los hombres de su vida despreocupada, para que los salvara de un destino que no tenía que envidiar a Sodoma y Gomorra. Debía tenerlo siempre presente: servir a Dios en la sumisa pasión de la fe significaba adentrarse en un mundo hostil, en un mundo lleno de sonidos extraños, de costumbres relajadas, en un mundo de malvados intrigantes y traidores...

El papa Adriano contuvo el aliento para escuchar los ruidos que se colaban en su fría sala de oración. En la habitación contigua resonaba el chisporroteo de un fuego, y en el exterior, un día turbio arrojaba las primeras pálidas luces en la capilla, pero no se oía ninguna voz humana, ningún cántico, ningún aleteo de ave ni risa.

¿Cuándo había sido la última vez que había escuchado la alegre voz de un niño, su júbilo, sus joviales gritos?

Aquél era el aspecto más duro de ser un siervo de Dios: debía renunciar al matrimonio «por la causa del reino de los cielos». Así rezaba el evangelio de Mateo: «No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado». Él, Adriano de Utrecht, quería alcanzar el reino de los cielos, y para ello debía renunciar al matrimonio. También había rechazado toda la lujuria y el peso del celo masculino, al contrario que los acomodados cardenales romanos, que se hacían acompañar por concubinas, se divertían con cortesanas y exhibían orgullosos a sus bastardos.

Tuvo que pensar, muy particularmente, en el cardenal Farnese que, como Enckevoirt le había informado, había obtenido de su predecesor papal la dispensa para tomar una mujer y traer con ella niños al mundo, para que su árbol familiar no se secara, sino que por el contrario creciera, reverdeciera y floreciera. Enckevoirt incluso le había susurrado que la madre de los hijos de Farnese, quienes a su vez residían en el *palazzo* del cardenal con los hijos políticos y nietos de éste, aparecía como muerta en un breve, pero probablemente aún vivía en las cercanías del pecador, al igual que otras mujeres, mujeres pecadoras cuyos hijos, por lo que se decía, también surgían de la entrepierna del cardenal.

El papa Adriano se estremeció. Aquello era algo inaudito. Un hombre así

campaba a sus anchas bajo los ojos del Santo Padre, ¡e incluso había estado a punto de ser nombrado él mismo! ¿Cómo había podido el Altísimo permitir que eso ocurriera? Bien podría haber hecho que se eligiera como Papa a ese monje agustino de Alemania, ese profesor de Wittenberg, que tan comprensiblemente y con tanta obstinación se apartaba del camino que el Salvador había mostrado a sus apóstoles, y que tantos mártires habían ganado con su sangre. ¡Martín Lutero! Ese hombre que incluso se había negado rotundamente a defender su herejía en el parlamento de Worms, ante el emperador y las autoridades de la Iglesia, con palabras por las que hubiera merecido que le cortaran la lengua allí mismo.

Debía ocuparse de ese tipo de blasfemos: de esos hombres que creían ser los únicos sabios, que habían encendido lo que consideraban una nueva luz, pero que en realidad no llevaba más que a la oscuridad de la necedad y el laberinto de la perdición.

Probablemente aquel alemán, con sus compañeros insurrectos, no serían los únicos que quisieran abolir el celibato sacerdotal, sino que también hombres como el cardenal Farnese y la mitad del colegio cardenalicio, sujetos tan impíos como un escuadrón de burdos soldados, serían de ese parecer.

El papa Adriano se había levantado y, sin darse cuenta, había dejado vagar la mirada hasta el exterior, donde bajo la tenue luz del patio de las esculturas aquella figura pagana de mármol de Laocoonte luchaba junto a sus hijos contra una serpiente enviada contra ellos por algún dios. En vano, por lo que se daba a entender. ¿Y todo por qué? Porque Laocoonte se había casado y había tenido hijos, en contra de la voluntad de su dios.

Su mirada retornó al grupo escultórico que hombres como Alessandro Farnese habían tildado de «divino» y digno de veneración. ¿Es que no se daba cuenta aquel cardenal de que sus propias palabras ponían en tela de juicio su propia vida?

El papa Adriano continuó reflexionando. Quizá aquel Laocoonte en realidad no fuera tan pagano, sino una verdad cristiana disfrazada de paganismo. Quizá Dios todopoderoso había sido capaz de llegar a los hombres, incluso antes de enviar como mensajero a su propio hijo, y habían inculcado en los artistas griegos y romanos una sabiduría que no habían sido capaces de entender, o que habían revestido de sus creencias y fes erróneas.

Sí, aquel Laocoonte recibió el castigo propio de su desobediencia. Incluso sus hijos tuvieron que morir, pues Dios era implacable. Quizá el cardenal Farnese lo recibiera también algún día: ¿quién sabía cuando el Señor haría recaer sobre él el peso de su justicia?

En cualquier caso, el escultor había logrado captar con gran talento el dolor del padre y sus hijos, a pesar de los destrozos que los siglos habían ocasionado a la obra.

El papa Adriano no lograba apartar la vista. Aquel hombre fuerte y sus hijos iban

muriendo lentamente, estrangulados a consecuencia de sus actos pecaminosos. Su tormento parecía tan real, que incluso su mirada causaba lástima.

Adriano cerró los ojos. La negrura anegó sus sentidos. Una negrura amenazadora, demoníaca, que se iba apoderando de su ánimo... Abrió los ojos de nuevo y contempló la luz turbia.

No había una sola persona en el patio, ¿ni una!

Había logrado lo que se había propuesto como primera meta, si bien ayudado por la peste: todo aquel *schorriemorrie* había desaparecido, aquellos cantamañanas, como les llamaba el vulgo, así como los documentalistas, secretarios y escribas inútiles; se había deshecho de todos ellos. Sería más difícil declarar nulos y sin valor todos aquellos puestos y prebendas que su predecesor había otorgado a cambio de dinero. En cuanto había expuesto su plan en el último consistorio, se había iniciado una auténtica revuelta. De repente, casi todos se habían puesto a hablar en italiano y ya no se había encontrado en situación de comprender aquellas maldiciones poco cristianas y aquellas expresiones de insubordinación.

Por supuesto no podía gobernar él solo con sus hombres de confianza, traídos de su país natal, pues su labor apostólica era demasiado extensa. Así pues, para poder llevar a cabo sus mandatos, se veía obligado a recurrir a los italianos, a aquellos cazadores de prebendas que, de repente, se encontraban enfermos, o ya no entendían el latín más sencillo, o transcribían sus palabras con una lentitud insoportable o las dejaban caer en el olvido, echando así por tierra todos sus esfuerzos.

Eran pocos los que, aparte de Enckevoirt, se mantuvieran realmente de su parte, como Gian Pietro Carafa, el napolitano, que ya había podido valorar cuando era nuncio en España, un alma tan piadosa como combativa. Quizá también el cardenal Soderini, aunque en ocasiones ofreciera una sensación demasiado aduladora, demasiado astuta. Soderini se había visto ya implicado en una conjura, si bien contra un papa Medici. En cualquier caso, ni siquiera León debía haber sido expulsado de la cátedra de San Pedro de otra manera más que a través de la voluntad de Dios.

En cualquier caso, a él, el papa Adriano, le correspondía ahora retomar la sempiterna lucha para volver a colocar a la Iglesia en el buen camino. ¿Y qué conseguía con ello? Protestas e insubordinación.

Se le tachaba de tacaño, de falto de generosidad y piedad, y eso que se había encontrado con las arcas vaticanas completamente vacías y que cada día le presentaban ante las narices nuevas facturas y cuentas sin saldar. Se le acusaba de hacer esperar a sus cardenales, de incluso no recibir a algunos, pero sus estudios eran para él mucho más importantes que las peticiones de los prelados. El diálogo con Dios resultaba a todas luces mucho más significativo que la insignificante palabrería de aquellos hombres a los que solo les importaba el provecho personal. Con cada consistorio se confirmaba su opinión: si él hablaba del peligro de los turcos, nadie le

escuchaba; ni siquiera el sitio de Rodas conmovió a los cardenales. También la herejía luterana al otro lado de los Alpes les resultaba indiferente: era una mala fiebre que acabaría por curarse.

Sabía por qué reaccionaban con tanta laxitud. Las raíces de aquella herejía se encontraban en la propia Roma. Al contrario que sus cardenales, él era lo suficientemente honrado como para llamar a las cosas por su nombre. Las palabras del propio Cristo habían sido «Yo soy la verdad», y no «Yo soy la mentira piadosa». El hijo de Dios había expulsado a los mercaderes del templo, y había tachado a los fariseos de «raza de víboras». Por ese motivo, en una ocasión había denominado al colegio cardenalicio, a su vez, raza de víboras, obteniendo con ello un enloquecido tumulto de indignación.

Sí, a los hipócritas no les gustaba escuchar la verdad.

La verdad era indiferente al hecho de que la curia romana se hubiera apartado del camino recto y de que los pecados del pueblo tuvieran su origen en los pecados de los religiosos. Así estaba especificado en las Sagradas Escrituras. La enfermedad debía atacarse desde la raíz y por la raíz, se entendía la Santa Sede. Allí el despotismo era la norma; la simonía y el nepotismo empapaban cada cargo; se escupía al celibato; los cortejos se convertían en negocios lucrativos, al igual que el comercio de bulas, denegadas a los pobres y piadosos en favor de los más manirroto entre los prelados... Todo aquello era repugnante, y precisaba de una condenación pública.

Quien aún necesitara una señal clara de todo ello, solo tenía que dirigirse a la plaza de San Pedro y observar la casa de Dios: entonces, vería una basílica a medio levantar, sobre la tumba del líder de los apóstoles, la zona del coro en ruinas y las vigas redondeadas de una cúpula que se pensó para la gloria del Señor. Sin embargo, el dinero necesario para la construcción, que se recaudó a través de la venta desenfrenada de indulgencias, se dilapidó, a manos de su precursor León y la familia Medici, en una guerra sin sentido, en fiestas pecaminosas y en un lujo pagano.

Cuando el papa Adriano se dio cuenta de que había vuelto a dirigir la mirada hacia el Laocoonte luchando por su vida, giró la vista bruscamente hacia el crucifijo. Un miedo repentino le atenazó la garganta. Laocoonte había tenido que morir, Cristo se había sacrificado. ¿No estaba él también combatiendo en una lucha vana contra la repugnante y pecaminosa curia? ¿También él tendría que sacrificarse ante Dios, establecerse en un nuevo martirio?

—«Señor, si es posible, aparta de mí este cáliz; pero hágase tu voluntad y no la mía» —susurró—. Déjame vivir para que pueda servirte a Ti y a tu mensaje; para que pueda arrancar las raíces de la enfermedad de un cuerpo gangrenado. Dame la fuerza para soportar la soledad en este laberinto de voces extrañas, dame la fuerza incluso aunque fracase.

Cuando añadió la palabra «fracase», en un arrebato de autoanálisis crítico, apenas

pudo respirar, y las lágrimas le anegaron los ojos.

—Sé que no soy digno del rango que se me ha conferido; sé que soy arrogante y orgulloso, desconfiado y ególatra... La lucha por el bien de la fe te hace severo y solitario. Sin embargo, dame fuerzas para beber del cáliz hasta su amargo final, no me abandones cuando se aproximen las horas más oscuras...

Capítulo 42

Roma, Campo de Fiori - 22 de octubre de 1522

Por la tarde, a pesar de la peste, Virginia recibió la visita de Baldassare Molosso, quien se dirigió hacia su pequeño estudio a grandes zancadas tras saludar a Maddalena con voz resonante y las palabras «Dios te bendiga, hermosa pecadora».

La casa de Maddalena estaba cerrada aquel día a los numerosos clientes, como siempre que ella se encontraba en sus días impuros. Habitualmente, en aquellas circunstancias dormía hasta tarde, recibía a los astrólogos, iba a confesarse y visitaba la iglesia diariamente. Sin embargo en aquella ocasión no había abandonado la casa por el peligro de la peste. Como su humor en aquellos días oscilaba enormemente, Virginia pasaba casi todo el tiempo en su estudio, una pequeña estancia que Maddalena le había cedido generosamente, en la que podía componer y tocar el laúd sin que nadie la molestara.

Baldassare se quitó su amplia boina, se enjuagó el sudor de la frente y suspiró de forma afectada.

—Ahora mismo vengo de impartir su clase al hijo del cardenal, Ranuccio Farnese, y estoy francamente decepcionado. Sus progresos en lo referente al elevado arte de la lírica son lamentables. Ese muchacho está simplemente demasiado distraído —una muy significativa mirada recayó sobre Virginia, quien sintió cómo su corazón le tamborileaba en el pecho—. Sus versos son atropellados e inestables, ¡y no hablemos de la rima! ¡Siempre rima «amor» con «dolor»! ¡Lo que es un dolor es semejante rima! —suspiró teatralmente—. El joven está atribulado por las preocupaciones.

Baldassare le miró inquisitivo a los ojos, se inclinó sobre ella, hasta tal punto que la muchacha pudo oler el aliento perfumado de vino de su maestro y él pudo observar las redondeces que sugerían su escote.

—Sin embargo, ¡qué delicia supone leer tus versos, querida Laura-Virginia! Escuchar tus cánticos, el acento de alondra de tu voz, tus trinos de ruiseñor: «Cantar quisiera del amor un nuevo canto/asaltarte, amado, en tu bastión con fuerzas renovadas». ¿Fue eso lo que escribiste? Maravilloso. Yo mismo no lo hubiera hecho mejor —cogió la hoja que se encontraba ante él, se levanto de nuevo y le acarició el pelo—. ¿Sabes Virginia? Cuando la edad nos roba el aliento, el amor solo puede brillar, pero no arder —miró hacia la menguada actividad de Campo de Fiori y suspiró de nuevo desde lo más profundo de su amplio pecho—. Antaño veneraba a mi Lola. Así la llamaba, Lola o Laura, Lola-Silvia, ¿entiendes? La belleza de la casa

Ruffini cuyos rasgos tristes y sin mácula nos cautivan en San Pedro, en la grandiosa *Pietà* del incomparable Miguel Ángel. Era un amor no correspondido, pero los amores imposibles son los más hermosos, los más ansiados, la base de poemas inmortales que nos sobreviven incluso cuando hace tiempo que no somos más que polvo y sombra, como lo expresó Horacio en aquella ocasión: «*Eheu fugaces labuntur anni*».

Baldassare la miró sonriente y lleno de expectativa, y ella entendió que esperaba que tradujera.

—«¡Ay! Los años pasan fugaces» —respondió, bajando la mirada.

Ella sabía que Baldassare se deleitaba con aquel casto pestañeo. Lo que aún le causaba más satisfacción, no obstante, era que ella se enrojeciera ligeramente, pero por desgracia no podía ruborizarse voluntariamente. Algo que, no obstante, tampoco era necesario, teniendo en cuenta que las mejillas de la muchacha solían lucir hermosos coloretes, lo que había inspirado a Baldassare numerosos *epitheta*, como él gustaba decir: «rosa en flor» o «mujer aurora», entre otros ejemplos. En una ocasión, incluso había proclamado: «Una primavera rosada se adivina en tus mejillas». Lleno de orgullo repitió sus palabras, señalando que se trataban de «un yambo perfecto», y le dedicó un gesto afectuoso a los tan cantados carrillos que se encontraban tan enrojecidos únicamente debido al hecho de que poco antes se había lavado la cara con agua fría y después se los había palmoteado. Era algo que Virginia había aprendido de su madre, quien a diario señalaba que el colorete natural siempre destacaba más que el obtenido artificialmente.

—Ahora, veamos cómo asaltas a tu amado: —y colocando la mano sobre el hombro de la muchacha, empezó a leer en voz alta—. «Del frío corazón el titubeo hechicero/ da alas al anhelo como en un vuelo de estrellas». Encantador, mi niña, yo mismo no lo habría hecho mejor. ¡Qué aliteración! ¡Y no digamos de esa métrica sin tacha! ¡Qué puedo enseñarte ya? —sus ojos se deslizaron nuevamente hasta su escote, a lo que le siguió toda una salva de suspiros.

Atravesó el pequeño estudio, y se aproximó a las paredes hasta el punto de que su acentuada barriga rozó la blanda cubierta de cuero de las mismas, antes de volverse.

—¿Quieres oír los espantosos versos que he traído?

En realidad, ella prefería no escuchar los versos de Ranuccio de boca de Baldassare, pero como tampoco iba a lograr evitar la declamación, asintió.

¡Eras tan bella, tan buena, tan adorable, tan pura!

Me sentí volver mejor, más limpio, me creí estar en el Paraíso.

Entonces, ella enrojeció de verdad. Baldassare, naturalmente, se dio cuenta de esto y, tomando un taburete, se sentó junto a ella, le acarició la cabeza y adoptó un

repentino aire dulcificado y paternal:

—Vosotros dos os amáis, ¿no es verdad?

Ella asintió.

—¿No solo en los sonetos?

Ella negó con la cabeza.

—Os entiendo, hijos míos, sois como el ser único dividido del que hablaba Platón. Algún día os separarán, pero tras largo tiempo, volveréis a encontraros. Hijos míos, debemos leer el *Banquete* de Platón. Y los escritos de Ficino acerca del amor. ¿Sabías que el padre de Ranuccio estudió con Ficino en Florencia cuando era joven? ¿En casa del magnífico Lorenzo de Medici? Rodeado de los hijos de Lorenzo, y del hijo de su hermano, Giulio... Sí, me miras con razón, pues se trata de Giulio de Medici, nuestro cardenal y vicescanciller, quien con gusto seguiría a su primo León al trono papal, pero quien verá como sus esperanzas se truncan vanas, pues el padre de Ranuccio, nuestro bienamado cardenal Farnese, será quien obtenga esa dignidad en la próxima oportunidad, ante el júbilo de todos los romanos, de eso estoy seguro.

Baldassare comenzó entonces a alterarse ante el bárbaro comportamiento del Papa flamenco.

—¡Odia a los poetas más que a nada! —bramó.

Se levantó, vagó gesticulando con vehemencia por toda la habitación, se indignó sin fin, una y otra vez.

De forma imprevisible, tomó la cabeza de la muchacha entre las manos y la sujetó de tal manera que ella no podía volver la vista.

—Pero sabes que Ranuccio entrará al servicio de la Iglesia. De hecho, a sus quince años, ya disfruta de un cargo similar al de obispo suplente. No se os permitirá casaros. Además está tu... condición —le soltó la cabeza y se sentó de nuevo a su lado—. Si de verdad ocurriera, un prelado y una cortesana... Pero sé que os amáis de corazón.

Ella asintió, y las lágrimas le inundaron los ojos sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

—Ranuccio no quiere ser religioso, sino *condottiere*, como su hermano —sollozó.

—Lo sé. Pelea mejor de lo que escribe —repuso él, riéndose brevemente de su pequeña broma, aunque de inmediato recuperó la gravedad—. Sin embargo, su padre lo tiene todo previsto: obispo, cardenal, Papa... Sí, Ranuccio tendrá que convertirse en Papa algún día. El cardenal Farnese tiene planes muy ambiciosos. No expulsó a la hermosa Silvia de *palazzo* por capricho. Todo persigue una misma meta: primero, él mismo se convertirá en Papa; después, le seguirá su hijo. Pierluigi será duque. Probablemente en algún lugar del norte. Sí, es ambicioso, pero también bienintencionado. Ama a sus hijos, incluso a Pierluigi, y tampoco ha olvidado al fallecido Paolo. Hasta a su hijastro Tiberio... Quién sabe, quizá haya aún otros niños,

pues un hombre como Alessandro Farnese siempre se siente tentado por las mujeres...

Él la miró entonces, inquisitivo, pero al mismo tiempo lleno de compasión, y agitó suspirando la cabeza.

—El amor es capaz de conferirle auténticas alas a los versos más armoniosos cuando está preñado de dolor. Aún no lo entiendes, hija mía, pero lo harás. No sé cómo puedo ayudaros. ¡Me gustaría tanto poder hacerlo!

Se levantó de golpe y se colocó adecuadamente el jubón bajo la toga.

—¡Tengo que irme! La familia Farnese va a abandonar Roma a causa de la peste y yo iré con ellos. Ten mucho cuidado y no enfermes. Piensa en los que te quieren... Sigue tocando un poco el laúd y escribe nuevos sonetos. Eres la mejor estudiante que he tenido. ¡Si tuviera una hija, ojalá fuera como tú!

Capítulo 43

Roma, Campo de Fiori - 31 de octubre de 1522

La peste aterrorizaba Roma. Nadie recordaba haber visto semejante aumento de la mortalidad, y tampoco el enfriamiento del otoño logró contener la epidemia y proporcionar algo de alivio. Alessandro Farnese envió a su familia, junto con la mayor parte del servicio, hasta Frascati, bajo fuertes protestas de su repentinamente rebelde e irracional hijo Ranuccio.

Él permanecería en la ciudad, tal y como el severo Papa había ordenado.

Sin embargo, cuando al cardenal Schinner le sorprendió la muerte a causa de la peste, el papa Adriano levantó la prohibición y, poco tiempo después, el Vaticano se asemejaba a un palacio que hiciera frente a los cataclismos del Apocalipsis. Tan solo el Santo Padre aguantaba, junto a sus fieles flamencos, recluido en las estancias posteriores del Belvedere. Desde allí, realizaba las audiencias asomado a una ventana, cuando llegaba a hacerlas.

Alessandro, no obstante, era incapaz de imaginar quién querría solicitar audiencia en esas circunstancias pues, a excepción del tesorero Armellini, él era el único cardenal que permanecía en Roma, y no por mucho tiempo. Giulio de Medici había partido hacía ya dos semanas a Florencia, acompañado de Pucci, e incluso de Soderini, si bien éste había tomado un camino diferente, por lo que Alessandro había podido saber. Colonna, por su parte, se había retirado a su hacienda de monte Sabini.

Las familias aristocráticas habían marchado rumbo a sus palacios campestres, mientras que la rica burguesía se refugiaba en sus villas de verano.

Solo los pobres y los enfermos debían permanecer en Roma, amenazados por los saqueadores y mal alimentados, pues los campesinos de los alrededores no se atrevían a aproximarse a las ciudades. El *ospedale Santo Spirito* estaba lleno, los muertos yacían en las calles a la espera de sepultura y de las casas surgían gritos de auxilio. Incluso ante el palazzo Farnese se retorcían figuras andrajosas con o sin la peste. Por todas partes se veían ratas y perros voraces.

Alessandro emprendió una cabalgada acompañado de su bravo secretario a través de Rione della Regola y allí repartió él mismo los alimentos que aún se almacenaban en las despensas del *palazzo*. En el camino de regreso, pasó por Campo de Fiori, pues quería cerciorarse de que Virginia no permanecía en la ciudad. Para su sorpresa descubrió que la casa de Maddalena no estaba cerrada a cal y canto. Los postigos del piso superior aparecían abiertos, y tras sus enérgicos golpes a la puerta, la anciana apareció por el balcón situado encima del portal.

—¿Está la señora de la casa? —gritó.

En lugar de contestar, la mujer desapareció, y poco después apareció la propia Maddalena, con el cabello suelto, apenas maquillada y con un vestido sencillo.

—¿Qué hacéis aún en esta ciudad infernal? —exclamó ella—. ¿Es que no valoráis vuestra vida?

—¿Tu casa sigue a salvo?

Ella asintió y se persignó.

Como se le permitió la entrada, Alessandro rebuscó con la mirada a Virginia con palpable interés.

—Baldassare alaba el celo por aprender y los progresos de nuestra hija —dijo—. Por el momento, desgraciadamente, su educación deberá interrumpirse, pues toda la *famiglia* se encuentra en Frascati, sin embargo no puede ser cuestión más que de un par de semanas que la peste remita. Como muy tarde en diciembre, cuando ya haga frío. Mientras tanto, no obstante... Yo también marcharé a Frascati en seguida... ¿Y vosotras? ¿De verdad queréis permanecer aquí? —como Maddalena no respondía, prosiguió—. Podría conseguiros alojamiento a Virginia y a ti en Frascati, en un edificio anexo a nuestra villa.

—Allí sois obispo. Sin duda el nuevo Papa no vería con buenos ojos que una *cortigiana* tomara vuestra denominación como *curiam sequens* demasiado literalmente y se refugiara dentro de vuestros muros. En realidad, tampoco puedo abandonar Roma, como «persona de vida deshonesta» que soy.

Alessandro sonrió con ironía. Se levantó, arrojó una breve mirada por la ventana hacia el campo vacío y se colocó tras Maddalena, para pasar una mano con suavidad por el cabello de la mujer, y colocar la otra sobre su hombro. Sorprendido, sintió que le envolvía un deseo hacía tiempo dormido. La mano se deslizó hasta el largo cuello de Maddalena, y permaneció allí, con el consiguiente aumento de la tensión. Maddalena sonrió, pero no seductora sino más bien alegre, feliz, encantada. Entonces, se abrió la puerta y apareció Virginia.

Él retiró la mano espantado.

Virginia sonrió burlona. Estaba vestida con sencillez, con un ligero batín de seda color mármol, el cabello suelto enmarcando el rostro, con aquellos ojos grandes y ligeramente almendrados, negros como la pez.

Alessandro quería saludarla, abrazarla como a una hija... Pues debía ser su hija, nunca había estado tan seguro como en aquel momento, en que una voz interior se lo decía...

En aquel instante, apareció una sombra tras ella, una silueta masculina, pero aún joven. Sintió una punzada de rabia, de dolorosos celos. Él apoyaba económicamente a la muchacha y le procuraba la educación para convertirse en una joven *donna*, ¿y Maddalena permitía que se convirtiera en cortesana y se arrojara al primero que

pagara? Entonces, vio por primera vez a quien pertenecía aquella sombra, quién era aquel joven vestido con un jubón de terciopelo: su hijo Ranuccio.

¡Pero si Ranuccio debía haber marchado a Frascati con la familia!

El muchacho salió a la luz, sonriendo con torpeza y cierta culpabilidad. Era su hijo, sin duda.

—¿Qué haces tú aquí? —exclamó Alessandro, casi mudo.

—¿Y qué haces tú aquí?

No podía ser nadie más que Ranuccio: su padre había tenido que habituarse a semejantes respuestas descaradas, obstinadas y rezongonas. Le permitía a su favorito un tono con el que Alessandro nunca se hubiera atrevido a dirigirse a su progenitor. Por aquel entonces reinaban el respeto y el afecto, en aquellos dorados años en los que los franceses aún no habían empezado a asediar Italia con sus guerras, a infestar a todos con sus epidemias de *morbo gallico* y a estropear las costumbres.

Alessandro se dominó y logró no encolerizarse. Logró comportarse con inteligencia. No podía perder a Ranuccio, pues algún día debía convertirse en Papa, igual que él. Para Pierluigi tenía previsto un ducado. Si lo conseguía, el triunfo de la familia Farnese superaría las expectativas de sus predecesores y sus competidores.

Aquella era la respuesta a su fracaso en el cónclave. ¡Entonces más que nunca!

Sin embargo, Alessandro reparó por primera vez en que Ranuccio había aparecido con Virginia, y lo que eso significaba. Una breve mirada a la asustada Maddalena le confirmó que probablemente ella le hubiera pedido a Ranuccio que no se separara de su padre.

¿Qué había ocurrido en los últimos meses? ¿Por qué no se había dado cuenta?

Poco a poco fue recordando momentos difusos: Baldassare sí había hecho furtivos comentarios acerca de la «madurez» de Ranuccio. Sin embargo, Alessandro no se había molestado en escuchar bien, ni en preguntar, pues consideraba el comportamiento de Ranuccio más bien poco maduro. Además, había estado tremendamente ocupado debido a la triste situación en la que se encontraban: había tratado de componer una nueva estrategia con Giulio, precisamente con Giulio...

Ranuccio debía haber crecido por su cuenta, quizá incluso guiado por su hermano Pierluigi... De pronto, comprendió que Silvia ya no vivía en el *palazzo*. Había apartado a sus hijos de su madre, aunque no los hubiera alejado del todo, teniendo en cuenta que ella residía en las cercanías.

En cualquier caso, Ranuccio había empezado a seguir su propio camino, uno del todo imprevisible.

Por supuesto, el joven conocía a Maddalena, como cualquiera en el barrio... Pero, ¿acaso ella no debería haberle avisado?

Alessandro permaneció inmóvil durante largo rato, dejó vagar su mirada sobre los tres, sin contemplarlos realmente. Tan sereno y contenido como pudo, preguntó:

—¿Podéis explicarme qué está ocurriendo aquí? ¿Por qué Ranuccio no está en Frascati? ¿Por qué pone innecesariamente su vida en peligro al regresar en secreto a una ciudad asediada por la peste?

—Puedes preguntármelo directamente, papá —repuso Ranuccio con descaro—. Ya no soy el chiquillo al que has controlado desde que nació, aunque probablemente las elecciones papales y el bárbaro de Adriano no te hayan permitido verlo.

—Ha descubierto el amor —le interrumpió Maddalena, sonriendo, insinuante incluso—. A todos los jóvenes les llega el momento en que deben descubrir las delicias del sexo opuesto.

—Pero Virginia es... —se interrumpió Alessandro.

En el último momento logró evitar pronunciar la frase entera, pues vio la expresión negativa de los dos jóvenes, vio cómo las cejas de Maddalena se arqueaban.

—Que Virginia es... ¿qué? —exclamó Ranuccio—. ¡Dilo! No nos avergonzamos.

La mirada de Virginia permanecía fija en Alessandro, y él descubrió en ella, como nunca antes, una fuerza demoníaca, la visión del ángel caído. Y sintió con espanto lo cerca que estaba de él.

—Voy a dejar Roma —dijo, con voz ronca—. La peste... Solo el Papa se atrinchera aún en su Belvedere, esperando el fin del castigo divino... Aunque en realidad sea él el castigo divino... Marcho con mi familia a Frascati... ¡Venid conmigo! ¡Todos! ¡Partiremos juntos!

En el momento en que lo decía, Alessandro entendió que realmente no podría llevarse consigo a Maddalena y a su hija hasta Frascati. Ni siquiera para salvarlas de la peste. Las dos, aun sin proponérselo, reventarían la unión de la familia. Debía esconderlas en algún lugar de Frascati, pero incluso eso era imposible, pues todo el mundo le conocía, todo el mundo chismorreaba...

Intentó mirar a Virginia y Ranuccio con un espíritu abierto y amoroso, con preocupación paternal pintada en el rostro, pero le resultaba muy difícil. Ante sus ojos brilló la imagen del Laocoonte que luchaba por su vida. El Laocoonte, con sus dos hijos, que también luchaban y que, al final debían morir, puesto que su padre se había casado en contra de la voluntad de Dios y había engendrado hijos.

Le sobrevino un ataque de pánico, y durante un instante todo se volvió negro. Maddalena y Virginia se precipitaron sobre él para sostenerlo, pero se irguió de inmediato.

—Os lo agradezco, hijas mías —dijo con voz débil.

Maddalena sonrió, Virginia permaneció seria, simplemente mirándolo, contemplándolo con aquellos ojos oscuros y ardientes.

Su hijo no se movió.

Alessandro respiró hondo varias veces hasta que sintió que las fuerzas

comenzaban a regresar a su cuerpo, al igual que su inquebrantable voluntad, orientada a un fin lejano. Se irguió cuán largo era, su voz volvió a sonar profunda.

—Ranuccio, tú vendrás conmigo en cualquier caso. Eres mi hijo, y a pesar de lo ocurrido en las últimas semanas y meses, me acompañarás.

—¡No te acompañaré! No podrás separarme de Virginia.

Capítulo 44

Roma, Vaticano - 25 de febrero de 1523

La peste causó estragos en Roma hasta bien entrado el invierno, y no desapareció sino lentamente, con la llegada del nuevo año. Fue entonces cuando los cardenales comenzaron a obedecer a regañadientes el mandato expreso del papa Adriano de que regresaran a la ciudad eterna.

El cardenal Giulio de Medici pasó los meses más oscuros del invierno en Florencia, preocupándose por la educación de su hijo de pelo crespo, por estabilizar el dominio de los Medici como arzobispo y por hacer que sus hombres se dispersaran para vigilar con atención a su enemigo jurado, Francesco Soderini. Y dio exactamente en el clavo.

Cuando el Papa convocó al colegio cardenalicio de vuelta a Roma, colocó cuidadosamente sus documentos y se dirigió de buen humor a tomar parte en el primer consistorio del año.

Se sentó en un banco trasero en el aula regia, aunque el número de miembros presentes era notable. Alessandro Farnese se colocó cerca de él y observó al Papa y a los cardenales con una sonrisa ligeramente irónica. El papa Adriano, asistido por su eminencia gris Enckevoirt, señaló en su latín gutural y chirriante el peligro turco tras la caída de Rodas.

—Todos nosotros, españoles, franceses, ingleses, alemanes, y no menos los italianos, debemos alzarnos todos unidos para vencer la aparentemente imparable superioridad numérica de los infieles. Debemos encender en Roma las antorchas que inicien la hoguera de la contención —sentenció con voz temblorosa y el cuerpo torcido.

A los ojos de Giulio, aquel bárbaro del norte de costumbres estrictas no era precisamente un orador carismático, pero siguió observando cómo Adriano se esmeraba.

Resultó significativo, no obstante, que en aquella ocasión el Papa hablara mucho menos del levantamiento luterano del norte de los Alpes y del parlamento: en Nuremberg, había permitido que su delegado Chierigati pusiera a Roma y a sus cardenales en evidencia al ser sus acciones el detonante de un levantamiento herético. Aquello no solo resultaba vergonzoso para la curia, sino también estúpido, pues les había presentado argumentos a los luteranos en una bandeja de plata papal.

¿Y acaso se lo agradecieron? ¡De ninguna manera! Se habían reído de él e incluso se habían atrevido a mostrar desobediencia abierta ante los mandatos del Santo Padre.

La prohibición eclesiástica de realizar prédicas luteranas que el mismo Chieregati había anunciado no llegó a entrar en vigor, sino al contrario: eran los delegados romanos quienes apenas se atrevían a salir a la calle, mucho menos asistir a misa, pues se les insultaba y amenazaba. Así pues, el diálogo con los luteranos resultó ser una farsa y una terrible derrota para la Iglesia romana. Naturalmente, llegó aún menos dinero procedente de Alemania.

Sin embargo, el Papa quería combatir a los turcos a cualquier coste, aunque tuviera que coger su báculo y hacer huir él mismo a palos a los ejércitos de infieles.

Además, estaba causando estragos entre aquellos que hallaban su sustento bajo el misericordioso manto de la madre Iglesia, ya fuera por mérito propio o por haberse comprado un cargo. Unos se denominaban escribas, otros documentalistas, y por supuesto también existían grandes dignatarios. Algunos de ellos habían perdido toda su fortuna, pues habían ligado todas sus fuentes de ingresos a las arcas papales: intereses, pensiones, salarios, asignaciones periódicas, *beneficium*. Al menos así se había pensado que fuera, de esa manera el vicescanciller había recaudado para su papal primo más y más dinero.

¿Y qué ocurría ahora? La mayor parte de esos hombres se sustentaban sin ingresos. O en un futuro dejarían de recibir *obolino*. La mayoría tenía familias que alimentar. Eso había creado un terrible malestar, que no había llegado a oídos del Papa pues, por culpa de la peste, apenas quedaba un solo religioso en el Vaticano.

A aquellos a los que realmente les quedaba trabajo por hacer en la curia, se les pagaba rara vez.

Los romanos debían subsistir sin fiestas, sin carnavales, no podían alegrarse con diversiones y placeres gratuitos. No tenían ni pan, ni circo.

Tampoco ayudó el que el Papa llegara incluso a prohibir el festival del Pasquino, y con ello, los versos críticos en la escultura cercana a la piazza Navona. ¡Prohibirles a los romanos los insultos! Para eso sería necesario cortarles la lengua. Y antes de eso, ¡sería necesario entender su idioma!

Giulio le guiñó un ojo a Alessandro quien, a pesar de su rictus irónico, no le devolvió el guiño.

El Papa se perdió de nuevo en la enumeración de los pecados de los preladados, e inició nuevas filípicas contra los críticos al celibato, que no solo alzaban sus insolentes cabezas en Alemania.

—¡El celibato es y será un pilar de los dogmas cristianos! —gritó—. ¡Debe respetarse sin condición!

Alessandro, el padre de familia, perdió la expresión de escepticismo irónico. Suponía con razón que su permanentemente creciente familia era una china en el zapato del Santo Padre.

Giulio se aburría visiblemente. Se proponía algo para aquel día y para los

siguientes, debía conseguir a toda costa una audiencia privada con el Papa tras el consistorio y presentarle la verdad acerca de Soderini. Mostrarle la traición del hombre que aquel día había vuelto a sentarse en primera fila y a asentir a todo lo que se decía con expresiones como «¡sic!» y «¡recte!», engatusando de manera tan tonta a Adriano. Así, podría dirigir las cosas al lugar que les correspondía y esperar con calma hasta que Adriano dejara de ser Papa.

Su caída haría que los unos y los otros que pululaban a su alrededor perdieran toda su relevancia.

Finalmente, concluyó el consistorio. Ninguno de los cardenales presentes había participado apenas en el debate.

El Papa miró a su alrededor con desagrado, le hizo una seña a su *datarius* Enckevoirt y anunció que estaba preparado para un par de audiencias. De inmediato se encaminó hacia la salida. Giulio se levantó, esperó a Alessandro y siguió al Papa. Debía aguardar con sus documentos hasta que concluyeran las peticiones, lo que no duraría mucho tiempo, pues cuantas más muestras de simpatía se esperaban de Adriano, más rápidamente perdía éste su humor apostólico y su dulzura papal.

Pero, ¿dónde iba el Papa a celebrar las audiencias? ¿En la scala del Maresciallo, a dónde se dirigía?

Aparentemente, sí.

El cardenal Campegio se unió a ellos. El Papa se detuvo, pues un joven documentalista de aspecto andrajoso se dirigió hacia él y le pidió que le pagara sus deudas, algo que el tesoro apostólico le había denegado.

El Papa preguntó por la cuantía de la suma, mirando a Enckevoirt.

Giulio no pudo entender la suma que dijo el trabajador, tan solo las palabras «familia hambrienta». El hombre no debía haber dicho aquello, incluso un documentalista arruinado u ocioso debía haberse dado cuenta: Adriano endureció el rostro, apretó los labios aún más, y negó con la cabeza en un gesto muy significativo.

El hombre aulló, se hincó de rodillas, agarró el alba de Adriano. Cuando el Papa quiso volverse bruscamente, el documentalista rasgó el dobladillo de su ropa, y de pronto gritó tras él un Campegio paralizado:

—¡Un cuchillo! ¡Tiene un cuchillo!

Entonces, todo ocurrió muy rápido.

Brilló un filo, el joven saltó, alzó su brazo con el cuchillo en la mano para propinar una estocada con toda su rabia.

Con posterioridad Giulio agitaría la cabeza pensando en lo tonto que había sido aquel ataque. El hombre podría haber propinado ya su golpe mortal desde abajo.

Alessandro, que se encontraba directamente junto a Adriano, se dio cuenta de la situación, agarró el brazo del hombre y le propinó un rodillazo en el bajo vientre con toda su fuerza. El documentalista se retorció sobre sí mismo con un grito, y la

guardia, que apareció finalmente, lo vapuleó y se lo llevó a rastras.

Adriano estaba aún más pálido que de costumbre, pero se había contenido asombrosamente bien. Ni siquiera había retrocedido. De hecho, se habría dejado apuñalar sin oponer resistencia. Aquel hombre volvía a sorprender una vez más a Giulio, pero era Alessandro quien más le sorprendía, pues había evitado que el Papa odiado por todos finalmente acabara como todos deseaban. Y sin que la sombra de la sospecha hubiera recaído sobre ningún cardenal, todo lo contrario: ante la ciudad y la cristiandad se habría asegurado que el papa Adriano había experimentado las consecuencias de su impasible e intransigente espíritu al ser apuñalado por un religioso hambriento.

Nadie lo habría llorado.

En el siguiente cónclave, los compañeros elegirían con más sabiduría.

Pero no, Alessandro Farnese lo había echado todo a perder.

Mientras tanto, los cardenales presentes y otros prelados alterados se arremolinaban en torno a Adriano, quien daba un nuevo paso precavido hacia la escalera.

—No ha ocurrido nada —logró farfullar—. El Señor envió a mi ángel de la guardia.

Giulio respiró hondo. Aquello era excepcionalmente ridículo. No solo porque el Papa hubiera sobrevivido al ataque sin un solo rasguño, sino porque Alessandro Farnese, el enemigo del celibato y padre de familia, debía haber ascendido en las simpatías personales del Papa. Aunque fuera por agradecimiento.

Sin embargo, Giulio vio entonces la mirada que Adriano le dirigía a su salvador: imperturbable. Fría.

—Te lo agradezco, hijo mío —dijo, sin emoción alguna.

Giulio pudo sentir cómo Alessandro se sobrecogía.

Adriano se volvió hacia Campegio.

—Sin tu grito de advertencia, hijo mío, yacería ahora sobre mi propia sangre. También te lo agradezco a ti. Dios te lo recompensará.

El Papa se esforzaba visiblemente por adoptar un tono de agradecimiento que, no obstante, no lograba del todo.

Finalmente, expresó con voz ronca:

—¡Dejadme solo! Debo rezar y mantener una conversación con el Todopoderoso.

Entonces, le dedicó una señal a Enckevoirt, descendió por las escaleras restantes y desapareció en dirección al Belvedere.

Capítulo 45

Roma, Vaticano - palazzo Medici - 25 de febrero de 1523

Alessandro observó detenidamente al Papa. Poco a poco tomó conciencia de lo que acababa de ocurrir, de lo que había hecho, de lo que había evitado. Sus compañeros lo rodearon, discutiendo agitadamente, especialmente Campegio que gesticulaba con pasión.

—Conozco a ese archivista —gritaba con voz estridente—. Es perezoso y temperamental, pero hoy le ha llegado su última hora.

Giulio tiró con cuidado de la manga de Alessandro.

—¡Vamos, salvador de su Santidad! Salgamos de aquí —le ordenó con voz amortiguada—. Si estás esperando una condecoración, esperas en vano: aquí ya no hay nada que hacer. Quiero hablar contigo un momento.

Pasaron en silencio frente al *ospedale Santo Spirito* en dirección al Tíber. Un par de hombres tiraban frente a ellos de un carro cargado de ataúdes, en los márgenes del río se hacía la colada, y una rueda de molino giraba entre crujidos y chirridos.

—Estuvo cerca —dijo Alessandro.

—Podría decirse que sí. ¿Te fijaste en su mirada?

Habían llegado al puente Sant'Angelo. Alessandro observaba la corriente, crecida tras las densas lluvias.

—¿Colgarán mañana aquí al atacante?

—Seguramente Adriano lo haga ejecutar con discreción —repuso Giulio—. No querrá atraer la atención pública. Seguramente podría inspirarle ideas semejantes a algún otro: quien es tan poco amado, llega a ser odiado...

Alessandro se dio cuenta de que Giulio le observaba inquisitivo, pero no apartó la mirada del río.

—¿Por qué lo has hecho? —siseó Giulio.

—¿De qué hablas?

—¡De salvarlo!

Alessandro contemplaba inmóvil la indómita corriente parda.

—Nos habríamos librado de él, todos estaríamos encantados y nadie habría tenido que mancharse las manos.

—Fue un acto reflejo. Además...

—Además, ¿qué?

—Nada...

—La muerte de Adriano habría resuelto muchos problemas —exclamó Giulio,

golpeando con el puño la barandilla del puente.

Alessandro miró a su alrededor, para comprobar si entre la gente que se arremolinaba en las cercanías había alguno que quizá pudiera escucharlos, o se acercara a pedirles limosna. Como cardenal, no se podía poner un pie en la ciudad sin tener que poner continuamente a prueba su caridad. Habitualmente tenía a su secretario junto a él, pero aquel día no había esperado que el consistorio concluyera tan rápido, y había mandado marchar a sus dos acompañantes. También Giulio estaba solo, sin guardia personal para protegerlo, aunque ambos sabían que, a pesar de los incontables muertos a causa de la peste, aún reinaba en Roma la pobreza más desesperada, que llevaba al crimen.

—Escucha, Alessandro, hay algo que tengo que compartir contigo bajo la más estricta discreción. En realidad, quería haber hablado con el papa Adriano tras el consistorio... En cualquier caso, mañana caeré sobre él, porque estoy tras la pista de una gran traición.

Los labios de Alessandro se torcieron en una sonrisa irónica.

—¡Se trata de Soderini!

—Nunca se me habría ocurrido.

Giulio ignoró su chanza.

—Soderini no solo apoya a todos los agitadores que se levantan en Florencia contra mí, eso es algo que ya esperaba, pero es que además quiere reabrir el proceso de Petrucci. Por eso se ha labrado desde el principio las simpatías del Papa. Arde en deseos de privarme de influencia, de atarme de pies y manos, pero seré yo quien lo ate a él... ¡Lo encadenaré en las mazmorras del castillo de Sant'Angelo!

La sempiterna lucha de Giulio con Soderini no le era de particular interés a Alessandro en aquel momento. Tenía otras preocupaciones en mente.

—Esto también te atañe a ti, Alessandro. Tenemos que tirar de la misma cuerda... Y el mejor de los dos será el siguiente Papa.

—Eso ya lo había oído antes.

El rostro de Giulio se convirtió en una máscara de impaciencia, y agarró de nuevo del brazo a su compañero.

—No seas desagradecido: ¿Quién te propuso siempre en el último cónclave?

—Fuiste tú, y te estoy agradecido, pero el resultado es de sobra conocido.

Giulio no quería retomar aquel tema. La traición de Soderini le parecía mucho más importante.

—Escucha, Alessandro, Soderini no solo intriga en mi contra y me denuncia ante el Papa, sino que también quiere arrastrarlo a una guerra. Quiere iniciar en Sicilia un levantamiento contra el emperador, para que los franceses caigan después sobre el norte de Italia. Ya ha hablado con el rey de Francia.

A los ojos de Alessandro, aquél era un plan peligroso... Eso si no había surgido

directamente de la imaginación típica de los Medici.

—Pero el Papa desea una paz bajo cualquier circunstancia, para poder unir al emperador y a los franceses contra los turcos —replicó.

—Por eso es una traición. Al mismo tiempo, me culpará a mí de todo, amparándose en que busqué mi provecho económico a cualquier precio durante el gobierno de León y cosas así... En cualquier caso, Soderini caerá en la tumba que ha cavado para mí.

—Pero sin pruebas, ¡lo negará todo!

—¡Tengo pruebas! —movido por la exaltación, Giulio había hablado tan alto que varias personas se volvieron a mirarlo.

—Vayamos a tu *palazzo*; allí nadie nos molestará.

Apenas habían llegado al palazzo Medici, cuando Giulio informó de que había interceptado correspondencia secreta entre Soderini y el rey de Francia, que señalaban claramente la conspiración.

—Merece la pena mantener vigilados ininterrumpidamente a los enemigos. Y no mostrarse avaro al respecto.

—¡Ajá! —asintió Alessandro con frialdad—. ¿Y ahora?

—En cuanto consiga una audiencia con el Papa, le mostraré todas las evidencias que he reunido. Entonces, enviará a Soderini a la prisión del castillo de Sant'Angelo. Si Adriano no cumple con mis expectativas y se muestra generoso con Soderini, él encontrará los medios para enviar a Adriano a la otra vida.

Alessandro se recostó en silencio.

—Hay demasiados puntos débiles en el entorno de Adriano, a pesar de vivir encerrado en el Belvedere. Su racanería es su talón de Aquiles. No muestra generosidad alguna ni siquiera con sus hombres de confianza, con sus ayudas de cámara y secretarios. Eso crea ira y codicia. ¿No crees que un saco de dorados ducados no será suficiente tentación para alguno de esos bárbaros?

—¿Quieres que se produzca un nuevo atentado contra la vida de Adriano?

—Yo no, pero Soderini lo querrá. O cualquier otro ciudadano descontento de Roma. Sin duda habrá miles de personas que tengan buenos motivos para querer ver muerto a Adriano. Si consigue realmente librar a la curia de toda esa «*schorriemorrie*» (Dios, qué espantosa palabra bárbara), entonces provocará un alzamiento en Roma como la ciudad no ha visto nunca.

Giulio lo observó expectante, pero Alessandro simplemente negó con la cabeza.

—No soy partidario de un atentado. Es inmoral, y con ello nos hacemos poco dignos de crédito. Sobre quien quiera que recaigan las sospechas, ya sea el más adorado e idolatrado por los romanos, se verá incapacitado para la elección. ¿Un asesinato en la cátedra de San Pedro? ¡Nunca más! Esperemos que nunca más. Ya hemos tenido suficientes hombres como Borgia.

Giulio logró contener la ira de sus rasgos solo con mucho esfuerzo.

—¿Acaso no fue Borgia quien te nombró cardenal? ¿No acompañaste a Cesare Borgia en el ataque a Forlì?

Entonces fue Alessandro quien tuvo que reprimir la furia. No le gustaba recordar aquel episodio de su vida, y mucho menos ante un intrigante como Giulio.

—De los Borgia aprendí cuál era el camino equivocado...

—Se puede hacer mejor, si se medita con cuidado —le interrumpió Giulio—. ¡Debemos superar a los Borgia!

Alessandro asintió y se marchó sin decir ni una palabra más.

Se sintió más libre cuando llegó a la calle, le entregó un *obolino* a una mendiga y saludó al factor^[2] Engelhard Schauer, de la banca de los Fugger, que se encontraba en las cercanías. Cuando una cortesana se inclinó pronunciadamente ante él, le devolvió amistoso el saludo, aun cuando no la conocía.

Una vez llegado a su palacio, dio a su mayordomo las órdenes pertinentes y se retiró a su estudio, donde se recostó, cerró los ojos y reflexionó acerca de los acontecimientos del día y la situación del momento. Durante un instante brilló ante sus ojos el cuchillo del archivista, pero la imagen del rostro frío del Papa ante él duró mucho más. Quizá no fuera frialdad, solo una máscara tras la cual ocultara la rigidez propia de un momento de pánico pero también la falta de empatía de Adriano, su carencia de amor. ¡Qué solo debía estar ese hombre! Quizá hubiera preferido que el puñal le hubiera acertado en el corazón.

El papa Adriano no tenía familia. Le faltaban la unión y la calidez de la familia. El amor de los hijos y los nietos, el orgullo... ¡Con qué frecuencia paseaban por su mente las imágenes de sus seres queridos! Durante los meses invernales no los había visto con la frecuencia que solía y los había añorado enormemente. Tras huir de la peste en Roma a finales de octubre y conseguir, con obstinada persistencia, convencer a Ranuccio de que lo acompañara a pesar de su negativa inicial, apenas había permanecido un mes en Frascati. Durante diciembre y enero había liderado una delegación a Venecia, para finalmente presentarse ante el Papa en Roma, si bien cualquier audiencia implicaba una larga y dolorosa espera. Durante ese tiempo, visitaba esporádicamente a Maddalena, pero a pesar de todos sus esfuerzos no había logrado descubrir con seguridad si Virginia era o no su hija. Había llegado a pensar que la propia Maddalena lo desconocía, puesto que había al menos dos hombres, si no más, en tela de juicio.

¿Cómo podría descubrirlo?

Capítulo 46

Roma, palazzo Medici — 25 de febrero de 1523

Giulio de Medici permaneció unos instantes ante la cálida chimenea tras la marcha de Alessandro, sumido en sus pensamientos. Entonces, se dirigió a la ventana y observó como su compañero atravesaba el portal con pasos seguros y tomaba la via Papale. Le tendió una moneda a la primera mendiga que se le cruzó, saludó a un hombre ricamente vestido como si fuera un viejo conocido, e incluso inclinó la cabeza altanero ante una cortesana que le presentaba sus respetos. La forma tan campechana, y a la vez llena de seguridad, con que Alessandro se movía entre la población romana siempre le había fascinado, hasta el punto de producirle envidia. El propio Giulio no se encontraba cómodo entre los arrogantes gandules que poblaban la ciudad y ni siquiera en su Florencia natal frecuentaba más que rara vez la compañía de la alta sociedad. Y no tardaba en escabullirse hasta una distancia de seguridad.

Tampoco por las mujeres experimentaba particular afinidad, aunque sabía que, al menos en sus años mozos, ellas le habían mirado con buenos ojos. No solo era el más inteligente de los Medici, probablemente también el más atractivo, a pesar de su ligero estrabismo. Sin embargo, nunca le había gustado vivir una vida desenfadada bajo los dardos de Eros y los velos de Venus. Ni siquiera las cortesanas le seducían, pues el miedo al *morbo gallico* evitaba que cayera en la tentación. ¡A cuántos hombres había visto padecer espantosas erupciones y dolores, furúnculos e inflamaciones purulentas, que despertaban la fiebre e incluso hacían perder la razón! No tenía más que pensar en el joven Lorenzo, su sobrino, aquella figura lamentable.

La mayoría de los médicos consideraban que el origen de la sífilis radicaba en la influencia de los astros, particularmente en el dominio de Marte, pero esta teoría no le convencía. No necesitaba más que pensar en lo rápido tras la boda que la joven esposa francesa de Lorenzo había contraído la enfermedad, llenando su cuerpo encinto de yagas y llevándosela de este mundo poco después del nacimiento.

No, no creía en la influencia perniciosa de Marte. Prefería creer en el mal que surgía cuando un hombre introducía cierta zona hinchada de su anatomía en el velludo triángulo entre los muslos femeninos. Un placer breve y un sufrimiento prolongado.

Quizá la Iglesia hubiera exigido abstinencia a sus siervos por una buena razón. Casi todo el mundo se reía de los hombres castos, pero las muestras de debilidad por la carne podían utilizarse como arma en determinados momentos. Precisamente eso les había ocurrido a los Borgia, con su tendencia al exceso: cuanto más se fornicaba,

más aumentaba la hipocresía... pero también el número de piadosos sinceros. En el fondo, si Adriano no fuera tan misántropo, tan avaro y duro de corazón, quizá despertaría incluso reconocimiento y aprecio...

Y sin embargo... Nadie sabía por qué empinada cuesta llevaría Adriano a la curia a continuación, si es que no desaparecía pronto del Vaticano; nadie sabía hasta dónde llegarían los herejes del norte. ¿No sería posible que alguien en Roma alguna vez adoptara pensamientos más radicales? ¿Que abogara por un concilio de reforma esencial, como se comentaba cada vez más?

A pesar de ser amado por el pueblo y conocido entre los religiosos, para Alessandro Farnese su vida familiar podría ser el último obstáculo que le impidiera alcanzar el papado. Él, Giulio de Medici, no era tan querido, pero vivía en una castidad sin mácula. No tenía ninguna mujer secreta, y tan solo un hijo, que oficialmente era su sobrino... La única mancha en su impecable vestimenta púrpura.

Alessandro desapareció finalmente de su campo de visión.

¿Debía temerlo? ¿Más que a Soderini y a Adriano?

Adriano no tardaría en morir, de ello no había ninguna duda. Soderini acabaría en la prisión del castillo de Sant'Angelo en cuanto se descubriera su complot. Tampoco albergaba dudas al respecto.

¿Y Alessandro Farnese?

Una cosa estaba clara para Giulio. Esa vez, sus exhaustivamente trazados y calculados planes tendrían éxito: en primer lugar, el golpe a su enemigo acérrimo Soderini, que le permitiría congraciarse con Adriano. Después, la siguiente parte de su plan estaría esperando para ponerse en marcha: deshacerse de aquel bárbaro flamenco y al mismo tiempo eliminar a su principal competidor. A ambos los tenía en sus manos, con sus puntos débiles al descubierto. Aquella era la parte más inteligente de su plan: con un solo y joven pajarito, atraería a un viejo cuervo y a un vigilante halcón. Adriano caería, y Alessandro Farnese nunca sería Papa.

Capítulo 47

Roma, Campo de Fiori - 25 de abril de 1523

Virginia apoyó la cabeza en el atril en el que aún reposaba su soneto, y cerró los ojos. Incluso dejó caer su largo y denso cabello sobre el rostro, para oscurecer la luz del día bajo sus pestañas. ¡Cómo adoraba Ranuccio su pelo! Cada vez que la visitaba, agotado tras una larga cabalgada desde Frascati, él le deshacía lentamente las trenzas, le olía el pelo, se lo pasaba por los labios y se cubría con él la cabeza, para besar a Virginia bajo su protección. Aquel juego del cabello era su preferido. Él le hablaba con voz clara y suave como la seda, la acariciaba con sus finas manos. La contemplaba, la miraba directamente a los ojos con sus iris grises, tan cargados de sentimiento que ella enrojecía al verlo.

Unas horas atrás había encendido madera de sándalo y el aroma aún recorría la estancia. No duraría mucho, su madre vendría y empezaría de nuevo su discurso sobre las amenazas de exilio, pero también sobre las pretensiones del cardenal de Medici, en las que ella tendría que jugar un papel desdichado.

¡Cómo podía esperar su madre que ella tomara parte en una empresa tan inmoral como peligrosa, y como protagonista además! ¿Por qué había tenido que morir su querido Rafael? Con él, ella siempre se había sentido valorada y protegida. Si aún viviera, se habría convertido en pintora y no en cortesana, ¡sería una pintora feliz, y no una cortesana fracasada!

Cuando los hombres iban a casa, ella cantaba y tocaba melodías para ellos y en la mayoría de las ocasiones, siempre que podía, le dejaba lo demás a su madre. Naturalmente su juventud despertaba el deseo, pero en la cama se comportaba con frialdad y poco interés, lo que posteriormente levantaba quejas.

Virginia se asustó cuando su madre entró en la habitación y se sentó junto a ella. Parecía preocupada y comenzó a hablar de inmediato de su principal desavenencia: no podía rechazar el encargo del cardenal Medici, aun cuando le pareciera inmoral.

—¿Y si me matan y me arrojan al Tíber? —preguntó Virginia—. ¿O me encierran en la prisión del castillo de Sant'Angelo? Además, probablemente los guardias ni siquiera me permitan entrar en el Vaticano.

Su madre permaneció a su lado, paciente, aunque habían debatido ya esos mismos argumentos en numerosas ocasiones.

—Eso no es problema nuestro. Si el cardenal Medici no logra meterte en el Vaticano y conducirte hasta el lugar adecuado, entonces a nosotras nos dará igual. Tendrá que pagar por adelantado, y yo me habré encargado de poner el dinero a buen

recaudo para que nadie pueda venir a reclamarlo. Entonces...

—Me repugna... ¡Y el plan me parece infame!

—Ciertamente es arriesgado... Pero siempre será mejor que un envenenamiento o una puñalada. Solo piensa en lo que nos espera si nos vemos obligadas a abandonar Roma: la pobreza, la enfermedad, caer víctimas de las hordas de soldados, convertirnos en prostitutas callejeras, morir. Ya puedes tocar el laúd todo lo que quieras y recitar versos de Petrarca que harían recordar sus pecados juveniles al mismísimo Señor de los cielos. Los bandidos que pueblan las calles no se preocuparán por eso. Te tirarán detrás de un arbusto y se arrojarán sobre ti como una horda de apestosas cabras en celo.

—Ya lo sé, pero...

—Al Santo Padre no le pasará nada, no vas a hacer nada reprochable, solo tienes que postrarte a sus pies, vestida con cierta ligereza, para rogarle que no te abandone a ti, ni a tu madre, ni a todos los demás que viven en Roma... Ya sabes que en el Vaticano se te conoce, porque eras ayudante del difunto Rafael. Asumirán que tienes algo que hacer en la sala de Constantino, que tienes que recoger algo...

—Quizá el Santo Padre me haga azotar y después me encierre en el convento de las penitentes. Nadie se daría cuenta de nada y todo el plan se iría a pique.

Su madre frunció el ceño molesta.

—Pero si sale bien nadie volverá a pensar en hacernos salir de Roma y quitarnos nuestro trabajo y nuestros ingresos; seríamos ricas, tú serías famosa, todos los romanos te alabarían...

—Sé que el cardenal Farnese no aprobaría el plan, y Ranuccio tampoco.

—Piensa en el dinero que te haría interesante para la nobleza, incluso para Ranuccio...

—Nunca permitirán casarse a Ranuccio.

—¡Eres una niña desagradecida! —exclamó su madre, finalmente furiosa—. Te conseguí la mejor educación, me preocupé de que el cardenal Farnese te enviara al maestro de sus propios hijos, un humanista famoso en toda Italia, todos te queremos, incluido el cardenal, un hombre venerable y apuesto, un auténtico *gentiluomo*, te ha rendido su corazón... ¿Y tú qué haces? Te muestras tozuda como una mula. No te aplicas lo más mínimo en tu profesión, aunque estás en la mejor edad, y eres bella y lista... Los romanos te elevarían como su santa patrona, y tú...

—No soy una santa, soy una pecadora.

—¡Ya basta, niña! Tienes que hacerlo, y lo harás.

Capítulo 48

Frascati, junto a Roma - 28 de abril de 1523

Constanza se sentía en ocasiones como una santa, incluso como una mártir. Aquella mañana se había levantado con el consolador y temprano canto de los ruiseñores, pues las náuseas la habían despertado. Ya había dado a luz a cuatro niños, y de nuevo estaba embarazada. Aquel embarazo, no obstante, no era deseado, o al menos no tan pronto tras el anterior. Apenas había tomado su hijo una ama, su leche se había secado como por encanto. Bosio no paraba por las noches: durante un tiempo se había visto obligado a contenerse, por lo que había acumulado unas ansias silenciosas en su interior...

El resultado: de nuevo *benedicta*. Con náuseas, esta vez.

El otoño pasado había abandonado Roma con toda la familia por causa de la peste, y se había instalado con su madre, Bosio, Girolama y los niños en las propiedades de la familia en Frascati. Pierluigi llevaba desde hacía algún tiempo una vida inconstante de la que no hacía partícipe a nadie. Incluso Ranuccio desaparecía con frecuencia desde que su padre había regresado a Roma o se había marchado de viaje por encargo del Papa.

Por el momento, los días de primavera transcurrían en armonía a pesar de los inquietos niños pequeños, algo probablemente debido a su madre, quien mostraba con sus nietos una paciencia angelical. Bosio salía de caza y disfrutaba las noches con su querida esposa.

Únicamente cuando los lloriqueos de Girolama sobre su persistente infertilidad aumentaban, el ambiente se volvía desagradable. La madre la había puesto a bordar, pero a Girolama le faltaba paciencia y habilidad para eso. Echaba de menos a Pierluigi, con el que, no obstante, discutía en cuanto se le ocurría aparecer. Él solía propinarle un par de bofetones, lo que lograba calmarla. Con posterioridad se empeñó en estudiar la Biblia con su cuñada. Sabía leer, pero solo de forma entrecortada y prácticamente no entendía una palabra de latín, lo que no era de extrañar, puesto que en la populosa familia Orsini, las mujeres no aprendían latín: para ellos, la virtud de la mujer consistía en mantener la boca cerrada y en traer niños al mundo.

Por desgracia, Constanza había recomendado a Girolama, medio en serio medio en broma, que rezara más a menudo, de tal forma que Dios se apiadara de ella y, como a la Virgen María, la glorificara. Tuvo que explicarle el significado de aquella última palabra, lo que hizo no sin sorna. Sin embargo, Girolama no era una persona particularmente sensible a la ironía.

Trinaban en la calle los ruiseñores, para mayor gloria del Señor, y Constanza se arrodilló sobre un blando cojín, unió las manos e intentó mantener una conversación con Dios. Lo consiguió, y las náuseas desaparecieron. Se sintió satisfecha y le pidió a su padre del cielo que disculpara la falta de devoción de su padre terrenal.

Durante los últimos meses y años había podido reflexionar mucho acerca del tema. Como madre de cuatro hijos cada vez encontraba menos calma, pero durante las misas diarias dejaba vagar sus pensamientos. Sus rezos no eran sino su intento de reflexionar y, al mismo tiempo, de buscar consejo en Él, que todo lo sabía, todo lo controlaba y era capaz de iluminar su humilde espíritu.

El factor que había desencadenado su devoción, aunque no se le permitiera decirlo en voz alta en casa de los Farnese, había sido su asistencia a una misa de Pascua en la basílica de San Pedro. Aquellos días, su padre estaba enfermo y guardaba cama en Roma, por lo que ella había acudido a visitarlo y a cuidar de él. Cuando ya se encontraba de nuevo en vías de recuperarse, ella se atrevió a adentrarse en la guarida del lobo bárbaro. Habitualmente la misa de Pascua se celebraba en Santa Maria Maggiore, pero el papa Adriano se negó a trasladarse un tramo tan largo por la ciudad y celebró el servicio en San Pedro. Allí se dirigió, a pesar de que no se había trabajado en aquel edificio desde hacía años y tras un invierno de peste, húmedo y cálido, la mayor parte de las paredes voladizas de madera se habían derrumbado. Por suerte, el clima fue benigno. La gran basílica sobre la tumba de San Pedro apenas se visitaba y al Papa le asistieron unos pocos prelados a los que Constanza no conocía.

Por primera vez vio de cerca al Santo Padre: realmente tenía un aspecto bárbaro con aquel rostro arrugado y la gran nariz, igual que bárbaro resultaba su latín, que chirriaba burdamente. Además, el papa Adriano cantaba sin ninguna gracia ni melodiosidad. Si bien era cierto que aquélla fue su primera impresión. Durante el rezo, ella comprobó cómo él la conmovía e iluminaba. Constanza había asistido ya a cientos de misas, y en la mayoría de ellas los sacerdotes se dedicaban a recitar de memoria las plegarias y textos bíblicos e incluso durante la prédica daban muestras de una retórica vacía. El papa Adriano era diferente. Habló de que la tierra temblaba y callaba y entonces su voz temblaba con bramidos amenazantes, para después sumirse en un profundo silencio. Hablaba de resurrección, y se le veía levantarse. Sus ojos refulgían, su entusiasmo se reforzaba con gestos triunfales, cuando anunciaba que la tumba del crucificado estaba vacía, que se había sacrificado al cordero pascual, que los hombres podían reconciliarse y salvarse a través de Él. Y al final, recitó: *«Scimus Christum surrexisse a mortuis vere: Tu nobis, victor rex, miserere. Amen. Alleluja»*. «Ahora sabemos que Cristo realmente se ha despertado de entre los muertos. Tú, victorioso, tú, rey, ten piedad de nosotros. Amén. Aleluya». Cantó, se regocijó de compartir con el mundo la resurrección, aun cuando las «r» y «s» de

surrexisse resonaban y siseaban con bastedad: el *miserere* flotaba lleno de fervor.

Cuando el Papa, en su conclusión, habló del espíritu del amor que debía brotar de todos los hombres, del amor paternal, de la unidad del Espíritu Santo, se sintió conmovida y elevada, y tuvo la firme sensación de que no había sido suficientemente creyente y devota. El papa Adriano podía ser un bárbaro llegado del norte del imperio, pero resultaba imposible de ignorar aquella fe que exudaba, tan apasionada y al mismo tiempo tan reivindicativa, y a pesar de su escepticismo, a pesar de sus malos informes sobre él, ella pudo experimentarla.

Y decidió ser tan creyente como el papa Adriano.

En el exterior, los ruiseñores persistían en sus trinos, un viento ligero agitaba las hojas recién nacidas de los árboles y las hacía temblar de placer, mientras una luz dorada bañaba el parque de la villa. Constanza observó la luz del amanecer, las náuseas prácticamente habían desaparecido, y decidió estirar con cuidado su cuerpo ya ligeramente abombado. El niño no se movió. ¡Su quinto hijo! ¿No la habían bendecido con un cuerpo fructífero? ¿No debía amarla Dios, puesto que la había obsequiado con nacimientos sencillos, al menos por ahora? ¿Sería ésa la misión que Él le había encomendado? ¿El principal cometido de la mujer: ser fructífera y ampliar la familia?

Sí, así era: la bendición de Dios yacía en ella, y por eso la había guiado hasta la misa del Papa y la había rociado con el Espíritu Santo.

Rezó un padrenuestro, un *magnificat* y un credo, y finalmente se sintió envuelta en una niebla amorfa y vacía de pensamientos. Escenas litúrgicas y fórmulas de oración navegaban por su mente como barcos de vela que aparecían para desaparecer de nuevo. Devoción, fe, religiosidad. Intentó llenar esas palabras de significado, darles un sentido. Acudir diariamente a misa era algo que no hacían ni los creyentes. Rezarle al Dios de los cielos, a ese anciano exigente al que se refería el Papa... ¿Eso era devoción? Creer en Jesús, creer que había liberado a los hombres a través de su sacrificio, rezarle a la madre de Dios para solicitar su ayuda... ¿En ello radicaba la religiosidad?

Constanza buscó una fórmula, una seguridad, una medida.

En vano.

Vivir de acuerdo a la virtud que propugnaban los cardenales, evitar los pecados capitales... ¿De eso se trataba?

Sabiduría, templanza, sensatez y justicia. Aquéllas habían sido las cuatro virtudes que había proclamado Platón, según sabía por Baldassare, y cada una estaba dirigida a un tipo de persona: el filósofo, el soldado, el señor. Las virtudes cristianas de la fe, la caridad y la esperanza resultaban afeminadas. ¿Acaso no eran realmente sentimientos? Entrega, afecto, confianza. ¿En qué, para quién? ¿Los hijos, la familia? ¿La vida, que era rica y llena de gracia?

Y ella, ¿qué debía evitar? ¿Los siete pecados capitales: soberbia, avaricia, lujuria, envidia, gula, ira, indolencia? Afortunadamente la vanidad no se encontraba entre ellas, pues aún le gustaban los vestidos bonitos y seguía odiando sus orejas saltonas, así como el odioso lunar junto a su nariz.

Precisamente en lo relativo al último pecado, a la indolencia, había discutido ya en alguna ocasión con su padre. Él la explicó como un comportamiento cínico, que surgía de la emoción de la insensatez. Ella no lo entendió, y le preguntó a Baldassare qué significaba aquel pecado: él la miró interrogativo y finalmente le explicó:

—El latín *acedia*, querida mía, indica un estado de ánimo que lo tiñe todo de gris, que todo lo critica, que es incapaz de adoptar ninguna emoción, que nos arrastra hasta la infelicidad y la oscuridad.

Reflexionó acerca de aquellas palabras sin entenderlas realmente, aunque conoció días en los que se hundió en una oscuridad anímica e indolente, que fluctuaba entre la tristeza y el mal humor, y que la hacía llorar sin sentido...

Baldassare terminó por preguntarle:

—¿Qué es lo que te preocupa, Constanza?

Ella agitó la cabeza porque no podía dar ninguna respuesta. No sabía realmente cómo vivía, qué debía creer, qué era realmente la fe.

Los ruiseñores no cesaban en sus cantos. Por la casa se paseaban las primeras doncellas. Las náuseas de Constanza se habían difuminado finalmente y le asaltó el deseo repentino de correr por el jardín y por el parque, bajo el fresco rocío de la mañana, contemplar a los ruiseñores, sentarse en la pequeña pérgola y soñar.

¿Con qué, con quién debería soñar?

¿Con Bosio? No necesitaba soñar con él: cada tarde, él la tomaba en sus brazos, la aferraba contra él, se deslizaba en su interior, hacía que la recorrieran oleadas de deseo. La idea de que aquello que realizaban era un pecado mortal duraba apenas un segundo. ¿Por qué un pecado capital? Dios bendecía su mutua felicidad...

¿O debería soñar con Francesco Maria? Ante ella se alzaba solo una imagen vaga, asociada a la idea de la fuerza y el heroísmo. Él la portaba, la alzaba por encima de su escudo, y ya no era una pequeña condesa, sino una duquesa, vestida con terciopelo azul y seda púrpura, rodeada de hombres inteligentes que se maravillaban de su ingenio...

Si hubiera sido duquesa de Urbino, habría tenido que abandonar a su padre.

Aquel pensamiento se aferró a ella. Se dio cuenta de lo difícil que habría sido eso. De hecho, ya lo echaba de menos...

Constanza correteó por el jardín y deambuló por entre los setos, acariciando con las puntas de los dedos las brillantes hojitas. Los ruiseñores cantaban en las cercanías. Cuando Constanza se posó en el cenador, bajo los lilios de flores blancas, y con cítricos de fuerte aroma enmarañados en su estructura, emitió un suave grito de

sorpresa al comprobar que, en aquel lugar, ya había otra persona.

¡Ranuccio!

Tenía aspecto agotado, con oscuras bolsas bajo los ojos enrojecidos, el cabello revuelto y un manto de viaje cubierto de polvo.

—¿No has dormido? —le preguntó ella.

Él agitó la cabeza.

—¿Dónde estabas?

—En Roma —respondió con voz baja y, tras una breve pausa, continuó—. Estoy enamorado de una joven cortesana, de Virginia, la hija de Maddalena. Una vez te la encontraste en casa de nuestra madre. Era la ayudante de Rafael, e incluso está representada con nosotros en la *madonna* del manto.

Constanza se alegró de que Ranuccio estuviera enamorado, pues ya tenía edad. Que tuviera que ser precisamente de esa cortesana... Bien, mejor eso que de una doncella, o de un carpintero. ¡Mejor incluso que de una Orsini o una Medici! Al menos las cortesanas era ilustradas y llevaban vestidos bonitos.

—¿Sabes a quién he visto en casa de Maddalena?

—¿A Pierluigi?

Él rió.

—No, a papá. Y no parecía que acudiera a recibir la confesión.

—¿Has hablado con él?

Ranuccio negó con la cabeza.

Constanza reflexionó.

—¿Crees que nuestro padre visita con asiduidad a esa cortesana?

—En los últimos tiempos le he visto allí muchas veces. También al tío Giulio, por cierto.

—¿Estás seguro de que no sabe lo tuyo con esa Virginia?

Ranuccio no se atrevió a mirarla a los ojos.

—Bueno...

—Probablemente quiera hablar con Maddalena sobre vosotros.

Ranuccio rió en un tono excesivamente agudo. Como Constanza no dijo nada, él continuó:

—Papá me ha escrito a Frascati. Debo pasar un tiempo en un convento para completar mi formación religiosa, preferiblemente en Nepi, donde Tiberio estudió «con gran celo religioso». Así lo ha expresado él. Igual que a madre, lo que quiere es... expulsarme.

—Pero tú eres su favorito —exclamó Constanza.

—Solo siempre y cuando le obedezca y tome la carrera religiosa.

—Sé que no te apetece mucho.

—¿Apetecerme? ¡No quiero hacerlo! Odio a la Iglesia y a sus traidores

mentirosos. Papá también solía odiarlos. Incluso ahora todavía los desprecia.

Siguieron sentados juntos, en silencio, durante unos instantes. Los ruiñeños finalmente enmudecieron, como si escucharan, pero no mantuvieron largo rato el silencio, pues pronto empezaron de nuevo a borbotear antes de elevar sus voces en una melodía que variaba continuamente, y concluir con un trino elevado.

La cabeza de Constanza trabajaba febril. Los numerosos indicios y sugerencias realizados por su madre y por Rosella, pero también insinuaciones de Pierluigi comenzaron a pasársele por la mente, relacionándose y conectándose, como si la mano de un hechicero las controlara, para terminar formando una sospecha.

Su madre había señalado una y otra vez que su padre quizá tuviera algún otro hijo de otra mujer. ¿Y si esa otra mujer era Maddalena Romana, de quien era confesor, y a quien, mientras la familia se encontraba recluida en Frascati, visitaba con frecuencia para satisfacer sus ansias masculinas?

Constanza contuvo el aliento, pues sus reflexiones y los comentarios de Ranuccio conducían a una sola conclusión: que esa Virginia...

Su razón se negó a aceptar semejante pensamiento.

—¿Y estás realmente enamorado de la hija de Maddalena?

—Si padre me envía al convento, huiré con Virginia.

Capítulo 49

Roma, palazzo Farnese - Campo de Fiori - 29 de abril de 1523

A primera hora de la mañana, Alessandro recibió a su astrólogo, Luca Gaurico, quien le advirtió acerca de próximos y marcados movimientos astrales.

—La disposición de los planetas lo señala claramente. Una constelación tan poco propicia como rara de ver, muerte y perdición, Marte y Saturno se encuentran en la última casa y además, y esto es particularmente inusual, la conjunción de Venus, una extraña trinidad, por expresarlo con términos eclesiásticos.

Alessandro observó con el ceño fruncido los dibujos que Gaurico le presentaba. Círculos divididos en triángulos y cuadrados, incontables símbolos rodeando una circunferencia, flechas y líneas que se cruzaban, acompañadas de notas aclaratorias en una escritura diminuta e ilegible.

—¿Y quién sería el Padre, quién el Hijo y quién el Espíritu Santo?

—La guerra, como ya sabían bien los griegos, era el padre de todas las cosas.

—¿Y cómo encajan el príncipe de la paz, Dios misericordioso, Jesucristo, en este esquema?

—No se puede hablar de esquemas. La referencia a una «trinidad» era un mero ejemplo.

Alessandro, sin desplegar la frente, observó al astrólogo, cuyo olor a pescado pasado le hacía arrugar la nariz. Gaurico hablaba de forma difusa y era incapaz de contestar directamente a la pregunta más sencilla.

—Maestro, dispongo de tiempo limitado, pues desde el fin de la peste se me acumulan las obligaciones... Formularé mi pregunta con claridad: ¿debo prepararme para un nuevo cónclave? ¿Quién saldría elegido del mismo?

Gaurico se rascó la cabeza y siguió nervioso con el curvado índice los símbolos del pergamino.

—Para realizar semejante *praedicta*, necesitaría realizar intensos estudios e interpretaciones de las fechas de nacimiento de vuestros compañeros y competidores.

—Ajá.

—Sí, los planetas muestran su majestuosa trayectoria a través del firmamento, las estrellas se agrupan, los cometas aparecen y desaparecen... Leemos el destino a partir del movimiento de los astros, y sin embargo el Todopoderoso interfiere a menudo en los sucesos. Diría que nosotros, los astrólogos, podemos predecir la tormenta de la que nos advierte el escenario divino de la noche, pero no podemos precisar en qué casa caerá el rayo. Sería una muestra herética de arrogancia, una invasión de la

voluntad y los actos de Dios. —Gaurico estaba a punto de enrollar su pergamino—. Y ahora, Eminencia, permítame que hablemos de las cuentas atrasadas.

¿Sería ése el motivo por el cual Gaurico no había sido capaz de dar ninguna respuesta clara? ¿O quizá no era más que un cantamañanas sobrevalorado del que, tan pronto como se quisiera obtener una predicción exacta, desaparecía para no saberse más?

—Los astrólogos podemos decir si un momento determinado es propicio para un suceso, para un negocio, pero no sí realmente llegará a producirse. A pesar de todo, adivinamos muchas cosas. Pensad solo en la muerte de vuestro querido hijo Paolo que yo...

—Os he entendido, maestro —le interrumpió bruscamente Alessandro.

En aquel instante, lo último en lo que quería pensar era en la muerte de Paolo. Ya no tenía sentido preguntarle a Gaurico si él sería realmente el padre de Virginia. Gaurico no habría sabido dar una respuesta concreta, solo jugar a ser la críptica sibila, el oráculo de Delfos. Toda aquella perorata astrológica no llegaba más allá, y cuando pensaba en los costes, su fe en el gremio de los futurólogos terminaba por desaparecer. Sin embargo, al mismo tiempo, no se decidía a renunciar completamente. Seguía creyendo con total seguridad que el destino de los hombres estaba escrito en aquel firmamento de estrellas.

Gaurico introdujo el pergamino en su cilindro de cuero.

—Continuaremos nuestra conversación en otra ocasión —exclamó Alessandro, llevándolo fuera de su estudio.

El astrólogo realizó una reverencia con los labios apretados, y dijo únicamente:

—Como vuestra Eminencia desee.

Tras esto, arrastró los pies hasta la puerta, donde lo recibió un criado.

Alessandro se sentía bajo una fuerte presión. Paseó nervioso por su estudio y contempló las prolongadas obras de construcción del *palazzo*. Algo estaba a punto de ocurrir y él podía sentirlo, pero ignoraba si se trataba del Vaticano o de su familia. Por suerte, habían sobrevivido todos a la peste, incluso Giulio, y por supuesto el papa Adriano, encerrado en el Belvedere. Sin embargo, en cualquier momento podía estallar un nuevo brote, una guerra en el norte... Y ya no tenía a sus hijos bajo su control. De hecho, medio año atrás, le había costado muchísimo trabajo convencer a Ranuccio de que marchara a Frascati, apartándolo así de Maddalena y su Virginia...

¡Debía enfrentarse finalmente a los hechos! En aquella casa de citas de Campo de Fiori se estaba jugando con fuego, y lo que más le enfurecía, lo que más le preocupaba, era que había sido él quien lo había provocado...

Conforme avanzaba la mañana, resolvió con el mayordomo algunas cuestiones pendientes y decidió finalmente dirigirse a las obras para comprobar la evolución de los trabajos y dirigirle un par de palabras amistosas a los obreros.

Antes de ir a visitar a Maddalena, tomó un ligero tentempié. Acababa de sentarse cuando Constanza apareció inesperadamente. Sin Bosio ni los niños, sin previo aviso y con la única protección de tres mozos de cuadra, llegó directa y manifiestamente de Frascati. Cubierta por el polvo del viaje, ella miró con desconfianza la ropa mundana de su padre y de inmediato le hizo partícipe de su descontento. Apenas logró arrastrarla al interior de su estudio, pues los sirvientes no tenían por qué estar al corriente de conflictos familiares, aunque el barrio entero los conociera. Constanza era conocida por su franqueza, y en tiempos más recientes parecía que el embarazo la estaba afectando, pues su humor oscilaba peligrosamente, e incluso su razón daba muestras de verse debilitada, a tenor de la súbita religiosidad que había desarrollado, que la llevaba incluso a venerar al papa Adriano.

—¿Qué tienes con Maddalena? —le espetó, apenas hubo entrado en el estudio—. ¡Aquí apesta! —exclamó, arrugando la nariz y torciendo la boca.

—He tenido visita de Luca Gaurico, quien no siempre huele bien —explicó Alessandro.

Constanza abrió las ventanas y los postigos.

—Deberías venir a Frascati: allí cantan los ruiseñores, los niños preguntan por su *nonno*... Y nuestra madre espera.

El tono con que hablaba le pareció inadecuado a su padre. Alessandro tomó asiento en su silla labrada con garras de león, regalo del Papa homónimo, y observó a su hija con gesto reprobatorio. Ella sabía perfectamente que el papa Adriano había impuesto la presencia de todos los cardenales en Roma. También conocía el resto de sus obligaciones. Y Maddalena... Aparentemente Ranuccio se había ido de la lengua. Daba igual: su relación con Maddalena no era de su incumbencia. No tenía por qué darle explicaciones a su propia hija.

Constanza se detuvo en la ventana y lo miró con una sonrisa amarga.

—¿Por qué traicionas y engañas a nuestra madre... y a nosotros, por extensión? —explotó formalmente—. ¿Por qué quieres enviar a Ranuccio a un convento? Si esto sigue así, entonces me marcharé a casa de nuestra madre, o a Santa Fiora con Bosio y los niños, algo que Bosio desea profundamente. Además, un cardenal que ha estado a punto de convertirse en Papa, que expulsó de su casa a la madre de sus hijos, frecuenta a una cortesana, ¡e incluso tiene hijos con ella! ¡Eso es lo que tus enemigos están esperando!

Había querido interrumpir su ataque de rabia para corregirla, pero finalmente prefirió dejarla hablar, de tal forma que ella expulsara todas sus suposiciones y reproches y él viera con claridad qué sabía su familia y a qué dificultades se enfrentaba. Además, Constanza se volvía extremadamente tozuda cuando se le ponían cotos. Ocasionalmente revelaba una naturaleza controladora que a él le causaba gran preocupación. Hasta el momento, se había contentado con Bosio, que se

mostraba como un marido comprensivo y paciente, pero al parecer comenzaba a interferir también en la vida de su padre.

—¿Por qué no dices nada? —Constanza observaba a Alessandro con cada vez más rabia.

Él frunció el ceño, y quiso dar una respuesta cuando, de pronto, ella se precipitó hacia él y, entre fuertes hipidos, se derrumbó a sus pies.

—¡Di que esa Virginia no es hija tuya! ¡Que nunca más irás a ver a esa Maddalena! Todavía somos una familia. Queremos... ser felices.

Como él permanecía en silencio, ella le tomó la mano y la colocó sobre su ligeramente abombado vientre.

—Aquí crece tu séptimo nieto, no necesitas más hijos, no necesitas una hija con la edad de Ranuccio, que solo nos traerá desgracia.

Alessandro acarició la mejilla de Constanza y le besó la frente.

—Vamos, cálmate ya —dijo, logrando adoptar un tono paternal, conciliador y sereno—. ¿Cómo has llegado a albergar semejantes sospechas?

La mirada de la mujer reflejó inseguridad.

—Nuestros enemigos disfrutaban propagando mentiras sobre mí, ya lo sabes —dijo—. Lo importante es que permanezcamos unidos y no les demos la razón.

—Pero Ranuccio... —exclamó Constanza.

Alessandro se levantó, resuelto, la apretó contra su pecho y se marchó excusándose en una reunión importante. Ella aún le gritó algo que él no pudo entender.

El cardenal abandonó el *palazzo* presa de una fuerte agitación interior, sin dejarse acompañar por ninguno de sus guardias personales. Sentía que se aproximaba a un abismo, mientras la unidad familiar peligraba. Podía perder a su hijo Ranuccio. Y si Giulio descubría a Virginia y su posible paternidad, puesto que, al fin y al cabo, Giulio tenía espías por todas partes... ¡Mejor ni pensarlo!

Por las calles, tras los últimos coletazos de la peste, reinaba el ruido y el gentío. Ocasionalmente despertaba alguna mirada de sorpresa. Aquí o allí algún que otro morador del barrio se asombraba, probablemente, de su ropa mundana. Debían preguntarse...

Poco después había alcanzado la casa de Maddalena, cruzado la entrada y no tardaba en ser recibido. Las dos cortesanas no parecían tener ninguna visita...

Virginia no aparecía por ninguna parte.

Habría sido bonito que ella le hubiera saludado. Llevaba a aquella muchacha en el corazón desde su primer encuentro, si bien le irritaba aquella mirada de Lilith, que delataba un peligro oculto... Lo que nunca había esperado era que se enamorara de quien no debía, y Gaurico tampoco se lo había advertido. Naturalmente si Maddalena le hubiera puesto freno a toda la cuestión desde el principio, no tendría que

chantajearla...

Maddalena le salió al paso envuelta en su dulce estela aromática, con los brazos abiertos, y cayó a sus pies, tomó la mano del anillo...

En la puerta había un hombre.

No podía creerlo.

Habría podido esperar a Ranuccio, pero no a Giulio de Medici. Sonriendo. Con una sonrisa maliciosa sobre una fingida sorpresa.

—Qué alegría, Alessandro, mi viejo amigo y compañero. Nuestro próximo Santo Padre... ¡Vestido con ropas mundanas!

Alessandro saludó someramente a Giulio y se controló con gran esfuerzo, mientras Maddalena llevaba a ambos al recibidor, que estaba decorado con ramos de exuberantes narcisos y aromáticas lilas.

—¿Un vino de Frascati, o por el contrario de Montefiascone... vino de la casa, por así decirlo? —ella le sonreía a Alessandro, y representaba ante él, con su recatado vestido de seda y su cabello recogido, el papel de *donna di nobile*.

Alessandro le pidió un vaso de Frascati. Giulio comentó:

—Buena elección —y dio un sorbo de su propia copa—. Y, ¿qué tal tu familia? ¿Han sobrellevado bien los meses de la peste? ¿Crecen y se multiplican sobre la tierra?

¿A qué venían esas frases huecas? Alessandro se había encontrado poco antes con Giulio y ya se había interesado por su familia. También sabía que todos habían sobrevivido a la peste.

Entonces, Giulio arrastró ligeramente la silla hacia adelante, posó su vaso y le dirigió una mirada triunfal:

—Me alegro de encontrarme aquí contigo. ¿Dónde crees que se encuentra nuestro amigo Soderini, lisonjeador supremo y favorito del Papa?

—¿Has podido informar finalmente a Adriano de su conspiración? —le preguntó Alessandro, irritado y al mismo tiempo aburrido, pues aquel plan copaba desde hacía meses la conversación de Giulio, pero aún no había llegado a oídos del Papa o, al menos, no le había convencido.

—¡Cierto! —Giulio apenas podía mantenerse sentado sobre la silla—. Finalmente pude presentarle las evidencias a Adriano. Se mostró herido y colérico. Vio peligrar su lucha contra los turcos, truncados sus sueños de paz, y entendió finalmente que todas las afirmaciones de Soderini acerca de la supuesta corruptibilidad y avaricia del vicescanciller Medici no eran más que mentiras... Adriano explotó, literalmente, de furia bárbara. Enckevoirt, que estaba a su lado, miró al suelo. «¿Por qué nuestro vicescanciller no nos informó antes de todo esto?», le gritó Adriano, y después bramó: «¡Rápido! Haz llamar a Soderini, ¡pero no le dejes entrever nada!».

Giulio hizo una pausa, tomó un sorbo, después de un segundo, hizo una señal a

Maddalena, se estiró.

—Soderini llegó, me miró, albergó sospechas. Adriano le tendió la carta secreta dirigida al rey francés. Soderini empezó a tartamudear, siguió mintiendo. Eso solo logró enfurecer aún más a Adriano. «¡Guardias! ¡Prendedlo! ¡A la mazmorra más profunda del castillo de Sant'Angelo!», gritó. «Ante los traidores me muestro inclemente». Soderini quiso arrodillarse ante Adriano, pero los guardias ya lo habría apresado. Entonces, ¡perdió el sentido! ¡Nuestro venerable cardenal Soderini cayó inconsciente! Tuve que contenerme para no romper a reír a carcajadas.

Sin embargo, las carcajadas le pudieron en ese momento. Incluso se palmeó las calzas bicolor, bajo el igualmente bicolor jubón, que cubría sus muslos.

Alessandro se obligó a sí mismo a asentir mostrando reconocimiento, aunque permaneció extremadamente serio.

—Un enemigo menos. ¿Y ahora?

—Adriano me ha nombrado su consejero. Puedo presentarme ante él sin aviso previo en cualquier momento, como Enckevoirt. ¿Qué dices al respecto?

—¡Enhorabuena! Serás nuestro próximo Papa.

La expresión de Giulio se ensombreció repentinamente.

—No, ¡tú! Nos pusimos de acuerdo al respecto hace tiempo. Eres mayor que yo, yo puedo esperar.

—Brindemos —exclamó Maddalena—. Por el próximo Papa, que sin duda no expulsará al honorable gremio de las cortesanas de Roma. Aunque la amenaza del actual aún pende sobre nosotras...

—En cualquier caso —le interrumpió Giulio con mirada mordaz y un tono sorprendentemente agrio—. Y todo el mundo tiene que poner de su parte para que no sea así —el tono de Giulio se suavizó entonces, y alzó el vaso, como si quisiera proponer un brindis—. Todos debemos colaborar para que Roma permanezca tal y como está, no, más majestuosa, más rica, más maravillosa. Para eso Roma necesita también bellas mujeres, aunque eso exige pequeños sacrificios.

Alessandro alzó igualmente su copa y pensó: «¿Qué es lo que escondes, mentiroso hijo de puta?».

—Ahora, debo irme.

Giulio se había levantado y se dirigía ya hacia la puerta.

—¿Qué hacías exactamente aquí? —logró preguntarle Alessandro antes de que se fuera.

Giulio se dio la vuelta, sonrió ampliamente y le dedicó un gesto de despedida:

—Lo mismo que tú, ¿qué si no?

Alessandro contempló un instante la puerta vacía. Maddalena, que se había apresurado a acompañar a Giulio para despedirlo, regresó con movimientos algo inseguros, pero con una profunda sonrisa. Apenas se había sentado frente a él, no sin

antes arreglarse con profusión el vestido, cuando le preguntó sin más rodeos:

—¿Qué quería ese tipejo de ti?

Como ella no contestó de inmediato, insistió.

—¿Tienes idea de qué clase de intrigante peligroso es? Será mejor que no te dejes embaucar por él o de lo contrario...

—O de lo contrario, ¿qué? —replicó Maddalena, con una aspereza inédita en ella

—. ¿Acaso me vas a presionar?

Ella nunca le había tuteado, ni siquiera en sus encuentros más íntimos.

—No quiero presionar a nadie, solo quiero saber de una vez si Virginia es o no es mi hija.

Ella se había apartado ya.

—Me vas a chantajear. Bien. Lo permitiré porque Virginia es una muchacha adorable y porque quiero protegerla del camino del pecado...

Maddalena se echó a reír, y él tuvo que admitir que con razón. Sin embargo, no quería que ella le interrumpiera.

—Poco a poco me va dando la impresión de que estás jugando conmigo. Te pido que no lo hagas. Puedes salir mal parada. Y si de hecho existe la posibilidad de que Virginia sea mi hija, ¿cómo has podido permitir que Ranuccio y ella...?

Maddalena se encogió de hombros como si no supiera la respuesta.

La rabia que se le iba acumulando amenazaba con estallar. Se levantó de un salto, la agarró de los hombros y la agitó para que no pudiera volver la mirada. Ella lo miró, impenetrable.

—¿Ha perdido Ranuccio su inocencia en esta casa?

Silencio.

—¿Contigo... o con Virginia? —insistió él, amenazando con perder finalmente la serenidad.

—No lo sé —respondió ella.

Estuvo a punto de arrojar a la prostituta al suelo de un puñetazo. Tanto su silencio como su respuesta merecían que la hiciera azotar y después la expulsara de Roma.

Su mirada debió revelar el peligro que ella corría. Era algo sencillo para él: atribuirle cualquier cargo y hacer que cerraran la casa. Sin embargo, si ella empezaba a hablar, quizá si se dirigiera al vicescanciller, intentando vengarse...

Ella pareció adoptar un tono más conciliador. Lo miró con una disculpa en los ojos, le cogió de la mano y se la llevó a los labios.

—Los dos estuvieron juntos, sí —susurró ella—. Pero creo que aún son inocentes.

—¿Eso qué quiere decir? —espetó él—. ¿Es esto una casa de putas o un convento?

—Creo que se han enamorado.

—¡Eso ya lo sabía hace tiempo! —gritó él.

—Alguien debería separarlos.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo? ¿Envío realmente a Ranuccio a un convento, o expulso a Virginia de Roma?

Capítulo 50

Roma, Campo di Fiori - 29 de abril de 1523

Apenas había observado Ranuccio como su hermana Constanza partía a Roma, hizo ensillar a su caballo Angelino y marchó al galope, sin avisar a su madre, a Bosio o a Baldassare. Tomó un camino diferente que Constanza, quien probablemente optó por la senda más corta a través de la via Appia. Su capón era aún un animal joven y nervioso, pero resistente a los grandes trayectos.

Una vez llegado a la ciudad, Ranuccio vagabundeó un tiempo por las calles para refrenar al inquieto Angelino, se aproximó a Campo di Fiori, después al *palazzo* de su padre, para comprobar cómo secaban, cepillaban y alimentaban al corcel de Constanza. Finalmente se adentró entre la muchedumbre en dirección al palazzo Medici, donde esperaba encontrar a su hermano Pierluigi. Hacía días, no, semanas, que ya no se hallaba en Frascati, por lo que cabía deducir que había decidido hacer más inseguras las calles de Roma, acompañado de su amigo *el Diavolo* Giovanni. De hecho, ambos hombres habían pasado la noche en el *palazzo* de los florentinos, por lo que le dijeron a Ranuccio, y mientras tanto se encontraban de nuevo fuera. El joven decidió dejar su caballo para que cuidaran de él.

Durante un buen rato recorrió el barrio de Campo de Fiori, procurando con mucho cuidado no llamar la atención. Sobre su señorial jubón adornado de brocados llevaba una chaqueta de jinete, y lucía su amplio sombrero calado hasta las cejas. En el campo habían dispuesto el mercado diario, reinaba un caos de tenderetes, y los mercaderes y curiosos se arremolinaban a su alrededor. Además estaba el mercado de ganado, con los balidos y cacareos de los animales, los peregrinos agrupados en torno a las posadas... No era difícil, por tanto, pasar desapercibido observando la entrada de la casa en la que Maddalena recibía sus huéspedes y Virginia, su Virginia, debía interpretarles melodías, para finalmente venderles su cuerpo. Por suerte, sus clientes amaban más su voz, y el sonido de la flauta y el laúd, que sus artes amatorias, como la propia Virginia le había informado con orgullo. Además, y esto lo había afirmado en una ocasión incluso Maddalena, muchos hombres tenían sus ojos penetrantes, pues creían ver en ellos el mal de ojo de una bruja.

De pronto, vio a un hombre al que conocía bien por abandonar la casa: el tío Giulio. Asustado, Ranuccio se refugió tras un puesto, de donde colgaban agitadas y aleteantes gallinas atadas bocabajo por las patas. El tío Giulio lucía ropa de calle, mostraba el aspecto de un aristócrata de Rione di Ponte, arreglado y multicolor, e incluso con una pluma en el sombrero, pero antes de que Ranuccio pudiera

observarlo con detenimiento, ya se había perdido entre la multitud.

La visita del tío Giulio solo podía tener un motivo: el complot contra el papa Adriano, en el que pretendía utilizar a Virginia como cebo, como seductora. El tío Giulio planeaba sobornar a guardias y prelados, incluso a un camarlengo alemán, para poder conducir en secreto a Virginia hasta las cercanías del Papa. Los detalles se los guardaba Giulio en secreto. Virginia solo sabía que se necesitaría de una gran cantidad de dinero en sobornos para evitar las medidas que el papa Adriano planeaba contra las cortesanas romanas, y mucho más para deshacerse de aquel Papa bárbaro tan odiado, sin asesinarlo. Maddalena siempre lo describía como «un necesario acto de bondad».

Ranuccio creía que debían sorprender a Virginia en la cama del Papa, preferiblemente con el propio pontífice. El tío Giulio probablemente suponía que el Santo Padre no la atacaría sino que, horrorizado ante tamaña tentación demoníaca, su viejo espíritu se rendiría. En caso de que sobreviviera, pronto correría el rumor sobre la joven cortesana en la cama de Adriano por todo el Vaticano, después por Roma y por toda Italia, hasta llegar finalmente a la corte del emperador, en cuyo caso probablemente Adriano se retiraría de nuevo a su solitario convento en Flandes y haría penitencia; Roma quedaría liberada y el tío Giulio se convertiría en el siguiente Papa.

Ranuccio observó cómo una pescadera destripaba un pescado, y a su lado se vendía un ramo de flores primaverales. Le hubiera gustado comprar un ramo a él también, para poder regalárselo a Virginia... Se preguntó cómo iba a funcionar un plan tan descabellado. Quizá la guardia suiza la estrangulara sin más, o la arrojara a una mazmorra sin agua ni pan...

En aquel momento también su padre abandonó la casa de Maddalena, se detuvo en el portal horrorizado, como si acabara de hacer algo malo que debiera reparar. Entonces, miró hacia la calle como buscando algo, y finalmente desapareció a la vuelta de la esquina.

Ranuccio esperó unos instantes, compró un ramo de olorosos jacintos y llegó hasta el portal de Maddalena, para pedir que le permitieran entrar. Ya en la escalera hacia el piano *nobile* Virginia le salió al paso. Él la besó y le regaló las flores, no sin antes apartar un par de ellas para ofrecérselas a Maddalena con una profunda inclinación.

Lo que se desarrolló a continuación no fue una conversación agradable. Maddalena no les dejó solos, le observaba con desconfianza vigilante y, como Virginia se echó a llorar, Maddalena señaló que su padre acababa de estar allí.

Cuando Ranuccio, siguiendo un súbito impulso, le susurró a Virginia en el oído algo acerca de huir juntos, Maddalena desató una agresividad instantánea. Lo abofeteó, algo que sorprendió tanto al muchacho que se quedó en pie, petrificado en

medio de la habitación, mientras ella expulsaba del cuarto a la llorosa Virginia y continuaba diciendo:

—Si vuelvo a oírte decir semejantes palabras no te volveré a permitir que entres en esta casa. Eres un chiquillo de quince años y debes entrar al servicio de la Iglesia... Sácate a Virginia de la cabeza. Tengo planes para ella.

Ranuccio se rebeló contra ella.

—Ya sé lo que te propones para con ella, pero nos amamos, y encontraré la manera de...

Maddalena le interrumpió con súbita suavidad y dulzura.

—Escúchame, hijo, no quiero interponerme en vuestra felicidad, más bien al contrario.

No parecía darse cuenta de que se contradecía a sí misma, incluso llegó a cogerle del brazo tras haberle abofeteado, para apretarlo contra su aromático y blando busto. Ni siquiera lo soltó cuando el muchacho opuso resistencia a aquel contacto físico. Antes de que pudiera reaccionar, Maddalena lo arrastró hasta un tresillo tapizado y se colocó a su lado. Las manos de la mujer se deslizaban por lugares en los que nadie le había tocado nunca. Ella le besó las mejillas, incluso buscó su boca, y algo se estremeció entre sus piernas. Maddalena rió y le susurró un «¡Lo ves!» al oído, tras lo cual no tardó en desabrocharle la bragueta. Con su mano libre, ella le colocó su zurda sobre el blando pecho, aún cubierto.

Quiso defenderse. Quiso que su miembro viril, que bailaba en sus manos de pura agitación, se encogiera y reculara, pero al mismo tiempo veía ante sí aquello que Virginia y él aún no habían hecho, aquello con lo que soñaba cada noche, aquello con lo que había soñado incluso aquella mañana en la pérgola de las lilas, no sin experimentar de forma dolorosa que cierta parte de su cuerpo no quería escuchar, que no le obedecía... Y de nuevo volvió a ocurrir. Gimió con fuerza, Maddalena se rió y, tomando un paño, se lo arrojó burlona.

—Sois todos iguales, muchacho: en nuestras manos, solo cera.

Quiso hundirse, perderse, desaparecer para siempre de pura vergüenza.

Poco después se encontraba en Campo de Fiori, se mezclaba entre la multitud, y empujaba a su paso a numerosas criadas que se encontraban haciendo la compra y le gritaban indecencias.

Volvió en sí ante el palazzo Medici. Pretendía recoger su caballo y escabullirse, cuando una voz lo llamó desde el piso de arriba: era Pierluigi. Junto a él apareció otro hombre *il Diavolo*. Ambos le hicieron señas.

Giovanni supo de inmediato que venía de ver a una cortesana, y se burló de su primera experiencia masculina. Parecía que lo hubiera olido. Pierluigi se rió y le propinó a Ranuccio un golpe de reconocimiento en los hombros.

Entonces apareció Maria, la esposa de Giovanni, con Cosimo, de cuatro años de

edad. Ranuccio murmuró un saludo. El pequeño quiso jugar con él, pero Giovanni exclamó que aquél era un día especial para Ranuccio, y que debían festejarlo.

El aludido se dejó llevar. Lo arrastraron por tabernas oscuras y bebió demasiado vino, hasta que acabó haciendo eses. Giovanni, entre tanto, desapareció con una morena española, y Pierluigi siguió con la mirada a un peregrino que debía proceder de la lejana Inglaterra. Poco después se encontraban todos sentados juntos, Giovanni reía y bromeaba con todo el que se le acercaba, y pronto comenzó a contar historias sobre la guerra contra los franceses, sobre sus toscos corsos, los mejores soldados, asesinos brutales, de su estancia en Parma, donde no solo se llevaron a todos los cerdos que todo campesino aún consideraba propios, para cocinarlos con gran satisfacción, sino también a las hijas de los campesinos, e incluso a las hijas de los ciudadanos, con posterioridad.

—¡Y cómo lo disfrutaron!

—Muchacho —exclamó Giovanni con deleite—, como *condottiere* eres libre, no tienes a ninguna mujer colgada del cuello ni a ningún mocoso lloriqueando a tu alrededor. Solo te preocupas por tus enemigos, y puede ser peligroso pero, ¿cuántas veces te enfrentas realmente al enemigo? ¿Cuántas luchas en realidad? ¿Una vez al año, dos quizás? Cuando eres buen espadachín, un jinete diestro, no te expones demasiado en el combate y, si te las apañas para que tus hombres te quieran, entonces ellos te protegerán. Ya te digo, no hay nada mejor que ser *condottiere*. Ocúpate de tus hombres, escucha sus preocupaciones, págales puntualmente su salario y déjales un par de libertades... y atravesarían el fuego por ti. Si la soldada no llega, entonces quítale al enemigo lo que necesites. No es algo que esté muy bien visto, pero es una necesidad desde hace siglos. Los grandes señores no luchan entre ellos, nos dejan el trabajo sucio a nosotros. Solo nos incomodan los cañones, arcabuces, y todo ese armamento de última generación. Son armas caras, y cualquier cobarde puede alcanzarte a distancia con un aparato de éstos.

Durante un instante, Giovanni adoptó una expresión reflexiva, pero de inmediato se echó a reír.

—Cuando todo se vuelve húmedo, frío e incómodo, estás rodeado de mierda, el camino está embarrado y añoras tu casa, entonces vuelves galopando hasta tu mujer, que se te tira al cuello, te mimas y te abriga porque te ha echado mucho de menos. Te lo repito, únete a nosotros, elige la aventura y no el aburrimiento; la vida religiosa es una vida de castrado, aun cuando esos arrastra-sotanas de faldones negros se hagan comer la polla, se hinchen como cerdos y se pongan ciegos a vino.

Giovanni atrajo a una joven peregrina y la sentó en su regazo, para acariciarle el pecho con las manos. No se había dado cuenta de que la peregrina no estaba sola y pronto tres hombres se abalanzaron sobre él. Rápido como el rayo, sacó su espada, Pierluigi se levantó y desenvainó su espada corta y los cinco hombres se aprestaron

unos frente a otros con ánimo belicoso. Otros más quisieron inmiscuirse, las mujeres gritaron, el posadero trató de calmar los ánimos.

Finalmente, Giovanni rió, metió su arma en la vaina con gesto visible, le hizo una seña a su oponente, que tenía ya su puñal curvado y dispuesto, se disculpó con un gesto e invitó a los tres, junto con su protegida, a una ronda de bebidas. De pronto, todos parecían haber olvidado sus comportamientos beligerantes y amenazadores, surgían las preguntas acerca de lugares de origen y destino, se intercambiaban los nombres de las tabernas más baratas y las mejores cortesanas y no pasó mucho antes de que Giovanni estuviera dispuesto de nuevo a seguir contando batallas.

Como eran pocos los que aún pululaban por la taberna, con ojos cansados y vidriosos, a Pierluigi le entraron ganas de hablar sobre el abuelo Farnese, el gran *condottiere*, y sobre su padre, al que encarcelaron en el castillo de Sant'Angelo y que se descolgó él mismo de la torre para liberarse.

—Menudo granuja era nuestro padre en su juventud. Y cuando estuvo retenido en Florencia, se tiró a mujeres a mansalva. Incluso luchó con César Borgia en Forlì.

Giovanni adoptó un repentino gesto adusto y fulminó a Pierluigi con la mirada.

—¿Sabes contra quién lucharon en esa ocasión? —le preguntó, con voz amenazante.

—Oh, sí, cierto —repuso Pierluigi, enrojeciendo—. No me di cuenta, lo siento mucho.

—Contra mi madre, y aquel hijo de puta de Borgia no solo la venció, sino que además la violó. Después arrojó a mi madre a una mazmorra, donde quiso dejarla morir, y a mí tuvieron que esconderme en un convento. ¡Nunca vuelvas a mencionar el nombre de César Borgia, Pierluigi!

—Lo siento mucho, de verdad. Aunque sé que nuestro padre no tocó nunca a tu madre. Siempre fue un caballero. Nunca hace nada que atente contra su honor, puedes creerme.

La noche fue larga, y Ranuccio no llegó a acostarse. Giovanni habló de los actos heroicos de su madre, a la que denominaba «auténtica amazona» y «*tigressa feroz*».

—Quiero que mi madre siempre pueda estar orgullosa de mí. Mis hermanos son unos mierdas, asquerosos prelados. Yo soy el auténtico hijo de mi madre, un Sforza, de una gran familia de guerreros. Les mostraré a los Medici que también soy el mejor de los Medici. Y si yo no lo consigo, lo hará mi hijo. Sí, mi hijo Cosimo, por el que me dejaría descuartizar.

Pierluigi asintió, como si él también se dejara descuartizar por su hijo.

Giovanni se volvió hacia Ranuccio.

—Y tú debes demostrarle a tu padre que eres un Farnese, que no eres uno de esos cabrones amariconados, sino un hombre de verdad: un guerrero.

Capítulo 51

Roma, palazzo Farnese - 30 de abril de 1523

Ranuccio llamó al portal del palazzo Farnese poco después de la salida del sol y, cuando le abrieron las puertas, llevó a su Angelino ante la mirada perpleja de la guardia hasta el patio interior. Comenzó a cuidar él mismo de su corcel, le quitó la silla, le proporcionó avena y un cubo de agua, le acarició el cuello entre palabras de elogio y apoyó la mejilla sobre la cabeza del animal, quien se detuvo un instante antes de empezar a beber con ardor. Finalmente, incluso comenzó a cepillar al animal para distraerse y disolver sus confusos pensamientos mediante aquellos movimientos regulares.

Tras unos instantes, dejó la almohaza a un lado, le dedicó unas últimas palmaditas cariñosas a Angelino y subió aceleradamente las escaleras que llevaban a la galería.

No había nadie.

El somnoliento ayuda de cámara de su padre salio a su encuentro, observándolo sorprendido.

La gran sala estaba vacía. Ranuccio no llamó a la puerta del dormitorio: tampoco allí había nadie, y la cama permanecía intacta. Entonces, oyó una voz en el estudio. Su padre lo llamaba. ¿Quizá habría pasado la noche esperándolo, alertado por su madre? En ese caso, solo quedaba esperar un sermón. Ranuccio se dio cuenta de que le temblaban las rodillas, y sin embargo, en su interior, algo se revelaba contra el miedo. ¡No! Sus días de niño adorable y obediente habían quedado atrás...

Cuando penetró en la penumbra del estudio, descubrió a su padre solo después de un segundo vistazo. Se encontraba cerca del pequeño grupo escultórico de Laocoonte realizado por Miguel Ángel, vestido con ropas mundanas, con aspecto cansado pero en absoluto enojado, ni siquiera severo.

—Ven —le dijo sencillamente y, lo estrecho entre sus brazos—. Estaba preocupado por ti. Ayer recibí un mensaje de tu madre que me informaba de que, al parecer, te habías marchado solo y sin dejar aviso, a caballo, y que no habías vuelto a aparecer desde hacía horas —en su voz no se filtraba ningún reproche, solo dulzura paternal, y Ranuccio se sintió culpable—. Ya sabes lo peligrosos que son los caminos de Roma, cuántos bandidos circulan por todas partes...

—No podía... Estaba... —tartamudeó—. Ya no soy un niño, y puedo cuidar de mí mismo.

Quiso liberarse de su abrazo, pero su padre lo soltó vacilante, para sonreírle de inmediato con sus ojos opacos y cansados. La noche en vela se reflejaba de forma

clara en los envejecidos rasgos de Alessandro. Nunca antes Ranuccio se había dado cuenta de que su padre tenía cincuenta y cinco años. ¿Cuántas personas no llegaban a vivir mucho más que eso? Siempre lo había considerado un hombre fuerte y sin edad, pero entonces se vislumbraba en sus facciones la proximidad de la muerte.

—Cuando tenía tu edad ya trabajaba como escriba —dijo su padre—. Ya va siendo hora de que tomes una profesión similar, como muy tarde en el mandato del próximo Papa.

Como Ranuccio no respondía, continuó:

—Pero creo que sería mejor si pasaras primero uno o dos años en un convento, para aprender la vida monacal: la renuncia, el sacrificio... Por ejemplo en Nepi, donde tu hermanastro Tiberio...

—¿Estuviste tú en un convento cuando tenías mi edad? —señaló Ranuccio, consciente del tono antipático de su voz.

Le inundó la rabia al oír las palabras «renuncia» y «sacrificio», al pensar que no podía ser libre, carecer de ataduras, que no se le permitía llevar una vida de aventura como la de su hermano o la de Giovanni, sino que debía encerrarse en la prisión de un convento.

—Pero...

—Tú no estuviste en un convento, al contrario, disfrutaste de la vida en Florencia, sobre todo de hermosas mujeres, del amor, y después de nuestra madre...

Su padre lo miró perplejo.

—Qué sabrás tú de mi vida.

Pero Ranuccio insistió.

—Sé que no querías entrar al servicio de la Iglesia, sino ser *condottiere* como tu padre. Yo tampoco quiero entrar en la Iglesia, yo quiero...

—... Ser *condottiere* —la voz de su padre sonó burlona, las comisuras de sus labios se inclinaron hacia abajo, únicamente sus ojos reflejaban su pena.

Cansancio y pena. Y vejez.

—¿Por qué no me entiendes? —le espetó Ranuccio.

—Te entiendo muy bien —repuso su padre, suspirando, mientras se dirigía hacia la ventana y observaba la cálida luz del sol naciente—, sin embargo hay tradiciones que establecen que el hijo mayor se convierta en *condottiere*, y el segundo entre al servicio de la Iglesia —hablaba para la ventana, como si quisiera convencer a los pájaros del jardín—. La profesión de soldado es peligrosa: mi hermano Angelo cayó en Fornovo, cuando la batalla estaba ya casi ganada, apenas sin bajas... Una muerte inútil. Nuestro Paolo tuvo que morir, no, no tenía que morir, pero murió, y murió porque... Es igual. Solo tengo dos hijos varones. Si ambos caen en la guerra, nuestra familia desaparecerá y lo que yo me propongo es precisamente lo contrario. Persigo el éxito de nuestro clan. Cuando, hace años, me encontré de pronto como único

heredero y guardián del apellido Farnese, entonces comprendí el abismo que se abría a mis pies.

—Si me convierto en sacerdote, entonces no podré engendrar hijos, algo que muy bien podría hacer como *condottiere*; además, no tiene sentido que, solo porque Paolo haya muerto...

Ranuccio se interrumpió porque sus balbuceos lo delataban. La inesperada mención a Paolo lo había desconcertado y una oleada de culpabilidad lo anegó mientras comenzaban a asaltarle retazos de recuerdo: Paolo patinando en la bañera, entre las risas y el agua salpicada, gritando «¡mira lo que puedo hacer!», mientras el propio Ranuccio exclamaba «¡más, más!», jaleándolo, y entonces... Un breve grito, un resbalón, un golpe seco. Paolo había dejado de reír. Su cabeza se deslizaba lentamente por el borde forjado de acero de la tina, hacia el agua. Él, su hermano pequeño, que lo había animado a continuar con aquel peligroso divertimento, huía a la carrera.

Su padre se había vuelto hacia él, y suspiraba con las cejas enarcadas.

—Quiero explicártelo, Ranuccio.

Por suerte, su padre no se dio cuenta del trastorno que le había creado su comentario. Habló de los dos pilares de la familia, uno mundano y el otro religioso, de los dos cimientos que debían sustentarse el uno en el otro para volverse inamovibles.

—Sabes que tengo grandes expectativas, que es posible que pronto me convierta en Papa... También sabes que, mientras tanto, habrás alcanzado la edad canónica para convertirte en cardenal. Más tarde, tú también te sentarás en la cátedra de San Pedro.

La perspectiva de convertirse ya en cardenal con quince o dieciséis años lo aterrorizó. Sintió crecer el rechazo en su interior.

—Esto no quiere decir que tengas que mantener una existencia casta —comentó el padre, con una leve sonrisa—. Están las cortesanas... Y además, pretendo abolir el celibato. Si es que lo consigo. Es decir, primero tengo que conseguirlo... Al fin y al cabo, aún no soy Papa...

Su padre comenzó entonces a dar muestras de inseguridad, y Ranuccio se sintió repentinamente victorioso. Como creyó necesario aprovechar esa victoria moral, no dejó que su padre siguiera hablando:

—Aunque aún no seas Papa, aunque haya celibato, aunque haya cortesanas, todo eso es exactamente lo que no me gusta. No quiero acudir a las cortesanas, o mantener una concubina igual que hiciste tú, a la que pueda echar de casa cuando se interponga en mi camino. Tampoco quiero tener que meter a mi hermana en la cama del Papa para poder ser cardenal en caso de que tú no llegues a salir elegido.

Ranuccio comprobó como el pálido rostro de su padre se volvía aún más

macilento. Sin embargo, siguió hablando:

—Hace tiempo que odio las misas con todos sus malditos cantos y su apestoso incienso. Odio las intrigas, todos los tejemanejes ocultos del Vaticano, que terminan haciendo posible que un bárbaro como Adriano salga elegido. El colegio cardenalicio se ha comportado como un atajo de idiotas, eso es. Todo el mundo lo dice. Quiero vivir, ¿entiendes? Quiero, al igual que tú, y que Giovanni de Medici, vivir. Y quiero poder amar y casarme con una mujer... —su sensación de victoria se desvanecía, su voz temblaba, todo su discurso perdía fuerza.

En el silencio posterior, logró concluir:

—Simplemente no quiero que tú decidas toda mi vida. Sé que me entiendes.

No se atrevía a mirar a su padre a la cara. Sin embargo, sabía que debía huir de Roma con Virginia antes de dejarse arrastrar aún más por su padre.

Capítulo 52

Frascati junto a Roma - 10 de mayo de 1523

Silvia se despertó temprano, espabilada por el jubiloso canto de los pájaros, que llegaba a ahogar el armónico trino de los ruiseñores. Junto a ella, medio cubierto por la manta, yacía Alessandro. La tarde anterior habían hablado, en la cama, y finalmente habían pasado la noche juntos. Él parecía deprimido y al mismo tiempo lleno de resolución. Ella conocía esa fluctuación entre la retirada y el ataque, sabía que sus esporádicas dudas eran el preludio a su acometida. ¿No había luchado también hacía años por ella y por su amor? Aquel hombre no cesaría en su empeño hasta el último aliento.

Hacía días que Ranuccio había regresado a Frascati tras su repentina desaparición, sin dar ninguna explicación; poco después había llegado Alessandro, quien le informó sobre la discusión con su hijo; y más tarde, incluso Pierluigi, quien a todas luces había pasado algunos días agotadores con su modelo a seguir, Giovanni de Medici.

Toda la familia estaba reunida, y sin embargo, cada uno iba por su lado.

Constanza acudía todos los días a misa de vísperas en la iglesia cercana y cuidaba de los niños, para posteriormente retirarse con Bosio pronto cada noche. Pierluigi dormía la mitad del día, iba de caza con Alessandro e incluso jugaba con su hijo pequeño en el jardín, mientras que por las tardes se dejaba mimar por Girolama. No le dirigía ni una voz, ni un solo comentario despectivo, y por las mañanas incluso se oía canturrear a su mujer. Quizá estuvieran esperando otro niño después de todo.

Además, estaba Alessandro: tras su regreso de Roma parecía taciturno y retraído, pero finalmente comenzó a visitarla por las noches, quedándose con ella, y tras tanto tiempo, se encontraron de nuevo juntos como un viejo matrimonio, sin discusiones salvajes, sin agitación, sin depresiones vertiginosas, no, se limitaron a abrazarse como si quisieran fusionarse lentamente en un solo ser.

A la mañana siguiente, sintió el enérgico canto de los pájaros y el aliento de él junto a ella.

Silvia se cubrió los hombros desnudos y se levantó despacio, se puso algo de ropa y una manta cálida que la protegiera del frescor matinal. No quería despertar a nadie, ni siquiera a los ayuda de cámara y a los criados que dormían en los estrechos áticos, ni tampoco a Rosella quien, habitualmente atormentada por el insomnio, se hundía a primera hora de la mañana en un sueño profundo trufado de pesadillas en el que, como Silvia había podido observar, hablaba de Sandro, de su primer y único hijo.

Contempló aquel rostro espantoso, aquella cuenca del ojo vacía, y la cicatriz que había dejado una nariz mutilada, y le asaltó un repentino sentimiento de gratitud hacia la vida, de gratitud por la salud, por haber fundado una familia, por la ascensión de Alessandro, que ella quería fomentar, a pesar de los sacrificios... Tenía sus necesidades cubiertas, podía permitirse recordar por afición los bellos días del pasado, tenía tiempo de escribir sus cuentos y cada vez coincidía con más frecuencia con Miguel Ángel Buonarroti y con Vittoria Colonna, para hablar de arte y de los momentos de éxtasis que éste les proporcionaba.

Cuando salió al jardín, se quitó las sandalias y caminó descalza por el camino de guijarros y la hierba húmeda de rocío. Sus pies disfrutaron las frías cosquillas, e incluso el ligero dolor que le ocasionaba algún guijarro o astilla al clavársele en la planta. Los cipreses se alzaban mudos hacia el cielo, flanqueando la senda que llevaba a una fuente. Un neptuno barbado arrojaba agua chapoteante sobre el plato inferior, y miles de burbujas, como perlas transparentes, brotaban alrededor. Se sentó en el borde de la pila, hundió las manos en la fría corriente, se lavó los últimos resquicios de cansancio que aún se aferraban a sus ojos, se pasó las manos húmedas por la cara y el cuello, e incluso sobre el pecho, un pecho aún firme, que Alessandro había acariciado con sus labios en tantas ocasiones...

Sobre ella, los tonos violetas del cielo se transformaron en terciopelo azul, y de pronto, tan solo por un instante, los rayos del sol se recortaron como ornamentos de una custodia de un intenso color dorado que caían sobre los oscuros cuerpos de las copas de los pinos. La villa resplandecía de ocre y pardo pastel, y ella se sintió iluminada desde su interior. En la distancia, sonaron los primeros martillos, y en los establos se escuchó el rumor de los caballos. Las golondrinas y vencejos habían regresado, las alondras flotaban cantarinas, las palomas arrullaban en sus palomares, los gorriones gorjeaban, y una ligera brisa hacía temblar las copas de los cipreses.

Por todas partes florecían las lilas, e incluso los primeros lirios, y Alessandro había hecho traer del lejano oriente caros tulipanes que plantaron por doquier. La mayoría se encontraban ya marchitos, pero algunos aún abrían sus coloridos cálices al sol, esperando a las abejas y abejorros que zumbaban a su alrededor.

Inundada de brillante felicidad, Silvia perdió la noción del tiempo bajo la cegadora luz del día. Allí, en el parque, al aire libre, sentía como si estuviera redescubriendo sus sentidos, librándose de sus miedos.

Hasta que una furia renovada volvió a apoderarse de ella.

La tarde anterior Alessandro había hablado de celebrar una especie de reunión familiar. Todo giraría en torno a Ranuccio y a su recientemente reiterativa y vehemente negativa a ordenarse. Como trasfondo, Virginia y su madre, Maddalena Romana, junto con un retorcido plan para destruir al papa Adriano.

El día anterior, Ranuccio se lo había confesado. Le había hablado de Virginia y de

su amor, algo que ella ya conocía por Constanza, y no tardaron en terminar hablando del complot que Giulio de Medici estaba gestando en torno al papa Adriano. Había miedo en sus ojos. Un miedo más que justificado. Era un plan de lo más aventurado. Infiltrar a Virginia en el Vaticano, para prácticamente meterla en la cama del Papa, con todas las consecuencias posteriores, era un plan que solo a un loco podría ocurrírsele, y Giulio no le parecía ningún loco. Sin embargo, parecía disfrutar el hecho de levantar intrigas que se volvieran en contra suya o al menos produjeran efectos inesperados.

Mientras Ranuccio la observaba con una súplica en los ojos, ella comprendió de pronto, como sacudida por un rayo, que aquel complot de Giulio no solo estaba dirigido contra el Papa, sino también contra Alessandro. Sin duda, tanto en Roma como en el Vaticano, habría quien conociera quién le había proporcionado una educación a aquella joven cortesana, y no tardarían en surgir las sospechas de que Alessandro se encontraría tras el atentado. Cualquier cardenal sobre el que recayera sospecha semejante quedaría invalidado para la elección papal.

Fue como si la venda se soltara de los ojos de Silvia. Todo parecía claro y evidente: el papa Adriano moriría o se recluiría en un convento, mientras que Alessandro Farnese quedaría comprometido. Intentar matar a dos pájaros de un mismo tiro podía conllevar numerosos riesgos.

Cuando le comentó a Ranuccio sus conclusiones, él había palidecido y susurrado:

—Tengo que evitar ese plan como sea.

—No hables todavía del tema, deja que sea yo quien informe a tu padre.

—Pero Virginia... Tengo que...

—¡Espera un día más!

Aquella misma tarde, ella había hablado con Alessandro. Él había asentido con gravedad y había musitado sucintamente:

—Ahora todo tiene sentido.

Entonces, había mirado pensativo hacia abajo, para finalmente emitir una risa forzada y agitar la cabeza.

—Ésta no es más que otra de las locas intrigas de Giulio. Nunca logrará colar a una muchacha en los aposentos privados del Papa. Ya puede haber conseguido Giulio hacerse con la confianza de Adriano, ya puede repartir tantos ducados como quiera en sobornos... ¡Nunca!

Volvió a agitar la cabeza, pero al decir aquel «nunca», no parecía convencido del todo.

Silvia no se había dado cuenta del tiempo que había dejado los dedos sumergidos en el agua de la fuente. Le dolía la mano del frío, y las yemas casi se le habían dormido. La sacó rápidamente, se la secó con la capa y se estremeció. Cuando alzó la vista siguiendo la sucesión de cipreses, vio a Alessandro detenido frente a una de las

ventanas de la villa. Ella lo saludó, él respondió al saludo, y un sentimiento de felicidad melancólica y dolorosa la inundó.

Se levantó de un salto, como una niña, y corrió sobre la hierba húmeda, botando por encima de los diminutos setos, apenas notando las punzadas de los guijarros en los pies. Aquel día la saludaba con una grandiosa belleza... ¿No deberían todas las preocupaciones y sospechas quedar en un segundo plano?

Capítulo 53

Frascati junto a Roma - 10 de mayo de 1523

Cuando Constanza se despertó, el desnudo Bosio abría ya los postigos de la ventana y dejaba que una oleada de luz dorada inundara la estancia. Ella se levantó y se arrodilló ante el altar de la habitación para rezar. Apenas había formulado las primeras palabras del *Magnificat*, la sombra de Bosio cayó sobre ella, y no pudo ignorar el hecho de que la lujuria de la noche anterior no había hecho mella en la lujuria de la mañana.

—¡Déjame rezar! —susurró ella, pero él agarró sus dos abultados pechos y los alzó, obligando al resto de su cuerpo a seguirlos—. ¡Ya estoy embarazada!

Como respuesta, Bosio deslizó la mano delicadamente por su abdomen. Después, siguió descendiendo. Constanza suspiró y contuvo el aliento. Él apretó su firme cuerpo contra las tiernas curvas de su esposa, quien se dejó caer hacia adelante. La cama fue su salvación de las baldosas frías y duras. Ocultó la cara en los cojines y recibió la estocada de Bosio. Si no miraba a nadie a los ojos, podía imaginar que era otro, el caballero de barba negra y ojos tristes, quien la abrazaba. Apenas podía pensar ya por el doloroso y a la vez anhelado impulso que sentía en su interior, cuando la idea del pecado sometió como una sombra a sus sentidos, haciendo que retomara sus rezos, repitiendo sus palabras, rogando a Dios e implorando a la Virgen Madre, hasta que su cuerpo se rebeló contra su voluntad, robándole el aliento de cada palabra y anulando cualquier pensamiento.

Serios, pero no malhumorados, sus padres bajaron a desayunar, mientras los niños se encontraban ya revolviendo en el jardín con Bosio, corriendo por el laberinto de setos y árboles, jugando al escondite. Hacía tiempo que Constanza no se encontraba tan bien, y Pierluigi y Girolama parecían tan felices... Ranuccio, sin embargo, se mostraba preocupado y observó largo rato unas rodajas de naranja cubiertas de azúcar antes de meterse una en la boca.

Mientras su mujer ordenaba un ramo de narcisos tardíos, Pierluigi le tomaba el pelo a Girolama, quien se carcajeaba con ojos resplandecientes y probablemente esperaba descendencia. Ya era hora, pues Alessandro, su primogénito, celebraría próximamente su cuarto cumpleaños.

El padre parecía estar dispuesto a dar una noticia importante, pero antes de llegar a elevar la voz, Pierluigi se desató. Estaba de un humor inmejorable, y eso significaba lo de siempre: debía fanfarronear de sus actos heroicos. Por lo que comentó, las últimas semanas en Roma habían sido salvajes: Giovanni, *il Diavolo*, y él habían

pasado juntos noche tras noche, taberna tras taberna, cortesana tras cortesana...

Cuando Constanza reparó en que el resplandor de los ojos de Girolama se difuminaba de pronto, lo interrumpió:

—No creo que ninguno de los presentes esté interesado en tus proezas nocturnas.

Pierluigi enmudeció como por ensalmo, y así su padre pudo continuar:

—¿Y quién pagó tus visitas a las caras cortesanas?

Por desgracia, la pregunta fue de lo más inoportuna, pues Pierluigi se jactó de inmediato de que Giovanni lo había pagado todo, que repartía a espuestas los ducados, como hacía siempre, pues consideraba la generosidad como un deber personal, tomaba al mismo tiempo lo que le correspondía, disfrutaba la vida, amaba a su hijo y daría su vida por la Iglesia de ser menester.

—Sería más sensato por su parte renunciar a toda acción descabellada y honrar la propia vida —le espetó su padre, con una mirada significativa dirigida a Ranuccio.

—Será mejor que te preocupes por Girolama —le ordenó también su madre.

El padre añadió:

—Todos estamos esperando un segundo heredero. Cómo de rápido tu Alessandro...

La madre posó una mano sobre su brazo y le interrumpió.

—Esta mañana no.

—¡Piensa en Paolo!

Constanza suspiró. ¡Con lo tranquila que había empezado la mañana, lo alegre y risueña que le había parecido! Sin embargo, conforme la conversación familiar se iba desviando, la atmósfera se iba oscureciendo. Paolo llevaba ya diez años muerto, y sin embargo su padre tenía que volver a sacarlo a colación cada dos por tres, reabriendo las heridas. Cuando ella se levantó e hizo ademán de reunirse con Bosio y los niños, su padre le indicó con un gesto burdo que se mantuviera sentada.

—Tengo que hablar con vosotros acerca de Ranuccio —dijo él, con un tono que a la joven no le gustó en absoluto.

Más bien debería hablar de Virginia y Maddalena...

Ranuccio alzó unos ojos inquietos y dio la impresión de querer desaparecer de allí en ese mismo momento.

—Nuestro pequeñín se ha hecho un hombre —rió Pierluigi—, y quiere ser soldado, por lo que sé, igual que lo es su hermano y lo fueron su abuelo y su bisabuelo. No tiene ninguna gana de meterse en ese cenagal eclesiástico de castrados consagrados.

—¡Cómo te atreves a hablar! —le espetó su padre.

La madre agitó la cabeza.

—¡Pierluigi, por favor!

—¡Es verdad! —protestó él.

—Ese cenagal eclesiástico os ha permitido disfrutar de una hermosa villa, residir en uno de los *palazzi* más grandes de Roma, y poder gastar dinero en cortesanas —el padre parecía enojado, incluso dolido.

—Esta villa pertenece a las posesiones de los Ruffini, a nuestra madre —replicó Pierluigi—, y como ya he dicho, fue Giovanni quien pagó las cortesanas.

—¿Y quién amplió y embelleció la villa y añadió los jardines? —añadió el padre, con voz cada vez más áspera.

Pierluigi no lo escuchó.

—Además, yo no hago nada con las cortesanas, con sus pechos blandurrios y sus culos gordos.

—Ya conocemos tus particulares inclinaciones —exclamó su padre—. Ya nos han dado suficientes preocupaciones.

Entonces, Girolama se levantó, con los ojos preñados de lágrimas.

—Ay, niña —suspiró la madre—. Espera, quédate con nosotros.

En vano. Girolama rompió a sollozar y se marchó de la habitación.

Se estableció un silencio tenso. Constanza se encontraba realmente enfadada. ¿Qué había de ella? ¿Es que no jugaba ningún papel en esa familia? Una vez más, todo giraba en torno a los hijos varones. A ambos los había legitimado el tío León, al contrario que a ella. Aunque ese hecho se había producido hacía ya mucho tiempo, y no quería pensar en ello, pues ya tenía suficientes quehaceres con Bosio y los niños, y sin embargo aún le producía rabia. La iluminación a través del papa Adriano, y su encuentro diario con Dios a través del rezo, sus esfuerzos por ser una persona mejor, más devota, por preocuparse por su familia, por sus hijos y su padre, todo ello había llevado a dejar de pensar en la humillación que suponía no ser legítima.

¡Y sin embargo...!

La alusión de su padre a las «particulares inclinaciones» de Pierluigi habían logrado, por fortuna, hacerle callar durante un momento, pero pronto retomó una vez más la palabra.

—Giovanni quiere tomar posesión del gobierno de los Medici en Florencia y, tras eso, convertirse en duque de Urbino. Tiene razón. Es el único Medici que realmente sirve para algo.

El padre frunció el ceño.

—Hay otro antes que él en la lista, y ése es el hijo de Giulio.

—¿Ese bastardo de una esclava negra? Es un inútil que se dedica a meterles mano a las criadas.

—Eso no lo sabes. No lo conoces, y además solo tiene trece años.

—Giovanni lo conoce, y también Maria, su mujer.

—El Papa solo le ha otorgado a Giovanni un cargo militar, y nada más. Con razón. Tu Giovanni es un descarado insensato, además de un manirroto, y no es buen

ejemplo para ti.

Constanza se preguntó por qué su padre estaba alimentando esa discusión. Era mejor ignorar la tendencia de Pierluigi a hablar demasiado, y simplemente limitarse a no prestarle ningún crédito.

Sin embargo, Ranuccio se entrometió en la discusión diciendo:

—Giovanni es un tipo estupendo —exclamó, a lo que sus padres se volvieron a mirarle, atónitos, mientras Pierluigi sonreía socarrón—. Yo también lo admiro.

—¿De qué lo conoces?

—Bien, aquí tenemos nuestro pequeño secreto. —Pierluigi siguió sonriendo, y como su padre no replicaba, acrecentó su descaro—. Pues bien, querido papá, imagina que al fin llegas a ser Papa, y que me proporcionas un título de duque. Tienes muy altas expectativas y yo, como tu hijo y heredero, las tengo igualmente altas. Pero antes de eso tenemos que librarnos de Adriano.

—¿Qué quieres decir con eso? —Constanza ya no pudo reprimirse más—. ¿Estás hablando de un atentado?

—¿Por qué no?

Pierluigi disfrutó la reacción que su comentario había provocado. Su madre agitó la cabeza, su padre palideció y luchó por encontrar palabras. Antes de poder llegar a replicarle, Ranuccio se levantó y sentenció:

—Quiero un puesto de *capitano*. Giovanni me enseñará y entonces...

—Giovanni es mi amigo, no el tuyo... —bufó Pierluigi.

—Puede ser amigo de los dos.

—¡Escuchaos pelear! —le espetó Constanza a los dos.

—¡Pero si no estamos peleando! —repuso Pierluigi, con fingida indignación.

Constanza hubiera preferido abandonar el desayuno familiar con un fuerte portazo. Ya había soportado bastante a los hombres en general, y a su hermano Pierluigi en particular. Ella hubiera querido haber hablado de la cuestión de Virginia... Quizá no con un tono de gravedad, pues no quería desenmascarar a su padre, no delante de sus hijos. Toda aquella conversación estaba resultando de lo más inapropiada.

—¡Vayamos al parque con los niños, Alessandro! —dijo la madre, tomando al padre de la mano.

Pierluigi aún gritó a su padre.

—¿Cuándo vas a deshacerte de ese bárbaro? ¿Por qué no le has cortado el cuello hace ya tiempo?

El padre lo miró con cansancio.

—Querido hijo mío, no es tan sencillo como eso.

—Sí que lo es. Corre hacia tu enemigo y enfréntate a él. Y entonces... —y diciendo esto, fingió degollarse a sí mismo.

El padre se había dado la vuelta asqueado, pero continuó hablando con serenidad.

—La situación no tiene salida. El papa Adriano siempre ha querido la paz, y sin embargo Soderini y, sobre todo, el rey francés, han conseguido que la guerra en Milán resulte inminente. Ha vuelto a empezar. El emperador se inmiscuirá, primero ganarán los unos, luego los otros, y mientras tanto nuestra hermosa y rica tierra será arrasada. Lleva ocurriendo treinta años y cada vez es peor.

—Bien, entonces cerraré una nueva *condotta* —dijo Pierluigi, notablemente menos fanfarrón que hacía algunos minutos.

El padre no lo escuchó, se limitó a añadir en voz baja, casi inaudible:

—El Papa está desesperado, acabado. No aguantará una guerra con sus altibajos.

—Entonces, ¡es nuestra oportunidad! —exclamó Pierluigi—. El bárbaro estirará la pata sin más, ¡y tú serás por fin Papa!

Capítulo 54

Roma, Vaticano, capilla Sixtina - 12 de noviembre de 1523

El vicecanciller Giulio de Medici se dio cuenta de que todos sus esfuerzos habían sido en vano. Finalmente, Farnese había resultado ser más listo de lo que esperaba.

Y eso que todo había funcionado tan bien desde mayo.

Para empezar, la caída del bribón de Soderini: el desenmascaramiento de la conjura, su puesta en evidencia y su reclusión en las profundidades del castillo de Sant'Angelo. Ya podía ese viejo traidor fingir todos los desmayos que quisiera. Adriano ardía de furia bárbara, y Soderini se arrastraba por una mazmorra apestosa y plagada de ratas.

Después, estaba el plan de meterle en la cama a Adriano a aquella pequeña cortesana de Campo de Fiori y hacer que las sospechas recayeran en Farnese. En el último momento, las dudas habían hecho mella en Giulio: sobre la sobornabilidad del tesorero, sobre la fiabilidad de la putilla y de su igualmente prostituta progenitora, sobre la escandalosa cantidad de dinero que exigían por adelantado e incluso su demanda de ponerlas a salvo a posteriori. La puntilla final la dio el propio Farnese, al optar por dedicarse a recorrer la ciudad y el Vaticano con ánimo oscuro y decaído, como si hubiera renunciado a todas sus ambiciones.

La alegría retornó, no obstante, a Giulio, cuando el bárbaro del trono papal se unió a principios de agosto a la liga contra los franceses. Incluso cabalgó en una ocasión, por primera vez desde el inicio de su mandato, montado sobre un palafrén flaco desde el Vaticano hasta Santa Maria Maggiore, rodeado de una escolta fuertemente armada de la guardia suiza, él sabía por qué, y por lo que se decía, el bárbaro sudó, la cabalgada fue agotadora, el punto final de todos sus esfuerzos por mantener la paz había resultado aún más agotador, y el Papa había caído enfermo de un enfriamiento que le provocaba úlceras en la garganta, un espantoso dolor en los riñones y ataques de fiebre. Sí, el agosto romano amenazaba con enviar al Papa al otro mundo.

Los franceses invadieron el norte de Italia y se aproximaron a Milán.

Agosto llegó a su fin y el bárbaro papal no se recobró, pero tampoco falleció. Esos nórdicos eran realmente resistentes.

Sin embargo, a principios de septiembre la enfermedad se recrudeció, y el pontífice llamó a sus cardenales en consistorio en torno a su lecho. Como era de esperar, se inició un sermón reprobatorio en el que se les recriminaba su nepotismo, probablemente en particular dirigido a ellos, los Medici. Después, el ruego de

convertir a su tosco *datarius* Enckevoirt, su fiel vasallo, en cardenal o, más bien, de aceptar su nombramiento. Un murmullo de oposición recorrió el conjunto de cardenales. Sin embargo, el testarudo flamenco, que hasta la fecha no había nombrado a cardenal alguno, no dio su brazo a torcer y al fin y al cabo no se le podía negar su último deseo a aquel hombre, que se encontraba prácticamente a las puertas de la muerte. Enckevoirt sería cardenal. El coste de las exequias, tal y como dispuso el más cicatero de entre todos los Papas, no debía superar los veinticinco ducados. Hubo sonrisas irónicas por doquier. Enckevoirt le aplicó en su gutural latín los últimos óleos, que el bárbaro recibió entre suspiros y piadosos versículos recitados. Al final, aún pudo g r a z n a r:

—Doleos de cuánto depende la eficacia de las acciones, incluso las del mejor de los hombres, del momento en que se realicen.

Como respuesta, algunas sonrisas burlonas, y los presentes se dirigieron a su casas de un humor excelente.

Al día siguiente, el 14 de septiembre, el devoto bárbaro de Flandes pasó a mejor vida. El sol se recortaba ya contra el horizonte. Sin embargo, la tierra no se movió, no se rasgó ningún cortinaje ni irrumpió repentinamente la noche, si bien era cierto que, por lo que apuntaban las noticias, aquel día los franceses atravesaron el Ticino.

El cadáver se ennegreció con rapidez, y se habló de envenenamiento: examinaron el cadáver pero no encontraron trazas de veneno.

Los romanos celebraron un alegre festival, las exequias se desarrollaron con calma, los preparativos del cónclave requirieron numerosas horas de sueño. Giulio estaba satisfecho, pues todo marchaba a la perfección.

En una conversación con Alessandro Farnese, volvió a surgir el comentario de que el mejor de los dos fuera Papa.

—¿Con «el mejor» quieres decir «el que tenga más posibilidades»? —preguntó Alessandro.

—Exactamente. Ni el más piadoso ni el mayor —respondió Giulio, no sin una sonrisa amistosa.

Alessandro lo miró con desconfianza.

Él amplió su sonrisa.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Para ambos quedaba claro el trasfondo y los dobles sentidos de la conversación y Giulio lo sabía. Su lucha conjunta por el trono papal se estaba convirtiendo lenta y progresivamente en un duelo.

El 1 de octubre dio la impresión de que el mundo se venía abajo y que Dios todopoderoso enviaba fuego y azufre contra la Sodoma y Gomorra romana. Al principio el cielo se volvió amarillento y sulfuroso, después negro, los relámpagos

brillaron en el horizonte y los rayos tronaron. En el Vaticano, todos aceleraron la marcha para no verse sorprendidos por la lluvia. Apenas se habían reunido los treinta y cinco cardenales, y habían entrado en la capilla Sixtina para celebrar la misa de inicio, se hizo la oscuridad. Una oscuridad apocalíptica, aunque se encontraban en las primeras horas de la tarde, la misma hora a la que el bárbaro había pasado a mejor vida. Un relámpago aparentemente eterno iluminó la estancia y casi parecía como si hubiera golpeado el campanario de San Pedro, e incluso su cúpula incompleta: el trueno simultáneo retumbó con tal energía que las paredes temblaron, se desprendió polvo de las alturas y se abrió una grieta en el techo exactamente entre medias del dedo índice del Señor y la mano de Adán.

Pronto se oyeron gritos de «¡fuego, fuego!», los rayos y centellas se sucedieron sin interrupción, las explosiones celestiales retumbaron, resonaron, crujieron y estallaron por toda la capilla. Una ráfaga de viento aulló y apagó todas las velas, y entonces se abrió el cielo, con todas sus esclusas, bramó, cayó contra el techo, fluyó en torrente, se enrabietó y agitó.

—La ira del Señor desciende sobre nosotros —exclamó Enckevoirt en su burdo latín.

La respuesta fue un coro de sonrisas inseguras.

El nuevamente liberado de la prisión e indultado Soderini, que por presiones de sus amigos franceses incluso había conservado el cardenalato, agitó el puño, algo que para Giulio no quedaba del todo claro si era un gesto dirigido al cielo o a él mismo, su *némesis* particular.

La noche fue intranquila, pero tras ella llegó la calma, y hasta el cónclave se filtraron las noticias sobre impactos de rayo e inundaciones, sobre el Tíber desbordado, con cadáveres de animales y seres humanos flotando sobre él.

La mañana del 2 de octubre, Giulio se levantó temprano, despertó a sus hombres de confianza y contó a sus seguidores. Sumaban un total de doce votos. Sus contrincantes se repartían entre la facción francesa, de fuerza equivalente, y los viejos cardenales, que se mostraban contrarios a él. Cuando los prelados se reunieron por primera vez para realizar un primer tanteo de las opiniones, Giulio propuso al grueso y ambicioso cardenal Wolsey, de Inglaterra.

Un coro de carcajadas fue la consecuente respuesta, y él mismo se unió a las risas. Otro extranjero, otro bárbaro, hasta el mismo Dios se reiría desde las alturas.

Giacobacci propuso a Colonna, el *condottiere* curial. Con miradas amenazantes, Colonna observó su entorno, pero solo algunas personas aisladas levantaron la mano. Entonces, Colonna propuso a Giacobacci, con igual resultado.

Desde el fondo se oyó:

—¡Farnese, Farnese!

Giulio no llegó a reconocer la voz que lo había propuesto, pero por todas partes se

alzaron manos que, aunque se mantuvieron en una media altura dubitativa, alcanzaron casi los dos tercios necesarios para la mayoría. La sangre se acumuló en el rostro de Giulio, quien se sintió feliz de oír a Soderini exclamar que debían esperar aún un par de días para el escrutinio, pues tres cardenales franceses más se encontraban de camino.

De hecho, a lo largo del día aparecieron tres cardenales, pertrechados de botas y espuelas, en la Sixtina: buscando la velocidad, habían cabalgado con ropas mundanas, y debían cambiar su indumentaria. Fue entonces cuando Giulio comprobó, para su sorpresa, que la traducción literal de *cónclave*, «con llave», no podía aplicarse en absoluto a esa ocasión. Los cardenales salían alegremente al mundo exterior, traían mensajes, se aprovisionaban de comidas decentes y difundían todo tipo de rumores.

En aquellos días, Giulio había hablado poco con Farnese. Se acechaban el uno al otro. El Medici sospechaba que Alessandro había descubierto el plan de la cortesana. Recapacitó sobre la posibilidad de proponerlo como candidato, a modo de prueba, pero lo descartó por parecerle demasiado peligroso. Finalmente, en el primer escrutinio se propuso a hombres que apenas obtuvieron apoyos: Fieschi, del Monte, y el anciano español Carvajal, quien no podía dejar de entrar en el juego. Entre todos no acapararon más de un tercio de votos.

Nadie sabía que hacer, el hedor aumentó, al igual que el hollín, y los ánimos se destemplaron.

Entonces, llegó el rumor de la ciudad de que por todas partes se decía que se había elegido a Alessandro Farnese, y que la alegría reinaba en las calles. El propio Farnese se mostró sorprendido y adoptó una expresión inocente, aunque con toda seguridad él, o alguien de su familia, debían haber difundido aquellas habladurías, con el propósito de presionar a los cardenales a elegir al favorito de los romanos, con tal de no provocar la furia en las calles. Sin embargo, la mayoría no reaccionó así, sino al contrario.

Habían pasado ya dos semanas cuando el *governatore* de la ciudad se dirigió a ellos reclamando una toma de decisiones, a lo cual le respondieron:

—Si nos apresuramos y no esperamos la inspiración del Espíritu Santo, podríamos acabar eligiendo a un corpulento inglés.

El *governatore* y su acompañante alzaron las manos en gesto defensivo:

—Sería mejor elegir un tarugo de madera. Sin embargo, la población está inquieta. Podrían irrumpir en el Vaticano.

Se inició un cierto malestar entre los cardenales, Giulio miró a Farnese, que levantó la mano:

—Yo hablaré con los romanos.

De hecho, se dirigió hacia la logia de las bendiciones, donde se le recibió con una estrepitosa ovación. Sin embargo, tuvo que calmar la alegría de las masas. Giulio,

como todos los demás, oyó las protestas y los silbidos.

Le siguió un nuevo escrutinio de nombres en los que nadie había pensado.

El 28 de octubre, de pronto, tanto el cardenal Giulio de Medici como el cardenal Alessandro Farnese obtuvieron el mismo número de votos. Giulio reparó, no obstante, en una pequeña variación. Le dio la impresión de que la unidad de sus hombres comenzaba a desmoronarse. Farnese hablaba largo y tendido con Sessa, el mensajero imperial y principal instigador de intrigas secretas que, aunque era de la facción Medici, parecía cerrar grandes tratos en torno a la repartición de dinero y prebendas.

Sin embargo, hasta el 12 de noviembre no se tomó una nueva decisión. Llegó un nuevo francés. Giulio contó veintiún opositores, de un total de treinta y nueve cardenales. A sus enemigos les faltaban cuatro votos, si es que llegaban a unirse entre ellos. Los ánimos estaban por los suelos, y Giulio lo sabía bien.

La acumulación de gente, el hedor, el aire viciado, la enfermedad, la falta de oxígeno, los ataques, la fiebre... Todo se sentía. Sin embargo, ¿qué se oponía exactamente a la victoria de Farnese, aparte de una rencilla personal con la que Colonna lo perseguía a todas luces? ¿Y a propósito de qué esa enemistad? Nadie lo sabía con certeza, si bien se murmuraba que se debía a un compromiso matrimonial roto por la parte de Colonna. Sin embargo, en ese caso, debía haber sido Alessandro quien odiara al *condottiere*. Probablemente, en alguna ocasión Farnese hubiera descrito a Colonna como lo que en realidad era: un impresentable arrogante y embustero.

Sin embargo, ¿por qué ya no abogaba él, Giulio de Medici, por Farnese? Los romanos lo adoraban, era un perro viejo y, aunque simpatizaba con el emperador, optaba por conservar la neutralidad. De hecho, quizá fuera Farnese el hombre adecuado. Incluso la ventaja estaba ahora de su parte.

Giulio se enteró de estas reflexiones, que circulaban entre los cardenales, pues muchos expusieron su opinión en su presencia. Solo hacía falta que se produjera una muerte o que alguien cayera gravemente enfermo para que cundiera el pánico y Alessandro Farnese saliera elegido. No había duda: los estertores durante la noche habían sido estremecedores.

En la mañana del 12 de noviembre Giulio se vio obligado a vomitar en un cubo sucio. Llamó a Pucci, su hombre de confianza, que tosía hasta casi expulsar los pulmones de su cuerpo y llegaba para informarle de que uno de los franceses no aguantaría más de dos días «sin estirar la pata».

Giulio contestó escupiendo de nuevo al cubo.

—Sessa está trabajando... ¡contra ti!

Giulio sufrió una nueva arcada.

—Escucha, Giulio —graznó Pucci—. Déjalo. Permítenos votar a Alessandro. Al

fin y al cabo sigue siendo tu amigo, y un amigo de la familia. No te guardará rencor porque no lo hayas apoyado. Es un hombre de mente fría y entiende las maniobras tácticas. Sin duda te permitirá conservar la vicecancillería y adoptará nuestra política.

—No —dijo Giulio, pero él mismo se dio cuenta de lo irreflexivo que sonaba.

—Giulio, se racional. Tenemos que ponerle fin. ¿De verdad te gustaría que Colonna, u Orsini, o incluso Soderini salieran elegidos? ¿U otro nuevo bárbaro? No lo conseguirás. La oposición es demasiado grande.

Giulio se limpió la boca y suspiró.

—Quizá tengas razón.

Capítulo 55

Roma, palazzo Farnese - Campo de Fiori - 12 de noviembre de 1523

En el palazzo Farnese reinaba, al igual que en el resto de Roma, una atmósfera agitada. Apenas se trabajaba, pero tampoco había demasiados robos: Pierluigi recorría a diario el palacio con la daga al costado, inspeccionando los camastros de los criados. Ninguno había olvidado su brutal ataque durante el último cónclave, ni la deformación del hermoso Antonio que, por suerte, no había muerto, y sin embargo le había jurado solemne venganza, por lo que se había sabido por un mozo de cuadras.

Cada dos o tres días estallaban todos de gozo, pues se extendían como la pólvora rumores acerca de la elección de su Eminencia, el cardenal Farnese.

Poco después llegaba el desmentido, y la población se arremolinaba en el borgo Vaticano y en la plaza de San Pedro para averiguar algo más.

También Ranuccio escuchaba los rumores y noticias, en la mayoría de los casos a través de criados o doncellas, en cuyos rasgos se podía deducir el resultado antes de que llegaran a abrir la boca. Sin embargo, se alegraba cada día en que su padre no resultaba elegido, pues podía visitar a su Virginia sin molestias, y continuar con los preparativos de su plan.

Constanza y Pierluigi salían con frecuencia, intercambiaban mensajes con su padre o controlaban a la *famiglia*; Bosio y Girolama se ocupaban de los niños, no sin sentarse todos juntos por las noches y lamentarse de su subestimado papel en la casa Farnese. La madre permanecía en su vivienda de la via Giulia y Baldassare se preparaba para partir a Capodimonte para avisar a la abuela Farnese de las buenas noticias. Sin embargo, el padre no acababa de ser elegido.

Baldassare señaló a Ranuccio que su tía Giulia se encontraba ya en Capodimonte para prestarle los cuidados que su madre requería a tan avanzada edad. Se lo había comunicado por carta. Las dos mujeres no se encontraban demasiado bien de salud, por lo que las nuevas triunfales de su hijo y hermano, respectivamente, serían como un bálsamo sanador.

—¿No quieres acompañarme, Ranuccio? —le preguntó—. Podrías darle tú mismo a tu abuela la noticia. Hace mucho que no ve a sus nietos.

Ranuccio agitó decidido la cabeza.

Baldassare lo miró con ojos interrogantes, escépticos, pero no del todo carentes de comprensión, y se acarició la abultada barriga.

Ranuccio sonrió inseguro y tuvo que escuchar cómo su maestro declamaba con teatralidad los mismos versos que él le había compuesto a Virginia.

*¡Eras tan bella, tan buena, tan adorable, tan pura!
Me sentí volver mejor, más limpio, me creí estar en el Paraíso.*

Ranuccio ocultó la cara entre las manos.

—Prefieres vagar por el paraíso de la inocencia perdida en lugar de darle un beso en la mejilla a una abuela vieja y solitaria en su castillo plagado de cuervos, ¿verdad, hijo mío?

El joven asintió ligeramente.

—Sí, nuestro ángel de ojos de carbón, los ojos de un pecado negro como la noche, nuestra ave del paraíso, que compone versos de tanta belleza... Una cortesana. Quizá sea lo más conveniente para un futuro prelado eclesiástico. Una cortesana no se casa. Al menos no según las reglas. —Baldassare suspiró y se alisó la ropa sobre el abdomen.

—Voy a ser *condottiere* —repuso Ranuccio, obstinado.

Ya le había explicado a Baldassare en numerosas ocasiones, pero aquel barrigudo estúpido no le tomaba en serio. Sin embargo, quería que su maestro le ayudara a convencer a su padre.

No obstante, nadie lo ayudaba, por lo que había decidido marcharse a Venecia en cuanto pudiera, buscar allí educación y ofrecer a los venecianos sus servicios. La ciudad de la laguna siempre necesitaba soldados, y pagaba bien. Giovanni se lo había contado, y también le había hablado del duque de Urbino, que entretanto había llegado a ser *capitano generale* de la república, un hombre inteligente, si bien no demasiado apasionado o arrojado.

—Un típico *cunctator*. Posee demasiados libros y una mujer demasiado instruida, algo molesto en la profesión militar. Pensar demasiado te vuelve débil y paliducho. Querido Ranuccio, detente un momento a recitarle los llorones versos de Petrarca, a la mujer de Francesco Maria, Eleonora, hija de Gonzaga, y ella aguzará los oídos y hablará maravillas de ti a su marido.

Ranuccio había reflexionado mucho acerca de su plan y del consejo de Giovanni. Quería abandonar Roma mientras aún se celebraba el concilio. No confiaba en su padre y en su magnanimidad. Quería hacerle ordenarse y marcharse a un convento.

Ranuccio quería evitar ese riesgo.

El 1 de octubre, durante la gran tormenta, le había hablado a Virginia del tema por primera vez.

Las fuerzas de la naturaleza se debatían en el exterior, Júpiter y Neptuno luchaban entre sí y mostraban su rencor al Dios cristiano, sobre todo sobre Roma, que había producido tantos hijos desobedientes. Virginia tenía miedo. Los rayos impactaban contra los tejados y chimeneas de las cercanías, se oía a las cabras balar, se iniciaban fuegos que la lluvia aplacaba casi al instante. Incluso Maddalena se arrodilló para

rezar. Virginia se abrazó a él, y él se abrazó a Virginia.

El rostro de la joven se iluminaba y apagaba una y otra vez, y cada vez era más hermosa que la anterior. Él la besó en la boca, y ningún rayo los fulminó. Sus lenguas jugaron, traviesas.

Cuando un relámpago cayó directamente en la casa vecina y la tierra parecía temblar, los dos cayeron juntos, afortunadamente sobre la ancha y blanda cama de Virginia.

Entonces, ya no hubo marcha atrás.

Hasta entonces, nunca se había atrevido a tocar realmente a Virginia, aunque con frecuencia le ocurría lo mismo que Maddalena había logrado provocar con sus hábiles dedos. Su inseguridad lo hacía retener a su desenfadada y efervescente «comadreja», como Virginia había dado en llamar a su miembro viril de forma muy poco acertada, de salir e introducirse allí donde realmente pertenecía. Temía que explotara como le ocurría en ocasiones a la pólvora de los cañones y los arcabuces, tal y como Giovanni le había contado. Explotar, y herir a Virginia. No literalmente, pero desde luego sí temía hacerle daño a Virginia, aun cuando hacía tiempo que hubiera dejado de ser virgen.

Quizá su inseguridad residía precisamente en su virginidad truncada: en que otros hombres, hombres experimentados, la hubieran tomado, la hubieran comprado. Virginia era una prostituta, al igual que su madre, aun cuando se hiciera llamar con el ostentoso epíteto de *cortigiana*, como si perteneciera a la corte del Papa, *curiam sequens*, como si siguiera a la curia como la mujer de un cuartel. Debería hacerse llamar *Ranutium sequens*, *Ranutium Farnesium sequens*, y seguirlo a Urbino y Venecia como su amante, y finalmente como su esposa. Virginia podría entrar al servicio de la duquesa de Urbino como dama de compañía instruida en poesía y música, y él al del duque Francesco Maria como *capitano*.

A quien se enamora pronto, el amor le quema el corazón y nunca le deja marchar. Eso le había dicho Baldassare en una ocasión, para posteriormente sonarse la nariz de forma ruidosa. Finalmente le siguió, como era su costumbre, una cita de Terencio: *amantes amantes*. Si se ama a ciegas, el enamorado se comporta como un loco. «Y sin embargo, hijo mío», le había dicho, y de nuevo se había sonado, «sin embargo ella es tan dulce como un higo maduro, como dorada meloja, como azúcar cande...».

No, ya no había marcha atrás. El claro cuerpo de Virginia quedó iluminado por un relámpago. Su pecho pequeño y prieto con pezones rosados. Sus profundos ojos negros. Los muslos abiertos, con aquel triángulo oscuro entre medias.

Virginia quiso ayudarlo con sus hábiles dedos, y pronto todo había pasado.

El rayo resonó por toda Roma, crujió en las vigas, el viento aulló por la chimenea hasta apagar hasta la última vela.

Ranuccio permaneció tendido sobre Virginia, le besó el pecho. Ella le acarició el

pelo.

Las suaves colinas bajo la luz resplandeciente, la negrura de la noche, la negrura del futuro.

De nuevo su cuerpo, como de mármol. Ella le sonreía, él enrojeció.

Sintió como el amor le abrasaba el corazón.

Hasta que su «comadreja» volvió a la vida. Virginia adivinó sus pensamientos, o más bien, fundió sus pensamientos con los suyos propios.

—¿Es una varita? —susurró ella—. ¿No es una lanza, ni una espada? —como él negaba con la cabeza, ella insistió—. ¿Ni un puñal?

Él le cerró los labios hasta que les faltó el oxígeno. Entonces, ella susurró al oído:

—¿Has oído sonar las campanas?

Él negó con la cabeza, pues por el momento solo había oído a los truenos retumbar, estallar, bramar.

—¿Y si toco un poco la flauta?

—¿Ahora? —preguntó él, atónito.

—¿No? —ella soltó una risilla traviesa—. Entonces deja saltar a tu comadreja. O mejor todavía, haz que se meta en su cálida madriguera.

Sí, la comadreja estaba inquieta, se había levantado, lentamente erguida, acechando. Pero, ¿habría algo que cazar? ¿Un ratoncillo? Se introdujo con cuidado en la madriguera.

Ranuccio intentó mirar a Virginia a los ojos. Sin embargo, los relámpagos iluminaron solo sus párpados mientras ella respiraba con pesadez.

—Volemos como las grullas —susurró ella tras un instante.

—¿Como las grullas?

De hecho, parecían estar a punto de alzar el vuelo, con sus cuerpos temblando, agitándose, apretándose el uno contra el otro.

—¡Quédate conmigo! —suspiró ella.

—Sí, ¡siempre!

Su respuesta fue un gemido, un quejido tembloroso, abrió los ojos de par en par y miró hacia arriba, bajo el resplandor de los rayos, como si estuviera muerta.

—Huiremos juntos a Venecia.

—Sí, a Venecia. Juntos. Y nunca más nos separaremos.

Los días siguientes se sucedieron nuevos vuelos de grulla. Finalmente, él acabó por entender.

Las campanas también sonaron, una y otra vez, agitando su badajo, resonando y estallando.

Y la comadreja prosiguió su interminable búsqueda de ratones en la profunda madriguera.

Ranuccio apenas pasaba por su casa, y solo esperaba que el cónclave durara para

siempre. Maddalena los observaba escrutadora y se encerraba en sí misma, en algunos días incluso se desesperaba cuando ambos se sentaban juntos a comer nueces. En algunas ocasiones, hablaban del padre de Ranuccio, y Maddalena señalaba:

—Si es elegido, viviremos tiempos dorados. En cualquier caso, si abole el celibato, nos encontraremos como en casa —y dicho esto, miró a Virginia, que no prestaba atención a sus palabras, había cogido un laúd y cantaba una sonata.

Maddalena parecía seguir reflexionando:

—Sin embargo, si el cardenal Medici es el elegido... En cualquier caso, está en deuda con nosotras. No querrá que aireemos su plan contra el Papa muerto.

Virginia dejó el laúd a un lado, cogió a Ranuccio de la mano y lo metió en su habitación.

En la clara mañana del 12 de noviembre buscó a Giovanni de Medici, que se encontraba por breve tiempo en Roma, y le preguntó si podía dejarle dinero y escribirle una carta de recomendación. Para Francesco Maria, su esposa Eleonora y el dux, con el propósito de formarse como *capitano* en Venecia.

Giovanni rió y le escribió una breve misiva, que selló.

—¿Ducados? Será mejor que expoliemos las arcas del tío Giulio... Yo mismo apenas tengo —dijo, y entonces pasó la mirada por el cuerpo de su amigo—. Eres delgado...

—... Y rápido —se apresuró a responder Ranuccio—. Lo que me falta en fuerza, lo compenso con rapidez y habilidad. Y soy un arquero excelente.

—Escucha, la guerra con Francia no terminará de aquí a mañana, y yo tengo que regresar a mi cuartel lo antes posible. Te llevaré conmigo, como mi *paggio*. Te mostraré todo lo que debes aprender. Y cuando nos encontremos con el duque de Urbino y los venecianos, les hablaré bien de ti.

—Pero me gustaría llevar a Virginia conmigo...

Giovanni rió, burlón.

—¿A tu pequeña cortesana? ¿Para ti solito? Exiges mucho, hijito. ¿Qué crees que dirá tu padre cuando se entere de nuestros negocios... sobre todo si se convierte en Papa? Extenderá su largo brazo hasta donde estés y te hará regresar.

Antes de que Ranuccio pudiera replicar, el semblante de Giovanni se tornó serio.

—Preferiría no estropear las cosas con tu padre y no sacarte de Roma. Mucho menos con una cortesana. Cuando los hombres están en el campo de batalla, las mujeres no hacen sino estorbar. Entiéndelo, las mujeres pertenecen a la casa, donde deben traer al mundo niños sanos. Hazle una criatura a tu pequeña Virginia y déjala en Roma; tu padre se alegrará...

Ranuccio comenzó a rogarle a Giovanni que le llevara consigo, o que al menos le prestara dinero.

Giovanni torció escéptico la boca.

—Entonces, me iré solo con Virginia —exclamó, obstinado, Ranuccio.

Giovanni aún parecía indeciso.

—Sin embargo, si es el tío Giulio quien se convierte en Papa, entonces no se tomará a bien que le haya estado quitando dinero. No, no puedo darte dinero, de ningún modo, róble las arcas a tu padre o pídele prestados un par de ducados a Maddalena, la gran prostituta, como una especie de dote —no pudo evitar echarse de nuevo a reír y agitar la cabeza—. Ven conmigo, Ranuccio, ¡pero sin Virginia!

Capítulo 56

Roma, Vaticano, capilla Sixtina - 19 de noviembre de 1523

Hacía ya semanas que estaba reunido el cónclave, y la elección de Alessandro era cuestión de días, particularmente desde que Sessa había cambiado de parecer y el hombre de confianza del emperador dentro del colegio cardenalicio había revelado que ya no apoyaba a Giulio de Medici, sino a Alessandro Farnese. Éste le había prometido cientos de miles de ducados a cambio y así, había terminado por llevar a cabo lo que siempre había tratado de evitar: el soborno. Y ni siquiera estaba seguro de que Sessa fuera un partidario honrado.

En cualquier caso, Giulio parecía al borde de sus fuerzas. Lorenzo Pucci había trabajado por él de forma incansable, y en una conversación con Alessandro había afirmado que su viejo amigo Giulio no tenía posibilidad ninguna, pues no solo tenía en su contra la facción de los franceses, sino que además el odio de sus enemigos personales era demasiado acérrimo. Solo tenía que pensar en Soderini y Colonna: el uno, un intrigante; el otro, un militar. Por eso, tras la reconversión de Sessa, le había recomendado a Giulio que le otorgara finalmente su voto a su viejo amigo Alessandro, dando por supuesto que así conservaría su puesto de vicescanciller.

—No soy rencoroso —repuso Alessandro.

Iba a hablar entonces de su juventud juntos y sus viejos vínculos, cuando Pucci porfió, con ojos afilados.

—Rencoroso... ¿por qué?

Alessandro no tenía ningún deseo de iniciar una nueva discusión en torno a los últimos acontecimientos, así que optó por referirse a la insoportable situación en la Sixtina, a comentar que de Grassis estaba ya a las puertas de la muerte, que el Espíritu Santo hacía tiempo que había hablado y que Giulio podría sucederle como Papa sin dificultad...

Mientras hablaban, no se había dado cuenta de que Giulio se había aproximado, y de que probablemente hubiera entendido sus últimas palabras. Pálido y molesto, se mantenía de pie junto a él.

—Ya no se trata de quién es el mejor —le dijo Alessandro—. Eso lo sabes, Giulio. Los dos somos los mejores. Se trata del odio de Soderini y Colonna.

Giulio exclamó alzando la voz, como si pudiera confiar en él, dadas las circunstancias:

—No, se trata de que la mayoría piensa que soy un partidario acérrimo del emperador. Sin embargo, como Papa, es necesario ser neutral. Naturalmente yo

también adoptaría una política equilibrada, exactamente igual que tú.

Alessandro se dio cuenta de por qué Giulio se estaba expresando en un tono tan inusualmente elevado. Un buen grupo de cardenales se había reunido a su alrededor, probablemente porque esperaban un acuerdo, y con él, una decisión.

Giulio los dejó exactamente donde estaban, se abrió paso entre los oyentes hasta el cardenal francés Clermont, con el que hasta entonces no había hablado nunca, al menos no en presencia de Alessandro. Pucci siguió a su señor, y otros más le pisaron los talones a Pucci.

Alessandro oyó de pronto cómo Soderini se reía, y al volverse, lo vio con Giacobacci, el candidato de Colonna, y a los cardenales volviéndose los unos hacia los otros, formando grupos inusuales mientras él permanecía solo.

Cuando, más tarde, logró hablar con Pucci, éste se mostró distante, y le explicó a toda prisa que Giulio había renunciado a su postura estrictamente imperial y, como pastor superior y estadista, y en lo concerniente a la paz, abrazaba la neutralidad. Además, a Giulio le unía con sus partidarios una amistad tan intensa, que no se trataba tanto de posturas políticas como de vínculos personales.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Alessandro.

—Al parecer Sessa tiene mucha menos influencia de lo que él creía —le respondió Pucci, tras guiñarle el ojo y desaparecer de inmediato en la celda de Giulio.

Alessandro durmió muy mal por la noche. Le picaba todo: probablemente un ejército de piojos se paseaban por su anatomía. No quería ni pensar en las chinches nocturnas ni en las saltarinas pulgas diarias. Tampoco en el hedor. Sorpresivamente, en aquella ocasión no había padecido problemas respiratorios, pero sí probablemente una fiebre que no quería remitir, haciéndole sentirse al mismo tiempo muy débil.

Cuando la mañana lo liberó de sus extraños sueños, se sentía destrozado. Afuera reinaba ya la actividad, su ayuda de cámara había vaciado su cubo y le había colocado un nuevo, además de traerle agua y una muda limpia. Y sin embargo, no podía levantarse. En sus sueños moría siempre alguien, y él no sabía quién era, pero aullaba y gritaba y gemía, en vano, y no llegaba a descubrir quién había muerto, pero en la plaza de San Pedro resonaba el «*habemus Papam*», y el pueblo gritaba de satisfacción.

Sin embargo, recordó que habían elegido a Colonna y cerró los ojos.

Debía haberse dormido de nuevo, pues cuando creyó estarse levantando, oyó: «Debes cumplir con el pacto».

Y vio al pálido y dulce Paolo con los ojos vacíos, ante él.

Probablemente todo había sido un sueño. El ayuda de cámara se agachó preocupado sobre él, le acercó un vaso de vino diluido, le sostuvo una bandeja con aceitunas, pan y queso, y lentamente Alessandro fue incorporándose. Bebió, comió las aceitunas, royó los pedazos de pan seco y los bordes del queso y de pronto supo

que todo lo que hacía era una locura. Sí, se encontraba en medio de un atajo de locos. Todos ellos, la curia romana al completo, tan arruinados y hambrientos como estaban tras el pontificado de Adriano, reclusos en los muros vaticanos y en sus propios y ostentosos *palazzi*, apartándose de la gente sencilla cuando en realidad deberían acercarse a los creyentes, amurallándose, encapsulándose, amortajados en su propio jugo. El propio cónclave era el ejemplo vivo de lo dicho, pues los consagrados mensajeros de la Iglesia no mantenían contacto con el mundo real, dejaban a la cristiandad sola sin mirar atrás, para ocuparse de sus propias pretensiones y apetencias. Al final de aquel juego de poder y aquella guerra de intrigas, se les decía: «Alegraos, el Espíritu Santo ha hablado». Había sido una absoluta locura que Adriano, que había surgido de una elección demente, tanto en lo mental como en lo espiritual, hubiera visto en ello un reflejo de la voluntad de Dios y de la inspiración del Espíritu Santo. Adriano había sido el Papa más piadoso de los últimos tiempos y también el más loco, precisamente por eso. Probablemente el siguiente Papa, o incluso él mismo en un par de años, llegaría a creer que se trataba de la consecuencia de un acto de Dios.

Cuando Alessandro penetró en el pasillo central de la Sixtina, y se dirigió a la zona del altar, en el que estaba Giulio, reunido con todos sus partidarios, se dio cuenta de las llamativas miradas inseguras que le dirigían. Le saludaban con mayor brevedad que de costumbre. Lo evitaban.

No lejos de Giulio, vio al francés Clermont hablando con Colonna. Junto a él se encontraba Soderini, escuchando.

Giulio saludó a Alessandro con una sonrisa. Una sonrisa falsa.

Grassis rompió a toser de tal forma que parecían estertores, hasta que finalmente acabó vomitando en medio del pasillo y perdiendo la consciencia. Su criado lo llevó hasta su celda.

—¿A qué día estamos? —preguntó Alessandro a Armellini, que casualmente se encontraba a su lado.

—A 17 de noviembre. Hoy se tomará una decisión.

¿Una decisión? Sí, por fin.

Alessandro se preguntó mentalmente cómo pensaba pagar los cientos de miles de ducados que le debería a Sessa y a su gente, pues su diócesis de Frascati no proporcionaba semejantes beneficios. Incluso para el Papa sería imposible. Tendría que alquilar o vender su *palazzo*...

Colonna estaba fuera de sí, agitaba los puños y bramaba una y otra vez:

—¿Orsini, Orsini?

Alessandro lo miró: Colonna abandonaba la pared oriental de la Sixtina, se dirigía apresuradamente a Clermont y seguía vociferando:

—¿Orsini? ¿Franciotto Orsini, el lacayo de los franceses y enemigo del

emperador Orsini? ¿Ese miserable hijo de puta?

Giulio estaba vuelto hacia Clermont, pero aclaró con voz firme:

—Sí, querido Pompeo, mi viejo amigo Franciotto Orsini. Sería un Papa digno, de eso estoy seguro.

Colonna alzó las manos como si quisiera golpearlo, pero Giulio no solo no reculó, sino que incluso le dedicó una sonrisa sardónica. Cuando Colonna lo agarró de la sotana y comenzó a arrastrarlo hacia su celda, Giulio no cedió. Se liberó de la mano de Colonna con un gesto de la mano, como si quisiera espantar a una mosca molesta.

—Vayamos mejor a mi celda, Pompeo, bajo el hermoso fresco de *La entrega de las llaves a San Pedro*.

Colonna accedió entonces a seguirlo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —Alessandro miró interrogativo a Lorenzo Pucci, que hacía guardia en la puerta de Giulio.

—Es la resolución —respondió Pucci, sin lograr mantenerse todo lo frío y sereno que pretendía—. Lo siento mucho, Alessandro —añadió.

—¿Qué es lo que sientes? —por supuesto, aquélla no era más que una pregunta retórica, destinada a proporcionarle a Alessandro tiempo suficiente como para asimilar la nueva situación.

—Verás, será mejor que el propio Giulio te lo explique. Es un duro contendiente y no quería rendirse y cederte el pontificado. Se considera a sí mismo el mejor.

Alessandro dejó a Pucci donde estaba y se dirigió hacia su celda andando como un pato. Sentía como las miradas de sus compañeros, en algunos casos tintadas de lástima, le quemaban la nuca, y sabía exactamente lo que estaban pensado: allí va el perdedor.

Por la tarde, finalmente entendió lo que había ocurrido: Giulio de Medici había declarado su neutralidad política; Clermont, por solicitud expresa y secreta de Giulio, había propuesto repentinamente como candidato a Orsini, el archienemigo de la familia Colonna. El odio de Colonna por los Orsini era notablemente superior al que experimentaba por los Medici, por lo que comenzó a dudar repentinamente, y a cambiar de dirección. A ello contribuyó la promesa de Giulio de, no solo amnistiar completamente a Soderini, sino además proporcionarle a Colonna seis mil ducados de beneficios anuales, transferirle el viejo palazzo de Riario y nombrarle vicescanciller.

Colonna convenció a su gente de que votara a Giulio, considerándolo un mal menor.

La noche del 17 de noviembre, Alessandro oyó desde su celda como el recuento ascendía a veintisiete votos. Además de Colonna, estaban Giacobacci, Cornaro, Pisano, y finalmente el medio muerto Grassis y Ferrero se habían unido a la facción. Así se obtuvo la mayoría de dos tercios de votos.

El 18 de noviembre, tras una noche infernal, se realizó un escrutinio con el que

asegurar el resultado, se estableció por escrito la amnistía de Soderini y se registró el concierto de votos favorable a Giulio: sus beneficios cardenalicios quedarían repartidos entre sus votantes.

Sus enemigos de la facción francesa cedieron también. Finalmente, solo quedaba Alessandro por dar su voto al Medici. Agitó la cabeza, pero Giulio se dirigió a él, le sonrió, e incluso sus ligeramente oblicuos ojos parecieron mirarlo directamente. Entonces, lo abrazó con fuerza, incluso con sinceridad.

—Tenía que ser el mejor —le susurró Giulio al oído.

—Será el mejor —respondió Alessandro en voz alta, y constó en acta que él también daba su voto al cardenal Medici.

Una nueva y espantosa noche en la Sixtina.

El 19 de noviembre se repitió de nuevo la votación, para mayor seguridad. Finalmente, se anunció a la expectante población que se arremolinaba en la plaza San Pedro el *Annuntio vobis magnum gaudium: Habemus Papam*. El cardenal Giulio de Medici había sido elegido nuevo Papa y recibiría el nombre de Clemente VII.

La población estalló de alegría.

Capítulo 57

Roma, plaza de San Pedro - 19 de noviembre de 1923

Cuando se nombró al cardenal Giulio de Medici, y el gentío arremolinado en la plaza de San Pedro rompió en gritos de alegría, Constanza emitió un agudo chillido y creyó caer inconsciente. Pierluigi, que estaba blasfemando con fiereza, la sostuvo a tiempo. Su madre, pálida como un muerto, la cogió de la mano. Constanza le gritaba desde lo más profundo de su alma herida a un Dios que parecía reírse de ella o bien castigarla, a través del júbilo que se experimentaba a su alrededor.

Aquella gente que poco antes se había alegrado por el supuesto nombramiento de su padre festejaba ahora con sus *vivat*, el encumbramiento del embaucador Giulio de Medici. Resultaba increíble que aquel endemoniado codicioso hubiera logrado arrebatarse la victoria segura a su padre en el último momento. ¡Era increíble que Dios lo permitiera!

Constanza sollozó, gimió, lloró desesperada. Había rezado, había compensado la falta de fe de su padre, había reprimido sus antiguas dudas en Dios nuestro Señor, había orado más de lo prescrito, se había confesado a diario y había acudido a misa, o como mínimo a los rezos, y cuando el cónclave se había prolongado, incluso había empeñado sus joyas para comprar indulgencias que perdonaran los pecados de su padre y para adquirir reliquias. Había peregrinado a siete iglesias patriarcales para rezar allí por su progenitor y rogar que la espera llegara a su fin.

Todo en vano.

¿Por qué Dios debía castigarla de aquella manera? «¿Por qué?», se preguntaba, mientras se golpeaba la frente con los agudos nudillos. ¿Dónde estaba su justicia? Cuando, hacía casi dos años, había salido elegido Adriano, ella lo había interpretado con posterioridad como una forma de castigo divino; que lo hubiera requerido ante su presencia sin haberle permitido completar su obra ni remotamente, resultaba menos comprensible; pero que tras ese torturador cónclave, en el que su padre había estado a punto de salir elegido en dos ocasiones, fuera finalmente un arribista codicioso el que se sentara sobre la cátedra de San Pedro, era algo que, simplemente, no podía asumir.

No, Dios Padre debía estar recluido en las profundidades de la gloria, donde los coros de ángeles lo lisonjaban con sus cánticos de alabanza, donde no veía nada de los impíos sucesos que se estaban produciendo en su hogar terrenal en Roma, donde podía reflexionar con calma sobre los castigos que debía imponerles a los romanos: pecadores, hipócritas, traidores.

Mientras tanto, el diablo le había arrebatado el cetro. Expulsaba a los

misericordiosos del altar de San Pedro y desataba la ruina encubierta que constituían sus seguidores, para sentarlos sobre el trono papal.

A Constanza solo le quedaba sollozar. ¿Dónde estaba su Dios, su Dios personal y propio, que la había consolado en horas de pesar y desesperación? Ella se había consagrado a Él, era su sierva sincera y sin embargo Él la había abandonado, como había abandonado a su padre.

¿O simplemente enviaba a aquel mensajero del diablo para que, tras los estragos que pudiera causar, su padre accediera al trono como el resplandeciente salvador de la cristiandad?

Aquel pensamiento le permitió albergar un vestigio de esperanza.

Giulio de Medici, el nuevo papa Clemente VII, se presentaba ya ante el pueblo desde la logia de las bendiciones. Las salvas y expresiones de alegría le impactaron de lleno. Constanza oyó cómo la exultante multitud exclamaba:

—¡Ahora volverán los tiempos de León!

—Por fin se acabó sufrir a un avaro, ¡un Medici! ¡Un rico Medici! —gritó un hombre con un vaso de vino en la mano, que un vendedor ambulante de vino y agua le había llenado.

—Sé lo campechano que es —afirmó una mujer—. Mi hermana trabajaba de doncella en su *palazzo*. Es un hombre del pueblo.

—Un Papa razonable, que meta en cintura a los extranjeros.

—¿A los franceses?

—¡Y a los españoles! No es ningún limpiabotas imperial.

—¡*Vivat Clemens!* ¡*Vivat Medici!* ¡*Palle, palle!*

Constanza quiso marchar a casa y Pierluigi representó con un gesto que se cortaba el cuello, pero de pronto soltó un grito. Señaló a la logia, donde su padre se encontraba en pie junto a Giulio, pálido, delgado, serio.

—¡*Vivat Farnese!* —bramó, aunque su exclamación quedó sofocada por el griterío a su alrededor—. ¡Mataré a ese hijo de puta de Medici! —su voz se quebró y casi nadie de los presentes reparó en sus palabras.

—¿Podemos irnos? —preguntó la madre—. Ya no hay nada que podamos hacer por vuestro padre, más que recibirlo con amor y compasión. Necesita calma, sueño y un largo tiempo de reflexión. Debemos preocuparnos porque no muera de pura desesperación.

Constanza rompió de nuevo a sollozar.

—¿No vamos a esperarlo? —preguntó Pierluigi—. Si lo acompañamos, el camino de vuelta a casa le será más fácil.

Constanza asintió y cogió la mano de Pierluigi. Se sorprendió de que el más grosero y palurdo de sus hermanos mostrara una repentina comprensión por las necesidades de su padre, al contrario que su favorito y sucesor Ranuccio, que había

abandonado Roma poco antes. Ella sabía a ciencia cierta que la desaparición de Ranuccio le causaría a su padre tanto o más dolor que la decepción de haber perdido de nuevo la elección.

Ranuccio había decidido, a pesar de su juventud y en contra de la voluntad de su padre, entrar al servicio de Venecia y convertirse en *condottiere*. Incluso había intentado desaparecer en secreto, pero por fortuna había ido a visitar a su madre por última vez y se lo había intentado explicar todo. Ni siquiera ella había logrado detenerlo en su empeño.

Cuando Pierluigi descubrió la desaparición de Ranuccio no se mostró particularmente sorprendido, pero sí lacónico. Admitió haber oído de boca de Giovanni, *il Diavolo*, que el pequeño Ranuccio Farnese tenía grandes planes bélicos, pero no, no los conocía con exactitud. Giovanni se había tenido que marchar, pues los franceses estaban asediando Milán y era necesaria la presencia de su *capitano*. Además, creía que Ranuccio regresaría pronto con el rabo entre las piernas, pues al fin y al cabo no era más que un llorón enclenque poetucho que, por lo que se rumoreaba entre el servicio y por el barrio, estaba enganchado a una cortesana.

Constanza se vio expulsada repentinamente de sus pensamientos cuando se dio cuenta de que un hombre barbado, de ropas oscuras, se había detenido a hablar con su madre. Pierluigi los observaba con desconfianza. ¿Sería un peregrino? Hablaba el dialecto romano con corrección, pero también con un fuerte acento. No era ningún bárbaro del norte, tal vez un francés, o un provenzal. Y tampoco un peregrino, quizá un comerciante.

—¿Ya no me reconoces, mi venerada Silvia? —le sonrió el hombre a su madre—. Soy el viejo amigo de Alessandro, Hugues Berthon, Ugo Berthone... De la Provenza, de Luberon.

—Sí, ¡por supuesto! —una sonrisa de reconocimiento iluminó el rostro de la madre—. ¡Oh, cuánto hemos envejecido todos! Por eso no os... ¡Qué casualidad! ¿Qué estáis haciendo aquí, *signore*? Dios, ¿cuánto tiempo hacía que no nos veíamos?

—Los niños aún eran pequeños... —repuso él, mirando a Pierluigi e inclinándose con cortesía.

—Ésta es mi primogénita, Constanza, y éste es mi hijo mayor, Pierluigi.

Ellos respondieron a su reverencia repitiendo el gesto.

—Qué momento más doloroso para el reencuentro —exclamó el provenzal—. Hace un tiempo que estoy en Roma y ya iba a volver a mi patria, pero antes quería desearle buena suerte a mi amigo Alessandro en la merecida consecución de su tan perseguido deseo y sin embargo... ¿Quién lo habría pensado?

—Sí, quién lo habría pensado —la sonrisa de la madre se había vuelto rígida—. Oh, Ugo, cada vez lo recuerdo mejor...

Ella le cogió una mano, y él tomó las dos entre las suyas y se las llevó a los

labios.

—He oído que el cardenal Farnese es el cabeza de una gran familia feliz, con hijos, nietos, un enorme *palazzo*...

La madre le dedicó una sonrisa dolorida, mientras el provenzal le sostenía aún la mano.

—De camino a Roma pasé por Montefiascone e hice un pequeño rodeo para visitar Capodimonte —dijo él—. Allí me encontré con Giulia, la hermana de Alessandro.

—Sí, oí hablar de ti. Baldassare, el antiguo maestro de nuestros hijos, escribió desde Capodimonte...

—Giulia no está demasiado bien... Y creo que la anciana dama está a punto de despedirse de este mundo.

La madre soltó la mano y Constanza se dio cuenta de la repentina lucha interior que ella vivía.

—¿Qué dirá Alessandro...? No sabe nada... Su madre siempre quiso verlo sentado sobre el trono papal: era su obsesión, el sentido de su vida.

—Lo sé —dijo el provenzal con gesto serio—. Y Giulia no ha vuelto a ser verdaderamente feliz desde los tiempos de los Borgia. Ni siquiera el matrimonio de su hija Laura...

—Laura es una persona callada y encerrada en sí misma, casada con Nicola della Rovere, un sobrino del antiguo Papa.

El provenzal asintió, aún más cariacontecido que antes, absolutamente turbado.

—Oh, Giulia —suspiró la madre—. Durante nuestra juventud fuimos íntimas amigas, estuvimos juntas en el convento... Hijos, vayámonos a casa, ya no soporto tantas muestras de alegría.

Constanza miró hacia la logia de las bendiciones, desde donde el nuevo Papa saludaba y bendecía a la multitud. Su padre había desaparecido.

—Pásate hoy por la noche por el palazzo Farnese, querido Ugo; Alessandro estará allí para entonces, y sin duda se alegrará de verte —la madre volvió a cogerlo de la mano—. ¡Sé su invitado! ¿Qué decís, hijos?

Constanza asintió.

El provenzal se lo agradeció y se inclinó.

La madre se dio la vuelta, con Constanza agarrándole el brazo derecho y Pierluigi, que había empezado de nuevo a maldecir en voz baja, al otro brazo. Juntos se abrieron paso entre el gentío hasta el borgo Santo Spirito, en dirección a su casa. Cuando Constanza se volvió, comprobó que el provenzal aún se encontraba allí, observándolos, con la mano alzada dubitativamente en un gesto de despedida. Finalmente, se giró y puso rumbo al portal del Vaticano.

Capítulo 58

Roma, plaza de San Pedro - 19 de noviembre de 1523

Cuando Alessandro Farnese salió a la logia de las bendiciones y vio a la población en pleno alborozo, durante un instante creyó que se debía a él. Pero ante ellos se encontraba Giulio, con los brazos alzados, una inmensa sonrisa, saludando, bendiciendo. Las amplias escaleras y la plaza de San Pedro se encontraban negros por la multitud. Un rayo de sol se coló desde un cielo hasta entonces cubierto de nubes, posándose en el tejado e inundando la basílica, pero también al propio Papa y a la gente de una luz festiva.

Alessandro no pudo reprimir una breve y amarga sonrisa, se dio la vuelta y se abrió paso entre el grupo de cardenales que aguardaban en segundo plano, buscando a su ayuda de cámara y a su secretario, que lo esperaban. Por suerte, ninguno de sus compañeros se acercó a darle la mano con fingida lástima; habría sido incapaz de soportar un gesto así.

Mientras ascendía por la scala del Maresciallo sintió finalmente una oleada de alivio. Su tan largamente esperado y merecido triunfo una vez más no se había producido pero, ¿realmente merecía tanto la pena dirigir esa Iglesia, esa curia? Al fin y al cabo, ahogado aún por las deudas, Giulio, o más bien el papa Clemente, como debía conocerse a partir de ese momento, no podría mostrarse excesivamente pródigo en misericordias. A pesar de los esfuerzos del recientemente fallecido Papa, el rey francés había vuelto a iniciar una guerra para hacerse con Milán, y no se detendría allí, pues el gobierno español de Nápoles se pondría seguidamente en entredicho... Francisco y Carlos, dos hombres jóvenes al frente de sus respectivos países, amenazándose el uno al otro como perros de presa. Las rivalidades personales, la ambición y la vanidad los espoleaban el uno contra el otro. Incluso Enrique, el rey inglés, disfrutaba inmiscuyéndose y quería jugar un papel relevante: otro joven gallo de pelea.

El nuevo Papa tendría que encontrar su camino entre las potencias europeas, y después de que el cardenal de Medici hubiera prometido mantenerse neutral, quizá el emperador se sintiera traicionado... No era un cometido fácil el que se presentaba ante su santidad Clemente VII.

Quizá hubiera sido lo mejor, que él, Alessandro Farnese, no hubiera salido elegido.

Y sin embargo...

Sí, estaba convencido de que sería un político más habilidoso que él. Giulio no

había sido particularmente clarividente y realista como intrigante y estratega. Solo había que recordar las catástrofes que había desencadenado al proponer a Adrian de Utrecht. Además, ese maldito complot contra Adriano, que había fracasado antes de empezar... No había que olvidar tampoco que, bajo el pontificado de León, solía dejarle la toma de decisiones finales a su primo: como vicescanciller, presentaba las alternativas, pero él no era responsable directo de ninguna.

Sin embargo, como Papa, tendría que decidir.

Alessandro meditó unos instantes en la penumbra de las escaleras vaticanas. No, no se engañaba a sí mismo diciéndose que la derrota sería de su provecho.

Durante un momento pensó en el pacto, que en un principio le había parecido una maldición, y en la soledad de la cátedra de San Pedro.

¿Qué era lo realmente importante en la vida?

En algún momento de su existencia, había dejado de hacerse aquella pregunta, pues como engranaje estaba apuntado hacia lo más alto. Una vez alcanzada la cumbre, apenas se tenía poder real, pues se encontraba uno tan preso de una institución que no admitía marcha atrás, que no admitía ninguno de los detalles importantes en la vida, ni siquiera la fe y el verdadero valor de la cristiandad. Miles de pequeñas ruedecillas giraban y ponían en movimiento el gran engranaje. No debía ser fácil de sustentar...

Y sin embargo... Una finalidad en la vida, algo en lo que aplicar las ganas y el esfuerzo, algo que perseguir... ¿Había apartado cualquier otra meta en su existencia? Y ahora, ¿qué?

Al llegar al descansillo de la escalera, Alessandro sintió que le faltaba el aliento. Cuanto más se acercaba al portal de Vaticano para introducirse entre la alegre muchedumbre, más parecía cerrársele la garganta. Todos habían pensado que él sería el nuevo pontífice, y ahora lo recibirían como a un perdedor.

Un perdedor decrepito de cincuenta y cinco años de edad.

Giulio, el nuevo papa Clemente, era bastante más joven, llevaba una vida sana, comía con mesura, no malgastaba sus fuerzas con cortesanas... No cabía duda de que Clemente le sobreviviría a él, Alessandro Farnese, uno de los cardenales de mayor edad.

La guerra había acabado. El resultado: derrota. Los deseos y esperanzas de su madre de ver a su hijo convertido en Papa no se habían cumplido.

¿O quizá su nieto Ranuccio consiguiera lo que su hijo no había logrado?

Cuando Alessandro atravesó el portal flanqueado por numerosos guardias suizos y penetró en la plaza de San Pedro, se volvieron hacia él incontables ojos llenos de compasión y, por respeto, le abrieron pasillo. Muchas mujeres incluso se arrodillaron, otras le tendieron las manos, y entre los todavía resonantes gritos de alegría y *palle* en honor a Clemente y los Medici, se oyeron algunos «*¡Vivat Farnese!*». Antes de llegar

a reaccionar, el pasillo se cerró en torno a él, se estrechó, y la población se volcó en él, lo aupó para consolarlo.

El afecto, la compasión, la veneración hicieron que sus ojos se humedecieran. ¡Los romanos aún lo amaban!

Pero entonces, ¿por qué esa cruel y humillante derrota?

No, no había ningún Dios misericordioso que le diera sentido a todo; no había, sencillamente, ningún Dios. Pequeños pedacitos se reunieron en medio del caos para conformar el mundo, la vida surge y se pudre, se asesina a los buenos, los malos toman el poder... ¿Quién podría retener la fe infantil en un amoroso Dios Padre que vigilaba desde allí arriba, el cielo, a sus criaturas y las gobernaba con razón y justicia?

Alessandro se abrió paso lentamente entre la gente. Le sonrió a la multitud, los bendijo, les permitió que tocaran sus sucias vestimentas púrpuras... De pronto, ante él se encontró a un hombre conocido. Durante un breve instante rebuscó en su memoria aquel rostro cubierto por el polvo de los acontecimientos, hasta que finalmente gritó:

—¡Ugo! ¡Ugo Berthone! —y apretó contra sí a su viejo amigo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería hacerme bendecir por Alessandro, mi compañero de juventud y Santo Padre.

Alessandro agitó la cabeza.

—Ya te estás riendo de mí. Me han derrotado, y vuelvo a hundirme en el inframundo de los personajes anónimos.

Su respuesta debía incluir un tono irónico y meditado, pero sonó, como el propio Alessandro pudo reparar, patético y lleno de autocompasión.

Ugo no supo qué responder, por lo que lo abrazó por segunda vez. Su aparición se le antojó a Alessandro un mensaje, un recuerdo de Epicuro y de la vida contemplativa tan valorada por los griegos, en el jardín de la satisfacción reposada, apoyado por amigos inteligentes y leales y por el afecto de su familia. Ugo había marchado a Aviñón muchos años atrás, obligado a recluirse en una existencia eremita al modo del *l'áthe biosas*, «la vida retirada». Sin embargo, ahora se presentaba ante él como un mensaje encarnado.

Como un ángel barbudo y envejecido.

Alessandro, no obstante, no creía en los ángeles. No creía en ningún tipo de ser sobrenatural.

¿O sí? ¿No existía la encarnación del mal, el diablo, aun cuando solo se le presentara en sueños y con alguna de sus múltiples metamorfosis humanas?

¿Y qué había de las estrellas, que con sus mudos resplandores y brillos interrumpían las tinieblas del cielo nocturno? Ellos habían querido leerlas, descifrar

su mensaje secreto, utilizando a los mejores astrólogos, como Gaurico. Ellas habían representado modelos esquemáticos de lo que ocurría en el valle de lágrimas terrenal, y les habían indicado el camino. ¿Y más allá, sobre ellos, no reinaba un vacío absoluto, imposible de comprender? ¿Un vacío que tan solo una divinidad podía llenar? Sin embargo, esa divinidad carecía de sentido de la justicia, de moral y de razón.

Alessandro apartó la mente de sus pensamientos y dio un paso atrás para poder observar mejor a su viejo amigo. Lo había reconocido por sus ojos. El rostro de Ugo estaba enmarcado y medio cubierto por cabellos canosos y una poblada barba, pero sus ojos relucían juveniles, despiertos y curiosos. Sobre la cabeza lucía un bonete oscuro con un lazo en el lateral, el cuello abrochado hasta arriba permitía vislumbrar ropa interior de color más claro, y sobre todo ello llevaba una túnica de color azul oscuro, carente de adornos y con las mangas largas, que se mantenía abrochada mediante un cinturón de cuero con una hebilla de plata. Su aspecto era similar al de un monje, aunque le faltaba la capucha.

Ugo estaba muy delgado, y parecía algo cansado, sin embargo resplandecía de alegría por el reencuentro; al mismo tiempo, no obstante, circundaba a sus ojos un halo de tristeza que le recordó a Alessandro que él mismo era un perdedor, que acababa de abandonar el palacio del Papa profundamente humillado y probablemente nunca podría volver a entrar como un triunfador.

Tras unos instantes, tras atravesar el borgo Santo Spirito, la muchedumbre comenzó a menguar y Alessandro encontró la oportunidad de preguntarle a Ugo qué hacía en Roma, qué tal le iba en su patria, por qué caminos le había llevado el destino desde su último encuentro.

Ugo no quiso tomar la conversación de forma tan directa, prefirió evitar el tema de su pasado y le explicó con ambigüedad su visita a Capodimonte, la enfermedad de Giulia y la inminente desaparición de su madre. Alessandro recordó entonces cómo Ugo, cuando eran jóvenes, había estado enamorado de Giulia. Sin embargo, nunca había existido ninguna posibilidad de que un pobre provenzal y la hermosa hija de un Farnese, que pronto se convertiría en la ricamente agasajada amante del Papa, hubieran podido estar juntos.

Como tocado por un recuerdo repentino, Alessandro detuvo la marcha. En ese mismo momento, en el que había vuelto a recordar el amor prohibido de su amigo, le había fulminado la consciencia de que su madre iba a morir sin que el mayor de sus deseos se hubiera visto cumplido.

Toda su vida le parecía, de pronto, vacía y sin sentido.

Ni siquiera podía estar a su lado en su camino a la eternidad.

—¿No te encuentras bien? —oyó que Ugo le preguntaba, como en la lejanía.

—Es el aire viciado de la Sixtina... —logró decir.

Las imágenes de Capodimonte, de la *isola* Bisentina, de la alegría y las esperanzas de la juventud, todas esas imágenes se le agolpaban en la mente.

Ugo lo interrumpió.

La elección de Giulio como Papa había quedado tras él, como la puerta de una prisión que se cerraba a su espalda. Solo le quedaba agazaparse en la oscuridad, encerrado en la consciencia de una vida sin sentido.

Todavía pasaron unos instantes antes de que Alessandro lograra recomponerse. Le hizo una seña a su secretario, que llevaba agarrado por las riendas el caballo sobre el que debía haber ido él montado de camino a casa.

—Ugo —dijo, volviéndose a su viejo amigo—, me marcho de inmediato a Capodimonte. Quizá aún llegue a ver a mi madre con vida. Yo... yo... no puedo ir ahora a casa con Silvia y los niños, no podría soportar su decepción, su compasión...

—Mi caballo se encuentra en la posada de los Osos, en borgo Sant'Angelo, no lejos de aquí. Te acompañaré.

Alessandro miró a su barbado amigo. Hacía largo tiempo que no se veían, y sin embargo era tan leal como en aquellos días en Florencia. Quizá Ugo sí que fuera un mensajero del cielo después de todo...

Alessandro ordenó al secretario y a su ayuda de cámara que acudieran de inmediato a su casa y allí explicaran que había tenido que marchar apresuradamente en pos de una madre moribunda. Cogió las riendas del caballo y le dijo a Ugo:

—¡Vámonos!

Cuando ya habían avanzado un trecho en dirección a la posada, Alessandro volvió de nuevo la vista hacia sus hombres. Las prostitutas del barrio los habían rodeado y los mantenían inmóviles, y a pesar de la distancia resultaba evidente que estaban borrachas. Él habría tenido que abrirse paso a latigazos.

Pero en ese momento, todo le daba igual.

Capítulo 59

Capodimonte junto al lago Bolsena - 20 de noviembre de 1523

Cuando Alessandro, acompañado de Ugo Berthone, alcanzó el castillo de Capodimonte que dominaba señorial la aldea a sus pies, ya se veía desde la lejanía el crespón negro del luto, ondeando bajo la tenue brisa del otoño tardío. Bandadas de cuervos graznando con malicia aleteaban sobre las viejas torres que, a esas alturas, se encontraban prácticamente derruidas.

El mayordomo, cheposo y enfermo de gota, los recibió con una reverencia dolorida, en silencio, y con expresión de intensa pena.

Giulia, demacrada, amarillenta y con los ojos enrojecidos, los recibió en el comedor principal, en la sala de ceremonias. Una pesada cama de roble dominaba el centro de la estancia, con sus columnas decoradas con escenas eróticas torneadas y cubiertas con un baldaquino de terciopelo rojo oscuro.

—Ya hemos enterrado a madre en la cripta familiar de la *isola* Bisentina. Murió durante el cónclave —la voz de Giulia sonaba más oscura de lo habitual.

Dejó que Alessandro la abrazara. El pesado aroma del ámbar gris buscaba ocultar otro, más terrorífico, a enfermedad y descomposición. También Ugo la tomó en sus brazos, con más intimidad y durante más tiempo de lo que habría sido conveniente para un extraño.

—Poco antes de vuestra llegada apareció un mensajero de Roma, que me informó de que Giulio de Medici ha sido elegido Papa a pesar de... de que tú... —no se atrevió a mirar a Alessandro—. Lo siento mucho por ti.

—Es cierto, Giulio ha sido elegido. Tendrá que soportar una pesada carga —respondió Alessandro, tratando de hablar de forma neutral y relajada.

Su mirada vagó hasta la pomposa cama, que no había pertenecido a su madre. ¿Habría muerto en aquella cama desconocida?

Giulia cogió la mano de Ugo y lo llevó hasta la chimenea, a un banco cubierto de cojines.

Antes de unirse a ellos, Alessandro los observó un instante. Parecían un viejo matrimonio, como Filemón y Baucis. Al aproximarse a ellos, rodeó la cama, dejando la mano vagar por los pechos desnudos y las posaderas que en ella relucían. Entonces, entendió a quién debía haber pertenecido aquella cama: a la propia Giulia, *la bella* Giulia, quien había recibido en ella al mismísimo papa Alejandro Borgia, proporcionando incontables momentos de dicha a aquel lujurioso viejo verde, quien a su vez le había regalado diamantes y perlas, y había nombrado cardenal a su

hermano. Lo había convertido a él, el joven Alessandro Farnese, en el cardenal *Gonella*... «¡Fóllatelo!». Ésas eran las palabras que la población había colocado en sus labios en la columna del Pasquino, «¡fóllatelo!», la petición formulada a su hermana, para que su santidad y amante le proporcionara a su hermano el ascenso a lo más alto de la curia.

Y en el momento en que debía haber alcanzado el último peldaño, se había despeñado. Aquella pesada cama que dominaba la habitación reflejaba también la tragedia familiar: la protesta, el triunfo, la derrota.

—Te la legaré tras mi muerte —dijo Giulia, que se había vuelto hacia él, con voz cansada—. Lo que aún poseo lo heredará mi hija Laura, pero no esta cama: esta cama deberá recordarte mientras vivas a tu hermana, que durante un par de años pudo vivir gracias al resplandor de su belleza y de sus piedras preciosas, agasajada por un Papa cuya memoria permanecerá eternamente ligada a los crímenes que él inició y a las atrocidades que se le han atribuido.

Alessandro se sentó junto a ella y posó el brazo sobre sus hombros sin mirarla, con los ojos vueltos al llameante fuego.

—Aún no estás preparada para morir.

—Me muero, puedo sentirlo. Hay algo en mi interior que me está devorando por dentro. Es como un ser extraño que hubiera anidado en mis entrañas. Hay días y noches en las que podría aullar de dolor. Por suerte cuento con opio de Egipto, la adormidera me acompañará en mi último viaje, y me gustaría reposar en la *isola Bisentina*, el hogar de nuestra felicidad infantil y de nuestros sueños perdidos. Ya he hecho llamar a Laura. Probablemente llegue en los próximos días.

Alessandro había guardado silencio unos instantes, pero después dijo:

—¿Por qué no vienes a Roma conmigo? Allí hay célebres médicos orientales, que quizá puedan ayudarte.

—Nadie puede ayudarme, y tampoco quiero que lo hagan.

Alessandro agitó la cabeza.

—¿Dónde está tu marido?

Giulia emitió una risilla.

—En Nápoles, ¿dónde si no? Él ha sido el último insulto que la puta de Borgia ha tenido que soportar: solía ser un niño bonito hasta que el *morbo gallico* lo deformó, pero en ningún momento ha sido capaz de follar en condiciones... Lo siento, Ugo, son las palabrotas de una vieja.

Ugo la tomó de la mano y se la llevó a los labios.

—Sé que debería haberme casado contigo —dijo ella—. Como dice el refrán: nadie debería sentirse dichoso antes de morir... Sin duda habría sido más feliz contigo.

—Quizá solo satisfecha —repuso Ugo con voz suave—. No feliz ante el brillo de

los diamantes, pero sí satisfecha, con una sonrisa en el alma.

—Sí, una sonrisa en el alma —repitió ella.

Por la tarde habían dispuesto una mesa junto al fuego para tomar una frugal cena. Giulia no comió nada, y tan solo bebió algo de vino. Cuando unos dolores repentinos le retorcieron el rostro, llamó a su camarera y se retiró. No quería que, bajo ninguna circunstancia, ninguno de los dos hombres fuera a verla, aun cuando la oyeran gritar.

—¿Debería ir a buscarte un confesor? —preguntó Alessandro.

Giulia se rió.

Tampoco Alessandro tenía apetito, pero Ugo, por el contrario, comió un par de muslos de pollo fríos, acompañado con pan, tartaletas rellenas de pescado y aceitunas, y no dejó de alabar el vino de Montefiascone.

Cuando Alessandro quiso dirigir la conversación hacia Giulia, Ugo respondió con monosílabos y mucha reserva. Sin embargo, tras la intervención del vino, se le acabó por soltar la lengua.

—Ya no vivo en Aviñón. Me he mudado a Lubieron, donde vivo como eremita en Lourmarin, junto con una joven.

—¡Oh! —exclamó Alessandro—. ¿Has encontrado una felicidad tardía?

—Podría decirse así —respondió Ugo con amargura—. Ella era la hija de mi casera en Aviñón. Nos amábamos desde su niñez. Ella creció, el amor permaneció, y finalmente se convirtió en mi mujer.

Alessandro, que no pudo evitar pensar en Virginia, sintió agudizada su curiosidad. Le sorprendía el tono de Ugo.

—¿Hijos?

—Un niño murió. La segunda, una niña, ha nacido hace poco. Hace un par de días que me enteré de la noticia, y por eso vuelvo a casa.

Ugo no parecía un padre feliz.

—¿Por qué no te alegras?

—Porque la niña no es mía —musitó, en voz tan baja que Alessandro apenas logró entenderlo—. La llamaré Laura, como la Laura de Petrarca, como la Laura de Giulia.

Alessandro no supo qué decir.

—Lo sé —continuó Ugo—. Un hombre mayor y una mujer joven, aún en la plenitud de su belleza, es algo que no puede funcionar. El conde d'Agoult envía al anciano a Italia para que le compre obras de arte, cuadros con los que adornar su castillo, libros, antigüedades, todo lo que se pueda pagar con dinero... Y mientras tanto el conde seduce a la joven belleza, que ya no tiene que aburrirse con el viejo ermitaño.

Cualquier fórmula de consuelo le parecía a Alessandro una burla al dolor de su amigo. Ugo cogió el atizador e hizo saltar chispas de las llamas.

—¿Y ahora? —preguntó Alessandro tras un instante.

—No podré acompañar a Giulia en su transición a la otra vida, tendré que marcharme mañana, o pasado mañana, para encontrarme lo antes posible junto a la cuna de mi hijita. Nadie la apartará de mí —respondió, de nuevo con amargura en la voz.

—¿Y si el conde, su padre...?

—Marguerite es mi esposa, y Laura será mi hija. Aunque tenga que morir por ello. —Ugo arrojó un leño al fuego y observó las llamas. Después, respiró hondo y se volvió hacia Alessandro—. Pero ya está bien de hablar de mí. Quiero saber qué tal te han ido estos años, cómo has podido compatibilizar tu familia con tus reverendas obligaciones sacerdotales, hasta el punto de que has estado a punto de ser Papa. ¡Con qué alegría lo habría festejado con Silvia y contigo!

Alessandro empezó entonces a contarle los primeros años con Silvia, la época bajo el gobierno del papa Julio, la muerte de Paolo y la elección de León. Le habló de Constanza, de Pierluigi y de Ranuccio hasta que, dubitativo al principio, añadió la mudanza de Silvia, del sacrificio que ella había tenido y que aún tenía que realizar por él y por sus grandes metas, del creciente aislamiento que iba experimentando en su camino al pontificado, y que tras dos humillantes derrotas nunca llegaría a alcanzar.

Ugo lo observó como si desaprobara todo lo que había tenido que escuchar.

—¿Recuerdas cómo discutíamos sobre la filosofía de los griegos antiguos, antaño, en Florencia? *Gnothi seautón*, «conócete a ti mismo»; eso nos decía Ficino una y otra vez, y después: «conviértete en quien eres».

Alessandro negó con la cabeza.

—No nací para ser Papa, ni siquiera durante mi juventud soñé con nada semejante, al contrario, y lo sabes... Lo que ahora soy es algo que nunca quise llegar a ser: un cardenal viejo, huraño y fracasado. No empecé a albergar esa ambición por convertirme en Papa hasta hace pocos años, y fue con el único objetivo de abolir el celibato, porque quería eliminar esa soledad terrenal a la que estamos abocados.

—¿Ése era el único motivo, el más importante? ¿No deseaba tu madre desde hacía largo tiempo que tú, como Papa, devolvieras el honor y la gloria al nombre de su familia, los Caetani? ¿No jugaron ningún papel la ambición, el ansia de victoria?

—Tú te refieres a la ambición enfermiza, al ansia de victoria más desmedida, incluso carente de escrúpulos.

Ugo no respondió, se limitó a observarle, expectante.

—Tú también conociste antaño la ambición; piensa en el ajedrez —dijo Alessandro—. Además: ¿no reside en tu amor por Giulia quizá un poco de ambición?

—Hace mucho tiempo de eso —replicó Ugo, uniendo pensativo las manos frente a la boca, antes de continuar—. El amor y la ambición quizá puedan unirse, pero solo

engendran una criatura deforme que mata al amor en el parto y que probablemente también termine por destrozar la ambición.

Alessandro fue tragándose en silencio cada palabra que oía, pues un repentino dolor le asfixió el corazón al recordar, mediante la referencia a «criatura deforme», a Sandro, el hijo de Rosella, engendrado en lo más oscuro de los bajos fondos. Naturalmente, también la maldición que le siguió, el pacto con el diablo.

—Todo empezó con Sandro, ese pequeño demonio —comentó.

Ugo lo observó interrogante, y con alguna que otra ambigüedad le habló del pacto infernal, del sacrificio que había tenido que ofrecer por su ascensión.

—Ahora ha vuelto a morir uno de mis seres queridos, mi madre, y Giulia le seguirá. Deben morir para que yo alcance el puesto más elevado de la cristiandad. Debo sacrificar a mi familia, a la misma que quiero hacer grande y poderosa. Dios me castiga. O quizá sea el diablo...

Ugo carraspeó y tomó la palabra.

—¿Te das cuenta de que nada de lo que dices tiene sentido? —al ver que Alessandro no respondía, continuó—. Tu madre se hubiera merecido verte sentado en el trono de San Pedro, pero ha muerto a pesar de que no has sido elegido Papa. Así pues, un sacrificio humano no ha servido para nada. Y lo mismo puedes decir de Giulia. Además: ¿no era tu madre ya muy mayor?

Alessandro tuvo que reflexionar sobre las palabras de Ugo, y sintió un atisbo de esperanza pues, efectivamente, no había sido elegido, y su madre había muerto a pesar de todo.

—La mayoría de las personas —comenzó a adoctrinarle Ugo— se imaginan a Dios Padre como un varón barbudo sentado en los cielos, como un viejo patriarca, poderoso, amoroso, pero también iracundo, presto al castigo, exigente con las atenciones y la obediencia, un Señor que siempre ha estado y siempre estará, que ha creado el mundo y a todos los seres que lo habitan, pero que también puede destruirlos, que en algún momento hará justicia junto con su Hijo, y dividirá a todos entre los que puedan entrar a disfrutar de la gloria celestial, y los que deberán sufrir cruel castigo en el infierno.

Sin embargo, ¿realmente podemos creer en semejante Dios Padre, que lleva la justicia al mundo, y cuando no lo consigue, la lleva al más allá, y nos promete la vida eterna, nos dice lo que debemos hacer y nos castiga cuando pecamos y, si somos humildes y rezamos a diario, escucha nuestras plegarias? Sería tan fácil tener un Dios sobre el que recayera toda la responsabilidad de nuestros actos, tanto los buenos como los malos... O uno mediante el cual nos viéramos liberados de las consecuencias de nuestros pecados. No existe tal Dios, y si lo hay, le damos igual. Debemos responsabilizarnos nosotros mismos.

Ugo hizo una breve pausa, esperando algún comentario, pero Alessandro

permaneció en silencio, por lo que continuó:

—Dios no es humano, no es algo que podamos abarcar nosotros mismos, con nuestra razón humana...

—¿Entonces?

—Es algo que está presente en todo, que es el centro del mundo y de los hombres, de la naturaleza y la belleza, y que está también en nosotros mismos, en nuestros huesos, en nuestro fuego, que nos da la fuerza para vivir, para amar por encima de todo, es un vínculo, la esperanza, el anhelo, es aquello que nos conmueve, que realmente nos conmueve...

—Eres un hereje todavía más grande que ese Lutero. Al menos él cree en las Sagradas Escrituras y en la gracia de Dios, en la fuerza de la fe...

—Pero si de eso precisamente estoy hablando: siempre podemos esperar la gracia, no podemos conseguirla por la fuerza, ni comprarla. Una fe viva no se sustenta en lo que los padres de la Iglesia pensaron o exigieron hace mil años, en lo que decidió algún concilio celebrado en algún momento, o en lo que sentenció algún Papa: una fe viva no es algo obstinadamente sujeto a un conjunto de leyes, sino que mantiene una relación íntima con todo lo que sucede en la vida diaria, en el amor por el prójimo, en las transformaciones ocurridas en la creación, en el mundo en el que vivimos. Ese algo anónimo es a lo que podemos llamar Dios, porque estamos acostumbrados a pensar así, en nuestro Dios, que resucita en la verdad y en la honestidad, en el valor diario, y sobre todo en el amor.

«Sobre todo en el amor». Aquellas palabras resonaban como un eco sin fin en la mente de Alessandro cuando, bien entrada la noche y finalmente en la cama, intentó dormir. Las relacionaba con las palabras de San Pablo: «Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor». La derrota que Alessandro había sufrido en el cónclave y que lo había desanimado tanto le hacía experimentar una profunda y dolorosa vergüenza, muy similar al sentimiento de culpa, surgida de la consciencia de haber sacrificado su amor en la lucha por alcanzar lo más alto. Sí, estaba en deuda con Silvia, y con todos a los que creía amar. Se había colocado a sí mismo y a su ascensión por encima de todo lo demás y eso constituía una traición. Una traición por la que no sus seres queridos, sino él mismo, merecía la muerte. Por lo tanto, el siguiente sacrificio a realizar debía realizarlo solo; la víctima sería él mismo.

Capítulo 60

Capodimonte - isola Bisentina - 21 de noviembre de 1523

Cuando amaneció, Alessandro despertó de una pesadilla que lo había dejado sin respiración y bañado en sudor frío. Quería apartar el sueño de sí, olvidarlo rápidamente, retomar la rutina diaria, pero pronto se dio cuenta, en cuanto se liberó finalmente de los últimos rescoldos de ensoñación, de que no tenía ninguna rutina diaria que retomar: estaba lejos de Roma, el castillo de Capodimonte se alzaba en torno a él como una prisión, como la prisión del castillo de Sant'Angelo, en la que le encerraron en su juventud.

Su madre había muerto sin que él estuviera a su lado y ya yacía incluso sepultada. No se había podido despedir de ella: se había vuelto una mujer estafalaria y extraña, pero él tampoco había intentado hablar con ella sobre los primeros años de su vida, en los que ella había sido tan decisiva. Su madre dejaba tras de sí un gran vacío en su interior, la oscuridad de un profundo pozo del que, durante algún tiempo, había podido extraer agua, pero que finalmente se había secado y al que nunca se había atrevido a descender. ¿Y ahora? Ahora se inclinaba sobre el borde del pozo y gritaba, pero lo único que le llegaba era el eco de su propia voz.

Giulia, su hermana, la servicial estrella de su juventud, agonizaba. ¿Le había agradecido adecuadamente todo cuanto le debía? ¿Por qué tras la muerte de Borgia no la había acogido con su familia, en lugar de empujarla a casarse con un idiota napolitano? Ella había sido la primera en sacrificarse por él, y ahora era demasiado tarde como para pagar aquel sacrificio con pequeños y diarios gestos de amor fraternal.

Mientras contemplaba el oscuro baldaquino de su cama, se preguntó por qué, al final del cónclave, había huido tan aterrorizado a Capodimonte sin llegar siquiera a ver a su familia, o a informarlos. ¿De verdad quería haberse despedido de su madre? ¿Acaso en un último acto de valor había tratado de decirse a sí mismo que el propósito de su vida no se había cumplido? ¿No había tenido miedo del encuentro con su decepcionada familia tras una nueva derrota?

A base de agresivos tirones Alessandro terminó por salir de la cama a la fría humedad de la habitación en la que ya había dormido de niño. Se dirigió a tientas hasta la ventana, que no estaba cerrada con vidrio sino con cortinajes y unos fuertes postigos de madera, y la abrió a pesar del intenso frío que se coló en su interior. La línea clara que él considero que se trataría del lucero del alba se encontraba ante la luna llena, que derramaba su pálida luz sobre el mar. En algunos puntos quedaba

eclipsada por la niebla, mientras que en otros se reflejaba sobre la plateada superficie.

Extraños pájaros nocturnos, mochuelos quizás, lanzaban al aire sus gritos... ¿Mochuelos en noviembre? Entonces, le sorprendieron los somnolientos graznidos de los cuervos que cayeron repentinamente del cielo y aletearon frente a la ventana, rompieron en un agitado griterío y volvieron a desaparecer sobre el oscuro muro cubierto por la negrura de la noche.

Ocultas por la niebla se alzaba la *isola* Bisentina, y en ella la tumba de su madre, la de su padre, la de Angelo y la de Paolo...

Los cuervos enmudecieron, y además del grito de los pájaros nocturnos, Alessandro pudo oír el ligero chapoteo de las olas. Sonaba como si unos remos hubieran golpeado el agua. Sí, de nuevo una imagen extraída de un sueño se presentó ante sus ojos: la niebla, un campo de niebla sobre el agua y una barca que luchaba contra la gris nada, contra una idea amenazante e inexplorada al tiempo. Sobre el bote, un hombre, oculto bajo una capucha, permanecía rígido como una estatua e introducía su remo lentamente en el agua, una vez a la izquierda, otra a la derecha. Como si la propia niebla los engendrara, comenzaban a aparecer más figuras, vestidas con ropas grises, un ejército de muertos, de resucitados, de pecadores que no encontraban la paz.

Alessandro se vistió con su ropa interior y con un grueso manto de lana, inquieto, pues había algo que le empujaba a marchar de aquella prisión. Cuando miró de nuevo por la ventana, tanto las barcas como las figuras espectrales habían desaparecido, la niebla cubría completamente el mar, la luna se recortaba como un plato redondo y claro sobre el cielo.

No era fácil abrir el portal del castillo sin despertar a nadie. Cuando Alessandro finalmente lo logró, se apresuró a cruzar el puente y el estrecho camino que llevaba hasta el embarcadero. Vapores neblinosos, semejantes a nubes transparentes, atravesaban la luna. Era noche cerrada y ni un solo caballo golpeó la pared de madera de su cuadra, ni una sola vaca vigilaba inquieta a sus terneros, ni una sola gallina tuvo deseos de cacarear.

Alessandro encontró un bote y lo empujó con fuertes empujones hasta el mar. La puntera de su barca relucía como un mascarón en la gris nada, la superficie de sus remos se hundía en el agua y levantaba, bajo la luz de la luna, miles de gotitas diminutas. Las estelas mortuorias que encarnaban los cipreses le recibieron fúnebres y graves, y la barca se deslizó chirriando por el muro del embarcadero de la *isola* Bisentina.

La niebla casi se había retirado por completo, la vegetación de la isla creaba la sensación de un paisaje de ensueño bañado por la luna. Los guijarros crujieron bajo sus sandalias, dejándole helados los pies. Le recorrieron innumerables escalofríos. Se aproximó al convento, desde cuyos muros la noche se extendía sobre el cementerio,

con sus cruces y el mausoleo de mármol de la familia Farnese. Sobre el suelo yacían rosas esparcidas, las últimas flores de noviembre.

No, no soñaba, y sin embargo lo que atravesaba era una noche irreal. La hierba húmeda le empapaba los pies. Negros arbustos, negros troncos que se bifurcaban y finalmente se perdían en finas ramas, susurros y crujidos tras las matas, el ligero chasquido de las agujas de cipreses y pinos, como voces susurrantes, como un coro de ángeles sibilantes, como la implorante llamada de los muertos...

Pronto se encontró ante la roca de las Sirenas, el lugar que encarnaba los momentos de mayor felicidad de su vida. Allí habían nadado siendo niños, sobre todo Giulia y él, con su padre, y allí, en un punto oculto por enormes pinos piñoneros, había pasado la primera noche con Silvia, la había seducido, la había conducido hasta un amor prohibido... Las dos mitades rotas de un recipiente redondo, antaño unido. Allí fue donde debió concebirse Constanza, su hija mayor...

Se dejó caer de rodillas, como si lo hiciera ante Silvia, el amor de su vida. La luna observaba como un gran ojo la amplia superficie plateada del agua y él la miró, como si pudiera encontrar en ella consuelo y perdón.

Tras un momento, se levantó de nuevo y fue resbalando por toda la pendiente que llevaba hasta la orilla. Las rocas arrojaban una sombra aguda, cuyos bordes temblaban sobre el agua. Un repentino aleteo sobresaltó a Alessandro quien, no obstante, no logró ver ningún pájaro, tan solo el oscuro brazo de los robles, la cubierta de los pinos, las lápidas de los cipreses... Y la tentación de saltar al agua, al elemento de su despreocupada niñez y su juventud, a la plateada superficie de esperanza... Se quitó de golpe toda la ropa, y antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, estaba ya saltando al agua. El frío lo golpeó como un puño helado, y de lo más profundo de su pecho surgió un grito que retumbó sobre el agua, que permaneció sin eco hasta que la quietud de la luz de la luna se lo tragó.

Capítulo 61

Roma, palazzo Farnese - Capodimonte - de noviembre a diciembre de 1523

Constanza había esperado, junto con el resto de la familia, la llegada de su padre tras la elección del nuevo Papa. No apareció y tampoco llegaron noticias suyas. Silvia estaba sentada con ellos ante la chimenea, con los ojos cerrados y las manos unidas. Pierluigi deambulaba como un tigre por la habitación, arriba y abajo, soltando maldiciones y amenazando a la familia Medici con una brutal venganza, hasta que ya no pudieron retenerlo y salió acompañado de un par de guardias en busca de su padre.

Bosio y Girolama permanecían en Frascati con los niños. Constanza solo se había llevado consigo a Roma, acompañado de su ama, al menor de sus hijos, Angelo, de medio año de edad y que había sido bautizado en honor al hermano de Alessandro.

La joven rezaba. Le rogaba a Dios, a su madre y a todos los santos que los ayudaran. Dudaba de la justicia divina, de su sabiduría, atenazada por los remordimientos, dudaba de todo.

Poco antes de la medianoche, Pierluigi regresó sin éxito, informó de la alegría y el alborozo que inundaban las calles, de la certeza de la plebe de que retornarían los días del viejo León, y que el Vaticano vomitaría ducados.

Cuando la noche por fin llegaba a su final, el ayuda de cámara y el secretario atravesaron, tambaleándose y medio desnudos, la entrada del *palazzo*. Pierluigi se precipitó escaleras abajo y Constanza lo siguió. Lentamente y con todo detalle los dos hombres explicaron el encargo de su padre e informaron de que les había resultado imposible atravesar las calles, pues las prostitutas tenían una forma muy particular de celebrar la elección del Papa.

Antes de que llegaran a entender lo que se les venía encima, Pierluigi ya los había abofeteado a conciencia, había tirado al ayuda de cámara al suelo y había hecho sangrar la nariz del secretario de un puñetazo. Constanza se arrojó contra sus brazos antes de que llegara a sacar el puñal.

Fue su madre quien, en último instancia, logró tranquilizar a un Pierluigi enloquecido de furia.

Al día siguiente, todos esperaron noticias de Capodimonte. Finalmente, apareció un mensajero con una breve misiva de su padre en la que explicaba la muerte de su madre y la enfermedad de su hermana.

—Me necesitan aquí —escribía como conclusión—. No os preocupéis. Podrán coronar a Giulio sin mí.

—¿Y qué pasa con nosotros? —preguntó Constanza—. ¿Es que nos ha olvidado? La madre calló. Pierluigi maldijo.

El papa Clemente VII, efectivamente, recibió sobre su cabeza la tiara papal sin que el cardenal Farnese se encontrara a su lado. Poco después tuvo lugar la *possesso*, mucho menos esplendorosa de lo que habían pensado, incluso bastante deslucida y pobre, como se comentó por todas las tabernas y calles de Roma. Ni Constanza ni su madre se sentían en condiciones de rendir alabanzas al recién elegido Papa ni de maravillarse del desfile por la *via Triumphalis* desde el palazzo de los Medici. Se disculparon alegando malestares y explicaron también que, debido a la muerte de su madre, Alessandro se encontraba en Capodimonte. Evidentemente presentaría sus respetos al nuevo Papa en cuanto regresara a Roma.

Pierluigi se había encontrado durante la procesión con su amigo Giovanni, *il Diavolo*, o *della bande nere*, como habían dado en llamarlo desde la muerte de su tío, e informó de vuelta a casa de que Ranuccio había estado en Urbino, había parado un tiempo en Venecia y había solicitado, a pesar de su corta edad, una *condotta*.

La madre, que no solo estaba preocupada por el padre, sino también por el menor de sus hijos, respiró aliviada.

—Vive y está bien. Pero Ranuccio... ¿un soldado? —agitó la cabeza y suspiró—. En estos días es necesaria una gran fe para seguir adelante.

Constanza pensó en su padre. No creía que hubiera sido capaz de soportar con resignación e indiferencia la derrota en el cónclave seguida de la muerte de su madre. A pesar de todo, no entendía cómo tras el anuncio del nuevo Papa había sido capaz de escapar atropelladamente a Capodimonte. Día tras día la azotaba la preocupación, y sus rezos no lograban consolarla, sino al contrario: le parecían vacíos y sin fuerza.

Como no recibían más mensajes de su padre, envió finalmente a un mozo de confianza hasta el castillo junto al lago Bolsena. Regresó más rápido de lo esperado e informó de que no había podido hablar con el cardenal, pero sí con un tal Ugo Berthone, al parecer viejo amigo suyo: el padre se encontraba en cama con fiebre elevada y dificultades para respirar, sufría una espantosa debilidad y apenas era capaz de reconocer a su amigo más cercano. Añadió, además, que la hermana del cardenal, Giulia, se había retirado en compañía de su hija Laura al convento de *isola* Bisentina, donde iba a esperar la muerte.

Apenas habían recibido estas noticias, Constanza y su madre reunieron a los sirvientes y doncellas más leales en torno a ellas y partieron, todos juntos, incluido Pierluigi, rumbo a Capodimonte. Rosella, el ama y el pequeño Angelo se quedaron en casa.

Una vez allí se encontraron con el padre febril y muy débil, pero capaz de hablar. Les sonrió y susurró que le resultaba difícil expresarse. Sobre las sienes enjutas se recortaban venas azuladas, tenía las mejillas hundidas y la barbilla pronunciada.

Constanza le miró profundamente a los ojos y leyó en ellos la muerte.

—Ugo y yo hemos estado hablando mucho acerca del destino y de Dios... Y sobre mis deudas —sonrió a la madre y le tomó de la mano—. ¿Podrás perdonarme?

Las lágrimas anegaron los ojos de la madre. Tampoco Constanza pudo dominarse, se arrodilló junto a la cama y hundió el rostro en las mantas.

—Lo peor de todo es que ya no puedo hablar con mi madre. No creo que se enterara de mi derrota. Quizá descubra las malas noticias en el otro mundo y apriete enojada los labios —al decir «otro mundo», le había dirigido una mirada irónica a Ugo.

—¿Qué clase de cama es ésa que está en la sala de ceremonias? —preguntó Pierluigi—. ¿Y por qué no te echas allí? Se estará más caliente junto a la chimenea.

El padre guardó silencio, como si no hubiera escuchado la pregunta.

—¿Traemos a un médico de Roma? —preguntó Silvia.

—El viejo quirurgo de madre me está cuidando. Es una afección pulmonar, con debilidad general. Soy un hombre mayor y, como todos, debo morir algún día.

Constanza no pudo reprimir un grito. Levantó la cabeza, agarró la mano huesuda y azulada de su padre, pero cuando trató de hablar, todas las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—Pronto vendrán más corderos Farnese al mundo —dijo él, con una sonrisa débil—. Ya sabéis que a vuestra abuela le gustaba particularmente la cría de ganado ovino y que se preocupaba muy especialmente por los corderos. Los lobos no deben atrapar a ninguno.

—Eso será más tarde, Alessandro, en febrero. Todavía no ha pasado el invierno —le corrigió la madre.

—Qué lástima —susurró él.

Constanza lo contempló con atención, y cuando él cerró los ojos, ella creyó que se moría.

—Agua —tosió tras unos instantes.

La madre hizo que le trajeran un cuenco y le fue vertiendo lentamente en los labios el fluido.

Pierluigi se removía inquieto por la habitación, cerrando y abriendo los puños, después miró unos instantes a su padre, lleno de rabia, pero pronto comenzó a pasearse de nuevo, hasta que se detuvo en la ventana.

—Me metí en el agua —susurró el padre.

Pierluigi se dirigió hacia la cama.

—¿Te empujaron? ¿Te caíste? —preguntó, con voz mucho más elevada de lo necesario.

El padre apretó la mano de la madre.

—En la roca de las Sirenas, ¿te acuerdas, Silvia? Quería nadar —una tenue

sonrisa se dibujó en sus labios—, pero el agua estaba demasiado fría para un viejo en busca de sus recuerdos.

Las lágrimas fluyeron en silencio por las mejillas de la madre.

—¿Por qué no habéis traído a Ranuccio con vosotros?

Las entrañas de Constanza se contrajeron sobre sí mismas. Había estado esperando aquella pregunta.

El padre abrió sus turbios ojos.

—¿O es que estoy ya tan ciego que no lo veo?

Antes de que Constanza o su madre pudieran responder, Pierluigi exclamó, de nuevo demasiado alto:

—Está en Venecia, tu hijo menor ha solicitado una *condotta*. Ya había tenido suficientes sotanas.

Constanza le siseó un «¡Pierluigi!» recriminatorio.

Él replicó, igualmente siseando:

—Más tarde o más temprano tenía que enterarse.

Le siguió una prolongada pausa, y el padre cerró de nuevo los ojos.

Ugo Berthone, que había permanecido todo ese tiempo en un discreto segundo plano, le susurró algo a Rosella y ambos salieron de la habitación.

—Ugo y yo —dijo el padre, rompiendo de nuevo el silencio— hemos estado buscando a Dios, pero no lo hemos encontrado. Quizá aún tenga que vivir un poco más para que mi búsqueda no sea infructuosa.

De nuevo abrió los labios en una sonrisa, descubriendo en esta ocasión los dientes, en un gesto que le recordó a Constanza a un rictus mortuario.

Pierluigi, que había permanecido tranquilo todo el tiempo, abandonó repentinamente la habitación.

—¿Ranuccio se ha ido solo? —preguntó el padre en voz tan suave que apenas se le entendía.

—No, acompañado de dos mozos —respondió Constanza.

—¿No había ninguna joven con él?

Constanza miró a su madre, quien negó imperceptiblemente con la cabeza.

—¿No se fue Virginia con él? —porfió el padre.

—No lo sabemos —dijo la madre con tanta dulzura como fue capaz.

A Constanza se le ocurrió repentinamente una idea. Atravesó silenciosamente la estancia y fue a buscar a su pequeño Angelo, a la que el ama ya había alimentado y que la recibió resplandeciente. Lo cogió en sus brazos, le hizo cosquillas para que riera y entró de nuevo con él en la habitación de su padre. El pequeño miró con curiosidad a su alrededor, vio a su abuela, rió y quiso acudir a sus brazos. Silvia lo recogió y comenzó a hablarle sobre el *nonno*. Angelo dio palmadas con sus manitas y su abuelo le tendió sus enjutos dedos.

—¿No quieres bendecirlo, papá? —preguntó Constanza—. ¿A tu nieto menor? ¿Y te ha contado ya Pierluigi que Girolama está embarazada de nuevo?

El padre abrió los ojos, y por primera vez se reflejó auténtica dicha en sus pupilas. Incluso intentó incorporarse y acarició a Angelo.

—Girolama está embarazada —susurró—, qué alegría. Y tú has llamado a tu pequeño Angelo, como mi hermano, mi hermano fallecido hace treinta años, el primogénito, el heredero, que sin embargo tuvo que sufrir una muerte ridícula en una batalla ya ganada, mi dulce, mi reflexivo Angelo. Su muerte tuvo tan poco sentido como la de Paolo —dijo, y agitó la cabeza—. ¿Cómo se puede creer en un Dios de justicia, si deja morir con tal impunidad a los más tiernos de entre los hombres? ¿Por qué nos lo hace todo tan difícil, tan espantosamente complicado?

Aquellas tristes palabras no afectaron al pequeño Angelo, que incluso intentó gatear hasta el *nonno*, aunque aún se encontraba en brazos de su abuela. El anciano le cogió la mano y jugó con él.

Una sonrisa difusa se dibujó en el rostro del padre, que intentó mirar al pequeño, y después volvió la vista buscando los ojos de Silvia.

—Debéis buscarme un sacerdote para esta tarde. Necesito la extremaunción.

Cuando Constanza iba a salir de la habitación con Angelo, Alessandro la agarró de la manga y bendijo al niño. Tras dibujar la señal de la cruz, dijo:

—Todos vosotros podéis contar con el amor de vuestro padre y abuelo. Nunca os abandonará.

Entonces, cerró los ojos, y de nuevo creyó Constanza que aquél había sido su último aliento.

Sin embargo, solo estaba dormido.

Por la tarde, Rosella y Ugo aparecieron con una infusión caliente de hierbas que le administraron al adormilado patriarca.

No pudieron encontrar a ningún sacerdote en la zona, y el muchacho enviado hasta Montefiascone no regresó en todo el día.

A la mañana siguiente, la fiebre parecía haber remitido y el padre renunció a la extremaunción. Sin embargo, requirió que el pequeño Angelo jugara o al menos se quedara en su cercanía.

—Tengo que tener en alguna parte un caballito de madera con el que yo jugaba de niño. Quizá le guste.

—Papá, Angelo aún es muy pequeño para caballitos de juguete. Ni siquiera sabe andar.

—Es verdad.

El padre dio muestras de reflexionar.

—¿Y la Virginia de Ranuccio ha alumbrado algún niño?

Constanza se estremeció y la madre cerró los ojos. Pierluigi sonrió inseguro e

irónico al tiempo.

—No lo creo —dijo Constanza, finalmente—. Ranuccio es demasiado joven, y además tampoco están casados. Ella es solo una cortesana.

Se produjo una nueva, prolongada y densa pausa en la que solo Angelo gorjeó y chilló.

—Me gustaría saberlo —concluyó el padre—. ¿No podríais averiguarlo? —añadió, mirando a Pierluigi—. Hijo mío, el mayor y más fuerte, eres un buen jinete, ¿no podrías cabalgar hasta Venecia y preguntarle a Ranuccio si tiene un hijo?

Pierluigi esbozó una sonrisa deforme, como si estuviera lidiando con las insensateces de un demente.

—Pero, papá, Venecia se encuentra muy al norte, estamos en invierno, y los pasos por los Apeninos estarán cubiertos de nieve.

—Lo conseguirás, mi gran, mi fuerte hijo mayor. ¿Hay nieve ahí fuera? No lo creo.

Pierluigi miró a su madre y agitó la cabeza.

—Puedes estar en cinco días en Venecia si te das prisa. En una ocasión, César Borgia realizó el trayecto hasta Bolonia en tres días. Era un tipo osado, igual que tú, hijo mío.

La mirada de Pierluigi se endureció, pero asintió.

Se buscó el mejor caballo, tomó a dos acompañantes con sus respectivas monturas y partió ese mismo día.

El remedio de hierbas que Rosella le traía diariamente a su padre demostró ser un potente reconstituyente. El cardenal parecía alejarse cada vez más del riesgo mortal.

Ugo remaba cada día hasta la *isola* Bisentina para visitar a la tía Giulia.

Como Pierluigi no había regresado aún transcurridos ocho días, el estado de su padre empeoró. Se encontraba inquieto, y decía insensateces en torno a César Borgia una y otra vez. Entremedias, reía y gritaba: «*¡Aut papa, aut nihil!* O Papa, o nada». Ése era su lema.

—*Aut Caesar, aut nihil* —le corregía la madre.

—¿Y no es lo mismo, mi amor? ¿Dónde se encuentra, en cualquier caso?

—Hace tiempo que César Borgia está muerto, ya lo sabes.

—Hablo de Pierluigi, el osado —y el padre se mostró realmente enojado.

—Pero, Alessandro —lo tranquilizó la madre—, sería imposible que hubiera regresado ya. El camino a Venecia es largo y peligroso.

El noveno día, el padre tomó únicamente el remedio de Rosella y no comió nada. La fiebre aumentó de nuevo y él requirió la extremaunción.

Ese mismo día, por la tarde, el padre oyó voces.

—Mi madre me habla —susurró—, la hija de los Caetani, la familia que engendró ocho cardenales y un gran Papa. Quiere que yo sea pontífice. «*¡Me lo prometiste!*»,

me ha gritado. ¿Qué opináis? ¿Los hijos o la curia? ¿La familia o la sucesión de Pedro? ¿O las dos cosas? ¿Es eso soberbia? Debo consultarlo con Ugo.

Nadie se atrevió a responder, ni siquiera el provenzal.

—¿Por qué guardáis silencio? Oigo a mi Ranuccio. Dice que debo decidir por los dos. Sí, lo oigo, está llamando, llamando. ¿Por qué nadie le abre la puerta?

—Alessandro, Ranuccio se encuentra aún de camino desde Venecia. No puede estar aquí.

En la entrada del castillo resonaron golpes sordos, y después un fuerte grito de llamada.

Constanza soltó un chillido y corrió a la puerta.

¡Era él!

Ranuccio se había puesto en marcha en cuanto Pierluigi lo había localizado, había dejado a su hermano en Venecia, y ahora se encontraba en la habitación del enfermo.

—Lo sabía —susurró el padre, abriendo los ojos y sonriendo al joven—. «Tú eres mi Hijo amado, en ti tomo contentamiento».

Ranuccio se arrodilló ante la cama y apretó la mano de su padre contra su frente.

—¿Dónde está Virginia? —preguntó el padre—. ¿Y tu hijo? —su voz sonaba insegura, temerosa.

—¿Mi hijo? —Ranuccio miró a Constanza con una pregunta pintada en los ojos.

—Sí, tu hijo —insistió el padre.

Ranuccio rió.

—Primero preocúpate por recuperarte, papá. Mi hijo aún aguarda entre los ángeles.

El padre suspiró.

—Eso está bien —exclamó, tornando su expresión en una sonrisa pícar—. Tampoco queremos agotarnos.

QUINTO LIBRO

Apocalipsis

Capítulo 62

Capodimonte - Roma, Vaticano - palazzo Farnese - principios de abril de 1524

Alessandro recuperó las ganas de vivir y comenzó a recuperarse. Sin embargo, hasta principios de la primavera no se encontró lo suficientemente fuerte como para remar hasta la *isola* Bisentina y allí rezar ante la tumba de su madre y de su nunca olvidado hijo Paolo.

También su hermana había fallecido poco antes, y su hija Laura le había hecho enterrar con total discreción. Al contrario que Alessandro, que debido a su enfermedad no había podido volver a visitarla, Silvia había acudido una y otra vez hasta la isla para verla y rezar con el fantasma de mejillas hundidas y carcomido por el dolor, que era ya su amiga. Sin embargo, y a excepción del coro de monjas intercesoras, ella era la única que rezaba, pues Giulia solo abría los labios para emitir fervorosas protestas:

—¿Por qué no me dejas morir de una vez, Dios cruel? ¿Por qué me castigas así? ¡Solo lo hice por mi hermano!

Entonces, rompía a sollozar y a gritar como un animal agonizante, hasta que se desmayaba, resollante, y las monjas de mirada compasiva la llevaban a su celda.

La primavera despertó con brotes verdes, coloridas primulas y violetas, reunió en el cielo un rebaño de redondeadas y luminosas nubes y cubrió la isla con un especiado aroma a resina fresca.

Alessandro también rezó una oración ante la tumba de su hermana, de su hermano Angelo y de su padre, abandonó después el mausoleo y llevó a la ligeramente reticente Silvia hasta la roca de las Sirenas. Constanza y Ranuccio se mantuvieron a distancia prudencial. Alessandro se sentó en la orilla, contempló el mar reluciente y deslumbrante bajo los rayos del sol y finalmente la pálida hoz de la luna que aguardaba, como olvidada o perdida, sobre el horizonte.

Silvia había permanecido de pie, pero finalmente se dejó convencer para reposar sobre el fresco musgo.

—¿Te acuerdas? —le susurró él.

En silencio, ella se inclinó sobre él, posando la cabeza en su hombro.

—¿Te parece que ha merecido la pena? —susurró él.

Ella le cogió la mano y besó las puntas de sus dedos.

Él se perdió en sus pensamientos, hasta que finalmente dijo:

—¿No debería renunciar a mi rango de cardenal para que los dos pudiéramos

quedarnos aquí, regocijándonos por la suerte de poder envejecer juntos, como Filemón y Baucis? Ya no seré Papa. A Clemente no le interesa una renovación radical de la Iglesia, de la cabeza a los pies, y los tejemanajes políticos, todo ese carrusel de intrigas, me repugna. Pierluigi ya no permite supervisión alguna, incluso el joven Ranuccio ha tomado su propio camino, Constanza tiene más que suficiente con sus hijos, puede permanecer en el *palazzo* de Roma... Y nosotros podíamos espantar los pájaros de mal agüero de mi madre, adecentar Capodimonte y criar ovejas.

—Debes vencer la desilusión, Alessandro, y regresar a Roma —respondió Silvia, con ademán decidido—. Clemente ya ha enviado numerosos mensajeros en tu busca, incluso ha manifestado su intención de venir a verte en persona. Debes convertirte en decano del colegio cardenalicio, y probablemente pronto también en vicescanciller. Por lo que ha señalado, sois viejos amigos y necesita tu consejo.

Alessandro agitó cansado la cabeza.

—Por lo que Baldassare me ha escrito, sus nuevos consejeros cercanos son Giberti y Schönberg, el uno, un francófilo apasionado, el otro, un decidido partidario del emperador. Entre ellos, el veleidoso Clemente. Lo único que conseguiría sería acabar exhausto.

Silvia había cogido la mano de Alessandro de nuevo y la sostenía sobre su mejilla.

—¿De verdad quieres renunciar? Al poco tiempo te aburrirías, te arrepentirías de tu decisión y destrozaría nuestra vida —dijo ella, mirando compungida el mar—. No, no hay marcha atrás. El Todopoderoso te ha devuelto la vida y sé que tú lucharás con el último aliento que te quede. ¡Volvamos a Roma!

Alessandro la había escuchado con calma, pero no respondió, a sabiendas de que Silvia lo conocía bien. Vagos pensamientos lo rozaron, un ligero eco del sueño del sacrificio le vino a la mente, oyó la voz de Ugo y sus palabras acerca de las apasionadas transformaciones de la vida y el poder del amor, su antiguo maestro Leto se reía, se reía de su juventud lejana, pero de pronto adoptaba un gesto grave, sepulcral: «Alessandro, conviértete en quien eres».

Se levantó, decidido. Su pretérita desorientación quedaba relegada al recuerdo, como un remolino terrorífico. Silvia lo miró y él simplemente asintió y dijo:

—Tienes razón.

Se reencontraron con Constanza y Ranuccio y regresaron a los botes. Poco a poco los rígidos vigilantes que eran los cipreses se fueron volviendo más pequeños, mientras una gaviota los observaba en vuelo, con sus ojillos curiosos y pequeños como botones, y los acompañaba casi sin aletear, rodeándolos una y otra vez, hasta hundirse finalmente en la luz plateada.

Cuando Ranuccio anunció que al día siguiente partiría para Roma, «para comprobar si todo está en orden», Alessandro tomó una resolución.

—Todos regresaremos mañana a Roma.

En su primera audiencia con el papa Clemente en el Vaticano, fueron incontables los prelados y cardenales que se lanzaron sobre él para saludarlo con amistosas exclamaciones. Algunos incluso lo abrazaron y le susurraron al oído:

—Por fin, ¡la voz de la razón! Sin ti, Clemente está perdido y sin sustento.

Él volvió la vista, pero se sintió halagado.

También el papa Clemente lo saludó con un abrazo tan afectuoso, que Alessandro se sintió inclinado a pensar que aquél era el reflejo de sus auténticos sentimientos. Todos sus estrechos consejeros tuvieron que permanecer apartados, incluso Lorenzo Pucci y los cardenales Giberti y Schönberg, cuando Clemente posó el brazo sobre el hombro de Alessandro para conducirlo hasta la logia, donde podrían hablar sin que nadie los perturbara.

Alessandro quiso disculparse una vez más por no haber podido tomar parte de la coronación durante la *sacro possesso*, pero el Papa ni siquiera le permitió hablar.

—Mi viejo amigo, debemos olvidar todo el pasado, las rivalidades, los secretos, los torturadores cónclaves. Debemos permanecer unidos para poder superar la montaña de deberes que se acumula ante nosotros. Todas las deudas que sigue padeciendo el Vaticano. Los romanos están indeciblemente decepcionados conmigo por haber sido supuestamente tan avaro. Todos los cazaprebendas regresan al Vaticano en oleadas, y he tenido que anunciar a muchos de ellos que renunciaba a sus «servicios». Y, ¿cuánto crees que me ha costado mi capitulación electoral? Todos mis beneficios como cardenal y vicescanciller. La mayoría se los ha quedado Colonna, incluido el palazzo Riario. Cada día se acaricia con burlona satisfacción la barba, que está volviéndose a dejar crecer bien poblada, pero al menos parece que Soderini está a punto de irse a criar malvas. En plena posesión de su dignidad y cargo y sin que nadie le ayude: no es justo, hubiera sido mucho más adecuado que estirara la pata en lo más oscuro de una mazmorra. Afortunadamente pasará la eternidad ardiendo en los fuegos del infierno.

Miró entonces a Alessandro con sus ojos ligeramente estrábicos.

—¿No dices nada?

—Te escucho a ti y a tu elaborado informe de campo.

Alessandro había torcido la boca con sutil ironía. Clemente le dio una palmadita en la espalda.

—Sigues siendo el viejo y taimado zorro que nos tiene a todos en el bolsillo. Veo que la visita de la parca no te ha cambiado nada.

—Oh, Giulio... Perdón, Clemente, Santo Padre, estuve a punto de quedarme en Capodimonte criando ovejas.

Clemente rompió a reír, con una risa un tanto forzada y exagerada.

—No somos criadores, somos pastores, Alessandro, buenos pastores, tal y como

Dios el Señor ha deseado, y eso ya es suficientemente duro. Pero volvamos a la política. Sin duda has oído que los franceses han logrado ascender hasta el Ticino ya en la pasada primavera y sin embargo no han sabido aprovechar su victoria. ¡Yo mismo tengo mi parte de culpa en ello! Y el emperador, a principios de año, bajo el mando de un antiguo vasallo y *connétable* del rey francés, ha logrado expulsarlos de nuevo fuera de los Alpes. No hay duda de eso. Recuerda, no obstante, el nombre del francés: se llama Carlos de Borbón, es un comandante muy dotado y ha cambiado de bando porque la reina madre intentó cortejarlo inútilmente y ahora, despechada, ha pretendido arrebatarle la herencia de su difunta esposa. Francisco, el rey cristianísimo, está otra vez de deudas hasta el cuello, y además tiene que ocuparse sobre todo y ante todo de su amante de la casa Chateaubriant. Existe incluso el riesgo de que el emperador se haga con Francia entera. Hay que evitarlo bajo cualquier concepto y cambiar de bando o no tardaremos en convertirnos, nosotros y toda Italia, en vasallos de Carlos. ¿Entiendes?

Alessandro dejó vagar la mirada sobre el *borgo* hasta el castillo de Sant'Angelo, el Rione di Ponte y, después, de nuevo al sur, allí donde debía encontrarse su *palazzo*. En la distancia podía incluso distinguir el Coliseo, la colina cubierta de pinos del Palatino, los torreones de la iglesia y las atalayas lentamente desmoronadas de las antiguas familias. En numerosos puntos se elevaban columnas de humo y sobre la ciudad se extendía una luz grisácea, no la luz dorada de los atardeceres que hacía relucir suavemente a Roma...

—¿Me estás escuchando? —exclamó Clemente.

—Sí, claro que te escucho. Quieres volver a cambiar de bando.

—No. Quizá. Depende de las circunstancias.

—Si el emperador se vuelve demasiado fuerte...

—Exacto, lo has entendido.

—Pero el emperador te considera un aliado, no se alegrará precisamente si le vuelves la espalda.

—Bueno, ya sabes cómo funcionan estos juegos de poder. Come con el caballo del beneficio a la torre de la fidelidad y pronto estarás a un movimiento de la victoria.

—Y para terminar, la reina de la intriga hace jaque mate sobre el rey de la política honorable —concluyó Alessandro.

Clemente se encogió de hombros y arqueó una ceja, irónico.

—Como Papa, soy el soberano de los Estados Pontificios y tengo que aullar con los lobos para que no me coman vivo. El fin justifica los medios. Lo sabes muy bien, y tú mismo no actuarías de forma diferente.

De regreso en su *palazzo*, Alessandro se sintió mejor, pero no del todo en casa. El edificio estaba allí, igual que lo había dejado antes del cónclave, una parte de la *famiglia* había buscado su sustento en otra parte, Bosio y Girolama habían pasado el

invierno en Frascati, junto con los niños. Entretanto, Silvia había regresado a su casa de la via Giulia con Rosella, Baldassare parecía encontrarse con los nietos en Frascati o, como mínimo, de camino; y Ranuccio probablemente había acudido a visitar a su Virginia.

Alessandro vagó por las frías y húmedas estancias del *palazzo*, hizo encender la chimenea y finalmente se encontró con Constanza, arrodillada en el cuarto de los niños con su pequeño Angelo dormido en el regazo, quien le miró asustada al entrar y se limpió con movimientos nerviosos las lágrimas de los ojos y las mejillas.

Él le acarició el cabello, tratando de consolarla.

—¿Qué te aflige?

Ella agitó la cabeza.

—Nada. Solo estoy triste —ella se sorbió con cuidado para no despertar a Angelo—. Echo de menos a mis hijos y a Bosio, sí, incluso a él. Y a *mamma*. Pero no quiero dejarte solo —dijo, y señaló la carta lacrada que yacía sobre una bandeja—. Es de Pierluigi. Un mensajero la traía para ti y el mayordomo la recogió mientras estabas en el Vaticano.

Alessandro la abrió y ojeó su contenido, para acto seguido releer lo más relevante:

«He pasado el invierno en Venecia, donde no solo me he encontrado con Francesco Maria, sino también con Giovanni. Francesco Maria, cuya esposa permanecía en Urbino, debió verse afectado con una fuerte *melancolia*, pues siempre nos dejaba marchar sin acompañarnos cada vez que íbamos en busca de diversión. En sus ojos brillaba la pena, o al menos así de poéticamente lo habría descrito nuestro reverenciado maestro y poeta Baldassare. Por suerte, hay diversión a espaldas en Venecia: en ese sentido, la ciudad de la laguna hace parecer a Roma una aldea de vacas y pastores. Giovanni ha encontrado mujeres de belleza arrebatadora, e incluso yo, que tengo preferencia por los cuerpos más fornidos, he encontrado delicias más acordes con mis gustos.

»Sin embargo, mi bolsa está vacía, por lo que parto con Giovanni hacia el oeste, en dirección a Milán, donde podremos cumplir con nuestra *condotta*. Giovanni estará a sueldo del papa Clemente, mientras que yo he recibido la soldada de los imperiales y estaré al mando de un *battaglione* de italianos. En comparación con ellos, los lansquenets alemanes y *reisläufer* suizos son unos caguetas: los alabarderos son una tropa de *bravi* bien heterogénea, de quien bien se puede decir que en realidad son bandidos más preocupados por el pillaje que por la lucha, pero la caballería ligera es una tropa arrojada. Echaremos a los franceses a patadas de las montañas, e incluso es posible que después lleguemos hasta la Provenza. El Borbón, el general imperial y los altos oficiales españoles conocen su oficio.

»Querido padre, pronto podrás, en cuanto hayamos ganado, sentirte orgulloso de

tu hijo mayor. El ejemplo de mis predecesores me empuja a buscar la fama en el campo de batalla. En caso de hallar una muerte heroica, entraré en los salones de la gloria haciendo mías las palabras del poeta romano (¿Cómo se llamaba? Ay, Baldassare, perdóname): *dulce et decorum est pro patria mori*. Tu orgulloso y amante hijo y heredero, Pierluigi».

Alessandro dejó caer lentamente el papel. Su mirada recayó sobre el pequeño Laocoonte y se perdió en la lejanía.

—Qué insensato arrogante. Quiere jugar a los héroes... Hasta que se vea inmerso en una ridícula refriega o lo alcance una bala de arcabuz perdida.

Constanza se había levantado y acunaba al pequeño Angelo en sus brazos. El niño aún dormitaba.

—Pierluigi tendrá cuidado... ¿Debería enviar un mensajero a Girolama o ir yo misma a Frascati a decírselo? —dudó un instante—. ¿Por qué no vienes conmigo? No me gusta la idea de dejarte solo.

—¿Qué hay de Ranuccio? ¿No crees que se quedará en Roma, donde podrá no ya tanto ver a su padre como a su joven cortesana?

Le indicó a Constanza que le dejara colocar al pequeño Angelo en su regazo. El niño se despertó, pero aceptó de buen grado el cambio de manos, jugó con los botones de su abuelo, le tiró de los lóbulos de las orejas y quiso arrancarle el gorro de la cabeza.

Constanza guardó silencio un instante y respondió, finalmente:

—Ranuccio quiere volver a reunirse con el duque de Urbino. Venecia le ha prometido una *condotta* sobre un pelotón de caballería de cien hombres.

—¿Te lo ha dicho él?

Ella asintió.

—¿No crees que Virginia podrá retenerlo aquí?

Ella negó con la cabeza.

El pequeño Angelo se las había ingeniado para irse deslizándose hasta el suelo, donde gateó hacia su madre y se levantó. Ella intentó sostenerlo en sus primeros intentos por caminar, pero de inmediato volvió a caer de culo y gateó tras un gato curioso que se había colado en la habitación para calentarse junto a la chimenea. Mientras Alessandro lo observaba, recordó los primeros pasos de Ranuccio. Habían transcurrido ya quince años de aquello. Sintió cómo el miedo le oprimía la garganta. Su benjamín tenía ya dieciséis años, era un jovencito delgado, un buen arquero y jinete, pero apenas un niño... ¿Y ya quería dirigir un pelotón de caballería? ¿Darle órdenes a hombres experimentados en la batalla que, por la edad, podrían ser sus padres? ¡Se reirían de él!

—¿Sabe realmente que Virginia podría ser medio hermana suya? —interrumpió Constanza sus pensamientos.

Alessandro alzó la mirada compungido. Apenas había regresado a Roma como un cardenal derrotado y humillado que había evitado la muerte por muy poco y ya tenía que contemplar la división de su propia familia. Estaba ocurriendo lo que siempre había querido evitar, y no podía hacer nada.

—No lo sé —respondió con voz entrecortada—. Probablemente ni siquiera su madre lo sepa —respiró hondo—. Virginia destruirá nuestra familia de nuevo, lo presiento. Y sin embargo es una muchacha encantadora.

—No lo conseguirá. —Constanza le echó los brazos al cuello y susurró—. Además, nos tienes a nosotros.

Él se liberó de su abrazo.

—¿No debería ir a Ranuccio y decirle, simplemente: Virginia es tu hermana?

Constanza se mostró horrorizada y cogió a Angelo en brazos.

—Es hora de alimentar al pequeño. Lo llevaré al ama.

—Pero si alguien se lo llega a decir —pensó Alessandro en voz alta— buscará la muerte en el campo de batalla... Ranuccio no posee un espíritu fuerte... ¡No debe acabar como mi hermano Angelo! ¿Qué demonios debería hacer?

Constanza se aproximó de nuevo a él y el bebé tendió los brazos hacia su abuelo.

—¡Nos tienes a nosotros! —repitió ella con expresión triste.

Capítulo 63

Roma, palazzo Farnese - Vaticano, aula regia - 30 de octubre de 1526

Cuando Alessandro despertó de sus inquietos sueños y abrió los ojos, un pequeño ángel mudo se encontraba de pie a su lado, observándolo. Cerró los ojos, se hundió en un escenario oscuro, iluminado por la luna y escuchó el chasquido de espadas y el relincho de caballos. Quiso gritar «¡parad!», pero en lugar de eso volvió a abrir los ojos. El angelito aún seguía a su lado, y la clara luz de la mañana atravesaba los cortinajes. Parpadeó y el ángel en seguida rió, alzó los brazos, gritó «¡el *nonno* está despierto!» y comenzó a gatear por la cama.

Alessandro no pudo entonces evitar reír. Abrazó al pequeño Angelo, el benjamín de Constanza, quien había tomado por costumbre deslizarse por las mañanas en su cuarto y esperar pacientemente y en silencio junto a su cama hasta que él abría los ojos. Entonces, ya no se refrenaba, y al pobre abuelo de sesenta años no le quedaba más remedio que cubrir a su angelito de carantoñas y cucamonas.

No podía imaginar forma más hermosa de despertarse. Todos sus oscuros sueños se desvanecieron de golpe. Angelo le cubrió los ojos y la pronunciada nariz con besitos babosos y después se recostaron los dos juntos durante un rato, hasta que Alessandro logró incorporarse a pesar de sus doloridos huesos. Entonces, apareció el ayuda de cámara para ayudarlo a asearse y vestirse, después Constanza asomó la cabeza por allí para recoger al parlanchín Angelo, no sin antes darle a su padre un beso de buenos días y preguntarle qué tal había dormido.

—Los ancianos duermen ligero y sueñan con pesadez.

Constanza le dedicó una risilla maternal a su teatral tono quejoso y atrapó al pequeño Angelo para, seguidamente, abandonar ambos la habitación diciéndole adiós.

«¡Ay!», pensó Alessandro «¡cuántas alegrías pueden darte los hijos y los nietos!».

Tras vestirse, se dirigió al estudio, donde se arrodilló ante el crucifijo, como correspondía a un viejo cardenal. Debía rezar, y de hecho solía recitar los versos del padrenuestro y el *Magnificat*, o bien dejaba surgir a los salmos de las profundidades de su pensamiento, para darles vida en sus labios. Sin embargo, se esforzaba enormemente por concentrarse en los requerimientos del día, y por reflexionar acerca de la posición en la que se encontraban tanto el Vaticano como Italia entera, así como su propia familia. Le iría mejor si procuraba no dejarse sorprender por los imprevistos diarios. Cuando era más joven, podía vivir al día con mayor facilidad, pero a esa edad debía conservar todas sus fuerzas y preocuparse más por el orden.

Aquel día, por la tarde, se celebró un nuevo consistorio, para el cual no le aguardaban, afortunadamente, nuevos cometidos.

Siguió sintiendo los húmedos besos del pequeño Angelo en la mejilla, escuchó la risa del niño, pero tras aquellas carcajadas resonaba aún el metálico y agudo sonido de las espadas entrechocadas con las que había soñado. Hasta el momento se había olvidado de ellas, pero no necesitaba a ningún Luca Gaurico para relacionarlo de inmediato con los grandes soberanos europeos que luchaban desde hacía años, el rey francés Francisco y el emperador Carlos, quienes se enzarzaban como furiosos perros de pelea y no dejarían de desgarrarse y destrozarse el uno al otro hasta que alguno cayera muerto sobre la arena del combate.

¿Y qué se le ocurre hacer al presuntamente pacifista y obcecado mediador papa Clemente? Cambiar de bando y entrometerse en la pelea. Había ayudado a crear una alianza contra el emperador llamada la Santa Liga de Cognac y había enviado a un nuevo perro mordedor al campo: su sobrino Giovanni de Medici, *il Diavolo*.

Así pues, no era difícil comprobar que la guerra en Italia y Francia no solo era equiparable a una pelea de perros, sino incluso a una danza, pero no dirigida por un Dios justo o siquiera pacífico, sino por la veleidosa diosa Fortuna: dos pasos hacia adelante, tres atrás, y un paso más adelante. Tampoco acompañaría al baile el sonido de laúdes y de flautas, sino el estruendo de las fanfarrias y los tambores; en lugar de tender la mano a la pareja, se volvía hacia ella con una espada por delante, hasta que finalmente todo quedara inundado de sangre, lágrimas y miseria.

Alessandro, que se había inclinado sobre su atril, se alzó de nuevo y contempló el crucifijo como si se tratara de la encarnación de sus pesares.

Hacia adelante y hacia atrás, así se movían, una victoria no bastaría y se convertiría en derrota, una derrota inyectaría nuevas energías y se confirmaría como una victoria, le seguiría una breve pausa para recuperar fuerzas y después todo volvería a empezar. Lo único que les preocupaba a los que debían soportar la acometida de un ejército enemigo eran el asedio y la conquista.

La misma situación se llevaba repitiendo desde hacía treinta años y durante los últimos la lucha se había vuelto particularmente cruenta. Primero, los imperiales invadieron la Provenza bajo el mando del antiguo *connétable* francés Carlos de Borbón. Entonces las tropas del rey galo marcharon sobre el norte de Italia, de gobierno imperial, conquistaron Milán y sitiaron Pavia, hasta que la tortilla volvió a dar la vuelta inesperadamente y el emperador logró una victoria grandiosa en Pavia que estuvo a punto de costarle la vida al rey, además del encarcelamiento. Todo esto había ocurrido hacía año y medio, en febrero de 1525. Un año después, los aliados del emperador se habían vuelto contra él, incluido el Papa, en aquella liga impía, y las tropas imperiales habían tenido que volver a luchar por la supremacía en el norte de Italia: Borbón aguantaba rodeado y sin soldada en Milán... Y Pierluigi con él.

Sí, su hijo no podía vivir una vida tranquila en Roma o en el campo, no, tenía que inmiscuirse en la lucha, y por voluntad propia.

Alessandro revolvió con movimientos pausados los papeles sobre su atril, entre ellos la carta de su hijo, protocolos del Vaticano, facturas y un nuevo plano de Sangallo que haría aún más bello el palazzo Farnese. Además, recibos de préstamos, empeños, relaciones de beneficios tributados. Un par de notas aquí y allá que él necesitaba para cubrir las cada vez más frecuentes lagunas en su memoria.

A pesar del alegre despertar que Angelo le había proporcionado, tuvo la sensación de que aquel día no transcurriría felizmente. En los últimos tiempos había desarrollado una cierta tendencia a la ansiedad, que le provocaba mareos y no le dejaba respirar. Abrió de golpe la ventana, apartó los postigos y contempló aquel día de octubre, tenuemente iluminado. Una luz pacífica cubría San Girolamo y las casas del barrio y el aire fresco le permitió respirar hondo. Ante el *palazzo* se arremolinaba la gente, podía oír el estruendo procedente de Campo de Fiori. Mientras regresaba de nuevo al estudio, su mirada recayó en el reducido grupo del Laocoonte. Sí, padre e hijos luchaban, desfigurados por el dolor, contra el estrangulamiento al que les sometía la serpiente enviada por un dios enloquecido. Un dios egoísta y celoso que no permitía al hombre disfrutar de las dichas de la familia.

Se volvió con brusquedad y tomó entre las manos, medio distraído, las cartas de su hijo. Hacía mucho que no veía a Pierluigi y Ranuccio, los echaba de menos y, día a día, su preocupación aumentaba. Los dos se enfrentaban como contendientes: Pierluigi, como *capitano* del emperador bajo las órdenes del Borbón en Milán; Ranuccio, como joven jefe de la caballería, bajo el mando de Francesco Maria, duque de Urbino, soldado del Papa y de la Liga, unido además al *Diavolo*, Giovanni de Medici.

Aquella guerra enfrentaba a hermanos y amigos. ¿Qué se proponía aquel Dios lejano, cuyo principal vasallo era el Papa y al que él mismo, el envejecido cardenal Farnese, también servía? ¿Qué pretendía aquel Dios al arrojar al hermano mayor y al hermano pequeño el uno contra el otro? Los pecados terrenales habían llevado bien pronto al crimen de Caín y Abel y la humanidad no había logrado salvarse de aquella maldición desde entonces.

Alessandro sostuvo una de las extensas misivas de Pierluigi. Su hijo mayor le informaba precisamente del desarrollo de la batalla en el norte de Italia y en ninguna dejaba de repetir la desgracia que le suponía que Giovanni de Medici fuera un campeón del Papa: «¿Realmente debería luchar contra un amigo que me es más cercano que mi propio hermano?». Alessandro le había contestado que lo mejor que podía hacer era no luchar en absoluto.

Sin embargo, aún le inquietaba más el porvenir de Ranuccio. Tras la derrota electoral y el regreso de Ranuccio de Venecia, no había permanecido mucho tiempo

en Roma. Había visitado a Virginia con frecuencia, algo que Alessandro había tenido que observar impotente, pero de pronto había regresado sin previo aviso y sin la compañía de su amante a Venecia, donde quería completar su formación como futuro *capitano*.

¿Habría descubierto la verdad de boca de Maddalena y se le habría roto el corazón?

Alessandro, al igual que Silvia, había sabido poco de él desde entonces. Las cartas de Ranuccio eran escasas, y todas tenían un tono triste, aunque en ninguna expresaba enteramente sus sentimientos. Finalmente, anunció con brevedad que cargaría contra los imperiales, bajo el mando de Francesco Maria, dentro de un ejército veneciano.

Contra Milán, que Pierluigi defendía bajo el mando del Borbón.

Por suerte, no llegaron a encontrarse, pero Alessandro tuvo que escuchar cómo, a principios de verano, un Clemente burlón pero a punto de estallar de rabia, le informaba de las novedades en el campo de batalla.

—Así pues, los venecianos, como parte de la Liga Santa y bajo la dirección de sus grandes estrategas, se presentan ante los muros de Milán para conquistar la ciudad y acabar con el Borbón. ¿Y qué crees que hace el duquecito de Urbino? Llega y mira. Pero no acaba de decidirse a atacar. Un ataque acabaría por llevar a la muerte a soldados de una u otra facción y nuestro querido filántropo quiere cualquier cosa menos eso. De pronto, se tiene que enfrentar con un ataque del propio Borbón. Francesco Maria, el Fabio Maximo *Cunctator* veneciano, se ve sorprendido y cuenta sus pérdidas. Entonces, toma una decisión: ¡se retira! ¿Sabes, querido Alessandro, como llaman a nuestro cesáreo indeciso desde semejante heroicidad? *Veni, vidi, fugi*: Vine, vi y hui —el papa Clemente rompió en una carcajada furibunda—. ¡Y semejante sujeto se considera a sí mismo *capitano generale* de la Liga Santa de Cognac! Ha desaprovechado una victoria, regalándole Milán al emperador. Deberían destituirlo y excomulgarlo. Sin embargo, los venecianos, obstinados e intransigentes como son, no quieren dar su brazo a torcer. ¿Qué te parece?

A pesar de los huecos que aparecían ocasionalmente en su memoria, hizo un esfuerzo por tratar de retener en la memoria esos ataques del Papa, así como lo que siguió a continuación:

—¿Has sabido algo de mis hijos? —le preguntó.

Clemente agitó la cabeza.

—Nada; ninguna heroicidad, ninguna gloria, ninguna «dulce muerte por la madre patria».

—¡Gracias a Dios!

—¿En qué clase de cretino te has convertido, Alessandro? Pero no te preocupes, que tus hijos no tardarán en dar uso a sus espuelas —en sus ojos brillaba cierta

malicia.

Alessandro pasó la mañana conversando con el mayordomo, recibiendo a los mendigos del barrio, echándole un vistazo a su ligeramente mimado nieto, hablando brevemente con Constanza y después también con Silvia para, finalmente, dirigirse al Vaticano en una litera portátil. Se sentía demasiado débil para cabalgar.

Una vez llegado al aula regia, se encontró con que el Papa, en contra de su costumbre, no se encontraba dominando con calma la reunión de cardenales, sino que vagaba arriba y abajo perturbado; le hizo señas a Pucci para que se acercara, saludó brevemente a Alessandro y finalmente, cuando todos los cardenales se encontraban ya reunidos y tras un breve rezo, expuso la situación en el norte:

—En primer lugar, no querría ocultaros una buena noticia, hijos míos. El emperador no ha enviado suficiente soldada a su general Borbón, ni tampoco al capitán de los lansquenetes, Georg von Frundsberg, a quien al mismo tiempo ha solicitado ayuda. Esto muestra lo precaria que es la situación del emperador y de sus tropas. Tampoco quiero dejar de daros una segunda buena noticia: ese tal Frundsberg, a quien gustan de llamar el «padre de los lansquenetes», y que le ha conseguido tantas victorias al emperador, ha envejecido y engordado, y está dispuesto para la bien merecida jubilación. Sin embargo, también hay malas noticias: a diferencia de lo que suele ocurrir entre nuestros generales, se ha mostrado leal al emperador; de hecho, ha decidido entrar en combate y se ha puesto en movimiento. Como no cuenta con suficientes fondos para pagar la soldada, ha empeñado sus propias posesiones para obtener el capital que mantenga sus fuertes tropas de lansquenetes. Ver para creer. Un general pagando a sus hombres de su propio bolsillo, ¡y todo por lealtad! Así son los alemanes, ¡están locos de atar! La segunda mala noticia: Frundsberg está reclutando en el sur de Alemania a todo muchacho joven y sediento de aventura, así como a todo experimentado veterano que solo espere una oportunidad para ir a buscar su salario y la rapiña asociada. Ha pasado revista en Merano y Bolzano: ascienden a quince mil hombres y eso solo porque el invierno se aproxima y las tropas venecianas bloquean el paso directo por Verona que lleva hasta el sur. Y yo os pregunto: ¿Es eso una buena o una mala noticia? ¿Buena, porque los lansquenetes se encuentran atrapados junto con su envejecido superior y el invierno de los Alpes los congelará? ¿O mala por si resulta que en realidad consiguen abrir la barrera de venecianos, de milaneses o incluso de los de Mantua, donde hay amigos del emperador?

El papa Clemente se detuvo un instante, y cuando los cardenales comenzaron a hablar entre ellos, alzó los dos brazos:

—Para tranquilizaros, una última y buena noticia: en caso de que Georg von Frundsberg realmente lograra abrirse paso, le harán frente las tropas papales bajo las órdenes de nuestro osado Giovanni. ¡Mi sobrino le enseñará a los lansquenetes de lo que es capaz un Medici!

Capítulo 64

Baviera, orillas del lago Ammersee - Bolzano - Serraglio al sur de Mantua - noviembre de 1526

Efectivamente, en noviembre del año 1526 el ejército de lansquenetes de Georg von Frundsberg marchó de Bolzano hacia el sur para ofrecer su apoyo a los imperiales al mando de Carlos de Borbón que, a pesar del hambre y el frío, seguían resistiendo en Milán. Puesto que el valle del Adisio se encontraba bloqueado por los venecianos, tuvieron que reflexionar y poner en marcha un arriesgado plan.

Entre los lansquenetes se encontraba un muchacho procedente del asentamiento pesquero de Niederschondorf, junto al lago Ammersee, en la Alta Baviera: se había alistado por primera vez y marchaba, libre de dolorosos recuerdos y con la esperanza de grandes aventuras y un rico botín, junto con el resto de la compañía de Frundsberg. Se llamaba Bartholomäus Krux, aunque todos le llamaban Barth, o *el Oso*.

En el registro figuraba como Bartholomäus, hijo del pescador Johannes. El padre se había ahogado durante una tormenta invernal. Cuando Barth contaba con siete años de edad, su hermana pequeña contrajo una enfermedad que provocó que la laringe se le enrojeciera como carbón encendido, le salieran manchas en la piel, le subiera la fiebre y, poco después, la muerte. La madre desapareció una mañana en que Barth echaba una mano al sacerdote de Sankt Jakobus am See alimentando a las gallinas y limpiando la iglesia. La compasiva ama de llaves del sacerdote, que también se había criado sin padre, se dio cuenta de la situación y tomó a Barth bajo su protección en la casa. El párroco, que procedía de Finning, se había formado en el seminario de Ausburgo y se hacía llamar Carolus Minus, hasta el punto de que nadie conocía su verdadero nombre, se mostró conforme con la ampliación de la familia, pues Barth era de su agrado. El joven se entusiasmó pronto, y mostró un gran interés en la Biblia o, para ser más exactos, en la lectura.

Ni uno solo de los hijos de los pescadores de la parroquia de Sankt Jakobus am See sabía leer, por lo que el padre Carolus se mostró muy impresionado por la inteligencia y las ganas de aprender de Barth. No tardó en saber escribir y hacer cuentas. Hacía de monaguillo mientras, al mismo tiempo, iba creciendo y convirtiéndose en un muchacho fornido. Siempre se quejaba de hambre y, desde muy temprana edad, era capaz de tolerar grandes cantidades de cerveza. También comía tanto como el padre Carolus, su ama de llaves, Maria Antonia, y la hija de ésta, Anna, juntos. Muchas gallinas acabaron en la cazuela, y ya no pudieron dar más huevos,

algo de lo que la pequeña Anna era responsable. El padre Carolus se limitaba a señalar:

—«Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta». Ya lograremos saciar a Barth.

Ocasionalmente, el Luidl Schorsch llegaba desde Dießen para vender clavos, agujas, guantes y peines, y todo lo que cualquiera pudiera necesitar y no pudiera fabricar uno mismo. Naturalmente, también estampas y rosarios. Los negocios le iban bien, y buscaba un ayudante. Cuando oyó que Barth sabía calcular y escribir, le propuso al padre Carolus tomar al joven como aprendiz.

Maria Antonia hubiera preferido mantener a Barth en casa y su hija Anna lloró cuando oyó la proposición del comerciante.

Sin embargo, la razón se impuso al corazón, y así Barth comenzó a marchar día tras día, en verano y en invierno, desde Dießen hasta Kinsau, desde Kinsau hasta Finning y más allá, hacia el castillo del conde de Perfall. Compraba con el Luidl Schorsch las mercancías en Ausburgo. Barth no se dejaba engañar, y cuando alguien trataba de estafarlo, se limitaba a propinarle un contundente bofetón en la nariz. Caminaba con soltura, no conocía la enfermedad, ni siquiera en las ocasiones en que tuvo que dormir al raso, ayudaba a los granjeros cuando algún ternero se extraviaba, incluso echaba una mano al herrero de Dießen acompañándolo al bosque para serrar árboles y recoger la madera. Así aprendió a manejar el hacha. Juguetón como era, se divertía lanzando el hacha hacia el siguiente árbol, y con el tiempo llegó a hacerlo con tal certeza que el filo quedaba clavado en la corteza. Además, hacía tiempo que se había fabricado una ballesta con la que solía disparar a las palomas de los tejados.

Finalmente, ganó tanto dinero que quiso comprar en Ausburgo la espada de un antiguo lansquenete que había estado en Italia mucho tiempo atrás. Aquel veterano había luchado en la batalla de La Bicocca, pero había sufrido heridas tan graves que ya no se tenía en pie. Solo le quedó arrastrarse hasta su casa para morir. Antes de eso, no obstante, logró entusiasmar a Barth en una tasca con la vida de aventuras de los lansquenetes. Como quería, no obstante, ganarse la entrada en el cielo, al final de sus narraciones le regaló a Barth su espada. Barth le consagró por ello diez intercesiones de San Ulrico.

Nadie más se atrevió a tratar de engañar a Barth o de mirarlo como si fuera tonto. Incluso en una ocasión en que algunos muchachos aldeanos, tras haber tomado algunas cervezas de más, se precipitaron sobre él por motivos que después nadie logró recordar nunca, Barth se las apañó por acabar con todos por los suelos y él mismo, salir del apuro con apenas algún moratón sobre la mejilla izquierda, así como algún corte en la frente. Curiosamente, la herida se asemejaba a la cruz que Carlos utilizaba como estandarte en la batalla. La cicatriz tomó un rojo encendido, luego se fue apagando, pero permaneció sobre la frente de Barth, haciendo que se ganara el

apodo de «el Crucificado». El padre Carolus señaló entonces que aquel nombre no resultaba propio de un sencillo hijo de pescador, y que quizá fuera más adecuado «el Cruzado», pues la ignorancia de la gente era una auténtica *crux*. Él había sonreído.

Desde aquel momento, Barth había adoptado el apodo de Krux.

A los diecisiete era ya un hombre fornido, todo un oso, si bien risueño, buen jinete, que incluso en sus visitas a Nidernschondorf leía los pocos libros que el padre Carolus poseía, además de la Biblia. Apenas quedaba una tabernera o hija de un aldeano con la que Barth no hubiera desaparecido detrás de unos arbustos, no sin después obsequiar a la muchacha en cuestión con algún rosario, o peine, o abecedario de metal, pero cuando contempló a la joven Anna, de quince años, mientras alimentaba a las gallinas; la siguió contemplando un poco más, mientras rezaba, y la contempló finalmente mientras dormía, se enamoró de ella. Ella hacía tiempo que lo amaba, por lo que comenzaron a encontrarse en chozas de pescadores y a robar secretamente botes con los que adentrarse en el lago.

Por desgracia, la ama de llaves del padre Carolus, con la complacencia del propio sacerdote, había prometido a Anna en matrimonio con un pequeño granjero de Oberschondorf. Sin embargo, como Anna amaba a su Barth y Barth a su Anna, y como ya se habían planteado si no podrían independizarse económicamente del Luidl Schorsch de Dießen montando un pequeño comercio, se inició una desagradable disputa en Sankt Jakobus am See. El granjero, cuya esposa había muerto dejándolo solo con tres niños pequeños, necesitaba una mujer que pudiera deslomarse a trabajar, una mujer joven como Anna. Le habían prometido la mano de la muchacha, la palabra de un sacerdote debía mantenerse, incluso en aquellos tiempos en los que un tal Martín Lutero y sus seguidores querían dar que hablar a base de octavillas, en los que se había llegado a expulsar a los vendedores de indulgencias de Finning y los campesinos se habían atrevido a iniciar una sublevación violentamente sofocada. El Papa y su Iglesia romana no tenían una imagen particularmente buena por la zona, al contrario que el padre Carolus, que se mantenía fiel a la palabra de Dios y al mismo tiempo permitía su libre interpretación.

El campesino, no obstante, se obcecó en la interpretación literal de la promesa. Cuando se llevó a Anna por la fuerza a su granja, la tiró sobre el heno y la hizo su esposa, Barth lo mató a golpes. Se sintió muy mal por ello, pero por Anna hubiera asesinado a un bandido montado a caballo. La consecuencia principal fue que los granjeros de Oberschondorf se reunieron para darle a Barth su justo castigo.

El padre Carolus intentó en vano calmar los ánimos. Anna había desaparecido y no tardaron en encontrarla muerta, ahogada en el lago, tras lo que Barth tuvo que huir de la Iglesia de Sankt Jakobus en la que se había cobijado hasta entonces. Lo consiguió al amparo de la noche, aullando como un lobo solitario en una nevada noche de invierno cuando pensaba en su perdida Anna.

En Ausburgo, supo por un entusiasmado grupo de jóvenes vestidos como aventureros que el padre de los lansquenetes, Georg von Frundsberg, estaba reclutando un nuevo ejército con la ayuda de su hijo Melchior. Los interesados se estaban poniendo ya en camino.

Así pues, con el dinero que había ahorrado, Barth se hizo con una larga lanza, un sombrero de ala ancha decorado con plumas de ganso, un jubón de mangas acuchilladas, un segundo par de zapatos de cuero, bandas de colores para las medias y todo lo que un lansquenete pudiera necesitar. Ya poseía una espada, incluso una ballesta, además de dos hachas que había comprado para el Luidl Schorsch y que cambió por un buen hacha de guerra. Después de equiparse, partió a Bolzano con sus compañeros. La tropa de lansquenetes crecía día a día, se le fueron añadiendo además pajes y alguna que otra moza dispuesta, así como comerciantes y cocineras.

Barth practicó la lucha a espada y con lanza, y cada día mejoraba en el lanzamiento de hacha y en el disparo de ballesta. Por la noche no permitía que se le acercara ninguna muchacha, pues aún no había olvidado a su Anna, mucho menos su largo cabello rubio, que en una ocasión se le había enredado de tal manera en los abrojos de la orilla del lago, que había tenido que cortárselo. Había logrado salvar, no obstante, varios mechones, que él portaba siempre consigo como un talismán, guardados en una taleguilla de cuero.

Aunque durante su marcha a Bolzano no tenía más de dieciocho años y aún tenía mucho que aprender de los soldados experimentados, no tardó en ser conocido por ser fuerte como un oso y superar a todos en altura. Además, sabía leer, escribir y calcular, habilidades que utilizaba para ayudar a todos, de una forma u otra.

Durante el reconocimiento en Bolzano, lo aceptaron de inmediato en una de las compañías bajo el mando de Melchior von Frundsberg, el hijo del viejo, recibió como adelanto una bolsa con cuatro florines de soldada y comenzó a ejercitarse: en la marcha acompañada de las compañías, en la postura de la lanza, en la posición erizo, en las tácticas defensivas contra un ataque de caballería. Al ser tan grande y fuerte no tardaron en conseguirle un mandoble de dos manos, que aprendió a utilizar con rapidez. Su cometido era hacer pedazos las lanzas de la infantería atacante y abrir una brecha en la acometida. Antes de haber abandonado Trento, Melchior ya le había nombrado *doppelsöldner*^[3], y le había doblado el salario a ocho florines al mes. Ni siquiera tuvo que pagar la espada.

El 12 de noviembre, el ejército se puso en marcha. Como los venecianos no solo habían bloqueado el paso por el valle del Adigio, sino también la mayoría de las rutas restantes, los lansquenetes se vieron obligados a marchar hacia el oeste soportando un tiempo espantoso para lograr ganar el intransitable terreno entre los lagos Idro y Garda y llegar hasta Lombardía a través de Brescia. Los cañones permanecieron atrás, así como numerosos caballos, e incluso el voluminoso caudillo Georg von

Frundsberg necesitó ayuda en los pasos más estrechos para no caer al vacío. Crearon para ello una pasarela con las lanzas, y Barth tiró de él a través de los resbaladizos suelos nevados. Cuando Frundsberg, enrojecido y sin aliento, amenazó con sufrir una apoplejía, le construyeron con premura una litera que portaron entre Barth y otros tres hombres. Frundsberg agradeció en voz alta a Dios su ayuda y exclamó una y otra vez: «¡Mi buen Barth!», o «¡Crucifijo, oso bávaro, qué haría yo sin ti!».

Numerosos animales de tiro se vieron abocados a la muerte. Tuvieron que vadear incontables corrientes. No había demasiado para comer, mucho menos para Barth, que aún se veía atormentado por el apetito. Sin embargo, el buen ánimo persistía, pues estaba dirigido contra un Papa avaricioso e indigno de la confianza de los fieles, contra los belicosos franceses, contra los intrigantes italianos, y no solo se luchaba por dinero, sino también por el emperador.

La mayoría de los lansquenetes se consideraban luteranos, sin embargo ninguno pudo explicarle exactamente a Barth en qué consistía exactamente ese luteranismo. En cualquier caso, estaba dirigido contra el Papa. En primer lugar querían, por supuesto, vencer a los franceses y acabar con los demás, ya fueran Venecia, Florencia o quien se les pusiera delante. Lo importante era impresionar a los españoles y a sus hermanos lansquenetes de Milán, y desde allí partir juntos a donde hubiera algo que hacer. A Florencia, tal vez, o mejor aún, a Roma. En aquella ciénaga pecaminosa llena de riquezas podrían darles una buena zorra a aquellos pelagaitas clericales y barrigones curiales. Para concluir, los ejércitos se despacharían a gusto con las acicaladas putas locales.

Barth pensó en su Anna, pensó en el padre Carolus Minus que siempre había sido tan bueno con él, pensó en sus padres muertos y de nuevo en Anna, a la que había amado. También recordó su Nidernschondorf, las perezosas tardes de verano en las que habían nadado en el lago, pescando con la pequeña Anna, las marchas diarias sobre las colinas entre los lagos Ammersee y Lech. Aún oía los furibundos gritos de los campesinos que querían capturarlo y que estuvieron a punto de hacer arder en llamas Sankt Jakobus. La vida de lansquenete sería su salvación, aun cuando hubiera preferido establecerse con Anna como un pequeño comerciante. Sin embargo, ayudar al viejo Frundsberg a pasar los escarpados e impenetrables pasos entre las montañas le parecía bien. Lucharía en primera línea como *doppelsöldner*, agitaría la espada e incluso quizá llegara a oficial.

Agotados, helados y empapados, los soldados alcanzaron el valle cercano a Brescia, donde pudieron descansar brevemente. Tras esto, pudieron poner rumbo a Milán. El camino hasta allí estaba obstaculizado por el río Oglio y por el ejército veneciano del duque de Urbino. Al este fluía el Mincio, al sur el Po, y en algún punto entre medias aguardaban amenazantes las tropas papales dirigidas por el célebre y osado soldado Giovanni de Medici, *il Diavolo*.

El marqués de Mantua no se había manifestado hasta entonces como miembro de la liga enemiga y prometió dejar el paso libre a los ejércitos hacia el oeste de Mantua, hacia Serraglio, así como permitirles atravesar el Po por Borgoforte. Nadie sabía con certeza si se podía confiar en él. Quien en cualquier caso sí parecía fiel al emperador era el duque de Ferrara, quien por lo que se decía estaba enamorado de todo tipo de cañones y se había gastado en ellos toda una fortuna.

La premura era necesaria, pues el Borbón protegía Milán con sus últimas fuerzas y además la población se había vuelto en su contra, sin olvidar el hecho de que el invierno frío y húmedo hacía particularmente incómoda la vida del campamento. Ya se habían producido las primeras bajas por enfermedad. Por todas partes tropezaban con canales demasiado caudalosos y debían avanzar por terrenos pantanosos anegados por la niebla en dirección sur. El enemigo podía acechar tras cada chopera, tras cada finca, o simplemente ocultarse en la niebla para atacarlos y, seguidamente, desaparecer de nuevo.

Capítulo 65

Mantua - 24 de noviembre de 1526

Ranuccio Farnese cabalgaba, por orden del *capitano generale*, junto a un pequeño grupo conformado por sus mejores hombres llegados de Cremona, en dirección a Mantua, donde tendría lugar la última reunión en torno a la aniquilación del ejército de juguete de Frundsberg. Los regimientos de Francesco Maria se encontraban ya al este del Oglio, los papales bajo las órdenes de Giovanni de Medici, unos tres mil hombres, esperaban dispuestos para la lucha en algún punto al sur de Mantua.

Había una espesa niebla y a Ranuccio le costaba vislumbrar el camino. Cuando de pronto oyó voces que resonaban con acentos bárbaros, gritos y relinchos, modificó el rumbo hacia el sur, hasta que empezó a dibujarse ante ellos el contorno de una columna militar en marcha. ¿Habría caído sin esperarlo en medio de las tropas de lansquenetes del emperador? ¿Habría permitido Frundsberg que se formara semejante vacío entre sus regimientos o compañías?

Como si sus pensamientos hubieran estimulado una respuesta inmediata, surgió de pronto de entre la niebla un jinete a galope tendido, armado pero no en exceso. Gritó algo en su lengua bárbara en el mismo momento en que los descubrió, pues durante un instante creyó que formaban parte de sus tropas, y refrenó su caballo a escasa distancia de ellos. Profirió una llamada de advertencia, su caballo se encabritó y él extrajo una espada corta de su costado. Ranuccio tuvo que reaccionar con rapidez antes de que le llegaran refuerzos: también él sacó su espada. El enemigo se volvió hacia él para golpearlo. Ranuccio pudo agacharse justo a tiempo, sus hombres quisieron rodear al alemán pero, cuando menos se lo esperaban, uno de ellos acabó derribado del caballo y el lansquenete desapareció en la niebla.

Ranuccio saltó de su silla para comprobar el estado de sus hombres. Por suerte, al herido no le había ocurrido nada aparte de algunos rasguños en el brazo, por lo que no tardaron en volver a montar y salieron al galope y con un comprensivo silencio, sobre un prado cenagoso en una dirección que los apartara de los lansquenetes.

Tras varias horas de vagar sin rumbo aparente llegaron hasta el castillo de Gonzaga, en Mantua. Allí, Ranuccio se encontró con su *capitano generale*, Francesco Maria, el duque de Urbino, que se hallaba conversando animadamente, entre carcajadas, con Giovanni de Medici, el marqués de Mantua y otros caudillos. El vino había corrido ya con profusión y las voces resonaban con el acento de la victoria anticipada.

—¡Ah, nuestro joven Farnese! —exclamó el marqués Federico II, campechano—.

Bienvenido a nuestro círculo.

Aún sin aliento, Ranuccio narró su encuentro con las tropas enemigas, pero a nadie pareció sorprenderle ni interesarse particularmente por ello.

—Hemos oído que no solo eres un entusiasta adjunto del duque de Urbino, sino que además estás muy versado en cañones, a pesar de tu juventud —prosiguió el marqués—. Tras nuestra victoria sobre Frundsberg te enviaremos a Ferrara para que examines la artillería de mi cuñado, Alfonso d'Este —y añadió, volviéndose—. Alfonso colecciona cañones igual que nuestro Giovanni colecciona mujeres.

Una carcajada generalizada y estruendosa sucedió a aquel comentario, y Giovanni exclamó:

—Primero el combate, y después la diversión. Como dicen en mi patria, «nada lubrica mejor los muslos de una mujer que una victoria en batalla».

De nuevo las risas estridentes.

Giovanni posó el brazo sobre los hombros de Ranuccio.

—Ya ves que humor tenemos. Borbón dispara en Milán los últimos arcabuces que le quedan sanos y los lansquenetes, bajo las órdenes de ese rollizo alemán, avanzan directamente y sin enterarse a su perdición. Ya has visto a dónde marchan: al Serraglio entre el Po, el Oglio y el Mincio, hacia una trampa preparada por nuestro querido marqués, quien oficialmente aún es aliado del emperador. Mañana los tiraremos al Po o dejaremos que se ahoguen en los pantanos. Mi tío, el Papa, y tu padre, en Roma, nos prepararán un desfile triunfal como no se ha visto ninguno desde los tiempos del gran Julio César. «*Aut Caesar, aut nihil*» —exclamó, mirando en dirección al grupo.

Había soltado ya a Ranuccio, alzado el brazo derecho en un gesto cesáreo y rompía de nuevo a reír compulsivamente.

Dispusieron entonces la mesa para examinar los mapas. Francesco Maria atrajo a Ranuccio hacia él, señaló con un dedo hacia Borgoforte, donde el marqués había prometido ayuda al ejército alemán para pasar el Po. Allí los lansquenetes se verían sorprendidos por los dos flancos: al noroeste, por el regimiento veneciano; al nordeste, por el papal. Francesco Maria se mostraba, a pesar de las favorables perspectivas militares, parco en palabras y no demasiado complacido, con la mirada inquieta.

—Giovanni me ha pedido que te envíe con sus tropas para que pueda contar con un especialista cuando reduzcan los cañones de Ferrara.

Giovanni, que se encontraba frente a ellos, les sonrió en gesto corroborativo.

—Pronto podrás ponerte a prueba —le dijo desde la mesa—, ¿o ya no tienes sangre en las venas?

Ranuccio, aunque asustado, sonrió inseguro. Hasta entonces nunca había participado en una auténtica batalla, y aunque frente a aquel alemán había

reaccionado con presteza, tampoco había demostrado particular habilidad. Asintió y miró de nuevo a Francesco Maria. Su caudillo lo apartó hacia un lado.

—Mañana vivirás tu primera batalla auténtica —le dijo, con voz amortiguada—. No te precipites, sé precavido, ésa es la forma en la que actuamos los *condottieri*, guiando a las tropas y no muriendo en batalla. Giovanni es un insensato arriesgado y no debe suponer un modelo para ti. Tu padre me escribió...

Ranuccio se estremeció. Francesco Maria había reparado de inmediato en su reacción y se había detenido a mitad de frase.

—Ya sabes cuánto te quiere.

—Lo sé —respondió Ranuccio, reservado.

Llevaba tiempo insatisfecho con su superior. Una cosa eran las tácticas cautas, pero la pusilanimidad, por no decir abiertamente la cobardía, eran algo muy distinto. En Milán, tras un primer ataque ligero, Francesco Maria había permitido que una tropa española emprendiera la retirada. No quería perder hombres innecesariamente, según había explicado para terminar, después de que Ranuccio y su versátil tropa de caballería hubieran querido arrojar a la batalla y Francesco Maria los hubiera retenido: «Nos limitaremos a dejarlos morir de hambre».

¡No por azar le habían adjudicado el sobrenombre de *Veni, vidi, fugi!*

Tras su retirada se había dirigido a la supuestamente sencilla tarea de conquistar Cremona y desde algunas semanas incluso hablaba de retirarse a la *terra firma* veneciana y esperar a que pasara el invierno. Lo único que le había retenido había sido la marcha de los lansquenets de Frundsberg.

Ahora se encontraban todos en torno a los mapas y Ranuccio se volvió a Francesco:

—¿Qué les ocurrirá a mis hombres? —preguntó—. Aún acampan con las tropas venecianas.

—No te van a dejar solo —respondió Francesco Maria, molesto.

Por su parte, Giovanni exclamó:

—Te quedarás todo el tiempo a mi lado y me guardarás las espaldas con tus soldados. Además, en caso de que Ferrara envíe realmente los cañones...

En ese momento, cundió una gran agitación entre los presentes, y todos dirigieron la mirada hacia la puerta de entrada. El marqués, que había dejado la habitación poco antes, apareció de pronto con un hombre que, sobre su reluciente armadura, lucía las insignias propias de un negociador: ¡sobre un amarillo resplandeciente se destacaba el águila negra de dos cabezas del emperador! Ranuccio no podía creer lo que veían sus ojos: ¡su hermano Pierluigi penetraba junto al marqués en la habitación!

Pierluigi miró brevemente a su alrededor, sin poder contener del todo su asombro, tan lleno de horror como de alegría. Giovanni lo saludó con las palabras «Bienvenido, viejo amigo», y lo abrazó, mientras que Francesco Maria le dedicaba un breve

asentimiento. Giovanni llevó a Pierluigi hasta Ranuccio, quien no supo cómo actuar. Por un lado se alegraba de ver a Pierluigi, que era su hermano a pesar de todo, pero por el otro sabía que en aquel momento pertenecían a facciones opuestas, que sobre el campo de batalla serían enemigos, que incluso tendría que matarlo en caso de que se encontraran frente a frente.

O quizá fuera él quien acabara muerto. Era mucho más probable, teniendo en cuenta que su hermano era muy superior a él en cuanto a fuerza y experiencia.

Sus últimos encuentros en Venecia habían sido dignos de recordarse. El primero se había producido hacía ya tres años, cuando Pierluigi había vuelto de Capodimonte, donde su padre se enfrentaba cara a cara con la muerte tras perder la elección papal. Para llegar rápidamente hasta donde Ranuccio se encontraba y enviarlo con su padre, Pierluigi había cruzado los Apeninos nevados y montado a tres caballos consecutivos hasta dejarlos exhaustos. Ranuccio se había sentido entonces carcomido por los remordimientos y había querido regresar de inmediato con Pierluigi, pero su hermano había señalado que necesitaba tomarse un descanso. «Ve tú a ver a tu padre, puesto que conmigo no quiere nada».

Finalmente se había desatado una fuerte pelea, en cuyo transcurso Pierluigi había llegado a desearle la muerte. «Tu padre y tú habéis querido desde hace tiempo libraros de mí, para así poder convertirte en heredero de los Farnese. Os tengo calados desde hace tiempo».

En su segundo encuentro, Pierluigi se había encarado con él de forma aún peor que en aquel arrebato pueril de celos. Le había lanzado una flecha envenenada al corazón.

Pierluigi tendió con torpeza la mano a Ranuccio mientras Giovanni posaba los brazos sobre los hombros de los dos, para unirlos como a buenos amigos.

—Pertenece a una misma manada de leones, y no deberíamos albergar disputas personales —exclamó con su voz clara y, como siempre, excesivamente elevada—. Ya nos van a pagar por nuestro trabajo, ¿no es verdad, Francesco Maria? Los ducados son importantes, sin importar su origen. Además, está el valor y el humor —se había vuelto hacia el duque, que ni siquiera había esbozado una débil sonrisa bajo su barba negra—. *Veni, vidi, vinci*, así debería ser siempre —añadió, sarcástico, y se rió él solo de su propia ocurrencia.

El marqués ignoró el comentario de Giovanni y se dirigió a Pierluigi.

—Bien, leal *capitano*, ¿qué mensaje me traéis de vuestro general Carlos de Borbón?

Giovanni aun no había soltado a Pierluigi y le susurró con voz amortiguada pero en un tono lo suficientemente comprensible como para que Ranuccio lo entendiera:

—Da igual lo que ocurra, o contra quien debemos luchar, nosotros siempre seremos amigos. Los tiempos cambian con rapidez —entonces, siseó—. Pierluigi,

únete a nosotros, los papistas. Eres el hijo de un cardenal, ¿de verdad quieres luchar contra las tropas de tu padre y de tus amigos?

Ranuccio observó a su hermano con atención: Pierluigi parecía confuso, incluso consternado e impotente al mismo tiempo. Sus ojos oscilaban de un lado para otro, pues evidentemente solo esperaba al marqués y no a todo un grupo de dirigentes enemigos y el que fuera capaz de valorar adecuadamente el comportamiento de su amigo Giovanni era algo dudoso.

Se liberó del confidencial abrazo, reculó un par de pasos y respondió al expectante marqués:

—Carlos de Borbón, el capitán general del emperador, me envía para... para... No entiendo... Marqués, le ruego que tengamos esta conversación a solas.

—Querido capitano, todos nosotros somos viejos amigos y además estamos unidos por lazos familiares: Francesco Maria es mi yerno, como bien sabes, mi hermano será cardenal y, por tanto, compañero de tu padre...

—¿Qué quieren decir esos planos? —logró articular Pierluigi. Su voz debía haber resultado áspera, pero sonó demasiado aguda y forzada como para ocultar su constante confusión—. Parece como si se estuviera planeando...

—¡Sigue hablando, compañero! —exclamó Giovanni.

—Bien, *capitano*, esto es una reunión de amigos, nada más que una conversación entre *condottieri* en la que se observa el terreno y se reflexiona sobre cuál es la mejor manera de luchar en él.

El duque Gonzaga hablaba con tal cortesía y naturalidad que lograba disimular todo atisbo de sorna.

—Debo regresar de inmediato a Milán —exclamó Pierluigi, casi gritando—. Tenemos acuerdos que evidentemente deben romperse. El emperador sabrá cómo hay que pagar semejante comportamiento.

—A precio de oro —rió Giovanni.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del marqués, quien añadió:

—Bien, estimado *capitano*, la noche está a punto de caer, la niebla se hará más densa y los caminos no son seguros. Quédese como nuestro invitado y beba un trago con nosotros. Sin duda os alegraréis de volver a ver a vuestro amigo y a vuestro hermano. Ya os tengo preparada una habitación.

—¡Debo partir sea como sea! —gritó Pierluigi mientras intentaba salir corriendo.

En ese momento, la máscara de fingida cordialidad cayó del rostro del marqués. Les hizo un gesto con la cabeza a los guardias de la puerta, que la bloquearon con sus alabardas. Dos guardias más se echaron sobre Pierluigi y le arrebataron el puñal que ya intentaba agarrar, pero de inmediato lo soltaban de nuevo.

—¡Soy un mediador oficial enviado por el emperador! —exclamó Pierluigi—. ¿Os atrevéis a capturarme y a encerrarme?

El marqués mantuvo la serenidad.

—Solo por vuestra seguridad, *capitano*. En cualquier caso, no os voy a encerrar: solo os ofrezco amistoso hospedaje. Venid, bebed con nosotros.

—No seas aguafiestas, Pierluigi —se entrometió Giovanni—. Pasado mañana, cuando todo haya acabado, podrás partir de nuevo. Entonces, el mensaje que podrás llevarle al emperador estará incluso por escrito, ¿no es cierto, Federico?

El marqués asintió y acarició a su perro que se había deslizado hasta sus piernas.

Francesco Maria había permanecido en la retaguardia, inmóvil y solemne. Los demás oficiales secreteaban. Ranuccio miraba alternativamente de uno a otro, sintiendo cómo el corazón le latía con violencia. Lo que había ocurrido ante él era algo que nunca habría esperado: algo sucio, y su hermano le daba lástima.

Capítulo 66

Mantua - 24 de noviembre de 1526

Ranuccio Farnese, ya entrada la noche, se agazapó frente a una vela en la habitación de invitados que el marqués Federico había dispuesto para él, todavía alterado e insomne. Fuera, en el pasillo, su guardia personal roncaba sobre un par de balas de heno que les había permitido colocar y, a apenas unos pasos de distancia, se encontraban los soldados que el marqués había dispuesto para vigilar que Pierluigi Farnese siguiera encerrado en secreto.

La estancia estaba húmeda y fría y Ranuccio se estaba helando. Ante él yacían numerosas hojas de papel en las que intentaba escribir a su padre y a Virginia desde el atardecer.

Sí, sentía miedo: miedo de que a la mañana siguiente no solo tomara parte de su primera batalla, sino también de la última. No tenía más que pensar que, al enfrentarse al lansquenete alemán con el que había topado entre la niebla, no había sido capaz de derribarle con su espada y que, en los últimos tiempos, se había preocupado más por la artillería que por la esgrima y las tácticas de guerra. A la mañana siguiente, no obstante, se enfrentarían a un enemigo temido y fuerte y ninguna de las partes disponía de cañones. Los lansquenetes no habrían podido transportar ni uno solo de ellos a través de las montañas, Giovanni carecía de armas de fuego, y Francesco Maria había dejado todas las suyas a los venecianos de Cremona.

Eso solo significaba una cosa: lucha cuerpo a cuerpo, lanza contra pica y alabarda, espada contra arcabuz. Y ellos, los caudillos, acompañados de su caballería ligera, elevados sobre sus corceles por encima de la formación en erizo de la infantería. Cargando contra los alabarderos que cortaban los tendones de los caballos y con sus garfios derribaban a los jinetes de su sillas.

Ranuccio tuvo que pensar en su padre, que había querido que entrara al servicio de la Iglesia, que le había hablado una y otra vez de la trágica muerte de su hermano Angelo en Fornovo, que aún entonces, en la distancia, seguía esforzándose porque su hijo menor no entrara en combate.

En vano.

Ranuccio extrajo del bolsillo de su pecho una pequeña imagen que Virginia le había regalado y la observó detalladamente: el gran Rafael la había retratado cuando apenas era una niña. Aquella chiquilla lo contemplaba ahora con sus grandes ojos negros, interrogante, suplicante, llena de amor.

Ya no sabía lo que era correcto y lo que no, lo que debía defender ante sí mismo y ante su conciencia, pero también ante aquellos a los que amaba. Aquella vez, hacía tres años, había partido de nuevo de Roma para entrar al servicio de Venecia como *condottiere*. De nuevo sin Virginia. Ella se deshizo en un mar de lágrimas cuando escuchó su decisión, y él no había esperado otra cosa. Al fin y al cabo marchaba a la distancia, a la aventura, a otra vida... sin ella.

No sabría decir por qué lo había hecho. En ambas ocasiones se había tratado de una decisión espontánea, irreflexiva, pero con la poderosa sensación de estar haciendo lo correcto. No tardó en arrepentirse de haberla dejado, pero entonces ya no se había atrevido a regresar a Roma.

Quizá quisiera probarse como hombre antes de tomar a una mujer.

Sin embargo, la había herido profundamente en dos ocasiones. A pesar de que la amaba.

¿Y si en el fondo adivinaba algo más? ¿Y si un demonio secreto le había susurrado lo que Pierluigi le había revelado en su último encuentro en Venecia: que Virginia era medio hermana suya?

Le había creído de inmediato.

Todo concordaba: el extraño comportamiento de Maddalena, la insistencia con que su padre trataba de apartarlo de Virginia, las preguntas angustiadas en el lecho de muerte de Capodimonte...

Él, Ranuccio Farnese, estaba enamorado de su propia hermana, de la hija bastarda de su padre con una cortesana, del fruto de la traición a su madre... Y sin embargo aún la amaba, aunque había sido incapaz de escribirle ni una palabra desde la revelación de Pierluigi. Al final tendría que disculparse ante su padre...

Pero, ¿qué debía escribirle a Virginia, a su padre, en una noche como aquella? ¿Que los quería? ¿Que les suplicaba que lo perdonaran?

También debía decirle a su madre que la quería. Y a Constanza.

Si moría al día siguiente, debían recordarlo con indulgencia, y no con ira.

Observó la vela: la llama bailaba intranquila ante sus ojos. Se precipitaría sobre sus enemigos con la espada en la mano, sin lanza, con la que nunca llegó a manejarse bien, vería a Giovanni cabalgar a su lado, enfrentarse a esos hombres como osos que, protegidos por sus morriones y petos, tenderían hacia ellos sus picas o los derribarían de sus caballos con sus mandobles...

Una y otra vez aquella imagen concluía en el momento en que las líneas enemigas chocaban la una contra la otra, la madera estallaba, las armaduras chascaban, en el que la punta de las picas se clavaba profundamente en el pecho de los caballos, los filos de las espadas se cruzaban con aquel sonido metálico, en el que resbalaban y cortaban la carne, en el que donde hasta entonces había habido una mano aparecía un muñón ensangrentado, en el que los gritos de guerra se entremezclaban con los

chillidos de dolor. En ese mismo momento, la imagen se esfumaba y ya no había más dolor, desaparecía todo de una forma ligera, luminosa, simplemente, se difuminaba.

Así se moría en sueños.

Pero, ¿se moría así en la vida real?

Solo un breve dolor, un grito, un hundimiento, una inconsciencia neblinosa, deslizarse hasta los campos cubiertos de nubes, los campos de la infancia en la *isola Bisentina*, en los que había jugado con su padre y sus hermanos, en los que se había escondido con Paolo, incluso en una ocasión en el mausoleo de la familia Farnese.

¿Realmente era tan fácil morir? ¿Como si se regresara a la infancia y se olvidara todo lo demás, hasta el punto de no sentir ningún dolor?

Ranuccio tuvo que cerrar los ojos, pues el rostro silencioso y pálido de Paolo, con los ojos inertes, se presentó ante él. ¿Habría sentido él dolor alguno, o habría muerto como en un sueño?

No, no podía haber sufrido...

Ranuccio se pasó la mano por la cara, distraído. ¿Cuánto tiempo llevaba ya muerto Paolo? ¿Cuántos años tenía él por aquel entonces? ¡Cuatro años! Y sin embargo aún podía ver la escena del baño ante él. La había visto docenas de veces a lo largo de su breve existencia: el peligroso juego al que él mismo le había incitado, el resbalón, el golpe contra el borde de acero, el agua cubriéndole todo el cuerpo.

Y él mismo, huyendo a la carrera. Dejándolo solo. Dejando que se ahogara.

Nunca le había confesado su culpa a sus padres, había sido demasiado cobarde. Quizá hacía tiempo que lo sabían y se lo habían perdonado en silencio.

Pero él no se había perdonado.

Ranuccio ocultó el rostro entre las manos. Al día siguiente, moriría. Aquella certeza lo golpeó como un rayo. Quizá estuviera bien. Quizá volviera a ver a Paolo desde la lejanía, quizá le hiciera señas para que lo acompañara al paraíso de los niños inocentes, donde no se le negaba el paso a nadie.

Quizá.

Rápidamente, tomó el papel ante sí y le escribió a Virginia, diciéndole que la amaba, que debía perdonarlo, simplemente perdonarlo.

Las mismas palabras le dirigió a sus padres y a Constanza. «¡Olvidadme! Pero no olvidéis a Paolo. Él pesa sobre mi conciencia. Vuestro ingrato hijo y pobre hermano, R».

Cuando selló la carta y escribió la dirección, no pudo evitar pensar en su otro hermano, en Pierluigi, que yacía en una cama a escasa distancia, probablemente igual de insomne que él. Sin duda sus padres seguían creyendo que la muerte de Paolo había sido culpa de Pierluigi. Quizá Pierluigi lo odiara por eso y no porque lo considerara su rival por la herencia familiar.

Ranuccio agitó la cabeza, paseó inquieto de un lado a otro de la habitación.

Pierluigi solía torturar a sus hermanos y sin embargo... Si él, Ranuccio, moría al día siguiente, ya no podría decirle que sus celos eran infundados, pues al fin y al cabo él ya había otorgado a la familia Farnese dos hijos: Alessandro y Ottavio.

Pierluigi le sobreviviría, de eso estaba seguro.

Observó el anillo que había heredado de su tatarabuelo Ranuccio. Era un pesado anillo de oro con el sello de los Farnese. Un anillo que representaba un mensaje, un cometido. Pierluigi siempre había tenido envidia de él, aunque él mismo poseía el anillo de oro del abuelo Pierluigi. Quizá el suyo propio le parecía pequeño, y no tan hermoso...

¿Acaso la muerte no volvía vanas todo tipo de disputas?

Así, perdonó también a Pierluigi, quien le había arrojado a la cara con acento burlón que Virginia era su medio hermana.

Si era verdad, se habría enterado más tarde o más temprano. Pero, ¿por qué no se lo había contado nadie, ni siquiera Maddalena? ¿Por qué ella no se lo había confesado a Virginia? ¿O acaso Virginia lo sabía pero no se había atrevido a revelárselo?

¿Por qué les habían permitido correr hacia su propia ruina?

Se iría a la tumba con aquellos secretos. Quizá en el otro mundo todo quedara aclarado. En aquel luminoso, claro y soleado mundo, en el que residían todos los muertos.

¿O quizá la otra vida permanecería cerrada para siempre para él?

Ranuccio salió de su cuarto en silencio. Sus propios guardias dormían, y los que vigilaban a Pierluigi roncaban igualmente. Solo uno de ellos lo observó con ojos semiabiertos, vidriosos, pero no protestó cuando el joven llamó a la puerta.

Y Pierluigi abrió. Se miraron largo rato, en silencio. Ranuccio no necesitó decir nada, Pierluigi sabía por qué había acudido a él.

—Mañana —se limitó a murmurar.

Ranuccio asintió.

Por primera vez en su vida, los dos hermanos se abrazaron.

Capítulo 67

Borgoforte y Govérnolo, al sur de Mantua - 25 de noviembre de 1526

Los lansquenetes de Georg von Frundsberg, y entre ellos Barth, habían marchado hasta bien entrado el Serraglio y acamparon en los pantanosos territorios al norte del Po, en las cercanías de la población de Borgoforte, por donde pretendían cruzar hasta la orilla sur del río, en algún punto entre Parma y Piacenza, y reunirse con las tropas españolas de Carlos de Borbón. El marqués de Mantua le había prometido a Frundsberg para el 25 de noviembre una serie de botes con los que debían remontar la corriente.

En el ejército cundía la inquietud, pues la niebla persistía en su densidad y los espías hablaban una y otra vez de jinetes enemigos. Frundsberg, no obstante, estaba familiarizado con aquella niebla, pues había luchado suficientes veces en el norte de Italia tal y como le había confiado a su «buen Barth», como le había dado en llamar, con actitud campechana.

—La niebla es nuestra aliada. Impide que nos disparen con arcabuces y cañones. Obliga a correr hacia el enemigo, y nosotros somos mejores en campo abierto, mejores incluso que esos *reisläufer* suizos.

Entonces, le había hablado a Barth, que marchaba a su lado, de Ravenna, donde había luchado con fiereza pero a costa de muchas vidas; de La Bicocca, donde había logrado una gran victoria para el emperador y derrotado a los suizos; y de Pavia, donde aún se encontraba decidido a lograr un espectacular triunfo.

Mientras, ya por la tarde, Barth se encontraba haciendo aguas menores junto con los dos Frundsberg, el viejo y el joven, Melchior se mostró llamativamente agitado.

—Nos han tendido una trampa, padre —logró murmurar—. Al sur, el Po; al oeste, el Oglio; al este, el Mincio; al norte, el muro de Mantua y las tropas enemigas, lo presiento con total claridad. Si el marqués no envía sus botes...

—¡Ahora no te cagues en los pantalones! —bramó su padre—. Los enviará, o de lo contrario arremeteremos contra su castillo y lo colgaremos. Y acabaremos con el cobarde de Urbino. *Veni, vidi, fugi*, es lo que dicen todos. Me preocupa bastante más Giovanni de Medici. Debemos andarnos con ojo con él, en caso de que realmente entre en combate. Además, conozco la región porque ya la he atravesado en otra ocasión. Al este de aquí, en Govérnolo, hay un puente que cruza el Mincio, que debemos asegurarlo a cualquier coste en caso de ataque.

—Pero entonces penetraremos en territorio de Ferrara.

—Exactamente, hijo mío, y tu padre se ha ocupado ya de eso. Le he pedido al

duque Alfonso, un leal súbdito del emperador, su intercesión y protección, munición, pan, y sobre todo, ducados. Me preocupa mucho más que el enemigo la falta de dinero. El emperador no nos paga, y si lo hace, no nos llega. Sin dinero no se puede esperar guerra ninguna, mucho menos una victoria.

Se abrocharon de nuevo las braguetas y Frundsberg murmuró en dirección a Barth:

—Tú no has oído nada, oso bávaro. ¿Lo has entendido? Ni una sola palabra a los lansquenetes o a las mujeres del bagaje. Será mejor que te vayas a dormir de inmediato.

Antes de los primeros rayos de luz, las tropas desmontaron bajo la luz de las antorchas las tiendas y se prepararon para el combate. Georg von Frundsberg y sus capitanes se estaban subiendo a los caballos cuando cundió la inquietud entre los hombres. En Borgoforte no se había encontrado nada salvo una gabarra, pero al este y al norte se escuchaban voces y ruido de tambores.

Las primeras luces se filtraron por la niebla, Frundsberg maldijo en voz alta al traidor marqués de Mantua, y dio la orden de asegurar de inmediato el camino de sirga sobre el Po, o lo que era lo mismo, el trayecto hasta el Mincio y el puente hacia Govérnolo.

—Tomad posiciones defensivas con el escuadrón volante y los arcabuces hacia adelante. En caso de que suba la niebla, mantened la posición ante el enemigo. No debemos flaquear bajo ningún concepto. ¡Tras de nosotros solo hay agua fría y muerte!

Entonces, descubrió a Barth, que se había echado al hombro su amplio mandoble y esperaba órdenes específicas.

—Tú cerrarás el regimiento de Melchior. Marcharéis de inmediato hacia Govérnolo y enviaréis a un par de jinetes a Ferrara. Quizá lleguen a tiempo. Y, buen Barth: ¡conserva el puente! Otra cosa: ten cuidado de Giovanni de Medici y de sus tropas. Ya sabes que se los reconoce por sus rayas negras, y es el mejor luchador con el que cuenta el enemigo. No por nada le llaman Giovanni, *el Diablo*.

El escuadrón que debía proteger específicamente el puente marchó en posición erizo siguiendo el río y giró hacia el nordeste. Barth aún no había podido comer nada, su estómago rugía como un león y se sentía igual que uno. Los hombres a su lado resoplaban y jadeaban; él, por fortuna, era un buen corredor, a pesar de la armadura y las armas que portaba. Melchior von Frundsberg, que dirigía la marcha, exclamó:

—La niebla se levanta, ¿veis el sol sobre nosotros? Me huelo pelea.

Como confirmando sus palabras, de inmediato sonaron tras ellos los primeros disparos.

Barth aceleró el paso, aunque hubiera preferido darse la vuelta para hacerle frente al enemigo.

Más disparos y gritos de guerra.

Barth y el joven Frundsberg volvieron preocupados la vista atrás. La compañía ya no ofrecía una formación defensiva. En aquel momento, con la niebla desapareciendo paulatinamente, aparecieron los primeros enemigos. Frundsberg dio orden a los arcabuceros de abrir fuego, pero antes de que pudieran disparar, ya habían desaparecido.

—¡Conocen nuestro objetivo! Vamos, ¡a la carrera!

Barth arrebató el arcabuz y la munición a su resollante vecino y salió al trote tras el caballo de Frundsberg. La compañía se fue retrasando cada vez más, en algunos puntos incluso se colocaban en fila india para atravesar los estrechos senderos.

Frundsberg maldijo. Barth pensó: «Espero que no estemos corriendo directamente a los brazos del enemigo. Si nos sorprenden con caballería ligera, nos aniquilarán antes de que podamos siquiera llegar a formar».

El sol se encontraba ya en las alturas, un cielo de un azul lechoso se extendía sobre ellos, Barth sudaba y el hambre gruñía en su estómago. Por suerte había logrado encontrar un pedazo de pan en su saco, así como algo de carne salada. El arcabuz se le clavaba en el hombro. Sus zapatos de cuero llevaban un rato empapados.

Ningún enemigo a la vista. Jadeantes, aceleraron el paso.

Entonces, en la lejanía, ¡apareció una chopera! Frundsberg emitió un grito de satisfacción y señaló los árboles:

—¡Tras ellos debe estar el Mincio!

Retrocedió un tanto con el caballo para reunir a sus lansquenets e informarlos de la proximidad de su destino y galopó de nuevo a la cabeza.

Tenía razón. Llegaron al río justo en el punto en el que se encontraba el puente de madera que llevaba a la doblegada villa de Góvernolo. De pronto les llegó el olor de los cerdos y el apetito en las entrañas de Barth volvió a sublevarse. Sin embargo, no le sirvió de nada, las tropas aliadas estaban demasiado lejos y no había tiempo para cazar, matar y cocinar cerdos. Aquello era lo peor de las jornadas bélicas: lo mejor tras un trabajo duro era llevarse algo a la boca. Saludar a la eternidad con el estómago rugiendo no entraba dentro de los planes de Barth.

Agotados y sin aliento, descendieron por la pendiente de la orilla y atravesaron el pendulante puente para asegurar la ribera opuesta. Barth se dedicó a mendigarle a sus compañeros pedazos de pan hasta que Frundsberg, riendo, le arrojó un pedazo de jamón. El hambriento bávaro se abalanzó sobre la carne.

El sol se encontraba en su cénit y calentaba los huesos a pesar de la época del año. Habían dispuesto tres líneas de defensa y colocado los arcabuces de tal manera que amenazarían los flancos de los atacantes; además, habían enviado mensajeros a Ferrara.

Ya era mediodía y aún no se había presentado ningún enemigo, aunque se podía escuchar en la lejanía un violento intercambio de cargas de fuego. De pronto, se produjo un estallido de júbilo y Barth no tardó en entender a qué se debía. Bestias de tiro pesadamente cargadas, llegadas desde Ferrara, y tras ellas yuntas de bueyes que avanzaban, traqueteantes, por el camino... ¡portando cañones! No eran más que pequeños falconetes, pero artillería al fin y al cabo.

Entretanto, una segunda compañía procedente de Borgoforte se ponía en marcha para tomar posiciones en la intersección del Po y el Mincio. Melchior von Frundsberg, más calmado, vació un pellejo entero de vino y repartió pan. Incluso parte de sus compañeros se acercaron tambaleantes y fueron acogidos con alegría. Les narraron un ataque falto de decisión que cualquiera hubiera podido contener. Barth urgió a la cocinera para que abriera la tapa de la olla y ella le respondió vociferando que cerrara la boca, si bien terminó por darle un pan entero. Como los de Ferrara habían traído jugosos jamones, Barth comenzó a visualizar los siguientes días y al enemigo con mayor serenidad.

Comió hasta hartarse y, después, se abrió paso por entre la multitud de compañeros hasta la otra orilla para echarle un vistazo a los falconetes que estaban llevando hasta una pequeña colina entre gritos de ánimo y expresiones de esfuerzo. Ayudó a los artilleros a levantarlos y fijarlos al suelo, repartió a duras penas la munición y la pólvora, observó cómo se cargaba un falconete e hizo que le mostraran cómo se disparaba.

Cuando ya iba a tenderse tranquilamente al sol en la pendiente de la orilla, algo relució de pronto y, en medio del sorprendido silencio, se oyó un relincho lejano. Frundsberg montó su caballo y dio órdenes de preparar la defensa y el contraataque, para enviar a continuación un mensajero a las compañías lejanas. Barth se echó la espada al hombro y quiso ganar la otra orilla. Allí se arremolinaban ya el escuadrón volante que debían soportar la primera carga enemiga. Repentinamente surgió de entre los chopos y matojos una tropa de caballería. Antes de que los llamados *verlorene haufen* llegaran hasta su lugar, el enemigo se encontraba ya peligrosamente cerca. La primera carga de arcabuceros logró derribar un par de caballos con sus jinetes, de tal forma que los obligó a retirarse a un pequeño promontorio. Barth reconoció de inmediato las líneas negras en las ropas de los soldados y lo supo: eran los hombres de Giovanni *dalle bande nere*, el único enemigo al que temía Frundsberg.

Las tropas que había descubierto en la lejanía se aproximaron en formación. Después de apenas un cuarto de hora se encontraban ya al alcance. Melchior de Frundsberg ordenó al escuadrón volante que se colocara en posición de ataque, pero Barth no encontró manera de llegar hasta ellos, de tan obstruido como estaba el puente. Como los artilleros comenzaron a hacerle señas, se apresuró a ascender por la

colina hasta los falconetes. Los alemanes discutían con los italianos sobre quién debía manipular los cañones y quién debía dar las órdenes; no se entendían entre ellos, pues carecían de intérprete, y lo único que conseguían era provocar otra batalla a pequeña escala. Los jinetes enemigos, entre tanto, volvían a cargar, y en esta ocasión no lo hacían concentrados, sino dispersos. Barth reconoció a su caudillo por su tocado de plumas. A escasa distancia tras él cabalgaba un joven extraño y muy delgado que portaba una espada corta en la mano. El capitán arengaba a sus hombres y galopaba, igualmente con la espada en la mano, al ataque. Cuando dirigieron hacia él un arcabuz relleno, se inclinó, el disparo dio al vacío y el lansquenete del arma cayó al suelo. El Diablo lo había decapitado de un golpe.

Barth se precipitó junto a un artillero alemán sobre un falconete; intentaron alzar la boca del cañón entre los dos y vertieron la pólvora. El proyectil impactó contra el campo que tenían en frente, evitó felizmente las líneas aliadas pero no logró alcanzar a ninguno de los enemigos que cargaban contra ellos. Mientras los artilleros volvían a preparar los cañones, Barth observó al Diablo Giovanni. Luchaba con Melchior von Frundsberg, pero entonces numerosos alabarderos los separaron e intentaron hacerle caer del caballo. Él retrocedió al galope y retomó la colina para volver a atacar por tercera vez. Probablemente había vuelto a avistar a Frundsberg, pero en cualquier caso le indicó con grandes aspavientos a un grupo de jinetes que atacaran el escudo de arcabuceros de los flancos y cargó con una maltratada tropa montada contra Frundsberg y el corazón mismo de la defensa. Entre ellos se encontraba el joven, que llamaba la atención de Barth por ser el único que no lucía las bandas negras.

Los falconetes estaban cargados de nuevo. Barth gritó a los artilleros que debían desviarlos ligeramente hacia la izquierda, poco antes de la colina, saltó a un lado y gritó:

—¡Ahora!

Se produjeron los disparos, Barth intentó seguir la trayectoria de los proyectiles y de hecho cayeron silbando en medio del grupo del Diablo. Se oyeron relinchos por doquier, la tierra saltó, el golpe tiró al suelo al caballo del joven, quien también salió volando hacia un lateral, pero además debían haber alcanzado al Diablo. Su caballo se encontraba de pie y él mismo gritaba de dolor... ¿O acaso daba órdenes? Frundsberg iba a atacarlo con sus hombres, pero los soldados italianos lo protegían, el Diablo reculó, no sin antes hacer que subieran al muchacho, que yacía inconsciente entre la mugre, hasta su silla.

Se reagruparon en la elevación. Barth ya no pudo distinguir nada porque las tropas rodeaban, protectoras, a su caudillo, y entonces se retiraron realmente, atravesando las líneas de infantería amiga que avanzaban ya a la batalla.

Barth estalló entonces en gritos de júbilo por el impacto que, en cierta medida, también era mérito suyo. Todos comenzaron a lanzar exclamaciones victoriosas,

agitaron en el aire sus espadas, se abrazaron, alzaron los puños cerrados, se mofaron e insultaron a sus enemigos con las injurias más despreciativas que se les ocurrieron.

El joven Frundsberg permaneció sereno y observaba a la infantería enemiga, que se arremolinaba junto con la caballería en torno a su dañado líder y parecían deliberar. Finalmente, tres hombres montados gritaron algo a Frundsberg y señalaron a sus seis muertos y doce heridos, que yacían quejosos en el suelo, sin rematar. Frundsberg les permitió generosamente que se los llevaran, y entre gritos triunfales de los lansquenets, los cogieron en alzas y se los llevaron, lenta y ordenadamente, hasta donde se encontraban las tropas en retirada.

Capítulo 68

Roma, Vaticano, aula regia - palazzo Farnese - 15 de diciembre de 1526

Cuando las primeras noticias sobre la batalla contra los lansquenets llegaron a Roma, el cardenal Farnese corrió de inmediato al Vaticano y se encontró en el aula regia con un Papa fuera de sí y unos prelados acalorados, gritándose los unos a los otros. Intentó comprender qué había ocurrido, pero apenas entendió algunas palabras y nombres, oyó algo como «nuestro Giovanni», comentarios sobre una lucha dura, sobre las circunstancias desfavorables, una victoria casi segura y el bárbaro Frundsberg, que había logrado atravesar el Po. Evidentemente, la mayor parte de los reunidos en la sala desconocía los datos concretos. El papa Clemente agitaba un papel que llevaba en la mano, pero se encontraba él mismo tan asediado que no lograba calmar los ánimos.

Entonces, Alessandro oyó como un mensajero llegado hasta Lorenzo Pucci desde el norte, quizá perteneciente a la delegación que informaba al Papa, le relataba al cardenal lo siguiente:

—Y además Mantua ha dejado libre a Farnese en lugar de colgarlo directamente.

Cuando se dio cuenta de que Alessandro le estaba escuchando, enmudeció y se marchó de inmediato, incómodo. También Pucci se echó a un lado inseguro, reuniéndose con la multitud.

Alessandro notó que se le detenía el corazón y unas náuseas repentinas lo sobrecogieron. Sus piernas parecían querer ceder y el vértigo le hizo tambalearse. Llamó a unos guardias y les pidió que lo sostuvieran y acompañaran hasta el aire fresco de la logia. Allí tuvo que sentarse sobre el frío suelo y les rogó a los suizos que llamaran a su secretario.

Los temores de las últimas semanas y meses lo habían golpeado con toda su furia a través de aquella noticia. Aunque hacía mucho que no oía nada de ellos, sabía que Ranuccio formaba parte de las tropas venecianas y que Pierluigi estaba bajo las órdenes del Borbón. El comentario acerca del Farnese liberado solo podía referirse a Pierluigi pero, ¿qué había ido a hacer Pierluigi a Mantua? ¿Lo habrían capturado?

Llevaba semanas temblando. Primero, había oído hablar de la batalla interrumpida de Milán y había visto a sus dos hijos vuelto el uno contra el otro, con las armas de la mano. Lo mismo ocurrió con Cremona. Cuando se había enterado de que un fuerte ejército de lansquenets había logrado eludir las barricadas venecianas y moverse en dirección a Mantua, se había arrodillado repentinamente ante el altar de su habitación y rezado porque Ranuccio no se hubiera visto envuelto en una batalla

contra los bárbaros del norte.

El miedo por sus hijos, especialmente por Ranuccio, superaba la agitación que reinaba por todas partes. Era una época de por sí confusa y sorprendente. En septiembre, de forma totalmente inesperada, los partidarios de Colonna, bajo el pendón de los leales al emperador, junto con miles de hombres procedentes de las fortalezas y de Nápoles, es decir, con todo tipo de chusma, se había lanzado sobre el *borgo*, habían expoliado el Vaticano y un buen número de palacios, habían encerrado al Papa en el castillo de Sant'Angelo, habían devastado la ciudad como antaño lo hicieran los vándalos y los godos y después, bien pertrechados de riquezas, se habían retirado de nuevo a sus aldeas. El Papa, al principio, había tenido que doblegarse y acordar un armisticio, sin embargo con posterioridad había reunido una parte de las tropas que luchaban en el norte, roto todos los acuerdos con los traidores y había hecho devastar y quemar parte de las propiedades de los Colonna, para finalmente retirarle a Pompeo Colonna, quien había terminado por convertirse en su contrincante y enemigo acérrimo, su dignidad de cardenal.

La lucha en la Campania contra los españoles de Nápoles se prolongó, abriendo así un segundo foco de guerra que se desenvolvía, no obstante, de forma poco satisfactoria: los campamentos eran impenetrables y cambiaban su ubicación de semana en semana, y estaban bien preparados para el invierno, para las negociaciones y los acuerdos secretos, para la mendicidad de dinero y soldados.

Alessandro siempre había aconsejado al Papa que llevara una política clara y honesta, que se mostrara partidario del emperador sin humillarse ante él, pero Clemente seguía oscilando como una caña al viento o como los romanos, entre el pan y el circo, como les gustaba decir en la región de Lacio. Así, intentaba manipular a los unos para que se volvieran contra los otros sin decidirse por ninguno abiertamente pero actuando en secreto, hasta el punto en que en una ocasión intentó, con ayuda de su consejero español en conjuras, convencer al marqués de Pescara, uno de los generales más destacados del emperador, de que se convirtiera en traidor. No solo no lo consiguió, sino que provocó consecuencias inesperadas.

Sus opositores, e incluso no solo ellos, ya no se referían a él como el papa Clemente, sino como el *Papa qui mente*, el «Papa que miente».

Entonces llegaron las últimas noticias del norte: Frundsberg había atravesado el Po. Eso significaba que los bárbaros no solo no se habían ahogado, sino que su cuidadosamente trazado plan para tenderles una trampa, estudiado durante semanas, se había echado por tierra. El marqués de Mantua había jugado un doble juego, mientras que el viejo guerrero alemán le había parado los pies al *cunctator* Francesco Maria y al *Diavolo* Giovanni, y los había derrotado.

Quizá en aquella ocasión sus hijos sí se hubieran enfrentado...

Lo peor de todo era que Ranuccio no escribía. ¿Por qué hacía tanto tiempo que no

enviaba noticias a sus padres, o ni siquiera a Virginia? La muchacha estaba loca de desesperación. Ranuccio parecía haberla abandonado. Ni siquiera la carta de Alessandro a Francesco Maria y al marqués de Mantua, así como al dux de Venecia, había provocado respuesta alguna.

El secretario de Alessandro llegó finalmente y lo ayudó a ponerse en pie. Cuando quiso abandonar el Vaticano, aún debilitado, el papa Clemente se dirigió a él, gritando:

—¡Han alcanzado a Giovanni! Ya lo habían hecho en Pavia, pero en esta ocasión han acabado con él. ¡Una bala de cañón! ¡Le ha destrozado la rodilla! ¡Es nuestra decadencia! ¡El final de la libertad en Italia!

Se detuvo, dubitativo, y se acercó a Alessandro:

—¿Qué es lo que te ocurre? Estás más pálido que un sudario. Los bárbaros amenazan nuestros territorios en Parma y Piacenza. El Borbón sigue en Milán... No puedo sacar dinero de la nada. Los franceses no nos dan nada más que exigencias, grandes palabras y promesas vacías, y por ellos estamos en guerra. Sin embargo, yo no vendo capelos cardenalicios, León lo hacía, ¡pero yo no! Sin embargo, tendremos que apañárnoslas sin Giovanni, mientras sus hombres se encuentran diseminados a los cuatro vientos, y sin salario...

Entonces, el papa Clemente tomó del brazo a Alessandro y lo miró con auténtica preocupación:

—Necesitas un médico.

Alessandro negó con la cabeza y le preguntó, con voz temblorosa y conmovida:

—¿Has oído algo de mis hijos?

—¿De tus hijos? Sí, a Pierluigi lo capturaron cuando ejercía de negociador de Borbón ante Gonzaga, y el pequeño, ¿Ranuccio...? Creo que... Sí, ya me acuerdo, luchó con las tropas de Giovanni, es decir, en el frente más duro, en primera línea, junto a Giovanni, y un proyectil...

El Papa se dio cuenta entonces de lo que sus palabras podían significar; le dedicó unas palmaditas de ánimo en los hombros a Alessandro y se volvió, distraído, un tanto confuso, pero antes aún exclamó:

—Un muchacho duro, tu benjamín, un auténtico Farnese, leal e invulnerable al miedo... Como nuestro Giovanni, ¡oh, Señor! ¿Por qué ha tenido que morir? Ahora Roma está a merced de los bárbaros.

Y entonces, se fue.

Al llegar a casa, Alessandro ya no dudó de que Ranuccio había caído. Hizo llamar a Constanza y traer a Silvia, también apremió a Bosio y Girolama, así como a Baldassare y Rosella. Tras ello, sereno, pero al mismo tiempo casi paralizado por el horror que le producían los terribles golpes del destino, narró las nuevas noticias del norte y concluyó la escasa información con la insinuación de que Ranuccio se

encontraba junto a Giovanni...

Los ojos de Silvia se abrieron de par en par, de puro terror. Constanza tomó aliento, horrorizada, y se llevó la mano a la boca como si quisiera reprimir un grito. Entonces, Baldassare respondió con tono oscuro que él también había recibido noticias del norte, pues su amigo Pietro Arentino le había informado del trágico fallecimiento de su amigo Giovanni de Medici, el mejor de los hombres de Italia, a causa de una bala de cañón que le había alcanzado en Govérnolo, tras lo cual lo habían trasladado a Mantua.

—Tuvieron que amputarle la pierna, pero a aquel bravo hombre no le sirvió de nada. Consciente hasta el final, murió en brazos de su amigo.

Como nadie dijo nada, prosiguió:

—Arentino me habría comentado sin duda si un Farnese, si mi querido discípulo... —resopló y se sorbió de forma sonora—... En fin, si lo hubieran herido de gravedad. Francesco Maria, el duque de Urbino, no ha podido hacer nada contra los lansquenets. Son como un muro.

Cuando Alessandro se dio cuenta de que probablemente Baldassare tuviera razón, lo abrazó y rompió a sollozar desenfrenadamente. Lentamente y en silencio se fueron marchando todos, excepto Silvia, que enterró la cara del cardenal en su pecho, consoladora.

Al anoecer llegó un mensajero al palazzo Farnese, con una carta de Pierluigi. Alessandro la abrió de inmediato y llamó a su familia para que se reuniera de nuevo. Para cuando llegó Silvia, ya la había leído casi entera.

—¡Vive! —exclamó—. Ranuccio vive, solo tiene un pequeño rasguño: el proyectil que hirió a Giovanni lo tiró de la silla y un fragmento se le incrustó en el muslo, pero los médicos pudieron operarlo en Mantua y ahora se encuentra mucho mejor. Incluso volverá a Roma con parte de los *bande nere* de Giovanni, regresará a su hogar y a su familia. Oh, Ranuccio... —Alessandro no pudo seguir hablando, pues la voz se le quebraba.

Constanza le quitó la carta de las manos y le echó un vistazo.

—También Pierluigi se encuentra bien. Lo habían retenido en Mantua intentado tenderles una trampa a los lansquenets, pero el plan salió mal y Francesco Maria se ocupó de que lo soltaran, para poder regresar con las tropas imperiales. Le siguen numerosas alabanzas dirigidas al duque de Urbino... —Constanza se interrumpió y frunció el ceño.

—¿Por qué no sigues? —preguntó Silvia.

Alessandro había logrado calmarse entretanto, quitó de nuevo la carta a su hija y comenzó a estudiar las frases.

—Los dos hermanos se encontraron la noche antes de la batalla y hablaron... Ranuccio debía creer que iba a morir al día siguiente...

Silvia tendió la mano hacia la carta.

—¡Déjame leerlo, Alessandro!

—Sí, exacto —dijo, para concluir—. Efectivamente. ¡Pobre muchacho! Los dos hermanos se confesaron el uno con el otro...

—Confesarse, ¿de qué, Alessandro? —la voz de Silvia delató su impaciencia.

—Su culpabilidad por la muerte de Paolo —respondió, con voz suave y confusa—. Hablaron de nuestro Paolo... ¿Por qué debería sentirse culpable Ranuccio por la muerte de Paolo? No lo entiendo, solo tenía cuatro años por aquel entonces... También hablaron sobre Virginia...

Capítulo 69

Fiorenzuola - San Giovanni, junto a Bolonia - de diciembre de 1526 hasta marzo de 1527

Barth apenas podía creer que un único disparo de cañón hubiera podido provocar semejante efecto. Habían rechazado el ataque, el temido *Diavolo* se retiraba herido: los lansquenetes lanzaron poderosos hurras, Melchior von Frundsberg se abrió paso hasta Barth y lo artilleros e hizo que los alzarán en hombros. Prometió a los soldados que les doblaría el sueldo y al oso bávaro, un puesto de teniente.

Por la tarde, lograron también rechazar con éxito a las tropas venecianas bajo las órdenes del duque de Urbino, y de pronto numerosos botes aparecieron procedentes de Borgoforte, enviados, por lo que se decía, personalmente por el marqués de Mantua.

Ya esa misma noche el ejército comenzó a asentarse sin molestias en torno al Po. Al día siguiente marcharon hacia Fiorenzuola con la esperanza de reunirse allí con las tropas de Carlos de Borbón. Estaban aún en marcha cuando supieron de la muerte de Giovanni de Medici. Barth lo celebró de nuevo, se le permitió sentarse en el círculo de oficiales y, por primera vez desde hacía semanas, comer hasta hartarse. Incluso sintió lástima por Giovanni de Medici, quien había dirigido a sus tropas con valor desde la primera línea de batalla, si bien también se alegraba de que aquel temido enemigo ya no supusiera un problema para los lansquenetes. Se habían salvado incontables vidas alemanas. A su alrededor se vanagloriaban de que el «césar» *vini vidi fugi* había probado la eficacia impenetrable de una táctica defensiva bien elaborada.

Barth clavó la mirada en el fuego crepitante y vio ante sus propios ojos el impacto de los proyectiles. ¿Habría sobrevivido el muchacho delgadito al que el gravemente herido Giovanni aun llegó a montar en su caballo? Barth le preguntó a Melchior von Frundsberg por su nombre, pero el capitán no supo decírselo.

El ejército plantó su campamento entre Fiorenzuola y Piacenza y lo preparó para el invierno. El salario escaseaba y, tras acabar con todos los cerdos, terneros, ovejas y cabras de los alrededores y de saquear todos los campos de maíz, la alimentación empeoró día a día. El frío húmedo se colaba por las tiendas y en las abiertas ropas de los lansquenetes, bajo las cuales saltaban los piojos sedientos de sangre. Se propagaron las diarreas, la mayoría de los soldados tosía y algunos murieron entre esputos sanguinolentos y fiebres extremas.

Barth trabajó desde entonces como guarda personal de Frundsberg. Acompañaba

al viejo a la letrina y escuchaba sus penas: ningún enemigo le quitaba tanto el sueño como la falta de pan y de oro.

Así, pasaron diciembre y enero, inactivos, hambrientos y congelados, añorando el calor del hogar, a las mujeres e hijos, a los padres y los hermanos, el hogar y la granja. Se jugaba a los dados y a las cartas, rara vez por dinero, pues nadie tenía apenas. Ni siquiera para el séquito de prostitutas que los seguía y que se iban aburriendo mientras tanto: siempre las mismas acometidas por los mismos tipejos, con su creciente hedor, los dientes amarillos y los rasguños.

Barth se despertaba con hambre y se acostaba con hambre. Sin embargo, él vivía mejor que la mayoría de los lansquenetes, pues en las cercanías del capitán general y «padre» de las tropas siempre caía algún pedazo de jamón, la sopa estaba más caliente y duraba más y, ocasionalmente, se hacía con alguna manzana arrugada. La col proporcionaba escaso consuelo a las tripas y los conciertos nocturnos de ronquidos, gemidos y ventosidades le hacía pensar a Barth, cuando le tocaba quedarse de guardia, en una bestia inmensa y espanzurrada, en un dragón al que ni siquiera san Jorge podría matar.

A principios de febrero el sol comenzó a filtrarse con más frecuencia a través de la niebla, e incluso proporcionaba días calurosos. Comenzó a oírse que Carlos de Borbón había partido con cinco mil españoles de Milán para reunirse con ellos. Como muy tarde, el 7 de febrero vería reunirse a las tropas.

Sin embargo, siguieron viviendo de promesas.

Las provisiones no mejoraron, y de los cielos cayeron grandes masas de agua sobre tiendas y sombreros, cuyos plumeros empapados se encorvaban tristes y desvalidos. Barth jugaba con frecuencia a los dados con los otros guardias y no dejaba pasar un día sin practicar la lucha con espada, el lanzamiento de hacha y el disparo de ballesta. Hacía oscilar el hacha doble y aprendió así el habilidoso uso de las alabardas. Si miraba en torno a sí no veía más que mugre acumulada en su acuchillada vestimenta y, cuando se lavaba un poco, algo que para su desgracia era un acontecimiento demasiado inusual, se sorprendía al descubrir su cuerpo cada vez más enflaquecido. Sin embargo, seguía siendo tan fuerte como cualquiera, aún era capaz de alzar a un hombre de la edad del joven Melchior y solía ganar en las competiciones en las que vencía quien arrojara más lejos una roca. Por fortuna para él, pues tras cada victoria, recibía una ración extra de comida.

El viejo Frundsberg le dedicaba, riendo, palmaditas en la espalda cargadas de satisfacción y exclamaba: «Con hombres como tú, conquistaremos toda Italia». Le seguían entonces animosos «hurras» y rítmicos gritos de «¡Florenxia, Florenxia!», así como cada vez más «¡Roma, Roma!».

Les costaba entenderse con los españoles. No hablaban bávaro ni suave, los lansquenetes no hablaban español, y tanto en los dados como en las cartas trataban de

hacerse trampas los unos a los otros. Cada vez que se descubría a algún fullero, siempre había peleas, a pesar de las duras penas con las que estaban sancionadas. Sin embargo, los prebostes rara vez se inmiscuían y hacía tiempo que no se sabía de ninguna sanción oficial por disputas internas. Resultaba mucho más peligrosa la perspectiva de una rebelión o de una deserción en masa entre los cada día más malhumorados soldados.

Los superiores intentaban mantener los ejércitos separados, sin embargo todos terminaban por entremezclarse al visitar el campamento del bagaje. Cada vez había más chusma.

Entonces, llegó de forma repentina la orden de partir rumbo a Bolonia, donde la tierra aún no se encontraba devastada. Recogieron sus cosas, desmontaron las instalaciones, las fanfarrias ordenaron la puesta en movimiento, los tambores marcaron el compás, y así salieron todos a paso uniforme, una compañía tras otra, con el capitán al frente, los segundos a los lados, los «doblesueldo» y arcabuceros flanqueando los carros, en medio el abanderado, así como los tambores y flautas.

El 8 de marzo asentaron el campamento junto a San Giovanni, poco antes de Bolonia.

Aunque Barth siempre podía observar la agitación que se desarrollaba en la tienda de Frundsberg y además debía acompañar al viejo cada vez que visitaba a Borbón, apenas entendía nada de lo que se trataba. Habitualmente el tema giraba en torno al dinero. El duque de Ferrara les había enviado unos pocos ducados junto con algunas provisiones, algo que apenas les daba para empezar. Cualquiera podía hacerse en las cercanías de Bolonia con algún pan, algún cerdo o alguna mujer, pero les faltaba el dinero para pagarlos. Así, se volvieron frecuentes los asaltos, los saqueos y las violaciones.

Ni siquiera se sabía cual era la meta real de aquella empresa. La falta de disciplina de los soldados llegó hasta tal punto que incluso robaron a los oficiales. Cuando un ladrón fue condenado a pasar por la picota se inició tal agitación que el propio viejo Frundsberg tuvo que dirigirse a ellos para tranquilizarlos.

A mediados de marzo, Barth vio como los oficiales entraban precipitadamente en la tienda de Frundsberg: su hijo Melchior, Conrad von Bemelburg, Schertlin y otros; poco después Carlos de Borbón marchaba con sus capitanes españoles y el estirado príncipe Filiberto de Orange, su segundo. No tardó en oír los gritos procedentes de la tienda y la única palabra que llegó a entender: «armisticio». Entonces, escuchó otro nuevo surgir de entre el confuso alboroto de voces en alemán y español: «Retirada».

Cuando quiso acercar la oreja a la húmeda pared de la tienda, Borbón salió precipitadamente con toda su gente. En el interior del recinto el griterío se amortiguó solo parcialmente, hasta que finalmente el viejo, enrojecido, salió también, se abrió la bragueta y comenzó a orinar en el lodo.

—Mierda, cuando te haces viejo... —le exclamó el anciano a Barth—. Se te hace más difícil mantenerte erguido y debes mear más a menudo. Dios, qué no daría yo ahora por una cálida chimenea en mi hermoso castillo de Mindelheim. ¿Y tú, buen Barth? ¿También te gustaría volver a casa?

—Yo no tengo casa.

Fruntsberg puso fin a su voluminoso torrente de orina con un gruñido de satisfacción, recogió de nuevo sus intimidades y se volvió hacia Barth:

—¿No tienes padres, ni esposa?

—Mis padres murieron, soy demasiado joven para haberme casado y la muchacha a la que amaba... Bien, otro hombre la forzó y tuve que matarlo. Entonces, quisieron matarme a mí.

—Ajá, y de ahí la *crux* —dijo, señalando la cicatriz en la frente de Barth—. Bien pensado, a muchos les ocurre lo mismo que a ti. Sus mujeres se han ido o han muerto, sus padres cayeron... Pero entonces se busca un nuevo hogar, una nueva familia. Eres un buen joven, Barth, fuerte como un oso, sabes leer y escribir, ¿dónde se ha visto algo así? Además, ayudaste a acabar con *il Diavolo*, nuestro único enemigo auténtico. Serás teniente, lo prometido es deuda.

Observó pensativo a Barth, quien encontró entonces la oportunidad de preguntarle por el objetivo de marzo.

De pronto, Fruntsberg se volvió parco en palabras:

—Mañana sabréis más.

Y con esto, desapareció de nuevo en su tienda.

Por la noche, Barth ganó a los dados y amó con torpeza a una muchacha que, finalmente, logró seducirlo. Discutió con ella la cuestión del pago, pues quería conservar las últimas monedas de cobre que le quedaban. La muchacha, finalmente, le fió el pago y quiso dormir a su lado, aun cuando compartía tienda con otros dos hombres. Cuando los dos compañeros finalmente rompieron a roncar, Afra, que así se llamaba la joven prostituta, se apretó contra él, le acarició la cicatriz con las puntas de los dedos de su mano izquierda mientras con la derecha le proporcionó, con movimientos ligeros y contenidos, pero con una delicadeza inusual, un dulce divertimento que, finalmente, y mientras ella se encontraba aún tendida sobre él, le permitió caer rendido.

Al día siguiente, una inquietud extraña despertó a Barth. Los dos compañeros se encontraban ya en pie y discutían fuera de la tienda a pleno grito con dos pajes, quienes les informaban de que los españoles habían iniciado un motín. Quiso levantarse, pero primero tuvo que apartar de encima a Afra, aún dormida. La observó con atención y comprobó que, bajo la densa capa de maquillaje y a pesar del desastrado cabello rubio, era hermosa, si bien estaba horriblemente demacrada. El hambre volvió a rugirle en el estómago. Se levantó con cuidado, tapó a Afra, se puso

su jubón y sus medias, se ató las correas de las rodillas y se echó por encima su chaqueta de cuero.

Cuando salió de la tienda, le dio de lleno un sol resplandeciente. Una cazuela de sopa borboteaba ya en las cercanías, Melchior hablaba con gesto preocupado con Conrad von Bemelburg. Se oían llamadas a reunión en el campamento de los españoles. ¿Acaso querrían separarse de los lansquenetes? Había algo extraño en aquella mañana, a pesar del buen tiempo, o precisamente por él. Lo principal, en cualquier caso, era llenar el estómago, si bien probablemente ya no hubiera tiempo para comer aquel día y apenas quedara pan.

Melchior marchó al encuentro de los españoles acompañado de un intérprete y le indicó a Barth que se les uniera. Aún estaban atravesando el campamento del séquito y ya se oían los gritos de protesta de los españoles. Apenas llegaron al lugar de reunión, dieron con la espalda de los soldados, arremolinados de tal forma que los alemanes no lograron continuar más allá. Vieron a Borbón sobre un carro de munición, hablando a sus hombres, pero a cada frase que decía, estos respondían vociferando rabiosos y alzando los puños con agresividad.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Melchior al que se encontraba más cerca.

El traductor apenas terminó de hablar y ya tenía a numerosos españoles gritándole, con lo que no tardaron en descubrir la causa de su indignación: supuestamente se había firmado un armisticio entre el Papa y los delegados imperiales en virtud del cual los soldados deberían conformarse con un salario de sesenta mil ducados, empezando, no obstante, con un adelanto de solo treinta mil, para de inmediato volver a casa.

—¡No vamos a hacerlo! —voceó un español al oído del intérprete—. No dejaremos que nos despachen con un par de ducados después de haber pasado todo el invierno encerrados en Milán y, después, habernos congelado y muerto de hambre. Queremos ver nuestras bolsas a reventar de oro y nos iremos a Florencia o a Roma a buscarlo: allí tienen para dar y tomar.

Los soldados comenzaron entonces a agitar el carro al que estaba subido Borbón, sacaron las espadas y amenazaron a su comandante. Borbón se bajó de donde estaba e intentó huir a su tienda, pero no tardaron en cogerle. Los gritos de furia se incrementaron.

Barth no pudo distinguir con claridad qué ocurría.

—¡Vámonos de aquí, esto no es un panorama agradable! —exclamó Melchior.

La agitación se había extendido al séquito, donde tenía lugar una agria discusión. Barth y Melchior se abrieron paso con gran esfuerzo entre los carruajes, tiendas, toneles de comida, fogatas y gente, hasta llegar a la tienda del viejo Frundsberg. Melchior apenas había terminado de relatarle a éste y a la plana mayor de sus oficiales, reunidos con premura, todo lo que había visto y oído cuando un Borbón

desgreñado y fuera de sí irrumpió acompañado del príncipe Filiberto.

—¡Un motín, rebelión, esto es el fin! —gritaba el Borbón desde la lejanía—. Tenéis que esconderme, me siguen, ya han matado a uno de mis oficiales, robado la cubertería de plata de Filiberto... Están fuera de control.

De inmediato, Barth y la guardia tomaron posiciones, alabardas en mano. El viejo Frundsberg envió al Borbón a un granero cercano, donde podría ocultarse, y todos esperaron a que apareciera la horda de españoles amotinados, pero éstos actuaron de forma muy diferente a la esperada. Se fueron infiltrando de manera aparentemente pausada en las hileras de tiendas de los lansquenets y les explicaron, a pesar de las dificultades idiomáticas, lo que habían planeado. Entonces, la agitación se propagó también entre los alemanes.

El viejo Frundsberg, enrojecido y sudoroso, hizo que le trajeran un pedestal para observar y descubrir lo que se proponían.

—Están cogiendo las picas, ¿qué pretenderán hacer con eso? —exclamó sin aliento, para seguidamente bramar—. ¡Rápido, llamad a asamblea! Quiero hablar con ellos.

—Padre, ¡te echarán del carro a ti también! —repuso un preocupado Melchior—. Te abuchearán como le hicieron al Borbón.

—A mí no me abuchea ningún lansquenete. Soy su padre y ellos lo saben.

El viejo Frundsberg bajó, inseguro, del pedestal, se dirigió al lugar de reunión y trepó a lo alto del carro en el que habitualmente se transportaban los arcabuces. Barth tuvo el tiempo justo para posicionarse a sus pies antes de que los lansquenets lo rodearan, con las lanzas en la mano.

—Por el amor de Dios, ¡quédate con nosotros! —exclamó Melchior con voz amortiguada.

Miró a su padre temeroso y desenfundó la espada. El anciano, no obstante, parecía encontrarse más sereno y alzó los brazos para acallar el rugido de sus hombres.

El círculo en torno al carro se estrechó, todos se arremolinaron hacia adelante, pero poco a poco fue cundiendo el silencio. Barth miró los hambrientos ojos de los soldados, sus cabellos y barbas encrespados, sus ropas harapientas que en algún momento lucieron llamativos colores, y lo que vio en todos ellos fue rabia y una resolución inamovible.

Entonces, Frundsberg tomó la palabra:

—Hijos míos, hombres, camaradas... Hemos combatido juntos en numerosas batallas victoriosas, somos los mejores luchadores sobre suelo europeo, incluso más que los *reisläufer*, nadie nos puede hacer frente, ni siquiera esos cobardes de los ejércitos papales, y los conspiradores romanos con sus bellos discursos, así como todas las ciudades italianas, nos temen con razón, y lo saben. Temen que nos unamos,

que hablemos y nos comportemos como un solo hombre, que nos alcemos como un oso alemán, fuerte, valiente y leal, sí, leal en nuestro amor por el emperador; temen que os mantengáis fieles a vuestro padre, a mí, que os he guiado en tantas batallas victoriosas...

Bemelburg se inclinó hacia Melchior y preguntó:

—¿Qué quiere decirle exactamente a los hombres? ¿Que realmente deberíamos conformarnos con un par de malditos ducados y volver a casa? ¡No habrá retorno posible sin dinero y sin victoria!

Melchior se encogió impotente de hombros.

—Os he dado todo lo que poseo, incluso he empeñado mis posesiones, mi querido Mindelheim, mi plata, la herencia de mi esposa, todo para conseguiros vuestro salario. Por eso os prometo, tan cierto como que estoy aquí, desnudo y pobre como una rata, tanto como vosotros, que lucharé por vosotros, por vuestros derechos, por la soldada que os deben...

Un asombroso silencio se había mantenido hasta entonces, en que un extraño rumor comenzó a originarse en las últimas filas. Barth aferró de nuevo su alabarda. Sabía, no obstante, que si los hombres se alzaban contra ellos no tendría ninguna oportunidad de defenderse: lo aplastarían o ensartarían.

—Hijos míos...

Barth se volvió a mirar a Frundsberg: el viejo jadeaba y tosía tratando de respirar, mientras agitaba como aspas los brazos.

—Os conseguiré vuestro dinero...

Aquella fue para los lansquenetes la palabra clave, tras la cual se inició un grito, primero suave, después agitado y rítmico que iba ascendiendo desde las últimas filas:

—¡Dinero, dinero!

—Las filas anteriores fueron uniéndose, incluso llegaron a oírse redobles de tambor, el canto por el oro se fue transformando en un grito de batalla generalizado, y antes de que Barth llegara siquiera a darse cuenta, las primeras filas fueron inclinando lentamente sus picas y avanzaron en posición de ataque. Las puntas de acero se detuvieron apenas a un metro de distancia de Barth y los capitanes que rodeaban el carro de Frundsberg.

—Mis queridos hijos... —graznó el viejo.

La espada que había alzado cayó al suelo, zozobró, agitó impotente los brazos y abrió la boca, una y otra vez, como un pez en busca de aire...

Barth dejó caer su alabarda y saltó sobre el carro, mientras Melchior lo seguía, gritando:

—¡Padre! ¿Qué te ocurre?

El viejo Frundsberg, padre de los lansquenetes, el más leal general del emperador, glorioso y prácticamente invicto, hasta entonces amado por sus hombres y temido por

sus enemigos, se tambaleó y cayó de rodillas. Antes de que llegara a desvanecerse sobre las tablas del carro, Barth lo recogió y sostuvo mientras Melchior tiraba de un gran tambor para, entre los dos, apoyar al anciano sobre su parche de cuero. El viejo caudillo seguía abriendo la boca sin emitir sonido alguno, con la cara hinchada y roja y los ojos desencajados...

Una calma repentina se originó a su alrededor.

—¡Una camilla! —gritó Melchior.

Se abrió un pasillo hasta la tienda del anciano y dos médicos de campaña acudieron prestos. Barth alzó el pesado cuerpo de Frundsberg, lo transportó resollante hasta el borde del carro y desde allí lo fue soltando lentamente sobre los numerosos brazos que lo recibieron.

—¡Padre! ¡Háblame! —gritó Melchior, desesperado.

Colocaron sobre una camilla al anciano y lo transportaron hasta su tienda. Los lansquenets se apartaron a su paso, con el miedo, el espanto y la culpabilidad pintada en sus rostros. Algunos incluso rezaban.

Georg von Frundsberg ya no dijo nada más. Había sufrido una apoplejía. Sobrevivió a aquella noche y, al día siguiente, un grupo de lansquenets lo transportaron hasta Ferrara, donde cuidarían de él. En un principio, Barth pensó en acompañarlo, pero Melchior estableció de forma clara que pertenecía a su guardia personal, y no a la del anciano. Los capitanes alemanes eligieron a Conrad von Bemelburg como su superior y acordaron con los españoles que Carlos de Borbón sería el alto cargo al mando de ambos ejércitos.

Borbón hizo que repartieran los treinta mil ducados enviados por Roma, con lo que cada soldado no recibió más de un par de ducados, un salario que quizá les llegara para subsistir diez días. Le prometió a los hombres que reclamaría ciento cincuenta mil y afirmó que estaba dispuesto a marchar sobre Florencia y Roma.

—Conseguiremos lo que nos corresponde —exclamó, y miles de gargantas bramaron como una sola voz por todo el campo.

Desde Ferrara llegaron un par de días después provisiones y munición. El viejo Frundsberg permaneció en el castello d'Este, por lo que se decía, esperando a la muerte en silencio.

Las cumbres de los Apeninos aún seguían cubiertas de nieve a finales de marzo, por lo que el ejército se puso en marcha siguiendo la via Emilia. Las únicas metas posibles eran Florencia o Roma. O lo que era aún mejor: Florencia y Roma. El hambre, el frío, la enfermedad... Lo habían soportado todo y ahora, ¿debían volver a casa con las manos vacías? ¡No y tres veces no! No pensaban llevar nada que no fuera un buen botín. Buscarían a esa panda de traidores mentirosos allí donde se escondían, saquearían sus arcas, vaciarían sus bodegas, deshonrarían a sus mujeres y, para concluir, les cortarían la cabeza.

Capítulo 70

Roma - Vaticano - palazzo Farnese - 26 de abril de 1527

Una inquietud inusual reinaba en Roma, tanto en el Vaticano como entre el pueblo llano, e incluso en la casa del cardenal Farnese.

En las últimas semanas habían asolado la ciudad aguaceros y tormentas como no se habían visto desde los días del papa Adriano. El Tíber se desbordó y amenazó con anegar las zonas bajas de la ciudad. Una parte de los molinos dejó de funcionar, lo que provocó el aumento del precio del pan, protestas y saqueos de panaderías.

Sin embargo, lo que más inquietaba a la supersticiosa población fue que, durante la llegada del español Lannoy, que negociaba entre los españoles imperiales y el Papa, se desató una gran tempestad y un rayo impactó contra el Vaticano, estando a punto de derribar el *campanile* de la antigua basílica: una señal de la cólera de Dios.

Así surgió un predicador penitente, Brandano, quien se dedicó a recorrer las calles medio desnudo, con sus cabellos rojos y desgredados y sus ojos verdes, con un crucifijo en una mano y un cráneo en la otra, alzando la voz como un profeta del Antiguo Testamento:

—Haz penitencia, Roma desvergonzada, pues el Señor caerá sobre ti como lo hizo sobre Sodoma y Gomorra. Has despojado de sus alhajas a la madre de Dios para adornar con ellas a tus putas. Llegarán los castigos y serán terribles.

Cuando el papa Clemente se presentó ante la muchedumbre de creyentes de la plaza de San Pedro para dirigirles su bendición, Brandano irrumpió como un demente, echando espumarajos por la boca, ascendió finalmente hasta la escultura del apóstol San Pablo, aspeó los brazos y gritó, refiriéndose al Papa:

—Bastardo sodomita, por tus pecados, Roma será destruida. ¡Reconócelo y conviértete! En catorce días, la ira de Dios te aniquilará a ti y también a la ciudad.

Una nueva tormenta asomó por los cielos, cubriendo el *borgo* de una luz sulfurosa, bramando, como un muro de devoradora oscuridad.

La guardia suiza atrapó a Brandano y lo hizo encadenar a la porta di Nona, pero ya había dado mucho que hablar a la población, que se engarabito entre temblores y temores.

Tras ese suceso, el papa Clemente se dedicó a rondar por el palacio papal intranquilo, tratando sobre todo con Lannoy, quien le entregó la creciente demanda de Borbón de doscientos cuarenta mil ducados. Se había roto ya el armisticio incluso antes de haber llegado a anunciarlo oficialmente, pues el Borbón no se conformaba con esa increíble suma, sino que se atrevería incluso a ascender por los Apeninos y el

valle del Arno, por lo que decían las últimas noticias. El papa Clemente se había sentido seguro durante un instante y por eso, además de por la falta de dinero, había despedido a prácticamente todo el ejército apostado dentro y en los alrededores de Roma. Impotente y furioso al tiempo envió a Borbón el mensaje de que jamás lograría reunir semejante suma, ni aunque vendiera la cristiandad entera al mejor postor.

El Borbón, entonces, elevó con sangre fría su demanda hasta los trescientos mil ducados.

El papa Clemente estaba más fuera de sí de lo que Alessandro le había visto nunca.

—¡Ese hombre se ha vuelto loco, completamente loco! Los ejércitos de la Liga están acampados por los alrededores y harán trizas a su harapiento montón de mendigos si no se retiran de inmediato. Han dejado sus últimos cañones en Siena, ¿cómo piensan echar abajo las murallas de Roma? ¡Trescientos mil ducados! Está desafiando la cólera de Dios. Roma será su tumba.

Súbitamente se interrumpió, observó a sus cardenales, a los mensajeros y negociadores dispuestos a su alrededor, llamó a Renzo da Ceri, el abogado de mayor éxito de Marsella al que el Borbón había roto la nariz en una ocasión y que el rey francés había enviado a la ciudad eterna. Renzo anunció, fanfarrón, que la sagrada ciudad de Roma estaba a salvo, que ningún lansquenete ni soldado español lograría superar los muros de la ciudad, que lo juraba por su vida.

—Ya lo veis —exclamó el Papa, acechando a Alessandro—. Incrédulos, Roma está a salvo, el emperador pagará caro el haberse sublevado contra mí, su padre y señor.

Alessandro miró al suelo y le dio vueltas a su anillo obispal.

De nuevo en el *palazzo* se sintió mucho mejor, incluso se alegró, pues tras largo tiempo volvía a tener a toda la familia reunida. Pierluigi había aparecido inesperadamente por motivos que Alessandro, en un principio, no había podido dirimir. Su hijo mayor era *capitano* de una tropa imperial italiana que había abandonado al Borbón en Piacenza durante el invierno, pero que en abril se había reunido de nuevo con el ejército en Siena. Pierluigi debía haberse marchado por voluntad propia o haber sido enviado a Roma como espía.

Llegado al *palazzo*, el soldado se había echado a dormir a pierna suelta, incluso antes de hablar con su padre, y se había consagrado a su anhelante y expectante Girolama.

De forma igualmente inesperada había aparecido Ranuccio, enflaquecido, andrajoso y cojeando ligeramente. Su padre lo cogió en brazos en un arrebató de alegría y envió de inmediato a un criado a que avisara a Silvia. Ranuccio le explicó que había tenido que aguardar en Mantua para curarse de sus heridas, obtenidas en

combate contra los lansquenets del emperador y que había estado allí cuando «el último héroe de Italia», su Giovanni, había fallecido luchando contra la fiebre y la gangrena.

Alessandro lo llevó hasta su estudio mientras Ranuccio seguía hablando.

—También Pierluigi lo vio morir mientras seguía como «huésped» del marqués de Mantua —calló brevemente, pero Alessandro no preguntó—. Tras la muerte de Giovanni la mayor parte de sus hombres se desperdigaron: no había visos de obtener un salario, por lo que algunos optaron por unirse a los venecianos; otros, incluso, a los lansquenets. Pude convencer a los restantes, aún fieles, para que me acompañaran hasta Roma y protegieran la ciudad de algún eventual ataque.

—Sí. ¿Os habéis enterado de que los imperiales planean marchar sobre Roma?

—Oímos hablar de motines, de la enfermedad de Frundsberg, del hambre...

—¿Y por qué Francesco Maria y los demás ejércitos de la Liga no atacaron a los amotinados? ¿No les habría sido más fácil...?

—Oh, padre —suspiró Ranuccio—. ¿Por qué? Porque el duque de Urbino debería, en primer lugar, asegurar los territorios venecianos; porque es un indeciso, quizá incluso un cobarde, porque los demás ejércitos bajo los mandos del marqués de Saluzzo y Guicciardini se sienten demasiado débiles o quieren descansar, no lo sé. Desde que murió Giovanni... Debían haberle nombrado comandante en jefe de las tropas de la Liga... Era temerario, luchaba siempre en primera fila, quería mirar a los ojos del enemigo, sentir la cercanía de la muerte... Sufrió un fin miserable, en el que todo su valor no le sirvió de nada. El hedor de su pierna putrefacta apenas nos dejaba respirar y, entonces, la amputación...

Ranuccio se volvió, tomó la escultura del Laocoonte en las manos y la observó largo rato. Resoluto, dejó la escultura de nuevo en el nicho.

—He dejado a Francesco Maria porque ya no podía soportar más su inactividad, su atemorizada precaución. El peligro que corre el Papa le trae sin cuidado. Me han acompañado un par de cientos de hombres y están acampados en los viñedos del Gianicolo.

—¿Y quién les paga la soldada?

Ranuccio se encogió de hombros.

Se produjo una pausa.

—Debo ir a ver a madre —dijo Ranuccio finalmente—. ¿Dónde está Constanza? ¿Por qué no ha venido?

—Les he avisado a las dos, no tardarán en venir a saludarte.

Dejó reposar la mirada sobre Ranuccio y reparó en lo largo y doloroso que había sido el periodo en que lo había tenido que echar de menos pero, al mismo tiempo, tampoco podía reprimir la temerosa angustia que lo embargaba.

—¿Sabías que Pierluigi llegó aquí ayer?

Ranuccio lo miró, impresionado, y agitó en silencio la cabeza.

—Hablamos largo y tendido en Mantua —le explicó, con voz entrecortada, tras unos instantes—. Estuvimos sentados, los dos juntos, en el lecho de muerte de Giovanni. Intenté convencerlo de que abandonara la *condotta* para el emperador... Al fin y al cabo es romano, el hijo de un cardenal y, quizá algún día, sea también el hijo de un Papa...

—Oh, Ranuccio...

El joven tomó la mano de Alessandro y besó su anillo. Éste lo abrazó, sin querer soltarlo. Seguía siendo su pequeño, un muchacho delgado, demasiado joven para la batalla, demasiado puro para el mundo engañoso que lo rodeaba.

—También me gustaría ir a ver a Virginia hoy.

Alessandro dio un respingo y soltó a Ranuccio.

—Pierluigi me contó que es medio hermana mía —dijo, mirándolo directamente a los ojos—. ¿Por qué nunca me lo dijiste? Nos habéis dejado correr por el filo de la navaja.

Alessandro se miró pensativo las manos. Por suerte, Ranuccio parecía mantenerse sereno.

—A día de hoy, sigo sin saber a ciencia cierta quién es su padre. Probablemente ni siquiera la propia Maddalena lo sepa.

Ranuccio permaneció tranquilo, observándolo con una pena silenciosa y desatada en sus ojos grises como el atardecer.

Por suerte, en aquel momento Constanza entró como una exhalación en el estudio, se arrojó presa de la alegría sobre Ranuccio, lo apretó contra sus voluminosos senos y le besó en la frente, los ojos, las mejillas y la boca.

—*Mamma* está de camino —logró articular.

De hecho, Silvia apareció en seguida por la puerta y con ella, medio dormido, Pierluigi. Tras ellos entraron Girolama y Bosio, además de Baldassare y Rosella, rodeados de toda una tropa de niños pequeños, con el mayordomo y las niñeras cerrando resplandecientes la comitiva. Todo fueron gritos e hipidos. Ranuccio no tuvo más remedio que dejarse abrazar, pasar de uno a otro... Al final, incluso los niños rompieron a llorar, contagiados por los mayores.

Por la noche todos se sentaron a compartir una cena familiar. Los niños estaban ya en la cama, incluso los mayores, Guido Ascanio de Constanza y Alessandro de Pierluigi, quienes habían escuchado con los ojos desorbitados mientras Pierluigi les hablaba de las heroicidades realizadas en combate y de la brava muerte de su amigo y mentor. Acosaron a Ranuccio para que les contara una vez más su ataque en el puente de Govérnolo, el cañonazo que aniquiló a su caballo dejándolo a él solo herido ligeramente, tirado entre los escombros, inconsciente.

Alessandro observó a sus dos hijos. No se habían sentado juntos y apenas se

miraban. Parecía que temieran una mirada abierta, una conversación fraternal. Sin embargo, la vieja rivalidad entre ellos se había difuminado.

El primogénito retomó la palabra, con una seriedad y neutralidad inusual en él.

—¿Sabéis por qué estoy aquí realmente?

Girolama resplandeció esperando algún comentario amoroso, pero Pierluigi no le prestó atención.

—Como los ejércitos de la Liga les cierran el paso a Venecia, el Borbón dirige a sus tropas a toda prisa hasta Roma: sus hombres, muertos de hambre, tienen un único objetivo.

—Pero, ¿eso no significa que la Liga podría darles alcance, como muy tarde, cuando se encuentren ante los muros de la ciudad? —preguntó Alessandro—. Se dice que Borbón ni siquiera tiene cañones.

—¿Podría! —exclamó Pierluigi—. La Liga podría darles alcance, como bien has dicho. Pero, ¿de verdad creéis que ese cobarde irresoluto al servicio de los venecianos se atreverá a atacar a los lobos hambrientos y desesperados de las tierras bárbaras? Saben que solo les queda una alternativa: o saquear Roma o la muerte; o conseguir un rico botín o estirar la pata en la indigencia.

—No me considero un enemigo del emperador —dijo Alessandro.

Pierluigi rió, burlón.

—¿De verdad crees que a un lansquenete le interesa a qué facción pertenezcas, aquí en Roma?

—¿Y qué debemos hacer? —preguntó Constanza.

—¡Hay que salir de aquí! Fuera de Roma. Marchar a Capodimonte o, aun mejor, a Bisentina. En la isla estaréis seguros. En cuanto a nuestro castillo... Quizá los ejércitos se limiten a pasar por delante porque no les merezca la pena. Quizá incluso pueda acuartelarme allí con mis hombres.

—¿Y no sería posible que estuviéramos más seguros en Roma que en un pueblecito? —quiso saber Baldassare—. Allí los imperiales podrían ahumarnos y destriparnos como a las ratas si se les antoja. O quizá ir a Frascati. Se encuentra al sur de Roma, no está de camino. O incluso a Nápoles.

Alessandro agitó la cabeza.

—Pierluigi tiene razón —dijo Constanza—. Aunque... Tendríamos al enemigo en frente...

—Por eso debemos partir mañana mismo.

—Me llevaré a mi familia a Santa Fiora —se inmiscuyó Bosio con una resolución poco habitual en él—. Está en las montañas, lejos de aquí, ningún soldado alemán se adentrará en esa región.

Constanza reflexionó un segundo.

—Sí, debes ir con los niños a tu ciudad natal: yo me quedaré con papá y con

mamma.

—Yo marcharé a Frascati, si me lo permitís —le dijo Baldassare a Alessandro—. También podría llevarme... —añadió, respirando hondo—... a ciertas personas y ponerlas a buen recaudo.

Ranuccio, que hasta entonces había permanecido inmóvil y sumido en sus pensamientos gritó:

—¡No!

Pero acto seguido se corrigió:

—Sí, hazlo —miró a su alrededor con ojos relampagueantes, alzó la barbilla, apretó los labios hasta que se le marcaron los músculos de las sienes y, finalmente, espetó:

—Me quedaré en Roma con los soldados más duros de Giovanni. Defenderemos al Papa. Renzo da Ceri ha empezado a reclutar y a pasar revista, a formar milicias. Ya defendió Marsella contra el Borbón y volverá a hacerlo con Roma. Los lobos alemanes y españoles darán con sus dientes contra los muros de Roma y, para terminar, Francisco Maria logrará vencer sus dudas y los destrozará como si fueran perros desdentados.

—Entonces también lo hará conmigo —exclamó Pierluigi con sorna—. El gran *condottiere* de Urbino y el pequeño *capitano* de la casa Farnese me destrozarán como a un perro desdentado y me tirarán como un trofeo a los pies de nuestro padre. Entonces, el pequeño *capitano* podrá convertirse en heredero del gran cardenal y próximo Papa, que es exactamente lo que queréis todos.

—Pierluigi, ¡cómo puedes decir algo así! —gritó Silvia.

—Es absurdo —le secundó Constanza.

—Realmente absurdo —añadió Alessandro con voz pesarosa y suave.

Ranuccio permaneció en silencio.

Pierluigi se mostró menos agitado e irritado de lo que Alessandro había esperado tras sus palabras. La sorna de Pierluigi era la expresión de una inusual pena, de la resignación, y respondió con un sucinto gesto de la mano, como llamando a ignorar lo dicho.

—Girolama —dijo, volviéndose a su mujer—, irás con Bosio y con nuestros hijos a Santa Fiora. Será el sitio más seguro —se interrumpió para levantarse de la silla en la que se encontraba—. Partiré hoy mismo. Es luna llena, tengo que llegar hasta el ejército tan rápido como pueda.

—¿Hoy mismo? ¡Quédate al menos a pasar la noche! —exclamó Silvia, implorante, extendiendo la mano hacia él, mientras Girolama la imitaba.

Pierluigi las ignoró y se volvió hacia Alessandro.

—Aunque preferirías verme muerto, papá, sigo siendo tu hijo, que se preocupa por ti y por todos vosotros. Reflexiona un instante: si logramos entrar en el *borgo* y lo

saqueamos, el papa Clemente se enfrentará a un juicio breve. Puesto que ha levantado tanto descontento e ira a su alrededor, no se tardará en buscar a otro hombre que tome su lugar: ¡Tú! —dijo un paso hacia Alessandro, con un gesto de impotencia—. ¿No te das cuenta de que todo lo hago por ti? ¿Por ti y por nuestra familia?

Antes de que Alessandro pudiera contestar, Pierluigi ya había salido de la estancia.

Girolama aulló y se precipitó tras él. Alessandro se había levantado de un salto, pero volvió a sentarse lentamente. Silvia se cubrió la cara con las manos.

El primero en dominarse fue Bosio. Se levantó y se inclinó hacia adelante, decidido.

—Pierluigi tiene razón. Preparé nuestra marcha para mañana temprano —dijo y, cogiéndole la mano a Constanza, añadió—. Querida, ¿qué harás?

Constanza tenía la mirada perdida. Bosio esperó unos instantes antes de volverse hacia Silvia, decepcionado.

—Madre adorada, ven al menos tú con nosotros, con toda la *famiglia*. Estaréis seguros en Santa Fiora. Yo cuidaré de vosotros.

Silvia negó con la cabeza.

—Ve con los niños. Yo me quedo con Alessandro.

Entonces intervino Constanza.

—No, papá y tú iréis a Capodimonte o a Bisentina.

—Me quedo en Roma —respondió Alessandro con firmeza—. Vosotras dos os iréis solas. Alguien debe quedarse cuidando del *palazzo* si Ranuccio... decide luchar.

En ese momento, el benjamín se levantó.

—Lucharé. Pondré a buen recaudo a *mamma* y a Constanza en Capodimonte y después haré frente a los hombres de Borbón. Entonces veremos lo fuerte que es. Pero antes de eso, ¡debo ir a ver a Virginia!

Capítulo 71

Roma, via Giulia - Campo de Fiori - principios de mayo de 1527

Ranuccio quiso acudir inmediatamente junto a Virginia, pero su madre le rogó que al menos la acompañara a su casa de la via Giulia. Todos abandonaron el comedor reflexivos o inquietos. La madre se dio la vuelta ya en la puerta y la mirada de Ranuccio siguió a la suya: el padre se encontraba a la cabeza de la mesa vacía, solo, perdido, un tanto encorvado, con los ojos ausentes, dirigidos a la lejanía.

—Me pasaré por aquí con Constanza mañana temprano —le dijo la madre.

El padre asintió.

Ranuccio quiso acercarse a él y abrazarlo, pero su progenitor se levantó, indicó a los criados que recogieran la mesa y desapareció en su estudio.

De camino a la casa de la via Giulia, Ranuccio y su madre permanecieron largo rato en silencio, hasta que finalmente él dijo:

—Os escribí desde Mantua.

—Pues no recibimos ninguna carta —repuso la madre—, aunque ardíamos en deseos de recibir noticias tuyas.

—Lo siento mucho, de verdad, yo... Quizá el mensajero sufrió algún ataque...

Ella no volvió a hablar hasta que llegaron a la vivienda y Ranuccio quiso despedirse.

—Si nuestra familia se separa... Tengo miedo...

Ranuccio fue a besarla con el propósito de salir de inmediato en busca de la joven, pero ella lo agarró con fuerza y afirmó en voz baja:

—Virginia no es tu hermana.

Pasaron unos instantes antes de que él lograra asimilar su comentario.

—¿Por qué estás tan segura?

—Tu padre habló con Maddalena. Es una cortesana, ha estado con un sinnúmero de hombres. ¿Acaso se parece Virginia a tu padre? ¡No! Además...

Ranuccio se separó de ella. La antorcha iluminaba su rostro:

—¿Además...?

—¿Tú la amas de verdad?

Él dudó y una oleada de vergüenza lo arrastró. Hacía años que no veía a Virginia, ni siquiera la había escrito más que una vez desde la discusión con Pierluigi y probablemente aquella carta ni siquiera le había llegado. No se la había llevado a Venecia... Pero la amaba...

—¡Hasta mañana, *mamma!*

Ranuccio comenzó a temblar de puro nerviosismo, con un solo deseo en mente: tomar a Virginia en sus brazos... Se soltó de su madre y corrió por calles y avenidas tan rápido que casi logra apagar la antorcha que llevaba en la mano.

Se detuvo ante la puerta de la casa de Maddalena, en Campo de Fiori, pues numerosos hombres salían de la vivienda en ese momento, que al parecer no había cerrado aún sus puertas. Desde el interior llegaba el sonido de voces, risas, música.

Notó como su entusiasmo se desvanecía y estuvo a punto de darse la vuelta y regresar al *palazzo* de su familia, pero entonces se dirigió a la puerta de atrás y abordó a una criada que estaba tirando el contenido de una cazuela. Ella dio muestras de reconocerlo e incluso una sonrisa amistosa se dibujó brevemente en su rostro, pero de inmediato se transformó en una expresión avergonzada. No obstante, le permitió entrar, lo contempló expectante y finalmente lo llevó hasta una cámara lateral de la planta baja para que aguardara allí.

Se sentó intranquilo, aún con la antorcha en la mano.

—Ella se apenó mucho —dijo la mujer, tomando la luz y colocándola sobre un soporte junto a la puerta.

Solo entonces él la reconoció.

—¡Bianca! —exclamó—. ¡Mi Bianca! —y no pudo evitar sino abrazarla fuerte—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Le avergonzaba no haber sabido antes de quién se trataba, pero ella había envejecido, adelgazado, y la luz de sus ojos había desaparecido.

—Estás... Estabas... —tartamudeó él.

Ella se apartó lentamente de él y miró a un lado.

—Antonio me abandonó —dijo en voz baja—. Mi hijo nació muerto y yo misma estuve a punto de seguirlo... Después vino el trabajo en los portales oscuros y en los patios... Por suerte ahora me va mejor —añadió, deslizándose hacia la puerta—. Avisaré de que estás aquí.

Pasó largo rato hasta que Ranuccio sintió voces masculinas y risas por la escalera y la puerta principal se cerró. Estuvo a punto de salir de la habitación y precipitarse hacia la entrada para poder echarse en sus brazos, pero entonces oyó susurros, voces amortiguadas aunque alteradas, el crujido de la escalera, timbres femeninos en el piso superior... Sí, eran ellas, Virginia y Maddalena, pero no pudo entender qué hablaban.

Se hizo el silencio.

Esperó.

Comenzó a perder la confianza, buscó las palabras con las que debería dirigirse a Virginia, pero no encontró ninguna. Finalmente, la vergüenza y la culpabilidad lo tiñeron todo de oscuridad, hasta el punto de que decidió escabullirse de la casa sin volver a pretender nada para con ella.

Abrió la puerta con cuidado de no hacer ruido y dio un respingo: justo ante él se

encontraba Virginia, más hermosa aun de lo que la recordaba, también más triste, pero sus ojos volvieron a hechizarlo de inmediato. Sus formas se habían vuelto más exuberantes, se maquillaba con discreción y llevaba el pelo suelto.

Parecía perdida y anhelante como un niño abandonado.

Él supo desde el primer instante que nunca había dejado de quererla, ya fuera su hermana o no, la cortesana más rica de Roma, consagrada a los prelados y a los comerciantes extranjeros, seguía habiendo algo entre ellos que le empujaba a tomarla en sus brazos, buscar sus labios, no volver a soltarla nunca.

Quizá todo fuera bien, quizá pudiera pedirle, incluso ese mismo día, en ese mismo lugar, que se convirtiera en su esposa; quizá pudieran ir juntos hasta su padre y pedirle su bendición; quizá pudiera marchar con él al palazzo Farnese y no tener que venderse nunca más.

Naturalmente él sentía que, tras todos aquellos años de separación, era algo imposible.

En los ojos de la joven había lágrimas, pero permanecía en silencio.

Él dio un paso y la tomó de la mano... Sí, ella le dio la mano, delgada, pálida y fría.

—Yo... yo... —balbuceó él.

—No hace falta que digas nada —musitó ella, llevándose sus dedos a los labios.

Tras unos instantes, ella lo llevó al piso de arriba, donde se encontró con Maddalena, quien lo recibió solemne, no con hostilidad pero sí de forma reservada.

Abrieron las ventanas para que entrara el aire fresco y, desde un jardín cercano, llegó el canto de los ruiseñores.

Sirvieron vino.

—¿Debería dejaros solos? —preguntó Maddalena.

Virginia negó con la cabeza.

—Un gran ejército del emperador se aproxima y mi hermano Pierluigi teme que... —logró explicar Ranuccio—. Acompañaré a mi madre y a mi hermana hasta Capodimonte...

—Lo sé —se limitó a decir Maddalena—. Algunas familias ya han abandonado Roma.

—Baldassare Molosso os llevaría con gusto a Frascati. Quiere ayudaros, todos nosotros...

—Gracias —repuso Maddalena, negando con la cabeza.

—Soy *capitano* de una tropa de soldados papales que sirvieron al mando de Giovanni de Medici, a quien conocíais. Murió por heridas de gravedad. Yo también... Pero lo mío solo fueron algunos rasguños en la pierna. Aún cojeo un poco pero no me impide montar, por lo que interceptaré a los imperiales y defenderé Roma si es necesario. Los ejércitos de la Liga les pisan los talones a los invasores, por lo que la

ciudad debería estar a salvo, o al menos eso opina Renzo da Ceri.

Leyó la preocupación y el miedo en los ojos de Virginia.

Durante un instante permanecieron sentados los unos frente a los otros, en silencio.

—¿Qué debo hacer para que me perdones? —preguntó Ranuccio, tomando a Virginia de la mano.

Maddalena se levantó dispuesta a dejarlos solos.

—Mi hermano me dijo que Virginia es medio hermana mía —exclamó él, dirigiéndose a la mujer—. ¿Dijo la verdad?

Maddalena se volvió y repuso desde la puerta:

—¡Qué sabrá tu hermano!

Entonces, salió.

El silencio que reinó en la habitación no resultó tan incómodo. Ranuccio se llevó lentamente la mano de Virginia a los labios y besó sus dedos con delicadeza.

—Nunca más te dejaré —susurró—. Me da igual si eres mi hermana o no lo eres. Cuando termine esta guerra, dejaremos Roma y nos iremos a algún lugar donde nadie nos conozca.

Virginia lo miró. En sus ojos encontró, empapado de lágrimas, el amor que él había traicionado tan vergonzosamente.

Capítulo 72

Roma - Capodimonte - principios de mayo de 1527

Cuando Silvia se despidió de Alessandro en la porta del Popolo, tenía lágrimas en los ojos.

—Temo por ti, por todos nosotros —dijo ella con voz suave. —Ya hemos pasado por situaciones más peligrosas que ésta. Cuando el destino nos llama no sirve de nada huir de él —respondió él, sereno, besó a Silvia en la frente y en los ojos y le susurró al oído para que solo ella pudiera entenderlo—. Perdóname por haber tenido que traicionar nuestro amor de forma tan vergonzosa.

Se separó de ella rápidamente, se despidió de Constanza y Rosella, le dio la mano a todo el séquito y, finalmente, bendijo a Ranuccio.

Hicieron un alto en Nepi, el convento de Tiberio. Silvia se alegró extraordinariamente de poder abrazar al hijo de su matrimonio con Giovanni Battista Crispo. Los monjes se encontraban inquietos, pues tenían noticias de la proximidad de las tropas imperiales, y les asediaron a preguntas. Ranuccio intentó convencerlos de que se dirigieran a la abadía de Farfa, donde se encontrarían a salvo. Entretanto, Silvia persuadió a Tiberio de que los acompañara a Capodimonte, con el permiso del abad.

En Rociglione la comitiva hizo frente a una partida de reconocimiento imperial que, como pronto pudieron comprobar, estaba compuesta de italianos. Tras una leve escaramuza, los hombres del emperador emprendieron la retirada, y los propios soldados de Ranuccio le informaron de que habían visto a un hombre que, junto a la enseña del emperador, lucía también la de los Farnese. Ranuccio miró a su madre y a Constanza, agitó la cabeza y afirmó que debía tratarse de un error.

El joven capitán no quiso detenerse en Viterbo, por lo que continuaron hasta Capodimonte y llegaron sin mayor dificultad al caer la noche.

Fue una noche tranquila, pero a la mañana siguiente les esperaba una sorpresa: con las primeras horas del amanecer, Pierluigi apareció a los pies del castillo acompañado de treinta jinetes armados, aunque no en exceso.

—Habéis llegado justo a tiempo —les gritó a Silvia y Ranuccio que salieron a recibirlo al puente levadizo—. El ejército alcanzará hoy Montefiascone y me temo... —aún montado sobre su caballo hizo un gesto nervioso—. En cualquier caso, debo irme, pero dejaré aquí dos docenas de jinetes, hombres selectos que saben lo que tienen que hacer... en caso de que a alguna tropa se le ocurra pasarse por aquí para saquear un rato —se volvió entonces a Ranuccio—. Deja que algunos de tus hombres

permanezcan en el castillo, pero vístelos de mozos. Si quieres ir sobre seguro, lleva a las mujeres a Bisentina, pero en cualquier caso creo que los ejércitos de Montefiascone seguirán la marcha de inmediato hacia Viterbo. Así pues, Ranuccio, regresa lo antes que puedas a las murallas de Roma... Y no te hagas el héroe, hermanito: es un papel que no te va.

Ranuccio lo miró con ojos fúnebres pero guardó silencio.

Silvia había escuchado presa de un angustioso temor. Ya durante la primera escaramuza con los jinetes enemigos en Ronciglione le habían hecho recordar el ataque de los franceses a Roma por mandato de Carlos VIII, y ahora tenía ya muy presente que la vida segura y tranquila de las últimas décadas había sido, sobre todo, un golpe de suerte. En aquella invasión ella contaba solo con diecinueve años de edad, ahora pasaba de los cincuenta pero la edad no le había robado la voluntad de luchar, de sobrevivir. Podrían hundirla, pero no lograr que se rindiera.

Silvia tendió la mano a Pierluigi.

—Tampoco tú te hagas el héroe, hijo mío. Te necesitamos.

Mientras Pierluigi hacía ya volverse a su caballo, dando instrucciones a su escolta, apareció Tiberio vestido con su ondulante hábito.

—¡Ah! Mi piadoso hermanastro —exclamó Pierluigi, saludándolo—. Reza por nosotros, ¡puede que lo necesitemos!

Dicho esto, tomó el camino de la colina en dirección a Marta.

Fue una mañana silenciosa pero atareada. El castillo debía estar preparado: se hizo acopio de alimentos y se prepararon barcas para cualquier eventualidad. Ranuccio daba órdenes pero apenas decía nada más y ni siquiera reaccionó cuando Silvia le pidió que partiera con sus hombres antes de que fuera demasiado tarde. Ella volvía la mirada una y otra vez hacia el este, donde Montefiascone reposaba sobre una colina en la orilla sudeste del lago Bolsena, una ciudad y obispado que formalmente aún pertenecían al patrimonio de Ranuccio y, como tal, debían pagarle tributo.

Negros nubarrones se formaron de pronto. Silvia llamó a Ranuccio a su lado.

—Enviaré a uno de mis hombres hasta allí, vestido de campesino —le dijo de inmediato—. Nos informará si las tropas se aproximan a Capodimonte.

Por la tarde, cuando el soldado regresó, se veía ya el humo en el territorio.

—Han saqueado prácticamente todas las granjas de Montefiascone y se han llevado el ganado consigo. A quien se interpone en su camino le pasan a cuchillo, pero dejan en paz a las mujeres porque tienen prisa. Tienen un aspecto espantoso: están demacrados y son codiciosos. ¡Es el deseo de oro y sangre lo que les mueve!

Aprovechando la luz de la luna, Ranuccio marchó con una parte de su caballería en dirección a la Toscana para rodear Viterbo por el oeste y adelantarse al ejército imperial. En pleno ajeteo Silvia apenas pudo despedirse de él.

Cuando los hombres habían desaparecido ya en la misteriosa penumbra de la luna, Silvia y Constanza decidieron permanecer en el castillo y no retirarse a la isla. Tiberio, que no mostró ninguna agitación interna, dirigió a toda la *famiglia* en un rezo comunitario y rogó a Dios que los preservara de todo mal.

Al día siguiente aún flotaba el humo sobre Montefiascone. Las tropas enemigas no aparecían por ninguna parte, tan solo los guardias italianos de Pierluigi que campaban en el pequeño parque en torno a los elevados muros del castillo gritando y exigiendo una y otra vez mujeres y vino. Podían proporcionarles vino, pero mujeres no. Así se lo transmitió Tiberio, quien quiso rezar con ellos, pero su respuesta consistió en una canción indecente que hizo que el religioso se retirara de nuevo entre risas y gestos obscenos.

El 4 de mayo les proporcionaron algunos sacos llenos de provisiones y desaparecieron sin una palabra de agradecimiento.

El 5 de mayo reinó una atmósfera primaveral acompañada del canto de los pájaros, las flores resplandecientes y de una marea de desesperados y quejumbrosos campesinos procedentes de Montefiascone. Sin pararse a pensar si sus provisiones podrían durar mucho más, Silvia repartió para todos pan, sopa y carne de pollo. Miró al rostro de las atemorizadas mujeres: a algunas las habían llevado a rastras hasta cualquier cobertizo, pero en seguida habían recibido órdenes de dejarlas en paz y continuar la marcha.

—¡Lo incendiaron todo! —exclamó un hombre.

Su mujer añadió:

—A mí ni siquiera me llevaron a un granero. En casa, delante de todos, me arrancaron la ropa del cuerpo.

—Ya pasó todo —la consoló su marido.

Capítulo 73

Roma, Vaticano, aula regia - principios de mayo de 1527

¿Por qué el de Urbino no aparecía y atacaba a Borbón por la retaguardia? Era la pregunta que el papa Clemente se formulaba una y otra vez mientras aceleraba el paso en dirección al aula regia para comentar la situación con sus principales consejeros y capitanes de las milicias locales y papales. Hacía ya mucho tiempo que el duque debía haber dado alcance y aniquilado a los harapientos imperiales.

La situación lo inquietaba y agotaba cada vez más. Las interminables negociaciones con los embajadores españoles en torno al «rescate» de la ciudad de Roma, como el Borbón había dado en llamar a sus exigencias, la insistencia de Gibertis, la obstinación del escandaloso y agitado Schönberg, la aportación y consejos de los mensajeros, las sugerencias de los cardenales, las amenazas de todos los frentes, por no olvidar las arcas vacías y la negativa de los más acaudalados de Roma a contribuir en la solución a las calamidades financieras: todo se había conjugado para destrozarle los nervios y dejarle sin dormir noches enteras. Solo le quedaba pensar en que Domenico Massimo, una de las grandes fortunas de la ciudad, tras el último llamamiento había otorgado cientos de ducados... Si todos los romanos hicieran lo mismo...

Sin embargo, el populacho no aportaba nada. En lo concerniente a robar a sus vecinos, engañar a los artesanos y clamar pidiendo pan y circo, no se les caían los anillos, sin embargo cuando se les pedía que ayudaran con azadas, paletas y palas a reforzar los muros de la ciudad, que establecieran guardias y, de ser necesario, que defendieran la ciudad espada en mano, entonces se deshacían en pretextos. Él no podía salvar la ciudad solo con un par de hombres por osados, valientes y dispuestos para la acción que pudieran ser... No si el duque de Urbino no aparecía pronto y ponía un final sangriento a los espectros imperiales.

El papa Clemente ascendió rápidamente por la scala del Mareciallo, tal y como correspondía a su dignidad, y su corte apenas podía seguirlo con sus largas sotanas. Algo que no era de sorprender, teniendo en cuenta que tenían que transportar con ellos sus grasientas barrigas y expirar sus alientos avinagrados. Para cumplir con sus urgentes cometidos en Roma les faltaba el aire, no así para huir con el Papa a Nápoles. Evidentemente había rechazado ese cobarde plan. ¿Debía ofrecerse como prisionero a los españoles de Nápoles? ¿Debía abandonar a su suerte, junto con incontables familias, la ciudad eterna, la cátedra de San Pedro, la santa madre Iglesia? ¿Dejarla desprotegida y a merced de los luteranos?

Una vez llegado a los escalones superiores, el papa Clemente se permitió tomar aliento por primera vez justo antes de entrar con pasos firmes en el aula regia, donde ya se le esperaba.

En primer lugar saludó a Renzo da Ceri, abrazó someramente a Alessandro Farnese y también a su viejo compañero de fatigas, Lorenzo Pucci, y saludó con la mano a los jóvenes pero experimentados soldados, a los capitanes de la Iglesia ya dispuestos para proteger la ciudad aun a costa de sus vidas, y entre ellos el bravo Ranuccio Farnese, quien ya se había enfrentado al enemigo y lo había combatido con fiereza. Hombres así era lo que necesitaba Roma: leales y osados hasta la muerte. Alessandro, su padre, podía sentirse orgulloso de él. El que el hermano mayor de Ranuccio, Pierluigi, sirviera al emperador y probablemente se encontrara con sus regimientos italianos en algún lugar al norte de Roma era, no obstante, algo vergonzoso, y merecía la pena de excomunión, la *anathema*. Pero, ¿acaso era de extrañar? Nunca había esperado mucho de ese Pierluigi. Ya el hecho de que ese traidor mostrara inclinaciones sodomitas lo hacía digno de sospecha.

Lamentablemente, tal y como el propio Clemente debía admitir, uno no podía elegir a sus hijos. Incluso su propio retoño, Alessandro, fruto de una esclava negra que lo había arrullado de forma tan seductora que había sufrido un momento de debilidad, no le daba más preocupaciones: su deseo carnal se había despertado muy joven y no parecía tener freno, sus arrebatos de cólera, sus mentiras maliciosas, su sadismo... No eran cosas que aportaran mucha felicidad a un padre. ¡Si al menos fuera inteligente y diestro en las relaciones sociales! ¡Si al menos hubiera heredado ese rasgo de su padre!

Además había que añadirle el hecho de que Florencia había vuelto a expulsar a los Medici y sus partidarios para proclamarse república y él, el papa Clemente VII, de la casa Medici, no podía enviar fuerzas armadas para restaurar los derechos de su familia porque se aproximaba a Roma un ejército enemigo de unos cuarenta mil hombres, la mitad de ellos bandidos, aventureros, bribones sedientos de oro a quien Dios debería enviar a las profundidades del infierno con un rayo justiciero.

Mientras el papa Clemente repartía de forma mecánica apretones de manos, deseaba fervientemente la presencia y la ayuda de Dios y realizaba reverencias, hizo desvanecer los miedos que lo habían atenazado durante una noche tras otra y posó todas sus obstinadas esperanzas en una idea: que los muros de Roma jamás serían superados por un ejército carente de escaleras y cañones.

Después de que el papa Clemente hubiera saludado a todos los cardenales y delegados, a los restantes capitanes, al *governatore* de la ciudad y a los representantes de los distritos de la ciudad, les pidió que se le unieran en la oración:

—Alabado sea el Señor, mi Dios, que ejercita mis manos en la lucha y mis puños en la victoria —dijo, en voz más alta de lo habitual, y cerró los ojos—. Tú, mi

refugio, mi liberación, mi lugar seguro en el que construyo, quien pone los pueblos a mis pies, oh, Señor, inclina los cielos, desciende, apacigua a las montañas que humean, haz crepitar tus relámpagos y destruye a los orgullosos, lanza tus flechas y extermina a los intrusos y a los enemigos de la santa madre Iglesia. *Gloria Patri*, amén.

Le siguió un «amén» conjunto y Renzo da Ceri, que antes del rezo había estado conversando con vehemencia con Alessandro Farnese, exclamó con voz amortiguada:

—Santo Padre, las milicias romanas están preparadas para desatar toda la furia del infierno si el Borbón osa aproximarse a la ciudad santa con sus tropas infernales. Roma está a salvo —se volvió a todos los presentes con grandes aspavientos—. La espada de Roma está afilada como la del arcángel San Miguel, que nos indicará el camino. Yo, que ya he vencido abrumadoramente al Borbón en Marsella, lo enviaré de nuevo al orco, esta vez de forma permanente. —Renzo se estiró y gesticuló con las manos abiertas—. Por mi honor, por todo lo que poseo, garantizo la seguridad de la ciudad.

—Teniendo en cuenta la oleada de refugiados que abandona la ciudad —tomó Alessandro Farnese la palabra—, al parecer una parte de la población ve la situación de otra manera. Debo decir...

—Son unos cobardes —afirmó Renzo—, unos avariciosos... —se dirigió al papa Clemente—. Vuestra santidad, deberíais prohibir que nadie abandonara la ciudad.

—¿Y quién conseguiría hacer efectiva tal medida? —preguntó Farnese, y a su alrededor se levantó un murmullo inquieto.

Renzo tomó de nuevo la palabra y habló directamente al papa Clemente, ignorándolo a todas luces. Clemente miró inseguro a su alrededor, Farnese agitó la cabeza y una parte de los capitanes asintió, incluido Giberti.

—En fin, si tú lo crees necesario, hijo mío —dijo, volviéndose dubitativo a Renzo—, entonces ordenaré que cierren las puertas e impediré que nadie deje la ciudad.

El papa Clemente se sintió nuevamente lleno de inseguridad sobre si su decisión había sido la correcta. No tenía más que mirar los rostros de aquellos sentados a su alrededor, sobre todo el de Farnese, para notar como la debilidad volvía a consumirlo.

Entonces, el tesorero se le acercó y le susurró al oído que era imperativo vender sedes cardenalicias.

¡Otra decisión desagradable! El papa Clemente había roto la tradición de su antepredesor y primo, León, de vender por dinero los títulos de cardenal, aun cuando era consciente de que semejante simonía había sido el producto de su propia política. ¡Pero precisamente por eso! Era un sucesor de San Pedro, no de ese hechicero materialista, Simón el Mago. Además, las arcas eclesiásticas estaban tan vacías como en tiempos de León y, a pesar de ello, un ejército de lobos lo codiciaba más allá de las puertas de la ciudad.

Suspiró.

—Aunque muy a mi pesar, debo acceder a ello ante la presión de las circunstancias —explicó mientras dejaba vagar la mirada hacia el cielo—. Estoy dispuesto a vender cuatro capelos cardenalicios por cuarenta mil ducados cada uno — y a continuación señaló una lista que sostenía el tesorero—. Los aspirantes ya están elegidos, son hombres honorables de profundas creencias, procedentes de familias meritorias de grandes ciudades. Oh, son cinco hombres, hay dos florentinos entre ellos, exacto...

El resto de sus palabras se perdieron entre el murmullo de los reunidos y el papa Clemente se despidió con un gesto somero.

Aún no se habían ido todos cuando se anunció a un negociador enviado por Borbón.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó con brusquedad.

—Por lo que he oído, el Borbón solicita el paso libre por Nápoles y, al mismo tiempo, pide a vuestra santidad que lo aprovisione de víveres.

—¿Has oído, Renzo? —preguntó el papa Clemente al principal defensor de la ciudad, que aún conversaba con Ranuccio Farnese y otros Orsini.

De inmediato se formó un círculo en torno al Papa, Renzo y los delegados.

Renzo se limitó a reír.

—¿Pero qué clase de idiotas se cree el Borbón que somos? Sin embargo, su propia petición demuestra que está con el agua al cuello.

Se le indicó al mensajero que respondiera a Borbón con una única palabra: «¡No!».

Finalmente, Clemente le hizo señas a Alessandro y a su hijo Ranuccio y les pidió que lo acompañaran un par de pasos.

—Puedo sincerarme ante vosotros, lo sé, pues me seguís siendo leales incluso en horas de necesidad. Si tan solo Pierluigi... —miró a Alessandro, quien no dio muestra alguna de emoción, paró en seco la marcha y lo tomó de la mano—. Alessandro, olvidemos de una vez lo ocurrido en el pasado —él mismo se dio cuenta de hasta que punto su voz amenazaba con quebrarse—. ¿Realmente he hecho lo correcto, he dado las órdenes correctas? Tengo miedo...

El 4 de mayo el papa Clemente supo que el ejército de Borbón se encontraba en la *isola* Farnese y que se aproximaba al monte Mario, pero que se encontraba en un estado lamentable. Surgieron las risas, si bien un tanto forzadas, ante la idea de que semejante conjunto de despojos humanos pudiera pretender ascender por los poderosos muros de Roma.

Renzo da Ceri examinaba a la población de los distritos con insistencia, y cuando creía haber encontrado a un traidor se empeñaba en convertirlo en un ejemplo disuasorio, haciendo que lo descuartizaran en público con el consentimiento del Papa.

Nada se sabía de los ejércitos de la Liga. Los rumores señalaban que probablemente aún se encontraran lejos, en el norte.

El 5 de mayo, domingo, pudieron verse a los imperiales acudiendo en masa ante los muros del *borgo* y del castillo de Sant'Angelo y establecerse dentro del campo de visión: desde los prados de Nerón hasta la colina del Gianicolo y del Trastevere se extendía un semicírculo que rodeaba la sección de la ciudad a la derecha del Tíber.

A pesar de la prohibición del Papa, miles de romanos lograron abandonar la ciudad por el sur y el este. Todo aquel que era joven y poseía un arma se decidió a regañadientes a presentarse ante las murallas. Los cañones del castillo de Sant'Angelo, al igual que los de la puerta del *borgo*, se prepararon y cargaron de munición. ¡El enemigo tendría que soportar un buen puñetazo en la cara!

Capítulo 74

Ante las murallas de Roma - 5 de mayo de 1527

Barth había corrido durante días junto al caballo de Melchior von Frundsberg a través del fango y la mugre, sobre campos húmedos, siempre acosado por un hambre voraz. A sus espaldas, la compañía: los hombres trotaban, agitando picas, alabardas y arcabuces, con los ojos afilados y ausentes mirando hacia adelante, la lluvia cayéndoles en la nuca, las ropas empapadas cada vez más pesadas.

Por suerte, se mantenía sano.

Habían saqueado rápidamente y, finalmente, prendido fuego a Montefiascone, pero habían dejado a la gente con vida e incluso respetado la orden de los capitanes de dejar en paz a las mujeres. No estaba permitida ninguna interrupción particularmente agotadora de la marcha. Los hombres ni siquiera protestaron, pues estaban demasiado cansados como para dedicarse a atacar a las mujeres. Además, Roma se encontraba cada vez más cerca, la meta de todos sus esfuerzos, de sus pesares, la riqueza o la muerte. En algún lugar, la Liga les pisaba los talones. Cualquier retraso podía significar una derrota prematura.

Según explicaron los más veteranos, aquel clima era de lo más inusual para esa época del año. Fuertes chaparrones se sucedían, algo habitual entre las montañas de Baviera y de Suavia, pero no en Italia, al sur de los Apeninos, donde generalmente el sol te quemaba el cráneo.

Barth había dejado de contar los días desde la travesía por los Apeninos. Sus pensamientos se iban embruteciendo conforme iba avanzando junto al caballo de Melchior. En ocasiones se le aparecía ante él la imagen de Anna, como un ángel, y él aferraba la taleguilla con su rizo. Mientras aún la contemplaba, con sus brazos morenos y desnudos bajo el sol veraniego o chapoteando en el agua, un hombre de la vanguardia llegó hasta ellos y exclamó, excitado:

—¡Ahí está, la muy puta! —cabalgó hacia el séquito, gritando lo mismo una y otra vez.

Apenas alzaron la cabeza, la marcha se redobló.

Incluso la lluvia remitía, y casi parecía que quisiera clarear...

De pronto, los cielos se abrieron, la muralla de agua que caía sobre ellos se llenó de claros, el viento volvió a bailar con un par de nubes y entonces... Los hombres gritaron: efectivamente, allí estaba, la ciudad eterna, extendida bajo la tenue luz, deslumbrando bajo el dorado resplandor del sol, como una tierra prometida al alcance de la mano, junto a la plateada orilla del Tíber, como un país de ensueño, como la

imagen misma de la esperanza, echada como un cuerpo turgente y tentador, adornado de deslumbrantes diamantes, luminosas piedras preciosas...

Una exclamación atravesó el grupo y el grito se extendió y no tardó en asentarse. El ejército entero bramó como un animal hambriento y furioso.

Mientras Barth observaba a los soldados del escuadrón volante, vio lágrimas en numerosos rostros. Incluso en los de los más veteranos corría el llanto sobre las mejillas llenas de cicatrices hasta las barbas enredadas mientras, al mismo tiempo, agitaban sus armas por el aire y lanzaban gritos de batalla.

Las nubes de lluvia se habían retirado y el sol aún se encontraba elevado cuando el ejército comenzó a disponer su campamento en los viñedos en torno al borgo Vaticano y a destrozar el jardín del Gianicolo. Se envió a hombres curtidos, antiguos peregrinos que conocían Roma, para que formara grupos de expedición montada a los muros y después informara del número de los defensores, de la consistencia del armamento apostado en las puertas.

Se estableció el cuartel general de Carlos de Borbón en el convento de San Onofre, y desde allí los capitanes debatieron los planes de ataque. Barth debía permanecer al lado de Melchior y, sobre una gran representación de la ciudad, señalar qué parte de las tropas atacaría los muros y por dónde, y en qué puntos debían establecerse ataques señuelo. Entre tanto, los hombres se afanaban por construir escalas con los armazones que sustentaban las viñas y con los soportes de los jardines, produciendo artefactos tan inestables que hacía que los soldados se santiguaran nada más verlos.

No había tiempo que perder. Los soldados esperaban con impaciencia el ataque, debían y querían reunir sus últimas energías, pues nadie sabía con exactitud cuando podrían aparecer los ejércitos de la Liga. La atmósfera pendulaba entre el humor de perros y la persistente desesperación, el odio más vivo y la codicia más acuciante, cuando se anunció que un inesperado ataque de la caballería local había sorprendido la retaguardia y habían conquistado numerosos estandartes en el ponte Molle.

El Borbón hizo un gesto de desdén. ¡Menudencias! El príncipe Filiberto arqueó las cejas desdeñoso, Bemelburg hizo un gesto obsceno, Schertlin una pedorreta, tan solo Melchior von Frundsberg se rascó meditabundo la cabeza. El italiano Farnese, que procedía él mismo de Roma, por lo que Barth había podido averiguar, parecía incluso preocupado, pero adoptó una expresión impenetrable y guardó silencio.

Barth había observado desde un segundo plano, y cuando de nuevo se sentó entre los hombres de su compañía, se dio cuenta de lo desesperadamente grave que era la situación. Nada más salir, cuando ni siquiera Frundsberg se había marchado aún, se abalanzaron sobre él para preguntarle por las nuevas noticias.

—Mañana mismo, 6 de mayo, por la mañana temprano, se producirá el ataque.

Los hombres se retiraron, probaron una vez más sus armas, se limpiaron los restos

de pan de los dientes y buscaron un emplazamiento en que nadie los molestara para disfrutar de algo de paz o, simplemente, dormir un poco.

A media noche comenzaron a resonar los tambores. Barth apenas había abierto un ojo y ya se estaba colocando con movimientos lentos su ropa de combate, prestando atención a que cada lazo estuviera adecuadamente atado, a que cada placa de cuero se ajustara bien y que el peto, que llegaba hasta los muslos, le permitiera la necesaria libertad de movimientos. El casco estaba bien apretado.

Bajo la débil luz de las antorchas apenas si podía verse nada. Además, la niebla ascendía desde el río y de los campos húmedos.

Barth colocó las flechas de la ballesta, comprobó que la espada estuviera bien sujeta al cinturón, se aseguró el hacha en un costado y el puñal a la espalda. Reflexionó sobre si debía tomar el gran mandoble. Lo único que lograría trepando con él por los muros de la ciudad sería que lo molestara: mucho más recomendable resultaría un escudo, que en medio de un tumulto no permite colocarse adecuadamente, pero si se encuentra sitio suficiente como para agitarlo, resultaba de lo más efectivo.

Melchior había llegado mientras tanto hasta donde se encontraba su regimiento, les había dirigido un par de palabras a sus hombres y los había tranquilizado, pero después había apartado a Barth a un lado para hablar con él en tono amortiguado:

—Aunque pertenezcas a los *verlorene haufen*, no es necesario que subas el primero por esas tambaleantes escaleras. Eres demasiado grande y ancho y ofreces un objetivo claro para cualquier arcabucero. Permanece a mi lado, guárdame las espaldas: quiero que los dos sobrevivamos.

Miró a Barth, más que desesperado, anhelante y lleno de confianza.

—¿Tienes miedo? —preguntó Melchior en voz baja.

Su voz sonaba como si quisiera oír que algún otro humano temía el ataque.

Barth echó la mirada a un lado y reflexionó. En realidad no sentía nada, nada salvo hambre... O quizás se notaba ronco, sordo, mudo... Mientras aún intentaba escapar de aquella sensación de vacío emocional, oyó cloquear primero a una gallina, luego a muchas, cerca de él, y de pronto se vio de nuevo junto al Ammersee, aún niño; vio a Anna llamar y alimentar a las gallinas; vio su nuca desnuda, la curvatura de dos dulces melocotones recortándose bajo el mandil, y los finos dedos; la vio sentada junto a él en la ribera, en silencio, excitada, justo antes de saltar al lago y animarlo a que saltara él también; la vio moverse en sueños mientras los rayos de luna se colaban por la ventana de su cabaña sobre su rostro, sobre sus hombros y los rosados pezones, erectos, rodeados de una dulce aureola. Él estaba despierto, no podía apartarse de aquella visión...

Se inclinó lentamente sobre ella, mientras el padre Carolus roncaba en un cobertizo y la madre de Anna pernoctaba a su lado...

Barth había querido besar a Anna, pero no se había atrevido.

—Hey, Barth, ¿en qué estás pensando? —le espetó Melchior—. No tendrás miedo, ¿verdad?

Barth agarró la bolsa en la que portaba el cabello de Anna, su talismán, su lazo con su hogar, con su niñez.

—No lo sé —respondió—. Supongo que sí.

—Mañana seremos ricos... O estaremos muertos.

Barth asintió con gesto ausente.

—¿Habrías creído hace medio año que nos encontraríamos en este extraño inicio del mes de mayo frente a las murallas de Roma?

Barth negó con la cabeza.

—Ay, ¡si mi padre estuviera con nosotros!

Con las primeras luces del día dio comienzo el ataque al barrio que rodeaba el Vaticano. La niebla se había vuelto aún más densa, de tal forma que los defensores debían disparar a ciegas sus arcabuces y ballestas. Lo mismo ocurría con los cañones que restallaban desde el castillo de Sant'Angelo y los bastiones de los muros.

Borbón dirigió a la compañía de Barth hacia el convento de San Onofre, entre el *borgo* y el Trastevere. Desde allí no se veía más que una gris y lentamente difuminada niebla, pero se oía el agudo chasquido de los arcabuces y el trueno sordo de los cañones, se oía el nervioso tañido de las campanas y los gritos de los atacantes, que hacían acopio de valor y avanzaban a ciegas, pero adelante. Apenas se diferenciaban de las voces de los defensores, que crecían, se aplacaban, se transformaban en chillidos triunfales. Entre medias los desgarradores aullidos de dolor de los heridos.

Barth esperó con la ballesta dispuesta a la orden de Frundsberg de atacar el Trastevere, pero éste los hizo esperar.

—Es demasiado pronto —exclamaba Melchior ante sus impacientes hombres.

Súbitamente, aparecieron mensajeros gritando sus noticias:

—¡No lo conseguimos! Las escaleras no nos sostienen, no llegamos hasta arriba. Son demasiado fuertes. Borbón está pidiendo refuerzos.

Melchior dudó un instante, miró a sus subordinados y entonces ordenó a dos compañías que se dirigieran al Trastevere y que otras dos fueran con él hacia la porta Santo Spirito. Le hizo una seña a Barth.

Una vez llegados allí tropezaron con cadáveres y heridos de gravedad que se volvían a ellos, se retorcían y gritaban pidiendo ayuda. Eran una visión difícil de soportar y se encontraban ya a buena distancia del ataque. Barth experimentó una sensación de peligro tan repentina como intensa, oyó un pitido, agarró instintivamente a Melchior, lo apartó a un lado, se echó al suelo con él y apretó la cabeza contra los desperdicios. En ese mismo momento un disparo impactó contra el

lugar en el que habían estado. Barth notó un ligero golpe en la cabeza y oyó un tintineo agudo. Retazos de carne, sanguinolentos y cálidos, se precipitaron sobre su oreja y su pierna. Esperó un instante, luego irguió el tórax y comprobó qué le había caído encima: medio ser humano. Barth creyó durante un instante que iba a desmayarse, pero finalmente se recompuso y se levantó. Melchior, a su lado, había salido sin un rasguño y susurraba, pálido y gris como la niebla que les rodeaba, con voz átona:

—Me has salvado la vida.

Barth se limitó a asentir, tanteó su morrión y notó una profunda abolladura... Esquirlas...

No se tomó más minutos para pensar: junto con el resto de los hombres que permanecían sanos se lanzó a la carrera en dirección al muro. Allí se encontraba ya el Borbón, con su barba afilada y los ojos encendidos como ascuas.

—Han reprimido también nuestro segundo ataque. Tampoco hemos llegado más lejos en el norte, Filippo no ha logrado tomar la porta Perusa —exclamó con su voz ronca.

—¿Dónde estamos ahora mismo? —preguntó Melchior.

—A la derecha de la porta Santo Spirito y allí, más a la izquierda, está la porta Torrione, el punto más débil, por lo que creemos, y que los españoles están ya atacando, pero no lo vencen. ¡Manda a tus hombres allí arriba!

Barth vio como Melchior dudaba. También Borbón se dio cuenta. Su expresión se tornó desesperada. Se persignó, exclamó:

—Entonces, tendré que ir yo mismo —se dio la vuelta y desapareció en la niebla.

Melchior se apresuró tras él, con Barth siguiéndoles los pasos. Borbón se encaramaba ya por una escalera a cuyos pies se arremolinaban los muertos. Barth miró hacia arriba: el muro parecía surgir de la nada y perderse de nuevo en la niebla.

El Borbón dio una orden que Barth no pudo entender, hizo señas, gritó:

—¡Por el emperador y por el oro!, ¡a mí los soldados! —en francés, español e italiano, incluso en alemán, y comenzó a ascender por la escalera. Su resolución revitalizó los ánimos, pues los hombres lo siguieron y ascendieron por la inestable escala.

Capítulo 75

Roma, basílica de San Pedro - 6 de mayo de 1527

El papa Clemente no pudo dormir en toda la noche. Tampoco pudo pensar con claridad. Tenía la boca seca y la voz se le quebraba una y otra vez con cada intento de rogar ayuda divina. Finalmente, hizo llamar a un escriba y le dictó una amplia misiva dirigida a Venecia, Francia e Inglaterra, en la que les pedía dinero y ayuda.

Cuando, a la media noche, quiso regresar temblando a la cama, oyó el sordo redoble de los tambores. Al principio no supo qué significaba, pero no tardó en entender que el enemigo llamaba a reunión. Mañana temprano, al amanecer... Pero los muros no caerían, eran infranqueables...

En la lejanía, las campanas del capitolio comenzaron a alertar del ataque y a llamar a los defensores de la ciudad a sus puestos.

El papa Clemente llamó a su ayuda de cámara y le hizo traer agua. Se dirigió a la ventana y miró al exterior. Aún era noche cerrada...

Cantó el primer gallo.

Tras un intento vano de oración se dirigió hacia la basílica de San Pedro. Quería rezar allí con sus hombres de confianza y con los ciudadanos más piadosos hasta que el ataque fuera reprimido.

Cuando el primer rayo apareció por el este, se escucharon nuevos redobles de tambor. Cada vez más cardenales fueron sumándose al pontífice. Alessandro Farnese le susurró al llegar que en la calle reinaba una densa niebla. Lorenzo Pucci le comentó que, en lugar de rezar, quizá debería inspeccionar las murallas del *borgo*. El papa Clemente asintió y lo envió con Dios. Renzo da Ceri apareció, se mostró considerablemente menos confiado que un par de días atrás, habló brevemente con Pucci y desapareció con él.

Entonces, resonaron las fanfarrias del ataque, se propagó un grito ensordecedor que, no obstante, quedó amortiguado en la basílica, el penetrante estallido de los arcabuces rompió el amanecer y los primeros cañonazos dirigidos contra el enemigo bramaron desde el castillo de Sant'Angelo.

El papa Clemente rezó la plegaria desde lo más profundo de su corazón, maldijo a los enemigos de Dios y prestó atención a los enfervorizados gritos de guerra, a los disparos de las armas de fuego y al retronar de la artillería.

Su consejero Giberti le preguntó en susurros si no debería retirarse al castillo de Sant'Angelo. Como Clemente se negó con resolución, Giberti se levantó y comenzó a discutir con algunos prelados entre susurros pero gesticulando violentamente.

Clemente solo entendió las palabras «provisiones», «castillo de Sant'Angelo» y «preparativos».

Apenas había terminado de clarear cuando los gritos de combate parecieron amortiguarse y Clemente comenzó a escuchar chillidos triunfales y cercanos: o bien los enemigos habían penetrado en el Vaticano, o eran los defensores quienes voceaban... Se abrieron las puertas de la basílica, los cardenales que rodeaban al Papa se levantaron de un salto, y el propio Clemente hizo lo propio, gemebundo, dispuesto ya a enfrentarse al Anticristo, a los sucesores de los vándalos, godos, sarracenos y normandos, a ofrecerles su pecho descubierto, con el brazo alzado en gesto defensivo como lo hizo el papa León, *el Grande*, cuando puso fin a las tropelías de Atila, caudillo de los hunos.

Sin embargo, lo que oyó fue otro tipo de gritos:

—¡Victoria, victoria! ¡El traidor ha caído, está muerto, una bala lo ha alcanzado! ¡El Señor es justo y piadoso!

Como vencedores en un partido de *calcio*, los cardenales se levantaron y los prelados alzaron los brazos, cerraron los puños, gritaron:

—¡Victoria!, ¡aleluya! —bramaron—. ¡Dios victorioso! —y se abrazaban los unos a los otros.

—Incluso el papa Clemente perdió en aquel momento toda su dignidad, pues la tensión provocada por el miedo le había mantenido encogido y tembloroso, pero ahora abrazaba a su viejo amigo y contrincante Alessandro y lo trataba de animar, pues era el único que no había explotado en un estallido de alegría. Clemente cerró los puños, los agitó, los alzó en dirección al techo de la basílica e incluso hacia el cielo, para agradecerle a Él, al Señor de los ejércitos celestiales, quien tan categóricamente había alzado su espada a favor de la Iglesia guiando la bala.

Todo iba a salir bien.

Capítulo 76

Roma, borgo Vaticano - 6 de mayo de 1527

Apenas había ascendido el Borbón por los primeros peldaños, se inició toda una salva de disparos que ahogó los gritos de guerra de los atacantes. Él se estremeció, se encogió, intentó sustentarse y cayó, arrastrando en su caída a quienes lo seguían, hasta aterrizar en el suelo con un golpe sordo. Todos se arremolinaron inmediatamente a su alrededor. De nariz y boca manaban ríos de sangre. Todo el costado sobre la altura del estómago había desaparecido. El rostro aún permanecía intacto, el casco se le había caído a un lado, tenía el cabello húmedo y pegajoso. Movía los labios intentando decir algo. Barth, junto con Melchior y algunos españoles, lo sacó del campo de tiro, pero apenas hubieron puesto a salvo al Borbón, éste cerró los ojos.

El impacto fue tremendo. A su alrededor todos comenzaron a suspirar de impotencia, quedaron petrificados o guardaron silencio.

Melchior se hizo con un estandarte y cubrió el cuerpo del caído.

Barth ya no sabía qué hacer. Miró a Melchior. Todos miraron a Melchior, el único oficial al cargo que podía vislumbrarse en la densa niebla. Algunos cayeron de rodillas y agacharon la cabeza, otros juntaron las manos. Desde los muros surgieron bramidos de victoria... ¿Acaso sabían los defensores que Borbón había caído? ¿O es que habían logrado volcar otra escalera, arrastrando a la muerte a todos los que ascendían por ella?

La lucha parecía remitir, apenas se oían ya disparos y los gritos sonaban lejanos.

Barth estaba aturdido. Incluso oía cantar a los pájaros y gorjear a las palomas.

Melchior contemplaba los muros. Algunos españoles corrían sin sentido arriba y abajo, mientras los lansquenets se reunían en torno a su capitán, desorientados, con los brazos colgando, algunos incluso temblando.

La calma iba extendiéndose y los mensajeros aparecían a la carrera. Bemelburg preguntaba si alguien había alcanzado la cima y a cuánto ascendían las bajas, los italianos comandados por Sciarra Colonna y Pierluigi Farnese informaban de que habían realizado un ataque señuelo para dirigirse a continuación hacia el Trastevere, mientras que un mensaje de Filiberto indicaba que nadie había logrado tomar el muro con éxito, si bien se había descubierto un edificio en la muralla pobremente fortificado y fácil de conquistar.

Cuando Melchior les puso al tanto de la muerte de Borbón y les ordenó que hicieran llegar la noticia a todos los comandantes, los mensajeros abrieron los ojos

como platos. Los imperiales se retiraron de los muros para intentar recuperarse.

Se inició un descanso en el que los gritos de auxilio de los heridos quedaban eclipsados por las risas burlonas que les llegaban desde las almenas.

—Debemos luchar —exclamó Melchior como tratando de infundirse ánimos a sí mismo—. Debemos utilizar la niebla en nuestro provecho, o de lo contrario ya habremos perdido.

Barth se ató a la espalda el mandoble y, a tenor de que disponía de dos asas con las que poder agarrarlo, le quitó el escudo a un muerto y se deshizo de la ballesta. Dada la escasa visibilidad no resultaba de demasiada utilidad.

Miró a su alrededor: en aquel momento cientos, quizá miles de soldados imperiales parecían afectados por una furia y un deseo de venganza desenfrenados pues, sin que llegara a darse una orden de ataque, se precipitaban todos unidos contra los muros. Barth se vio arrastrado por la marea de cuerpos. Ya no había opción a la duda. De nuevo resonaron los disparos sobre ellos, las escaleras temblaron, algunas se precipitaron de nuevo al suelo con todos los que ascendían por ellas. Los demás subían a través de la ciega nada, cada vez más rápido, con sus últimas fuerzas, y de pronto se encontraron en la cumbre. Barth empujó a los que aún trepaban sobre él, se agarró a una grieta en la almena, tomó impulso y cayó sobre un defensor, que se vio en el suelo bajo la presión del inmenso cuerpo. Barth solo llegó a ver los ojos desencajados, la boca abierta con los dientes brillantes y la lengua temblorosa, y le propinó un puñetazo en pleno rostro, avanzó a gatas un par de pasos, desató su pesada espada, embistió a otro enemigo en pleno estómago de tal forma que finalmente pudo erguirse, atacó a otros más y sintió como la sangre cálida fluía por su brazo. Sostuvo la espada fuertemente por la empuñadura, dio un paso atrás y la hizo girar con movimientos amplios alrededor del cuerpo. A su alrededor cayeron numerosos enemigos y el resto se retiró, los invasores se precipitaron hacia adelante con sus relucientes filos en ristre y una enorme sed de sangre se apoderó de Barth, quien depositó todas sus fuerzas de oso en su frenética espada. El primer muro del borgo Vaticano estaba en manos de los imperiales, los defensores reculaban, al principio lentamente y, seguidamente, presa del pánico. Pronto se abrieron las primeras puertas y los invasores penetraron a raudales por los barrios de la ciudad. Al mismo tiempo, desde el norte, llegaron en tropel los españoles, quienes debían haber batido las débiles fortificaciones de ese punto. Los cañones conquistados se redirigieron de inmediato contra los baluartes y los portales de iglesias y palacios. Barth, que había descubierto entre la multitud a parte de sus compañeros, se reencontró igualmente con Melchior, cuya espada estaba enrojecida hasta el mango y cuyo peto aparecía salpicado de sangre.

—¡A por el Papa! —gritó Melchior, quien tuvo que repetir sus palabras para que Barth pudiera entenderlas entre el caos de gritos—. ¡Ahora tendrá que creérselo!

¡Venganza para el Borbón!

Capítulo 77

Roma, Vaticano - 6 de mayo de 1527

Alessandro no había llegado a unirse a los festejos triunfales tras la muerte de Borbón, ni siquiera cuando Clemente alzó los puños y los prelados bramaron fuera de sí como una horda de salvajes. Por fortuna Clemente se apartó de él tras unos instantes para dejarse abrazar y vitorear por la eufórica congregación.

Ante Alessandro se alzaba el dorado crucifijo, imperturbable ante la oscuridad de la basílica. Intentó concentrarse y sumirse en una fervorosa oración de agradecimiento, pero no tardó en encontrarse recitando salmodias vacías mientras sus pensamientos se volvían a sus hijos. ¿Se encontraría Pierluigi entre los atacantes? ¿Habría resistido Ranuccio sobre el muro del *borgo*? ¿Habrían sobrevivido los dos?

—¿Por qué no llega de una vez el ejército de la Liga? —bramó un papa Clemente súbitamente solemne, haciendo que el júbilo de los prelados también se diluyera—. ¡Es un escándalo! Estamos luchando por sobrevivir mientras el duque de Urbino se da la buena vida, en lugar de ganarse su salario combatiendo. —Clemente ya no parecía triunfal, sino furioso—. Os voy a decir algo —su rostro había adquirido una expresión cargada de odio—: Francesco Maria quiere vengarse de mí, de los Medici, y ésa es la causa de su cobarde indecisión. No deberían llamarlo *veni, vidi, fugi* sino *veni, vidi, odi*. Pero ya me encargaré de que olvide sus odios. Tras la expulsión de los bárbaros me encargaré de que se le acuse de traidor y se le destituya. Me haré finalmente con su ducado. La maldición del *anathema* lo perseguirá eternamente y sin descanso el resto de su vida.

—Sería mejor que te retiraras ya al castillo de Sant'Angelo, para tu seguridad —le interrumpió Alessandro.

—¿Qué? —el papa Clemente se volvió hacia él, lleno de rabia—. Pero, ¿qué clase de incrédulo eres, Alessandro? Renzo da Ceri me ha asegurado que los bárbaros no lograrán subir por los muros y ahora su cabecilla está muerto. Las tropas de la Liga no pueden demorarse eternamente, puesto que además de Urbino también los lideran Guicciardini y Saluzzo, a quien ya he escrito numerosas cartas apremiantes y enviado mensajeros de alto rango. Los ejércitos tendrán que llegar algún día, y rematarán a los bárbaros.

Clemente se dirigió lleno de resolución hacia la puerta que llevaba a sus aposentos privados. Entre el cortejo de sus leales, que lo siguieron, se encontraba Alessandro.

Una vez en la estancia, Clemente se acomodó sobre un banco y Alessandro quiso

despedirse, pero Clemente volvió a levantarse y le pidió que se quedara.

Durante un instante los dos hombres se observaron en silencio.

—Ignoro dónde se encuentra mi hijo Alessandro —dijo Clemente de inmediato—. El populacho florentino debe haberlo expulsado de la ciudad, pero tampoco está en Roma... Estoy preocupado —levantó la mirada, buscando la de Alessandro con sus ojos ligeramente estrábicos—. Ya sabes lo que se siente cuando un hijo te causa preocupaciones.

Alessandro se limitó a asentir.

Desde la plaza de San Pedro ascendieron los gritos de alarma, chillidos y voces, así como disparos renovados en la lejanía.

—¿No deberíamos...? —dijo Alessandro mientras trataba de levantarse, pero Clemente lo retuvo con firmeza.

De nuevo se sentaron en silencio.

El fuego de los arcabuces se redobló y, después, se interrumpió casi por completo. También el tipo de ruido cambió, aparentemente aumentó, se aproximó. Alessandro se levantó decidido y se dirigió a la logia. Lo que vio le hizo estremecerse de terror: soldados enemigos se precipitaban por las calles...

Numerosas ayudas de cámara aparecieron a toda prisa, gritándole a Clemente, y entre ellos se encontraban algunos cardenales, como Schönberg, Salviati... Nadie hizo ninguna otra pregunta, Clemente se levantó y se lanzó hacia el pasillo que conducía al castillo de Sant'Angelo. Todo el mundo se gritaba entre sí, se precipitaban por el corredor, los más jóvenes incluso corrían. Alessandro los siguió. Cuando miró fugazmente por una ventana que daba acceso a la plaza de San Pedro, vio que la guardia suiza reculaba ante una fuerza muy superior de lansquenets, y que ya docenas de ellos yacían muertos en el suelo.

Más gritos. Los españoles y alemanes penetraron en el Vaticano mientras los guardias de palacio trataban de contenerlos con sus últimas fuerzas. Alguien empujó a Alessandro, pero de pronto nadie logró moverse. Ante ellos se encontraba el puente abierto, de madera, que conducía a la fortaleza... Se oyeron cañonazos. Los defensores de la ciudad disparaban ininterrumpidamente desde el *borgo* allí donde creían que se encontraban los atacantes, acertando a los palacios de los embajadores, las pensiones de peregrinos, las hospederías... Los primeros prelados pasaron corriendo por el puente, a uno lo alcanzó el disparo de un arcabuz español y se precipitó hacia el suelo, las alabardas brillaron... Alessandro no quiso mirar...

—¡Proteged al Papa! —gritó alguien—. Su ropa blanca ofrece una diana clara.

Capítulo 78

Roma, borgo Vaticano - 6 de mayo de 1527

En los oídos de Barth resonaba el clamor de la venganza y las maldiciones contra el Papa. Melchior le gritó que no estaba permitido iniciar el pillaje, puesto que la victoria aún no se había confirmado. Un grupo de españoles pasó corriendo ante él, casi atropellándose los unos a los otros. Cuando Barth logró recuperar la orientación, Melchior ya había desaparecido. Ante él, la puerta del ospedale Santo Spirito saltaba de un cañonazo. Derribaron a las primeras hermanas, con sus hábitos monacales. De nuevo arrastraron al bávaro, quien tropezó con los cadáveres... Los soldados saltaron sobre los enfermos... Él resbaló en un charco de sangre...

Finalmente, Barth logró abrirse paso hasta las cercanías del castillo de Sant'Angelo. Por todas partes había gente huyendo, perseguida, los invasores golpeaban con furia ciega a su alrededor, se colaban por la fuerza en iglesias y palacios, prendían fuego, buscaban oro y joyas, seguían corriendo...

Él mismo aún portaba la espada en la mano, pero hacía tiempo que su sed de sangre se había visto saciada.

Los últimos combates tenían lugar ante la fortaleza, donde los falconetes del castillo disparaban ininterrumpidamente contra los imperiales arremolinados allí. Los conquistadores estaban hacinados bajo un puente de madera, y todo aquel que poseía un arcabuz, lo dirigía hacia arriba, donde un alterado grupo de prelados, vestidos con sotanas, intentaban alcanzar la protección de Sant'Angelo a través de un pasadizo de huida sotechado. Cuando terminaron acertando a uno y haciéndolo precipitarse al vacío, los invasores rompieron en bramidos de satisfacción e intentaron atravesarlo con sus alabardas y espadas mientras aún caía.

—¡Ahí está el Papa! ¡Ahí, ahí! —oyó Barth que alguien gritaba—. ¡Alguien le ha cubierto sus blancas faldas! ¡Disparadle!

Se inició un tiroteo, bonetes rojos y retazos de tela violeta volaron por los aires, y un hombre de negra y ondeante sotana cayó también al suelo. No tardaron en llover sobre él las alabardas. Barth contempló como fascinado semejante masacre sin sentido e intentó intervenir.

—¡Dejadlo en paz! ¡Ya hace rato que está muerto! —le gritó a los españoles, pero éstos no le entendieron y de inmediato dirigieron las alabardas contra él.

El bávaro reculó con gestos conciliadores. De pronto, algo cayó con sonido titilante ante él. Volvió la vista hacia allí: ¡una cruz de oro! Rápidamente la recogió y, cuando comprobó la mirada codiciosa de los alabarderos españoles, se la guardó,

aferró con ambas manos la empuñadura de su gran espada, la presentó dispuesto para la lucha y se irguió cuán grande era. Los españoles se hicieron señas, decapitaron bruscamente al religioso entre carcajadas, sostuvieron la cabeza como un trofeo frente a Barth y se la arrojaron a los pies. Tras esto, se volvieron de nuevo hacia el castillo sin dejar de reír.

Los prelados seguían atravesando a la carrera el pasadizo por el puente de madera que les llevaba hasta el castillo entre empujones y tropezones. A muchos los alcanzaban los disparos y caían despeñados.

Mientras Barth saltaba sobre los cadáveres sin saber a dónde debía dirigirse oyó la señal que los llamaba a reunión. Aún sentía repugnancia y rechazo. Ante él no solo yacían hombres, algunos despedazados, otros aparentemente intactos, pero igualmente muertos. También habían lanzado a las mujeres fuera de sus casas y, ante un orfanato, descubrió una montaña de niños masacrados...

Aquél había sido el primer combate auténtico de su vida y ya se sentía absolutamente agotado, sentía náuseas a pesar del estómago vacío: todos aquellos cuerpos apaleados y trinchados le revolvían las tripas.

Con cada paso que daba chapoteaba en sangre, de la que se habían formado grandes charcos, pequeños lagos que fluían por las avenidas. De las barandillas de las ventanas colgaban cuerpos decapitados, con su cabezas en la acera. No pudo evitar, no obstante, asombrarse ante las maravillosas fachadas, los magníficos sillares de piedra, las columnas y ventanas. No había nada remotamente parecido en su casa junto al lago de Ammersee. Ni siquiera en Bozano y Trento había visto semejantes viviendas...

Cuando Barth se encontró finalmente con Melchior von Frundsberg en la plaza de San Pedro, donde se estaban reuniendo los imperiales, vio cómo se estaba degollando a una docena de bestias de tiro una tras otra.

—¿Por qué están haciendo eso? —exclamó horrorizado.

—Debemos evitar bajo cualquier concepto que se lleven el botín y lo que ya está saqueado.

—¡Pero eso es una insensatez!

Melchior lo miró fijamente, como si también en sus ojos leyera la demencia.

—Buen Barth, esto es solo el principio.

Capítulo 79

Roma, castillo de Sant'Angelo - 6 de mayo de 1527

Alessandro se encontraba aún bajo la protección del pasillo sotechado cuando Giovio, uno de los hombres de confianza, se quitó la sotana y se la echó encima a Clemente para que su resplandeciente alba no supusiera un blanco claro. Vestido únicamente con su ropa interior, Giovio empujó al Papa por el pasillo y juntos alcanzaron felizmente el castillo. Tras esto le siguieron apresuradamente Schönberg, después Giberti y muchos más, hasta que finalmente Alessandro se lanzó en plancha y una bala pasó silbando por encima.

Todos los que se habían salvado tuvieron que echarse para tranquilizarse. Los gritos en el exterior eran espantosos...

Cuando los últimos miembros de la guardia suiza que defendían el túnel de escape hacia el castillo de los apremiantes españoles se aproximaron al puente de madera, un cañonazo certero destruyó la pasarela. Alessandro observó a los suizos: estaban condenados a una muerte segura. Uno tras otro fueron cayendo...

Se dio la vuelta. Intentó respirar hondo y luchar contra el vértigo. Entonces, se abrió paso entre los huidos y se dirigió hacia el muro superior, donde los cañones aún mantenían su rítmico ajetreo. Un vistazo hacia la calle le mostró que habían destrozado el vallado que llevaba al puente. Cientos, miles de personas se arremolinaban ante las puertas y rogaban que se les permitiera el acceso, pero en vano. Incontables personas se lanzaban al Tíber para escapar de las alabardas y espadas de los invasores.

Allí era desde donde estaban arrastrando de mala manera al cardenal Armellini, subido en un cesto, por encima del foso...

Alessandro le preguntó al papa Clemente, quien se había hecho con una habitación en el centro del castillo, dónde deberían quedarse los cardenales y él mismo. Junto a ellos se encontraban agazapados los embajadores, obispos y demás altos prelados. También había mujeres e incluso niños, que habían podido salvarse accediendo al castillo, constituyendo un número total de unas tres mil personas.

Cuando un joven soldado con ropaje anegado en sangre, uno de los pocos que había podido acceder a través de la puerta principal, se presentó para dar su informe al Papa sobre lo acontecido en el exterior, Clemente se negó. No quería saber nada, no quería escuchar nada ni ver nada... Solo quería rezar, rezar por una muerte rápida y misericordiosa.

Los cañones del castillo retumbaban sin interrupción.

—¿Al menos la ciudad propiamente está a salvo? —preguntó Alessandro a Lorenzo Pucci que, durante la huida de los atacantes, se había caído del caballo y mostraba por ello numerosas heridas y raspaduras.

Pucci se encogió de hombros:

—Si Renzo no hace demoler los puentes... No podrá retener el Trastevere, que ya está muy debilitado.

—¿Has visto a Renzo en cualquier caso?

—Sí, por un momento. Cuando los imperiales alcanzaron la cima de los muros lo vi salir a caballo presa del pánico. Ese hombre merece que lo cuelguen.

—Ya es muy tarde para eso. Además los imperiales ya habrán dado buena cuenta de él.

El Papa alzó entonces los brazos con dolor teatral y gritó:

—*¡De profundis clamavi ad te, Domine!*

—Eso ya no sirve de nada —repuso Alessandro agitando la cabeza con amargura—. Clemente debería haber tomado partido por el verdadero «Señor»: el emperador.

Pucci respondió en voz baja:

—Yo también le aconsejé de forma coherente que adoptara una neutralidad clara y una política pacifista honorable. Sin embargo él siempre creyó que debía enredar a los unos en contra de los otros. Finalmente se ha enredado él mismo. Quien cava tumbas ajenas acaba por caer en ellas. Es un hecho demostrado una vez más.

El papa Clemente había bajado la voz tras su sonora plegaria y finalmente volvía a rezar en silencio. Tras unos instantes se levantó, se situó entre los pocos cardenales que habían logrado salvarse y añadió, obstinado:

—Este castillo es más seguro que la tumba de Abraham... quiero decir, que el castillo, el castillo de Abraham.

Alessandro no pudo evitar reírse para sí.

El pontífice le dirigió una mirada reprobatoria:

—Perseveraremos y plantaremos cara al Anticristo hasta que la Liga golpee nuestras puertas con la fe como estandarte y aniquile a esos bastardos como perros sarnosos. El Borbón está muerto, no tienen quien los dirija... Ya pueden dedicarse a saquear nuestros palacios y a profanar nuestras iglesias. La venganza del Señor será terrible.

Alessandro hundió la cabeza, unió las manos, cerró los ojos. Pensó en sus hijos, en sus nietos y rezó por la seguridad de Silvia y Constanza.

Capítulo 80

Capodimonte - 6 de mayo de 1517

En la madrugada del 6 de mayo Constanza soñó con algo espantoso pero, cuando despertó horrorizada, ya no logró recordar de qué trataba. Contempló la pared junto a su cama, inmóvil como en sueños, y vio todo un ejército de hormigas que ascendían por la pared desde el suelo hasta el techo para desaparecer en algún otro punto. Se estremeció, a pesar de que las hormigas, en edificios antiguos como aquél, no eran inusuales.

Poco a poco recuperó el control sobre su cuerpo, se levantó de la cama y abrió los postigos. Una densa niebla cubría el lago y desde la isla llegaban sonidos quejumbrosos. La isla de los muertos Farnese. La isla del amor que había unido a sus padres. La isla por la que, tal y como le contó su abuela en una ocasión, vagaban los espíritus de los caídos prematuros cantando su oscura cantinela. ¿Sería Paolo quien así la llamaba?

Escuchó. No, no eran lamentos humanos, sino animales. Pero ya no pudo eliminar el recuerdo de Paolo, por lo que el volverse a dormir era algo impensable.

El terror de aquel sueño la acompañó durante todo el día y ella intentó recordar su contenido concreto, pero lo único que veía ante sus ojos era a Paolo, el pequeño cadáver y no su querido y tierno hermano.

No se atrevió a hablarle a su madre ni de la pesadilla ni del recuerdo de Paolo. Rosella, por el contrario, pareció darse cuenta de lo que la preocupaba, pues preparó un pequeño ramo de flores primaverales, la tomó de la mano sin decir una palabra y juntas se encaminaron hacia el embarcadero y, desde allí, al lugar en que en tantas ocasiones había jugado con su padre.

A él siempre le habían encantado los niños pequeños.

Sin embargo, otros pensamientos parecían empujar a Rosella. Se sentó en la orilla, juntó las manos, cerró los ojos como si rezara y movió los labios en silencio. Constanza se sentó junto a ella y posó la mano sobre su hombro. Tras unos instantes, Rosella dijo con voz queda:

—Siento que algo terrible está ocurriendo. También las cartas hablan una y otra vez de este día. ¿Recuerdas lo que Brandano, *el loco*, profetizó mientras insultaba al Papa hace un par de semanas?

Sin llegar a responder, Constanza volvió la vista hacia el agua ligeramente agitada, pero no se atrevió a preguntar si el horror y la miseria se extenderían solo por Roma o si incluso alcanzarían aquel lugar junto al lago Bolsena. Mientras

contemplaba las tranquilas aguas y elevaba la mirada hacia la isla soñada todo le pareció irreal: todo lo que había oído, los ejércitos aproximándose, la quema de Montefiascone en la insegura lejanía, la amenazada Roma, pero también la violenta agitación, el miedo. Se encontraba como en un sueño, pero no la pesadilla que la había visitado la noche anterior, sino como en un manto protector que la apartaba de todo lo que la ataba, incluso de Bosio y de los niños, incluso de su padre, de todo lo que le daba sentido a su vida. Una sensación extraña, fuerte, casi arrebatadora de libertad la sobrecogió. Todas aquellas posibles amenazas habían provocado que acabara viviendo sola, y se encontraba abierta a todo lo que resultara desconocido, sorprendente.

A la mañana siguiente llegaron a Capodimonte las primeras noticias de la lucha en Roma. Se había reprimido un ataque, por lo que un hombre desconocido le había contado al panadero que solía llevar el pan al castillo. Lo que más se preguntaba la población era dónde se encontraban los ejércitos de la Liga y cuándo aparecerían.

Entonces llegó una tropa de caballería y pidió que se le permitiera el acceso. El capitán no portaba ni blasón ni ninguna otra señal con la que se le pudiera identificar. Un sombrero de ala ancha le cubría la cabeza y un oscuro y pesado manto colgaba de sus hombros y envolvía todo su cuerpo. Silvia observó junto al viejo mayordomo a través de la mirilla del portal hacia el puente levadizo, le hizo señas a Constanza, quien no sabía cómo debían actuar.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? —gritó el mayordomo.

El hombre se apartó el sombrero y descubrió sus cabellos profundamente oscuros y su barba no menos negra que enmarcaba su rostro hasta los pómulos.

—Soy un amigo de la familia Farnese —repuso el extraño sin mostrarse más y hablando en un tono tan suave que apenas se le entendía.

Cuando Silvia miró interrogante a su hija, se dio cuenta de que Constanza palidecía, después enrojecía intensamente y susurraba:

—Francesco Maria.

—No puede ser —respondió Silvia, igualmente en susurros.

Sin embargo, observando con detenimiento, reconoció al fin su rostro. Era el duque de Urbino, el capitán general de la santa Liga de Cognac, el hombre encargado de enviar a su tumba italiana a los ejércitos imperiales.

Capítulo 81

Roma, ponte Sisto - 6 de mayo de 1527

Pierluigi Farnese, quien estaba a cargo junto con Sciarra Colonna de la mayor parte de las tropas italianas, acampaba con sus soldados ante la porta Pancrazio sobre el Trastevere cuando supo de la muerte del Borbón. Los dos hombres se miraron y supieron que aquello era el final. Era necesario cambiar de mando de inmediato y salvar el pellejo. Sus soldados, por el momento, quedarían a su suerte, si bien en su mayoría eran bandidos más preocupados por el saqueo que por el combate.

Colonna quiso permanecer con sus hombres ante la porta Pancrazio y Pierluigi debía marchar con sus tropas hasta porta Settimiana y tomar posición allí, junto a numerosas compañías de lansquenets, para esperar. Cuando se despedían les llegó desde el lado sur del *borgo* un grito inusual de triunfo, tras el cual no tardaron en recibir noticias de que el ataque había acabado con éxito y que en las calles de la Civitas Leonina se estaba logrando una victoria.

Pierluigi se alegró de no haberse precipitado. Se apresuró entonces en dirección al Trastevere y cruzó el puente hasta Roma a toda velocidad sin que a nadie se le ocurriera siquiera la idea de detenerlo.

Por primera vez se sintió revitalizado mientras la niebla matinal iba desvaneciéndose. Sus hombres se acomodaron de inmediato y no tardaron en regarse en todo tipo de vinos.

Mientras nuevas buenas noticias llegaban desde el *borgo*, Pierluigi atravesaba con sus hombres la porta Settimiana. Por la tarde empujaron los primeros cañones robados sobre la via della Lungara hasta la puerta junto al Tíber. Pierluigi contempló fascinado cómo los lansquenets los transportaban sudando con profusión. El Trastevere ya no podría durar mucho. En el mejor de los casos ese mismo día tomarían el portal, y quizá debiera dirigir la operación él mismo pues, hasta el momento, nadie se había postulado como nuevo comandante: no había oído nada al respecto ni por parte de Filiberto, el segundo del Borbón, ni por la de los capitanes alemanes.

Cuando dio la orden a los cañones de iniciar los disparos para preparar el ataque, no consiguió gran cosa. Preguntó por el oficial responsable: se trataba de Melchior von Frundsberg, el hijo del viejo. Bien, entonces le esperaría.

Se puso a echar una partida de dados. Cuando vio que sus propios hombres pretendían escabullirse, probablemente para tomar parte en los saqueos del *borgo*, tuvo que imponer su autoridad ante toda la unidad, llegando incluso a sacar la espada.

No era buena señal.

Cuando el sol se puso, todavía más lansquenetes y españoles aparecieron atropelladamente, buena parte de ellos cubiertos de sangre. Ninguno con su capitán.

Finalmente apareció Melchior von Frundsberg, acompañado de un auténtico gigante en el que ya había reparado en alguna ocasión: un colosal teutón con una cicatriz en la frente. También apareció Filiberto, así como Bemelburg, Schertlin y un par de españoles. Iniciaron un breve debate. Habían conquistado el *borgo*, pero la ribera izquierda del norte aún resistía, el puente Sant'Angelo estaba protegido por los cañones del castillo de mismo nombre, por lo que no se podía asaltar la ciudad atravesándolo. Les llegó además la noticia de que los ejércitos de la Liga debían encontrarse en algún lugar cercano, por lo que podían caer inesperadamente sobre los atacantes. Así pues, había que actuar de inmediato, a pesar del agotamiento generalizado. Acordaron igualmente y con solemnidad evitar cualquier pillaje hasta que Roma estuviera asegurada y no hubiera que temer más un ataque de la Liga.

Pierluigi, quien como romano era el que mejor conocía la ciudad, propuso que los lansquenetes se reunieran, en caso de lograr la victoria, en Campo de Fiori; los españoles, en la piazza Navona, los italianos frente al antiguo palazzo Riario. Filiberto, como aristócrata de alta alcurnia y oficial de alto grado, quiso asegurar el *borgo* y establecer su cuartel general en el Vaticano, desde donde pondría en jaque el castillo de Sant'Angelo.

—¡Pero no habrá saqueos! —exclamó Bemelburg—. Ni siquiera en el *borgo*.

Filiberto asintió y los españoles sonrieron irónicos.

Melchior preguntó si realmente le bastaría con una tarde para poder dirigir una acometida con éxito.

—Sí, si empezamos de inmediato —repuso Pierluigi levantándose de un brinco.

Todos hicieron lo propio rápidamente. Los cañones conquistados dispararon con frecuencia constante hacia los portales de la porta Settimiana y a la brecha en el muro del Trastevere, y pronto las restantes compañías de lansquenetes, las tropas italianas y parte de las españolas cayeron sobre los defensores, tan debilitados que no opusieron mayor resistencia. Pierluigi se encontraba preso del ardor guerrero. Hasta el momento solo había podido observar, pero ahora penetraba en la vanguardia por la puerta destrozada, recibía un balazo, se quitaba las protecciones ya inutilizables y guiaba a sus hombres hacia el cercano puente Sisto.

Lo había esperado, pero no podía creerlo: el puente seguía entero. Aparentemente los romanos se habían sentido demasiado seguros.

Los cañones se interrumpieron, dispararon a los torreones de madera y cubrieron a los defensores, que tuvieron que recular. Los españoles, por lo que habían informado, tendrían que abrir la porta Pancarzio desde dentro, reunirse con los italianos de Sciarra Colonna y limpiar los esquivos callejones del Trastevere de sus

defensores terrenales. Los alemanes se precipitaban ya sobre los otros dos puentes, mientras que la parte restante, con los italianos de Pierluigi, se lanzaban al ponte Sisto.

Desde el otro lado del Tíber se reunían, bajo la protección de las viviendas y de las barriciadas provisionales, los defensores, pero también la caballería, los jóvenes aristócratas más acerados de Roma, como muy bien sabía Pierluigi por los sombreros adornados de penachos de plumas y por los blasones y banderines. Se aproximó algo más al ponte Sisto y... Allí estaba... No podía creerlo... Y sin embargo, tenía sentido... Al otro lado del puente reconoció a su hermano Ranuccio. El joven permanecía aún sentado sobre su nervioso caballo, con la espada de la mano.

Durante un instante Pierluigi reflexionó sobre si debía ordenar abrir fuego contra el puente. Si Ranuccio realmente se atrevía a cometer aquel acto de heroísmo suicida que era cruzar el puente, la siguiente ráfaga de cañonazos lo enviarían al Tíber junto con su caballo, o directamente los harían pedazos. Los dos hombres sonrientes de la ribera contraria no tenían la más mínima oportunidad de salir indemnes.

¿Y dónde estaba ahora su padre? ¿Agazapado en su *palazzo*? ¿O habría huido al castillo junto con Clemente? ¿Qué diría si supiera que su favorito Ranuccio iba a caer bajo un ataque de las tropas italianas comandadas por Pierluigi Farnese?

Pierluigi observaba aún a su hermano, quien seguía dando órdenes sobre su rebelde caballo.

¿Qué ocurriría si él, Pierluigi, fuera el único de los tres varones Farnese que sobreviviera?

Debía permanecer con vida. Todo consistía en no arriesgarse innecesariamente y acabar cayendo por alguna bala perdida... Roma caería, de eso no había ninguna duda, y aquella banda de zarrapastrosos irrumpiría en los *palazzi* buscando botín. Sería necesario que llegara al palacio familiar antes que nadie y asegurara allí su alojamiento...

Los cañonazos se detuvieron súbitamente y dio comienzo el ataque al ponte Sisto. Los reposados lansquenets abrieron la marcha, seguidos de los italianos que no aguardaron la orden de Pierluigi. Debía reaccionar con rapidez. Corrió hacia su caballo, saltó sobre la silla y espoleó al animal.

El puente era estrecho. Los defensores se encontraban apostados con sus largas picas, haciéndoles frente con ansias de matar a los lansquenets que se precipitaban sobre ellos. Ranuccio montaba su caballo... No, el animal caía al suelo... Pierluigi apenas podía diferenciar a unos combatientes de otros en medio del tumulto, solo veía al gigante que sobresalía entre todos, y a Melchior a su lado...

Dios, ¿dónde estaba Ranuccio? Al menos no lo había visto caer al Tíber. No, ¡su hermano no podía haber muerto! Quizá todavía pudiera salvarlo...

Lo empujaron irremisiblemente hacia adelante.

El puente estaba en manos de los invasores. Su caballo tropezó con los cadáveres. Se bajó de un salto y le dio las riendas a uno de sus hombres que se encontraba cerca suyo.

Los defensores retrocedían. Durante un instante creyó haber descubierto a su hermano, o al menos un rostro cubierto de sangre le recordó al de Ranuccio, pero de pronto una máscara grotesca apareció ante él. Un hombre con una profunda cicatriz que le cruzaba las mejillas y los ojos, refulgentes de odio.

Antes de que Pierluigi pudiera reaccionar, el filo de un cuchillo se clavaba ya en su antebrazo izquierdo. Gritó de dolor, se sacó el puñal y corrió tras el deforme, para alcanzarlo finalmente y con violencia con su espada. El hombre, que yacía en el suelo, tendió sus brazos hacia él, impotente, pero Pierluigi le cortó las manos.

Entonces, lo reconoció. Lo reconoció por sus ojos. Era Antonio, el hermoso Antonio que antaño había amado... Estaba tendido en el suelo, con dos muñones sanguinolentos por extremidades, y en sus ojos ya no se dibujaba el odio, sino el espanto, el miedo, el dolor...

—¡Pierluigi! —logró exclamar.

—¡Antonio! —respondió—. ¡Oh, Dios mío!

Sin embargo, en el fragor de la lucha, no podía reflexionar ni dudar. De un golpe certero atravesó el corazón de Antonio y siguió avanzando a trompicones.

Sin embargo, su herida comenzó a manifestarse. Tenía la manga anegada en sangre. Le hizo señas a sus hombres e hizo que le pusieran un vendaje de emergencia en el brazo.

Después, miró a su alrededor. Apenas había sobrevivido algún defensor...

¿Dónde estaba Ranuccio?

Capítulo 82

Roma, Rione della Regola - Campo de Fiori - 6 de mayo de 1527

Barth se encontraba junto a Melchior al final del puente Sisto y comprobó que ningún peligro inminente amenazaba a su capitán. Ante la entrada a la calle luchaba todavía un desesperado grupo de defensores, algunos heridos, como podía apreciarse a simple vista, mientras que los demás habían caído o huido. Roma estaba a su merced, la gran Roma, la puta más rica, la babilonia de los Papas, que ya nadie quería realmente defender.

El bávaro no podía creer que, tras la conquista del muro, todo se hubiera desarrollado tan rápido. Que esos hombres cansados, demacrados, sin cañones ni armamento, hubieran logrado penetrar en aquella ciudad fuertemente fortificada. Era un milagro, Dios mismo debía haber luchado a su lado. Probablemente Él hubiera planeado desde hacía tiempo un castigo contra la pecaminosa ciudad, y ellos no fueran más que instrumentos dispuestos.

Melchior, a su lado, observaba no menos incrédulo a los lansquenets que se lanzaban ya, ebrios de triunfo, por las avenidas. Intentó dar órdenes, gritarles:

—¡A Campo de Fiori! —pero nadie lo escuchó.

No tenían freno.

Los últimos defensores seguían bloqueando el paso por la calle, en un intento sin sentido... ¿Por qué no huían? ¿Podrían quedar todavía en esa ciudad de mala fama hombres duros capaces de luchar hasta la muerte por su hogar, por su familia, incluso por el Papa?

Barth reconoció entonces al joven delgadito al que habían derribado de su caballo en el puente de Govérnolo... Debía haber sobrevivido después de todo, llevaba la insignia papal y una de lilas sobre el pecho, luchaba encarnizadamente entre los últimos defensores, descubierto y claramente herido en la cabeza, pues la sangre aún le corría por el rostro. Contenía, temerario, las acometidas de espada de un experimentado «doblesueldo», y sin duda de un momento a otro acabaría sucumbiendo bajo las alabardas de alguno de los españoles.

Barth recibió un empujón. Sus propios hombres lo arrastraban, incluso a Melchior y su caballo, pues los españoles y muchos italianos atravesaban en oleadas el puente. Uno de los capitanes italianos se abría paso por la fuerza con evidentemente interés por atacar a los defensores restantes, algo un tanto inusual para la gentuza a la que había estado dirigiendo en los últimos dos meses.

El caballo de Melchior coceó tras recibir un fuerte empujón y amenazó con

desbocarse. De hecho, se enfureció, atropelló a varios españoles, tropezó con los muertos y Melchior ya no pudo controlarlo. Barth quiso tranquilizarlo, pero una vez más se vio aprisionado entre la multitud, que se lo llevó por delante.

En varias ocasiones tropezó con su propio mandoble, hasta que finalmente logró volver a ajustárselo a la espalda. Los últimos defensores que permanecían con vida se daban por vencidos y se retiraban. Los atacantes se precipitaron sobre ellos y, una vez más, Barth acabó implicado.

Con gran esfuerzo logró apartarse y refugiarse en un callejón, pero tampoco allí se encontraba solo. Los imperiales campaban por todas partes y, quien quiera que se interpusiera en su camino, acababa muerto, sin importar si intentaba evitarlos o si les ofrecía pan y sal.

Los gritos de los conquistadores se confundían con los chillidos de los que huían. Mujeres empapadas en sangre yacían sobre las aceras, con niños sobre ellas.

Barth intentó apartarse de la horda enloquecida para dejar de experimentar lo que estaba ocurriendo en el ardor de la conquista. Ya había visto suficiente sangre.

Finalmente logró detenerse cuando los soldados se separaron para comenzar a irrumpir en las casas. Los agudos chillidos que surgieron de los hogares no presagiaban nada bueno. El peligro constante y la euforia triunfal se intensificaron y transformaron en una furia generalizada que clamaba sumisión y sangre, como el propio Barth había podido experimentar en sus propias carnes tras la conquista del *borgo*.

Horrorizado, se echó a un lado cuando un bebé de pecho, aún en pañales, voló describiendo un gran arco desde una ventana e impactó contra el suelo de piedra. Barth quiso recogerlo, pero un soldado pisoteó el fardo. Barth agarró al insensible tipejo, un italiano, por lo que descubrió de inmediato, y lo golpeó en la mandíbula. El hombre chilló y quiso apuñalar a Barth entre las costillas, pero eso no hizo sino empeorar la situación para él. Tropezó, cayó y se levantó de nuevo, dos de sus compañeros lo sujetaron y pronto desaparecieron.

Barth se inclinó sobre el pequeño que lloraba impotente, y no supo qué hacer con él, por lo que finalmente optó por dejarlo ante la puerta de la casa de la que lo habían arrojado. Del interior surgían crecientes bramidos y el inhumano aullido de una mujer...

Barth se marchó de inmediato, ya no quería ver más, oír más, pero por supuesto eso era imposible: cada vez más conquistadores avanzaban bruscamente por las calles. Ante los muros se habían reunido treinta o cuarenta mil soldados, sin contar con el séquito. ¿Cuántos residentes le tocaban a cada conquistador? ¿Dos o tres? ¿Y dónde estaban los defensores? Todos los que debían haber protegido los muros sur y este, las milicias...

Los cascos de unos caballos le hicieron agudizar los oídos. Se volvió y descubrió

al capitán italiano que le había propinado un empujón en el ponte Sisto. Rodeado de una tropa de hombres fuertemente armados, atravesaba las avenidas sin mostrar interés en el pillaje. Barth se apartó refugiándose en la entrada de una casa y se topó con algo blando. Asustado, dio un respingo: se trataba de una joven, que le tendía una flor... No podía creerlo, una flor, no, un ramillete de lilas, con sus fragantes capullos violeta. Instintivamente aceptó el ramillete y contempló el rostro, semi oculto por una mata de pelo largo y enredado, de la muchacha, que le dedicaba una sonrisa aterrorizada.

Tras ella, las cohortes españolas seguían cruzando las calles como salvajes, atropellando a numerosas personas que gritaban pidiendo auxilio, incluidos niños llorosos.

Apenas hubo pasado el torbellino, Barth tomó la mano de la muchacha, volvió a colocarle el ramillete entre los dedos, le sonrió con impotencia y ya no supo más: simplemente la dejó para seguir al capitán italiano quien, a todas luces, perseguía una meta concreta. De hecho, se encontraba frente a un gran *palazzo*, en cuyo portal se recortaba el estandarte en piedra de las lilas. ¡Otra vez las lilas! Debía preguntarle a Melchior a qué familia pertenecía. El defensor del puente, el joven delgado, también lucía aquel emblema...

El capitán desmontó y le abrieron la puerta.

Su tropa lo siguió con formalidad.

Barth intentó recordar la fachada y el camino desde ponte Sisto y después se aventuró en un estrecho callejón. Miró al cielo. Caía la noche. Solo necesitaba una antorcha, y quizá debía conseguir algo de botín antes de que no quedara nada. Abrió la siguiente puerta y atravesó, espada en mano, un oscuro vestíbulo que llevaba hasta un pequeño patio vacío. Miró a su alrededor. No había nadie. Con cuidado, ascendió por una escalera quebradiza hasta la primera planta, exclamando:

—¡Una antorcha, una antorcha!

Pero, ¿cómo iban a entenderlo los romanos? Miró a su alrededor.

De pronto, ante él se presentó un anciano que sostenía una bolsa y decía algo de lo cual solo entendió «*soldi*» y «*denari*».

Sin duda el anciano no podía estar solo en aquella casa. Barth miró desconfiado en torno a él, pero siguió sin ver a nadie. El romano quería a todas luces pagar por su seguridad, por lo que Barth aceptó la bolsa y, al oír el tintineo de las monedas, entendió que sus suposiciones eran acertadas. El hombre le daba las gracias y hacía gestos suplicantes. Barth levantó la mano en ademán tranquilizador. Sí, les dejaría en paz, solo necesitaba una antorcha... Y entonces vio una que colgaba de la pared.

Le pidió al anciano que la encendiera y, entre algún tipo de salmodia suplicante y numerosas reverencias, el anciano obedeció.

Satisfecho de poder salir de ese agujero con algo de dinero, Barth salió de nuevo

a la calle y siguió con pasos tranquilos a los soldados que se dirigían hacia una plaza amplia y cuadrada. Tras todo lo que había podido leer en los mapas, debía tratarse de Campo de Fiori. Todavía resistían un par de tenderetes vacíos, numerosos carteles de albergues y algún que otro emblema. Cuando posó la mirada sobre una casa con un hermoso balcón cubierto de glicinias, oyó el estruendo procedente de su interior.

De pronto, se abrió la puerta del balcón, los vidrios se rompieron y una mujer, vestida de forma aristocrática y con un peinado lujoso, aterrizó de un empujón contra el balcón. No pudo ver de quién se trataba bajo aquella tenue luz. Durante un segundo, pensó: van a arrojar a aquella maravillosa mujer por encima de la barandilla. Pero no, se limitaron a apretar su cuerpo contra la piedra, a sujetarla, a levantarle el vestido y desnudarla. El griterío que se levantó presagiaba lo que ocurriría. Uno de los atacantes alzó la espada en el aire y se manoseó la bragueta...

Barth se volvió, pero no supo a dónde dirigir la vista, pues por todas partes reinaba aquella turba inhumana. Se sentó en un banco de piedra y se dio cuenta, de pronto, de lo cansado, sediento y hambriento que estaba. Había una tasca justo detrás de él, junto a la casa en cuyo balcón estaban maltratando a la mujer. Tenía la cabeza cubierta por el vestido y ya no gritaba. Quizá le hubieran cortado el cuello y se contara ya entre los restantes cadáveres. Barth entró en la posada con su antorcha y vio a un grupo de españoles propinándose pequeños golpes y amenazando al tabernero con un cuchillo. Sostenían el filo en uno de los orificios de su nariz mientras le gritaban algo. Otros bebían ya y tenían muslos de pollo en la mano. Barth se limitó a quitarle de los dedos un pedazo de carne a esos pequeños demonios de pelo moreno y, aunque el español protestó, también se llevó la jarra de vino de otro, le golpeó a un tercero en el estómago y volvió a salir a la calle.

Cuando volvió a mirar hacia el balcón, la mujer había desaparecido. Se sentó en el suelo, mordió el tierno pollo, bebió un trago de vino y sintió que un indecible bienestar lo recorría. Bebió otro trago, masticó la celestialmente grasa carne y, por fin, halló paz para reflexionar durante unos segundos.

Roma estaba conquistada, ya no había ninguna duda. Y ellos, los soldados del emperador, podían tomar de su propia mano lo que consideraran adecuado como salario, en forma de pollo y carne de cerdo, de vino dulce y prietos muslos de mujer, de piedras preciosas y relucientes ducados, tantos como fueran capaces de transportar hasta sus casas. Su botín compensaría y suavizaría los pesares y peligros sufridos durante la guerra. Eso era todo. Ya no tenían por qué seguir sirviendo a aquel emperador avaro y mentiroso que vivía en la lejana España.

Probablemente pronto tendrían que partir hacia el norte y hacer frente a los ejércitos de la Liga, en caso de que se dignaran a luchar. También acabarían con esa panda de cobardes indecisos... Podría abrir entonces un taller en su casa junto al Ammersee o en algún otro lugar, quizá en Ausburgo, comprarse una casa, buscar una

mujer, traer niños al mundo a los que contarles, en las tranquilas tardes de invierno, mientras el fuego ardiera cálidamente en la chimenea, una aventura romana...

Sí, entonces podría olvidar a Anna.

La jarra de vino estaba vacía, se había comido el pollo hasta los huesos y su estómago se lo agradecía. La turba se agitaba cada vez más a su alrededor. Su mirada recayó de nuevo sobre el balcón de las glicinias... En ese momento, salió corriendo del edificio una muchacha, acompañada de un joven cubierto de sangre y, tras ellos, un sinnúmero de españoles, uno de ellos con un arcabuz que apuntaba hacia la pareja de huidos. Sonó el disparo, pero no acertó a nadie.

Cuando Barth miró a la pareja, reconoció que el chico era el mismo con el que ya había combatido, que intentaría sin duda salvar a su esposa, su hermana o su amante... ¡Sí, era el atacante de Górnolo! El joven al que el cañonazo había tirado del caballo y al que *il Diavolo* había salvado. ¡Qué coincidencia!

Llamó a los dos y les hizo señas. El joven se dio la vuelta, con la mujer aún de la mano...

Barth les deseó suerte huyendo de los españoles o los lansquenets y hubiera preferido tener alguna pechuga de pollo que devorar.

Capítulo 83

Roma, Campo de Fiori - Rione di Ponte - castillo de Sant'Angelo - 6 de mayo de 1527

Ranuccio Farnese, ayudado por un par de hombres de las familias nobles de Rione di Ponte y Campo Marzo, además de sus propios subordinados, había intentado defender ponte Sisto. Por supuesto entendió en seguida que aquella defensa sería inútil, sin embargo no quería rendir la ciudad sin luchar. Cuando una estocada fallida le rozó la cabeza, sintió un intenso dolor, pero siguió luchando sin poder pensar en otra cosa. Logró replegarse con el par de hombres que le quedaban hasta la via Giulia; Savelli había caído, Tebaldi... De pronto, reconoció a su hermano entre los atacantes.

Dio un paso atrás, junto a él Vallati cayó al suelo con un grito desgarrador, Ranuccio bloqueó un golpe, luego otro, siguió reulando, amenazó con tropezar... De pronto, se dio cuenta de que estaba corriendo. Huía. Por última vez quiso hacerle frente a los imperiales, vio el cañón de un arcabuz dirigido contra él, saltó hacia el portal de una casa y el disparo pasó a su lado.

Entonces, abandonó la lucha. Se dirigió a toda prisa a la puerta trasera del *palazzo*: todo estaba atrancado y cerrado a cal y canto. Gritó, nadie le abrió. Siguió corriendo en cuanto reparó en Virginia, en que debía encontrarse en Campo de Fiori, hasta donde los conquistadores, probablemente, todavía no habrían llegado. De hecho, encontró a una Maddalena muy serena y una Virginia que tiritaba de pánico. Él quiso llevarse de allí a las dos, a Bianca y a todos los demás de la casa, muy lejos, quizá hacia el este o al castillo de Sant'Angelo, o al palacio de algún partidario manifiesto del emperador.

Maddalena se negó a abandonar la casa. Para cuando convenció al menos a Virginia de que huyera con él, ya era demasiado tarde.

Rápidamente los dos se escondieron en un armario de la entrada, mientras Maddalena ascendía apresuradamente al piso de arriba y los soldados la seguían.

Aquellos momentos de pánico les cortaron la respiración. Ranuccio tuvo que taparle la boca a Virginia cuando oyeron los primeros gritos, los de Bianca...

Permanecieron unos instantes en el oscuro armario mientras la casa se convertía en un infierno. Cuando tuvo la impresión de que todos los allanadores habían subido al piso de arriba, empujó la puerta, salió de un salto y tiró de Virginia para que lo siguiera. No había nadie en la entrada, por lo que corrieron por el Campo en dirección a la via Papale. Oyó como un lansquenete le gritaba algo y se volvió. El hombre

estaba agachado, comiendo sobre un banco de piedra, y lo saludaba como si fuera un viejo conocido...

Siguieron corriendo sin mayor molestia, puesto que los conquistadores, en su mayoría, se encontraban ya muy ocupados. Las puertas estaban rotas y tenían que avanzar saltando sobre cadáveres. Tras unos instantes no vieron más que huidos, algunos de ellos muy cargados, personas aguardando ante los grandes palacios, suplicando alojamiento, con joyas en las manos y bolsas de oro sujetas.

Finalmente pudieron tomar aliento en una plazoleta en las cercanías del palazzo Medici. Virginia se echó a llorar mientras le examinaba la herida de la cabeza, que aún supuraba sangre. Ella se arrancó la manga del brazo para hacerle un vendaje de emergencia.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó él, sin aliento.

Virginia intentó decir algo, pero no logró más que pronunciar ruidos inarticulados.

—O huimos de Roma, en el caso de que aún se pueda por alguna parte, o nos dirigimos a toda prisa al castillo de Sant'Angelo. Probablemente allí esté mi padre, con el Papa. Quizá consigamos entrar. Allí estaríamos seguros, al menos al principio.

Virginia siguió sin poder hablar.

Ranuccio esperó unos instantes hasta que la siguiente oleada de huidos, que los había rodeado de forma repentina, se hubo marchado. Se levantó, ayudó a Virginia a hacer lo mismo, la cogió fuertemente de la mano y, juntos, iniciaron sigilosamente su camino por la via Papale aprovechando la protección de las paredes. En la oscuridad, el palazzo Medici constituía una oscura masa, pues ninguna luz relucía en la entrada o las ventanas.

Ranuccio carecía de plan, desconocía dónde estarían más seguros, a dónde tendría sentido huir. Habían continuado caminando, sin planteárselo, en dirección al ponte Sant'Angelo, y de repente se encontraban ante la banca de los Fugger. Aunque el edificio estaba cerrado, en su interior había luces, y por los balcones se apreciaban a un buen número de hombres, algunos incluso armados.

Quizá al menos Virginia pudiera encontrar refugio allí. Después él podría intentar abrirse camino hasta el castillo... Ranuccio gritó, pidió alojamiento para Virginia, como nadie reaccionaba dio su nombre y el nombre de su padre, presentó a Virginia como su esposa. Finalmente, le respondieron desde arriba que al parecer no había ningún inconveniente y le dijeron que aguardara un momento a que le abrieran una puerta lateral.

—¡No me dejes! —le suplicó Virginia—. No me dejes de nuevo, estoy muerta de miedo.

Ella se aferró a él.

En ese instante, Ranuccio vio al poderoso lansquenete que lo había saludado en

Campo de Fiori aproximarse a él. Ranuccio extrajo de inmediato la espada. También el alemán llevaba una espada de la mano, pero no parecía tener demasiadas ganas de pelear, solo curiosidad. Le dedicó un gesto de advertencia, Ranuccio se dio la vuelta un instante y vio a tres españoles que se lanzaban sobre él desde el otro lado de la calle, dos de ellos con las alabardas en ristre y el tercero portando una espada. Virginia gritó, desde el balcón alguien exclamó algo parecido a «entrada» y también el lansquenete le dijo algo a los españoles, quienes no dieron muestra alguna de entenderlo. Al parecer, pretendían rodearlo. Él les hizo señas como tratando de indicar «ése es mi botín», o «dejádmelos a mí». Los españoles le respondieron dedicándole algunos gestos obscenos.

Entonces, todo ocurrió muy deprisa. Ranuccio tiró de Virginia hacia el portal, los españoles se abalanzaron sobre ellos, el lansquenete extrajo su inmenso mandoble de la espalda, saltó hacia adelante y golpeó con fuerza inaudita a la primera y, después, a la segunda alabarda, haciendo que el mango de la primera estallara en pedazos y la segunda saliera volando describiendo un amplio arco. El tercer español quiso golpear con su espada en la cabeza del alemán pero, en esta ocasión, Ranuccio se interpuso, lo interceptó, lo golpeó en un costado e intentó derribarlo. El filo tintineó mientras el lansquenete volvía a agitar el mandoble con las dos manos. Los dos españoles corrieron y el tercero reculó, para terminar huyendo igualmente. Ranuccio volvió la vista buscando a Virginia, justo antes de comprobar cómo el portal se cerraba tras ella.

Estaba a salvo.

Y él estaba frente al inmenso alemán. El hombre se reía. Ranuccio no podía creer lo que acababa de pasar. Aquel extraño, que junto a sus compañeros lansquenetes había traído la muerte, el pillaje y la desolación a Roma, se reía, y no con ánimo triunfal o irónico, no, sino de una manera amistosa e informal, casi como de viejos camaradas, mientras decía algo que sonaba como «Kanone» y «Govérnolo». Al menos Ranuccio creyó entender esas palabras. Entonces, el alemán se señaló y dijo:

—Barth.

Ranuccio, absolutamente perplejo, repitió el gesto y concluyó:

—Ranuccio Farnese.

Aquel Barth incluso le tendió aquella zarpa que tenía por mano a modo de saludo y, bajo la tenue luz que arrojaban las ventanas iluminadas del banco, Ranuccio vislumbró una cicatriz en forma de cruz sobre su frente. Barth señaló el vendaje sanguinolento sobre la cabeza del joven, torció la boca y agitó la cabeza como si quisiera decir: «¿qué tal va eso?». Ranuccio agitó la mano como si no tuviera importancia y Barth volvió a reír, cerró el puño y alzó el pulgar hacia arriba con un gesto amistoso que tanto podría significar «victoria» como «qué tipo más duro».

En ese momento, Virginia apareció por el balcón y, tras ella, un hombre vestido

de terciopelo oscuro. Ranuccio apenas podía distinguir el rostro de Virginia, por lo que no sabría reconocer si lloraba o se sentía aliviada...

—¿Es ése un lansquenete? —preguntó el hombre en italiano con un fuerte acento.

—¡Pregúntaselo tú mismo! —exclamó Ranuccio.

—Lo haré. Por lo demás soy el factor de la banca de los Fugger, aquí en Roma, conozco a tu padre y también a su santidad. En caso de que llegues hasta ellos con vida, salúdalos de mi parte, Engelhard Schauer, e infórmales de que hemos salvado a tu esposa.

El hombre entonces empezó a hablar en alemán. El lansquenete miró hacia arriba, atónito, asintió y, cuando le preguntó algo, contestó:

—Melchior von Frundsberg.

El factor dio la impresión de encomendarle una tarea o darle una noticia, pues en cualquier caso el alemán asintió dando su conformidad y, finalmente, dijo su nombre:

—Bartholomäus Krux.

En esa ocasión fue Ranuccio quien rió. El hombre se llamaba *Crux*, cruz en latín. Señaló la cicatriz en la frente del alemán y este rió también y asintió.

El factor desapareció del balcón mientras Virginia permanecía. Barth miró hacia arriba, a la joven.

Virginia lo saludó, a su Ranuccio, con gesto temeroso, perdido.

De nuevo se aproximaron gritos masculinos. Mientras Barth se volvía, manifiestamente indeciso sobre lo que hacer, Ranuccio le dedicó a Virginia un gesto de despedida y salió corriendo por entre las sombras de las casas para alcanzar el puente Sant'Angelo lo más inadvertidamente posible. Barth no tardó en desaparecer de su campo de visión.

Llegado a la plaza de San Celso, se detuvo a aguardar en la oscuridad, mirando a los lados. En la otra ribera del Tíber, en el *borgo*, vio arder numerosas casas y escuchó sonoros gritos: evidentemente seguían produciéndose saqueos. En cualquier caso, los imperiales debían haberse mantenido algo apartados de la zona, pues los cañones del castillo no solo alcanzaban el puente de Sant'Angelo, sino también el paso a los borghi Santo Spirito y Santo Vecchio. Sobre el propio puente yacían incontables cadáveres, y cerca de la porta di Nona se agazapaban figuras oscuras. Fueran quienes fueran, él no podía permitirse esperar hasta que los invasores hubieran tomado la ciudad entera, por lo que salió corriendo.

Poco antes de alcanzar la protección de las dos capillas a la entrada del puente, resonó un disparo en la noche. Él corrió por el puente gritando:

—¡Dejadme entrar! Soy Ranuccio Farnese, ¡el *capitano* Farnese!

El rastrillo siguió cerrado, y él se agarró a las verjas, mirando a su alrededor: las sombras surgían de detrás de la capilla de Maria Maddalena. Un nuevo disparo silbó junto a él en la pared, haciendo saltar esquirlas de piedra. Lentamente, la verja crujió

y se alzó un poco; él se arrojó al suelo, se arrastró por debajo de ella y, una vez cruzado, alguien lo agarró, tiraron de él por el pasillo y sostuvieron una antorcha ante su rostro.

—Es él —dijo un guardia—. Lo conozco.

—¡Llebadme ante el Santo Padre y el cardenal Farnese!

Poco después, su padre lo estrechaba entre sus brazos. Ambos sollozaron sin freno de alegría desesperada.

Capítulo 84

Roma, Campo de Fiori - 6 de mayo de 1527

Barth permaneció unos instantes ante la banca de Fugger, incluso cuando un grupo de lansquenetes, manifiestamente borrachos, pasaron trotando frente a él, se colaron en la iglesia más cercana y no tardaron en aparecer con cálices y relucientes custodias. Fueron apareciendo cada vez más grupos de soldados, con velas y antorchas en las manos, algunos con espadas ensangrentadas, otros agitando jarras de vino. La mayoría le ofreció un trago, que él aceptó con alegría.

No sabía bien qué debía hacer. Algo lo retenía frente a la banca. Quizá fuera esa muchacha que, de alguna forma, le recordaba a Anna. Quizá un poco, aunque menos, también a Afra quien, en el campamento de invierno, le había calentado la cama un par de noches hasta que, al atravesar los Apeninos, había enfermado, se había ido demorando y finalmente una tarde había sido incapaz de encontrarla en el séquito.

Indeciso, miró hacia un grupo de lansquenetes. ¿Por qué había ayudado realmente a ese Ranuccio Farnese con los españoles? Seguía siendo su enemigo. Sin embargo, le resultaba difícil considerarlo como tal y, en realidad, ni siquiera era la forma correcta de denominarlo. Él, Barth, era un soldado, luchaba por dinero, por lo que los enemigos de ayer podían rápidamente convertirse en los aliados de mañana. Además, el Señor del cielo debía tener algo pensado, pues se empeñaba en reunirlos una y otra vez. Por lo demás, no le interesaba particularmente que Ranuccio Farnese muriera. De alguna forma, todo debía tener sentido, incluso cuando su sencilla mente de lansquenete no pudiera atar cabos.

Mientras Barth reflexionaba sobre si debía unirse a una tropa de lansquenetes o disponerse a buscar a su capitán, resonaron en la lejanía las fanfarrias que llamaban a asamblea. De pronto cayó en la cuenta de que los alemanes debían acudir a Campo de Fiori y los españoles a la piazza Navona. Quizá quedara aún algún foco de resistencia, o los ejércitos de la Liga se aproximaran a Roma, de tal forma que al día siguiente tuvieran que volver a luchar.

Barth lanzó un último vistazo hacia el balcón, en el que ya no se veía a nadie, y tomó de nuevo el camino, con su antorcha en la mano, por el que había seguido al tal Ranuccio y a su mujer. Por todas partes yacían cadáveres de todas las edades, algunos de ellos muy maltrechos. Dio finalmente alcance a algunos lansquenetes, y pronto se encontraron en el Campo, donde cumplieron la orden de formar por compañías. Reinaba una gran confusión, pues muchos de los soldados se habían dejado la pica olvidada en algún lugar, algunos incluso ya en el puente, y querían ir a buscarla.

Otros enviaron a los muchachos del séquito, quienes habían llegado al Gianicolo esperando los saqueos de los cuarteles generales.

Tras unos instantes, los hombres de la compañía de Melchior volvieron a reunirse. Barth recibió el encargo de contarlos a todos para poder dar parte de los muertos o desaparecidos. Un buen número de ellos había caído durante el ataque al *borgo*, pero en cualquier caso las pérdidas se encontraban bajo control.

Bemelburg quien, como Melchior, Schertlin y otros capitanes, recorría la zona arriba y abajo con su caballo, quiso hablarle a los soldados, pero el estruendo reinante ahogó su voz. Además, de los distritos vecinos llegaban estremecedores gritos y aullidos, mientras violentas llamas azotaban el cielo. Barth, que observaba atentamente a su alrededor, constató cómo algunos soldados llegaban apresuradamente de las calles laterales y le gritaban algo a sus compañeros que, aunque no pudo entender, le originó una gran inquietud.

Melchior se presentó ante aquellos hombres y les preguntó algo, les increpó y ya no pudo poner coto al creciente malestar. Agitado, dio la vuelta al galope, habló con otros capitanes. Finalmente descubrió a Barth y le indicó que se acercara:

—Va a ser difícil mantener la disciplina; los españoles...

Una llamada de Bemelburg lo interrumpió, acudió galopando hacia él y regresó de inmediato, incómodo y molesto.

Finalmente, Barth fue capaz de confiarle lo que el factor de los Fugger le había encargado. Melchior reflexionó brevemente y un cierto resplandor iluminó su rostro. De nuevo se dirigió a los demás capitanes, habló con ellos, señaló a Barth y les explicó que debían proteger la banca de los Fugger del saqueo.

—Para empezar, allí viven nuestros compatriotas; en segundo lugar, nos pueden ser de utilidad, teniendo en cuenta que poseen numerosos bienes y amplias sumas de dinero en la patria.

Melchior observó interrogante a Barth.

—¿Lo entiendes?

—Por supuesto que lo entiendo.

—¿Podemos confiar en ti? Deberás dirigir la guardia. Te nombro oficialmente teniente. Busca a cien buenos hombres, eso debería bastar, y haz que queden apostados en torno a la banca y la vigilen bien. Hablaré con los españoles e italianos para que os dejen en paz.

Bemelburg se inclinó sobre Melchior y le susurró algo al oído.

—Sí, por supuesto... —pensativo, se tiró de la barba—. Los demás saquean y vosotros montáis guardia... Eso no funcionará. Será necesario establecer equipos que vayan relevándose. Sin embargo, no lograremos reunirlos hasta mañana. El castillo de Sant'Angelo aún no ha caído, y los ejércitos de la Liga podrían aparecer en cualquier momento.

Bemelburg volvió a hacerle señas a Melchior. Barth esperó mientras los capitanes hablaban de nuevo. El ser teniente suponía una gran responsabilidad, además de veinte florines de salario mensual, más de el doble de lo que cobraba como *doppelsöldner*. Sin embargo, hasta el momento no había visto ni una pieza de oro. Roma entera era su botín y su sueldo. ¿Y ahora debía montar guardia y enfrentarse a sus propios compañeros mientras los demás saqueaban la ciudad con total impunidad? Aquello, tal y como ya habían sospechado Bemelburg y Melchior, no era ni previsible ni realizable.

Barth miró a su alrededor. También él aguardaba con impaciencia la llegada de la noche. Las compañías comenzaron a disolverse. Las conversaciones internas no trataban precisamente de la impunidad ni de la calma, como Barth finalmente logró averiguar: los españoles todavía no se habían reunido, las órdenes les importaban un carajo y habían comenzado a saquear sistemáticamente todo lo que veían. Incluso el séquito se les había unido en el pillaje, así como los bandidos italianos que los seguían como moscas y animales carroñeros.

—Estableceremos nuestro campamento aquí, en el campo hay tabernas alemanas cuyos trabajadores nos pueden servir de intérpretes —gritó Melchior a la multitud.

El estruendo, los furiosos bramidos y aullidos de los soldados sofocaron sus palabras, las formaciones se rompieron finalmente, los hombres salieron corriendo, la mayoría en grupos, pues querían emular a españoles e italianos y no dejarse arrebatar de las manos los cuantiosos ducados, las brillantes piedras preciosas y las mujeres más carnosas.

Melchior se vio arrastrado, aun cuando permanecía sobre el caballo.

—¡Mañana temprano frente a la banca! —gritó a Barth.

Entonces el bávaro echó a correr.

También él deseaba su parte del pastel. Conseguir lo que aún quedara de botín. Celebrar la victoria.

Se unió a un grueso grupo de doblesueldos de su compañía y, al ser el más fuerte y grande de todos ellos, y puesto que llevaba un hacha colgada del cinturón, recibió el cometido de destrozar las puertas de las casas.

La madera estallaba, los hombres bramaban más alto con cada golpe y, en el interior, se oían los gritos de angustia que no hacían sino espolearlos más...

Capítulo 85

Roma, palazzo Massimo - 7 de mayo de 1527

Cuando Barth intentó abrir los ojos, un rayo de sol le cosquilleaba en la nariz. No sabía dónde estaba, le retumbaba la cabeza y le dolía hasta la última fibra de su cuerpo. Perdió la consciencia durante unos instantes, incluso soñó, pero soñó con la guerra y, después, consigo mismo y los demás orinando sobre los altares, lanzándose cálices los unos a los otros, reventando custodias, abriendo sacristías, echándose encima ropas sacramentales, probándose mitras y encontrando ducados y ducados, llevados por la gente con la aparente fe de que allí se encontrarían seguros. Algunos se encontraban ocultos hasta en el altar, en el tabernáculo que arrancaron porque estaba hecho de oro y decorado con piedras preciosas. Había ducados incluso en los sarcófagos, a los pies del esqueleto de algún santo, tras las prietas piedras. Cuando ya no pudieron sacar nada más de la iglesia, irrumpieron en la siguiente casa, derribaron todo lo que se movía, echaron paredes abajo, vaciaron bodegas... Y entre tanto, el vino resbalaba ininterrumpidamente por las gargantas.

En realidad Barth no soñaba, sino que más bien intentaba recordar lo que había ocurrido la noche anterior. Estaba tendido sobre uno de los bancos de piedra que rodeaban los incontables *palazzi* de la ciudad. Sobre él se elevaban rejas de hierro ennegrecidas, tras las cuales se sucedían ventanas de las que surgían sollozos y aullidos. Agarró el cinturón para comprobar si su hacha y su espada corta seguían allí. Sí, la espada pendía a un lado y el hacha se apretaba contra su cuerpo. ¿Y el mandoble? Se irguió, pero de inmediato se dejó caer de nuevo. La cabeza parecía a punto de estallarle. Su espada de combate había desaparecido, al igual que su coraza. Se apretó contra el banco. Al menos su cabeza reposaba sobre algo blando: sí, ahora lo recordaba, debía haberla recostado sobre los sacos de ducados conquistados.

Conquistados, ésa era la palabra adecuada. El pillaje de oro y gemas se extendía por doquier, menos entre los *doppelsöldner* de su compañía que entre otros lansquenetes, y desde luego mucho menos que entre los españoles.

A pesar del dolor, se sentó. Su saco de monedas parecía haberse diluido. Ya no era un saco, sino un paño empapado de sangre... ¡Su botín había desaparecido! ¡Lo habían robado! ¡Le habían saqueado!

Barth maldijo a Dios y su cráneo le respondió martilleándole la frente y las sienes. Sintió unas tremendas arcadas y se puso a vomitar entre las piernas. Cuando terminó, alzó de nuevo la cabeza. Tras él se alzaba el poderoso *palazzo*; ante él, sobre las calles y plazas, incontables cadáveres de los que ya se alimentaban los perros...

Las ratas acechaban. Quizá no todos los que estaban por allí tendidos estaban muertos, quizá los que parecían lansquenetes, al igual que él mismo, solo estaban durmiendo la borrachera.

Esos buitres españoles le habían robado el botín: ¿quién si no? Los brillantes y hermosos ducados que el señor de aquel *palazzo* les había tenido que rendir. Domenico Massimo se llamaba, como Barth recordó de pronto, y tenía hijos orgullosos, una esposa distinguida e hijas hermosas.

Ya amanecía cuando habían entrado en el *palazzo*. Se había producido una auténtica batalla, pues el *signor* Massimo había apostado defensores armados, y sus hijos tampoco se habían rendido con facilidad. Muchos de los lansquenetes acabaron heridos o muertos, probablemente debido a que el vino había vuelto inseguros sus movimientos. Sin embargo, el alcohol y la resistencia hallada hicieron desaparecer todas sus inhibiciones y miedos...

Hasta que el último hijo del *signore* Massimo no acabó aniquilado, el propietario de aquella suntuosa mansión no se decidió a entregar su tesoro. Se componía de cincuenta mil ducados, descontando las joyas... Además de las hermosas hijas del *signore*. El castigo del padre fue contemplarlo todo. Al final las dejaron con vida, incluso a la mujer. ¿También a ella...? Ya no lo sabía, probablemente no, pues había muslos más duros y culos más prietos en aquella casa. Sí, de ahí los quejidos y lamentos. Sin embargo, esa clase de diversiones iban implícitas en las vetustas exigencias de guerra...

Barth vomitó de nuevo.

La «diversión» se había desatado, se habían convertido en animales, en bestias borrachas, repugnantes, descontroladas...

Las dolorosas náuseas le obligaron a escupir hasta los últimos retazos de amarga bilis.

Cuando finalmente pudo respirar con normalidad, se tanteó el cuerpo y descubrió que por fortuna aún conservaba la taleguilla con el rizo de Anna. También la cruz de oro que había caído a sus pies junto al castillo de Sant'Angelo. La observó entonces con más atención y descubrió en el reverso las iniciales A. F., así como una fecha, 20-XI-1493, bajo la cual estaba grabada la inscripción «*donata G. F.*».

Era lo único que le quedaba de botín.

Una oleada de ira lo recorrió, ira contra los ladrones, deseo de venganza, furia contra sí mismo por haberse emborrachado de forma tan inconsciente.

Intentó tranquilizarse, pues apenas habían empezado a arañar las riquezas de Roma. Si los ejércitos de la Liga no aparecían, el saqueo se prolongaría, sin duda, durante días.

Antes del ataque al *palazzo* Massimo habían acabado en una taberna, y su apetito había vuelto a manifestarse con ansia leonina, hasta atiborrarse de comida. El

tabernero no hacía más que aclamar ininterrumpidamente al emperador al grito de «*¡imperatore! ¡imperatore!*» y «*lanziquenecchi amici*», realizaba reverencias y traía un plato tras otro, les ofrecía vino a raudales e incluso a su camarera. Sin embargo la muchacha estaba cubierta de ceniza y apestaba a pescado. Para terminar, el tabernero incluso les rindió su pobre riqueza en ducados. Ya iban a propinarle unas cuantas bofetadas por lo ridículo de aquella suma, cuando las casas vecinas comenzaron a arder y los primeros invasores penetraron en el gran *palazzo* del *signor* Massimo.

Entonces habían empezado la lucha y el esfuerzo.

Como compensación, tenían la riqueza del botín y a las hijas de postre.

En realidad se avergonzaba de haber golpeado hasta dejar medio muertas a aquellas jóvenes de grandes y aterrorizados ojos y pechos turgentes. Cuando sus compañeros se habían abalanzado sobre ellas, simplemente no había podido quedarse mirando. Había sido superior a él. Ellos le habían incitado, riéndose de él, preguntándole que si no se le levantaba. Al final, había cogido a la más joven de las hijas de Massimo, apenas una niña... Ella se resistió, lo que no le hizo ningún bien.

No quería pensar más en ello.

Si Anna aún hubiera vivido, probablemente se había zafado y se habría dedicado a buscar joyas por la casa, que con toda seguridad el *signor* Massimo habría escondido por cada rincón de la mansión. Entre tanto, habían prendido un par de habitaciones. En ellas ardieron cosas muy bonitas, papel pintado y óleos retratando a orgullosos nobles vestidos con armaduras. De alguna forma recordó que habían estado pinchando al *signore* con sus puñales para que revelara donde escondía más ducados...

En un momento dado, Barth había subido hasta el tejado para poder recuperar el aire y, desde allí, había contemplado el sol teñido de un rojo sangriento, velado aún por las nubes de la venganza: la ciudad ardía en muchos focos, de los que surgían gritos estridentes, bramidos animales, sollozos y gemidos, aullidos y autoflagelaciones, y entre medias, ladridos y relinchos... Probablemente los animales ardían dentro de sus propios establos...

Entró de nuevo, tambaleándose, en el *palazzo*; debía seguir bebiendo para aguantar todo aquello. Salió a la calle, inestable aún, sí, así debía haber sido, se había tumbado sobre un banco, recostado la cabeza sobre los ducados y perdido la consciencia.

¿No debía ahora dirigirse hacia la banca de los Fugger, tal y como le había ordenado Melchior? ¿Actuar como un teniente de veinte florines al mes, al mando de una tropa? Pero, ¿cómo iba a reunir a una tropa tras una noche como ésa?

¿Y si ya habían allanado el edificio? Sin duda habría allí dinero a espuestas. Y además, aquella joven... ¿Habría sufrido lo mismo que las aristocráticas hijas del *signor* Massimo?

Gembundo y entre espantosos dolores se levantó y tomó indeciso la dirección por la que suponía se encontraría la banca de los Fugger. ¿Y si ya había ardido y la joven esposa del valiente Ranuccio Farnese había caído en manos de los soldados?... Barth no pudo evitar pensar en su Anna. El granjero la había arrastrado por la fuerza hasta el heno y, tras esto, ella había acabado en el agua...

«Oh, Dios». Rezó, confesó sus culpas, imploró perdón. No podía haber sido todo en vano...

Capítulo 86

Capodimonte - mayo de 1527

Lo hecho, hecho estaba. Constanza sabía que ya no había vuelta atrás, tampoco la quería, es más, rezaba porque las noches se detuvieran, que prolongaran aquella embriaguez de amor, aquella felicidad al lado de un hombre al que había adorado desde el día de la *possesso* del papa León, del que se había enamorado aunque apenas lo conocía, con el que había soñado incluso estando satisfecha con su matrimonio, aunque no hubiera desatendido a Bosio y hubiera cuidado con esmero de sus hijos, aunque su esposo no la insultara, ni la gritara ni mucho menos le pegara sino, por el contrario, cediera en la mayor parte de los casos cuando discutían...

Francesco Maria, el duque de Urbino, había aparecido de forma absolutamente inesperada frente a sus puertas en Capodimonte.

La felicidad apenas le permitía respirar y no había podido evitar enrojecer mientras, junto con su madre, lo saludaba, agasajaba y preguntaba con precaución qué deseaba.

Los ejércitos de la Liga se encontraban todavía en el norte, por lo que les dijo, y era menester avanzar con cuidado, pues los imperiales eran poderosos, unos veinte o treinta mil lobos hambrientos que podían sentirse arrinconados, lo que los volvería particularmente peligrosos.

—Además, hay mucho que hacer de camino a Roma. Debo asegurar la retirada, liberar algunas ciudades, conquistar otras...

—Pero... —le interrumpió la madre, preocupada—. Los imperiales han caído sobre Roma...

Francesco Maria se encogió de hombros.

—El papa Clemente...

La madre no concluyó la frase, pues Francesco Maria achinó sus oscuros ojos y apretó los labios.

—Sí, ahora un Medici suplica la ayuda del duque de Urbino, después de que otro Medici lo combatiera y exiliara durante años.

Constanza no podía concentrarse en sus palabras, pues tenía la boca seca, los labios le temblaban y los escalofríos le recorrían el cuerpo.

—Estoy aquí —añadió Francesco Maria recuperando la objetividad—, porque quiero explorar personalmente el territorio y buscar un cuartel general. Vuestros castillos en *isola* Farnese y en Viterbo nos han ofrecido su colaboración, por lo que os pido licencia para establecerme allí con mis tropas. Sabéis, piadosa Silvia, que el

cardenal y yo hemos sido amigos desde mucho tiempo atrás, en que le vendí Caprarola por un precio muy asequible. Naturalmente os pagaría...

—Estimado duque, sin duda hablo en nombre del cardenal cuando digo que nuestra casa es vuestra casa y que la hospitalidad, para nosotros, es sagrada. Naturalmente, e igualmente como mediadora del cardenal, renuncio a cualquier tipo de compensación económica, si bien nuestro único deseo sería que se produjeran los menores daños posibles... ¿O qué opinas tú, Constanza, como hija del cardenal...?

La joven enrojeció de nuevo hasta la raíz del pelo, como una adolescente atontada, y tartamudeó:

—¡Naturalmente!

Ella misma era incapaz de comprenderlo. Una mujer adulta, madre de seis hijos, casada desde hacía diez años, no solo enrojecía, sino que le temblaban las piernas y ciertas partes innombrables de su anatomía vibraban dulcemente con solo mirar a aquel jinete de cabello oscuro sentado orgulloso a su lado, a la profunda tristeza de sus ojos; sí, Francesco Maria ocultaba un secreto, una carga, un dolor punzante.

A la mañana siguiente, marchó con la salida del sol.

Cada vez se filtraban más mensajes sobre el ataque a Roma. La ciudad había caído a pesar de la muerte del Borbón, únicamente el castillo de Sant'Angelo resistía, con el Papa en su interior, rodeado de una marea de personas que habían logrado salvarse en sus protectores muros, si bien carecían de agua y alimentos. Renzo da Ceri había desaparecido desde la toma de las murallas y solo un par de jóvenes aristócratas romanos habían combatido, despreciando a la muerte, y entre ellos, Ranuccio Farnese...

Cuando aquel informe llegó a sus oídos, la madre gritó y Constanza y Rosella tuvieron que sujetarla.

Al fin y al cabo, habían hablado de «desprecio a la muerte» por parte de Ranuccio y no de la muerte en sí.

¿Y dónde estaba su padre? ¿Aún vivía?

Después, llegaron a Capodimonte las primeras noticias sobre el saqueo y la quema de edificios, sobre la muerte y la crueldad. Sin embargo, aquellos informes, relatados entre temblores, resultaban vagos y confusos.

El Papa clamaba pidiendo ayuda, suplicaba la asistencia de la Liga, la llamaba a su lado.

Desde Capodimonte no se veía ningún ejército. El día de la conquista de Roma, por lo que se rumoreaba, el duque de Urbino se encontraba con sus tropas en Arezzo.

A mediados de mayo, Constanza vio nubes de polvo en el este. Los habitantes de Montefiascone informaron de que el duque de Urbino y los demás comandantes se dirigían con quince mil hombres en dirección a Roma. Como no había podido protegerla, ahora debían reconquistarla...

Entonces, Francesco Maria apareció de nuevo ante la puerta del castillo, pidió que se le recibiera, se disculpó por el ataque a Montefiascone y añadió que estrictas órdenes habrían impedido que Capodimonte y las aldeas circundantes cayeran en desgracia. Lo agasajaron con excelencia y él se mostró particularmente alegre, dedicándole a Constanza constantes miradas interrogativas.

—Los ejércitos se encuentran en Viterbo, seguirán hasta *isola* Farnese, donde tomaremos alguna decisión acerca del procedimiento a seguir —explicó con total honestidad—. Roma se está viendo severamente castigada, por lo que he oído, y el Papa se dedica a enviar cartas quejumbrosas. Bien, veremos qué podemos hacer sin poner en peligro nuestra seguridad. Como general a sueldo de Venecia debo preocuparme por la vida de mis hombres y la seguridad de la república. Es necesario pensar a largo plazo. Mi modelo a seguir es Fabio Maximo, el romano que venció a Aníbal.

—El *cunctator* —espetó la madre con sequedad.

—Exacto, un general sabio sabe cuándo ha llegado el momento de atacar y cuando es más sensato esperar. Giovanni de Medici no lo sabía, era un insensato y un temerario y ya no puede ser de ayuda a nadie, solo observar desde el cielo el día en que aniquilemos a los imperiales.

Constanza escuchó con atención mientras Francesco Maria exponía su filosofía sobre la precaución y la inteligencia, al tiempo que realizaba alusiones indirectas a la familia Medici. Escuchaba más su voz que sus palabras, mientras se deleitaba convencida de que tenía un timbre particularmente profundo y seco, pero al mismo tiempo como envuelto en terciopelo. Constanza no pudo negar que se comenzaba a sentir agitada por una ansiosa sensualidad.

Cuando oyó al duque expresar su deseo de pasar la noche en Capodimonte y pedir que se le aceptara como huésped, ella se sintió de nuevo azotada por el frío y el calor al mismo tiempo. No le había dicho a su madre ni una sola palabra acerca de sus sentimientos ante la primera aparición del duque y sin embargo, sin necesidad de confesarle nada, ella entendió lo que estaba ocurriendo y fue la primera en retirarse por la noche. Constanza le enseñó poco después sus aposentos a Francesco Maria. Era la misma habitación en la que su padre se había enfrentado a la muerte, la misma cama tallada que su tía Giulia había dejado en herencia.

Francesco Maria echó a todos los sirvientes que los habían acompañado y cerró la puerta con el pie.

Entonces, simplemente la abrazó y sofocó con los labios su suspiro.

¿Había opuesto resistencia? ¡Apenas! Ella se había dejado sorprender pero en realidad le había mostrado ya su disposición mediante sonrisas anhelantes y miradas soñadoras. Él era un hombre experimentado.

No quería que aquel beso acabara nunca.

¿Por qué se sentía tan atraída por él? Ya no era ninguna chiquilla, apenas lo conocía... En realidad no había ninguna respuesta que la lógica pudiera entender. Había una fuerza superior a su voluntad, un impulso incubado durante largo tiempo, aventurero, insólito y exótico y, tal y como ella misma había sabido desde la primera visita de Francesco Maria a Capodimonte, su oposición no aguantaría ni un sopro...

Él la sentó sobre la cama, se arrodilló ante ella y observó, esbozando una ligera sonrisa, las figuras descocadas que, desde la madera de las columnas del baldaquino, le presentaban sus muslos y senos. Con movimientos desprendidos se quitó el jubón de cuero y desató el nudo de las bandas que sujetaban el escote de Constanza. Desnudó sus brazos y después fue apartando lentamente la seda de las diversas capas de ropa que la tapaban, hasta descubrirle los pechos.

Ella apenas podía resistir la excitación, pero él se tomó su tiempo para desnudarla. Cuando ella quiso arrancarle del cuerpo la camisa interior, él le acarició el interior de los muslos y finalmente se hundieron en un beso del que ella emergió apenas consciente.

Se echaron juntos sobre la cama en la que la tía Giulia solía recibir a su Rodrigo Borgia, el papa Alejandro. Borgia, en numerosas ocasiones, tal y como solía relatar Giulia, se vestía de caballero negro a pesar de su corpulencia. Sin ser consciente de la historia de aquella cama, Constanza había guiado a su invitado hasta aquella habitación. La cama pertenecía ahora a su padre, y ella la estaba profanando con aquel acto prohibido y deshonesto. Sin embargo, ese mismo hecho desataba aún más su pasión y, desde cierto punto de vista, en realidad no la profanaba, sino más bien al contrario: la estaba honrando por última vez.

Su conciencia luchó brevemente con el recuerdo de Bosio, quien siempre la tomaba con dulzura, pero de una manera distinta; quien siempre la acariciaba y besaba en los mismos lugares; quien al principio la penetraba con cuidado pero, a lo largo de los años, cada vez con mayor apremio. Francesco Maria le daba tiempo, la hacía esperar, le permitía tenderse, abrirse a él, sí, jugaba con su anhelo hasta que prácticamente se lo hacía suplicar.

Ella soltó un breve grito y él gimió como agonizante.

Él la hizo flotar, hundirse y alzarse de nuevo. Hizo que oleadas de escalofríos excitantes le recorrieran la piel, que el vello se le erizara. Ella cogió su cara entre las manos y preguntó:

—¿Por qué?

Era una pregunta sin sentido, con la que apenas entendía que respuesta esperaba obtener. Debería haber preguntado: «¿por qué ahora?» o «¿por qué no siempre?». Pero entonces, se hundió de nuevo en el instante en el que se estremecía de un dolor tan placentero que siempre emitía un grito agudo y breve, hasta creer perder el conocimiento.

Durante un instante permanecieron el uno medio tendido sobre el otro, Francesco Maria incluso durmió un poco, antes de que una nueva oleada de pasión los empujara el uno contra el otro.

A la mañana siguiente él se levantó temprano y desapareció tras despedirse brevemente.

Apenas se habían dicho una palabra.

Después de vestirse, a Constanza le hubiera gustado irse a confesar, sin embargo, decidió no contarle a nadie su secreto, ni siquiera a su madre. Intentó provocarse mala conciencia, pero no la atormentaba ninguna culpabilidad, o quizá muy poca. No quería abandonar a Bosio y, sin duda, Francesco Maria nunca abandonaría a la hija de Gonzaga. Sería un escándalo que sacudiría a toda Roma. Eso si todavía quedaba Roma suficiente para sacudirse tras la conquista y el saqueo. El escándalo no la atraía, era la aventura. Lo prohibido era un fruto dulce, pero no un plato nutritivo.

Durante el desayuno, la mirada de su madre recayó sobre ella. Al principio, un tanto severa, pero no tardó en dirigirle una sonrisa distraída. Entonces, le narró su primera noche con Alessandro en la roca de las Sirenas de la *isola* Bisentina. Aunque el sol brillaba con fuerza, habían remado solos, con la única compañía de las gaviotas que planeaban sobre ellos y las alondras que trinaban alegres en las alturas. Una suave brisa les acariciaba las mejillas y ella había dejado que el agua cálida, casi aterciopelada, se deslizara entre sus dedos.

No mencionó a Francesco Maria en ningún momento.

A la noche siguiente apareció de nuevo. Los ejércitos de la Liga se encontraban en la *isola* Farnese, solo a un par de millas de distancia de Roma, según les explicó. Los capitanes no se ponían de acuerdo en torno a los próximos acontecimientos.

—Guicciardini es partidario de atacar a los imperiales en Roma, yo estoy en contra, el Papa clama pidiendo ayuda... Pero solo con nuestros quince mil hombres, de los cuales cada día desertan más al bando imperial con tal de obtener un botín y nada más... ¡Escoria! Soy precavido, preferiría no tener que enfrentarme a los lansquenetes. Con los españoles acabaría sin duda, pero con los lansquenetes... Además, se han asentado en la ciudad, en cualquier casa que pudieran convertir en fortaleza, y retienen a los romanos como rehenes.

¿Por qué el Papa no cumplió con las exigencias del Borbón y le pagó los doscientos cincuenta mil ducados? Ese hombre es un jugador al que le trae sin cuidado las penurias de la gente. No tardará en darse cuenta de que lo que el Borbón le pedía era una suma risible en comparación con lo que se ha saqueado.

Francesco Maria hizo una breve pausa, tomó un sorbo de vino, miró con ojos velados hacia la lejanía.

—En la ciudad se extiende el hambre, incluso entre los conquistadores. Han destruido demasiados alimentos llevados por la malicia y ahora se ven obligados a

canjear piezas de oro por un pollo y un poco de pan. Además, los alemanes se pelean con los españoles, y ambos se enfrentan a los italianos, los soldados están hartos de su bagaje y todos en general con la chusma que ha penetrado en Roma procedente de la región tratando de hacerse con un pedazo del pastel. Lo único que podemos hacer es aguardar a que los imperiales se maten los unos a los otros y entonces seremos los últimos en reír.

—Entonces, Roma está perdida —dijo la madre con voz tenue.

—Roma nunca morirá, es la ciudad eterna —repuso Francesco Maria con frialdad.

Se produjo entonces una larga pausa, interrumpida por los ligeros sorbos que el duque daba a su copa de vino.

Constanza fluctuaba entre la decepción y la dulce expectación.

Su madre miró rígida al vacío durante unos instantes, antes de preguntar:

—¿Habéis oído algo acerca del cardenal Farnese y de mis hijos? ¿Del palazzo Farnese? ¿También está destruido?

—¿El *palazzo* de vuestra familia? Creo que vuestro hijo mayor ha establecido allí su cuartel general: muy habilidoso, el muchacho. El papa Clemente aún está agazapado en el castillo de Sant'Angelo —de nuevo aquel tono frío, unido a una ligera sonrisa—. Es increíblemente testarudo. Se niega a aceptar las condiciones de los imperiales, que ya no le exigen tantos ducados como antes. Pues bien, ya le enseñarán a ese bastardo lo que es bueno. ¿Y vuestro Alessandro y su hijo menor? —agitó la cabeza—. No, no he oído nada.

La madre posó la mirada en la ventana y la perdió en la lejanía. Constanza se preguntó hacia dónde dirigiría sus pensamientos. Ella misma intentaba imaginar qué aspecto ofrecería el apocalipsis romano, pero su imaginación no abarcaba tanta miseria.

Francesco Maria permaneció allí durante la noche y, a la mañana siguiente, partió con la salida del sol.

Poco después apareció de nuevo para informar de que se había decidido en consejo de guerra no atacar a los imperiales, por lo que las tropas se retiraban a Viterbo para esperar y observar el desarrollo de los acontecimientos.

Aparecía cada tarde y pernoctaba cada noche.

Silvia se retiró junto con Rosella a la *isola* Bisentina para recogerse en el convento y rezar por la supervivencia de Alessandro y de su hijo, además de encontrarse más cerca de las tumbas de Paolo y Giulia.

Constanza dormía hasta bien entrado el día y aguardaba por las tardes a Francesco Maria. Hablaban poco, comían y bebían con moderación y pasaban las noches entregándose a sus pasiones corporales.

Capítulo 87

Roma, castillo de Sant'Angelo - mayo de 1527

El día del asalto a Roma, Ranuccio había sido uno de los últimos en lograr ponerse a salvo en el castillo de Sant'Angelo. El Papa lo bendijo y lo calificó como un modelo iluminador para la juventud de Roma, un paladín de su honor. Mientras escuchaba todas aquellas alabanzas, Ranuccio pensaba en Virginia y, de pronto, sintió con toda intensidad el dolor provocado por la herida de la cabeza.

Aunque recibió cuidados médicos, le subió enormemente la fiebre, y durante muchos días perdió la consciencia una y otra vez. Cuando despertaba, encontraba sentado junto a su catre a un padre preocupado, envejecido, marchito y cansado.

Entonces, la fiebre remitió y no solo recuperó las fuerzas, sino también unas intensas ganas de vivir, si bien se encontraba asustado por el estado de Virginia, la echaba de menos, aun cuando la situación en la fortaleza era desoladora. Día a día las tres mil personas hacinadas en su interior recibían peor abastecimiento y solo en raras ocasiones lograban introducir alimentos. Las letrinas y cloacas se desbordaban y apestaban el aire, el calor de mayo cumplía su función, por lo que las enfermedades comenzaron a propagarse y no podía darse un entierro digno a los muertos.

El papa Clemente se quejaba sin cesar: de los impíos imperiales, del vengativo traidor Francesco Maria della Rovere, del cruel emperador y del rey francés, tan presto a prometer pero tan reacio a cumplir lo pactado. Con frecuencia sus quejas concluían en sollozos sobre el estado del Vaticano, del que sus negociadores le ponían al corriente.

—Los aposentos sagrados son una casa de putas, la capilla Sixtina es un establo, los fardos de documentos se utilizan como colchones para los catres, eso si directamente no se han quemado. Los bárbaros se pavonean por las calles vestidos con nuestras ropas sacramentales, y han nombrado Papa a Lutero. En su odio ilimitado por lo sagrado han profanado incluso las tumbas de San Pedro y de San Pablo, han utilizado como pelotas de juego los cráneos de otros santos, han utilizado la lanza sagrada como espetón para sus sanguinolentos asados y han ofrecido en subasta en sucias tabernas el paño de Verónica. ¡Cómo puede permitir el Señor semejante blasfemia!

Un día el papa Clemente se dedicó a proferir obstinadas amenazas: nunca lograrían presionarlo para que se doblegara, pues si había renunciado a huir cuando había tenido la oportunidad, soportaría cualquier intimidación.

—... Aunque los imperiales me hagan volar por los aires junto con este sepulcro

y con vosotros, los valientes que resistís a mi lado, condenándose así ante el Señor por toda la eternidad. Nuestro Dios vengativo y severo aniquilará hasta el último de ellos, los desmembrará en siete pedazos.

Ranuccio observó cómo su padre fruncía el ceño y él mismo deseó tener algún escondrijo en el que poder reflexionar con calma. Desde que había recuperado la salud, la soledad y la inactividad lo atormentaban cada vez más. Además, le torturaba la preocupación por Virginia.

De nuevo soportaron otra noche intranquila en una estancia abarrotada sin ventanas y, por la mañana, tuvieron que esperar para que se les proporcionara algo de agua, vino y una sopa clara. El papa Clemente recibió de inmediato a uno de los negociadores y finalmente reunió a todo el mundo. Alterado, informó de las imposibles exigencias presentadas por los imperiales y describió la situación de los cardenales y obispos que no habían logrado ponerse a salvo de los imperiales.

—Les apalean la espalda hasta hacerles sangrar para que les limpien las botas a los lansquenets, deben pagar nuevos rescates una y otra vez y, si no logran reunir la cantidad, les empujan a sus propios sumideros para que recuperen allí piedras preciosas o ducados, reales o figurados, que hubieran podido ocultar allí. Si regresan con las manos vacías, les cortan las orejas o la nariz, o simplemente los encierran y dejan morir de sed. Cada día oigo nuevas crueldades de boca de nuestro negociador. ¿Acaso ha sufrido tanto algún Papa sin poder haber hecho nada? Oh, Señor, ¿por qué nos has abandonado?

Ranuccio ya no pudo soportar más la muda presencia de los cardenales y preladados reunidos a su alrededor. Cuando el Papa inició una nueva letanía, arrastró a su padre fuera de la estancia y juntos buscaron algún punto en una de las terrazas que no estuviera repleto de gente, para que pudieran hablar sin verse permanentemente molestados. Además, al menos allí había algo de aire fresco.

El padre se sentó gemebundo.

Ranuccio ya había tenido más que suficientes esperas y inactividad inútil, ya no podía aguantar la incertidumbre por la situación de Virginia... Había tomado una decisión.

—Tengo que abandonar esta prisión —susurró—. He de arriesgarme.

Su padre agitó la cabeza.

—Es demasiado peligroso.

—Me volveré loco si sigo agazapado en esta mazmorra.

—Lo mismo nos ocurre a todos. Ya has oído lo que los imperiales nos harían si nos pusieran las manos encima.

Ranuccio tamborileó con los dedos en el suelo y finalmente cerró la mano en un puño.

—Pierluigi está apostado en nuestro *palazzo* —dijo en voz baja—. Si lograra

llegar hasta él, estaría a salvo.

—¿Y cómo pretendes dejar el castillo? Está rodeado, incluso han excavado un foso alrededor. Si te atrapan, te matarán de inmediato.

—Algunas veces dejan que nuestro negociador abandone el castillo. Me haré pasar por su escriba.

—Así tampoco lograrás escapar. No le quitan los ojos de encima al negociador.

—Entonces descenderé por la pared durante la noche para evitar a sus guardias.

El padre agitó la cabeza y concluyó:

—Ni siquiera sé si Pierluigi no te tomaría como rehén. O si estaría dispuesto a ocultarte. En realidad, lo único que quieres es liberar a tu Virginia. Lo sé, solías hablar de ello mientras delirabas por la fiebre.

Ranuccio alzó brevemente la vista al cielo para recriminarle a su padre que no pudiera mostrar al menos una pizca de comprensión y replicó:

—¿Acaso no pusiste también en peligro tu vida durante tu juventud para salvar a *mamma*? ¿Y no te encerraron incluso en las mazmorras del castillo? Baldassare me lo contó en una ocasión, con un tono tan orgulloso que casi parecía que hubiera sido él quien lo hubiera realizado. Entonces eras un gran héroe de Roma.

Su padre le dirigió una sonrisa cansada.

—*Papá*, yo también quiero ser un héroe.

El gesto de su padre se tornó serio, incluso adusto.

—Es más fácil que alguien se convierta en un muerto antes que en un héroe, y bajo ningún concepto quiero que te involucres en una aventura insensata que ponga en peligro tu vida. Acabas de escapar de la muerte. ¿Y cómo pretendes ayudar a tu Virginia? Nuestros enemigos gobiernan la ciudad —dijo, con una voz amarga, asfixiada—. Ranuccio, eres mi favorito, mi única esperanza tras la muerte de Paolo...

—Pero Pierluigi...

—Sí, Pierluigi es el heredero, pero... Si el Papa lo excomulga... Entonces él nunca... Y además... —añadió, cogiendo la mano de Ranuccio—. Te suplico que te quedes conmigo: ¡no pongas tu vida en peligro!

Capítulo 88

Roma, Rione di Ponte, banca de los Fugger - mayo de 1527

La noche del bestial ataque la banca de los Fugger logró salvarse del expolio. Aunque el portal y las puertas traseras tuvieron que soportar algún hachazo ocasional, había en las cercanías demasiado botín fácil de conseguir como para que los españoles o los lansquenetes se decidieran a emplearse a fondo en irrumpir en el *palazzo*.

Nadie durmió aquella noche. Virginia se atrevió a salir alguna que otra vez hasta el tejado para dirigir alguna mirada anhelante y, al mismo tiempo, temerosa, hacia el castillo de Sant'Angelo. Entonces, se inclinaba por encima de la barandilla para observar los estrechos callejones en los que yacían numerosos cadáveres y por los que grupos de soldados, con las armas en ristre, corrían ininterrumpidamente o bien se tambaleaban pertrechados de pesados ropajes eclesiásticos.

La tarde tras la conquista de la ciudad se reunió, de súbito, una tropa de lansquenetes ante el edificio, comandados por un gigante al que no le costó trabajo reconocer. Era el hombre que había salvado la vida de Ranuccio, el soldado llamado Barth. Los cautivos se reunieron esperanzados frente a las ventanas y observaron a una comitiva de lansquenetes vestidos con ropas sagradas, guiados por un burro adornado con túnicas obispales y una mitra. Sobre el animal, montaba encogido un anciano. Virginia no sabía de quién se trataba, pero el factor susurró un nombre, del cual entendió la palabra «obispo». Los lansquenetes intentaban alimentar al asno con hostias, agitaban incensarios, salpicaban agua bendita, bramaban algún tipo de cántico y estallaban en carcajadas. Les seguía un grupo de hombres cargando un sarcófago abierto en el que yacía un anciano de avanzada edad.

—¡El cardenal Numalio! —exclamó el factor, horrorizado.

—¿Está muerto? —preguntó alguien.

—No lo creo. Quizá quieran enterrarlo en vida.

Cuando Virginia tuvo que contemplar como un grupo de españoles pretendían colgar a un hombre de sus testículos, pero éstos se desgarraron y el hombre acababa descuartizado entre gritos de furia, perdió el conocimiento. Volvió en sí en una habitación acompañada de varias mujeres, agazapadas, ausentes, con la mirada perdida. Oyó como una de ellas le preguntaba a otra en voz baja:

—¿Tú tampoco has podido pagar?

La otra agitó la cabeza y respondió con voz igualmente tenue:

—Mejor aquí que en la calle.

En el edificio se sucedían los movimientos agitados y las voces de alarma, se

abrían y cerraban puertas, y alguna de las mujeres estaba permanentemente mirando hacia afuera.

Virginia, presa del pánico, estuvo a punto de caer de nuevo inconsciente. Finalmente, apareció un anciano que hablaba italiano con acento extranjero. Cuando quiso ayudarla a levantarse, la joven no tuvo fuerzas para oponer resistencia. Pronto se dio cuenta de que tampoco tenía motivos para hacerlo. La preocupación parecía ser el único motivo que empujaba a aquel hombre barbudo a llevarla a través de la arremolinada multitud hasta una pequeña estancia en el piso superior. Allí la colocó sobre una esterilla de paja, y ella tomó asiento.

El desconocido se presentó como Ugo Berthone, un provenzal que se había visto sorprendido por la conquista durante su estancia en Roma.

—Vine con el encargo de comprar cuadros para un conde provenzal, pero ahora... Logré resguardarme en esta casa y entonces oí que vos... sois la esposa de Ranuccio Farnese.

El agotamiento no le permitió siquiera contestar, por lo que se limitó a asentir. Cuando las imágenes de huidas y muerte la acosaron, se espabiló. El provenzal se encontraba sentado a su lado, le tendió un vaso de agua, bebió él mismo un sorbo y comenzó a contarle su vida con voz tenue. No solo había acudido a Roma a buscar cuadros, sino también a su esposa, la madre de su pequeña hija, que lo había abandonado para buscar fortuna en la ciudad eterna. La forma en la que pronunció aquella palabra le indicó a Virginia a qué tipo de «fortuna» se refería... Una que ella conocía muy bien.

El cuerpo entero de Virginia comenzó a temblar. Instintivamente el provenzal le dio más agua y le sujetó la mano mientras ella de nuevo se desvanecía.

El horror de sus sueños volvió a apoderarse de ella. Españoles de cabello moreno se encogían y el gigante lansquenete los decapitaba de un solo golpe. La sangre le salpicó el rostro y ella abrió los ojos de golpe. El amistoso provenzal permanecía arrodillado a su lado y le refrescaba el rostro con un paño húmedo.

Tras algunos días, las provisiones en el edificio comenzaron a escasear. Virginia tenía que pagar por el pan y, puesto que no llevaba ningún dinero consigo, por lo que le dijeron, tendría que pagar de otra manera por su salvación y cuidados. Al fin y al cabo ella no era la honorable esposa del valeroso Ranuccio Farnese, sino una cortesana, como se había descubierto en ese tiempo. El ayudante del factor había visitado en una ocasión a Maddalena y la había reconocido.

Virginia se agarró a Ugo, le suplicó su ayuda y el provenzal la protegió con todo el poder de persuasión del que fue capaz.

Sin embargo, una noche la agarraron mientras dormía. Ella lo llamó pero no estaba allí y, antes de que pudiera reaccionar, la habían arrojado ya a una cámara, entre varios peones tiraron hacia arriba de su sucia túnica y le metieron parte de la

tela en la boca, le sujetaron de brazos y piernas y no pudo evitar que un hombre de olor empalagoso se le metiera entre las piernas. Ella boqueó y estuvo a punto de ahogarse. Cuando consiguió hacerse con algo de aire, se sintió repentinamente transportada a sus primeros días como cortesana. Recordó las numerosas visitas de clientes descontentos y se obligó a pensar que todo había acabado, que tendría que soportarlo todo con serenidad para no salir herida.

Los peones, de aroma considerablemente menos dulce, sucedieron al primer hombre.

Finalmente la dejaron tendida, medio ahogada y sola. Se apartó lentamente la ropa de la cara. Una vela ardía cansada en una esquina, junto a ella una jarra de agua con pan y un par de pedazos de queso. Se tanteó el cuerpo con cuidado. Estaba entumecida, pero no encontró más que los mugrientos resquicios de la violación, nada de sangre. Rápidamente bebió un par de sorbos de agua, arrancó un pedazo de pan y royó el duro queso.

Capítulo 89

Roma, castillo de Sant'Angelo - palazzo Farnese - 8 de junio de 1527

En junio de 1527 el papa Clemente capituló y firmó las condiciones que el negociador imperial le presentó. Además de la cesión de numerosos lugares pertenecientes a los Estados Pontificios, se comprometía a pagar cuatrocientos mil ducados, con un adelanto de cien mil. Al mismo tiempo, el castillo se rendía a los imperiales.

Como el papa Clemente no pudo reunir cuatrocientos mil ducados, tuvo que permanecer cautivo en Sant'Angelo con sus cardenales bajo la supervisión del español Alarcón y cuatro centurias de soldados españoles y alemanes.

El 7 de junio se permitió a los defensores papales que se retiraran de la fortaleza. El Papa les dio las gracias y los bendijo.

Ranuccio, quien se había dado cuenta a tiempo de que no podría llevar a cabo sus planes de fuga, se despidió entre lágrimas de su padre y abandonó último el edificio. Apenas había dejado atrás los muros de Roma en dirección a Viterbo cuando cayó la noche. No pudo dormir y, antes de la salida del sol, ya había retomado el camino a la ciudad.

Durante aquellas horas sin descanso había trazado un plan en el que veía la única solución, por el cual, intercambió por la mañana sus ropas con las del primer campesino andrajoso que encontró y finalmente, a medio día, logró cruzar sin esfuerzo la porta del Popolo después de que los somnolientos guardias españoles no supieran qué hacer con aquel muchacho que llegaba.

Por suerte, durante las cálidas horas de la siesta apenas había soldados imperiales por las calles. Se les podía oír en el interior de las casas, jugando, peleándose, frecuentando a las prostitutas o durmiendo a la sombra. Ranuccio los evitó tanto como le fue posible y eligió los caminos que le parecieron más seguros. Una y otra vez iba tropezando con cadáveres medio podridos que despedían un hedor espantoso y le obligaban a reprimir con gran esfuerzo las terribles náuseas. Perros cebados le gruñían al pasar o se dedicaban a expulsar a las ratas de la carroña. Cuantiosas casas mostraban signos de incendio y reinaba un extraño silencio, roto únicamente por ocasionales chillidos de mujeres llorosas o por el inconstante escándalo provocado por grupos de borrachos. Aparte de los ladridos de los perros no se oía a ningún animal, ni siquiera a los pájaros. Ningún cacareo de gallinas, ningún gruñido de cerdos o balido de ovejas.

Cuando finalmente alcanzó la entrada del palazzo Farnese, los guardias lo

miraron con desconfianza.

—Quiero ver al *capitano* Pierluigi Farnese —les pidió.

—Lárgate antes de que te rompamos las piernas —le dijeron.

—Soy un viejo... amigo suyo —señaló, irguiéndose.

Una carcajada cansada y un gesto amenazante fueron las respuestas.

En ese momento, perdió los nervios.

—Panda de malditos bandidos, ¡Pierluigi Farnese es mi hermano! ¡Llebadme hasta él! —bramó.

Se le quedaron mirando perplejos, y él simplemente pasó ante ellos, atravesó el oscuro pasillo hasta el patio y gritó tan alto como pudo:

—Pierluigi, ¿dónde estás? ¡Tu hermano Ranuccio quiere verte!

Entonces, los guardias despertaron. Lo agarraron sin ninguna gentileza y lo arrastraron escaleras arriba y a lo largo de la galería hasta su hermano, quien lo miró como si acabara de surgir de las profundidades del infierno.

—¿Qué estás... haciendo aquí... en Roma? —tartamudeó Pierluigi, quien necesitó unos instantes para asimilarlo. Tras esto, estalló en sincera alegría por el reencuentro, rompió a reír y abrazó a Ranuccio hasta casi dejarlo sin aliento—. Dios, pero, ¡qué aspecto tienes! Estás famélico, harapiento y cubierto de mugre... ¿Has defendido así al valeroso Papa?

Ranuccio se limitó a encogerse de hombros. Pierluigi mandó marchar a los guardias mientras pedía vino, pan, aceitunas en aceite y algo de carne.

—Y, ¿qué tal está nuestro padre? —dijo, volviéndose de nuevo hacia Ranuccio.

—Debe permanecer en Sant'Angelo con el Papa...

—Sí, lo sé —le interrumpió Pierluigi—. Me ofrecí en numerosas ocasiones como mediador para la rendición pero los españoles querían tener las riendas de todo: nos consideran a nosotros, los italianos, como unos buitres cobardes cuando ellos no son más que torturadores avariciosos capaces de coaccionar a los romanos con cualquier tormento imaginable. Y a los lansquenets alemanes lo único que les gusta es beber: estúpidos bárbaros. Al principio se contentaban con pequeñas sumas de dinero, incluso respetaban a alguna que otra virgen, hasta que los españoles los embaucaron. Ahora los aprendices emulan a sus maestros y tanto los unos como los otros se han convertido en... ¡Animales! ¡En bestias!

—¿Y tú?

—¿Yo? —Pierluigi rió con orgullo—. Establecí aquí mi cuartel general y así he logrado mantener y proteger nuestro *palazzo*. Por supuesto mis hombres también se han dedicado al pillaje, y, de esta forma, he logrado veinticinco mil ducados, el pago por mis servicios y por la protección de la casa y de la *famiglia*, así como de algunos otros: hombres, mujeres, niños... Siguen aquí, pisoteando el jardín. Me deben la vida.

Ranuccio echó un vistazo hacia la ventana y descubrió que, efectivamente había

tiendas de emergencia dispuestas en el patio e innumerables personas, la mayoría agachadas en el suelo o tendidas, mirando al vacío.

—¿Has sabido algo de Baldassare? —le preguntó a Pierluigi.

—Sí... O no... Es decir, se marchó de Frascati justo a tiempo, pero la gente de Colonna ha debido cogerlo allí, o mientras huía. Creo que lo han... —diciendo esto, imitó el gesto de un degollamiento—. Pero tu Maddalena al parecer vive; en cualquier caso alguno de mis hombres la ha visto por el campamento de los lansquenets, ya sabes, algo contusionada y *magra*, como era de esperar...

—Lo que dices es repugnante —le espetó Ranuccio—. Además, no es «mi» Maddalena.

Pierluigi lo observó un instante con los ojos achinados, soltando una risa un tanto forzada.

—Entonces es la Maddalena de nuestro señor *papá*, la madre de tu Virginia, nuestra medio hermana...

—¡Eso es mentira! —gritó Ranuccio, y con gesto de disculpa tartamudeó—. Yo... yo...

—Está bien, hermanito —repuso Pierluigi con tono burlón.

Ranuccio sintió entonces que el antiguo odio volvía a recrudecerse, pero logró dominarse con mucho esfuerzo y se bebió de un trago un vaso de vino.

—Sí, eso deberías hacer... Beber —comentó Pierluigi—. ¿Cómo crees que he sido capaz de aguantar todas estas semanas teniendo en cuenta todas las veces que he tenido que usar la fuerza bruta para contener los asaltos al *palazzo*? Me he emborrachado hasta caer redondo... Si supieras lo que he visto y oído: hombres obligados a tragarse sus propios genitales, a los que le prendían fuego a las suelas de sus zapatos y finalmente les clavaban a las puertas. Otros lograban arrojar por las ventanas, pero además las mujeres... Durante semanas no he oído más que los gritos de torturas y violaciones. Eso te termina destrozando...

Ranuccio temió no poder soportar las náuseas.

Pierluigi calló entonces y lo contempló. Tras unos instantes, dijo:

—¿Qué quieres realmente de mí? ¿Quieres entrar al servicio del emperador? ¿Quizá como mi abanderado? Sin duda eso alegraría a nuestro padre: sus hijos unidos fraternalmente.

—¡Nunca! —gritó Ranuccio.

Sin embargo, no había sido realmente su intención chillarle, pues necesitaba a Pierluigi. Su hermano no mostraba una actitud tan burlona como había esperado... Quizá se debiera al alcohol.

—Entonces tendré que meterte en prisión —comentó el mayor con tono neutro.

—Entonces, ¡méteme en prisión! —el tono de Ranuccio se agudizó hasta la estridencia. Ya no lograba dominarse—. Me da todo igual. Me puedes colgar si

quieres.

Pierluigi se limitó a carcajearse.

—Se cuelga a los criados y a los ladrones, pero no a un Farnese, no a un glorioso defensor de la ciudad. No cuando el muchacho puede valer su peso en oro.

—¿Quieres extorsionar a nuestro padre? —Ranuccio hizo acopio de todas sus fuerzas para dominarse.

Pierluigi rió de nuevo con una risa tan autocomplaciente que puso frenético a su hermano. Le hubiera gustado saltar sobre él y partirle la cara a puñetazos.

—Eso solo serviría para pasarme el dinero de una mano a la otra. Al fin y al cabo soy su heredero.

—Sí, lo eres. Por fortuna lo eres, o de lo contrario...

—O de lo contrario... ¿qué?

Ranuccio negó con la mano.

—Nada. Tú eres el heredero y has salvado el *palazzo* de la familia y...

Le siguió un largo silencio. Pierluigi hizo traer otra jarra de vino y le guiñó un ojo al muchachillo que le servía.

—Tiene un culo bonito —dijo, con mirada de experto, cuando el criado abandonó la habitación—. Éstas son las pequeñas alegrías que uno puede permitirse incluso en guerra. ¡Y debe hacerse! Quién sabe si mañana seguiremos vivos...

—¡Pierluigi! ¡Tienes que ayudarme!

Ranuccio cayó de rodillas ante él, algo que le había resultado muy fácil, tan desesperado se sentía, tan necesitado del auxilio de su hermano. Cualquier forma de humillación le resultaba indiferente.

Pierluigi lo miró con la boca torcida con ironía y las cejas arqueadas.

—Necesito dinero —le espetó Ranuccio—. Tengo que comprar a la guardia de la banca de los Fugger y tú... Tú debes entrar allí con el pretexto de poner a salvo algunos ducados y asegurarte de que... Virginia pueda huir conmigo en algún momento concreto. Si envías a alguno de tus hombres hacia la guardia alemana, como soldado imperial no llamará la atención... —él mismo se daba cuenta de lo confusa de su exposición, pero en su turbación era incapaz de expresarse de forma más clara—. Debe funcionar... Solo necesito dinero...

Había hablado sin interrupción, sin tomar aliento, hasta que finalmente se había arrastrado hasta Pierluigi, le había cogido la mano, pero no se atrevía a mirarlo.

—Para empezar, deja de comportarte así... No es propio de un Farnese. Ya no te reconozco, la estancia en prisión debe haberte doblegado... Así que necesitas dinero para tu osado plan...

Ranuccio se levantó, sin alzar la mirada.

—Quizá Virginia sea nuestra hermana. En ese caso debemos... Nuestro padre te lo agradecerá... Más tarde te devolveré el dinero... Pierluigi, te lo suplico, ¡debemos

salvar a Virginia!

Capítulo 90

Roma, Rione di Ponte, banca de los Fugger - junio de 1527

Los días posteriores a la violación, Virginia se perdió en una especie de penumbra indiferente. Apenas sabía precisar si era de noche o de día, lloraba una y otra vez por el doloroso recuerdo y, después, también de alivio cuando Ugo, el barbudo provenzal, la abrazó, paternal y protector, dejando que la joven apretara la cabeza contra su pecho.

Se sentaron el uno junto al otro durante largo rato y, dubitativa, comenzó a salir de su entumecimiento. Con voz entrecortada le contó a Ugo, interrumpiendo la narración una y otra vez con sucesivos sollozos, la historia de su vida: le habló de su madre; del pintor Rafael de Sanzio, a quien había amado como a un padre; del cardenal Farnese, quien quizá fuera su verdadero padre y que, en cualquier caso, le había procurado una educación bajo la tutela de Baldassare Molosso. Mencionó algunos versos de Petrarca y finalmente su amor por Ranuccio.

Cuando surgió el nombre Farnese, Ugo asintió de forma apenas perceptible y cuando ella puso fin a su narración, repuso en voz baja:

—Conozco al padre de tu Ranuccio. Es un amigo de mi juventud.

Entonces fue Ugo quien contó la historia de su vida.

Él no volvió a perder de vista a Virginia y ella juró que jamás permitiría que la volvieran a tratar como a una puta. Prefería morir.

—¿No podríamos huir? —preguntó ella, susurrando.

—La ciudad se encuentra en un estado lamentable, ya se han dado los primeros casos de peste y los conquistadores, entre tanto, apenas tienen ya nada que comer —explicó Ugo—. Lo único que ha evitado que nos hayan asaltado y masacrado ha sido que el factor mantiene a buen recaudo el dinero expoliado por parte de los capitanes alemanes. Les expide letras de cambio que podrán canjear en Ausburgo o en los establecimientos de la familia. A cambio, deben garantizar la protección del edificio.

—¿Y por qué no podemos huir?

—No llegaríamos mucho más lejos de tres calles.

Virginia comenzó de nuevo a deshacerse en sollozos.

Tras algunos días, las cosas mejoraron. Ella recibía alimentación a pesar de que nadie la había vuelto a violar. ¿Se habría ocupado Ugo de eso?

Le pidió papel o cartón, plumas finas y tinta. Apenas supo su padrino que había aprendido a dibujar y a pintar un poco bajo la tutela de Rafael, el rostro del hombre se iluminó y desapareció.

Pronto reapareció con papel, numerosas plumas y tinta de la factoría. Lleno de expectación, él la contempló mientras la joven trataba de representarlo en un par de líneas. Al principio le resultó difícil, pues había perdido la práctica, pero no tardó en recordar la dicha que le producía dibujar desde la primera línea que trazó.

Mientras le pedía a Ugo que se mantuviera quieto y él obedecía sus órdenes sonriente; mientras la pluma crujía con suavidad sobre el papel y el rostro del barbudo anciano comenzaba a hacerse reconocible en las líneas, se sintió de pronto transportada a los días en los que aún vivía Rafael, su paternal maestro, que había creído en su talento aun cuando solo era una niña, que siempre había supervisado con afecto y ternura cómo manipulaba sus colores.

En seguida terminó el primer bosquejo y se lo mostró a Ugo con advertencias autocríticas. Él lo alabó, le acarició el cabello y desapareció con el retrato. A solas de nuevo en la habitación intentó pintar de memoria a Ranuccio, con un resultado asombrosamente bueno.

Era de nuevo un mar de lágrimas cuando Ugo regresó y le hizo partícipe de su plan.

Así, comenzó a realizar retratos cada día: al principio del factor y de un par de señores, después de un capitán de los lansquenets llamado Melchior von Frundsberg; incluso realizó bosquejos de sus recuerdos de la basílica de San Pedro y del Vaticano, del castillo de Sant'Angelo, del Coliseo. Otros capitanes fueron apareciendo durante las siguientes jornadas, incluso Barth, el gigante, quien solía hacer guardia fuera con sus hombres, que incluso había aprendido italiano y cruzaba algunas palabras con ella cuando se asomaba al balcón.

Mientras tanto, el factor le proporcionó lápices de grafito, carbón y almagre, con lo que los dibujos se hicieron aún mejores. Su rancho se amplió con aceitunas y un poco de ensalada, mantequilla y huevos, incluso algún ocasional pedazo de carne de burro, además de vino y agua de sabor salobre.

Rara vez Ugo llegaba a dejarla sola, incluso dormían juntos en el ático, donde siempre hacía calor.

Una noche en que la luna derramaba por la ventana su tenue luz sobre Ugo, y ella vio que éste tenía los ojos abiertos, le preguntó cuánto tiempo podrían permanecer aún los imperiales en Roma, dónde podría encontrarse la Liga.

—Debe haber algún futuro para nosotros, ¿o acaso estamos condenados a morir?

Él no supo qué responder, se limitó a tomarla de las manos. Ella incluso se atrevió a vencer el recelo y tumbarse a su lado, de tal forma que podía sentir la proximidad de su cuerpo. Él la abrazó y ella apoyó la cabeza en su pecho. Ugo debía ser tan mayor como el cardenal Farnese, podría ser incluso su padre. Su hija Laura no tendría más que cinco o seis años. Eso significaba que ella tendría en realidad otro padre, que la mujer de Ugo se había dejado seducir. Sin embargo, él criaba a la niña, que

ignoraba la identidad de su progenitor y que tampoco necesitaba añorarlo como ella.

Ugo era para Virginia como una roca en la tempestad, una roca que le permitía sobrevivir... Él ni siquiera parecía tener miedo a la muerte. Ella confiaba ciegamente en él y, por primera vez desde la muerte de Rafael, vio a un hombre como si fuera su padre.

Un día, la inquietud se propagó por la banca, entre los hombres retratados y también en el resto del barrio, como Virginia pudo comprobar desde el ático. Un buen número de lansquenets y españoles marchaban en dirección al ponte Sant'Angelo y, de pronto, cundió el rumor por todo el edificio de que el Papa había firmado un armisticio y se rendía, pues ya no esperaba socorro por parte de la Liga. Aunque él debía permanecer confinado en el castillo, sus defensores saldrían libres.

Virginia le susurró a Ugo:

—Si Ranuccio logró entrar en el castillo, le permitirán ahora salir.

Ugo sonrió pero negó con la cabeza, escéptico.

Ella lo abrazó llena de dicha y siguió murmurando:

—Está vivo, muy cerca, puedo sentirlo.

Ugo le acarició la cabeza:

—No hagas ninguna tontería, hija mía.

Sin embargo, aquella misma noche le dejó para ascender a hurtadillas y entre la gente dormida en la escalera hasta el balcón. Allí le sorprendió un alemán. Cuando ella se volvió para huir a toda prisa, él la agarró con presteza, le susurró «Ranuccio» y le ordenó que a partir de entonces esperara por las noches cerca del portal.

Entonces ella supo que la liberarían.

Tres noches después de aquel mensaje esperanzador se encontraba ella de nuevo en el balcón, miró hacia abajo, hacia los guardias dormidos que roncaban con profusión. También Barth se contaba entre ellos: tendido sobre un banco roncaba a pleno pulmón.

Un ligero escalofrío la recorrió. Se echó a temblar. Contempló la oscuridad del callejón que llevaba hacia el sur. Llevaba tiempo pasando las noches desvelada y adormilada los días ante la mirada inquisitiva, escéptica pero llena de afecto de Ugo.

Una figura vestida de negro surgió de las sombras y se dirigió lentamente hacia la banca.

Virginia quiso gritar de terror, pues en ese preciso momento uno de los guardias se despertó.

Ella misma se tapó la boca.

La figura hizo una señal, que el guardia respondió.

Entonces, la silueta se volvió hacia ella. La joven tuvo que fijarse bien para cerciorarse. Entendió que debía bajar. ¡Era la liberación prometida!

Descendió como un gato por la escalera. El alemán aguardaba en el portal, que

abrió con mucho cuidado, y ella se deslizó al exterior.

Capítulo 91

Roma, Rione di Ponte - junio de 1527

Barth extrañaba aún su casa a las orillas del Ammersee. Se veía allí, remando con Anna, nadando juntos, veía su rostro nocturno bajo la luz de la luna y hubiera querido aullar. Anna estaba muerta, él estaba acurrucado en aquella apestosa ciudad llena de cadáveres, el hambre lo destrozaba y encima debía preocuparse de no acabar contrayendo la peste. Todo lo que veían ante ellos era podredumbre y tampoco quedaba ya mucho del botín. Habían saqueado sin descanso la ciudad, irrumpido en miles de viviendas y rastreado los escombros, se habían robado los unos a los otros, habían perdido la mayor parte de sus ducados en el juego o renunciado a ellos a cambio de comida... ¿Qué había sido de las jarras de vino de aquella primera noche, de las gallinas y cerdos que con tanta facilidad habían sacrificado...?

Ni siquiera el pillaje en las zonas aledañas se ganaba el apelativo de alivio.

Él mismo había sido el más idiota. La primera noche le habían robado miles de ducados saqueados y finalmente había acabado vigilando la mayor parte del tiempo la banca Fugger. Melchior, Bemelburg, Schertlin y otros habían llevado su botín hasta allí. Al menos Melchior le pagaba las soldadas pendientes, incluso le había doblado el sueldo y le había regalado un par de jarras de plata antes de remitirle hasta más tarde.

—Pero, ¿cuánto más tarde? —preguntó él irritado—. Roma está desangrada. Probablemente los españoles hayan enviado ya buena parte del botín a Nápoles o en barcos hasta sus hogares... ¿Y nosotros?

Melchior guardó silencio. Schertlin, que se encontraba cerca, señaló el edificio de los Fugger.

—Precisamente por eso hay que proteger la banca. Dales a ellos tu dinero y haz que te expendan una letra de cambio. Podrás guardarlo mejor que una jarra o que unos ducados.

Barth siguió aquel consejo y cedió buena parte de su sueldo a la gente de los Fugger para que se lo devolvieran ya en Ausburgo; se acurrucaba apático en las sombras de la casa y se moría de hambre. Un hambre espantoso. Canino. Veía ante él espetones de corégonos asados, truchas trinchadas, jugosa carne de cerdo, muslos de pollo bien cebado y, cuando el hambre se volvió absolutamente torturador, se preguntó si no debería limitarse a poner rumbo a casa con algún grupo de compañeros que fuera de la misma opinión. Sin embargo, las posibilidades de caer en una emboscada y acabar muerto eran demasiado grandes.

Al menos estaba aprendiendo italiano. Había empezado pronto a chapurrear

alguna palabra para matar el rato, gracias a una de esas monjas ultrajadas que recorrían sin rumbo las calles con los ojos vacíos y el rostro hinchado. Apenas había podido creerse que él no quisiera hacerle daño y tardó un buen rato en entender sus intenciones. Incluso dormía junto a él y no se apartaba ni un instante de su lado durante las horas de guardia, pues de ese modo la dejaban tranquila. Sus compañeros se burlaban de él, le llamaban «salvamonjas» o «italokrux», pero a él no le importaba. De alguna manera tenía que matar el rato, puesto que emborracharse, jugar a los dados y vagabundear por ese cementerio que era ya Roma no hacía sino hundirle los ánimos más todavía.

Ya llevaba demasiado tiempo así.

Para engañar al hambre, llegó a amenazar a Melchior con abandonar su puesto a mitad de guardia si no conseguía una ración de rancho mínimamente aceptable. La amenaza surtió efecto. Melchior y los demás capitanes se dieron cuenta de lo que le estaba ocurriendo a los soldados como él. Ya no eran más que un montón de harapientos ruinosos. Si los ejércitos de la Liga caían sobre Roma, los masacrarían como a ratas y perros sarnosos.

Sin embargo, las tropas enemigas se habían retirado, por lo que se decía. Un increíble golpe de suerte, incomprensible, según la mayoría, a tenor de lo que estaba ocurriendo en esos momentos. Aquella liga se había constituido para combatir al emperador y expulsar a sus hombres de Italia y sin embargo, o no habían sido lo suficientemente fuertes, o sí demasiado cobardes como para atacarlos. El emperador luchaba por Italia, combatía a la Liga y no enviaba ningún dinero. O estaba en la ruina, o les había mentido y no le importaba un carajo lo que le ocurriera a aquéllos que estaban batallando por él.

Lo más incongruente de todo era que habían tenido que coger ellos mismos el salario que les faltaba para de inmediato volverlo a perder; que habían quemado y despilfarrado los alimentos para tener que pasar hambre después; que volvían a clamar por un salario en las ruinas de una ciudad desconsolada y asolada por la peste pero que no querían abandonar hasta no haber obtenido lo esperado.

El padre Carolus le había explicado algunos conceptos de lógica y, por lo que él había entendido, no era solo que los soldados no actuaran con lógica alguna, sino que el devenir entero de la guerra rompía todas sus leyes.

Así pues, prefirió dedicar su tiempo a aprender la lengua de los romanos. Debía admitir que le gustaba. Era realmente musical. Se parecía mucho al latín que hablaba el padre Carolus en misa, pero más débil. Sonaba redondo y exuberante, pintoresco y orgulloso, uno se sentía tentado a dejarse seducir.

Con el tiempo, comenzó a ver a su monja, de nombre Cecilia, con mejores ojos. Sobre sus costillas se dibujaban pequeñas colinas, y había vuelto a peinarse. Era mucho más joven de lo que él había pensado en un primer momento e incluso sonreía

cuando el bávaro lograba recitar sin errores algún pasaje particularmente hermoso de la Biblia. Cecilia se sabía de memoria todos los salmos en latín e italiano. Por lo general le hacía recitar el Cantar de los cantares de Salomón.

A él le parecía muy hermoso, como poesías, así que estaba satisfecho. Ocasionalmente en las noches en las que no montaba guardia, sino que dormía en el cuartel en las cercanías de la banca, es decir, cuando se despertaba de su sueño y oía la ligera respiración de Cecilia, sentía que algo crecía entre ellos. En una ocasión él la abrazó, casi como en un sueño y la atrajo hacia sí. Sin embargo, cuando a la mañana siguiente descubrió el terror en sus ojos, perdió todo el deseo.

Ella lloró durante toda la mañana y apenas pudieron hablar en italiano. No estudiaron el Cantar de los cantares en todo el día.

Comenzó a haber mucha más vida dentro y ante la banca cuando la joven a la que Barth había salvado comenzó a retratar a los capitanes de los lansquenets, entre ellos a Melchior y Bemelburg, como si fueran personalidades importantes. Naturalmente había que pagar por ello, ya fuera con dinero, oro, plata o alimentos. Incluso él reunió un par de ducados para que lo dibujara, pero ella no aceptó su dinero y tampoco le dijo por qué. Él contempló asombrado el dibujo, en el que él aparecía asalvajado pero risueño, quizá también un tanto triste.

Algunas veces ella se asomaba por el balcón y le saludaba con un asomo de sonrisa.

Él le sonreía a su vez y le decía algo en italiano.

Le recordaba enormemente a Anna, aunque algo mayor, un poco más morena, y aún con vida... Le evocaba aquel verso de Salomón «azucena entre espinas». En una ocasión, Virginia permaneció más rato en el balcón y él le recitó de buen humor lo que había aprendido hacía poco:

—¿Qué es tu amado más que otro amado, oh, tú, hermosa entre todas las mujeres?

Ella pareció espantarse enormemente y necesitó un instante antes de responder, pero entonces exclamó:

—Sus ojos, como palomas junto a los arroyos de las aguas; sus labios como lirios; sus mejillas como una era de especias aromáticas.

—Jo, jo, ahora Italo-kruX habla también en lenguas secretas —bramó un compañero.

—El Salvamonjas vuelve a parlotear italiano —repuso otro.

La azucena desapareció y ya no se dejó ver.

Entonces, el Papa se rindió. Dos días después, a los defensores se les permitió abandonar el castillo de Sant'Angelo. Barth no quería perderse aquel espectáculo, por lo que tomó posiciones en el puente y, puesto que le sacaba una cabeza a la mayor parte de sus compañeros, pudo observar sin dificultad la marcha de los valientes. El

par de guardias suizos que aún quedaba se arrastraba con las miradas hundidas y las ropas destrozadas, pero en un orden impecable. La turba de victoriosos españoles rompió en aplausos burlones mientras escupían a los exiliados. Menos mal que Barth no tenía cerca a ninguna de esas ratas de pelo moreno, pues de lo contrario habría arrojado a unos cuantos al Tíber.

Siguieron a los suizos el resto de las milicias y, finalmente, los capitanes. Éstos al menos mantenían la cabeza erguida. Al final de la comitiva descubrió a Ranuccio Farnese, nuevamente sano, como quedaba patente. Se lo señaló a Cecilia diciendo:

—*Il mio amico* Ranuccio, un italiano *coraggioso* —tras lo cual exclamó—: ¡Bravo, bravo!

Cecilia sonrió y levantó amistosa las manos. Numerosos soldados se volvieron a mirarlos con desconfianza, incluso gruñeron, si bien nadie se atrevió a decir nada inteligible. Barth solo tenía que dejar caer la mano para romper un par de narices entrometidas.

Incluso dio la impresión de que Ranuccio se volvía para mirar.

Durante los siguientes días ocurrió algo extraño entre sus guardias que Barth no logró identificar. De alguna forma se estableció una cierta inquietud, cuchicheos, miradas furtivas, llenas de malicia, sonrisas que no presagiaban nada bueno. Uno de sus tirolese de menos medios apareció de repente con una bolsa llena de escudos de plata y le explicó a todo el mundo, aun cuando nadie le había preguntado, que había encontrado una nueva fuente de ingresos, un nuevo escondrijo. Al mismo tiempo, hizo tintinear las monedas de la bolsa y entró finalmente con gestos pomposos en el interior de la banca para abandonarla nuevamente con un recibo.

—¡Una letra de cambio! —exclamó, agitando el papelito.

Barth decidió ser más cauto.

Cuando, después de una comida, le preguntó a Melchior von Frundsberg cuando partirían definitivamente, le contestaron que habían llegado malas noticias desde Francia, que además la tasa de mortalidad había aumentado de forma preocupante a causa de la peste, por lo que se estaba planteando la posibilidad de abandonar la ciudad y establecer el campamento en un entorno más saludable hasta que el Papa hubiera pagado su deuda de cuatrocientos mil ducados.

—¿Y de dónde saldrán esos cuatrocientos mil ducados? —preguntó Barth—. ¿De España, quizás, o de Nápoles?

Melchior se encogió de hombros.

Aquella noche Barth durmió, como solía cuando montaba guardia, sobre el banco junto al portal. Se despertó al notar movimientos extraños, pero mantuvo los ojos cerrados. Echó una mirada furtiva hacia arriba y vio a la azucena de Ranuccio, el de los ojos de paloma, quieta en el balcón, haciendo gestos extraños. Una sombra cayó sobre él y una brisa ligera lo azotó. La puerta, entonces, crujió. Por suerte tenía a

mano la empuñadura de la espada y, antes de que el intrigante pudiera reaccionar, saltó gritando alarma y agarró al embozado que abandonaba la banca, mientras se defendía de un hombre que lo atacaba con un puñal. Apartó al extraño de encima, sostuvo su espada contra su garganta y no tardó en obligarlo a recular, mientras los guardias le reducían.

Barth había entendido de quién era el cuello al que dirigía su filo. Cuando apretó a la joven contra sí, fue como volver a abrazar a Anna. Sus soldados le colocaron a Ranuccio Farnese las manos en la espalda y lo maniataron. Miró a Barth con desesperada furia y gritó:

—¡Dejadla vivir, matadme a mí!

Barth había entendido exactamente lo que había dicho y respondió en italiano:

—¿Así me das las gracias?

Ranuccio aún lo miraba fijamente y, antes de que pudiera responder, los guardias le apalearon como una manada de demonios furibundos.

—¡Deteneos! —bramó Barth—. Es mi botín, ¡y también la mujer! Prefiero llevar al traidor a mi cuartel y ocuparme de él personalmente.

Los soldados iniciaron un agresivo murmullo de desaprobación.

Barth agarró a Ranuccio y la joven y los arrastró hasta su alojamiento. Cecilia, que se encontraba impotente junto a él, los siguió. El bávaro sabía exactamente lo que iba a hacer. La inspiración lo había azotado como un rayo.

Una vez llegados a la estancia, arrojó a Ranuccio al suelo y ordenó a la mujer que se mantuviera a cierta distancia.

—¿Así me das las gracias? —porfió.

—La amo —espetó Ranuccio—. Quería salvarla. Tú habrías hecho lo mismo.

Barth no respondió. En el fondo sabía que tenía razón. Él también hubiera corrido tal riesgo por Anna, pero eso no les ayudaría a ninguno de los dos.

Tuvo que tomarse unos segundos para buscar las palabras antes de poder formular una frase:

—Hay dos posibilidades: o te hago colgar de inmediato —dijo, señalando a Ranuccio— y hago a la mujer la puta del campamento; o te dejo libre, pero ella —añadió, y en esa ocasión señalaba a Virginia— se queda conmigo. Solo conmigo. Podéis decidir. Debéis hacerlo.

Capítulo 92

Roma, chiesa San Girolamo - palazzo Farnese - julio de 1527

Para la salida del sol, Ranuccio había logrado ya escabullirse hasta palazzo Farnese sin que nadie lo descubriera y esperaba en el destrozado y pestilente interior de la vecina iglesia de San Girolamo hasta que los guardias abrieran la puerta.

Le ardían los ojos, se veía sacudido por fuertes escalofríos y no dejaba de temblar. Hubiera preferido que lo apalearan hasta matarlo o haberse clavado una espada en el corazón. Sin embargo, no tenía ningún filo, ni siquiera un cuchillo... Por supuesto, podría haberse abalanzado sobre alguno de los lansquenets, acometer a alguno de los bárbaros alemanes con las manos desnudas. Los soldados le habrían hecho pedazos allí mismo... ¿Acaso no habría sido una muerte así lo más justo y adecuado para él?

Sin embargo, ¿había tenido alguna otra opción aparte de la de acceder a las demandas de Barth? El bávaro lo habría hecho colgar, la gravedad de su amenaza no dejaba lugar a dudas. Entonces, él mismo se habría abalanzado sobre Virginia junto con toda su horda, y eso habría sido una tortura aun peor que la muerte.

—¡Deja libre a Ranuccio! —había gritado Virginia a Barth, sin pensar en las consecuencias—. Yo me quedaré contigo.

Sí, incluso le suplicó al alemán.

La buscó una última vez con la mirada, la mirada de un enamorado, pero por culpa de la oscuridad no pudo encontrar aquellos ojos negros, si bien sabía lo que ella ponía en esa última visión...

—¡No, no! —exclamó él, débil, inseguro, impotente... pueril.

Nadie lo tomó en serio.

Tras una fuerte discusión con Barth, los lansquenets lo soltaron, golpearon y espantaron como a un chucho callejero. Al principio, no quiso irse. Cuando uno de los hombres extrajo un cuchillo y lo lanzó hacia él, logró esquivarlo justo a tiempo.

Virginia gritó y exclamó:

—¡Mantente con vida! —logró entenderla—. ¡Volveremos a vernos!

Finalmente, se hundió en la oscuridad. En un primer ataque de desesperación avanzó a trompicones hasta el Tíber y pensó en arrojarse al agua. Sin embargo, el hedor era simplemente insoportable, y ahogarse allí le pareció una forma poco honorable de morir.

Tardó un buen rato en liberarse de sus grilletes mediante unos ganchos de hierro. Con mucho cuidado siguió la ribera del Tíber hasta alcanzar finalmente la plaza ante el palazzo Farnese.

El que aún siguiera vivo era un milagro, un gesto del destino, el regalo de un dios misericordioso, del Dios misericordioso. Pensando en ello, le inundó un sucinto sentimiento de felicidad que no tardó en verse anegado por la vergüenza ante su fracaso en el rescate, por una culpabilidad que nunca lograría reparar. Para salvar su propia vida, había abandonado a Virginia en manos de los bárbaros: había tenido que elegir entre la vida y el honor y se había decidido por lo primero.

Ahora se encontraba acurrucado en el interior de la misma iglesia que había visitado con frecuencia con su familia, rodeado de mierda, de ratas, de crucifijos reventados.

Todo podía haber sido diferente: podía haberse llevado a Virginia consigo durante su primera huida a Venecia... ¿Por qué no lo había hecho? Seguía sin entenderlo aún entonces. ¿Quizás porque Giovanni le había dicho que las mujeres no hacían sino estorbar cuando se intentaba llegar a *condottiere*? ¿Porque creía que perdería su libertad? ¿Porque no se había sentido seguro de sus sentimientos, ni de los de ella? ¿Porque no era capaz de confiar en la lealtad de una cortesana? ¿Porque en el fondo consideraba a Virginia su hermana?

Ranuccio intentó rezarle al Dios misericordioso. Pero todas las fórmulas que se le ocurrían, aprendidas en las misas y las lecturas bíblicas, todas las palabras tan pulidas y rimbombantes, todas las súplicas y juramentos a aquel Señor tan bueno y tan justo, a aquel Dios tan bondadoso, que incluso ofrecía a su hijo en sacrificio para el perdón de los pecados del mundo... No, aquellas palabras se desmoronaban al asimilar su verdadero significado, apestabán como los cadáveres medio comidos que habían convertido a Roma en el cadalso de un castigo divino, que hablaban de muerte y de tortura y no de la misericordia celestial.

Incluso aunque aquel Dios se hubiera mostrado compasivo con él, Ranuccio Farnese, debía haberse presentado igualmente como un vengador, como un castigador implacable... Sí, quizá fuera verdad que el deterioro de Roma hubiera sido tan abrumador pero, ¿realmente era necesario escarmentar a la población de forma tan desmedida? ¿Y por qué habían pagado por igual justos que pecadores? ¿Era eso justicia? ¿Debía aniquilar a los buenos cuando en realidad pretendía exterminar a los malos?

De pronto Ranuccio creyó oír la voz de Paolo, su risa mientras chapoteaba en el agua, su gritos de alegría, su resplandor al levantarse el primero cada mañana y acudir corriendo a despertar a su hermano pequeño... Se estremeció cuando se dio cuenta de que la risa no era únicamente un eco del pasado, sino que retumbaba en la plaza frente al *palazzo*. Ranuccio asomó la cabeza por la reventada puerta del templo y comprobó que, efectivamente, había dos niños escuchimizados agitando sendas espadas de madera y riendo de pura diversión, rodeándose el uno al otro, fingiendo luchar, hasta que uno de los dos se tiró al suelo como muerto. El otro realizó un

fanfarrón gesto de victoria, el muerto se levantó de un salto y después los dos desaparecieron, alegres, por el portal del palazzo Farnese.

Ranuccio se dio cuenta entonces de que la entrada al *palazzo* de su padre estaba abierta y que había un par de guardias haraganeando al lado.

Hasta bien entrada la mañana, Pierluigi había sido incapaz de reaccionar. Lo primero que hizo fue preguntar por Virginia y, cuando finalmente entendió que el plan de rescate había fracasado, maldijo e injurió a los bárbaros, después al propio Ranuccio y concluyó alegando que, cuando se quiere algo bien hecho es necesario hacerlo uno mismo, o de lo contrario se perdería incluso el dinero invertido.

Cuando comprobó que Ranuccio estaba al borde de las lágrimas, adoptó un tono más pacífico, hizo que le trajeran vino pero ya no supo cómo continuar.

—No lograremos sacar a tu Virginia de su escondite si no es mediante fuerza bruta. Para eso necesitamos a un buen número de hombres y todavía más dinero... Además, quien se las ve con los lansquenets...

Ranuccio meditó un instante.

—También he oído que las tropas italianas no tardarán en marcharse a las regiones circundantes, libres de peste —explicó Pierluigi tras unos instantes—. Miles de ellos han contraído ya la enfermedad y los calurosos meses que están por venir no harán sino empeorar la situación.

Se levantó, estiró sus extremidades, caminó hasta la ventana.

—¿Y ahora qué hacemos con los refugiados de ahí abajo?

Ranuccio alzó la vista y experimentó un fuerte rechazo a la visión de su hermano. Sin embargo, debía estarle agradecido.

—Además, he oído que el Papa va a enviar a nuestro padre como delegado a la corte del emperador —dijo Pierluigi—. Sin duda el viejo hará un pequeño rodeo por Capodimonte para comprobar si todo está en orden, si las ovejas siguen vivas y paciando por doquier.

—¿Estás seguro? —Ranuccio dio un respingo y exclamó—. Entonces, lo acompañaré.

Pierluigi posó el brazo sobre sus hombros y le propinó un cariñoso puñetazo en el pecho.

—Eso será lo mejor. Los dos deberíais dar un rodeo por Capodimonte... y visitar el viejo hogar, a nuestra madre y a nuestra «amorosa» y «bienamada» hermanita...

Entonces, sonrió de una manera muy desagradable.

Capítulo 93

Capodimonte - julio 1527

Las noches con Francesco Maria no podían durar eternamente y Constanza lo sabía, pero las noticias que le trajeron a su amado desde Roma despertaron en ella una creciente inquietud por su padre. De sus hermanos no había oído sino vagos rumores.

Francesco Maria le explicó una y otra vez la decisión de los comandantes de no atacar a los imperiales y retirarse a Viterbo.

—No tiene nada que ver con la cobardía o la sed de venganza, y desde luego tampoco con las hermosas noches que he podido pasar en tus brazos —explicó mientras ella lo esperaba anhelante tendida sobre las sábanas—. Me siento responsable de mis soldados y no quiero iniciar baños de sangre innecesarios. Si atacamos a los imperiales, la ciudad entera arderá en llamas. Será el fin de Roma —continuó, paseándose arriba y abajo por la habitación, presa de la agitación—. ¡*Roma finita!* Y a mí se me recordará en los libros de historia como el ejecutor de la pena capital... Si los franceses al menos enviaran un ejército digno de recibir tal nombre, entonces quizá pudiéramos hacer algo.

Finalmente se tendió junto a ella, pero continuó distraído y se durmió pronto.

Cuando se supo de la capitulación del Papa, pasó varias noches sin aparecer, hasta que al tercer día le escribió explicándole que debía sondear la situación antes de pasar la noche alejado de su ejército.

Entonces volvió a hacer acto de presencia, en esta ocasión con una gran escolta que se dedicó a montar escándalo por los jardines que rodeaban el castillo, interrumpiendo así de nuevo su pasión nocturna.

En una ocasión él le habló de una auténtica batalla acontecida en el interior de Roma, en Campo de Fiori, entre españoles e italianos por un lado y los lansquenets alemanes por el otro.

—Se están masacrando los unos a los otros. Lo único que tenemos que hacer es esperar —dijo, mirando a Constanza con satisfacción.

—¿Has oído algo acerca de mi padre y mis hermanos? —porfió ella.

—Tu padre debe seguir con el Papa en el castillo. ¿Tus hermanos? Por lo que sé, Pierluigi está disfrutando de la vida en vuestro *palazzo* desde el principio de la conquista. ¿Ranuccio? En caso de que formara parte de los defensores del castillo de Sant'Angelo, entonces debían haberlo soltado el 7 de junio. Quizá ya no siga con vida... O se haya unido a Pierluigi...

Durante la noche siguiente, Constanza no se encontró de humor, por lo que

Francesco Maria se apartó un tanto decepcionado.

—Tu hermano sigue vivo, mala hierba nunca muere —murmuró él antes de quedarse dormido y echarse a roncar.

De nuevo pasaron numerosas noches sin su presencia y sin dar ninguna información, así que Constanza se dirigió a la *isola* Bisentina para darle a su madre las pocas noticias de las que disponía y rezar a su lado.

—¿Durante cuánto tiempo seguirá apareciendo? —preguntó la madre tras una plegaria.

—No lo sé. Quizá ya nunca más lo haga... Ya no es como al principio... Espero que no se entere nadie —ella misma se dio cuenta del desánimo que delataba su voz y se enojó consigo misma.

—¿Crees que Bosio podrá perdonarte? —preguntó la madre.

Constanza negó fervientemente con la cabeza.

—¡No debe saberlo! —exclamó.

—¿Y podrás perdonarte tú? —insistió su madre, aunque le hablaba con dulzura, pero sin dejar de torturarla.

Constanza se levantó, tomó entre las manos algunas de las fragantes flores de alcaparra que crecían en torno al mausoleo de la familia, las olió y reflexionó en torno a la pregunta de su madre. En algunas ocasiones, cuando a última hora de la tarde se sentaba junto al agua y soñaba despierta frente al mar, añoraba a sus hijos y, entonces, la azotaba una oleada de remordimientos que solo rompía convenciéndose a sí misma de que ella también tenía derecho a disfrutar de un poco de aventura y felicidad. La mala conciencia, entonces, desaparecía y daba paso al deseo por Francesco Maria, por aquellas noches en las que cumplía sus sueños de juventud, nunca olvidados del todo.

Constanza se rascó la frente, distraída, antes de lanzarle una breve mirada a su madre.

—En algún momento se acabará todo. Mi amor por mi familia y mi lealtad hacia Bosio no han cambiado —dijo, como consolándose.

—¿De verdad?

No tardó en marchar de nuevo a la fortaleza, en donde esa misma tarde se presentó Francesco Maria. Traía nuevas consigo:

—Los imperiales abandonan Roma: la peste y el hambre los están diezmando. La caballería de Ferrante Gonzaga ya ha partido y el resto del ejército no tardará en seguirlo, para pasar el verano en algún lugar más salobre.

La actuación de Francesco Maria aquella noche fue decepcionante.

Desapareció durante varias jornadas más y ella comenzó a pensar que no regresaría. Por una parte se sintió aliviada, mientras que por la otra no quería que su aventura concluyera de forma tan poco grata. Deseaba poder recordarlo con dulce

nostalgia.

Por fortuna, Francesco Maria apareció una vez más para exponerle, durante la comida conjunta, que el papa Clemente enviaba a su padre como embajador a la corte del emperador en España.

—Será una tarea de lo más «grata»: presentarse en la boca del lobo con un saco de súplicas y de amargos reproches al hombro. Por lo menos el emperador estará de buen humor, puesto que acaba de ser padre de un hijo varón —dijo, y siguió devorando la comida mientras Constanza callaba—. ¿No estarás embarazada? —preguntó sorprendido.

Como en realidad no quería contestar, respondió con una pregunta:

—¿Te alegrarías de ello?

Él dejó el cuchillo a un lado, se levantó y se colocó tras ella. Constanza alzó la cabeza y él se inclinó lentamente sobre ella y le besó la frente.

—¿Puedo preguntarte algo? —Constanza reparó de pronto en un detalle que la había inquietado durante mucho tiempo—. Siempre has tenido un aspecto triste, desde la primera vez que te vi. ¿Por qué?

Él le pasó la mano por los ojos y guardó silencio un instante. Entonces dijo con voz tenue:

—Cuando era joven, apuñalé al amante de mi hermana. Por la espalda. Ni siquiera sé por qué. Quizá por celos. Quizá por defender el honor de mi hermana. Nunca tuve que rendir cuentas por ello.

Ella sintió su cálido aliento en la nuca y no supo qué responder. Tampoco él dijo ya nada más.

Le siguió una noche de caricias intensas y dolorosas.

Cuando él se levantó a la mañana siguiente y se colocó su armadura, parecía haber olvidado las confesiones de la tarde anterior y le explicó que los últimos lansquenets habían partido de Roma para buscar territorios libres de peste en las montañas vecinas.

—Debemos tener cuidado.

—¿Crees que os atacarán en Viterbo? ¿O que vendrán aquí?

—Eso ya se verá.

Constanza vivió numerosos días de inquietud hasta que Francesco Maria volvió a aparecer por la puerta. Los ojos del duque aparecían hundidos en unas cuencas profundas y oscuras. Nada más saludarla la informó de que los imperiales tenían Narni, donde no les habían querido proporcionar ni alimento ni reposo, por lo que habían pasado a cuchillo a toda la población, incluyendo a las mujeres y los niños.

—Mis espías me informan de que ahora tienen la vista puesta en Todi. Así cortarían a nuestro ejército una buena vía de escape y eso podría ser peligroso. Debo proteger Todi. Partiremos mañana temprano.

—¿A qué distancia está Todi de Capodimonte? —preguntó ella—. ¿Está lejos?
Él asintió.

—Hay más noticias. Próximamente llegará a Italia un ejército francés bajo las órdenes de Lautrec. Se dirigirán a Milán. Quizá Venecia me necesite en el norte.

—¡Pero un ejército francés os supondría refuerzos! ¡Podrías batir a los imperiales! Quizá los lansquenets quieran marcharse definitivamente a casa y, si tú te diriges a Todi, te interpondrás en su camino. ¡Deja que los franceses entren con su ejército!

Francesco Maria le dedicó una breve risa.

—En el futuro debemos dejar a las mujeres dirigir los ejércitos, entonces solo habría victorias.

Él la abrazó y quiso besarla, pero ella lo rechazó.

—O quizá no hubiera ninguna guerra —repuso.

Entonces fue él quien ya no deseó besarla, se sentó en silencio frente a ella y se sumió en sus pensamientos.

—Perdóname si te he hecho enfadar —sollozó ella—. Por favor, quédate esta última noche. Deja que...

Francesco Maria la miró y en sus ojos se apreciaba de nuevo aquella tristeza. Agitó la mano como si quisiera borrar todas las preocupaciones, carraspeó y dijo:

—Probablemente tu padre abandone pronto el castillo de Sant'Angelo. Lo que no puedo imaginar es si será para ir o no a España.

—¿Crees que vendrá aquí?

—Podría ser.

—¡Oh, querido! —exclamó ella, abrazándolo de pronto.

Él se lo permitió.

En el interior de la joven lucharon el miedo y los últimos retazos de deseo. Como colofón a aquellas noches dichosas, Constanza deseaba una conclusión llevada a la mayor excitación, a la satisfacción más plena, a una comunión silenciosa de sus almas.

También en los ojos de él se leía la pena y el anhelo, por lo que los dos se unieron en silenciosas caricias.

Con los primeros resplandores rosados surgiendo por el este, Francesco Maria se levantó y se fue. Ella lo siguió con la mirada hasta que las últimas nubes de polvo que levantaban sus hombres y él hubieron desaparecido. Entonces, dejó que las lágrimas le resbalaran por las mejillas hasta que el sol naciente le obligó a cerrar los ojos.

Capítulo 94

Roma - Viterbo - Capodimonte - julio 1527

—Que Dios te acompañe, amigo mío —exclamó el papa Clemente cuando Alessandro besó fugazmente el anillo del Pescador a modo de despedida—. Serás un gran apoyo para mí: siempre sereno, equilibrado en tus pareceres, firme... Ahora sé que cometí un error en el último cónclave. Tú habrías sido el mejor, habría sabido evitar la humillación de la santa madre Iglesia, el vergonzoso sacrilegio de sus santos y la destrucción de la eterna Roma... Le he fallado a Dios y a los hombres.

Clemente incluso lo abrazó y de sus ojos brotaron lágrimas que le resbalaron hasta la barba. Desde el inicio del asedio, el pontífice había dejado de afeitarse; sus cabellos, encanecidos, le habían crecido en abundancia, si bien no llegaban a ocultar del todo sus enjutas mejillas.

Alessandro iba a remitir a Clemente al crucificado para que buscara consuelo, pero aquel momento le parecía demasiado solemne como para caer en fórmulas arquetípicas. El Papa parecía sincero en sus expresiones, o al menos, lo era en aquel momento. Además, no había mencionado ni por un momento el cometido de Alessandro: hacerle llegar al emperador, en España, una carta de súplica.

A pesar de lo oficial de la misión, que le permitía por primera vez abandonar el castillo de Sant'Angelo, Alessandro no tenía ninguna intención de viajar a España. Clemente debía ser consciente de ello, pues había escrito una segunda carta para que Salviati la entregara. Además, por lo que Alessandro sabía, su compañero cardenal había aceptado la misión solo por guardar las apariencias. Sin duda Clemente permanecería aún un tiempo cautivo en el castillo.

Era de temer que el emperador acabara con el papado tal y como se le entendía hasta entonces, que trasladara el Vaticano a España; que como mínimo impulsara un concilio y realizara una reforma integral... Sin el Papa actual. Quizá él mismo eligiera a un nuevo siervo de la Iglesia más cercano a él para que se sentara en la cátedra de San Pedro.

¿Y quién era el posible candidato? Al final, solo quedaba uno, un hombre decidido a poner fin al celibato en caso de llegar a Papa.

Alessandro llegó a Viterbo acompañado de un pequeño séquito, con la intención de pasar la noche en su *palazzo*. Se lo encontró saqueado, al igual que el resto de la ciudad: los ejércitos de la Liga a las órdenes del duque de Urbino habían abusado sin piedad de la hospitalidad prestada. Alessandro habló con el *governatore* y con su mayordomo: quejas y más quejas.

—¿Hacia dónde marcharon las tropas? —preguntó.

—Salieron en dirección a Todi y Perugia, por lo que se ve.

—¿Habéis oído algo de mi hija Constanza?

—El duque de Urbino nos dejó una carta de vuestra adorada hija en la que se solicitaba que proporcionáramos un trato hospitalario al duque y a su ejército. Ellos se tomaron esa «hospitalidad» con mucha ligereza —respondió el mayordomo con marcado sarcasmo—. Apenas queda algún animal con vida y nuestras mujeres tienen mucho que contar. Dentro de nueve meses se verán las consecuencias.

En ese momento, perdió el autocontrol: tomó la mano de Alessandro y la cubrió de besos.

Al día siguiente, Alessandro visitó en compañía de los dos hombres incontables viviendas y chozas y recibió los informes de los ejércitos de la Liga. Así descubrió que numerosos hijos de la ciudad habían acudido a Roma llenos de rabia tras lo ocurrido, para unirse a los imperiales:

—Algunos de ellos se encuentran ya ante el Señor: murieron por la peste. Viterbo no los permitió volver a entrar y tampoco los enterró.

El *governatore* asintió con solemnidad.

—Por las noches no había mujer que estuviera a salvo de los soldados.

—¿Y por qué el duque de Urbino no se encargó de poner orden entre sus hombres?

—La mayoría de las veces desaparecía por las tardes y regresaba a la mañana siguiente.

Alessandro miró interrogativo al mayordomo, quien añadió:

—No sabemos dónde pasaba la noche.

Por la tarde, Ranuccio apareció de improviso ante las puertas de la ciudad y pidió que lo llevaran ante su padre. Se encontraba en un estado lamentable, tal y como Alessandro pudo comprobar con espanto, y no tanto en lo físico, pues había engordado algo, como en lo anímico. Se echó a sus brazos como un niño pequeño, le habló de una culpa irreparable, deseó la muerte. Solo tras un buen rato logró Alessandro descubrir dónde había estado Ranuccio en las últimas semanas, hizo que le informara acerca de Pierluigi y del estado del palazzo Farnese, de la retirada de los imperiales y del cementerio que era Roma.

Con sumo cuidado intentó sonsacarle qué era lo que le atormentaba, pero su benjamín calló al respecto.

Así pues, cabalgaron juntos hacia Capodimonte. El sol de julio ardía en el cielo plúmbeo y los caballos trotaban con la cabeza gacha. Ranuccio se sostenía sobre la silla como un saco de cereal a medio llenar, con la mirada ausente. Ni siquiera portaba alguna espada o puñal.

En algún momento Ranuccio dijo repentinamente, con voz casi inaudible:

—Debería haber ido al convento como tú querías. He decepcionado a todos los que me amaban. Como *condottiere* he sido un fracaso.

Alessandro lo miró espantado y en un principio no contestó. Ranuccio había adoptado un tono serio en el que ni siquiera se vislumbraba la autocompasión. Quizá solo necesitara hacer una confesión en voz alta. Sin embargo, se mantuvo en silencio desde entonces.

Finalmente, Alessandro repuso:

—Eres un héroe: ningún romano, y mucho menos el Papa, olvidará que defendiste la ciudad incluso en situaciones desesperadas.

—Debería haber muerto en combate. Al menos mi honor estaría intacto.

Alessandro hubiera querido abrazarlo, pero como se encontraban a caballo, era imposible.

—Si hubieras muerto, nos habrías causado a tu madre y a mí, a toda la familia, un dolor inabarcable. Ante una muerte sin sentido, el honor se convierte en un concepto vacío —repuso y, recordando entonces a Virginia, continuó con voz muy baja—. Además, Virginia sin duda rechazaría un honor que solo trajera la muerte... En caso de que haya sobrevivido.

Ranuccio perdió la mirada en el vacío.

—¿Y el sacrificio?

Alessandro no entendió la pregunta de Ranuccio, pero la palabra «sacrificio» despertó en él un miedo largamente reprimido. ¿Acaso no había pensado tras su despedida del papa Clemente que el emperador Carlos pudiera nombrarlo Papa? De ser así, ¿tendría que sacrificar a su hijo?

Alessandro tragó saliva, pues la boca se le había secado repentinamente. Al mismo tiempo sintió que el sudor frío le empapaba la frente y que su corazón le latía desbocado para finalmente adoptar un ritmo lento y sordo como una marcha fúnebre.

—¿Has oído algo de que ella... no haya sobrevivido? —preguntó Alessandro con voz entrecortada.

—Ella vive —sollozó Ranuccio, pero no estuvo dispuesto a dar más explicaciones.

Tras una tranquila cabalgada de varias horas se aproximaron a Capodimonte. En un primer momento, mantuvieron el ritmo; las gallinas picoteaban por los caminos, un gallo cantaba orgulloso y, junto a un pequeño estanque, se revolcaban los cerdos, vigilados por niños sucios de pies descalzos. Entonces, apareció corriendo una campesina entre alusiones a todos los santos, le siguieron su marido y después incluso los niños; les cogieron de las manos para besárselas y todo el mundo hablaba a la vez. Alessandro solo entendió alusiones vagas: «protección del Señor», «milagro» y «el duque de Urbino».

Al parecer allí no se había producido ningún saqueo. Aliviado, bendijo a la

familia de granjeros y Ranuccio prosiguió la marcha, de forma que no tardó en sobrepasar al trote la colina que dirigía al castillo. Constanza y Silvia salieron en seguida a recibirlo. La tuerta Rosella, seria e inamovible, permaneció en un segundo plano.

El joven saltó del caballo y se dejó abrazar por Constanza. Silvia también tomó en sus brazos a Ranuccio, apretó la cabeza de su hijo contra su pecho y concluyó el reencuentro con un mar de lágrimas.

Cuando finalmente se dirigió a Rosella para saludarla a ella también, la mujer le sonrió: era una sonrisa inédita desde hacía mucho tiempo, e instintivamente él le acarició la mejilla. Ella retomó bruscamente su habitual seriedad y en su ojo sano se pintó una repentina tristeza.

Había mucho que contar, el vino fluyó incesante. Alessandro volvía a disfrutar por primera vez desde hacía meses de pan fresco y queso especiado, leche jugosa y fresas con nata. A pesar de ofrecérsele un cordero, para festejar el reencuentro con un buen asado, Alessandro lo rechazó. Las ovejas eran los animales favoritos de su madre, al final de su vida habían sido casi sagradas para ella. Habría sido un sacrilegio sin piedad matar a alguna de ellas. Darse una comilona mientras la gente de Roma moría de hambre... ¡Inaceptable!

Ranuccio permaneció en silencio. Incluso ante las preguntas de Silvia se dedicó a contestar con monosílabos y Alessandro tuvo que ir rellenando los retazos de información con aquello con lo que estuviera al día. Constanza le habló de sus miedos y le contó que había sido ella quien había evitado la conquista y saqueo del castillo.

—Los imperiales casi estaban aquí, pero entonces llegaron los ejércitos de la Liga. *Mamma* y yo conseguimos enviar a los capitanes a Viterbo. También agasajamos a Francesco Maria con profusión y él se mostró como un agradecido *gentiluomo*.

Silvia no añadió más a la narración de su hija, solo informó de que se había retirado a la *isola* Bisentina para rezar junto a los sepulcros.

—Mañana iremos todos hasta allí para dar gracias al Señor —dijo Alessandro.

Entonces, quiso conocer más detalles acerca de la actuación del duque de Urbino.

—¿No os informó o al menos os sugirió el motivo por el cual no se presentó en Roma ni atacó a los imperiales?

Silvia miró al suelo y Constanza repitió lo dicho sin añadir más que vaguedades.

Cuando, ya por la noche, se dirigían a descansar, oyeron repentinamente ruidos y gritos en el portal. Tres jinetes se encontraban a las puertas y, tras mirar por la ventana, comprobaron que los dirigía Pierluigi. Cuando les permitieron el acceso al patio interior, casi se caen del caballo. Los tres jinetes resultaron estar muy maltrechos, apenas les quedaba ropa en el cuerpo y estaban cubiertos de sangre. El

propio Pierluigi estaba fuera de sí:

—Esa chusma... ¡En nuestras propias tierras!

Rosella tardó un buen rato en lograr limpiar y vendar todas las heridas de los aparecidos y Pierluigi pudo saludar adecuadamente a su familia y narrarles, con una contención sorprendente pero aún llena de rabia que, tras la marcha de las tropas imperiales de Roma, había permanecido con una pequeña escolta en el palazzo Farnese.

—Pero aquello era demasiado fúnebre para mí. Por todas partes hay ratas cebadas, perros asalvajados, esqueletos descompuestos, enfermos de peste vagando por las calles en busca de ayuda, niños medio muertos de hambre que parecen que acaban de escapar de la tumba, mujeres harapientas y sucias con la mirada perdida mendigando pan. Además, grupos de hombres que se dedican a husmear buscando algo que robar que haya quedado escondido, que son capaces de meterse hasta en las cloacas, que son capaces de descuartizarte o destriparte mientras aún estás con vida si no les matas primero. No es un lugar agradable.

Se bebió su vaso y continuó:

—Entonces pensé en poner a resguardo mi soldada. Mi intención inicial fue dirigirme hacia Valentano y después a Santa Fiora, pero cuando oí que nuestro señor papá había dejado el castillo de Sant'Angelo decidí de inmediato reencontrarme con él y con Constanza y madre en Capodimonte. Quería ser un buen hijo y visitarlas. Lo que ocurrió a continuación fue lo siguiente: un grupo de campesinos y bandidos se interpuso en mi camino y me saqueó. Ocho de mis hombres han caído en el proceso, me han robado buena parte de los caballos y todo el dinero ha desaparecido: veinticinco mil ducados. No tenéis más que ver mi aspecto. Aunque mandé a algunos de esos hijos de puta al infierno, al final tuve que poner pies en polvorosa. Una cosa está clara: esto merece un escarmiento. Cuando los pille, los haré empalar —al final se había puesto en pie y corría por la habitación agitando los puños.

Ninguno quiso responderle, ni parecían compadecerlo, ni siquiera Silvia. Alessandro se contemplaba las uñas de los dedos. Los veinticinco mil ducados eran dinero producto del saqueo... Su hijo mayor y heredero, legitimado por el papa León, formaba parte de los hombres que habían arruinado a la reluciente, lujosa y brillante Roma. ¿Podría él, Alessandro Farnese, postularse siquiera como sucesor de Clemente con semejante hijo? ¿Qué alegría podía experimentar ante la gracia de que todos siguieran con vida, de que hubieran logrado mantener sus propiedades, si al mirar al futuro...?

Alessandro se volvió hacia su hijo menor, quien miraba hacia adelante con gesto avinagrado.

También Silvia y Constanza se dirigieron un mudo intercambio de miradas, en el que ni siquiera dirigían la vista a Pierluigi.

Él se colocó frente a ellos con los puños en las caderas.

—¿Quién creéis que se presentó ante mí en las últimas semanas para que lo protegiera y lo alimentara? —como nadie respondió, señaló con gesto exagerado a Ranuccio—. Este jovencito de aquí apareció, como de la nada, ante el *palazzo*, y pidió verme.

Pierluigi se interrumpió como si acabara de caer en la cuenta de algo y le dirigió una mirada escrutadora a Alessandro, quien de hecho escuchaba atentamente y miraba de refilón a Ranuccio con una pregunta pintada en los ojos.

—Una cosa es segura —prosiguió Pierluigi, tratando de demostrar su superioridad moral—: pertenezco a los pocos que han logrado salvar vidas. La banca de los Fugger también tuvo éxito en la materia, si bien ha hecho que le paguen a conciencia su misericordia y además se ha encargado de enviar el dinero de los capitanes lansquenets hasta Alemania. A eso le llamo yo mentalidad comercial.

—¡Qué sabrás tú de eso, fanfarrón! —le espetó Ranuccio inesperadamente—. Vienes aquí pavoneándote cuando perteneces a la banda de asesinos del emperador, has cubierto de inmundicia el honor de tu familia por toda la eternidad, has saqueado y extorsionado...

—Exacto, soy *condottiere* del emperador, y he cumplido con mi cometido, también tú has luchado por dinero, solo que en el bando contrario. Además, cuando te vi luchando en el ponte Sisto, temí por ti, quise protegerte... Si no hubieras salido corriendo, los lansquenets te hubieran hecho pedazos. Y todo por el honor de la familia, hermanito. No eres precisamente el mejor de los espadachines y definitivamente te falta fuerza. Esos lansquenets tiene la energía de un oso, ¿acaso no has visto al gigantón que los acompaña? Un hombre como un árbol, sobresale una cabeza por encima de todos, un tipo estupendo...

Alessandro se dio cuenta cómo Ranuccio se tensaba peligrosamente.

Pierluigi siguió emocionándose con el gigantesco lansquenet y no se dejó intimidar:

—Si hubiera podido emborracharme alguna vez con él...

—¡Pierluigi, por favor! —tomó Silvia la palabra.

—Lo digo en serio. Tiene unos músculos de acero y un culo para...

—¡Pierluigi! —Silvia siseó fuera de sí—. ¡No queremos oírlo!

—Además, se llama Barth —dijo Ranuccio con voz tenue—, y nuestro Giovanni pesa sobre su conciencia, de aquella vez en Govérnolo, en el puente: fue él quien dirigió los cañones y nos alcanzó.

Apenas se extendió el nombre de Barth, seguido del *diavolo*, y cundió un silencio en el que hubiera podido escucharse a un fantasma pasearse por la habitación.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Pierluigi, mirándolo incrédulo, prácticamente atravesándolo con la mirada.

—Antes de caerme del caballo, lo reconocí. Me llevó un tiempo recordar su rostro, pero ahora lo sé con certeza. Fue quien provocó la muerte de Giovanni y estuvo a punto de acabar conmigo.

—¿Y por qué sabes su nombre? ¿Has estado con él en alguna tasca?

—Me salvó la vida durante la conquista de Roma, ante la banca de los Fugger, cuando tres españoles trataron de matarme...

—Eso son tonterías. La estancia en el castillo de Sant'Angelo ha debido descolocarte la cabeza... Probablemente lo has soñado todo y ahora quieres fanfarronear un rato. Primero te dispara y luego te salva... —Pierluigi le dedicó una risa forzada y realizó con el dedo círculos junto a su sien—. Deberías dejar que tu madre y tu hermana te cuiden hasta que recuperes el buen juicio. Yo siempre he dicho que no tenías madera de guerrero. Debías haberte metido a fraile.

—¡Pierluigi! —volvió a reprenderlo Silvia.

Alessandro no encontraba palabras. En aquel momento sentía un profundo desprecio por su hijo, casi lo odiaba.

Ranuccio se aferró con fuerza a la mesa y cogió un cuchillo posado encima.

Pierluigi lo vio y antes de que nadie pudiera decir o hacer nada, había desnudado su puñal y lo colocaba bajo el mentón de Ranuccio.

Capítulo 95

Capodimonte - julio 1527

Cuando Constanza vio que sus dos hermanos se enzarzaban como perros rabiosos, que Pierluigi estaba incluso dispuesto a verter sangre, perdió su dominio de sí misma. La tensión de los últimos días tras la despedida de Francesco Maria, el miedo a que descubrieran lo que había hecho, unido a la alegría de volver a ver vivos a su padre y sus hermanos, y ahora aquella pelea... Ya no podía soportarlo más, simplemente ya no pudo evitarlo... ¡Se echó a gritar!

Funcionó.

Ranuccio giró la cabeza, el padre agarró el puñal... El grito de Constanza se extinguió.

—¡Estoy en una casa de locos! —Pierluigi se volvió hacia su padre y alzó de nuevo el cuchillo—. Primero Ranuccio y ahora Constanza... Ya es hora de que me largue a Santa Fiora o a mi regimiento...

—Sí, lárgate —gritó Constanza—. Eres...

Pierluigi reculó un paso y buscó la mirada de su madre.

—No lo ha dicho en serio —repuso ella con voz suave.

También el padre hizo un gesto con el que intentó aplacar los ánimos.

—Seguimos siendo una familia —dijo, pero en tono muy bajo, mirando implorante de los unos a los otros—. Debemos permanecer unidos...

Pierluigi agarró una silla de madera y se sentó a horcajadas sobre ella, apoyó los brazos sobre el respaldo y la cabeza sobre éstos.

—Entonces diré algo antes de que la oveja negra de la familia, aquí presente, desaparezca: sí, soy *condottiere* al servicio del emperador, estaba allí cuando saquearon Roma. Sin embargo, salvé nuestro *palazzo* del expolio y la destrucción...

—¡Eso ya lo has dicho! —le quitó la palabra Constanza.

—Bien, eso ya lo he dicho, lo que no he dicho es que en realidad no hay mayor culpable de la situación de Roma que nuestro santo padre Clemente VII. Fue su política la que provocó que el emperador enviara a los lansquenetes al país. Puesto que no nos pudo expulsar, pudo habernos comprado. Muchas veces, incluso cuando estábamos ya frente a los muros de Roma. Borbón le hizo llegar ofertas una y otra vez, algunas extraordinariamente humildes... Clemente no dio su brazo a torcer, ciego como estaba.

Constanza miró a su padre, quien escuchaba atentamente a Pierluigi y no daba impresión de querer responder.

—Después de él hay un segundo hombre responsable, pues podía haber atacado a las tropas imperiales en multitud de ocasiones. Casi cada día esperábamos ese ataque decisivo, y en el estado lamentable en que nos encontrábamos hasta justo antes de la conquista, las tropas de la Liga podrían habernos masacrado. Pero nada ocurrió. El *cunctator* dudaba y perseguía sus propios fines. Se tomó su tiempo para llegar hasta Roma, y cuando por fin se encontró frente a los muros, no se atrevió a atacarnos aunque no éramos más que una panda asesina y saqueadora de borrachos. Sin embargo, lo que hizo fue lo siguiente: se dio a la buena vida, dejándose agasajar y mimar y pasando las noches aquí, en Capodimonte, en este mismo castillo...

Constanza sintió el frío espanto que llenó repentinamente la habitación.

—No entiendo exactamente... —dijo el padre.

—Sí —exclamó Constanza con voz elevada y estridente—, agasajamos al duque de Urbino para que fuera benevolente con nosotros y llevara a sus ejércitos hasta Viterbo. Quería protegernos del saqueo y de las violaciones, *mamma* y yo...

—Durante semanas, pasó cada noche aquí, en una de estas habitaciones...

—¿Y cómo sabes tú eso?

Pierluigi le dedicó una sutil sonrisa irónica.

—Tengo mis informadores...

—Todo este jueguito es repugnante.

Constanza se había levantado de un salto y estaba a punto de dejar la habitación sin decir una palabra más cuando sintió sobre ella la mirada de su madre, una mirada que decía: enfréntate a lo que has hecho. El rostro de su padre mostraba una expresión tan horrorizada como incrédula. Ranuccio se apretaba los puños contra los ojos.

Se sentó de nuevo.

—Ahora seré yo quien te diga algo a ti: sí, le hemos dedicado todas nuestras atenciones a Francesco Maria en numerosas ocasiones. Es un amigo de la familia y la hospitalidad debería ser algo sagrado para nosotros. Incluso ha dormido aquí ocasionalmente, sobre todo hemos hablado, incluyendo sus motivos para no atacar a los imperiales. Es un hombre de responsabilidad, no le gusta sacrificar a sus soldados por una gloria pasajera; además, continuamente se producían disputas con los otros capitanes, con Guicciardini y con el marqués de Saluzzo, quince mil hombres de la Liga contra cuarenta mil imperiales podría haber supuesto un final aciago...

Pierluigi soltó una carcajada estridente.

—¡La cuestión es quiénes habrían tenido ese final!

Ella ignoró su comentario.

—De hecho, surgió el tema de que no quería arriesgarse por un papa Medici cuyo primo lo expulsó de Urbino aunque su familia hubiera...

—Venganza, entonces, tal y como yo decía. Por venganza, Francesco Maria dejó

expuesto al Papa, y con él a toda Roma, a su destrucción. Ha quedado patente: nuestra hermana lo averiguó con un agradable vaso de vino en la mano frente al crepitante fuego de la chimenea, mientras escuchaba probablemente numerosos cumplidos. Al mismo tiempo, a nuestro Ranuccio casi lo matan y yo también...

—¡A mí déjame fuera de esto! —murmuró Ranuccio.

Constanza estaba al rojo vivo. No se atrevía a mirar a nadie a los ojos por miedo a que descubrieran su culpabilidad. Sin embargo, sus noches con Francesco Maria no eran asunto de nadie y no guardaban relación con la lucha contra las tropas imperiales. ¿Realmente alguien en aquella habitación podía creer que el bienestar o los pesares de dos ejércitos y de la gran Roma podían depender de que un caudillo responsable pasara algunas noches embriagadoras con Constanza Farnese?

—Bien, entonces todos hemos luchado con valor por nuestras posesiones, cada uno a su modo y manera. —Pierluigi se había levantado y su voz, aunque tranquila, delataba una gran frialdad—. Primero me atacan y ahora soy el malo de esta historia, es tan simple como eso... Me voy a la cama. Mañana temprano me marcharé a galope hacia Santa Fiora, con mis hijos. Os agradezco vuestro apoyo.

La madre exclamó:

—Pierluigi, ¡quédate con nosotros! —pero ya había salido de la habitación. El padre ni siquiera había reaccionado. Rosella permanecía como un severo ángel de la desgracia en un segundo plano.

Entonces, Ranuccio se levantó, agitando la cabeza, musitó un breve:

—Hasta mañana —y desapareció.

El padre lo siguió con la mirada y, cuando la puerta se cerró, se giró hacia Constanza: sus ojos no la miraban inquisitivos, solo llenos de incompreensión y de pena.

—Papá, entiéndeme —ella tendió las manos hacia él, pero no se las tomó.

—Aceptamos a Francesco Maria en casa con la mejor de las intenciones... —dijo la madre.

El padre simplemente asintió y ella enmudeció.

—Entonces, te retiraste a la *isola* Bisentina y Constanza se quedó sola con nuestro invitado —repuso el padre entonces, sin mirar a nadie y sin esperar ninguna respuesta—. ¿No creéis que va siendo hora de poner las cartas sobre la mesa?

Se produjo un largo silencio. Constanza intentó defenderse del acoso de su mala conciencia, pero no lo consiguió. Finalmente dijo con voz quebradiza:

—Sí, Francesco Maria pasó la noche aquí y nosotros... nos... amamos. Ya ha pasado todo, pero ocurrió y no me arrepiento. Quiero a mis hijos, me quedaré con Bosio, que es un buen marido, amo a mi familia, a todos vosotros pero no, no me arrepiento.

Sus ojos, en esa ocasión, permanecieron secos.

—¡Papá! —ella le tendió las manos implorante.

Él miró sus manos como si fueran un objeto desconocido. Tras unos instantes, asintió.

Capítulo 96

Capodimonte - de julio a agosto de 1527

Estaban tendidos juntos en la vieja cama de Giulia, en aquella cama de pecado y lujuria, aunque en un principio Silvia se había mostrado reacia al deseo expreso de Alessandro de dormir allí. Ella no entendía qué pretendía: ¿acaso no se imaginaba que Constanza habría recibido allí a su amante? ¿Creería quizá que de esa manera podían reavivar el fuego de la pasión?

El fuego de la pasión. Le daban ganas de reír. En algún momento determinado aquella antorcha debió trasladarse a la siguiente generación.

Ahora yacían juntos en silencio, boca arriba, como los altorrelieves en piedra sobre un sepulcro. Ninguno de los dos dormía. A través de la ventana abierta llegaban misteriosas llamadas, el canto de aves marinas adormiladas, el concierto de los infatigables grillos, incluso voces humanas lejanas y la ligera brisa veraniega.

La mañana ya clareaba cuando Alessandro dijo de pronto:

—¿Cómo pudo hacer algo así?

—¿Ya no te acuerdas del canto de las sirenas? —respondió ella—. También nosotros vivimos un amor prohibido cuando yo todavía estaba casada.

Tras un largo silencio, repuso él, alto y claro:

—Nadie debe saberlo. ¡Nadie!

Cuando la luz comenzó a inundar la habitación, Silvia oyó rumores por el castillo, el relincho de los caballos, finalmente incluso gritos. Quiso levantarse, pero una pesadez melancólica se había apoderado de ella como una invalidez desesperada, así que tendió la mano a Alessandro.

Durante un instante, él no reaccionó, pero finalmente aceptó el gesto y se llevó la mano de Silvia a los labios.

Cuando los primeros rayos de sol impactaron directamente contra la estancia, se levantaron de la cama y escucharon de boca de Rosella que los dos varones se habían marchado ya.

—Cada uno por su lado, sin dirigirse la palabra.

—¿Te dijo Ranuccio a dónde iba? —preguntó Alessandro.

Rosella negó con la cabeza.

—¿Y sin dejar ninguna carta? —insistió Silvia.

Ella se encogió de hombros.

Silvia sintió como la melancólica pesadez daba paso a una tristeza sin lágrimas, a una parálisis que parecía agarrotar sus miembros, pues de pronto su cuerpo le

resultaba tan pesado que hubiera preferido haber seguido acostada. Sin embargo, se obligó a desayunar algo con Alessandro.

—Roma estará ya libre de bárbaros, así que creo que podré colarme en la ciudad si me visto de forma sencilla y vienen un par de muchachos armados conmigo.

—Por favor, no vayas. ¡La peste! Es más pérfida que cualquier soldado extranjero —dijo Silvia, pero se dio cuenta de lo poco persuasivas que resultaban sus palabras, de lo poco que Alessandro la escuchaba.

—Quiero vigilar nuestro *palazzo*, preocuparme un poco por la población, quizá incluso dar una misa. No puedo hacer mucho, ni siquiera cargar un par de mulas con alimentos y llevarlas a Roma... No tardarían en saquearme.

—¿Y si te toman como rehén para exigir un rescate por ti?

—Precisamente por ese motivo tengo que parecer pobre.

Constanza apareció a última hora de la mañana, con las mejillas hundidas y los ojos rojos.

—Seguiré a Pierluigi hasta Santa Fiora —dijo—. Allí está el hogar de mi marido... Por favor, ¡no digáis nada! —rechazó cualquier objeción que ni Silvia ni Alessandro habían realizado—. Necesito a un par de hombres para que me escolten. ¿Puedo elegirlos yo?

Alessandro asintió.

Antes de que Constanza llegara a abandonar la habitación, se detuvo un instante como si aún quisiera decir u oír algo... Unas palabras conciliadoras.

Sin embargo, Silvia se preguntó si una reconciliación era realmente necesaria. ¿No se trataba más bien de la pena por el desgarró de la familia, que parecía tan inseparable y que ahora debía enfrentarse a tiempos más oscuros? ¿No era más una cuestión de falta de conexión, de falta de amor?

Constanza le dio a su padre un beso en la frente y susurró:

—Perdóname, papá.

—¡Deja que sea nuestro secreto! —respondió él, también susurrando—. No necesito perdonarte. Simplemente, ¡no nos dejes! ¡No te escondas por los siglos de los siglos en Santa Fiora!

Silvia se había levantado y acompañó a Constanza hasta que finalmente se marchó, acompañada por tres mozos. Apenas se hablaron.

Por la noche, ella insistió en que cada uno durmiera en su habitación y no en la cama de Giulia. Mientras se agitaba, de nuevo insomne, dando la vuelta una y otra vez a la almohada, algo crujiente le cayó de pronto en las manos. ¡Ranuccio sí había dejado una carta de despedida!

Leyó a toda prisa las escasas líneas:

«Querida *mamma*, perdóname por haberos dejado.

»Os he causado gran preocupación como hijo y ya no me atrevo a miraros a los

ojos, aun cuando sé que no me haréis ningún reproche. Papá sabía cual era mi destino, sin embargo lo eché por tierra y decidí tomar la vida del soldado. He fracasado como *condottiere*, no obstante: no he logrado mantener el honor de los Farnese, aunque he llegado a sacrificar a mi amada por él. Tuve que traicionar una última vez mi amor y abandonar a Virginia a su suerte entre los bárbaros. Es una ignominia que no puedo borrar.

»Realmente no me queda otra cosa sino morir. Caer en batalla. Al mismo tiempo, no obstante, siento que tengo que vivir, que hay una salida. No podré encontrarla cerca vuestro, tendré que hacerlo por mi cuenta. Aún no sé quién soy. Papá solía citar en griego el lema de su maestro: “Conócete a ti mismo”. Todavía no he conseguido saber quién soy.

»Os quiero. No odio tampoco a Pierluigi. Cuando, el pasado noviembre, en Mantua, temí caer al día siguiente, cuando el terror a la muerte me atormentaba, lo busqué y ambos nos infundimos valor, pues sentíamos que, a pesar de todo, somos hermanos. Incluso cuando los hermanos se encuentran en lados opuestos, les sigue uniendo un lazo inquebrantable. Caín y Abel deben vivir unidos... o morir unidos.

»¡Perdonadme y no me deis por perdido! Vuestro desesperado hijo Ranuccio».

Silvia volvió a leer la carta una y otra vez, se la mostró a Rosella a la mañana siguiente y finalmente se la llevó a Alessandro.

Él la leyó aparentemente impertérrito y finalmente dijo:

—No puedo evitar pensar en la muerte de Paolo: aquel día se desmoronó la primera piedra de nuestro fuertemente establecido edificio familiar. Yo quería construir un palacio grande, que despertara la admiración de todos, que nos sobreviviera tras nuestra muerte. Pero ahora...

—Aún está ahí —respondió Silvia, resistiéndose a sumergirse finalmente en la oscuridad, aunque el peso del descenso también la arrastraba cada vez más—. El palazzo Farnese ha sobrevivido a la destrucción de Roma mucho mejor que la mayoría. Además: ¡Estamos vivos!

Ella ignoraba si Alessandro siquiera la estaba escuchando.

—Qué familia más floreciente y feliz podríamos ser —dijo finalmente con voz tenue— si no existiera el celibato, ¡esa *némesis* de nuestra Iglesia! Si el Papa y todos nosotros nos preocupáramos de nuestros auténticos cometidos, los espirituales; si los señores de Europa no se pelearan como hermanos enfrentados por la herencia de Italia... Son ya treinta años y el fin de la devastación no parece cercano. Las bendiciones de Dios recaen sobre nuestra familia, sobre Roma, sobre Italia, pero Él... No, Él no nos ha castigado y ha destruido Roma como Sodoma y Gomorra, se ha retirado del mundo, se ha apartado de nosotros desilusionado, y nos ha dejado a nuestra propia suerte. Ni siquiera su único hijo estuvo en situación de poder ayudar, ni siquiera a través de su sacrificio. Ya vemos lo que es el hombre, de lo que es capaz.

Se sumergió una vez más en la carta de Ranuccio.

—Ni siquiera me siento capaz de rezar —dijo, finalmente, y se volvió sin decir palabra.

Silvia lo vio dirigirse al muelle y remar él solo hasta la *isola* Bisentina.

Pasó la noche en la isla. Era una noche cálida acompañada del canto de los grillos y de las erráticas luciérnagas, una noche bajo el resplandeciente velo de la Vía Láctea.

Poco después llegó una carta de Constanza, procedente de Santa Fiora. Silvia rompió el sello suspirando y, puesto que Alessandro se encontraba de nuevo en la isla, hizo que la llevaran hasta allí en bote y se lo encontró tendido en la roca de las Sirenas, contemplando las copas de los pinos.

—¡Noticias de Constanza! —gritó desde la lejanía.

Alessandro alzó la mano indicando que la había oído, pero siguió tumbado. Ella se agachó junto a él, le dio un rápido beso y le leyó las líneas de Constanza.

«Todo va maravillosamente bien aquí en Santa Fiora: los niños han crecido y disfrutan el verano. Con una profunda alegría y alivio, quizá incomprensibles para vosotros, he tomado a Bosio en mis brazos, y también Girolama resplandecía, pues Pierluigi, quien me ha precedido en Santa Fiora, la está mimando. Hasta el momento no le ha propinado ni un solo bofetón. Sin embargo, no tardará en partir con su regimiento hacia Umbría. No os podéis imaginar lo poco que ha afectado a la zona lo sucedido en Roma. Es como un terremoto lejano del que solo tienen noticias por lo que les cuentan los mercaderes y los refugiados. Sin embargo, nadie quiere saber nada con certeza. Vivimos en un mundo pequeño y aislado bajo las centelleantes luces del verano. ¿No querréis uniros a nosotros? Por favor, haced nuestra dicha completa y olvidad Roma. ¡Venid corriendo a este pequeño y apartado paraíso de ensueño!».

Alessandro miró a Silvia inquisitivo y, tras un instante de silencio, preguntó:

—¿De verdad deberíamos escondernos en Santa Fiora?

Ella lo miró largo rato a los ojos.

—Estaré contigo donde quiera que tú vayas.

Él asintió y dejó vagar la mirada por el mar cubierto de reflejos.

—¿Olvidar Roma? ¿Cómo iba a poder hacer tal cosa?

Tras unos instantes, Silvia añadió en voz baja:

—¿Aún no has alcanzado tu meta?

—A pesar de lo carente de sentido que parece todo, Roma y la Iglesia necesitan un salvador. No puedo retirarme a cualquier nido apartado. Antes la muerte que alejarme de mi objetivo.

Al día siguiente, Alessandro partió a Roma vestido como un pobre campesino, acompañado de un buen número de hombres, todos con similar atuendo.

Tras dos semanas regresó, y precisó de varias horas para poder dar un informe de en lo que se había convertido Roma: un cementerio asediado por la peste, medio quemado.

—¿Y qué aspecto tiene el *palazzo*?

—Malo, naturalmente. La plata, las sábanas de damasco, los tapices... Han robado todo, las paredes están sucias. Y sin embargo, en comparación con otros *palazzi*... ¡Y mi estudio está casi intacto!

—¿Todavía quedan miembros de nuestra *famiglia*?

Agitó la cabeza.

—¿Y qué es del papa Clemente?

—Sigue prisionero en Sant'Angelo.

Entonces le informó de que también había visitado la casa de Maddalena.

—Un capitán alemán, el hijo del caudillo de los lansquenetes, Frundsberg, ha establecido allí su cuartel general...

—¿Maddalena ha sobrevivido? —logró decir Silvia—. Y... ¿Virginia, su... tu Virginia? ¿La amante de nuestro hijo? —como no respondió de inmediato, ella concluyó la frase—. ¿Las has visto?

Él se levantó, se colocó frente a la ventana y miró hacia afuera.

—Sí —dijo finalmente—, he visto a Maddalena. Al principio no la reconocí. Parece un esqueleto andante. La misma noche de la conquista la... En el balcón, delante de todo el mundo... Después se fue arrastrando de uno de esos antros de borrachos y putas en otro, hasta que en algún momento dado algún lansquenete la recogió y la llevó de vuelta a su casa. El hombre, un *sottotenente*, actuó a todas luces a instancias de Virginia, quien lo acompañaba en calidad de «amante».

A Alessandro le costaba respirar y Silvia se dio cuenta del esfuerzo que debía suponerle hablarle a ella de esas dos mujeres.

—¿Has podido hablar con Virginia?

—No, debe haberse trasladado a algún lugar de Umbría con ese *sottotenente*.

—¿Crees que ha ido por voluntad propia?

Él agitó la cabeza.

—Maddalena incluso nombró a Ranuccio y señaló que el *sottotenente* le había salvado la vida en una ocasión, que era inconfundible debido a su tamaño. ¿No contó Pierluigi esa misma historia? El mundo se ha vuelto loco —dijo, meditabundo—. ¿Quién logrará enderezarlo de nuevo? ¿El papa Clemente? Desde luego que no. ¿El emperador? —torció la boca despectivo y negó con la cabeza.

Silvia se colocó tras Alessandro y se apoyó en él.

—¿Pudo Maddalena decirte por fin si Virginia es hija tuya?

Dudó en la respuesta.

—No sobrevivirá.

—¿Quién? ¿Virginia?

—No, Maddalena. En realidad, ya está muerta.

—Alessandro, no has respondido a mi pregunta.

Confuso, contempló la caída de la tarde sobre el mar.

Capítulo 97

Narni - Roma - Nápoles - de julio de 1527 a febrero de 1528

Las tropas de Barth acampaban en Narni, que los lansquenetes habían conquistado de forma brutal.

La peste había diezmado el regimiento de Frundsberg e incluso allí, en Umbría, seguían muriendo muchos hombres, si bien no tantos como en Roma. Para evitar una epidemia, en esa ocasión se dedicaron a arrojar los cadáveres por encima del muro y permitieron que las mujeres de la ciudad que siguieran con vida enterraran los cuerpos.

Barth, por su parte, les había procurado una casita a Virginia y Cecilia. Era estupendo, pues las mujeres no se peleaban entre ellas y, como entre tanto había aprendido a hablar bien el italiano, tampoco podían mantener conversaciones secretas. Era un verano caluroso, el aire centelleaba, las cigarras cantaban y, aunque no había mucho para comer, en cualquier caso se estaba mejor que en Roma. El bávaro pasaba el día tendido en la habitación más fresca de la casa y, por las noches, subía hasta la terraza y contemplaba el cielo, se dejaba fascinar por la Vía Láctea y soñaba con el Ammersee. Virginia se tendía junto a él, mientras que Cecilia permanecía en el interior.

Cada cierto tiempo reunía a su tropa y pasaba revista para comprobar cuántos hombres había perdido el ejército. A pesar de todo, la vuelta a casa era inviable, tal y como Bemelburg, Frundsberg y Schertlin le explicaban una y otra vez: los ejércitos de la Liga bloqueaban el camino directo hacia el norte y, además, un gran batallón francés había atravesado los Alpes y acampado en algún punto de Lombardía.

El Papa tampoco había pagado el dinero prometido. En lugar de eso, seguía sentado en su castillo de Sant'Angelo, ofreciendo a sus cardenales como rehenes. En el ejército comenzó a propagarse una cierta inquietud y, despreciando los peligros de la peste y la *mal aria*, regresaron a Roma a finales de septiembre. Volvieron a saquearla, esta vez con menos éxito. Los rehenes del Papa fueron desfilando uno tras otro por el patíbulo establecido en Campo de Fiori. Entonces fue el llanto y el crujir de dientes.

El Papa, no obstante, siguió sin aportar ningún dinero y las negociaciones no avanzaron.

Barth volvió a acuartelarse en la casa de Campo de Fiori con Melchior von Frundsberg y sus dos mujeres. Virginia esperaba encontrar viva a su madre, pero en vano. Maddalena había muerto.

La insatisfacción entre los imperiales crecía. Las últimas bodegas que quedaban en un radio de cincuenta millas eran saqueadas de forma sistemática y las borracheras nocturnas aumentaron en número. La banca de los Fugger finalmente había acabado desplumada, por lo que para cuando los ejércitos regresaron ya estaba bastante vacía. Aunque volvieron a establecer vigilancia a su alrededor, ya no era el cometido de los hombres de Barth.

Éste se aburría considerablemente, pasaba un hambre espantosa y encima se burlaban de él con comentarios como «por ahí va el bueno de Barth con su harén romano». Él respondía mostrándoles su dedo corazón. Sin embargo, cuando una tarde Schertlin quiso propasarse con Cecilia, Barth tuvo que intervenir, aun cuando Schertlin era capitán. Éste bramó algo sobre la «subordinación» y llamó a Cecilia «puta monja», pero Barth extrajo su espada y la colocó frente a sus mujeres.

—¡Te haré colgar! ¡Te haré pasar por la picota!

—¡Inténtalo! Mis camaradas te cortarán el gaznate y lo sabes. Ni dejaré que me apaleen por vosotros y vuestros amigos Fugger sin que me paguen un salario decente, ni dejaré que se lleven a mis mujeres.

Schertlin dudó, Melchior intervino y por la tarde todos estaban emborrachándose de nuevo en amor y compañía.

Entonces, los cardenales rehenes escaparon porque sus guardias estaban demasiado borrachos para reaccionar.

Finalmente, en torno a principios de diciembre, el Papa salió de prisión. En contra de sus principios, había vendido algunos capelos y ciertas propiedades de la Iglesia en Nápoles, con lo que había obtenido unos buenos cuarenta mil ducados que le proporcionaron su libertad. No salió, no obstante, como un Papa humillado, sino orgulloso a pesar de todo, si bien se trasladó a hurtadillas por la ciudad. Barth oyó cómo Melchior especulaba sobre que el Papa se hubiera cagado en los pantalones ante tanto soldado amotinado y escandaloso y se hubiera vestido de mayordomo. Su destino fue la fortaleza de Orvieto.

El caudillo español y negociador, Lannoy, el héroe de Pavia, murió de peste, los españoles necesitaron nuevas instrucciones del emperador y los días de invierno no tardaron en llegar cabeceando de nuevo. Todo aquello de madera que pudiera encontrarse en Roma, ya fueran tumbonas, escaleras, balcones... Todo se utilizó para soportar el frío. Al menos tres cuartas partes de todas las viviendas de la ciudad se habían vuelto inhabitables para el final del invierno.

En Campo de Fiori reinaba la calma tras la huida de los cardenales. Cuando Barth lograba encontrar algo comestible, Cecilia cocinaba y mantenía la ropa razonablemente limpia. Virginia pasó un tiempo de luto por su madre pero después tuvo que volver a yacer con él. Aunque el bávaro no siempre tenía ganas, habiendo adelgazado tanto, ella apenas reaccionaba cuando se le abalanzaba encima. Sin

embargo, a él le gustaba así, pues temía poder aplastar aquel cuerpo tan pequeño. Algunas veces incluso se quedaba dormido. En cualquier caso, le gustaba la compañía de las dos mujeres y, dadas las circunstancias, ellas le tenían cierto aprecio. A él le bastaba con eso.

Entonces, en enero, Melchior von Frundsberg murió por la peste. O quizá con cualquier otra cosa. De diarrea, quizás. En cualquier caso estaba muerto. Poco después, Cecilia enfermó. Virginia la cuidó, Barth incluso buscó a un médico judío, pero no sirvió de nada. Poco antes de que expirara su último aliento, él le recitó la *Azucena entre espinas*, y ella sonrió.

Virginia no paraba de gemir y aullar, e incluso él lloró considerablemente. Sus compañeros se rieron de él, hasta que a uno le propinó tal derechazo que le hundió la mandíbula. Su paciencia con las burlas tenía un límite.

Pasó a formar parte del regimiento de Schertlin von Burtenbach, algo que no le gustó a ninguno de los dos.

Los ejércitos franceses dejaron su cuartel de invierno en Bolonia para dirigirse al Adriático por el sur, en dirección a la entonces desprotegida Nápoles, o al menos eso se decía. Las tropas de la Liga seguían apostadas en algún punto de Umbría o la Toscana. Si Nápoles caía, encerrarían a los imperiales en Roma, tal y como Schertlin informó a sus hombres tras una reunión de oficiales con Filiberto de Orange. Era necesario actuar.

En febrero de 1528 se pasó revista a las tropas. No quedaban más de quince mil soldados.

El 17 de febrero el ejército abandonó finalmente y para siempre Roma, para asegurar Nápoles frente a los franceses.

Capítulo 98

Venecia - Todi, Umbría - de julio de 1527 a principios de 1528

Ranuccio había dejado Capodimonte en julio de 1527 en un estado de intensa confusión e inseguridad. Cabalgó sin descanso hacia el norte, hasta que su caballo amenazó con venirse abajo, y finalmente alcanzó al día siguiente el campamento del duque de Urbino en Todi. También allí la situación era difícil de comprender. Francesco Maria había discutido con los demás altos cargos, cada uno había dispuesto su campamento en un lugar distinto, por lo que un ataque conjunto a los imperiales era una idea inconcebible.

Francesco Maria recibió al joven *capitano* con gran cortesía, hizo que le informara de su lucha en Roma y su cautiverio en el castillo de Sant'Angelo y todo le pareció lamentable, si bien señaló que la responsabilidad sobre la decadencia de Roma recaía en el Papa y, en general, en la familia Medici.

Ranuccio quiso abordar el tema de sus noches en Capodimonte, pero el siniestro brillo de aquellos ojos destacados en un rostro enjuto, cubiertos en buena parte por una barba que encanecía lentamente, le hizo cambiar de opinión. Le pidió a Francesco Maria el mando de alguna tropa, pero el duque le ignoró tanto tiempo que finalmente perdió la paciencia y cabalgó él mismo hasta Venecia, para reunir allí soldada suficiente para una modesta *condotta* de cien jinetes.

Sin embargo tampoco con su *serenissima* tuvo suerte. El dux le hizo esperar en vano, lo remitió al duque de Urbino e insistió en cualquier caso en esperar hasta que llegara Lautrec con sus tropas francesas.

Así pues, Ranuccio languideció durante el invierno en Venecia. La niebla se infiltró en su ánimo. No abandonaba en todo el día su alojamiento, no particularmente apreciado por él, en la embajada vaticana. Comía poco, dormía mal, comenzaba incontables cartas a sus padres y a Virginia, veía a ésta una y otra vez en brazos de Barth y sentía una culpabilidad imborrable.

A principios de la primavera, tras la marcha de los franceses al sur y la victoria de Andrea Doria sobre las flotas imperiales, su *serenissima* se decidió a tomar parte en el esperado triunfo contra el emperador. El dux le pagó a Ranuccio una *condotta* compuesta por cien soldados de caballería ligera y le permitió unirse al ejército del duque de Urbino.

Una vez de nuevo junto a Francesco Maria, Ranuccio se topó con la oposición de éste. Aunque el duque no llegó a decir que no, tampoco que sí, finalmente se zafó de él afirmando que quería esperar y analizar la situación. En julio, finalmente, y al igual

que el resto de la humanidad, terminó por creer que la conquista de Nápoles por parte de los franceses era inminente, por lo que ordenó a Ranuccio que se dirigiera al sur con sus cien jinetes para estar presente en la conquista.

Cuando se despidió de él en la tarde anterior a la partida, parecía aun más solemne que de costumbre.

—Realmente, ¿por qué tienes tantas ganas de jugar a los héroes, Ranuccio? Los campamentos enemigos prácticamente se han desangrado, incluso si los franceses ganan, la guerra llegará a su final y todo el mundo respirará tranquilo. Lo más importante es que sobrevivamos. ¿Eres consciente de la cantidad de personas que han muerto en los últimos dos años a causa de la Liga? Quizá unos quince mil soldados, eso por no hablar del número incontable de víctimas civiles.

Ranuccio no respondió.

—¿Es la búsqueda de honor lo que te impulsa? El hijo de un cardenal pacífico y sensato que pronto será Papa busca la gloria allí donde probablemente lo maten de forma absurda.

—Procedo de una familia de *condottieri* —replicó Ranuccio y, aunque pretendía adoptar un tono orgulloso, su voz se quebró con cada palabra.

—Esa tradición ya la ha continuado Pierluigi. No debes seguirlo ciegamente y empujar a la desgracia tu padre, tu madre y tu hermana. Sé que te aman a ti más que a nadie —como Ranuccio callaba, continuó—. Yo mismo también provengo de una familia de *condottieri* y soy sobrino de un papa guerrero. Por culpa de la ambición sin límites de los Medici tuve que luchar por mi ducado, aun cuando mis subordinados hubieran preferido vivir una época de paz y bienestar. ¿Sabías que soy un gran enamorado de los libros? ¿Que mi Eleonora es una mujer asombrosamente ilustrada? Y sin embargo, llevo años luchando en una guerra sin sentido, sangrienta y brutal.

Ranuccio no se atrevía a mirar a los ojos a Francesco Maria, pero como tampoco quería tener que soportar sus palabras, le espetó:

—¿Por qué no salvaste Roma? Entonces esa guerra sí habría tenido sentido. Has permitido que destrozaran la tumba de San Pedro y que humillaran al Papa, no evitaste que exterminaran a diez mil personas... Quizá seas benévolo con tus hombres, pero tu honor estará manchado para siempre. Eres... Incluso has...

Francesco Maria levantó la mano con gesto defensivo:

—¡No digas nada de lo que puedas arrepentirte y que no puedes comprender! He participado en demasiadas victorias que se han tornado derrotas repentinamente como para seguir creyendo que nada tiene sentido. Hace treinta años que Italia se ve afectada por una guerra entre soberanos ajenos, que la destrozán y la humillan. La tierra de nuestros padres y abuelos era una tierra rica, feliz, durante cincuenta años reinó una paz duradera hasta que sí, fue mi tío, el antiguo cardenal Giulio della Rovere y más tarde papa Julio II, *il Terribile*, quien permitió el paso de los franceses

para vengarse de su rival en el Vaticano, el papa Borgia. Fue un crimen motivado por el egoísmo y el odio, por la vanidad herida y por la ambición, un crimen que ha provocado cientos de crímenes posteriores y cuyas consecuencias tenemos que soportar ahora más que nunca. Sin embargo, sin ese tío, yo no sería ahora duque de Urbino. ¿Entiendes, Ranuccio, lo que eso significa para mí?

Esperó una respuesta, pero Ranuccio guardó silencio. Así pues, continuó:

—Si yo hubiera podido salvar a Roma o no, es algo que solo las estrellas saben... No, ni siquiera ellas, no se puede saber, ni siquiera el Señor de los cielos lo habría sabido ni consiguió encauzarlo; el Dios al que nos dirigimos cada día contempla cómo nos despedazamos hasta que aprendamos a vivir en paz y justicia. Incluso permitió que su hijo muriera en la cruz. No perdona nada ni a nadie. ¿Me entiendes ahora?

Su voz sonaba tan interminablemente triste y amarga que a Ranuccio le hubiera gustado poder darle la razón. Sin embargo, en aquel momento no le parecía más que un irresoluto, un cobarde, el hombre que se había dedicado a divertirse con su hermana Constanza mientras en Roma se desataba el apocalipsis. Además, tenía la necesidad de probarse a sí mismo. Toda su vida era un nudo gordiano que solo lograría desentramar por la fuerza. Sabía que ya nunca podría ordenarse religioso y que había decepcionado profundamente a su padre. Sabía que ni siquiera sería un buen *condottiere*. Había perdido a su amada, había tenido que sacrificar a Virginia en lugar de sacrificarse él mismo. Debía encontrarla, aun cuando pareciera una búsqueda sin esperanza. En caso de que aún se encontrara con Barth, el lansquenete, el hombre que le había salvado la vida y había destrozado su honor, entonces debían estar en Nápoles. Él, el *capitano* Farnese, acudiría hasta allí con su caballería y entraría en combate. Era su única oportunidad de encontrarlos, a ellos dos y también a sí mismo.

Capítulo 99

Capodimonte - Roma, palazzo Farnese - de mayo a junio de 1528

A principios del año 1528, Alessandro se encontraba aún con Silvia en Capodimonte. Recibían con regularidad noticias dichosas de Constanza, pero de sus hijos varones llevaban tiempo sin saber nada. Esperaban con particular interés señales de vida de Ranuccio.

Por lo que se decía, Roma apenas había empezado a reponerse del llamado *sacco*, el Papa se encontraba desde diciembre en Orvieto y una y otra vez recibía Alessandro sus quejas sobre aquella ciudad antipática. En una carta, Clemente le escribió:

«Solitario y hambriento, vago regularmente por los callejones de Orvieto y voy murmurando para mí las denuncias de los profetas bíblicos. ¡*Sic transit gloria Papae!*».

En mayo, no obstante, apareció inesperadamente, sin ningún tipo de aviso previo, frente a las puertas de Capodimonte.

Alessandro lo abrazó, espantado por aquel rostro pálido y arrugado de ojos huidizos que parecía bizquear más de lo habitual. Tan solo algunos de los preladados más leales y un puñado de sirvientes lo acompañaban.

Hambriento y sin siquiera fijarse en lo que comía, Clemente y su séquito devoraron los platos que les dispusieron como gesto de cortesía.

—Todo está perdido, la tierra asfixiada, el Santo Padre convertido en un mendigo —repitió esas palabras una docena de veces, apenas miró a su alrededor y ni siquiera sonrió a Silvia—. ¿Puedo instalarme en vuestro palazzo de Viterbo? —preguntó de improviso—. Allí estaría más cerca de Roma, pero no me atrevo aún a regresar a la ciudad.

—Puedes ir allí siempre que quieras, pero por desgracia las tropas de la Liga no dejaron ni el *palazzo* ni la ciudad en buen estado.

—¿Y dónde en Italia queda algo que esté en buen estado? —se lamentó Clemente—. Todo está perdido, incluso Florencia, mi Florencia. Han expulsado a los Medici... Soy el hombre más pobre del mundo, nunca un Papa fue tan humillado.

Alessandro no prestó atención a sus quejidos, pero los ojos de Clemente buscaron los suyos.

—¿No querrías ir a Roma como mi sustituto... y preparar mi retorno?

—La población espera al vicario de Cristo, no a un delegado.

—Querido Alessandro, amigo mío, lo sabes bien: para los romanos no soy más que un odioso florentino y probablemente me echen a mí las culpas de su desgracia.

Pero tú... Eres uno de ellos, a ti te aman, te veneran...

—Eso debiste pensarlo tras la muerte de Adriano —respondió Alessandro con amargura.

—Sé que nunca me perdonarás mi victoria de entonces... Sin embargo, te pido, te suplico que accedas a que colaboremos...

En junio de 1528 Alessandro acudió a Roma como legado oficial y representante del Papa. Regresó a su propio *palazzo* e inspeccionó después el Vaticano. Cuando vio el estado del palacio papal, tuvo que reprimir las lágrimas; pero en comparación con cómo se encontraban otras mansiones, viviendas y edificios, le pareció que no estaba tan mal. En cualquier caso, no quería ni lloriquear ni desanimarse. Al contrario. Logró llevar cereales hasta Roma, proporcionarles una sepultura adecuada a los cadáveres aún desparramados por las calles, adecentar las viviendas y, sobre todo, devolverle la esperanza a la población.

Silvia había decidido permanecer a su lado. Sufría cada día más al no recibir noticias de sus hijos y temía que ninguno de los dos varones viviera todavía. Tampoco sabía nada de Constanza.

Hasta que finalmente llegó un mensaje de Ranuccio. Mientras Alessandro rompía el sello con manos temblorosas, Silvia se encontraba junto a él, pálida e igual de agitada. La carta no era demasiado extensa: Ranuccio les informaba de que había logrado obtener una *condotta* veneciana. Había puesto rumbo a Nápoles y se aprestaba a combatir al enemigo para recuperar su honor: «Podré volveros a mirar a los ojos cuando lo haya conseguido. Vuestro amante hijo Ranuccio». Y la carta llegaba a su fin.

—¿Lo entiendes tú? —preguntó Silvia, incapaz de comprender, absolutamente enojada, después de limpiarse las primeras lágrimas de decepción de su rostro—. ¿Por qué tiene que hacernos esto? ¿Quién le ha metido en la cabeza a este muchacho esos pensamientos insensatos y suicidas? ¡Nosotros no!

Alessandro jamás la había visto tan desesperada y furiosa al mismo tiempo.

—Defendió Roma, lo hirieron, acabó prisionero en el castillo de Sant'Angelo... ¿Qué más quiere hacer por la ciudad y por el Papa, por su patria, por su familia o por su honor? ¿Qué es lo que quiere? Alessandro, por favor, dímelo. ¡Ya no entiendo a los hombres! ¡Está corriendo directamente a la muerte!

—¡Cálmate! —dijo Alessandro, tomando a Silvia en sus brazos—. Tendrá cuidado. Probablemente los imperiales hayan tomado Nápoles mucho antes de que él aparezca.

—Pero entonces, ¿qué pretende? ¿Sustituir a Francesco Maria? ¿Combatir a su hermano, buscar pelea con él? ¿Qué tiene que ver eso con su honor?

—¿Sabemos acaso todo lo que ha vivido en este tiempo? Tras salir del castillo, Ranuccio regresó de nuevo a Roma y tuvo que refugiarse bajo el ala de su hermano.

Quizá Pierluigi lo humillara y lo ofendiera y eso afectara su orgullo varonil.

Silvia se soltó de los brazos de Alessandro y se dio la vuelta mientras se limpiaba de nuevo las lágrimas del rostro.

—Pierluigi no es siempre el malo de la historia. Tengo aún tres hijos tuyos y los quiero a todos, igual que quiero a Pierluigi, aunque a veces nos ponga las cosas difíciles, aunque a Ranuccio... Ay, no lo sé... ¿Qué les pasa a estos muchachos?

De nuevo rompió a llorar, pero Alessandro ya no se atrevió a abrazarla.

—¿Tengo yo la culpa? ¿No he tratado correctamente a Pierluigi? ¿Lo he rechazado?

—Disculpa mi arrebató. Yo... yo... —ella siguió volviéndole la espalda—. ¡Es todo tan horrible! Se hace tan difícil pensar que las cosas puedan llegar a mejorar...

Capítulo 100

Nápoles - de febrero a agosto de 1528

Cuando las tropas imperiales llegaron a Nápoles, Barth creyó encontrarse en el país de Jauja. Por fin logró hartarse de comer. Comió opíparamente, bebió y tras unas pocas semanas había recuperado sus antiguas fuerzas. Había muchas cosas asombrosas en aquella ciudad: el azul de la bahía, el cono del Vesubio en la lejanía, los hombres ruidosos y las mujeres morenas de caderas contoneantes. Sin embargo, contemplaban con desconfianza a las tropas que debían proteger la ciudad, por lo que Barth se refugió, al igual que la mayoría de los lansquenetes, junto a las murallas.

Volvieron a jugar a los dados, a emborracharse y a ir de putas. Las viejas disputas con los españoles también retornaron.

Entonces, se despertaron todas las alarmas y el estilo relajado de vida llegó a su fin. Las tropas francesas se aproximaron realmente a la ciudad y los acorralaron por el flanco. Cuando, en abril, la flota imperial fue derrotada frente a las costas a manos del genovés Andrea Doria, cundió la preocupación en Nápoles.

El calor se recrudeció y de nuevo los atormentó el hambre. Se produjeron numerosas escaramuzas contra los franceses sin que ninguno de los dos bandos tomara una ventaja notable, pero de pronto estallaron de nuevo la peste, las fiebres y la diarrea. Por lo que se decía, no solo dentro de los muros, sino también en el campamento francés, situado sobre un terreno pantanoso y atacado por miríadas de mosquitos.

Había días, incluso semanas, en las que apenas ocurría nada. Barth extrañaba su patria y también Virginia languidecía de nostalgia ante él.

En ocasiones se les permitía realizar un ataque contra los franceses. Barth se alegraba, pues al menos entonces tenía algo que hacer, aunque la lucha no le proporcionaba ninguna diversión. Los franceses evitaban luchar, como unos auténticos cobardes. Disparaban sus arcabuces y después salían corriendo. En una ocasión lo alcanzaron de forma muy estúpida en el brazo, algo superficial, nada realmente grave pero sí doloroso, Virginia se vio obligada a cuidarlo cuando le subió la fiebre.

Sería en torno a julio, la peste hacía estragos y cada día caían cientos de hombres. Se decía que ya no podría defenderse la ciudad durante mucho tiempo, pero por otro lado los franceses tampoco podrían conquistarla.

La fiebre no remitía y había horas en las que Barth perdía definitivamente las ganas de vivir. Soñaba con las limpias aguas del Ammersee, se veía nadando con

Anna y, si Virginia se inclinaba sobre él para tantearle la frente, era a Anna a quien creía ver.

Ella sonreía, sí, sonreía llena de afecto y le seguía limpiando la cara.

La fiebre lo abandonó un tiempo, pero pronto regresó, para desaparecer nuevamente tras tres días. Barth se sintió más fuerte y camino de la recuperación, se dedicó a lanzar gritos triunfales por el campamento, pero no porque se sintiera mejor, sino porque Andrea Doria había cambiado de bando y servía ahora al emperador. Se puso fin al bloqueo del puerto, la ciudad volvió a obtener suministros y apenas nadie creía ya en una conquista por parte de los franceses quienes, por lo que se decía, casi se habían extinguido por culpa de la peste.

Cuando Barth se presentó de nuevo frente a Schertlin, oyó que su regimiento ya no existía: «la peste, la fiebre, la diarrea, el hambre, el fin». Quienes aún seguían con vida habían pasado a formar parte de las tropas de Filiberto de Orange. También de los capitanes quedaban pocos.

—¿Y?

—Los franceses han perdido a más gente que nosotros: de los veinticinco mil originales quedan solo cuatro mil con vida.

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

—Esperamos.

—¿Qué hay del ejército de la Liga?

—Pequeños grupos aquí y allí, nada realmente peligroso. Saluzzo se ha unido con Lautrec pero el gran caudillo de los franceses también está enfermo, por lo que se dice en el campamento.

—¿Nos iremos pues a casa? ¿No podríamos partir en algún barco imperial?

—Si no hay moros en la costa, sí pero, ¿no tienes a tu puta italiana amenizándote la espera?

De nuevo una pelea. Schertlin lo amenazó con el patíbulo, Barth le colocó el puño bajo la nariz, Schertlin reculó un paso y apretó los dientes:

—Algún día pagarás por esto.

Por la tarde Barth yació con Virginia que, en esa ocasión, estuvo más concentrada. Él realmente disfrutó y cuando, cansado y satisfecho, se echó sobre su jergón, ella le convenció de que se uniera a la caballería italiana de Pierluigi Farnese, que planeaba marchar hacia el norte tan pronto como los restantes franceses se hubieran retirado.

Barth se encontraba tendido y medio dormido bajo Virginia, sintió un nuevo arrebato de fiebre crecer y preguntó con desconfianza:

—Ese Pierluigi Farnese es pariente de tu Ranuccio, ¿no es verdad? Quizá sean incluso hermanos, y yo me quede con un palmo de narices. Los italianos son capaces de cualquier traición.

Eran capaces incluso de insuflarle nuevas energías a Virginia entre las piernas. Él se sintió fatigado, la fiebre comenzó a extenderse por él y los escalofríos le hicieron tiritar. Virginia le advirtió contra Schertlin.

—Se libraré de ti a la menor oportunidad y después irá a por mí. ¿Es eso lo que quieres?

Barth apretó a Virginia contra él, aunque fuera para no congelarse, y escondió la cara en el pelo de ella. Asustada por su estado, ella dio un respingo pero se inclinó de nuevo sobre él y le besó en los labios.

—¿Me quieres al menos... un poquito?

Ella sonrió.

—¿Vendrás conmigo a casa, junto al Ammersee? Allí no hay peste ni guerra, recogeré mi dinero en la oficina de los Fugger, en Ausburgo, me estableceré como comerciante y me haré rico, tendremos hijos y nos amaremos.

Ella asintió y sonrió.

Él volvió a sentirse muy débil, pero de nuevo recordó lo que Cecilia le había enseñado: «¿Qué es tu amado más que otro amado, oh, tú, hermosa entre todas las mujeres?».

Virginia no dejó de sonreírle.

Capítulo 101

Nápoles - agosto de 1528

Barth murió en silencio y en paz. Virginia le cerró los ojos vidriosos y lo cubrió con un paño rojo que Melchior le había regalado poco antes de su muerte. Era el famoso fajín de su padre, Georg von Frundsberg, que el anciano guerrero se ponía siempre en cada batalla y que le garantizaba la buena suerte y la victoria.

Esa misma noche Virginia huyó de las cercanías de Schertlin: se apoderó de los últimos ducados de Barth, la carta de cambio de Fugger, la cruz de oro y el rizo de su amor de juventud, que él le había mostrado por primera vez poco antes de su muerte, y salió en dirección al campamento de Pierluigi Farnese.

Por suerte no la raptaron ni la violaron por el camino, sino que la llevaron hasta la tienda del *capitano* después de que ella se presentara como miembro de la *famiglia* Farnese. Cuando Pierluigi finalmente la recibió con las primeras luces de aquel día de agosto, al principio no la reconoció. Cuando los soldados, furiosos, quisieron echarla de la estancia, ella recitó todos los nombres de la familia y, poco a poco, él fue entendiendo quién debía ser quien se encontraba frente a él.

—Ah, claro, la putita de Ranuccio —exclamó—. La protegida de nuestro padre.

Mandó marchar a los guardias y la llamó para que entrara en su tienda, en la que se desperezaba un muchachito medio desnudo. Pierluigi le ordenó con un gesto de la cabeza que desapareciera, se dejó caer sobre el camastro, tomó una copa de vino y la vació de un trago.

Virginia era consciente de que corría un gran riesgo. Apenas conocía al hermano mayor de Ranuccio, había oído pocas cosas buenas de él y no ignoraba que prefería a los hombres antes que a las mujeres. Esto la protegía, o al menos eso esperaba, de que la convirtiera en su esclava sexual. Sin embargo, no habría podido permanecer en el campamento de Scherlin bajo ninguna circunstancia, pues el capitán la habría arrojado de inmediato a sus hombres como si fuera ganado. Para ella, solo existía una única meta capaz de motivarla, una única cosa la mantenía con vida: tener a Ranuccio de nuevo en sus brazos.

Pierluigi le ofreció un vaso de vino. Ella lo aceptó y lo vació igual que él.

Posó una mirada calculadora sobre ella mientras esbozaba una sonrisa maliciosa.

—Una vez te vi en Nápoles, desde lejos, en compañía de un gigantesco lansquenete que ya me llamó la atención durante el asalto al ponte Sisto y que al parecer salvó la vida de mi hermanito. Incluso me acuerdo de su nombre: Barth. Es un gran tipo, sin duda —dijo, haciendo un gesto obsceno.

Virginia ni se inmutó.

—Es extraño, ¿no? Mi viejo amigo Giovanni de Medici pesa sobre la conciencia de ese «gran tipo»... Si eso es verdad, entonces me complacerá enviarlo a reunirse con nuestro *Diavolo* en el infierno... Por pura justicia.

—Está muerto —repuso ella, impertérrita—. Tres días de fiebre... Y una herida.

Pierluigi se sentó, se sirvió de nuevo, vació el vaso.

—Aquí solo se puede beber vino, nada de agua si es que quieres seguir con vida. Tenlo en cuenta en el futuro, putita... —le llenó de nuevo el vaso y se lo tendió—. Disculpa, no debería llamarte así, puesto que no solo eres medio hermana de Ranuccio sino también mía... Un secreto a voces que lleva mucho tiempo emponzoñando a nuestra familia —concluyó, forzando una carcajada.

—Sí, soy la hija de tu padre —replicó Virginia con énfasis.

—¿Estás segura? Con las cortesanas nunca se puede estar seguro y, naturalmente, resulta de lo más práctico que, por aliviarse de un apretón, uno acabe teniendo a un cardenal como padre. En cualquier caso, nunca te ha legitimado.

—Tampoco ha legitimado a tu hermana Constanza.

—Oh, ¿y cómo sabes tú eso, astuta Virginia?

—Por Ranuccio.

A Virginia le resultaba difícil pronunciar el nombre de Ranuccio. Lo vio de pronto frente a ella, muy cerca, sintió un anhelo doloroso que le secó la boca y le hizo llenarse más la copa. Pierluigi había nombrado a su hermano sin mencionar su muerte, por lo que Ranuccio debía seguir con vida, o por lo menos Pierluigi desconocía su muerte. Esto le provocó a la joven un golpe de felicidad que apenas logró ocultar, por lo que sorbió lentamente y con dedos temblorosos algo más de vino y se sentó en postura de escriba en el suelo.

—¡Siéntete como en casa! —exclamó Pierluigi, de nuevo con su sonrisa calculadora—. ¿Qué es realmente lo que quieres de mí? ¿Necesitas un nuevo protector?

—Podría decirse que sí —respondió ella, tratando de parecer lo más fría y confiada posible—. Quiero, sobre todo, volver a ver a Ranuccio... Y a nuestro padre. Como imagino que tú albergas ese mismo deseo, he pensado...

—Has pensado... Y no has olvidado que pertenecemos a la facción enemiga de los papistas, sin descontar el hecho de que estamos atrapados.

—No lo he olvidado, pero esta guerra no durará mucho y solo nos resta sobrevivir. En algún momento volverán a repartirse las cartas.

—Un razonamiento asombrosamente inteligente para una mujer cuya capacidad de raciocinio se encuentra entre sus piernas.

—¿Por qué me ofendes? ¿Es que te he hecho yo algo a ti?

Pierluigi apretó los labios y sus ojos relucieron con un brillo belicoso. Se inclinó

hacia adelante:

—¿Cómo has podido acostarte con tu propio hermano Ranuccio? ¿Acaso esta cortesana tan lista y tan bien instruida por el gordo de Baldassare no sabe cómo se llama semejante cochinada, y cuál es la opinión de la Iglesia al respecto?

Virginia vació su vaso antes de responder. Estuvo a punto de mencionarle a Pierluigi su propia «cochinada» condenada por la Iglesia, pero se abstuvo.

—En primer lugar, yo no me he acostado con él. En segundo lugar, hasta poco antes de la muerte de mi madre, yo no supe que era la hija del cardenal Farnese. En tercer lugar, quiero a Ranuccio como a un hermano.

—Ajá, y por eso te has consolado con ese lansquenete, ya lo entiendo. ¿Otro traguito?

Ella negó con la mano y guardó silencio, pues no sabía lo que Pierluigi se proponía hacer con ella. Probablemente ni siquiera él lo supiera.

—Bien, puedes quedarte conmigo y remendarme la ropa, quizá alguna vez tocar algo la flauta para mí... Te gusta tocar la flauta, has aprendido a hacerlo... —dijo, sonriendo como un violador enloquecido—. Quizá alguna vez me apetezca algún culo de mujer. O quizá organicemos una fiesta para tres.

Se rascó los huevos y ella creyó que iba a hacer inmediatamente efectivo su vasallaje y tomarse su tributo. Sin embargo, su virilidad no se movió y él simplemente exclamó un «¡bien!» y señaló con la mano hacia un fardo de ropa echado en un extremo de la tienda:

—Quiero que te vistas con ropas masculinas y te cortes el pelo. Aquí las mujeres solo sirven para provocar peleas. Como ya he dicho, te ocuparás de mi jubón, mantendrás limpio el suelo y recogerás paja nueva para el jergón; además tendrás que vaciar el orinal. Pero primero, cámbiate de ropa.

Pierluigi buscó en el montón de ropa con sus propias manos unas mallas de dos colores, una camisa con un jubón de seda y una boina y le ordenó:

—Vamos, quítate eso, rápido. Quizá lleves un puñal contigo. ¿Has oído hablar de Judith y de Holofernes? Hoy en día nunca se puede ser demasiado precavido.

No le quedó más remedio que desnudarse. Le resultó inconcebiblemente difícil. Quería conservar a toda costa la letra de cambio, la cruz de oro y el rizo del amor de juventud de Barth, por lo que volvió a Pierluigi su espalda desnuda mientras le arrojaba la pequeña bolsa de ducados a los pies. Durante un instante se distrajo lo suficiente como para tomar de forma imperceptible los otros tres objetos y esconderlos entre la ropa masculina.

Cuando se dio de nuevo la vuelta, ya vestida, vio que su mirada reposaba en ella. ¿Con voracidad o con aburrimiento?

La llamó hacia él y le ordenó que se agachara ante sus piernas.

Ella dudó.

—¿No te gustaba tocar la flauta?

Ella palideció.

Él la agarró y tiró de ella contra sus muslos, y durante un instante la joven realmente pensó que sus peores temores se hacían realidad. Sin embargo, él solo se rió, al principio burlón, después a carcajada limpia, le dio la vuelta de tal forma que se colocó a sus espaldas y cogió unas tijeras que tenía a mano.

Los cabellos de Virginia comenzaron a caer al suelo.

Cuando el procedimiento llegó a su fin, ella se limpió las lágrimas de los ojos. Tenía frío en el cuello y notaba la cabeza como la de un chuchito de pelo crespo. Entonces, él le tendió un espejo metálico de pequeño tamaño. Le había cortado el pelo de forma irregular, a trasquilones, apenas lograba reconocerse en la imagen.

—Bien, y ahora una gorra.

Diciendo esto, agarró un bonete gris y de aspecto desagradable, se lo colocó en la cabeza a la muchacha y le hizo darse la vuelta para poder echarle un vistazo. Ella no logró limpiarse las lágrimas del rostro lo suficientemente rápido.

En cuanto lo hizo finalmente y él dejó de ver el llanto en sus mejillas, alzó el mentón con reconocimiento y asintió.

—Igual que un muchacho ligeramente desaliñado. Un hermanito. El sustituto de Paolo —posó las manos en sus pechos y los tanteó—. Bueno, no se nota mucho, un tanto magras las montañitas, pero con lo que se come por aquí tampoco me extraña —palpó también sus mejillas y le limpió las lágrimas—. Ya lo arreglaremos.

Él la miró preocupado a sus profundos ojos y durante un instante ella ya no tuvo demasiado claro cómo debía comportarse con él. ¿Acaso sólo jugaba a ser un sodomita salvaje para provocarle miedo, o porque suponía que ése era su papel? ¿Quizá realmente creyera la afirmación de que era su medio hermana y buscara establecer un vínculo con ella? ¿O quizá fuera un regalo? Tras todo lo que había oído sobre él, sabía que no era el miembro más amado de la familia Farnese, por lo que quizá le gustara la idea de presentarse ante el cardenal Farnese y ante Ranuccio con ella a su lado, presentarla como su hija y hermana, salvada de las garras de los bárbaros. Quizá entonces lo perdonarían.

En cualquier caso, ella no le había dicho toda la verdad. Ella misma no la había sabido hasta poco antes de la muerte de Maddalena: su madre le había confesado quién habría sido, con toda probabilidad, su padre, y por eso había guardado tan celosamente el secreto hasta entonces.

Virginia miró de nuevo al espejo. Una criatura extraña la miró desde allí. Quizá Pierluigi hubiera hecho bien disfrazándola así: ya no era ella misma. Desde la muerte de Rafael ya no sabía quién era ni tampoco había podido saberlo. Hasta entonces había sido feliz, había estado en armonía consigo misma, y finalmente había entendido por qué. Quizá hubiera también, en los raros momentos en los que se había

sentido dichosa al lado de Ranuccio, una sensación de que todo cuadraba, una sensación de unidad que, sin embargo, nunca duraba.

Ranuccio se había marchado solo a Venecia y a pesar del dolor que la había ocasionado entonces, ella lo había entendido. Pues al igual que ella, él tampoco sabía quién era, debía descubrirlo por sí mismo y quizá temía ya entonces su supuesto parentesco, quizá alguien le hubiera contado antes de su primera huida a Venecia aquella mentira...

Siguió observándose en el espejo y perdió el miedo. Parecía un escudero delgado y feucho, sin duda el mejor camuflaje posible en un campamento lleno de hombres lascivos y con solo un par de putas disponibles. A menos que las inclinaciones de Pierluigi se encendieran ante su aspecto andrógino.

El capitán la observó y alzó su vaso, sonriente:

—¡Por mi nueva hermana, Virginia! Ya me gustas y todo, pura, libre de culpa.

Durante una semana todo fue bien. Los soldados se acostumbraron a ella, el joven amante de Pierluigi apenas se mostraba celoso y disfrutaba dándole órdenes, pero el propio Pierluigi tenía un ojo puesto sobre ella. Después de que Nápoles volviera a recibir suministros por mar, había ya suficiente para comer y él se preocupó de conseguirle las mejores piezas. Parecía que realmente quisiera cebarla y cada día su mirada se posaba de manera más ansiosa sobre ella.

O al menos ésa era la impresión de la muchacha.

Entonces les llegó la noticia de que Lautrec, el caudillo de los franceses, había muerto por la peste y que los sitiadores, a pesar del apoyo que les ofrecían los pequeños contingentes de tropas de la Liga, tuvieron que retirarse. El marqués de Saluzzo quien, poco antes de la muerte de Lautrec, se había lanzado al ataque con lo que quedaba de su regimiento y un pequeño grupo de jinetes venecianos, no consiguió nada. Quienes habían sobrevivido a los imperiales se lanzaron contra las puertas de Nápoles y atacaron a los sitiados. La caballería veneciana y Saluzzo, con su pequeña guarnición de humildes arcabuceros, aguantaron un día entero, pero al anochecer, cuando la luz de la luna llena fluyó sobre el río de muertos, habían perdido tantos hombres que la única opción posible fue la de retirarse.

Pierluigi Farnese había luchado con su caballería y había vencido. La noticia llegó hasta la ciudad y, como había luna llena, el séquito se precipitó esa misma noche al campo de batalla para recoger el botín y rematar a los heridos degollándolos. Virginia recibió la orden de acompañarlos y ayudar en la labor; atormentada por un mal presentimiento, cogió un puñal y siguió al séquito.

Cuando el sol salió a la mañana siguiente, los imperiales bajo el mando de Pierluigi Farnese alcanzaron Aversa. Temiendo una muerte segura, los últimos miembros de la caballería veneciana se entregaron a sus perseguidores y, quien todavía poseía algún arcabuz cargado de entre los hombres del marqués de Saluzzo,

lo disparó por última vez.

El propio Marqués se rindió en Aversa. Se prometió un rescate por él, por lo que no lo mataron de inmediato sino que lo enviaron cubierto de hemorragias a Nápoles, donde murió días después a causa de sus heridas.

Pierluigi Farnese, no obstante, no pudo disfrutar de su victoria. Lloró desesperado como no había llorado nunca y bebió hasta perder el sentido.

Capítulo 102

Nápoles - agosto de 1528

En agosto de 1528 Ranuccio llegó con sus hombres a las pantanosas tierras de Nápoles. Ya habían recibido noticias de que los franceses estaban muriendo a miles a causa de la peste y la fiebre, pero solo cuando se encontró en el campamento fue consciente de su estado miserable. Lautrec yacía enfermo y moribundo. A Saluzzo apenas le quedaban hombres capaces de luchar y el ataque de los imperiales se volvía cada día más peligroso.

Del centenar de jinetes de Ranuccio ya habían caído treinta. A finales de agosto se disolvió el sitio: quien aún seguía con vida, huyó al norte. Solo Saluzzo, acompañado de sus arcabuceros y de la tropa de Ranuccio, intentó cubrir la retirada y contener la acometida de los imperiales.

Ranuccio vio contra quién combatía en aquel día de calor asfixiante: contra la caballería italiana de Pierluigi. De pronto, entendió que tendría que matarlo, puesto que su hermano había destruido el honor de la familia, solo tenía una opción: repararlo.

La lucha resultó fatigosa y prolongada, ya que los atacantes no querían correr el riesgo de sucumbir en el proceso. Incluso cuando Ranuccio atacaba a un enemigo con la espada en alto, éste lo esquivaba o lo atraía hasta alguna trampa de la que solo lograba librarse con dificultad. La superioridad numérica del enemigo se volvió abrumadora, por lo que decidieron retirarse a Aversa, a una llanura plagada de árboles y matorrales sueltos donde las ruinas de algunas casas les sirvieron de protección.

Por la noche apenas seguían con vida veinte hombres de su tropa. La luna brillaba tan clara que el combate se prolongó. Quien se rendía corría el peligro de que lo acuchillaran. Cuando la luna estaba en pleno apogeo, Ranuccio se cayó del caballo de puro agotamiento. Se arrastró hasta un árbol y se agazapó en el suelo hasta que descubrió algunas matas de retama entre las que pudo ocultarse. Justo antes de colocarse, vio repentinamente a un grupo de muchachos que, armados únicamente con puñales, revolvían entre los cadáveres.

Quiso presentar batalla, pero sus fuerzas no le alcanzaban. Permaneció encorvado, echó el rostro al suelo y se hizo el muerto. Soltó la espada y el puñal, se arrancó el peto y se abrió el jubón.

—Haceos con lo que quede —oyó que decía alguien en voz baja—. No olvidéis cortarles el cuello al final. Más vale prevenir que curar. Estos perros tienen siete vidas.

Los hombres se alejaron. No sabía cómo se defendería sin armas... Alguien le dio la vuelta y lo tanteó.

Un grito ahogado le hizo estremecer. Una mano blanda le acarició la frente y el pelo. Instintivamente, abrió los ojos.

Entonces supo quién lo había encontrado.

Ella le limpió la mugre de la cara. No podía creerlo. Bajo el reflejo de la luna solo veía un cabello corto y erizado y una cabeza fina. Aunque no pudo reconocer el rostro, su aroma era inconfundible.

—Ranuccio —susurró ella—. ¡Ranuccio, mi amor!

Apoyó la cabeza en sus manos y ella lo besó.

Era el aroma del paraíso. Solo podía estar muerto, fallecido, liberado. Lo habían perdonado y ahora disfrutaba del paso al otro mundo.

—Virginia —susurró—. ¿Cómo es posible? ¿Has venido a llevarme al cielo?

—No, aún vivimos los dos, nos hemos reencontrado.

Él se recostó en su pecho, se hundió en él.

Sus ganas de vivir resurgieron y le insuflaron nuevas fuerzas.

—Debemos ponernos a salvo. Ven a los matorrales —susurró él.

Juntos reptaron hasta la retama.

Pasaron la noche en un abrazo mudo sin que ninguno de los saqueadores de cuerpos los descubriera. La felicidad no les permitía formular una sola palabra, pero sus cuerpos hablaron por ellos.

A la mañana siguiente, Ranuccio se sentía como loco, embriagado de felicidad. Le suplicó a Virginia que se quedara entre los matorrales y lo esperara. Salió medio desnudo a campo abierto y se lanzó hacia adelante. Vio que de nuevo habría lucha, buscó en vano su caballo, buscó entre los muertos algún arma, igualmente en vano. Finalmente, corrió con los brazos alzados gritando una y otra vez:

—¡Parad, parad! —a sus jinetes, que formaban en posición de ataque.

En el lado opuesto, un grupo de franceses con sus arcabuces en ristre se encontraban atrincherados tras un muro semiderruido.

—¡Parad de una vez, dejad de mataros! ¡Debe haber paz!

Entonces, alguien gritó su nombre y, un segundo después, estalló una salva de disparos.

Sintió que salía despedido, un torbellino de dolor lo azotaba y finalmente caía de espaldas. Se palpó el cuerpo y se empapó de la sangre que manaba de las heridas abiertas. Sobre él, un reluciente cielo matutino con un grupo de pequeñas, resplandecientes nubes blancas.

Un rostro se inclinó sobre él, oyó que gritaban su nombre, pero no vio más que las blancas nubes.

Un anillo oscuro se fue cerrando en torno a él, hasta que la felicidad que había

experimentado fue diluyéndose en un eco lejano y se sintió flotar, ligero. Entonces, se apoderó de él una emoción liberadora y carente de dolor.

Capítulo 103

Roma, palazzo Farnese - septiembre de 1528

En septiembre de 1528 las noticias del desastre del ejército francés y de las tropas de la Liga llegaron hasta Roma. Por todas partes se veían figuras demacradas e implorantes arrastrándose hasta las mismas murallas de la ciudad, a menudo con heridas graves. Los habitantes de Roma, unos treinta mil, a pesar de haber alcanzado los ochenta mil en tiempos del papa León, observaban a aquellas formas ruinosas con sentimientos encontrados. ¿Quién sabría decirles si entre ellos no se ocultaría algún soldado imperial? ¿Y acaso no vivían ya los romanos en suficiente miseria, asediados por el hambre y la enfermedad, maltratados física y espiritualmente?

Alessandro se ocupaba de que los pocos soldados que habían logrado llegar hasta allí recibieran una comida decente. Sin embargo, la mayoría de los supervivientes de las batallas acababan asaltados por los campesinos, famélicos, atacados por lobos o perros salvajes, muertos.

Cuando tres antiguos arcabuceros de las tropas del marqués de Saluzzo preguntaron por el Papa a los guardas de la porta San Paolo, alegando que traían un importante mensaje de su capitán cautivo, les llevaron directamente al palazzo Farnese.

Alessandro hizo que los vistieran y les trajeran pan y sal, vino y aceitunas, nueces, queso y fruta. Repusieron fuerzas y comenzaron finalmente a narrar, de forma revuelta y confusa y en un italiano deficiente, el final de la batalla de Nápoles, la última resistencia del marqués en Aversa, el ataque del capitán de caballería Pierluigi Farnese, un italiano que había traicionado al Papa y a su patria y que había masacrado a casi todos los enemigos a la fuga. Si realmente había algún mensaje del marqués de Saluzzo, no llegaron a decirlo.

Alessandro escuchó con paciencia, sin interrumpirlos. Sin duda no tenían demasiado presente que se encontraban ante el padre del denominado traidor y, mientras seguían hablando atropelladamente, él les preguntó por el desarrollo del sitio. Ellos le narraron principalmente los pesares de la peste y la fiebre, de los pantanos y los mosquitos. Finalmente los interrumpió y les preguntó si realmente se habían encontrado en algún momento del año anterior ante Roma y por qué el marqués y los demás capitanes de la Liga no se habían conmovido por el estado de la ciudad.

Ellos comenzaron a protestar a gritos, quitándose la palabra los unos a los otros.

—No había más que discusiones. Nuestro marqués quería atacar, Guicciardini

también, pero el duque de Urbino opinaba lo contrario. Además, cada noche se marchaba a ver a su distinguida amante. Todo el ejército lo sabía. Al principio le llamábamos *veni, vidi, fugi*, pero al final lo cambiamos por *veni, vidi, amavi*.

Finalmente los tres hombres comenzaron a explicarle los pormenores de su último combate, de la acometida de Pierluigi Farnese reconocible por su penacho de plumas en la cabeza. Le habían disparado una última salva y derribado a algunos de sus hombres de sus caballos antes de predisponerse a escapar.

—Entonces salió corriendo un loco medio desnudo en medio del combate, se presentó frente a los caballos del *capitano* Farnese y de su gente con los brazos alzados y gritando: «¡Parad!».

—Un loco desnudo, probablemente alguno que hubiera sobrevivido al combate del día anterior: parecía de las tropas venecianas...

—Le habrían tirado del caballo... Tampoco tenía armas...

—Eso es lo que esta mierda de guerra hace de nosotros: nos hace salir corriendo sin caballo, sin pica ni alabarda...

—Vi justo cómo ese Farnese lo cogía en brazos, antes de que terminaran de hacerlo pedazos.

—Sí, por suerte para nosotros todos se reunieron en torno al cadáver, así que nosotros pudimos huir.

—Si no, también nos habrían despedazado a nosotros.

Los soldados vaciaron ansiosos el segundo vaso de vino.

Alessandro no sabía qué decir, luchaba contra la asfixia y el vértigo. Por suerte aquellos hombres estaban demasiado ocupados con la comida y la bebida como para darse cuenta de su estado.

—¿Y quién mató a ese muchacho que se cayó del caballo? —preguntó finalmente, con voz quebrada.

—Sí que es verdad que era joven, y delgado, muy flacucho...

—Probablemente ese *capitano* Farnese o alguno de sus hombres, que destrozan todo lo que pillan...

—Sin embargo fue muy extraña la forma en la que el *capitano* saltó de su caballo y corrió a coger al loco en brazos...

—Sí, y además entonces salió otro loco también corriendo, un chiquillo delgado y medio desnudo que gritaba un nombre como un demente...

—Sí, es verdad, gritaba con voz chillona como la de un castrado, pero no entendí qué decía...

Capítulo 104

Roma, palazzo Farnese - de septiembre a octubre de 1528

Silvia nunca había visto a Alessandro tan fuera de sí como cuando, de forma incoherente y apenas comprensible, le relató lo que los andrajosos soldados le habían contado. Para él quedaba claro que Pierluigi y Ranuccio se habían enfrentado durante el último combate de Nápoles y Pierluigi había matado a su desamparado hermano.

A pesar de todos los intentos por tranquilizarlo, Alessandro se mostraba alternativamente rígido y enloquecido, hasta que finalmente maldijo a Dios, al papa Clemente y a su hijo Pierluigi, se maldijo a sí mismo y, por último, se abalanzó sobre su estudio y comenzó a rebuscar salvajemente entre sus papeles y a desmontar la estancia entera hasta que tuvo en las manos el acta de legitimación. Cuando Silvia vio que se disponía a romperla en pedazos, le arrebató a la velocidad del rayo el pergamino de las manos. Entonces él, aún enloquecido de rabia, tiró al suelo el crucifijo y el relieve de la Sagrada Familia y lanzó el pequeño grupo del Laocoonte de Miguel Ángel contra la pared, por lo que se hizo pedazos. Antes de que pudiera arrancar también de los muros el retrato de Rafael, ella se le echó en los brazos.

En ese mismo momento Silvia creyó que Alessandro estaba a punto de perder la razón. Alzó la mirada hacia ella y aquellos ojos eran los ojos de un demente. Como no podía soportar aquella mirada, se arrodilló para recoger los papeles dispersos y los fragmentos del Laocoonte. Primero cogió al hijo que, a la derecha del padre, intentaba librarse del abrazo de la serpiente, aún con la esperanza de salvarse. Ella contempló su rostro aterrorizado como si lo viera por primera vez.

Alessandro le arrancó de la mano la figura de mármol con un ruido inarticulado, lo observó brevemente, lo dejó a un lado y buscó frenético el otro pedazo. Entre los montones de papel encontró finalmente una cabeza rota con una expresión resignada. Silvia cogió entre las manos la parte central de la escultura, que retrataba al propio Laocoonte retorciéndose dolorosamente y defendiéndose con sus últimas fuerzas. Ambos sostuvieron unos instantes los pedazos de mármol. Alessandro aullaba como un animal agonizante mientras rompía a sollozar.

Silvia logró llevarlo a la cama ayudada por Rosella. No se levantó en todo el día, no comió y apenas bebió.

Cuando volvió a salir del lecho se dirigió directamente y tambaleándose hasta el estudio. Silvia quiso ayudarlo a sostenerse, pero él la apartó de un empujón. Una vez llegado al estudio, miró a su alrededor con ojos perdidos y gritó:

—¿Dónde está el acta de legitimación? ¿Dónde está nuestro futuro?

Durante los últimos días ella se había dedicado a recoger los papeles y a guardarlos ordenadamente y había tomado el acta de legitimación bajo su protección. Como temía que él empezara a revolver todos los papeles de la estancia, exclamó nerviosa:

—¡Lo tengo yo! ¡Espera!

Entonces, le sentó en una silla y corrió hasta su habitación para recoger el documento. Por suerte él se encontraba aún inmóvil sobre el asiento cuando ella regresó, pero entonces le quitó el pergamino de las manos y lo alzó triunfante.

—¡Ésta es nuestra victoria, aquí yace el futuro de nuestros hijos y nietos! Lo juro. ¡Lo conseguiremos! —sus ojos vagaban de un lado para otro y, mientras se golpeaba la mano con el pergamino, repetía—: ¡Es nuestra victoria! ¡Lo juro!

Silvia no supo qué más hacer salvo enviarle un mensajero a Constanza para rogarle que regresara a Roma.

Silvia escribió también al Santo Padre a Viterbo, le informó del estado de la maltratada ciudad, así como del de su delegado.

El papa Clemente reaccionó. Regresó de inmediato a Roma con un pequeño séquito. Lo primero que hizo fue visitar a su viejo amigo y rival quien, tras el anuncio de su llegada, tuvo tiempo de hacerse vestir y, salvo por cierta rigidez, adoptar un aspecto normal.

Clemente le preguntó por sus hijos y Silvia temió un nuevo ataque. Sin embargo, Alessandro le informó con voz átona de la muerte de Ranuccio, sin dar más detalles. No mencionó a Pierluigi. Clemente porfió, pero no esperó ninguna respuesta sino que anunció con tono melodramático:

—Los informes llegados desde Nápoles son claros: el *capitano* Pierluigi Farnese ha pecado gravemente contra el Santo Padre, su sagrada patria y el patrimonio de San Pedro, por lo que uno de mis primeros actos oficiales consistirá en excomulgarlo. ¡Recibirá la pena de la *anathema*!

Alessandro alzó la mirada hacia el Papa, guardó silencio, inmóvil, hasta que se inclinó ligeramente hacia adelante cuando Clemente quiso despedirse con un gesto de exagerado agradecimiento y observó al Papa que se marchaba a toda prisa. Ya en la puerta, Clemente se volvió una vez más, regresó de nuevo y le dedicó a Alessandro una afectuosa palmadita en la espalda.

—Tu palacete ha aguantado bastante bien la catástrofe gracias a Pierluigi, el excomulgado. Al tener a un hijo en un bando y otro hijo en el otro, te has asegurado la neutralidad... Puedo aprender aún mucho de ti.

Silvia contuvo el aliento.

Clemente siguió actuando de forma irreflexiva.

—Sin embargo, te perdono porque sacrificaste a tu favorito... Yo también me preocupo por mi hijo, que en este momento se ha convertido en un apátrida, pues ya

sabes que nos han expulsado de Florencia. Mis opositores allí han aprovechado mi debilidad: es el viejo espíritu de Soderini quien, por suerte, se pudre en el infierno... Pero te perdono —regresó de nuevo a la salida, con aspecto extrañamente distraído, mascullando entre dientes—. Debemos permanecer unidos, Roma nos necesita.

Tras esto, salió por la puerta con movimientos convulsos.

Alessandro lo siguió atentamente con la mirada, aún sin moverse, y exclamó con voz fúnebre:

—«Debemos permanecer unidos, Roma nos necesita»... ¡Maldito sea ese imbécil!

Constanza apareció una semana después, acompañada de una tropa armada que se defendía del ataque de bandidos, de campesinos expoliadores y de desesperados refugiados romanos sus carros llenos de alimentos. Bosio, Girolama y los niños permanecían en Santa Fiora, pues Silvia en su mensaje no había intentado embellecer la situación de la ciudad. En cuanto Constanza abrazó a su padre, éste pareció recuperar las fuerzas, la llevó hasta su estudio y le mostró el desgajado grupo de Laocoonte y sus hijos.

—Así está nuestra familia.

—¡Pero todavía nos tienes a *mamma* y a mí! —exclamó Constanza—. Tienes a Bosio, a Girolama y a los niños. ¿Acaso no pertenecemos a la familia? Estarás orgulloso de tus nietos.

—Sí, sí. —Alessandro se carcajeó como si se tratara de un chiste infantil.

Constanza miró a Silvia, interrogante, y ella simplemente agitó la cabeza con impotencia.

De pronto, rompió a llorar sin freno. Constanza lo apretó contra su pecho y él comenzó a sollozar.

—Sé que sois vosotras quienes me mantenéis con vida y no Ranuccio y Pierluigi.

Colocó con cuidado el fragmento de mármol de uno de los hijos de Laocoonte sobre una repisa y dejó que Constanza lo llevara hasta el primaveral jardín. También de allí había logrado Silvia que retiraran la mayor parte de las inmundicias e incluso empezaban a florecer algunos rosales de la pared.

—¿Te acuerdas cómo Sangallo nos mostró con sus esbozos el tamaño y esplendor que adquiriría el *palazzo*? —preguntó ella—. Cuando Roma vuelva a su ser, podrás hacerlo reconstruir y algún día poseeremos el *palazzo* más grandioso de toda Roma... Y tú te sentarás en la cátedra de San Pedro.

Alessandro de nuevo se rió como un niño.

—Pero primero Clemente debe... —dijo, acompañando su comentario de un gesto inconfundible.

—Sí, papá, primero el papa Clemente debe pasar a mejor vida.

Constanza le hablaba a su padre como a un anciano y no como a un hombre en

plenas facultades mentales; Silvia temió que Alessandro ya no volviera a recuperar su antigua fuerza anímica.

Durante las siguientes semanas, Constanza se ocupó sin descanso de su padre y había momentos en los que se pasaban los dos juntos las horas muertas en el estudio. Él quiso hacerle una consulta a Luca Gaurico, su astrólogo y futurólogo, pero o bien estaba muerto, o había abandonado Roma durante el *sacco*. Una mañana preguntó, sorprendido, por qué Baldassare Molosso ya no comía con ellos. Silvia tuvo que informarle de que Baldassare podía haberse salvado en Frascati, pero que había muerto durante los disturbios posteriores a la conquista. Al menos eso habían afirmado muchos de los viejos criados de Frascati.

—¡No quiero volver a ver a Pierluigi! —exclamó Alessandro, como si su hijo mayor hubiera hecho colgar él mismo a Baldassare—. Debería permanecer exiliado hasta el fin de sus días.

Silvia y Constanza se miraron de nuevo.

—No lo dices en serio, papá —dijo Constanza.

—En algún momento tanto el Papa como tú tendréis que perdonarlo. ¡Es el único hijo varón que te queda con vida! —añadió Silvia.

—¡Es responsable de la muerte de Ranuccio!

—Eso no lo ha llegado a ver nadie. Quién sabe por qué mano cayó Ranuccio.

—Tengo nietos, nietos varones, el Alessandro de Pierluigi ocupará su lugar y heredará nuestros bienes —dijo, pero cuando notó la mirada decepcionada de Constanza, continuó—. Naturalmente también tus hijos recibirán su parte.

A finales de octubre, el hijo primogénito de Silvia, Tiberio, apareció en Roma: ella le había pedido que hablara con Alessandro. Entretanto se había convertido en abad de los benedictinos de Nepi, apareció vestido con un hábito negro y, desde un primer momento, pareció ejercer un efecto tranquilizador sobre Alessandro. Exigió rezar cada día con su padrastro y escucharlo en confesión y, tras su furia inicial éste aceptó. Silvia no estaba presente cuando ambos hablaban, pero se dio cuenta de los cambios que se producían en Alessandro. Cada día parecía más estable, ya no maldecía a nadie y poco a poco incluso logró mencionar a sus hijos sin romper a soltar herejías ni a llorar desconsolado. Incluso logró volver a hablar de Paolo y del pacto del sacrificio que había aceptado en una ocasión para convertirse en Papa.

—Así me burlé de Dios y Él me castigó no manteniendo su palabra. ¿Acaso no ha permitido que Ranuccio muriera sin que yo me convirtiera en Papa? ¿Acaso quiere rebajarme antes de encumbrarme, como hizo con Job? ¿Quiere hacer morir a todos mis hijos e hijas y castigarme con la lepra? —exclamó, haciendo a Silvia temer un nuevo estallido de locura.

Tiberio le contestó sin siquiera alzar la voz:

—Dios no cierra ningún pacto con ser humano alguno, de la misma manera que tú

no pactas con un gusano de tu jardín. Dios ha castigado a la babilonia romana y nos ha castigado a todos para abrirnos los ojos. Por eso debemos hacer penitencia y propósito de enmienda. Para poder recuperar nuestra fe y asimilar su mensaje apostólico.

Tras una larga pausa en silencio, que Alessandro aprovechó para meditar acerca de lo dicho, respondió suavemente a Tiberio:

—¿Tú también me ves como un gusano?

Tiberio lo miró y respondió sin ningún tipo de doble sentido ni tono:

—Querido padre, solo he expresado una comparación. Me refería a todos nosotros, como seres humanos, en nuestro comportamiento frente a Dios. Lo que en realidad quería decir, simplemente, era que considero tu «pacto» como una forma un tanto vergonzosa y al mismo tiempo pecadora de superstición...

—Dios me habló en sueños hace muchos años, tras la muerte de Paolo —insistió Alessandro, también sin alterarse.

—Dios ya ofreció a su hijo por todos nosotros; no son necesarios más sacrificios, pues Cristo ya limpió todos los pecados del mundo.

—Sí, sí —repuso Alessandro, suspirando hondamente, antes de continuar con voz tenue—. Sin embargo, no me permite resucitar a mis hijos.

Capítulo 105

Nápoles - principios de 1529

Tras el último combate, Pierluigi Farnese siguió sirviendo al emperador con sus tropas al norte de Nápoles. Como seguía faltándoles el sueldo y conseguir provisiones en la ciudad sería difícil, pues no se toleraría el pillaje, se retiraron a la Campaña, donde prendieron fuego a las granjas y asaltaron los asentamientos desprotegidos como si fueran animales de presa.

La excomunión del Papa le dolió mucho a Pierluigi, aunque escupió sobre ella y calificó al Papa de «perro sarnoso». Por la tarde se emborrachó y, en un arrebato de ira, la tomó con su compañero de lecho, quien no estaba demasiado apetente aquel día, y lo expulsó de su tienda para siempre jamás.

Tras ese ataque, permaneció solo por las noches, dejándose consolar por Virginia. Tras enterrar juntos a Ranuccio, ella había permanecido a su lado como su *paggio*. Siempre se preocupaba por él cuando por las mañanas se despertaba mirando en torno a él como un loco, aterrorizado por las pesadillas. Ella solo hablaba lo estrictamente necesario, mantenía sus cuatro cosillas en orden, limpiaba la tienda, conseguía los elementos indispensables para sobrevivir y él, por su parte, se ocupaba de que ninguno de sus hombres se le acercara con hostilidad. Hacía tiempo que se habían dado cuenta de que su hirsuto mozalbete era una joven atractiva a la que no le crecía la barba, sino un cabello denso y largo.

Una noche, él oyó llantos procedentes de la pequeña tienda que ella mantenía junto a la suya y supo que lloraba por Ranuccio. Todavía no estaba completamente borracho por lo que la pena por la muerte sin sentido de Ranuccio aún le afectaba. Como parecía que no dejaba de gimotear, Pierluigi la llamó a su tienda aunque no sabía bien cómo consolarla, ni siquiera cómo empezar a hablarle. Finalmente optó por preguntarle por qué había desaparecido repentinamente la mañana antes de la batalla de Aversa y si tenía alguna idea de por qué a Ranuccio le había dado por correr medio desnudo como un lunático predicador ambulante entre los dos frentes de combatientes.

Virginia le habló, con palabras directas e interrumpiéndose una y otra vez por los sollozos, del encuentro con Ranuccio y de las horas al resguardo de la retama. Él reprimió una sonrisilla maliciosa, pues la conclusión de aquella noche había sido demasiado trágica. Virginia seguía llorando en silencio y él, finalmente, la abrazó. Como ella se mostró reticente, la soltó y repitió:

—¡Qué muerte más estúpida! Ranuccio podía haber sido feliz si... —interrumpió

sus palabras y contempló a Virginia largo rato.

Ella mantenía la mirada hundida.

—Podría haber sido feliz —repitió él—. En realidad yo lo quería bien aunque solíamos discutir, aunque él me odiaba... Y aunque me robó el amor de nuestro padre.

Cuando, algunos días después, regresó cubierto de sangre y suciedad de una de sus incursiones de saqueo por Nápoles, hizo que Virginia le preparara un baño. Se encontraba ya tendido placenteramente en el agua caliente, con la cabeza recostada en el canto de la bañera, medio dormitando. Virginia le echó algo más de agua para que no se enfriara y le tendió una carta que le había hecho llegar un sirviente del virrey español de Nápoles tras numerosos destinos equivocados.

Como Pierluigi reconoció el sello de su madre, se asustó porque creyó que sería el aviso de la muerte de su padre. Le temblaban las manos empapadas, por lo que le devolvió la carta.

—¡Léemela! Quizá le haya pasado algo a mi padre... O quizá *mamma* me informe de que el Papa ha derogado su excomunión... El emperador, sin duda, ha debido hablar en mi favor...

Virginia rompió el sello con cuidado, extrajo la carta y comenzó a leer:

«Querido hijo, espero que mi carta te haya llegado a pesar de los tiempos revueltos que vivimos. Después de que tu padre supiera de la muerte de Ranuccio, enfermó de gravedad; Constanza y yo temimos que su espíritu se hubiera debilitado finalmente y se hubiera despedido de este mundo, pero en los últimos meses ha ido mejorando muy lentamente y ahora es de nuevo tu padre, y lo que es más, se encuentra muy atareado con sus quehaceres vaticanos pues la salud del papa Clemente ha empeorado notablemente. Todos tememos que no sobreviva a la Cuaresma».

—¡Por fin! —exclamó Pierluigi—. Finalmente va a sucumbir esa rata traicionera. Entonces papá será Papa y retirará mi excomunión. Volveré triunfante a Roma y podré abrazar a mis hijos. Quizá Girolama vuelva a estar embarazada después de tanto tiempo, ella tenía ganas y yo lo hice lo mejor que pude —dejó que el agua le entrara en la boca y después la escupió formando una pequeña fuente—. ¡Sigue leyendo, Virginia!

Ella se había apartado un poco, temblaba repentinamente de pies a cabeza y su rostro había adquirido un tono verdoso.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él, pero la joven salía ya precipitadamente de la tienda y vomitaba en el exterior.

Él se sentó en la bañera, pero como los hombros se le quedaban fríos, volvió a hundirse hasta el cuello. Cuando Virginia regresó y él vio el relieve de su cuerpo al contraluz de la entrada de la tienda, se dio cuenta de pronto de por qué había

vomitado y por qué sus ojos, desde hacía algún tiempo, oscilaban tanto entre un brillo alegre y una oscuridad refulgente.

—¡Tú también estás embarazada! —exclamó él, riendo, y como la alegría lo embargó de forma inesperada, la llamó hacia él, tomó su cara entre las manos y le besó la nariz.

En ese momento, perdió el sustento en la resbaladiza superficie de la tina y se golpeó con fuerza la nuca en el canto metálico. No tardó en hundirse. Logró salir de nuevo resoplando, se frotó la parte de atrás de la cabeza donde, sin duda, le saldría un chichón, pero no pudo evitar reírse de su torpeza y dijo:

—A todo cerdo le llega su sanmartín... Pero no podrán conmigo por tan poca cosa.

Mientras Virginia se inclinaba sobre él y le examinaba la nuca, apareció de pronto ante él la imagen de Paolo muerto. Saltó directamente del agua y se colocó chorreante y completamente desnudo ante Virginia, que refuló asustada. La imagen de su hermano muerto aún le tenía sin aliento cuando los vio a los dos juntos, a Paolo y a Ranuccio. El pánico lo embargó, quería eliminar o alejarse de la imagen de los difuntos, pero no lo conseguía, sino más bien al contrario: por todas partes surgían cadáveres demacrados que le llamaban asesino.

Apenas se dio cuenta cuando Virginia le colocó un gran paño sobre los hombros y un segundo en torno a las caderas. De pronto le temblaron las piernas y se dejó caer sobre un taburete. Se le tensó la boca. Quería maldecir, pero tenía la lengua y las mandíbulas tan secas que solo logró emitir una especie de graznido y, como ya no pudo dominarse, agarró a Virginia y apretó la cara contra su vientre blando pero ya redondeado. Ella lo miró fijamente y no le tocó. Él sumergió aún más el rostro en su abdomen y, poco a poco, fueron desvaneciéndose las imágenes de las furias, Paolo y Ranuccio se fusionaron en una sola persona y después se difuminaron en un oscuro y gris velo de niebla.

En su cabeza tamborileaban desordenados golpes contra las sienes y poco a poco soltó a Virginia. Lo que no había ocurrido nunca, sucedió finalmente: ella no solo le observaba con preocupación, sino que le acariciaba la cabeza en ademán tranquilizador, como si fuera un niño. Le volvieron vagos recuerdos de su madre, se tendió en el catre y se tapó, pues estaba empezando a tiritar. Virginia lo secó con sacudidas enérgicas y finalmente le cubrió con una manta.

—Siéntate a mi lado y sigue leyendo la carta de *mamma* —le pidió entre susurros—. ¿Escribe si Clemente ha sucumbido finalmente?

Virginia buscó con la mirada el punto en el que había interrumpido la lectura.

«... Que no sobreviva a la Cuaresma, pero si bien hay gente que muere prematuramente de forma trágica, también hay otros que se sobreviven a sí mismos. Uno de estos últimos podría ser el papa Clemente VII».

—Así que no —bufó—. Las ratas tienen siete vidas. ¡Sigue, sigue leyendo!

«Por desgracia tu padre no ha podido evitar la excomunión, aunque intentó que la levantaran después de que el Papa tomara una postura más cercana al emperador. El plan de Clemente es, por lo que tu padre sabe, liberar Florencia de sus dirigentes actuales mediante las tropas del emperador para cedérsela a su hijo Alessandro, el de cabello rizado, y que se convierta en soberano y duque de la Toscana. El emperador planea, al mismo tiempo, hacer que el Papa lo corone oficialmente como emperador en Italia y, puesto que Roma aún se encuentra destrozada, la coronación tendría lugar en Bolonia.

»Tu padre lucha sin descanso por la paz en nuestras devastadas tierras y se esfuerza porque se distribuyan cereales, carne, leña y madera para la construcción en Roma. Muchos mercaderes han llegado en tropel de todas las regiones de Italia, pero los romanos carecen de dinero y de crédito como para comprar bienes. Por suerte los refugiados van volviendo poco a poco y se mesan los cabellos de puro espanto ante el estado de sus casas y palacios.

»Para mi gran alegría, Constanza ha regresado a Roma el último otoño para apoyarnos a tu padre y a mí en estos tiempos difíciles. Bosio y también tu Girolama viven con los niños todavía en Santa Fiora y querrás saber que están bien. Creo en cualquier caso que pronto retornarán a la ciudad.

»También querrás, querido hijo, saber de tu padre. Debo decirte con pesar que no habla bien de ti. Cree que tú (apenas me atrevo a decirlo) mataste en combate a Ranuccio, quien habría entrado en lucha contra tus hombres. Puedes imaginar lo desconsolado que está tu padre ante el hecho de que su benjamín no siga con vida. La muerte de Paolo ya le afectó con igual fuerza.

»Por suerte tu hermanastro Tiberio ha venido a Roma para rezar junto a él. Ya sabes que tu padre nunca fue un hombre piadoso y su fe nunca se encontró entre las más fuertes, incluso durante los últimos meses ha mostrado un descontento con Dios similar al que tuvo Job. Sin embargo, parece estar ocurriendo algo en su interior, una búsqueda de una fe apasionada: fluctúa entre el escepticismo, un cinismo triste y una adoración conmovedora, entre la humildad y la rebelión. Entiende el revés sufrido por Roma como el fin de toda la inmoralidad y de la pompa exacerbada, mientras que Tiberio lo considera un castigo del Señor. Ambos coinciden en que el Vaticano, a partir de ahora, tendrá que tomar una nueva vía. Con frecuencia se sientan juntos con Constanza y, según les oigo, discuten sobre las tesis de los apóstatas del norte de los Alpes. Aunque no están de acuerdo con la cuestión del celibato, sí lo están sobre la necesidad imperiosa de un concilio fundamental.

»El papa Clemente, no obstante, no está en absoluto interesado en un concilio, pues piensa que podría hacer que lo depusieran.

»Tampoco quiero ocultar que tu padre ha envejecido enormemente. Sobrelleva

con dificultad el peso de las penas que tanto nosotros como Roma tenemos que soportar. Fuerte y recto, igual que un árbol, como solía ser, ahora camina agachado. Sin embargo lo que aún no ha perdido a sido la fervorosa voluntad de darle sentido a su existencia, de alcanzar su meta y que lo ensalcen como a un bienhechor, como a un salvador llegado a nosotros. Igualmente todavía sueña con hacer de su familia, aun dolorosamente menguada como está, un clan fuerte y poderoso. Habla con frecuencia de sus nietos, a quien ya quiere convertir en duques, cardenales e incluso papas. Ya ves que, por mucho que el destino, o Dios Todopoderoso, le pongan a prueba y le atormenten, no se dará por vencido hasta que se encuentre ante las puertas de la gloria pidiendo entrada. Recemos porque continúe así.

»Ya sabrás que ni Baldassare ni Maddalena Roma continúan con vida. Tu padre se encontró con la cortesana de Campo de Fiori poco antes de su muerte. La hija de Maddalena, Virginia, está desaparecida, pero no tenemos noticias concretas de su muerte y tu padre está investigando su paradero. Tiene mucho apego a esa muchacha porque piensa haber hallado en ella a la joven que yo un día fui. Los caminos de Dios son inescrutables: esté donde esté, debemos aceptarlo...».

Virginia dejó caer el papel porque ya no pudo contener sus callados sollozos. Pierluigi le cogió de las frías manos y las apretó fuerte.

—¿Crees que es hijo suyo?

Ella se encogió varias veces de hombros pero él no supo distinguir si eran el llanto el que se los agitaba.

—¿Podría ser siquiera el padre? ¿La noche en la retama... vosotros... estuvisteis juntos?

Él recibió una mirada aturdida y anhelante; sus ojos refulgentes eran tan oscuros como el firmamento nocturno. La luz de las velas se reflejaba en ellos como si fueran estrellas. Pierluigi se dejó caer y contempló la enorme manta.

—Vamos a escribirle a mis padres y a explicarles cómo murió realmente Ranuccio. Escríbeles tú para que no crean que soy yo tratando de exculparme, y así sabrán además que sigues con vida. No olvides informarles de que llevas al hijo de Ranuccio en tus entrañas. Da igual si Ranuccio es el padre o... Quien sea. Debes creer que es así, igual que debes creer que mi padre no es tu verdadero padre, sino...

—Rafael Sanzio —susurró ella, sonriendo entre las lágrimas—. Mi verdadero padre es el gran pintor.

Capítulo 106

Roma, palazzo Farnese - octubre de 1534

El año posterior al *sacco* de Roma, Constanza lo vivió como la corriente de un río. Le dio a su Bosio dos hijos más y a su padre, dos nietos. Se ocupó de que el palazzo Farnese brillara con su viejo esplendor. Hizo embellecer la casa de su madre en la via Giulia y ordenó la construcción de una nueva galería en el tejado, para que su madre pudiera disfrutar de los dorados atardeceres sobre el Gianicolo o sobre el Vaticano veraniego. Hablaba diariamente con su padre de las jugadas políticas del momento y se preocupaba de que cuidara su salud. Se había vuelto un hombre mayor con un estómago delicado y profundas arrugas en el rostro, con la espalda encorvada pero con un brillo constante en la mirada. Su inteligencia estaba más afilada que nunca y, además, algo de lo que ella se encontraba particularmente satisfecha, parecía haber encontrado la fe: se había apoderado de él una pasión apostólica que la tenía sorprendida y él mismo expresó con una sola palabra la naturaleza de su transformación: Damasco. Fuera como fuera y cuando fuera, un rayo de Dios debía haberlo alcanzado.

Sin embargo, ciertas dudas se manifestaban todavía en él. ¿Realmente se contaba entre los conversos? ¿Cuánto duraría esa conversión? Cuando ella se lo preguntaba directamente, él se limitaba a sonreír como un viejo zorro y no respondía nada.

Aunque día tras día apenas hallaba un momento para descansar, con la excepción de sus visitas diarias a los oratorios en los que, tras la catástrofe de Roma, se podía encontrar una gran devoción, no se sentía ni marchita ni cansada. Todo lo contrario. Bosio también estaba sorprendido porque no le descuidaba ni a él ni a los niños. Simplemente necesitaba menos horas de sueño y sentía una fuerza interior como no había experimentado en su vida.

Vivió un momento de deterioro cuando el papa Clemente, en abril de 1529 y tras una larga enfermedad, recuperó la salud. Ya veía a su padre sentado en el trono papal tras su tercer intento, en esa ocasión sin luchas ni intrigas de por medio, pero el papa Clemente lo había desbaratado todo. Su padre, como decano del colegio cardenalicio y vicescanciller, era prácticamente un segundo Papa, negoció con el emperador, preparó su coronación en Bolonia, lo que hizo aumentar la estima de Carlos V hacia él y organizó el encuentro entre el emperador y el rey francés en Niza, donde la sobrina de Clemente, Caterina, se casaría con el aún joven hijo del rey, Enrique.

Su padre participó mucho menos en la conquista de Florencia por parte de las tropas imperiales, algo que Clemente quería realizar a toda costa para poder convertir

a su tosco bastardo, el moreno Alessandro, cuyo nombre Constanza aún formulaba con desagrado, soberano de la ciudad. El que también Pierluigi hubiera participado en la conquista como *capitano* imperial era algo que ella prefería ignorar, pues sabía que a su padre le dolía.

Finalmente, lograron que Clemente levantara la excomuni3n de Pierluigi. 3l entonces se encontraba con su Girolama en su castillo de Valentano, en las cercanías del lago de Bolsena y, a pesar de todo, nunca volvi3 a dejarse ver por Roma.

Cuando Girolama dio a luz a un Ranuccio en el 1530, su suegro derram3 l3grimas de tristeza por aquel nombre que le traía los dolorosos recuerdos de su hijo favorito. Le perdon3 a su primog3nito todos sus actos vergonzosos y le rog3 que permitiera que sus hijos se criaran en Roma. Pierluigi dud3, pues el recuerdo de su participaci3n en los sucesos del *sacco* era a3n reciente y temía represalias. Despu3s de que Girolama diera a luz tambi3n a un Orazio en el 1532, tanto la madre como los ni3os se mudaron al *palazzo* del abuelo. Pierluigi se dejaba ver por all3 solo ocasionalmente. A su padre no le pareci3 mal. Tal y como le comentaba a Constanza una tarde:

—Poco a poco empiezo a creer en una bendici3n que, a pesar de todo, recae en nuestra casa y en nuestra familia.

Señal3 con satisfacci3n el hecho de que tambi3n traía ni3os al mundo con regularidad y, aunque las ni3as nacidas en su seno no recibirían legitimaci3n, sí obtendrían una suma considerable como dote el d3a que se casaran adecuadamente.

—Ya nos ocuparemos de eso en su momento —concluy3.

Constanza contemplaba la salud de su padre con preocupaci3n. Tenía ya m3s de sesenta a3os. Si ella le hablaba del pr3ximo c3nclave, 3l adoptaba un gesto decidido, aunque los frecuentes dolores de est3mago eran imposibles de ignorar. Ella se3alaba que no sería del todo malo si alguna vez dejaba traslucir algo de debilidad, o incluso de enfermedad.

—Digo «traslucir»... Los cardenales, así, podrían considerarte un candidato de transici3n que no durara mucho. Eso haría que a tus enemigos y calumniadores les resultara m3s f3cil votarte. En realidad en el c3nclave debes estar en guardia, mantenerte fuerte y convertirte de una vez en el Papa, demostrárselo a todos. Ya me preocuparé yo de que alcances una edad digna de Matusal3n.

El padre sonreía con suavidad y picardía y decía:

—Cari3o, eres igual que Silvia... ¡Como una madre!

Lo que a3n lo atormentaba y le sumía una y otra vez en una tristeza muda y en las cavilaciones, eran los pensamientos en la muerte de Ranuccio, pero tampoco Virginia lo dejaba descansar. De hecho, los padres habían recibido carta de Pierluigi y de la antigua cortesana en la que los dos juraban por los cuatro evangelistas que Ranuccio había muerto ante sus ojos y no lo había hecho por mano de su hermano o de alguno

de sus soldados, sino por una ráfaga errónea de disparos de los arcabuceros franceses. Pierluigi había querido salvarlo, pero después lo había enterrado con todos los honores.

Virginia había agradecido todas las muestras de bondad que el cardenal Farnese había tenido con ella y había jurado que su amor por Ranuccio había sido real, puro y correspondido. Además había añadido, y Constanza podía recitarlo de memoria: «tampoco quisiera ocultar que me encuentro en estado de buena esperanza».

Cuando el padre leyó aquellas líneas, casi se desmayó de exaltación.

—Lleva el hijo de Ranuccio, mi niño me dejará un nieto.

Constanza no pudo evitar aguar la dicha de su padre señalando que él mismo había considerado a Virginia como su propia hija.

—No querría mencionar aquí lo que eso significa. Además, esa criatura aún no ha llegado al mundo e incluso podría ser niña.

—Oh, Virginia no puede ser mi hija. Maddalena simplemente quiso escoger un padre rico y conocido para ella. Unas veces yo, otras veces el de más allá...

Era evidente que no sería fácil aguar su ánimo.

—¿Piensas en alguien en concreto?

—¿Por qué no Rafael? Sé que hubo un tiempo en que solía encontrarse con Maddalena, fui yo quien los presentó. Era su primer día en Roma...

—¿Y por qué no reconoció a Virginia?

—Lo hizo, de hecho, aunque de forma indirecta, retratándola en sus obras maestras. Sin embargo, también tenía que pensar en su carrera como principal artista del Papa, en la sobrina del cardenal Bibbiena con la que debía casarse, el mejor partido que el Vaticano podía ofrecerle entonces.

—Eso no evitó que Rafael amara a aquella hija de panadero.

—Frecuentar a una muchacha de la plebe con la que no se está casado es una cosa; tener una hija oficial con una cortesana es otra muy distinta. Además, la *fornarina* era terriblemente celosa, como él mismo me confió una vez.

Constanza negó con la cabeza.

—Quizá Virginia sea hija tuya después de todo.

Él la abrazó y le acarició cuidadosamente la cabeza sobre la redecilla que le cubría el pelo.

—Ahora no te me pongas tú celosa. Os quiero a todos... Y tampoco olvidaré nunca a Ranuccio ni a Paolo.

Constanza suspiró.

—Eso lo sé de sobra.

Cuando el padre supo que Virginia había traído a una niña al mundo, contra todo pronóstico no se mostró decepcionado sino todo lo contrario: sus envejecidos rasgos se iluminaron de inexpresable felicidad. Envió un mensajero a la madre primeriza

para rogarle que abandonara Nápoles y volviera a Roma, incluso que se trasladara al *palazzo*. Llegó a ofrecerle una considerable suma de ducados, sin embargo, Virginia le dio las gracias con palabras candorosas y concluyó su carta con las palabras: «Todavía no. Con afecto y gratitud, Virginia Santi, *pittrice*».

El padre no pudo reprimir su desilusión tras leer la carta, pero al mismo tiempo rió con suavidad.

—Lo que yo dije: Rafael. Incluso se ha bautizado con el nombre de su padre y se ha establecido como pintora. Los caminos del Señor son inescrutables... No obstante, algún día sus pasos las traerán de nuevo a Roma, que es a donde llevan todos los caminos, como es bien sabido...

Entonces llegó el verano del año 1534.

El papa Clemente volvió a sufrir un nuevo acceso de vómitos y fiebre. Naturalmente de inmediato se dijo que lo habían envenenado; otros señalaron que la preocupación por la vida disipada y las artimañas ambiciosas de su sobrino Ippolito, a quien había nombrado cardenal pero que había querido devolverle el capelo de inmediato, habían agravado su salud.

Constanza, que estaba embarazada de su décimo hijo, no apartaba la vista de su padre a pesar de su estado y lo acompañaba incluso hasta las puertas del Vaticano. Ella le aconsejó que jugara el papel del anciano debilitado pero que aspiraba al pontificado por razones evidentes. El pánico atenazó a la mujer cuando en agosto Clemente pareció sanar, mientras que buena parte de los cardenales pasaban a mejor vida: Enckevoirt, el favorito de Adriano, della Valle y después también Caetanus. Constanza quiso evitarle a su padre aquel peligroso mes, que siempre provocaba numerosos males en la ciudad por su demoníaco calor y arrastraba a incontables romanos a la tumba, y llevarlo a Frascati o a la *isola* Bisentina, donde el aire era más puro y los días resultaban más llevaderos. Sin embargo, él contestó que precisamente aquellos días cada hora contaba. Tenía razón.

Las fluctuaciones en la salud del Papa se prolongaron durante septiembre. Cuando ya parecía curado, de pronto recayó en la fiebre, en un ataque permanente que lo debilitó de forma decisiva. Era el 24 de septiembre de 1534. El padre, que había acudido al Vaticano cada día, informaba a Constanza de la imparable decadencia del Santo Padre. En la ciudad cundía la inquietud y entre los cardenales se hablaba ya del posible sucesor. Muchos de sus compañeros enmudecían cuando él se acercaba, otros le dedicaban exageradas reverencias o incluso le aseguraban su apoyo.

Alessandro Farnese se mostraba menos encorvado que de costumbre pero hablaba en ocasiones del difícil cometido al que posiblemente tendría que enfrentarse.

—Papá, ¡ahora no flaquees en el último momento! ¡*Omne trium perfectum!* Lo conseguirás, y toda Roma, qué digo, la cristiandad entera gritará de alegría.

—No exageres, hija mía —dijo, aún con gesto reflexivo—. Si un hombre en el fondo tan incrédulo como yo llegara a Papa, sería un sacrilegio. Dios nunca me lo perdonaría.

—Pero piensa en Saulo, que llegó a ser Pablo, el más grande de todos los apóstoles. Él tuvo su Damasco... Al igual que tú, lo sé.

Su padre, entonces, se sumió aún más en sus pensamientos. Por suerte, o al menos eso le pareció a Constanza, se encontraban solos en el estudio sin la madre, que durante los últimos meses se había recluido en sí misma, sin Pierluigi, que ni siquiera se acercaba a Roma, y por supuesto también sin Girolama y Bosio.

—Al menos Luca Gaurico, mi viejo astrólogo, ha vuelto a Roma y me ha afirmado que las constelaciones señalan octubre como un mes propicio. Se muestra optimista.

Constanza entonces tomó la mano de su padre y la besó una y otra vez.

—Entonces, lo conseguirás —exclamó entre cada beso.

Él retiró la mano y dejó caer la mirada sobre el destrozado grupo escultórico del Laocoonte, que cogió y examinó con un fuerte suspiro.

—La serpiente no ha podido tragarte —afirmó ella.

—Pero Paolo y Ranuccio...

—Papá, por ellos, en su nombre, te convertirás en Papa.

Colocó de nuevo las figuras de mármol sobre la repisa con dedos temblorosos y posó la vista sobre los cajones abiertos, sobre el atrio y las arcas.

—En caso de que realmente sea elegido, tendré que destruir algunos documentos. Hay demasiados papeles que retratan mi vida y que pueden ensuciar mi imagen. Un pontífice no puede tener un pasado dudoso, ni concubinas...

—¡Pero sí hijos y nietos!

Él sonrió:

—Los hijos y los nietos están permitidos, aunque para los más piadosos sea como una china en el zapato. No obstante, a palabras necias...

De nuevo hizo vagar la mirada por la habitación.

—Lo importante es destruir a todos los pecadores.

Constanza quiso arrancarle de sus meditaciones. Debía pensar en su futuro, en su triunfo.

—¿Cómo quieres que te llamen cuando seas Papa, papá?

Él calló durante largo rato, pensativo, sonriendo al mismo tiempo con melancolía y tristeza, aunque con fuerzas renovadas latiéndole en los ojos.

—En recuerdo de mi querido Paolo y de Damasco, me haré llamar Pablo, seré el tercero con ese nombre. *Omne trium perfectum*, como tú has dicho.

—Es un nombre maravilloso, digno de ti —repuso ella, abrazando a su padre, apretándolo contra ella, como si nunca quisiera soltarlo.

Al día siguiente, lo acompañó hasta la plaza de San Pedro, donde ya se habían reunido miles de personas. Cuando reconocieron a su padre, vestido con su sedoso y resplandeciente hábito cardenalicio, rompieron en exclamaciones de júbilo, él los saludó con alegría, los bendijo e incluso besó a algunos de los niños. No obstante, se detuvo repentinamente al llegar al portal del palacio vaticano. Constanza no entendió en un primer momento por qué se apartó del camino y permaneció mirando fijamente a una niña de unos seis años y a su madre. La mujer sonreía, la pequeña permanecía seria. Llevaba al pecho una pesada cruz de oro.

Durante un instante, Constanza creyó que iban a atacar a su padre, que caería y moriría. Ninguno de los tres se movió. Constanza entonces reconoció a quien se encontraba frente a él y sonrió: estaba mayor pero aún era joven y, de alguna forma, resultaba tan hermosa y modesta como una virgen María. Solo podía tratarse de Virginia. Aquella niña sería con aquellos ojos ligeramente velados y oscuros y la llamativa cruz era su hija.

El padre, pálido, dio un paso hacia ellas, Virginia se arrodilló ante él sin bajar la mirada y la niña se mantuvo inamovible. El padre las bendijo, acarició la cabeza de Virginia y se inclinó ante la pequeña para besarle la frente.

La multitud a su alrededor lo jaleaba y aplaudía.

Él se irguió, tambaleándose ligeramente, por lo que Constanza saltó hacia él para sujetarle. Sin embargo él ya había logrado dirigirse con pasos más firmes hacia el portal. Entonces, le dirigió una breve despedida a Constanza.

Cuando ella se dio la vuelta, Virginia y su hija habían desaparecido.

En la medianoche de un 25 de septiembre de 1534, sumida aún en un verano tardío que cubría la ciudad de una pálida luz, el papa Clemente falleció.

Durante las siguientes dos semanas cundió la habitual anarquía propia del periodo de sede vacante. Los preparativos políticos del cónclave mostraron unas facciones debilitadas e inescrutables, con pocos ánimos de combatir. Desde el principio un solo candidato aparecía en boca de todos, e incluso la población veía ya una elección segura: el cardenal Alessandro Farnese.

El 11 de octubre se reunió el cónclave.

El 12 de octubre el colegio cardenalicio cerró su decisión.

Se realizó un escrutinio pro forma. El cardenal Alessandro Farnese fue elegido por unanimidad.

La mañana del 13 de octubre la expectante muchedumbre de la plaza de San Pedro escuchó: *«Annuntio vobis gaudium magnum: Habemus Papam: Eminentissimum ac reverendissimum Dominum Alexandrum Cardinalem Sanctae Romanae Ecclesiae Farnesium»*.

El júbilo cundió por toda la plaza, rompió contra los muros del Vaticano y el eco podía escucharse incluso al otro lado del Tíber, en la Roma más alejada.

Constanza, que se encontraba reunida con su familia bajo la logia de las bendiciones y saludaba a su padre, casi se desmaya de gozo. El cansancio también hizo mella en ella, pues había pasado la noche en el estudio de su padre, había revisado de nuevo todas las cartas, documentos y anotaciones ya recopilados y comprobados y después se había sentado a escribir la historia de su vida.

A la salida del sol se había desplomado sobre el montón de papeles, había rezado en silencio y había dado las gracias al Señor sin conseguir emitir una sola palabra sonora.

La larga noche de Constanza Farnese llegaba a su fin. Había salvado los recuerdos de la dramática vida de su padre para las generaciones futuras. Con sumo cuidado, ordenó la pila de papeles y escribió bajo su última anotación:

Habemus Papam.

Epílogo

Cuando, en 1995, durante una exposición realizada en Munich bajo el título «El esplendor de los Farnese», contemplé por primera vez el retrato original que Tiziano realizó del papa Pablo III, el estudio de su fisonomía me atrajo de forma muy peculiar, y sin embargo no fui del todo consciente de hasta qué punto el personaje de Alessandro Farnese me supondría un trabajo tan prolongado y exhaustivo.

En ocasiones se producen momentos en la vida de un escritor en los que se queda clavado ante una historia, una vida o incluso una anécdota acerca de una persona y piensa: esto es materia de novela para ti; éste es tu personaje. Así me ocurrió cuando topé con la biografía de Jean Maynier d'Oppède (de lo que surgió *Die provençalín*) y así me ocurrió en mi primer, e inicialmente solo visual, contacto con el papa Pablo III: un viejo zorro taimado me contemplaba, pero al mismo tiempo era un anciano bienhechor, un filósofo puesto a prueba por la vida que lucía en el rostro los incontables golpes de la vida.

La ambivalencia y profundidad de su personalidad, retratada con maestría en la pintura de Tiziano, me impulsó a investigar la vida de aquel Alessandro Farnese. Cuando di con las investigaciones de Roberto Zapperi, particularmente su ensayo titulado «Las cuatro mujeres del Papa», lo integré de inmediato, junto con su nieto del mismo nombre, en la trama aún en desarrollo del proyecto *Provençalín*.

Como ocurre con frecuencia, un primer tratamiento literario terminó llevando a un desarrollo posterior más intensivo: un joven de familia aristocrática, destinado a hacer carrera al servicio de la Iglesia en el Vaticano, acaba encerrado por motivos poco claros en las mazmorras del castillo de Sant'Angelo, pero es capaz de huir de su cautiverio de forma osada y aventurera, vive un «exilio» florentino en casa de Lorenzo de Medici, el Magnífico, completando allí sus estudios humanísticos y disfrutando de una vida desenfrenada. De nuevo en Roma, logra el ascenso a la curia gracias a la influencia de su hermana, la amante del papa Borgia, pero al mismo tiempo la existencia de la familia se ve amenazada tras la muerte del hermano mayor y de numerosos primos. De pronto, Alessandro pasa de ser un «epicúreo» más que mundano y aficionado a las mujeres, sin dejar por ello de ostentar el cargo de cardenal y encontrarse naturalmente obligado al celibato, a convertirse al mismo tiempo en el último superviviente masculino de su floreciente y nobiliaria familia.

En el Vaticano del Renacimiento, como es bien sabido, las numerosas prescripciones canónicas y los mensajes apostólicos no se cumplían siempre al pie de la letra, mucho menos las interpretaciones eclesiásticas: Alessandro Farnese buscó y encontró una inicialmente aún casada concubina, una «mujer para toda la vida», todo hay que decirlo, y la convirtió en la madre de sus cuatro hijos. El sucesor del papa Alejandro VI, el protector y amigo personal de Alessandro Farnese, le otorgó carácter

oficial a la necesidad de la procreación como forma de preservar el legado familiar y legitimó a los hijos varones.

De la historia de amor entre Alessandro Farnese y Silvia Ruffini, la madre de sus hijos, surgió la novela *Die Geliebte des Papstes*, que concluía con el nacimiento de su primogénito varón y, con ello, con el primer eslabón en el prolongado plan vital del cardenal.

Ya entonces, un amigo, en una reacción espontánea ante el fin de esta novela, exclamó: «Pero si ahora es cuando la historia de tu protagonista se vuelve realmente interesante».

Aquella expresión, aunque exagerada, señalaba que los conflictos y ambivalencias que ya se habían dispuesto en *Die Geliebte des Papstes* aguardaban a que se les desarrollara. De hecho, la larga vida del cardenal y posteriormente Papa que, en la reciente historia del papado escrita por Horst Fuhrmann *Die Päpste* queda vergonzosamente descuidada, prácticamente ignorada, es tan notable y, al mismo tiempo, peculiar, como casi ninguna otra entre los grandes dirigentes religiosos.

Un hombre que siempre cree en Dios, que no piensa en el matrimonio, que apenas debe enfrentarse a tentaciones, que se convierte en sacerdote, obispo, cardenal y finalmente Papa puede alegrar el corazón de los piadosos y ofrecerles confianza y un espíritu constructivo, pero como personaje de novela resulta aburrido.

Por el contrario, un hombre lleno de ambición, que caza, que se interesa por la filosofía epicúrea y las mujeres pero no tanto por la religión cristiana y en sus dogmas, que entra al servicio de la Iglesia única y exclusivamente por tradición familiar y que, no obstante, a pesar de todas las infracciones cometidas, logra hacer carrera con determinación, si bien con numerosos altibajos y permanentes amenazas de fracaso... Un hombre así resulta un protagonista rico en matices. Si además ese hombre falto de religiosidad resulta ser, por un lado, un maestro del nepotismo, mientras que por el otro se transforma en un salvador de la Iglesia católica en un momento de decadencia, que puso a ésta en vías de una reforma mientras iniciaba la Contrarreforma, entonces lo que el autor tiene entre manos es materia de novela de primera calidad.

Por ese motivo he regresado a Alessandro Farnese en más obras: para contar en dos novelas más su vida posterior, la vida de su familia y el destino del Vaticano y de la ciudad de Roma.

Los años de madurez y vejez de Alessandro Farnese alejan el acento de la clásica historia de «chico conoce a chica» para describir una dramática dinámica familiar, así como una apenas menos dramática historia de la Iglesia que se extendió hasta el alcanzar un trágico punto negro en la historia bélica europea. Concretamente los años comprendidos entre 1513 y 1527, así como el 1534 abarcaron la época dorada del Renacimiento romano, a menudo relacionado con el nombre del papa Medici León X.

En el lujo y resplandor de la era de León, no obstante, se oculta también el germen de su hundimiento y su miseria: ya los últimos años del papa León se ven ensombrecidos por la guerra de Urbino, mientras que el breve periodo de gobierno llevado a cabo por el pontífice alemán, o más concretamente, flamenco, Adriano, fue a todas luces desastroso. La catástrofe, no obstante, aún podía crecer más: tres años y medio después de la muerte de Adriano, en 1527, el resplandor de Roma se ahogó en una inconcebible orgía de sangre y violencia, el *sacco di Roma*.

Roma no solo queda destruida, sino que el culto a la belleza de los héroes clásicos se lleva al absurdo, y llega el momento de un cambio de rumbo que, en el norte de Europa, se inicia ya de manos de los reformadores. También en Roma se inicia un *metanoeite*, tal y como se le denomina (en griego) en el Nuevo Testamento, pero su camino se bifurca del de las regiones protestantes; su figura principal será un amante del arte, no tan piadoso pero desde luego sí realista, llamado Alessandro Farnese.

Lo que me fascina tanto de él y de su vida son sus fluctuaciones entre lo privado y lo público, entre su vida familiar y su voto de castidad, entre el nepotismo y el retorno a la vida apostólica. Si se contemplan las figuras de los papas actuales, que fascinan a incontables personas por su celo misionero y su pureza religiosa, la existencia de los papas del Renacimiento resulta apenas imaginable en comparación con semejante estampa. Alessandro Farnese, en concreto, se convirtió en el cabeza de una gran y exitosa familia, y fue su carrera en el Vaticano la que hizo finalmente posible las trayectorias más mundanas de sus hijos, así como los triunfos, tanto religiosos como laicos, de sus nietos y bisnietos, que se convirtieron en duques, en grandes cardenales y en destacados generales al servicio del emperador.

Otro foco de interés relevante en la novela es lo que Gottfried Benn dio en llamar «la demencia maniaco-depresiva de la historia bélica». La primera mitad del siglo XVI está marcada, desde un punto de vista italiano, por las contradicciones y un desarrollo que, por un lado, provocaron una explosión artística a gran escala, mientras que por el otro, fueron causa de sangrientos estallidos de violencia y destrucción. La lucha por el dominio de Italia entre el rey de Francia y el emperador Habsburgo desencadenó toda una coreografía bélica en la que la danza de la guerra les llevaba a un lado y a otro, en la que ninguna victoria era definitiva y ninguna derrota marcaba un final.

Este aspecto apenas queda retratado en esta novela, pero al menos muestra el ruedo en el que dos perros rabiosos eran incapaces de soltar la presa hecha el uno en el otro: el emperador de España y Alemania, Carlos V, y el ambicioso rey francés, Francisco I. Durante toda su vida lucharon entre ellos por obtener la supremacía en Europa, y su campo de batalla principal fue Italia.

Me resulta interesante que esta dimensión política repercutiera posteriormente en otros dos niveles: en el Vaticano y en la propia familia de Alessandro Farnese.

También en esto halla el autor de la novela material de fascinación: que la historia

«a gran escala» se refleje tanto en la historia «a media escala» como «a pequeña escala», que sería el entorno familiar y privado. El hecho de que la vida, no solo la de las personalidades más ricas y poderosas, no solo tenga un aspecto privado, como tampoco únicamente una cara pública y política, es una idea que relaciono con este nivel. Además, hay que reconocerlo: incluso el destino de un amor guardado bajo estricto secreto vendrá determinado por la situación general del devenir histórico mundial. Este tema se me presenta una y otra vez en mis novelas.

Hasta ahora no he mencionado a la figura a la que se debe el título, Constanza Farnese, la hija mayor de Alessandro Farnese quien, a pesar de no ser legitimada en ningún momento, apoyó toda su vida a su padre, le «otorgó» once nietos (a los que su *nonno* cuidó y protegió) y se mantuvo a su lado en su vejez, cuidándole y a la vez influyendo notablemente en su padre. No cabe duda de que Constanza debió ser una hija de su padre, siendo la primogénita, la única chica y, finalmente, quien ocupó el puesto que no podía desempeñar su madre, la proscrita «esposa-concubina». Al mismo tiempo se mantuvo, a pesar de encontrarse casi permanentemente embarazada o al cuidado de sus hijos pequeños, en el centro del campo de tensión de la dinámica familiar, y se convirtió en consejera de su padre en asuntos políticos y eclesiásticos. Este papel, en comparación con las conflictivas disputas entre los hijos varones, y posteriormente también entre los nietos, podría parecer insignificante, pero ella realmente una maestra en el arte de superar las crisis y sobrevivir a los cambios y, a todas luces, terminó adquiriendo una «maternal» cercanía única en toda la historia a la figura del Papa y, con ella, de la Santa Sede.

Durante un tiempo me planteé la posibilidad de hacer que fuera Constanza Farnese quien narrara los sucesos de la novela, que ejerciera de «salvadora» de los documentos de la familia. Sin embargo, ese planteamiento me terminó resultando demasiado encorsetado. Ella no se encontraba presente durante los cónclaves de 1521/22 y 1523 que, vistos desde una perspectiva más cercana, se revelaban como dramas de una tensión increíble, que no se podrían haber transmitido a la actualidad. No hay tanta diferencia con el carrusel de intrigas políticas que gira en el senado y el congreso romanos actuales y, al pensar en la imagen del gobierno de Alemania, se puede comprobar que, entre el transcurso de un cónclave vaticano del Renacimiento y la moderna democracia existe un paralelismo claro: las claves son «lucha por el poder» e «intriga».

Otra razón para ampliar el campo de visión del narrador y atribuírselo a diferentes actores radica en el hecho de que el juego de cambios entre las estrechas perspectivas individuales de los personajes permitía ofrecer una imagen más amplia y una mayor profundidad en el desarrollo de sus problemas. Yo quería mirar en el interior de Caín y de Abel; las emociones, pensamientos y conflictos de las cortesanas y los cardenales, de la esposa dimisionaria y de la hija combativa que toma su papel; no

solo me fascinaban los «buenos», sino también los «intrigantes», y por supuesto también el Papa alemán y el lansquenete alemán, ambos deseosos de conquistar Roma y ambos vencidos en la ciudad eterna. Solo una exposición trivial de los hechos podría mostrar el bien y el mal de una forma inequívoca; tan pronto como uno muestra interés en la *conditio humana*, topa de lleno con la contradicción y la ambivalencia implícita en ella. La tragedia y los finales felices van de la mano; la felicidad y la infelicidad; el éxito y el fracaso; el amor y el odio conforman, en combinación, el poder de fascinación de las novelas, también y muy especialmente las novelas históricas.

El proceso de investigación para *La hija del Papa* me ha llevado de nuevo, y en multitud de ocasiones, a Italia y a Roma, al Vaticano, al castillo de Sant'Angelo, al lago de Bolsena y, lo que no siempre resultó demasiado fácil, al actual palazzo Farnese, que desde hace tiempo alberga la embajada francesa y solo puede visitarse con licencias muy especiales. Tuve que emplearme a fondo para estudiar la historia de la Iglesia de la época, así como la de la propia Roma, para lo cual, una vez más, y aparte de los estudios de Zapperi, las bases las asentaron los múltiples volúmenes de la obra de Ludwig von Pastor (para la historia de los Papas) y Ferdinand Gregorovius (para la historia de Roma). Además de eso, me sumergí en internet en busca de la historia regional y de información fiable acerca de los diversos personajes, tanto principales como secundarios, de la novela. Desgraciadamente no pude hacer uso ni siquiera de las primeras investigaciones italianas de Roberto Zapperi, a pesar de que tuve acceso a ellas. Puesto que el manantial está medio seco, apenas se sabe nada de los primeros años de vida de los hijos de Alessandro Farnese. Particularmente de Ranuccio Farnese apenas existe material, dado lo temprano de su muerte. Pierluigi, por el contrario, era más asequible. Constanza resulta accesible en su papel de comparsa cuidadora de su anciano padre Papa, pero en lo referente a su significado, así como a su carácter, la imagen se difumina notablemente. La literatura acerca de la historia bélica, particularmente en torno al *sacco di Roma*, a la naturaleza de los soldados, a los acontecimientos políticos y, naturalmente, al trasfondo cultural en Italia, es tan amplia y extensa que sería imposible enumerarla aquí.

En el epílogo he hablado acerca de los personajes de la novela y, al mismo tiempo, de los personajes y sucesos históricos, que no solo conforman los bastidores de la historia sino que es la que procura a la novela su sustancia, su *dramatis personae*, su dinámica conflictiva. Cada vez que ha sido necesario crear para otorgarle a las figuras motivaciones emocionales y psicológicas, para establecer los escenarios de un conflicto o profundizar; cada vez que ha sido necesario ofrecer un agravamiento dramático o una presentación escénica, la mayor parte de los detalles de la historia del Vaticano, por ejemplo, del cónclave, así como del transcurso de la guerra para los soldados imperiales y del *sacco di Roma*, no se ha inventado, se ha

investigado. El conflicto entre Pierluigi y Ranuccio Farnese, así como entre Alessandro Farnese y Giulio de Medici, se ha utilizado como pretexto literario y su retrato es obra enteramente de este autor. Dominar el material, reducir así el laberinto casi inexpugnable de la historia italiana en el Renacimiento, de tal forma que resultara comprensible, fue el cometido que terminó ocupando más espacio de lo esperado. Sin embargo, cuando esta historia resultaba ya fascinante de por sí a través del meticuloso trabajo de los historiadores, este novelista no podía resistirse a otorgarle todo el sitio necesario, pues sirve de ejemplo para toda la humanidad.

Frederik Berger

Personajes

Los personajes importantes aparecen en **negrita**, aquellos desde cuya perspectiva se cuenta la historia, en **negrita y cursiva**.

Los acontecimientos y datos que juegan un papel representativo en la novela no se expondrán a continuación.

Familia y *famiglia* de Alessandro Farnese:

(los sucesos previos se narran en mi novela *Die Geliebte des Papstes*):

Alessandro Farnese, *1468, cardenal desde 1493, nombrado por el papa Borgia, Alejandro VI, †1549.

Silvia Ruffini, *1475, inicialmente casada con Giovanni Battista Crispo (†1501), desde 1499 amante de Alessandro y madre de sus cuatro hijos, †1561.

Constanza, *1500, hija primogénita de Alessandro Farnese y Silvia Ruffini, casada en 1517 con:

Bosio Sforza de Santa Fiora (tuvieron 11 hijos), †1535.

Guido Ascanio, *1518, hijo primogénito de Constanza y Bosio, tiene diez hermanos.

Pierluigi, *1503, †1547, primer hijo varón de Alessandro y Silvia, legitimado por el papa Julio y por el papa León, casado en 1519 con: Girolama Orsini de Pitigliano, *1500.

Alessandro, *1520, hijo primogénito de Pierluigi.

Restantes hijos: Vittoria *1521, Ottaviano *1524, Ranuccio *1530, Orazio *1532.

Paolo, *1504, segundo hijo varón de Alessandro y Silvia, †1513, legitimado por el papa Julio.

Ranuccio, *1508, tercer hijo varón de Alessandro y Silvia, legitimado por el papa León.

Tiberio Crispo, *1498, hijo del matrimonio entre Silvia Ruffini y G. B. Crispo, vivió en el convento de Nepi, cerca de Roma.

Giulia Farnese, *en torno a 1475, hermana de Alessandro, *la bella Giulia*, amante durante largo tiempo de Rodrigo Borgia/papa Alejandro VI (para saber más de su vida como amante, véase *Die Geliebte des Papstes*).

Giovannella Farnese, *en torno a 1448, †1524, madre de Alessandro,

vivió en Capodimonte, junto al lago di Bisentina.

Angelo Farnese, †1494, hermano mayor de Alessandro, cayó durante la batalla de Fornovo (contra los franceses bajo el reinado de Carlos VIII).

Baldassare Molosso, humanista, tutor de los hijos de Alessandro Farnese, †1527.

Rosella, doncella y confidente durante muchos años de Silvia, antigua cortesana, desfigurada por César Borgia en el transcurso de una *sfregio*, o violación múltiple (véase, *Die Geliebte des Papstes*), tuvo con Alessandro Farnese un hijo de muerte prematura: Sandro.

Bianca y Antonio: doncella y niñera, y carpintero, respectivamente, dentro de la *famiglia* Farnese.

Luca Gaurico, *1476, †1558, astrólogo de Alessandro Farnese.

Antiguos Papas:

Papa Alejandro VI, de Borgia, *en torno a 1430, amante y patrocinador de Giulia Farnese, hermana de Alessandro, †1503.

César Borgia, su hijo, *1475, famoso por su falta de escrúpulos a la hora de asesinar, destituido durante el gobierno del papa Julio II, †1507 en España (para saber más de él y de su padre, véase *Die Geliebte des Pastes*).

Papa Julio II della Rovere, llamado *il Terribile* por su naturaleza furibunda y su política belicista, *1443, †1513, tío de Francesco Maria della Rovere, duque de Urbino.

Familia Medici:

Papa León X, originariamente Giovanni de Medici, *1475, † 1521, hijo de Lorenzo de Medici, *il Magnifico*, primo de:

Giulio de Medici, *1478, prior de San Juan, tras la elección de su primo Giovanni como papa León X se convirtió pronto en arzobispo de Florencia, cardenal y vicescanciller (jefe administrativo), hijo bastardo legitimado del hermano de Lorenzo el Magnífico, Giuliano de Medici, asesinado en Florencia durante la conjura Pacci.

Alessandro de Medici, *1510, hijo «natural» de Giulio y de una esclava

negra, *signore* temporal, posteriormente duque de Florencia, †1537 (asesinado).

Alfonsina Orsini, †1520, viuda del hermano de Lorenzo el Magnífico, Piero.

Su hijo Lorenzo de Medici, *1492, †1519, durante un breve periodo de tiempo duque de Urbino, casado con Madelein de la Tour d’Auvergne, ambos padres de:

Caterina de Medici, posteriormente Cathérine de Medici, reina de Francia.

Giovanni de Medici, Popolano (línea lateral de los Medici), *1498, †1526/7, hijo de Caterina Sforza (véase mi novela *La Tigressa*) y de Giovanni de Medici Popolano, llamado *il Diavolo* y tras 1521 también *dalle bande nere*, amado *condottiere*, casado con la sobrina de León Maria Salviati, padre de Cosimo I de Medici, posteriormente gran duque de la Toscana.

Cardenales importantes:

Bernardo Dovizi da Bibbiena, *1470, †1520, uno de los más importantes consejeros de León X, gran literato, autor de desenfadadas comedias y amigo de Rafael.

Francesco Soderini, *1453, †1523, enemigo de los Medici, en el exilio desde 1517 hasta 1521.

Pompeo Colonna, *1479, †1532, uno de los representantes más importantes del clan Colonna, aliado del emperador, cuyo patrimonio se situaba en el entorno de Roma y eran enemigos tradicionales de los francófilos Orsini, oriundos del norte del Lazio.

Adrian Dedel Florenszoon de Utrecht, *1459, tutor del emperador Carlos V, posteriormente regente en España, obispo de Tortosa.

Lorenzo Pucci, nombrado cardenal por el papa León en 1523, procedente de la antigua familia florentina de los Pucci, †1531.

Alfonso Petrucci, *1490 en Siena, cardenal desde 1511.

Gobernantes europeos y rivales por la supremacía en Italia
(para saber más acerca de la rivalidad entre ambos estadistas véase mi novela
Die Provençalín):

Emperador Carlos V, nieto de Maximiliano I, *1500, hijo de Felipe el

Hermoso y Juana la Loca, rey de España, elegido emperador en 1519, †1558.

Rey Francisco I de Francia, *1494, coronado rey de Francia en 1515, †1547.

Líderes militares:

Francesco Maria della Rovere, duque de Urbino, sobrino del papa Julio II, *1490, †1538, casado con Eleonora Gonzaga de Mantua, fue capitán general del Papa durante el pontificado de Julio II hasta 1513, destituido por el papa León y más tarde capitán general de los venecianos y de la Liga de Cognac.

Marqués de Saluzzo y Francesco Guicciardini, capitanes de los ejércitos de la Liga de Cognac bajo las órdenes de Francesco Maria, el duque de Urbino.

Renzo da Ceri, *condottiere* italiano, también al servicio de los franceses, salvó en 1525 a Marsella de la conquista por parte de las tropas imperiales bajo el mando de Carlos de Borbón y dirigió en 1527 la defensa de Roma contra las tropas del emperador.

Carlos de Borbón, *1490, †1527, antiguo condestable francés bajo las órdenes de Francisco I, cambió de bando con posterioridad y se convirtió en capitán general de Carlos V.

Georg von Frundsberg de Mindelheim, *1473, líder de los lansquenets bajo las órdenes de los emperadores Maximiliano I y Carlos V, «padre de los lansquenets», †1528.

Melchior von Frundsberg, su hijo, capitán de los lansquenets, *1506, †1528.

Schertlin von Burtenbach *1496 en Schorndorf, †1577, escribió unas célebres memorias en las que, entre otras cosas, narraba sus experiencias en el *sacco di Roma*.

Conrad von Bemelburg, otro capitán de los lansquenets, *1494, †1567.

Filiberto de Orange, *1502, expropiado y enviado a prisión por Francisco I, capitán de los soldados del emperador desde 1526, †1530.

Otros:

Federico II. Gonzaga, marqués de Mantua, *1500, †1540.

Agostino Chigi, el banquero más rico y mecenas de Roma en los tiempos de León, *1465, †1520.

Maddalena Romana, *la Magra*, cortesana romana de Campo de Fiori, *en torno a 1490, †1527.

Virginia, su hija, *1507.

Domenico Massimo, perteneciente a la vieja y rica aristocracia romana, a una familia que se remontaba al vencedor de Aníbal, Fabio Maximo *Cunctator*, el palazzo Massimo alle Colonne de Roma se edificaría tras los destrozos producidos por el *sacco*.

Rafael Sanzio, *1483 en Urbino, †1519, exitoso pintor del Renacimiento que pintó buena parte de las estancias del Vaticano, conocido también por su cuadro *La Madonna Sixtina* (actualmente en Dresde).

Ugo Berthone, también Hugues Berthon de la Provenza, *1472, viejo amigo de Alessandro Farnese, †1545 (su historia se cuenta en *Die Provençalin* y en *Die Geliebte des Papstes*).

Bartholomäus Krux de Nidernschondorf am Ammersee, en la Alta Baviera, *1508, lansquenete bajo las órdenes de Georg y Melchior von Frundsberg.

Aclaraciones adicionales

Annuntio vobis gaudium magnum: habemus Papam: (lat.) os anuncio una buena nueva: tenemos (nuevo) Papa.

¡Apage, satana!: (gr.) ¡vete, Satanás! (Mateo 4,10).

Auguren: (lat.) «contemplador de aves», sacerdotes romanos que interpretaban los augurios. En alemán adquiere también el sentido de «persona que conoce un secreto».

Bargello: especie de jefe de policía.

Borgo (Vaticano): Civitas Leonina, parte de la ciudad de Roma situada en la orilla derecha del Tíber.

Bravi: guerrero, soldado y, en estado de desempleo, habitualmente saqueador.

Breve: documento papal más corto y menos formal que la bula.

Caelebs: (lat.) soltero, de esta palabra deriva «celibato».

Calcio: juego similar al fútbol.

Capitano generale y gonfaloniere: altos rangos militares (capitán general y portaestandarte, respectivamente).

Ciarlatani: (ital.) raíz de la palabra «charlatán».

Condotta: contrato (y soldada) para dirigir a un grupo de soldados o un ejército.

Condottiere: capitán, caudillo.

¡De profundis clamavi ad te, Domine!: (lat.) «De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo». (Salmo 130).

Dolores ani: (lat.) «Dolores del ano», perífrasis para describir molestias provocadas por múltiples motivos (hemorroides, fístulas anales, etc.).

Dulce et decorum est pro patria mori: (lat.) «Dulce y honroso es morir por la patria» (Horacio).

Famiglia: al contrario que la familia, unida por lazos de sangre, la *famiglia* hace referencia a la relación a través del hogar, al servicio doméstico.

Gentiluomo: el ideal del caballero, tal y como se entiende en el Renacimiento.

Morbo gallico: sífilis (llamada «enfermedad francesa» por la creencia de que fueron los franceses los que llevaron la enfermedad a Italia durante su invasión de 1494).

Oltromontani: con sentido peyorativo, habitantes de las regiones al norte

de los Alpes.

Omne trium perfectum: (lat.) «todo lo que es tres es perfecto», «todo lo bueno son tres», hace referencia a la Trinidad.

Paggio: muchacho, paje.

Paramente: vestimenta litúrgica del sacerdote.

Pasquino: escultura medio destruida cercana a la piazza Navona en la que los romanos fijaban (y fijan) sus versos satíricos y sus muestras de ingenio.

Poetae laureati: (lat.) poeta laureado.

Roma aeterna, caput mundi: (lat.): Roma eterna, cabeza del mundo.

Sbirren: especie de policía.

¡Sic! ¡Recte!: (lat.) muestra de enérgica aprobación: ¡Exacto! ¡Correcto!

Serenissima: epíteto referido a la república de Venecia.

Skrutinium: (lat.) escrutinio secreto en el cónclave.

Terra firma: tierra firme: Territorio perteneciente a la república de Venecia asentado en el continente.

Tiara: tocado oficial del papa; al contrario que la mitra obispal, la tiara redondeada es un símbolo de dominio (que en la actualidad ya no se utiliza).

Notas

[1] *Gepeupel*: «Gentuza» en neerlandés (*N. de la T.*). <<

[2] Se denominaba *factor* al apoderado o administrador que dirigía las factorías y casas bancarias en territorios extranjeros (*N. de la T.*). <<

[3] *Doppelsöldner*: Cuerpo dentro de los lansquenetes que combatía en primera línea de batalla y tenía como cometido romper las líneas enemigas mediante el uso de grandes mandobles a dos manos. Debido al gran riesgo personal, recibían un salario doble, del que tomaron el nombre. (*N. de la T.*). <<



FREDERIK BERGER. Nacido el 16 de agosto 1945 en Bad Hersfeld (Alemania). Es el pseudónimo que utiliza Fritz H. Gesing para su novelas históricas.

Con su verdadero nombre ha escrito poesía, ensayo y libros de dirección teatral.

Desde 1999 ha escrito nueve novelas que transcurren durante la Edad Media y el Renacimiento entre las que se encuentra *La hija del Papa* (2008)